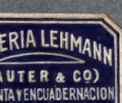
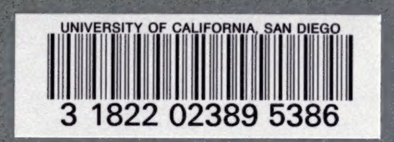
ENRIQUE VERA Y GONZÁLEZ

ELEMENTOS
De Historia contemporánea DE AMÉRICA

BUENOS-AIRES
CABAUT Y C.ᴵᴬ
EDITORES


ERIA LEHMANN
AUTER & CO)
NTA Y ENCUADERNACION


UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
3 1822 02389 5386



HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE AMÉRICA

ELEMENTOS

DE

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

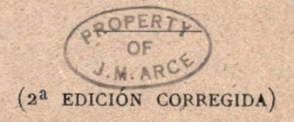
DE

AMÉRICA

(Desde la Independencia hasta nuestros dias)

POR

Enrique VERA Y GONZÁLEZ



(2ª EDICIÓN CORREGIDA)



BUENOS AIRES

—

CABAUT Y Cía, EDITORES

"Librería del Colegio", Alsina y Bolívar.

—

1917


CABAUT
EDITORES

INTRODUCCIÓN

Cada día se reconoce más la importancia de la historia general de América para la instrucción de la juventud, y con arreglo a esta convicción se amplía poco a poco el programa oficial de esta clase de estudios, tan útiles como interesantes.

La existencia innegable de una política continental americana, una de cuyas fórmulas más características es la intensa aspiración conocida bajo el nombre de « doctrina de Monroe », que ha tenido y tiene aún su razón de ser y que en el porvenir tomará rumbos difíciles de precisar aún ; el deseo ferviente de todo hijo de América — ya sea de filiación sajona o latina — de que en el plazo más breve posible desaparezcan los últimos vestigios del coloniaje europeo, sea cualquiera el régimen bajo el que subsista ; y la corriente de fraternal solidaridad que, a despecho de todos los intereses locales, se impone entre los pueblos americanos, son hechos que justifican al creciente valor de los estudios históricos que abarcan todas las naciones del vasto y fecundo continente, tendido como un coloso entre el Atlántico y el Pacífico, desde las cercanías del polo boreal hasta el cabo de Hornos.

Pero la historia de América, por el número de países que comprende y por la importancia que unos han adquirido ya y otros van tomando rápidamente en la marcha política, mercantil, industrial e intelectual del mundo, es un trabajo de

vastísimas proyecciones y se ha de necesitar mucho tiempo, mucha constancia y la infatigable labor de gran número de hombres de talento para que sea posible condensarlo en un volumen de las proporciones usuales, determinadas por el tiempo que pueden consagrar los alumnos al estudio de una sola asignatura entre las varias a que necesitan consagrar su atención en cada curso académico.

Llegará día en que se divida el estudio de la historia de América en tantas secciones como años comprende la enseñanza secundaria ; pero esto aun presenta dificultades, y mientras no sea posible vencerlas, prestarán un positivo servicio a la juventud los autores que sepan redactar manuales sintéticos de intensa doctrina, que digan mucho en el más breve espacio posible.

La tarea es difícil ; se necesita rehacer la obra varias veces, para ir despojándola de lo relativamente superfluo, y conservando lo esencial, castigar el estilo depurándolo de amplificaciones y redundancias ; y al mismo tiempo evitar el escollo de que la obra parezca un conjunto seco de datos o una colección de efemérides, sin atractivo literario ni enlace filosófico.

Preciso es confesar que aun no se ha publicado un tratado de estas condiciones, que pudiéramos llamar ideales. Hay no uno, sino muchos compendios de historia de América, entre los que puede citarse como sobresaliente por sus cualidades de método, dicción e imparcialidad el de don Diego Barros Arana ; pero estas obras, prescindiendo de su extensión, que suele ser demasiado grande, se ocupan principalmente de las épocas del descubrimiento y conquista de los países americanos y se detienen al llegar al período de la independencia. Quedan, pues, los alumnos sin conocer el desenvolvimiento ulterior de esos pueblos, convertidos en naciones a principios del siglo XIX, y no pueden darse cuenta del uso que han hecho de su libertad,

ni del camino, a veces harto penoso y sangriento, que han necesitado recorrer para llegar a su actual situación.

Para no trazar la historia contemporánea de los pueblos de América se aduce una serie de razones de oportunidad, conveniencia y discreción, que no encontramos satisfactorias ; pues se puede muy bien referir sucesos recientes y aun actuales, por muy trascendentales que sean, sin ofender en lo más mínimo la susceptibilidad de los que en ellos hayan figurado como actores, ni hacer la causa de ninguno de los partidos o tendencias en pugna, con menoscabo de la imparcialidad.

En suma, la historia de América independiente es, hoy por hoy, poco menos que desconocida para los estudiantes ; porque carecen de obras de texto en que se les explique, siquiera sea a grandes rasgos. Los programas oficiales exigen, sin embargo, a los examinandos algunas nociones de esta índole, porque cada vez resulta más deficiente y contradictorio un conocimiento limitado a los orígenes y que se corta bruscamente cuando se llega al período crítico de la independencia ; es decir, al dar principio el grandioso experimento del régimen de libertad que, desde hace un siglo, ha sucedido a los de la conquista y el coloniaje.

El deseo de llenar este vacío ha puesto en nuestras manos la pluma. No pretendemos, ni con mucho, realizar un trabajo definitivo ; esta obra no es más que una especie de continuación o complemento de los compendios de historia americana ya existentes, todos los cuales, según dejamos indicado, terminan en el período de la independencia, esto es, cuando da principio la verdadera historia de América libre.

Sin duda en esta historia abundan los episodios de guerras civiles ; alzamientos contra los poderes constituídos y oposición encarnizada de partidos o facciones más atentos a su propio interés que al de la nación en cuyo nombre encendían la tea

de la discordía ; pero ¿son exclusivos de América estos errores? ¿Qué pueblo del mundo no ha pasado por tribulaciones y desgracias análogas en el trabajoso período de su formación? Las naciones, de igual modo que los individuos, no escarmientan en cabeza ajena y sólo adquieren la madurez de juicio y la prudencia en la conducta merced a experiencias propias y a desgarradores sufrimientos.

Pero después de la tormenta viene la calma ; a los apasionados idealismos de los ilusos que desearían realizar sus aspiraciones con la misma rapidez que las conciben, sucede la fría observación de la realidad ; los ambiciosos que tratan de alucinar a los pueblos con fingidos alardes de honestidad cívica para escalar el poder encuentran cada día menos propicio el ambiente, y poco a poco el respeto a la ley gana terreno sobre la violencia y la anarquía. Por otra parte, aquellos pueblos americanos, que en buena hora supieron renunciar a las guerras civiles y dedicarse afanosamente al trabajo, han prosperado de tal suerte que nada tienen que envidiar a las naciones más cultas de Europa, con lo que no pueden menos de ejercer sobre otros países del nuevo continente, rezagados aún en la senda del progreso civil, político y material, la poderosa sugestión del ejemplo.

Aunque el conocimiento de la historia contemporánea de América sirviera sólo para hacer comprender a los jóvenes qué distinto porvenir aguarda a los pueblos que respetan el derecho y la ley, trabajan con ardor y tienen espíritu de iniciativa y a los pueblos en los que no concurren dichas cualidades, esto bastaría para justificar plenamente la utilidad de tal estudio.

ELEMENTOS DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE AMÉRICA

I.

COLÓN Y SUS PRECURSORES.

América antes de Colón. — Conocimientos geográficos durante la Edad Media. — Lo que buscaba Colón.

América antes de Colón. — La América, conocida probablemente desde la antigüedad más remota por los pueblos del extremo oriente asiático y empezada a colonizar por los escandinavos en la parte nordeste desde mediados del siglo IX (año 861), no fué (según parecen comprobarlo recientes investigaciones) abandonada del todo, ni menos olvidada por estos pueblos navegantes y emprendedores. Fué, hasta hace poco tiempo, creencia general que los normandos, después de haber hecho reiteradas tentativas para establecerse en las comarcas vecinas a Groenlandia (Hellulandia, Marklandia, Vinlandia y Huitramalandia) llamadas hoy Tierra de Labrador, Terranova, Nueva Brunswick y costa de los Estados Unidos hasta el Maryland, habían desistido de su propósito por la tenaz hostilidad de los indígenas y que, desde principios del siglo XII, no habían vuelto a recorrer aquellos parajes, perdiendo hasta el recuerdo de los mismos. Esto último es, a todas luces, inverosímil; porque descubrimientos de esta importancia no son para olvidados, sobre todo tratándose de pueblos como los dinamarqueses y noruegos, que alcanzaban en aquella época un grado notable de civilización y cultura. En cuanto al abandono de aquellas regiones, tampoco resulta confirmado, pues en la biblioteca Vaticana hay documentos que comprueban la existencia de un obispado sajón establecido en Gardar hacia el año 1126 y cuyo primer titular fué Arnoldo : esta diócesis fué

devastada por los bárbaros en 1418, pero subsistía a fines del siglo XV. En cambio debe tenerse por cierto que los normandos desistieron de conquistar esos vastos territorios por creerlos inadecuados para la explotación mercantil; y en realidad, las comarcas que visitaron eran entonces muy pobres y estaban habitadas por tribus feroces y salvajes, nada propicias al intercambio, ni aun a la producción; de modo que ni aun podían despertar la codicia de los vikinds o navegantes norsos, a la vez comerciantes, piratas y conquistadores.

Conocimientos geográficos durante la Edad Media. — Se habla mucho de la profunda ignorancia que reinaba en la Edad Media; pero, sin negar el fundamento de tal aseveración, hay que reconocer que hasta fines del siglo XVIII estuvo en moda zaherir ese período histórico, en vez de estudiarlo. Ese descuido ha sido causa de que se formen juicios muy erróneos acerca de las nociones que se tenían del mundo en tiempo de Colón. Se quiere presentar a los cosmógrafos de aquella época, a sus marinos y exploradores mucho menos ilustrados e inteligentes de lo que eran en realidad. Sin embargo, en los siglos XIV y XV se había navegado ya por unos o por otros en todas direcciones; venecianos, genoveses, portugueses, normandos, árabes, conocían todas las costas de Europa, África y Asia; las grandes islas de Oceanía, incluso Australia, no eran un secreto para los marinos; y con seguridad las costas americanas del Pacífico habían recibido muchas inmigraciones malayas. Lo que faltaba principalmente era centralización de los datos; la idea sintética y de conjunto de la distribución de nuestro globo en continentes, islas y mares. Pero a medida que se ahondan las investigaciones históricas y que se estudian las empresas comerciales de los pueblos de la edad media, se va poniendo en claro que no era entonces la ignorancia geográfica tan general como se ha supuesto. Faltaba, sí, comunicación sostenida entre las naciones y por esta razón los descubrimientos, considerados como verdaderos monopolios, se ocultaban, se repetían inconscientemente y era común el confundir unos con otros les países lejanos.

Lo que buscaba Colón. — Ya nadie pone en duda la existencia de precursores de Cristóbal Colón en el descubrimiento del nuevo mundo. Pero los geógrafos, en sus vagos

informes de esas tierras, coincidían en considerarlos como la prolongación del Asia. La idea de un continente desconocido estaba poco repartida, porque pugnaba con los datos de la experiencia y hasta con preocupaciones místicas; lo natural era creer que, siendo la tierra de forma esférica, se podría llegar a las Indias Orientales navegando con rumbo al oeste a través del Atlántico. Tal fué la idea que guió en sus viajes al ilustre genovés Cristóbal Colón, y no le engañó por cierto su esperanza. Se podía, en efecto, llegar hasta el Asia Oriental siguiendo la ruta de occidente; pero había un gran continente interpuesto en el camino, y el encuentro casual de ese continente nuevo, en que no quiso creer Colón, resistiéndose a la evidencia misma, es lo que constituye su gloria, que no procede tanto de la intención que guiaba al intrépido marino, como del resultado de sus esfuerzos.

No ha de considerarse por ello inmerecida la fama inmortal del grand descubridor. La humanidad no puede ni debe fijarse sólo en el elemento subjetivo de los actos, en los móviles o ideas que los determinan, sino también y muy principalmente en sus consecuencias. Muchos buenos propósitos se han esterilizado por falta de energía o tesón para convertirlos en hechos; y en cambio, ideas erróneas, perseguidas con inquebrantable constancia, han dado frutos de bendición, porque el esfuerzo nunca es perdido y al chocar contra la realidad se refracta en dirección imprevista, produciendo efectos útiles y con frecuencia mucho más benéficos que los que se buscaban.

Este fué el caso de Cristóbal Colón. Su proyecto valía mucho menos que el resultado que alcanzó; su ciencia era escasa, aun comparada con el término medio de la de los cosmógrafos de su época; pero su energía indomable, su perseverancia, su valor para desafiar el misterio de un océano desconocido, le permitieron obtener un triunfo de cuya magnitud él mismo no pudo darse cuenta. Desconociendo la extensión real de nuestro globo, se lanzó a una empresa que habría sido mortal para él y sus compañeros, si entre Europa y Asia no se hubiese alzado por occidente come barrera colosal el continente americano. El tremendo viaje a través de las soledades del Atlántico y el Pacífico habría requerido cinco o seis meses al menos, plazo más que suficiente para que la tripulación pereciera de hambre y sed en medio de los mares. No entra en el plan de esta obra

detallar los descubrimientos de Colón y de sus compañeros y sucesores. Nos proponemos sólo hacer una reseña de la historia contemporánea de América, y si nos permitimos algunas consideraciones generales acerca de las exploraciones y conquistas, como también respecto del período colonial y de las luchas de la independencia, es únicamente para dar cierta unidad a este trabajo que requiere, en los que hayan de utilizarlo, el conocimiento previo de cualquiera de los resúmenes que sirven de textos en los Colegios Nacionales.

II.

LA CONQUISTA. — RAZAS AMERICANAS.

Rapidez de la conquista de América. — Cómo se explica. — Suele juzgarse poco equitativamente a los hombres de otros tiempos. — Antiguas razas americanas. — Su escasa aptitud para el progreso. — El problema de las razas.

Rapidez de la conquista de América. — Desde los primeros descubrimientos de Colón hasta la total conquista de América por los europeos transcurrió menos de medio siglo. Los españoles formaron en el nuevo continente un imperio que llegaba por el mar Pacífico desde el norte de California hasta la Tierra de Fuego y que abarcaba Méjico, Centro América, Colombia, Venezuela, Perú, Chile y los vastos territorios de Patagonía, la Argentina, el Uruguay, el Paraguay y las más importantes islas del Atlántico. Los portugueses formaron una sola colonia, el Brasil; pero casi tan grande como Europa entera. Se establecieron los holandeses e ingleses en la costa del Atlántico comprendida desde el norte de la Florida hasta el río San Lorenzo ; y los franceses en el Canadá y Terranova; quedando reducidos los dinamarqueses a los helados páramos de la Groenlandia.

La historia no recuerda una serie de invasiones y conquistas tan rápidas y vastas, realizadas en tan poco tiempo y con elementos tan escasos. Algunos centenares de aventureros heroicos, capitaneados por Hernán Cortés, avasallaron el imperio mejicano; y aun disponia de menos recursos Francisco Pizarro cuando hizo prisionero, en medio de sus huestes, al inca Atahualpa, asegurando así la conquista del Perú. Ni aun con los poderosos recursos militares de nuestra época y disponiendo de ejércitos perfectamente organizados, creemos que se hubiera podido dar cima en menos tiempo a la colosal obra de avasallar un continente como el americano, que mide quince mil kilómetros de norte a sur y abarca una superficie de más de cua-

renta millones de kilómetros cuadrados. En el siglo XVI el atrevimiento heroico de los invasores, que no se detenían a calcular la magnitud de la empresa, suplió con mucha ventaja la cuantía de los recursos. Las hazañas fabulosas de los poemas homéricos quedaron eclipsadas por los indomables invasores y conquistadores del nuevo mundo.

Cómo se explica. — Este verdadero milagro de la historia se explica únicamente por la enorme superioridad que en el siglo XVI tenían los europeos respecto de los indígenas americanos. No ha faltado quien, juzgando la obra de la conquista y de la colonización, haya dicho que « unos bárbaros descubrieron y conquistaron a otros »; mas los que así hablan dan muestras de no conocer la elevación a que había llegado la cultura europea durante el período del renacimiento. Los conquistadores de América eran algo más que rudos soldados; entre ellos figuraban hombres muy distinguidos así en las artes de la guerra como en las de la paz, y es indudable que se impusieron a los indígenas no sólo por su valor a toda prueba, sino por el prestigio de sus variados conocimientos en todas las ramas del saber. En las expediciones al continente americano figuraban caballeros de nobles familias, ingenieros, artífices, teólogos, historiadores, constructores, agricultores y obreros hábiles; sin perjuicio de ser todos ellos combatientes cuando llegaba la ocasión, que por cierto no podía tardar en presentarse; pues los naturales de los países invadidos se defendían porfiadamente.

Hubo, sin duda, actos muy reprobables así durante la conquista como después de ella; pero la guerra, en aquellos tiempos como en éstos y en todos, es precisamente una serie de violencias y estragos. Las conquistas realizadas de un modo pacífico y por el solo poder de la persuasión son muy raras en la historia y poco duraderas; pues el hombre tiende naturalmente a rechazar la dominación de los demás y sólo se resigna a ella cuando una serie de esfuerzos infructuosos le prueba la imposibilidad de sacudir el yugo. Y no por eso lo sufre con paciencia; trata de romperlo apenas vislumbra una ocasión favorable. Si España, Portugal, Francia e Inglaterra no hubieran enviado al nuevo continente más que sabios, misioneros y comerciantes, los indígenas les habrían recibido a flechazos, y

como los mártires voluntarios no abundan, bien pronto habrían terminado esas expediciones de carácter humanitario y América permanecería hoy en la barbarie y poco menos que incomunicada con el resto del mundo.

Suele juzgarse poco equitativamente a los hombres de otros tiempos. — También hubo graves errores en la obra de la colonización; pero no se olvide que tenemos una tendencia muy marcada a juzgar los hechos de nuestros antepasados con arreglo al criterio de nuestra época y que tal procedimiento ne es lógico ni equitativo. Los españoles, como los demás colonizadores de América, no podían transportar a este continente en el siglo XVI las ideas ni las fórmulas científicas o jurídicas del siglo XX; trajeron lo que podían traer: sus leyes, sus creencias religiosas, sus costumbres, sus procedimientos industriales, fabriles y mercantiles, sus aciertos y sus errores, sus grandezas y sus pequeñeces; en suma, todo el conjunto de su civilización, tal como ellos la concebían en sus patrias de origen. Pedir o esperar otra cosa sería exigir lo imposible. En todo caso, justo es reconocer que al cabo de tres siglos de colonización, cuando empezaron las luchas de la independencia, el conjunto de la civilización americana en los habitantes de las razas superiores hallábase al nivel de la civilización europea.

Antiguas razas americanas. — Difícil es calcular la población que tendría el continente americano cuando arribaron a sus costas los conquistadores; pero todo induce a creer que era, relativamente, muy escasa. Las cifras que da el padre Las Casas son exageradas y caprichosas. En general las tribus indígenas preferían la caza y la pesca a las pacientes labores agrícolas, y sabido es que los países de cazadores no pueden sustentar muchos habitantes. Los imperios de Méjico y el Perú eran las regiones más civilizadas; pero la existencia de cada uno de ellos era desconocida para el otro. Los indígenas vivían en gran aislamiento y empleaban más de cuatrocientas lenguas distintas con multitud de dialectos. Eran belicosos, muy vengativos; aficionados al juego, al baile y a la embriaguez: en muchas tribus se practicaba la antropofagia y en otras los prisioneros de guerra eran cruelmente sacrificados en medio de ceremonias religiosas. Las principales razas,

prescindiendo de los esquimales y patagones que habitan, respectivamente, las extremidades norte y sur del continente, eran ocho; a saber: 1° la *roja*, que abarcaba todas las tribus, casi extinguidas hoy, que ocuparon al territorio de los Estados Unidos; 2° la *californiana*, que habitaba el occidente de América Septentrional; 3° la *mejicana*, raza muy subdividida, que vivía en el imperio de su nombre y en los países centroamericanos; 4° la *caribe*, extendida por las Guayanas y los archipiélagos del mar de las Antillas; 5° la *peruana* de los Andes; 6° la *araucana* o chilena; 7° la *pampa*, que habitaba la parte oriental y llana de América del Sud; 8° la *guaraní*, extendida entre las cuencas del Plata y del Amazonas. Cada una de estas razas comprendía gran número de familias, algunas de las cuales subsisten, habiendo desaparecido muchas otras.

En América del Norte florecieron la civilización *maya*, de que hay grandes vestigios en Yucatán, Guatemala y Honduras; y la *nahua*, muy posterior, que fué la de los toltecas y aztecas de Méjico. En América del Sur las principales civilizaciones fueron la de los *chibchas* o colombianos; la de los peruanos, que hablaban el *quichúa* y sus dialectos, y la de los *guaranies*. Los mejicanos, chibchas y peruanos conocían bastante bien la división del tiempo. No hay recuerdos históricos sino en Méjico y el Perú, y aun así estan oscurecidos por mitos y tradiciones y se refieren a épocas poco lejanas.

Su escasa aptitud para el progreso. — El coeficiente de progreso de todas las razas indígenas era sumamente débil. Prescindiendo de los dos vastos imperios citados, la organización social era muy rudimentaria y aun en ellos la cohesión política tenía más de aparente que de real, como lo probó su fácil destrucción por un puñado de extranjeros. De modo que la conquista y la colonización, aunque produjeron gravísimos males a los indígenas, fueron un bien inestimable para la humanidad, que ganó para la causa de la civilización vastísimos territorios.

Durante el largo período del coloniaje se observó, en general, que los antiguos pobladores del país se adaptaban con grandes dificultades a las nuevas condiciones de vida. Mostrábanse muy refractarios al trabajo e incapaces para una labor metódica y

sostenida. Hubo que introducir en las colonias americanas negros del África, para consagrarles a las faenas de la agricultura y al laboreo de las minas, mientras los indígenas, salvo raras excepciones, volvían a su existencia anterior, de caza, pesca y cultivos fáciles y poco productivos. El hambre, por un lado, y el instinto belicoso, por otro, incitaban a estas tribus a caer sobre les poblados de los colonos de raza blanca, siguiéndose de aquí luchas interminables. Los colonos ingleses, convencidos de la incompatibilidad entre ambas razas, fueron acorralando a los indígenas hacia las praderas del oeste norteamericano, y a medida que avanzaba la colonización les iban quitando tierras, ya por la fuerza, ya mediante pactos de compra a precios irrisorios; hasta que al fin las tribus de pieles rojas se han extinguido casi por completo.

Muy distinto fué el proceder de los colonos españoles y portugueses. Sometieron a los indios al sistema de encomiendas y procuraron hacerles trabajar en su provecho, empresa difícil por la gran indolencia y la resistencia pasiva de los vencidos; pero con la introducción en vasta escala de los negros africanos, casi todo el trabajo gravitó sobre éstos; los conquistadores mezclaron su sangre a la de los indígenas y se creó de este modo una población compuesta en gran parte de mestizos y poco apta para las luchas pacíficas de la producción y del comercio. En general, los pueblos americanos que tienen mayor coeficiente de razas inferiores (indígenas, negros, mulatos y mestizos) son los que progresan menos a pesar de las ventajas naturales del territorio que ocupan : su población crece con lentitud; su riqueza es relativamente escasa y su vida política se ve turbada con frecuencia por alzamientos y revoluciones cuyo único resultado es el cambio de una tiranía por otra.

Las razas indígenas se han reducido casi hasta desaparecer en Estados Unidos, la Argentina, Chile y el Uruguay; han mantenido su preponderancia numérica y aun tal vez la han acrecentado en Méjico y Centro América; y forman el núcleo principal de la población en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay y el Brasil. En esta última nación hay, además, algunos millones de negros.

El problema de las razas. — Este problema de las razas adquiere cada día mayor gravedad. Los estudios de psicología

etnográfica han demostrado — y así lo comprueba la experiencia — que cada raza tiene un concepto distinto de la vida, sin que basten a desvirtuar esta ley las excepciones individuales. La febril actividad de los pueblos blancos, que trabajan con ardor, progresan incesantemente y obtienen cada día nuevas victorias sobre la naturaleza, no es imitada sino muy de lejos por las demás razas humanas. Algunos pueblos amarillos, por ejemplo, los japoneses, siguen en segunda línea esta dirección; pero los negros y cobrizos son casi estacionarios y se ven llevados, por decirlo así, a remolque, sin mostrar iniciativas y constituyendo en muchos casos un peso muerto, un obstáculo poderoso a la obra de la civilización. En los mismos Estados Unidos, en que la raza indígena está casi agotada, la existencia de nueve millones de negros constituye un problema poco menos que irresoluble. La importación de esclavos africanos en América fué, además de un crimen de lesa humanidad, un gran error histórico, que ha tenido y seguirá teniendo dolorosas consecuencias.

III.

LA INDEPENDENCIA, COMPLEMENTO DE LA CONQUISTA.

Carácter que tuvo la guerra de la independencia. — Evolución del espíritu colonial. — Papel secundario del elemento indígena. — Representación principal del elemento criollo. — Entusiasmo del pueblo. — Centros insurreccionales. — Influencia decisiva de la guerra franco-española.

Carácter que tuvo la guerra de la independencia. — La independencia de las colonias americanas no tuvo, en modo alguno, el carácter de una reivindicación de los naturales del país contra la conquista : fué más bien el complemento y confirmación de ésta, su última y natural consecuencia histórica. Las razas inferiores no pueden sacudir nunca la dominación de las superiores, una vez que han entrado en contacto y lucha con ellas y han quedado sometidas : es ésta una de las inducciones sociológicas más vigorosamente comprobadas por los hechos. Sin duda, en el período más crítico del combate entre las colonias y sus respectivas metrópolis, cuando se buscaba a todo trance auxiliares y compañeros de pelea, se deslizaron en los oídos de los indígenas las promesas más halagadoras; pero debemos suponer que no fueron muy sinceras ni hallaron tampoco mucho crédito. Baste recordar el mal éxito que tuvo el plan de restauración de la monarquía de los incas, propuesto con excelente buena fe a los congresales de Tucumán por el general Belgrano. Esta idea se consideró candorosa; esto es, noble, pero impolítica e impracticable : los ríos no pueden remontar su curso, ni las fórmulas nuevas de la civilización inclinarse ante fórmulas agotadas. La invasión y la conquista habían traído al continente americano principios religiosos, políticos, sociales e intelectuales representados y encarnados en las razas latina y sajona; estos principios fueron imponiéndose con rapidez merced al desarrollo de la población de origen blanco, y a los indígenas no les quedó más recurso que tratar de adaptarse

a ellos en la medida de la posibilidad o petrificarse en sus antiguas condiciones de existencia, recluyéndose en las tolderías y manteniendo en hostil esquivez la antigua organización de las tribus bárbaras. En el primer caso, la convivencia determinó cierta fusión entre ambas razas; en el segundo, pronunciándose abiertamente la incompatibilidad, continuó la lucha y los islotes étnicos formados por los primitivos habitantes han ido empequeñeciéndose cada vez más. El indio no ha mejorado social y políticamente sino a condición de abrazar sin reservas una civilización y una forma de vida extrañas, repudiando las propias.

Los exploradores y conquistadores de los siglos XV y XVI habían descubierto y ganado tierras para sus patrias y sus reyes; pero una vez que la obra de la colonización estuvo suficientemente adelantada, los descendientes de aquellos conquistadores pudieron considerar las colonias como su patria verdadera y la quisieron toda para ellos, anhelo perfectamente humano y natural.

Evolución del espíritu colonial. — En la historia de toda colonia hay tres períodos perfectamente caracterizados. En el primero, todo tiende a estrechar la unión con la metrópoli; porque los colonos tienen aún poderosamente arraigado el sentimiento de la patria de origen, y además, sintiéndose débiles, necesitan de ella. En el segundo período todos siguen llamándose hijos de la madre patria y sintiéndolo así; pero en la práctica empieza la diferenciación entre criollos o hijos del país (descendientes de antiguos colonos) y los colonos nuevos : éstos, por su directa procedencia de la metrópoli, suelen mostrar, sobre todo si son altos funcionarios, cierto aire arrogante de superioridad que produce un efecto tanto más deplorable cuanto que los criollos, menos apegados cada vez a la patria de origen, les van mirando como elementos intrusos. Por fin, en el tercer período, que nunca es muy largo, la separación moral está ya realizada; el lazo político subsiste, pero los hijos del país aspiran a romperlo : la colonia tiene ya vida propia, y lejos de necesitar los servicios de la metrópoli, entiende que los papeles se han invertido y que es la metrópoli quien de ella necesita y quien la explota a título sentimental y de un modo vejatorio. En los dos elementos que forman la población colonial se acrecienta la mutua desconfianza, y aunque

son frecuentes los ejemplos de colonos que se pongan del lado de la metrópoli y de hijos de ésta que abracen la causa de la colonia, éstas son excepciones y en general, llegado el momento decisivo, cada uno está en su puesto. Entonces la declaración de guerra própiamente dicha es inminente y cualquier detalle que en otras circunstancias no habría tenido valor, basta para determinarla.

Papel secundario del elemento indígena. — Obsérvese que al trazar las principales fases de esta evolución, hemos prescindido del elemento indígena. Su papel en estos acontecimientos, aunque importante por la influencia del número, es secundario, y en cierto modo, pasivo. En primer lugar, porque para los indígenas no se trata en este caso sino de una guerra civil entre sus enemigos; está en cuestión, ciertamente, la independencia de su tierra, mas no la preponderancia de la raza primitiva, condenada, sea cualquiera el resultado de la lucha, a seguir sometida a elementos extraños. En segundo lugar, siglos enteros de opresión y el mal éxito de las tentativas hechas para lanzar del país a los conquistadores, conducen al desaliento y aun al más extremado pesimismo. Entonces los indígenas sólo tienen que consultar sus sentimientos particulares, que les llevarían a la abstención si hubiese verdadera unidad entre ellos. Lo general es que se vean forzados a servir a unos o a otros indistintamente; pero si abrigan la esperanza de que el triunfo de los revolucionarios les permita mejorar su situación y acaso irse imponiendo gradualmente, lucharán con empeño a su lado, fingiendo dar crédito a las promesas de los que acaudillan el movimiento emancipador.

Representación principal del elemento criollo. — Tal fué lo que se observó en las colonias españolas del nuevo continente al empezar las luchas de la independencia. Los elementos realmente enérgicos e infatigables en la prosecución de este ideal fueron los criollos y entre éstos descollaron en primera línea, casi siempre, los que pertenecían a las familias más distinguidas de las colonias. El principio de la jerarquía social tenía entonces mayor importancia que hoy, de modo que sólo en las peripecias de la guerra, gran piedra de toque de la energía de los caracteres, fueron descollando y elevándose hombres de origen modesto y aun humilde. Pero en los comienzos se

buscaba, ante todo, hombres capaces de hacerse obedecer y respetar por su fortuna, posición o conocimientos; así la revolución argentina fué iniciada por don Cornelio Saavedra, don Manuel Belgrano, don Mariano Moreno y otros personajes de condición relativamente aristocrática dentro del régimen colonial; en Chile, capitanearon el movimiento los hermanos Carrera, oficiales distinguidos de cultura superior a la media de su época, el doctor Rozas y el pundonoroso militar O'Higgins, cuyo padre había desempeñado la capitanía general; en el Perú, se hizo figurar en primera línea al marqués de Torre Tagle, notable sólo por su título nobiliario y su buen deseo; en Venezuela, después del hundimiento de Miranda se impuso el joven Simón Bolívar, educado en Europa, valeroso y de brillante posición social; en Méjico, figuraron a la cabeza de la insurrección los curas Hidalgo, Morelos, Torres y otros eclesiásticos, y era frecuente que los arzobispos desempeñasen el virreinato, por la gran preponderancia que allí tenía el elemento religioso; y en cuanto al Brasil, tan arraigadas estaban las preocupaciones aristocráticas que todos los movimientos en sentido republicano y popular se ahogaron en el vacío y la revolución no pudo triunfar hasta que se puso a su cabeza el príncipe regente, para utilizarla en su provecho.

Entusiasmo del pueblo. — En cuanto al pueblo de las diversas colonias americanas, no escatimó sacrificio alguno para la independencia. Dió a los hombres dirigentes que representaban ese ideal, todo cuanto le pidieron, llegando a veces su generosidad hasta lo increíble, como se observó en los habitantes de la provincia de Cuyo, cuando el gobernador San Martín preparaba la expedición a Chile. Desbaratado un ejército, si la suerte de las armas era adversa a los patriotas, no tardaban en formar otro; las insurrecciones vencidas se reanimaban con facilidad, como un fuego mal apagado; y en cambio una victoria, cualquiera que fuese su valor estratégico, inflamaba de entusiasmo los corazones, sobre todo en los habitantes de la campaña; como lo demuestran las empresas de los gauchos de Güemes en Salta y de los llaneros de Páez en Venezuela. Planteada la lucha en estos términos, la metrópoli había de llevar necesariamente la peor parte. Así y todo, España sostuvo mucho más tiempo de lo que hubiera podido creerse la guerra

con sus colonias, pues pasaron más de quince años antes de que renunciara de hecho a conservar en ellas su antiguo poderío.

Centros insurreccionales. Influencia decisiva de la guerra franco-española. — Tres centros principales de insurrección hubo en América desde 1810 : Méjico, Venezuela y Buenos Aires. Los mejicanos lucharon durante doce años para conseguir la independencia de su vasto territorio, y no pudiendo preocuparse de los demás países atendieron sólo a libertarse a sí mismos. En cambio, las revoluciones venezolana y argentina tuvieron un carácter menos local y más americano. Bolívar no se limitó a libertar a Venezuela, sino que hizo triunfar además la causa de la independencia en Nueva Granada, Ecuador y Perú. El mismo carácter amplio tuvo la revolución de Buenos Aires, que no sólo libertó las provincias argentinas, sino que difundió su espíritu por el Paraguay, Uruguay, Chile y Perú; al norte del cual llegaron simultáneamente las armas de San Martín y Bolívar.

La independencia de las colonias que España poseía en el continente americano estuvo en tela de juicio hasta principios del año 1826. Por una curiosa coincidencia, el 22 de enero del citado año el brigadier Quintanilla que había quedado en posesión del archipiélago de Chiloé lo entregaba, mediante capitulación, al ejército chileno mandado por el general Freire; y a la vez, el general español Rodil, gobernador de la plaza fuerte del Callao, rendía esta fortaleza a los patriotas, después de haber resistido los ataques combinados de la escuadra independiente y de una división colombiana durante más de trece meses. Como desde esa época ya no envió España más expediciones militares a la América continental, quedaron, de hecho, independientes los pueblos que la constituían.

En los Estados Unidos la campaña propiamente dicha contra Inglaterra empezó en abril de 1775 y terminó el 3 de septiembre de 1783, en que los comisionados de la Gran Bretaña y de Nueva Inglaterra firmaron en Versalles el tratado definitivo por el que se reconocía la independencia de los Estados Unidos, declarada solemnemente por la asamblea de Filadelfia el 4 de julio de 1776. Los principales jefes patriotas fueron el general Jorge Wáshington y sus subordinados Montgomery, Gates, Ward y Green, además del joven marqués de Lafayette,

francés, que luchó valerosamente como voluntario. Los más notables generales ingleses durante esta guerra fueron Gage, Howe, lord Cornwallis, Burgoyne y Clinton.

El Alto Perú se vió agitado a fines de 1780 con la sublevación de don José Gabriel Tupac Amarú, descendiente de los antiguos incas y que se proponía reorganizar el imperio peruano, apoyándose en la raza indígena. Se sostuvo en armas durante cinco meses al frente de grandes multitudes de indios, pero vencido y prisionero por el general Valle, fué ejecutado en la plaza del Cuzco el 18 de mayo de 1781, sufriendo la misma triste suerte, dos años después, su hermano don Diego Cristóbal, a quien se engañó con un falso indulto.

En Nueva Granada estalló en marzo de 1781 la insurrección llamada del Socorro, por haber comenzado en esta villa con pretexto de un aumento en las contribuciones. Se puso al frente del movimiento don Juan Francisco Berbeo y la conmoción repercutió en Tunja, Pamplona, Casanare y algunos pueblos de Venezuela. Después de un convenio de paz celebrado el 7 de junio con el arzobispo y que no fué reconocido por el virrey, reapareció la insurrección, pero fué ahogada por las tropas y sus caudillos murieron ahorcados.

Tras de algunos chispazos de insurrección, más o menos alentados por Inglaterra y Estados Unidos, el general venezolano Francisco Miranda, que había militado en los ejércitos español y francés, realizó en 1806 (marzo y agosto) dos expediciones libertadoras que desembarcaron en la costa de Venezuela; pero no fué secundado por sus paisanos y hubo de retirarse.

Con la invasión de la península española por los franceses en el año de 1808, tuvieron los separatistas americanos un pretexto y una ocasión inmejorables para organizar la revolución en las distintas colonias. Desde esta época, los movimientos insurreccionales, políticamente disfrazados al principio como si fuesen favorables a la autoridad del monarca español, cautivo en Francia, se sucedieron con regularidad, obedeciendo a un plan político y militar bastante bien combinado. Los incidentes que surgieron en cada una de las colonias entre el elemento nativo o criollo y el español o realista, con motivo de las novedades ocurridas en la metrópoli, fueron causa de que se acelerara el obligado desenlace.

IV.

INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Origen y carácter de la colonización de Nueva Inglaterra. — Fomento y progreso de esta colonización. — Imposición de tributos. — Su desastroso efecto. — El bill del te. — Preliminares de la lucha. — Los Congresos de Filadelfia. — Empieza la guerra. — Declaración de la independencia. — Expedición de Lafayette. — Arrecia la lucha. — Francia y España reconocen y ayudan a los sublevados. — Grandes éxitos de los americanos. — Tratado de paz. — Primer período de la independencia. — Constitución de los Estados Unidos. — Administración de Jorge Wáshington. — Dificultades con que luchó. — Presidencia de John Adams. — Presidencia de Jéfferson. — Anexión de la Luisiana. — Presidencia de Mádison. — Guerra con la Gran Bretaña. — Jaime Monroe. — Su doctrina continental. — Presidencia de Quincy Adams y de Jackson. — Van-Buren, Hárrison y Tyler. — Presidencia de Polk. — Desmembración de Méjico. — Taylor y Fillmore. — Engrandecimiento de los Estados Unidos. — Administración de Franklin Pierce. — Antagonismo entre esclavistas y abolicionistas. — Presidencia de Buchanan. — Los mormones. — Inminencia de un conflicto entre el Norte y el Sud. — Triunfo del abolicionista Lincoln.

Origen y carácter de la colonización de Nueva Inglaterra. — Las costas orientales de la América del Norte fueron colonizadas desde el siglo XVI por los ingleses, franceses y holandeses. Los grandes establecimientos que estos últimos habían fundado cayeron durante el siglo XVII en poder de Inglaterra, que aprovechó la postración de Holanda para hacerse dueña de sus mejores colonias aun en los comienzos del siglo XIX. Francia conservó mucho tiempo el Canadá, pero los ingleses se la arrebataron en 1763 y sus posesiones norteamericanas llegaron así desde las tierras glaciales hasta el golfo de Méjico.

Las colonias inglesas de América se dividían en tres clases: unas estaban gobernadas directamente por la corona; otras dependían de propietarios a quienes el rey había conferido autorización para colonizar; y otras, por fin, pertenecían a corporaciones o compañías privilegiadas. A la primera clase correspondían Nueva York, Nueva Hampshire, Nueva Jersey, Virginia, Georgia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, cuyas consti-

tuciones estaban formadas por las instrucciones y reglamentos que la corona daba a los gobernadores. Éstos eran asistidos por un consejo y por asambleas de representantes de los hombres libres; de modo que su organización era muy parecida a la de la metrópoli.

En las colonias dependientes de propietarios particulares, éstos nombraban a los gobernadores y consejeros y hacían la convocatoria de las asambleas provinciales. En la época en que se inició la revolución había tres gobiernos de esta clase : el Maryland, perteneciente a la familia de lord Baltimore; y la Pensilvania y el Delaware, regidos por los herederos de William Penn. Otras demarcaciones sometidas antes al mismo régimen, como las Carolinas, Nueva Hampshire y Nueva Jersey, habían sido incorporadas a la corona.

Estaban regidos por compañías o empresas colonizadoras los gobiernos de Connecticut, Rhode-Island y Massachussets. Los colonos elegían cada año al gobernador, el consejo y la asamblea; todos los funcionarios eran nombrados por el pueblo.

La organización de las colonias inglesas fomentaba mucho el espíritu de iniciativa y favorecía grandemente el desarrollo de las libertades públicas, de las que se mostraban muy amantes y celosos los naturales del país.

Fomento y progresos de esta colonización. — En los primeros tiempos la población de Nueva Inglaterra creció con mucha lentidud; pero desde 1630 las luchas políticas y religiosas de la metrópoli y las persecuciones contra los puritanos decidieron a éstos a emigrar a América, y entonces el número de habitantes de las colonias creció con rapidez. A principio del siglo XVIII se aproximaba a medio millón de almas y esta cifra se había quintuplicado en 1775. Había entonces más de 400 mil esclavos negros dedicados al cultivo del tabaco y algodón en las provincias del Sur. Los ingleses manifestaron desde el principio gran aversión hacia los indígenas; no pensaron en convertirlos ni civilizarlos, como trataban de hacer los españoles, y los persiguieron con gran encono, procurando su exterminio. En cuanto al comercio, monopolizado al principio por el *acta de navegación* de Cromwell, tardó poco en ser casi libre, lo que dió a las colonias vida propia y con ella animación, riqueza y prosperidad.

En las provincias del norte la propiedad estaba dividida, las costumbres eran sencillas y francas, dominaba el espíritu religioso importado por los puritanos y cuáqueros y se profesaba con severidad el culto de la Biblia. En el sur la existencia de la esclavitud había creado una clase de grandes propietarios, que poseían inmensos latifundios, existían los mayorazgos y las costumbres eran fastuosas y refinadas. Había, pues, entre los colonos del norte y los del sur oposición de costumbres y espíritu; pero todos coincidían en el amor a sus libertades y en la firme resolución de defenderlas si llegaban a ser atacadas.

La imprenta fué introducida en Nueva Inglaterra a mediados del siglo XVII. En 1704, apareció en Boston el primer periódico y hacia 1750 esa y otras poblaciones importantes contaban ya varias publicaciones de esta índole. También se dió gran impulso a la instrucción, declarándola obligatoria y a cargo del estado. En suma, puede afirmarse que la república y la independencia existían en ese país, si no en las leyes, al menos en las costumbres, antes de que sobreviniera el conflicto con la metrópoli.

Imposición de tributos. Su desastroso efecto. — En la guerra con el Canadá, las milicias norteamericanas prestaron a Inglaterra servicios de gran importancia, contribuyendo en buena parte a la conquista de aquel país. Dícese que los jefes y oficiales ingleses, al volver a la metrópoli, encomiaron mucho las riquezas de los colonos, su generosa hospitalidad y la abundancia en que vivían. El gobierno inglés, que iba tendiendo a restringir la libertad del comercio colonial, quiso entonces imponer algunas contribuciones para el tesoro real, y esta pretensión fué rechazada por los americanos, los cuales pretendían que no podía imponérseles impuesto alguno por un parlamento en que ellos carecían de representación. Para justificar su resistencia enviaron a Londres varios delegados, figurando entre ellos el célebre Benjamín Franklin, que gozaba de mucha reputación por sus descubrimientos científicos y por sus escritos sobre cuestiones económicas.

No se detuvo el gobierno inglés ante esas reclamaciones y en marzo de 1765 dispuso que todos los contratos celebrados en las colonias fueran escritos en papel sellado so pena de nulidad. Entonces comenzaron en Nueva Inglaterra las mani-

festaciones turbulentas : el *bill* del parlamento inglés fué quemado en las calles de Nueva York; las asambleas provinciales se reunieron para protestar contra el impuesto del papel sellado y se acordó celebrar en Nueva York una asemblea general, en que hubo representantes de nueve de las trece colonias. Los delegados pidieron la derogación de la ley, siendo defendidos vigorosamente por Pitt en el parlamento inglés. Revocó éste la ley sobre el papel sellado, mas al mismo tiempo declaró que le correspondía la autoridad suprema sobre las colonias (marzo de 1766).

El bill del te. Preliminares de la lucha. — Poco después subió al gobierno el mismo Pitt y por una inconsecuencia extraña hizo aprobar por el parlamento una ley aduanera imponiendo derechos sobre el te, el cristal y el papel que se introdujeran en las colonias. La agitación renació entonces con más fuerza. La asamblea de Boston protestó con energía y fué disuelta por el gobernador (1768). Igual medida se adoptó con las asambleas de Virginia y Carolina del Norte al año siguiente. En Boston hubo choques entre la multitud y las tropas, y habiéndose convocado de nuevo la asamblea para que votase los subsidios necesarios para el pago de la guarnición se negó a ello (1770), por lo que fué considerada como rebelde.

En Inglaterra preocupaba mucho los ánimos esta violenta situación, pero mirándose como facciosa la actitud de los colonos, se quería salvar el principio de autoridad. Lord North, nombrado primer ministro, abolió los derechos sobre varias mercaderías, pero dejó en vigor el impuesto sobre el te. En Nueva York hubo que proteger con fuerza armada el desembarco de esta mercadería; pero su venta se hizo difícil, porque el pueblo amenazaba a los comerciantes. En Boston fueron asaltadas las embarcaciones y arrojados al mar 342 cajones de te (diciembre de 1773). Entonces el parlamento inglés declaró cerrado para el comercio el puerto de Boston, y a las protestas de esta ciudad siguieron las de otras legislaturas provinciales que acusaron de abuso e injusticia el parlamento. Excitadas cada vez más las pasiones, los colonos más exaltados predicaron la guerra y no tardaron en adherirse a esta extrema resolución los que hasta entonces habían predicado la moderación y la calma.

Los Congresos de Filadelfia. Empieza la guerra. — El 4 de septiembre de 1774 se reunió en Filadelfia un congreso general cuyos diputados suscribieron una declaración de derechos, reclamando para los americanos las mismas libertades de que gozaban los ingleses. Al disolverse el congreso acordó que se reuniera otro nuevo el 16 de mayo de 1775. A la vez se adoptaban disposiciones belicosas organizándose cuadros de voluntarios y depósitos de armas. El general inglés Gage, que gobernaba duramente en Boston, envió con 800 hombres al coronel Smith, para que destruyese aquellos depósitos y prendiese a los agitadores. Smith cumplió en parte su tarea, pero cuando regresaba a Boston, fué atacado en Lexington por los voluntarios, que le derrotaron, haciéndole cerca de 300 bajas (19 de abril de 1775). Esta victoria entusiasmó a los americanos de tal modo que en pocas semanas las milicias del norte ascendían a más de veinte mil hombres a cuyo frente se puso el general Ward, que trató de bloquear a las tropas de Gage. Otras milicias se apoderaron de dos fuertes a orillas del lago Champlain. El litigio entre Inglaterra y América pendía ya del fallo de las armas.

El segundo congreso de Filadelfia se reunió en la fecha indicada, dió un manifiesto explicando las razones que hacían inevitable la guerra y nombró general en jefe del ejército colonial al coronel Jorge Wáshington, opulento propietario de Virginia, que se había distinguido por su valor en las campañas contra los indios y en la guerra del Canadá. No era un militar de genio, ni poseía cualidades brillantes; pero nadie le ganaba en firmeza, desinterés y abnegación. El 12 de julio de 1775 tomó el mando del ejército que sitiaba a Boston y que ascendía a unos 14 mil hombres. Días antes se había librado un combate en *Bunker Hill* sin que ninguno de los contendientes pudiese atribuirse la victoria. Wáshington mantuvo el sitio de Boston, mientras une expedición de cuatro mil patriotas, mandados por Montgomery y Arnold, invadía el Canadá. Esta expedición fué desgraciada; Montgomery murió ante los muros de Quebec, y Arnold, perseguido por los canadienses, tuvo que regresar al sur.

Los ingleses, mientras tanto, destruían con su escuadra al comercio de las colonias, reforzaban su ejército y reclutaban a toda prisa en Europa un ejército de cincuenta mil mercenarios,

en su mayor parte alemanes. Wáshington logró entrar en Boston el 18 de marzo de 1776; pues el general Howe, que la defendía, se embarcó hacia el sur con el propósito de cortar las comunicaciones entre los patriotas. Comprendiendo Wáshington la táctica del enemigo, abandonó a los pocos días a Bostón y marchó hacia Nueva York, donde entró el 13 de abril con todas sus fuerzas, bastante desorganizadas y faltas de municiones, pero llenas de buena voluntad.

Declaración de la independencia. — Siendo ya imposible la avenencia con la Gran Bretaña, cuyas tropas cometían todo género de violencias y exacciones, el congreso de Filadelfia declaró el 7 de junio de 1776 la separación de las colonias y su entera independencia de la metrópoli. Esta declaración, redactada en estilo severo y majestuoso por Tomás Jéfferson, natural de Virginia, como Wáshington, fué firmada el 4 de julio, día en que se celebra desde entonces la fiesta nacional de los Estados Unidos.

El general Howe puso sitio a Nueva York y Wáshington se vió precisado a evacuar esta ciudad, situándose en Long-Island (27 de agosto). Más tarde, temiendo ver cortadas todas sus comunicaciones, se trasladó al norte, acampando en la ribera derecha del Delaware, mientras el congreso, poco seguro en Filadelfia, se transladaba a Baltimore, confiando al general Wáshington atribuciones de dictador por el término de seis meses. Wáshington supo corresponder a la confianza de sus conciudadanos. En la noche del 25 de diciembre pasó el Delaware en medio de masas de hielo, atacó a una división enemiga que ocupaba *Trenton* y la tomó mil prisioneros y seis cañones. Se volvió en seguida contra el general Cornwallis, que dominaba la orilla izquierda del río, y le derrotó en *Princetown*, volviendo de nuevo a sus antiguas posiciones (2 de enero de 1777). Por entonces había sido también rechazado de Charlestown, con grandes pérdidas, et general inglés Clinton.

Expedición de Lafayette. Arrecia la lucha. — El congreso envió a Europa dos delegados, entro los que figuraba Benjamín Franklin, para interesar a los gobiernos en la causa de la emancipación americana. El rey Luis XVI y su gobierno, sin comprometerse oficialmente, apoyaron con generosidad a las colonias británicas. El joven marqués de Lafayette,

que aun no tenía 20 años, cargó un buque de armas y municiones y ofreció sus servicios al pueblo americano. El congreso le dió el grado de mayor general (abril de 1777) que justificó luchando con gran valor y ardimiento. Entre los europeos que pelearon al lado de Wáshington figuraban Saint-Simón, que se distinguió más tarde como filósofo socialista, y el valiente Kosciusko, héroe infortunado de la independencia polaca.

Howe marchó contra Filadelfia y la ocupó después de haber derrotado a Wáshington en *Brandy-Wine* (12 de septiembre de 1777). Los patriotas repararon este descalabro con la brillante victoria que el general Gates obtuvo cerca de Saratoga, contra el inglés Burgoyne, a quien obligó a capitular con todo el ejército del Canadá, compuesto de 5.600 hombres.

Francia y España reconocen y ayudan a los sublevados. — La capitulación del general Burgoyne tuvo gran resonancia en Europa y determinó a Francia a reconocer oficialmente la independencia de los Estados Unidos, con los que celebró un tratado de alianza ofensiva y defensiva (6 de frebrero de 1778). No tardó España en adherirse a ese tratado, que tuvo como inmediatas consecuencias el envío a Nueva Inglaterra de 6.000 soldados franceses, dirigidos por Rochambeau, y la campaña emprendida contra los ingleses por un ejército español, mandado por el gobernador de la Luisiana, don Fernando Gálvez, que venció a las tropas británicas en los combates de *Baton Rouge*, *Mobila* y *Panzacola* y reconquistó la Florida. Desde entonces Inglaterra tuvo que luchar a la vez contra Francia, España y los insurrectos americanos y lo hizo con gran valor, y en muchos casos con fortuna; pero a costa de gastos enormísimos, que comprometieron su hacienda.

La campaña de 1779 fué, en general, satisfactoria para los ingleses en las provincias centrales y en las Carolinas, donde se hicieron dueños de *Savannali,* sosteniendo esta posición contra los más rudos ataques. Wáshington, aunque poco emprendedor y con frecuencia vencido, manifestaba una constancia y serenidad a toda prueba y no desesperaba nunca; pues estaba persuadido de que para obtener el triunfo lo principal era perseverar en la insurrección, que acabaría por agotar los recursos de la Gran Bretaña, aunque los ingleses obtuvieran muchos éxitos militares. Los soldados patriotas y el pueblo no

le negaron jamás su confianza y esto contribuyó mucho al buen éxito que la guerra tuvo para los independientes.

En 1780, los españoles enviaron nuevos e importantes auxilios a los insurrectos norteamericanos. Al efecto salió de la Habana el general don Victoriano de Navia con 12 navíos de línea, 2 fragatas, 6 bergantines, 82 transportes y 12 mil combatientes, entre los que figuraba como oficial don Francisco Miranda, que tanto trabajó más adelante por la independencia de Venezuela. Este ejército operó, con el de Gálvez, en la Luisiana y la Florida.

Durante el año 1780 los ingleses, débiles en el norte y en el centro, donde Wáshington impedía sus operaciones, mostraron gran actividad en el sur. El general Clinton puso sitio a Chárleston, capital de la Carolina del Sur; derrotó a dos cuerpos de americanos que acudían al auxilio de la plaza y la tomó por capitulación, haciendo prisioneros a los defensores, con 400 cañones y 4 fragatas (12 de mayo de 1780). Pocos meses después el general patriota Benedicto Arnold, que se había distinguido en la expedición al Canadá, se pasó a los ingleses por dinero, tratando de entregarles el fuerte de West-Point. Descubierta su traición, huyó Arnold al campo enemigo y poco después, al frente de un cuerpo de 1.500 hombres, devastó la Virginia y cometió grandes crueldades contra sus compatriotas. El inglés lord Cornwallis venció al americano Gates en la Carolina del Sur, pero no sin sufrir graves pérdidas.

Grandes éxitos de los americanos. — Reemplazado Gates en 1781 por Green, comenzó este general su campaña del Sur destruyendo un gran destacamento de caballería inglesa en el combate de *Cowpens*, y luego emprendió con éxito la reconquista de las dos Carolinas, forzando a los ingleses a retirarse a los puertos de la costa. El inglés lord Cornwallis invadió entonces la Virginia en unión del traidor Arnold, sosteniendo muchos encuentros con Lafayette, que al fin le obligó a concentrarse en York-Town con cerca de nueve mil hombres. Wáshington entonces dejó cerca de Nueva York una división patriota para inmovilizar al general Clinton y en seguida emprendió una rápida marcha hasta reunirse en Virginia con Lafayette, mientras la escuadra francesa se situaba frente a York-Town. Con diez y seis mil hombres comenzó

Wáshington el sitio de esta plaza el 30 de septiembre de 1781. El 10 de octubre comenzó el bombardeo; los americanos, avezados ya a los combates, rivalizaron en pericia y valor con los auxiliares franceses; varios reductos importantes fueron tomados a la bayoneta y al fin lord Cornwallis, imposibilitado de romper las líneas sitiadoras, se vió obligado a capitular, rindiéndose con siete mil hombres (19 de octubre de 1781).

Esta victoria produjo un inmenso entusiasmo. Lafayette, considerando ya asegurada la independencia, se embarcó para Europa, siendo objeto de grandes demostraciones de afecto y gratitud. El congreso le votó una recompensa nacional, de igual modo que a Rochambeau y a Wáshington. Éste, una vez terminada la campaña de Virginia, volvió hacia el Hudson, esperando el momento favorable de atacar al general Clinton, que seguía en Nueva York.

Tratado de paz. — Ya en esta época la opinión del pueblo inglés estaba por la paz; pues aunque la guerra contra Francia, España y Holanda se sostenía en general con buen éxito, el comercio británico padecía mucho y los gastos pasaban ya de 120 millones de libras esterlinas, cantidad muy fuerte en aquellos tiempos. El gabinete North fué sustituído por el de Fox, que hizo proposiciones de arreglo por separado a las diversas potencias y al mismo congreso americano, pero éste no quiso celebrar ningún tratado sino de acuerdo con Francia. Siguió, pues, la lucha, pero débilmente; Clinton fué reemplazado por el general Carleton, conocido por su templanza; una nueva modificación ministerial llevó al poder a Shelburne y a Pitt, decididos partidarios de la paz, y al fin, a mediados de 1783, se abrieron conferencias en Versalles. Inglaterra reconoció la independencia de los Estados Unidos, incluyendo en sus límites vastos territorios del Canadá y la Nueva Escocia, para que pudieran tomar parte en el comercio de pieles. Todas las provincias ocupadas aún por los ingleses fueron restituídas a los americanos. El tratado definitivo se firmó el 3 de septiembre de 1783 y a la vez se ajustó la paz con Francia, España y Holanda.

Primer período de la independencia. — Constitución de los Estados Unidos. — Logrado ya el inestimable beneficio de la independencia, los Estados Unidos mantuvieron el

pacto provisional formado en 1776 para la alianza de las trece colonias; pero algunas se mostraban refractarias a estrechar estos vínculos. Wáshington devolvió al Congreso la credencial de los poderes discrecionales que había ejercido durante la lucha y se retiró a la vida privada (23 de diciembre de 1783). Transcurrieron algunos años durante los cuales no pudo convenirse en ninguna fórmula de unión, merced a las rivalidades entre los estados; pero como este fraccionamiento creaba una situación peligrosa, se reunió al fin en Filadelfia una convención encargada de presentar y discutir un proyecto de constitución (2 de mayo de 1787). Fué elegido presidente de la Asamblea el general Wáshington, y al cabo de cuatro meses se presentó al Congreso el proyecto constitucional, que fué promulgado el 17 de septiembre, rechazándolo sólo el estado de Rhode-Island, que lo admitió, sin embargo, dos años después. Con arreglo a esta constitución, el país quedó organizado en república democrática, representativa y federal. Cada estado podía darse una constitución especial para su gobierno interior, eligiendo su gobernador, su ministerio y sus cámaras legislativas. El poder nacional quedó a cargo de un presidente de la República, elegido por cuatro años, y de un congreso formado por dos cámaras, la de representantes o diputados, elegidos por toda la nación, y la de senadores, elegida por las asambleas de los Estados. El congreso nacional quedó encargado de los intereses comunes; la paz, la guerra, los tratados de comercio, las tarifas de aduanas, la administración de las rentas nacionales y el sostenimiento de un ejército y una armada. Se acordó que el congreso y el presidente residieran en un territorio especial neutralizado. Mientras se designaba este territorio se adoptó como capital provisoria a Nueva York y aquí se reunió el primer congreso el 4 de marzo de 1789, siendo elegido presidente de la República el gran ciudadano Jorge Wáshington.

Administración de Jorge Wáshington. Dificultades con que luchó. — Los partidos federalista y demócrata, defensor el primero de la unidad nacional y el segundo de las libertades locales, tomaron gran fuerza en este período, en que la hacienda sufrió también una crisis de gravedad extraordinaria. Wáshington hubo de hacer grandes esfuerzos para evitar la disolución de la nueva República, en que adquiría desarrollo

alarmante el separatismo. Terminado su período presidencial el 4 de marzo de 1793, fué reelegido y hubo de convocar 15 mil hombres de milicias para contener los disturbios de varios estados que se habían sublevado contra ciertos tributos nacionales. Los disturbios cesaron sin efusión de sangre, pero aun era de temer la separación de algunas provincias, que se negaban a todo sacrificio en aras de la unión. Todavía se ofreció a Wáshington el poder supremo por un nuevo período, mas se negó a admitirlo, diciendo que la prolongación desmedida del poder en manos de un hombre, por virtuoso que fuera, encerraba los más graves peligros para la libertad y que él, por su parte, prefería el cuidado de su granja al imperio del universo. En vista de esa irrevocable decisión hubo que elegir nuevo presidente y el 4 de marzo de 1797 tomó las riendas del gobierno John Adams, que había ejercido la vicepresidencia en los dos períodos anteriores.

Presidencia de John Adams. — Durante la administración de John Adams se celebró con Inglaterra un tratado de comercio contra el cual protestó el gobierno francés, llegando al extremo de capturar varios buques mercantes americanos. La guerra parecía inevitable; se votó un gran empréstito y se organizó un ejército cuya jefatura aceptó Wáshington, el cual opinaba que los pueblos no pueden comprometer su gratitud demasiado, sin peligro de que su dignidad e independencia se conviertan en palabras vanas. Al fin el gobierno francés desistió de su actitud ofensiva y así evitó al mundo el espectáculo de una guerra deplorable con el mismo país por cuya independencia había luchado poco antes con energía y decisión.

El 14 de diciembre de 1799 murió, después de una breve enfermedad, el ilustre Wáshington, una de las figuras más notables y simpáticas de la historia de la humanidad. Sus mismos enemigos hicieron plena justicia a sus grandes cualidades morales. Para honrar su memoria se dió el nombre de Wáshington a la capital federal, que fué fundada en el año 1800.

Presidencia de Jéfferson. Anexión de la Luisiana. — John Adams entregó la presidencia en 1801 a Tomás Jéfferson, jefe del partido demócrata que, reelegido para un nuevo período, se mantuvo al frente del gobierno hasta el 4 de marzo de 1809. En su tiempo los Estados Unidos compraron a Francia

el territorio de Luisiana en 15 millones de francos, aumentando así en un doble su extensión territorial. Poco antes el rey de España, Carlos IV, había entregado la Luisiana a Napoleón a cambio de que éste reconociera como reina de Etruria (Toscana) a una hija de aquél. En este tiempo los Estados Unidos habían ensanchado sus límites con las anexiones del Vermont (1791), Kentucky (1792), Tennesee (1796), y Ohio (1802). Además poseían al norte y al sur los territorios de Indiana y Alabama, preparando así la invasión del desierto, que no tardarían en fertilizar con su laboriosidad infatigable. La agricultura y la ganadería habían hecho inmensos progresos y la población, que en 1783 apenas llegaba a tres millones y medio de habitantes, se aproximaba en 1809 a los diez millones. Al dejar la presidencia el fogoso demócrata Jéfferson resultó que su política había sido mucho más nacionalista aún que la de los federales, con inmensa ventaja para el país.

Presidencia de Mádison. Guerra con la Gran Bretaña. — El cuarto presidente fué Jaime Mádison (1809-1817). En su tiempo surgió une gravísima contienda con la Gran Bretaña, por cuestiones comerciales. Declarada la guerra el 18 de junio de 1812, fueron llamados a las armas 50.000 voluntarios y 100.000 milicianos y se construyó un buen número de buques. Se dió el caso curioso de que los americanos, en esta nueva lucha con su antigua metrópoli, alcanzaran algunas ventajas en los combates navales, mientras llevaron casi siempre la peor parte en las batallas libradas en tierra. Los estados del norte fueron invadidos por los ingleses, después del rechazo de dos expediciones americanas contra el Canadá, y sufrieron tantos perjuicios, que se inclinaban ya a la separación cuando los ingleses, enorgullecidos por sus victorias, empezaron a hablar de la *recolonización*, dando a entender que, después de castigar con ejemplar dureza a los Estados Unidos, querían someterlos de nuevo. Las costas americanas fueron arrasadas por las escuadras de Cokburn, Beresford y lord Cochrane; la ciudad de Wáshington fué ocupada en agosto de 1814 y entregada a las llamas, acto de barbarie que indignó al mundo civilizado. Pero el temor de caer de nuevo en el coloniaje reanimó el abatido espíritu del pueblo de los Estados Unidos y fortificó el sentimiento nacional; ya no se habló de separación y todo el mundo

se armó en defensa de la patria y de la libertad. Los habitantes de Baltimore rechazaron con energía a los sitiadores; el general americano Jackson defendía vigorosamente la ciudad de Nueva Orleáns, acometida por lord Cochrane y por Pakenham, que murió al intentar un furioso asalto, quedando además tendidos dos mil de los suyos (8 de enero de 1815). Por fin, Inglaterra, persuadida de la imposibilidad de restablecer el antiguo orden de cosas, se avino a firmar la paz en Gante (Bélgica) el 24 de diciembre de 1814; de modo que al darse el infructuoso y sangriento asalto a Nueva Orleáns ya estaba pactado el arreglo, aunque no fué conocido en los Estados Unidos hasta el 22 de febrero de 1815. En el tratado de paz Inglaterra reconoció como límite entre los Estados Unidos y el Canadá el lago Hurón y el lago Superior, y ambas naciones se obligaron a unir sus esfuerzos para la abolición del tráfico de esclavos. El general Jackson recibió grandes distinciones y en lo sucesivo se le designó con el nombre de « héroe de Nueva Orleáns ». En cuanto a las cuestiones de derecho marítimo que habían sido el pretexto principal de esta guerra, la Gran Bretaña las dejó sin resolver.

Jaime Monroe. Su doctrina continental. — El quinto presidente de los Estados Unidos fué Jaime Monroe, que había sido mucho tiempo enviado diplomático de su país en Europa. Como sus dos inmediatos antecesores, desempeñó la presidencia durante ocho años. En su tiempo aumentó considerablemente la población del país, merced al aflujo de inmigrantes; se formaron nuevos Estados, llegando en 1820 al número de veintitrés, y se compró a España el vasto territorio de Florida por 5 millones de dólares, que no fueron pagados en efectivo, sino como compensación de reclamaciones pecuniarias que contra el gobierno español presentaban súbditos norteamericanos. El general Monroe, de completo acuerdo con Inglaterra, se apresuró a reconocer la independencia de Méjico, Colombia, el Perú y otros pueblos americanos que aun luchaban con su antigua metrópoli. España protestó contra este hecho, mirándolo como una violación del derecho internacional, y recibió el apoyo moral de los gobiernos de Francia, Austria y Rusia, llegándose a pensar en una intervención conjunta de estas naciones en América, para restablecer el sistema

colonial. La coalición de estos gobiernos recibió el nombre de Santa Alianza (1822) y su objeto principal era combatir las instituciones liberales, así en Europa como en América. El gabinete inglés combatió enérgicamente los propósitos de la Santa Alianza, aunque no pudo impedir que una intervención francesa destruyera en España el régimen constitucional, restableciendo el absolutismo (1823). En cambio, la estrecha identidad de miras que desde entonces hubo entre Inglaterra y los Estados Unidos alentó al presidente Monroe a declarar, en su mensaje de 1823, que su país no consentiría que los gobiernos europeos intervinieran en los asuntos de América, ni tratasen de formar colonias en este continente. Este principio de la no-intervención, precisado más tarde en la fórmula « América para los americanos », ha recibido el nombre de doctrina de Monroe y señaló el principio de una política continental que, en aquella época, despertó gran entusiasmo.

Presidencia de Quincy Adams y de Jackson. — Terminados los dos períodos presidenciales del general Monroe, subió a la presidencia John Quincy Adams, hijo del inmediato sucesor de Wáshington y secretario de Estado en varias administraciones. Había obtenido algunos votos menos que su contrincante el general Jackson, pero ninguno de ellos tenía los sufragios indispensables para que su elección fuera definitiva, y según la Constitución, el Senado podía elegir en este caso entre los dos candidatos que figurasen a la cabeza. Consideraciones políticas decidieron la designación de Quincy Adams, lo que promovió tal indignación entre los partidarios de Jackson que pidieron la nulidad de la elección y la reforma de varios artículos constitucionales. Al fin, no sin trabajo, se calmó la agitación, reservándose las hostilidades para el término del período de Quincy Adams. Éste, en efecto, no logró ser reelegido y en 1829 subió a la presidencia por gran mayoría el defensor de Nueva Orleáns, Andrés Jackson (7° presidente). Mostró en su alto cargo un carácter impetuoso y terco, que le llevó a lastimar con frecuencia los preceptos legales y a ponerse en pugna con el congreso, hasta el punto de que hubo momentos en que se pensó en formarle juicio político. Además, quiso mantener unas tarifas excesivamente protectoras que perjudicaban mucho a los estados del Sur; las Carolinas protesta-

ron y el presidente mostró una actitud tan rígida que hubo necesidad de hacer preparativos militares. Reelegido Jackson para el período de 1833-37, llegó a parecer inminente la guerra entre los estados del Norte y los del Sur; pero al fin el congreso federal votó una ley que conciliaba los intereses en pugna, estableciendo la rebaja gradual de las tarifas; lo que calmó la excitación de los ánimos.

Van-Buren, Hárrison y Tyler. — El 4 de marzo de 1837 fué elegido presidente Martín Van-Buren (8° presidente), que había ejercido la vicepresidencia con Jackson. En su tiempo se hizo guerra de exterminio a los indios semínolas, que habitaban la Florida y la Luisiana.

El noveno presidente fué el general Hárrison (1841), que murió a las pocas semanas, ocupando el cargo, con arreglo a los preceptos constitucionales, el vicepresidente Tyler, que pasó gran parte de su período administrativo en pugna con el congreso. En su tiempo tomó gran importancia la cuestión de Tejas, vasto territorio que se había declarado independiente de Méjico y sostenía continuas guerras con esta república. Los colonos de Tejas, norteamericanos en su mayor parte, trabajaban en favor de la anexión a los Estados Unidos; pero el congreso de este país vacilaba ante la inminencia de la guerra, y así transcurrieron varios años, sin que el gobierno de los Estados Unidos hiciera otra cosa que ayudar bajo capa a los escasos pobladores de Tejas en sus incesantes guerras con Méjico, según veremos al tratar de la historia de este país.

Presidencia de Polk. Desmembración de Méjico. — Elevado al poder en 1845 Polk (11° presidente), los colonos de Tejas volvieron a pedir que se les admitiera en la unión norteamericana, y esta vez fué aceptada su propuesta por el congreso. Tejas fué anexionada como territorio a los Estados Unidos y entonces el gobierno de Méjico protestó, lo que dió lugar a la guerra, prevista ya desde algunos años antes, pues se trataba de países muy vastos y fértiles, que podían redondear perfectamente las posesiones de la gran república. La campaña, de que trataremos con más detenimiento en otro lugar, fué muy favorable a las armas de los Estados Unidos; el general Taylor obtuvo en mayo de 1846 una serie de importantes victorias contra los mejicanos y ocupó la ciudad de Matamoros.

Habiendo rechazado el gobierno de Méjico las primeras proposiciones de paz, siguió con encarnizamiento la lucha : los norteamericanos ocuparon vastísimos territorios hacia el oeste; se apoderaron de Veracruz (29 de marzo de 1847) y el 14 de septiembre del mismo año entraron vencedores en la ciudad de Méjico. Entonces comenzaron las negociaciones de paz, que terminaron en abril de 1848 con el tratado de Guadalupe Hidalgo, en cuya virtud el gobierno de Méjico, no sólo reconoció la anexión de Tejas a los Estados Unidos, sino que cedió a esta república los territorios de Nuevo Méjico, Arizona y Alta California; esto es, más de dos millones de kilómetros cuadrados, recibiendo en cambio una indemnización de 15 millones de pesos.

La relativa facilidad con que se realizó esta conquista despertó un orgullo inmenso en muchos norteamericanos, que miraron como manifiesto destino de los Estados Unidos la absorción de todo el continente. Estas ideas dieron origen al partido llamado imperialista, porque aspiraba a ensanchar los dominios del país por medio de las armas; aunque en realidad los partidos tradicionales no eran más que dos : el demócrata y el republicano, que fueron cambiando de significación al correr de los tiempos.

Taylor y Fillmore. Engrandecimiento de los Estados Unidos. — Al terminar Jaime Polk su período administrativo (4 de marzo de 1849), se eligió presidente (12° de la serie) al general Zacarías Taylor, vencedor en la guerra de Méjico. Durante su administración, que fué muy breve, se formaron los nuevos territorios de Minnesota y Utah, con lo que el número de Estados ascendió a treinta y uno, extendiéndose la Confederación desde el Atlántico al Pacífico. Ya en esta época, la población de los Estados Unidos se calculaba en 25 millones de habitantes que, desplegando actividad pasmosa, habían elevado la riqueza del país a sumas increíbles. Pero esta prosperidad tenía un aspecto desfavorable; la riqueza de los Estados del Sud se basaba principalmente en el trabajo de millones de negros esclavos, que eran tratados con bárbara dureza. Los Estados del Norte combatían, tanto por humanidad como por interés mercantil, la plaga de la esclavitud, y produjo una sensación inmensa el libro de Enriqueta Beecher

Stowe, *La cabaña del tío Tom,* en que con elocuente y apasionado estilo se describían los horrores a que daba lugar en la práctica institución tan odiosa. Pero el interés acalla siempre la voz de la justicia; los propietarios del Sud no querían oir hablar siquiera de la abolición y se manifestaron dispuestos a separarse de los Estados Unidos antes que consentir en ella.

El general Taylor era partidario de la abolición; pero no se atrevió a plantear el problema y se limitó a dictar medidas para restringir el comercio de negros, que era escandaloso. Cuando más preocupado se hallaba por esta grave cuestión, murió casi repentinamente (9 de julio de 1850) y subió al poder Millard Fillmore, vicepresidente, que hizo grandes esfuerzos para calmar la hostilidad de abolicionistas y esclavistas. En su tiempo, una expedición de voluntarios norteamericanos, unidos a unos cuantos centenares de separatistas de Cuba, efectuó un desembarco en esta isla, con el propósito de hacerla independiente; pero las tropas españolas derrotaron a los expedicionarios y aprisionaron a muchos de ellos, que fueron fusilados en la Habana (1851).

Administración de Franklin Pierce. Antagonismo entre esclavistas y abolicionistas. — El 4 de marzo de 1853 tomó posesión de la presidencia Franklin Pierce (14° presidente), notable orador y jurisconsulto, que había militado con distinción en la guerra de Méjico. Pertenecía al partido demócrata, en que preponderaban los abolicionistas, y era por consiguiente resuelto partidario de mantener la unidad de la república. Con el pretexto de que no estaban bien delimitadas las fronteras, quitó a Méjico vastos territorios al sur del río Gila, consolidando estas adquisiciones, nada justas, con una moderada indemnización pecuniaria. El imperialismo seguía haciendo progresos; la doctrina de Monroe iba tomando un sentido absorbente que no pudo estar en el espíritu de su autor, y esto motivó algunos disgustos y controversias diplomáticas con Francia, España, Austria y la misma Inglaterra. El territorio de California, rápidamente poblado merced a las falanges de aventureros que acudían de todas partes del mundo para buscar oro, subió a la categoría de estado. En los últimos tiempos de la presidencia de Franklin Pierce hubo serios disturbios por el creciente antagonismo entre los

partidarios y los enemigos de la esclavitud, llegando a ser general la convicción de que se aproximaba la guerra civil. Esto dió especialísimo interés a la lucha electoral de 1856, en que ambos bandos hicieron esfuerzos inauditos para hacer triunfar sus respectivas candidaturas. Venció al fin Jaime Buchanan (15° presidente) a quien apoyaban los esclavistas, y tomó posesión de la presidencia el 4 de marzo de 1857.

Presidencia de Buchanan. Los mormones. Inminencia de un conflicto entre el Norte y el Sud. Triunfo del abolicionista Lincoln. — Durante la administración de Buchanan, los partidarios de la esclavitud ocuparon los cargos nacionales de más importancia y utilizaron su posición oficial para ir preparando la lucha en ventaja de los estados del Sud. Así el fogoso esclavista Jéfferson Davis, nombrado ministro de la guerra, fué mandando al sur gran cantidad de armas y municiones, proveyó abundantemente los arsenales, favoreció las obras de fortificación y, en suma, hizo cuanto pudo para que los fondos de la nación se invirtieran en provecho de un partido que aspiraba a destruir la nación misma. De igual modo procedían otros individuos del gabinete, y en cuanto a los gobernadores de los estados en que había esclavos, procedían como si se encontraran de hecho desligados de la causa nacional, no recatándose para decir que si en las próximas elecciones resultaba elegido un candidato abolicionista, se negarían a reconocerlo.

Aparte de esta animosidad enconada entre los estados del Norte y del Sud, no faltaron incidentes notables durante la administración de Buchanan. Los esclavistas organizaron una expedición contra Nicaragua, con el propósito de incorporarla a la Unión y disponer de más votos en el Senado, pero fueron rechazados en varios encuentros y no lograron sus fines. Por su parte algunos abolicionistas, exasperados por la parcialidad del gobierno, organizaron una conspiración encaminada a tomar el arsenal de Harper's Ferry y fomentar luego la rebelión de los esclavos del Sur contra los plantadores. El plan abortó y su jefe visible Juan Brow fué ahorcado con varios de sus auxiliares.

También hubo complicaciones graves en el Oeste con motivo de la fundación de una secta religiosa llamada de los *mormones,*

que había fundado el pretendido profeta Smith, a quien sucedió Brigham Young. Los mormones, interpretando a su modo el Antiguo Testamento, habian adoptado un régimen análogo al de los jueces de las tribus israelitas, anteriores al reinado de Saúl, y practicaban la poligamia en algunos territorios del Utah. Habiendo resistido todas las amonestaciones del gobierno para que renunciaran a semejante organización, fué preciso mandar contra ellos un ejército que, después de una porfiada lucha, ocupó la ciudad santa de la nueva secta (ciudad del Lago Salado); pero resultando evidente que no se podía reducir a esos millares de fanáticos sino exterminándolos a todos, se pactó una especie de transacción en cuya virtud se permitió a los mormones que siguieran gobernándose con arreglo a sus leyes, siempre que renunciaran a crear un estado dentro del nacional.

Al aproximarse las elecciones de 1860 la agitación del país llegó al paroxismo, porque todos comprendían que se entraba en la crisis más grave que habian sufrido los Estados Unidos desde la época de su independencia. La ruptura de la nacionalidad parecía inevitable en el caso en que triunfara la candidatura abolicionista; en el mensaje de 1860 el presidente Buchanan puso en duda el derecho del congreso a someter por fuerza a un estado o grupo de estados que quisieran romper el lazo federal; y el mayor número de las naciones europeas veía con secreto placer la inminencia de una ruptura que haría dos pueblos rivales y enemigos de uno ya demasiado fuerte y poderoso. En esta época, en efecto, podía calcularse en 32 millones de habitantes la población de los Estados Unidos, que abarcaban un territorio casi tan grande como Europa entera y poseían una riqueza incalculable, merced a la producción vastísima de algodón, trigo, maíz y lanas, a la cuantía de los ganados en las praderas del Oeste y a las minas de oro de California.

Verificadas las elecciones presidenciales quedó triunfante el candidato abolicionista, Abraham Lincoln. Ésta fué la señal de una guerra sangrienta e implacable que hizo época, no sólo en la historia de los Estados Unidos sino también en la de la humanidad, y de que trataremos después de haber reseñado los principales acontecimientos de los otros pueblos americanos hasta el año 1860.

V.

HAITÍ Y SANTO DOMINGO.

Primera época de la colonización. — Ataques de los piratas. — División de la isla. — Desarrollo de la esclavitud. — Campaña filantrópica. — Luchas entre los colonos y el gobierno. — Gobierno de Santos Louverture. — Expedición de Leclerc. — Cautiverio y muerte de Louverture. — Carácter atroz que toma la guerra. — Dessalines, presidente y emperador. — Cristophe y Petión. — Separación de Santo Domingo. — Subdivisión de Haití. — Nueva unión de la isla bajo un solo poder. — Reconocimiento de la independencia. — Vuelve a separarse Santo Domingo. — Tentativas de anexión de Santo Domingo. — Anexión de Santo Domingo a España.

Primera época de la colonización. — La isla Española o de Santo Domingo fué centro de la colonización durante medio siglo, próximamente; pero una vez conquistado el imperio de Méjico, los emigrantes se dirigieron con preferencia a los países de tierra firme. Esto trajo la decadencia de Santo Domingo, país de fertilidad extraordinaria y que, bien cultivado y administrado, hubiera podido ser para España un emporio de riqueza.

Ataques de los piratas. División de la isla. — Durante los siglos XVI y XVII la isla sufrió muchos ataques de los corsarios y piratas ingleses, franceses y holandeses, que cometieron feroces atentados. El descuido en que España tenía la colonia favoreció esos actos de vandalismo e hizo posible además que los franceses se fueran estableciendo sólidamente en la parte occidental de la isla, sin hallar oposición eficaz. Por fin, en 1697, al pactarse la paz de Riswick que puso fin a una larga guerra europea, reconoció España la dominación de los franceses en un tercio de la isla, que tomó el nombre de Haití, quedando reservado el de Santo Domingo para la parte oriental que siguió en poder de los españoles. A pesar de que Francia poseía un territorio montañoso y menos propio para el cultivo que la zona española, su colonia prosperó mucho más y llegó a tener doble población y riqueza que Santo Domingo.

Desarrollo de la esclavitud. Campaña filantrópica. — El número de esclavos negros en las dos colonias de la isla era mucho mayor que el de hombres libres; no obstante lo cual se trataba a las gentes de color con excesiva dureza, lo que produjo grandes odios de raza y sembró los gérmenes de una revolución terrible, que sólo esperaba ocasión favorable para estallar.

Esta ocasión se presentó en la colonia francesa de Haití a fines del siglo XVIII, con motivo de la revolución de 1789, que proclamó los derechos del hombre. En París se formó una sociedad de filántropos, que pedía la abolición de la esclavitud de los negros, y éstos no tardaron en tener conocimiento de ese estado de los espíritus en la metrópoli y concibieron ardientes esperanzas de redención social. Alarmados, los colonos de Haití formaron a su vez una liga para oponerse a las disposiciones liberales de la metrópoli y extremaron su crueldad y dureza con los negros con el fin de aterrarlos, llegando la arrogancia de los esclavistas al extremo de manifestar que la asamblea provincial de Haití se reservaba el derecho de revisar las leyes que dictara la metrópoli.

Entonces el gobernador, conde de Peynier, disolvió la asamblea, declarando a sus miembros traidores a la patria, por haber concebido proyectos de independencia. Muchos de ellos se embarcaron para Francia, a fin de sincerarse e imponer al gobierno de las dificultades de la situación (agosto de 1790).

Luchas entre los colonos y el gobierno. — Por entonces un joven mulato, llamado Vicente Ogé, se sublevó proclamando los principios de libertad e igualdad, pero fué vencido y ejecutado. Poco después la Asamblea nacional francesa votó una ley (15 de mayo de 1791) otorgando los mismos derechos a los negros o mulatos que a los blancos, incluso el de votar y el de ser elegibles. Esta disposición indignó a los colonos, que se dispusieron a resistirla. Entonces los negros y mulatos se alzaron en armas, y en la noche del 22 de agosto dieron bárbara muerte a cuantos blancos hallaron en los alrededores de Cabo Francés. La rebelión se hizo general en la isla; en uno y otro bando se vertieron torrentes de sangre y hubo crueldades espantosas. Al fin se pactó una especie de tregua sobre la base de la igualdad de los derechos políticos; pero no mostrándose

los blancos dispuestos a cumplir sus promesas, se reanudó la lucha con nuevo furor; los negros y mulatos exterminaban a cuantos blancos caían en su poder, sin perdonar mujeres, ancianos y niños : la ciudad de San Luis fué entregada al saqueo, y la del Puerto Príncipe, que se defendió con vigor, fué entregada a las llamas. Los blancos, por su parte, causaban a las gentes de color todo el mal posible; mas siendo mucho menor su número no podían hacer frente a aquellas turbas feroces, exasperadas por largos años de esclavitud.

Estos tristes sucesos fueron muy pronto conocidos en Francia; pero este país estaba en plena revolución; la Asamblea hubiera sido ilógica reconociendo privilegios de raza; uno de los diputados pronunció la célebre frase : « Sálvense los principios y perezcan las colonias ». Se atribuyó al orgullo y avidez de los blancos la culpa de la dolorosa situación de Haiti y se declaró que los mulatos y los negros debían gozar, como hombres, los mismos derechos políticos que los blancos. Para apoyar esta declaración e impedir a la vez un movimiento separatista, se envió a la isla de Santo Domingo un ejército de ocho mil hombres, a cuyo frente iban los comisarios de la Asamblea Legislativa, Ailhaud, Santhonax y Polverel, que desembarcaron a mediados de septiembre. Desde luego disolvieron la asamblea provincial, sustituyéndola por una comisión de doce miembros, mitad blancos y mitad de color. Algunos colonos organizaron la resistencia, pero fueron presos y remitidos a Francia como rebeldes (abril de 1793). Esto acabó de exasperar a los blancos; declaráronse en abierta rebelión contra el gobierno republicano de su patria, alzaron el estandarte realista y atacaron a los comisarios, que se defendieron, declarando abolida la esclavitud y promoviendo levas de gente de color. Esto trajo nuevas matanzas y los colonos llevaron la peor parte. En su despecho ofrecieron la soberanía de la isla a los ingleses y éstos se apoderaron del puerto de Jeremías y de otros puntos importantes de la costa. Los comisarios regresaron entonces a Francia seguros de que los mulatos y negros, a cuyo frente figuraba el intrépido Santos Louverture, se bastaban para resistir a los colonos blancos y a los invasores.

La guerra duró más de cuatro años, extendiéndose a toda la isla; pues la parte española de ésta, o sea Santo Domingo, había pasado a poder de los franceses en virtud del tratado de

Basilea (22 de julio de 1795) que puso fin a la guerra entre España y Francia. El jefe negro Santos Louverture mostró gran valor e inteligencia, rechazó los continuos ataques de los ingleses, mereciendo el título de general que le otorgó el gobierno francés ; hizo una guerra leal, manteniéndose en los límites de la humanidad y la moderación, y al fin el general inglés Maitland celebró con el jefe negro un tratado por el cual le entregaba todos los puntos ocupados hasta entonces por sus tropas y reconocía como potencia neutral e independiente la isla de Santo Domingo (9 de mayo de 1798).

Gobierno de Santos Louverture. — Santos Louverture gobernó desde entonces en nombre de Francia y mostró acierto y discreción. Para conciliar los ánimos restituyó las propiedades a muchos de los antiguos colonos, pero les hizo saber que la esclavitud no volvería a ser restablecida. Hizo abrir las iglesias, construyó edificios públicos y armó un ejército de 60 mil hombres. Después convocó una asamblea, a la que presentó un proyecto de constitución que fué sancionado y promulgado como ley el 1º de julio de 1801. En ese código fundamental se declaraba que la isla de Santo Domingo formaba parte de la nación francesa, aunque sometida a leyes particulares, y confiada su administración a un gobernador vitalicio, facultado para designar su sucesor. Fué nombrado gobernador Santos Louverture y se apresuró a reconocer la soberanía de Francia, solicitando que la constitución fuese aprobada.

Expedición de Leclerc. Cautiverio y muerte de Louverture. — Pero la situación de la metrópoli había cambiado mucho en los últimos años ; ocupaba el poder Napoleón Bonaparte con el título de cónsul perpetuo y no admitía que nadie se librase de la minuciosa reglamentación política y administrativa que constituía su sistema predilecto. Quiso, pues, ahogar por la fuerza las aspiraciones autonómicas de los dominicanos, y para halagar a lós antiguos colonos no retrocedió ante la monstruosidad de restablecer la esclavitud. Al efecto envió a Santo Domingo muchos buques de guerra con 25 mil hombres de desembarco, al mando de su cuñado el general Leclerc.

Éste se presentó en Cabo Francés el 2 de febrero de 1802. Los negros prendieron fuego a la ciudad y se retiraron al interior, asolando el país. Empezó entonces una guerra desespe-

rada; los negros, vencidos en campo abierto, se retiraron a las montañas; pero al dictar el general Leclerc el restablecimiento de la esclavitud, volvieron con ardor a la lucha. Nuevamente vencidos se vieron obligados los principales jefes a capitular y Louverture obtuvo permiso para retirarse a una de sus propiedades. Pocos días después, sin embargo, fué preso mientras dormía y embarcado para Francia, donde se le sepultó en una cárcel de Besanzón. Después de diez meses de cautividad se le encontró muerto una mañana cerca del fuego, con la cabeza inclinada y las manos sobre las rodillas. Aquel glorioso redentor de la raza negra tenía sesenta años y había sido esclavo durante más de cuarenta.

Carácter atroz que toma la guerra. — El secuestro de Louverture indignó a los dominicanos; por todas partes surgieron bandas armadas, y como Leclerc no daba cuartel, la lucha revistió de una y otra parte caracteres atroces. La fiebre amarilla diezmaba a los franceses; el mismo Leclerc sucumbió a ella a fines de 1802 y le sucedió el general Rochambeau, cuyo padre había ilustrado su nombre combatiendo por la libertad de las colonias inglesas. Al frente de los negros sublevados se puso Dessalines, que respondió a las atrocidades de Rochambeau con otras análogas; los prisioneros eran exterminados por centenares. El ejército francés, castigado por la peste y acosado por turbas de negros desesperados y furiosos, tuvo al fin que encerrarse en el Cabo, a la espera de refuerzos que no llegaban: una escuadra inglesa bloqueó la ciudad mientras Dessalines y Petión la sitiaban por tierra y las tropas conocieron los horrores del hambre, viéndose precisadas a comer caballos, asnos y hasta perros, a quienes habían acostumbrado a devorar la carne de los negros. Al fin Rochambeau capituló con los ingleses (1° de noviembre 1803) obligándose a evacuar la isla en el término de breves días. Los prisioneros, en número de ocho mil, fueron enviados a Jamaica, y Rochambeau, con los principales jefes, fué transportado a Inglaterra. En esta desastrosa campaña, debida al orgullo y a la sed de dominio de Bonaparte, perdió Francia más de 30 mil hombres.

Dessalines, presidente y emperador. — Desembarazados los insulares de sus enemigos, se apresuraron a procla-

mar la independencia de la isla, dándola el nombre de Haití y nombrando presidente vitalicio al negro Juan Jacobo Dessalines (1° de enero de 1804). Éste se picó de emulación al saber que Bonaparte iba a ser coronado emperador en París y le tomó la delantera, revistiéndose de la dignidad imperial de Haití con el nombre de Jacobo I (8 de octubre 1804). Esta grotesca coronación fué seguida de la creación de una corte con trajes a la francesa; los títulos de conde, marqués y duque se prodigaron a los mulatos y negros y Haití se convirtió en un carnaval sangriento, pues el titulado emperador era hombre violento y cruel, gobernaba como un déspota y hacía fusilar sin formación de causa a los que miraba como enemigos. No tardó en estallar contra él una rebelión capitaneada por jefes mulatos; Dessalines acudió a Puerto Príncipe para sofocarla; pero la ciudad estaba ya en poder de Petión y el flamante emperador fué asesinado por sus mismos oficiales (17 de octubre 1806).

Cristophe y Petión. — Los jefes mulatos de más influencia eran Petión, Gerin, Boyer, Geffrard y Cristophe, este último fué nombrado por lo pronto jefe supremo de la isla. Una asamblea reunida en Puerto Príncipe votó una constitución liberal que restringía los poderes de Cristophe; pero éste se negó a reconocerla y trató de disolver el congreso. Salió a su encuentro Petión, que fué derrotado en las llanuras de Sibera (1° de enero de 1807), pero habiéndose insurreccionado los pueblos del norte, marchó Cristophe a combatirlos y entonces la asamblea de Puerto Príncipe le destituyó, nombrando a Petión presidente de la República (9 de enero). Desde entonces hubo dos gobiernos en Haití : el de Cristophe al norte, apoyado en la raza negra; y el de Petión al sur y oeste, con predominio de los mulatos. En cuanto a los blancos, eran una débil minoría, reducida a la impotencia por sus esclavos de otro tiempo.

Separación de Santo Domingo. — Un año después, la parte oriental de la isla, o sea Santo Domingo, se alzó contra los franceses. Vivían allí antiguos colonos españoles cuyo patriotismo se exaltó por la invasión napoleónica en la madre patria, y uno de ellos, don Juan Sánchez Ramírez, organizó el movimiento y derrotó al general francés Ferrand en Palo

Hincado (7 de noviembre de 1808). El general francés se suicidó para no sobrevivir a su derrota; el puerto de Santo Domingo cayó en poder de los españoles y Sánchez se puso al frente de la colonia, recibiendo de la junta central de Sevilla el nombramiento de mariscal de campo y capitán general de Santo Domingo. Bajo su mando la colonia disfrutó algunos años de paz y prosperidad; pero en los últimos meses del año 1821, don José Núñez de Castro se puso al frente de un movimiento proclamando la independencia, depuso al nuevo gobernador español, brigadier don Pascual del Real, y organizó un gobierno libre, poniéndose a su frente (30 de noviembre).

Subdivisión de Haití. — En Haití siguieron luchando años enteros Petión y Cristophe hasta que, persuadidos de la inutilidad de sus tentativas, convinieron tácitamente en repartirse de hecho la isla, estableciéndose el primero en Puerto Príncipe y el segundo en el Cabo (1814). Al fin, Cristophe se hizo coronar rey de Haití, con el nombre de Enrique I (2 de junio 1814), mientras Petión seguía titulándose presidente de la república. Por algún tiempo se temió que Francia, gobernada ya por los Borbones, tratara de reconquistar la isla, pero todo se redujo a comunicaciones diplomáticas. Petión, reelegido con poderes amplios, prestó grandes auxilios a Bolívar, libertador de Colombia, y al fin, lleno de tristeza por disgustos privados, se dejó morir de hambre, después de haber designado como sucesor al general Boyer (29 de marzo de 1818).

Nueva unión de la isla bajo un solo poder. Reconocimiento de la independencia. — Cristophe seguía figurando en el norte como rey de los negros; se hizo tan déspota como Dessalines, y al fin, la misma aristocracia improvisada que formaba su extravagante corte se cansó de su tiranía. Uno de sus generales, Richard, adornado con el ridículo título de duque de Mermelada, conspiró contra él, de acuerdo con los mulatos del sur, y le declaró depuesto (8 de octubre de 1820). Cristophe, viéndose abandonado por todos, se quitó la vida en su propio lecho. Tenía, a la sazón, sesenta y dos años. Poco des pués, el presidente haitiano Boyer ocupó la ciudad del Cabo y asumió la jefatura de todo el territorio haitiano. Como observara conatos de conspiración en el mismo general Richard, que le había llamado, le hizo fusilar, con lo que se consolidó el

predominio de los mulatos sobre los negros. Más adelante, habiéndose hecho independiente de España la parte oriental de la isla, su presidente Castro trató de incorporarla a Colombia; pero Boyer la invadió con un cuerpo de tres mil hombres y, sin necesidad de guerra, el estandarte de Haití dominó toda la isla de Santo Domingo (21 de enero de 1822). Tres años después, Francia reconoció la independencia de su antigua colonia, mediante indemnización de 150 millones de francos, que se redujo a noventa millones.

Vuelve a separarse Santo Domingo. — Los habitantes de Santo Domingo no llevaron mucho tiempo con paciencia su anexión a la república de Haití. Acostumbrados a la administración negligente, pero benévola, de las autoridades españolas, se vieron ahora gravados con enormes tributos; los blancos tuvieron que sufrir el menosprecio de los negros y soportar vejaciones mortificantes. Además, los haitianos abolieron el uso del idioma español en todos los actos judiciales y gubernativos, reemplazándolo por el francés incorrecto que ellos usaban, y esto agravó más el conflicto entre conquistadores y conquistados. Al fin, el presidente Boyer, que había gobernado con energía y fortuna durante un cuarto de siglo, fué derribado en enero de 1843 por una conspiración militar de varios generales haitianos, después de haber sido derrotado en tres batallas. Ocupó la presidencia el general Herard, jefe del levantamiento.

Mientras tanto se había organizado en Santo Domingo una sociedad secreta, llamada *La Trinitaria,* que hacía propaganda en favor de la separación, mientras los elementos conservadores creían más práctico reincorporarse a España para no tener que hacer frente a los haitianos, dobles en número. Se habían dado ya pasos en este sentido; pero el gobierno español no quiso por entonces aceptar la propuesta.

El presidente Herard, que conocía bien el estado de ánimo de los habitantes de la parte española de la isla, no quiso aguardar a que estallase la rebelión; entró en Santo Domingo a la cabeza de un ejército, decretó muchos destierros, prisiones y embargos de bienes, hizo una nueva división del territorio, mezclando haitianos con dominicanos, para que se perdiera el rastro de las fronteras antiguas, y adoptó muchas otras medidas de

rigor, que aumentaron más y más el descontento de los oprimidos. Éstos se alzaron, al fin, a principios de 1844 al grito de independencia y se apoderaron de la capital. El gobierno de Haití invadió con dos ejércitos el territorio dominicano y comenzó una lucha encarnizada. Las tropas que invadían el sur de Santo Domingo fueron derrotadas en Azúa por el general don Pedro Santana, y las del norte sufrieron también graves descalabros en Santiago de los Caballeros y Guayubín. Se improvisó una flotilla que causó serios perjuicios a la escuadrilla haitiana, y al fin los haitianos, rechazados en todas partes, se vieron precisados a firmar un armisticio, aunque sin reconocer la existencia de la república dominicana.

Tentativas de anexión de Santo Domingo. — Pronto estallaron disturbios en ambos países. El presidente haitiano Herard fué sustituído por el general Guerrier, y casi al mismo tiempo se hizo nombrar presidente de Santo Domingo el general Santana. Éste, en previsión de nuevos ataques de los haitianos, negoció primero la anexión a España y después a Francia, sin lograr su propósito. En los años 1845 y 46 hubo que hacer frente a invasiones haitianas. En 1847 fué nombrado presidente de Haití el general Souluque, antiguo esclavo, que a los dos años se hizo proclamar emperador con el nombre de Faustino I. Fué un déspota sanguinario, que fusiló y ahorcó por centenares a sus desgraciados súbditos, a la vez que daba nuevo esplendor a la ridícula aristocracia haitiana. Como sus antecesores, invadió a Santo Domingo y de igual modo que ellos fué rechazado. Una revolución le derribó en 1859 y pasó a Jamaica, donde murió casi octogenario. Volvió a restablecerse entonces la república bajo la presidencia del general Geffard.

En Santo Domingo gobernó el general Santana hasta 1848 y rechazó varios ataques de sus peligrosos vecinos. Le sucedió el general Jiménez; pero habiéndose mostrado débil para rechazar la invasión de Souluque, hubo que llamar de nuevo a Santana, que dirigió las operaciones con más fortuna. Se nombró entonces presidente al general Báez, que siguió manteniendo la resistencia hasta que se firmó una nueva tregua en 1851. Vuelto Santana al poder a fines del siguiente año, hizo cuanto pudo para conseguir la anexión de Santo Domingo a España o por lo menos el protectorado de este país, a cuyo efecto envió

a Madrid al general Mella, pero nada obtuvo, porque el gobierno de los Estados Unidos consideraba la reincorporación de Santo Domingo como un ataque a la doctrina de Monroe. Estas y otras consideraciones indujeron al gobierno español a reconocer en 1855 la independencia de Santo Domingo.

Anexión de Santo Domingo a España. — Pocos años después, sin embargo, se presentó una coyuntura favorable para reanimar los proyectos de los anexionistas y fué la inminencia de la guerra civil en los Estados Unidos, que incapacitaba a este gran país para oponerse a las tentativas europeas sobre otros pueblos americanos. El general Santana, que seguía siempre al frente de la república de Santo Domingo y cada vez se mostraba más decidido a la unión con España, se puso de acuerdo con el capitán general de Cuba, don Francisco Serrano, a quien entusiasmó la idea. El general Serrano tenía gran influencia en la corte española y envió informes tan favorables acerca de la anexión de Santo Domingo, de la excelente disposición de los habitantes y de las ventajas de todo género que España reportaría con la toma de posesión de su antigua colonia, que la reina doña Isabel II y el gobierno presidido por el general O'Donnell entraron inmediatamente en negociaciones oficiales con el general Santana. Éste, con fecha 18 de marzo de 1861, labró con sus ministros un acta en la que hacía constar que por su libre y espontánea voluntad, en su propio nombre y en el de los ciudadanos que les habían conferido el poder de hacerlo, proclamaban solemnemente por su reina y soberana a doña Isabel II de España, depositando en sus manos la soberanía que habían ejercido en calidad de funcionarios de la República Dominicana. Declaraban, además, que por su libre y espontánea voluntad, así como por la del pueblo cuyos representantes eran, querían que todo el territorio de la república fuese agregado a la corona de Castilla, a la que pertenecía antes del tratado de 18 de febrero de 1855, en virtud del cual la reina reconoció la independencia del Estado que hoy, por su propia voluntad, la reconocía como su legítima soberana. Firmaban el presidente de la República don Pedro Santana y los señores Antonio A. Alfau, Jacinto de Castro, Felipe Fernández y D. de Castro.

En España la opinión se mostró muy favorable a la reincor-

poración de Santo Domingo, porque de este modo desaparecía la solución de continuidad entre las grandes Antillas; aparte de la satisfacción que siempre causa a los pueblos el ensanche de sus dominios. Además, se creía generalmente que los dominicanos, en su inmensa mayoría, estaban conformes con una solución que los garantizaba contra todo ataque de los negros de Haiti y contra las revoluciones interiores, que dificultaban el incremento de su población y riqueza. El 19 de mayo de 1861 se publicó el decreto que unía el territorio de la antigua república de Santo Domingo al de la monarquía española. Poco después se realizaron en la isla las ceremonias de la trasmisión de mando y soberanía sin resistencia ni protesta alguna.

El acto era, sin embargo, demasiado trascendental para que no llevase aparejadas gravísimas consecuencias. Más adelante veremos los funestos resultados que produjo y la severa lección que se desprendió de los mismos.

VI.

MÉJICO HASTA 1825.

Primeros disturbios separatistas. — El grito de Dolores. — Alzamiento formidable de Hidalgo. — Morelos capitanea la insurrección. — Captura y muerte de Morèlos. — Decadencia de la insurrección. — Expedición y muerte de Mina. — La guerra toca a su fin. — Defección de Itúrbide. — El plan de Iguala. — El nuevo virrey O'Donojú se somete a Itúrbide. — Triunfo de la insurrección. — Imperio de Itúrbide. — Sublevación de Santa Ana. — Caída del imperio. — Proclamación de la república. — Ejecución de Itúrbide.

Primeros disturbios separatistas. — En Méjico empezó el movimiento separatista el 15 de septiembre de 1808 con la prisión del virrey Iturrigaray, llevada a cabo por un grupo de 300 españoles que, al mando del caballero vizcaíno Gabriel del Yermo, asaltaron el palacio y encerraron al virrey en el edificio de la Inquisición, embarcándolo el 6 de diciembre para España, donde fué procesado y condenado a devolver al tesoro público fuertes sumas. Una junta de notables confirió el mando militar de Méjico al anciano general don Pedro Garibay, a quien sucedió el 19 de julio de 1809 el arzobispo D. Francisco Lizana, por decreto de la junta de Sevilla. El 8 de mayo de 1810 asumió el mando la Audiencia; y poco después la junta de Cádiz nombró virrey al general D. Francisco Venegas, que tomó posesión el 13 de septiembre.

El grito de Dolores. Alzamiento formidable de Hidalgo. — Hasta aquí no se había dado en Méjico un solo paso contrario a la metrópoli; pero la propaganda separatista era muy activa en los campos y se había fijado el 1° de octubre como fecha de una insurrección general. Descubierta la conspiración, anticipó el movimiento el cura del pueblo de Dolores, don Miguel Hidalgo, alzándose con un grupo de indios el 15 de septiembre al grito de *¡Viva Fernando VII y muera el mal*

gobierno! Se le unió el regimiento de caballería de la Reina y multitud de voluntarios, formando una inmensa muchedumbre mal armada, que entró en Celaya, Guanajuato y Valladolid, entregándose al saqueo y asesinando a cuantos españoles encontró. Al frente de más de 80 mil hombres marchó el cura Hidalgo, con su segundo Allende, sobre Méjico y llegó el 30 de octubre al punto llamado las Cruces, a una jornada de la capital. Le esperaba en aquella posición con dos mil hombres el teniente coronel Trujillo, que fué arrollado. Pero Hidalgo, en vez de atacar a Méjico, retrocedió hacia el norte y el 7 de noviembre fué derrotado en Aculco por el brigadier don Felix Calleja, que le quitó la artillería y le mató mucha gente. En su retirada, las turbas de Hidalgo se entregaron a los mayores excesos y sacrificaron a muchas personas inofensivas. El brigadier Calleja tomó el día 25 a Guanajuato, donde hizo numerosas ejecuciones, con lo que la guerra tomó un carácter de reprobable ensañamiento; pues Hidalgo y Allende hicieron a su vez degollar en Guadalajara hasta 200 prisioneros españoles. Los insurrectos organizaron en Guadalajara un gobierno provisional y volvieron a reunir sobre cien mil hombres. Calleja les atacó con 6 mil soldados en el puente de Calderón (17 de enero de 1811) y los derrotó por completo, haciéndoles retirarse hacia la frontera de Estados Unidos. En esta retirada continuaron las ejecuciones de españoles y surgieron graves disgustos entre Allende e Hidalgo, que hubo de ceder a su compañero y rival el mando militar, reservándose la dirección civil. Poco después, Valladolid fué tomada por los españoles; en el campo insurrecto se tramó una conspiración, y a consecuencia de ella el cura Hidalgo y los jefes Allende, Jiménez, Aldama, Lanzagorta, Villa, Zapata, Camargo, Chico, don Mariano Hidalgo y otros hasta el número de treinta, fueron entregados a las fuerzas realistas el 21 de marzo. Conducidos a Chihuahua se les fusiló a todos, menos al generalísimo don Miguel Hidalgo, cuya ejecución se dilató hasta el 21 de julio, por tenerse que instruir su proceso de degradación sacerdotal.

Morelos capitanea la insurrección. — Muerto Hidalgo, siguió manteniendo la insurrección don José Morelos, también sacerdote, de sentimientos más humanos que su antecesor y con más dotes militares. En vez de reunir grandes muchedum-

bres indisciplinadas, formó destacamentos pequeños a los que instruyó y armó lo mejor que pudo, empezando con éxito la guerra de guerrillas. En Zitácuaro se creó una junta de gobierno presidida por Ignacio Rayón, que a las órdenes del cura Hidalgo y luego por su cuenta, había peleado con varia fortuna. La junta no fué obedecida por los guerrilleros; sólo Morelos la prestó su apoyo y se mantuvo en el sur con unos tres mil hombres, alcanzando bastantes triunfos. El general Calleja tomó a Zitácuaro el 2 de enero de 1812, fusiló diez y nueve prisioneros e incendió aquella población y las aldeas inmediatas. Luego marchó contra Morelos y le sitió en Cuautla; pero el valiente guerrillero, después de resistirse vigorosamente más de dos meses, abandonó la población el 2 de mayo con una retirada muy hábil y siguió luchando en el sur, logrando tomar la plaza de Acapulco en abril de 1813. Por todas partes pululaban partidas de mejicanos y la autoridad española apenas era obedecida más que en Méjico, Puebla y Veracruz. El guerrillero don Guadalupe Victoria interceptaba las comunicaciones entre esta plaza y la capital; Mier y Terán había organizado una división en la intendencia de Puebla; Osorno recorría el distrito de Méjico; Rayón, presidente de la junta, guerreaba en Zacatecas y Valladolid; y por todas partes había grupos sueltos que, desentendiéndose de la junta, cometían los excesos más vituperables; por lo que la guerra seguía presentando un carácter sañudo, no dándose cuartel por uno ni otro bando.

Captura y muerte de Morelos. — El general Félix Calleja, nombrado virrey en 4 de marzo de 1813, activó cuanto pudo las operaciones. Morelos, en vista del descrédito en que había caído la junta, convocó un congreso general que se reunió en Chilpancingo, cerca de Acapulco, el 13 de septiembre de 1813, y que, el 6 de noviembre, proclamó solemnemente la independencia de Méjico. Morelos fué nombrado generalísimo, pero encontró mucha oposición de parte de los que aspiraban al mismo cargo; fué, además, rechazado con grandes pérdidas en un ataque a Valladolid (24 de diciembre de 1813) y el 5 de enero fué destrozado en Puruarán por las fuerzas realistas que mandaban Llano e Itúrbide, mejicano este último, no obstante lo cual se mostró muy cruel con sus paisanos vencidos e hizo fusilar gran número de prisioneros; entre ellos al cura Mata-

moros, segundo de Morelos. Éste, a su vez, fusiló a todos los prisioneros realistas que tenía en el sur.

El congreso mejicano, amenazado por las columnas de Itúrbide y de otros jefes realistas, tenía que cambiar a cada paso de residencia : en Apatzingán aprobó en 22 de octubre de 1814 un proyecto de constitución y creó una junta ejecutiva de tres miembros. Habiéndose despachado contra el Congreso varios cuerpos de tropas realistas, Morelos se ofreció a conducir a los miembros de la asamblea hasta Tehuacán, donde el coronel patriota Mier y Terán se sostenía con ventaja. La marcha se efectuó con grandes precauciones; pero una columna realista, mandada por el coronel Concha, sorprendió a los expedicionarios el 5 de noviembre. Morelos se sacrificó para favorecer la huída de los legisladores e hizo frente con su retaguardia a la columna en las lomas de Tesmalaca hasta que cayó prisionero. Después de un proceso muy largo, en que sufrió la degradación sacerdotal, fué pasado por las armas en San Cristóbal el 22 de diciembre de 1815. Poco después el general Calleja dió un decreto de indulto al que se acogieron muchos revolucionarios, disminuyendo así por lo pronto la importancia de la insurrección.

Decadencia de la insurrección. — Ésta, durante el año 1816, entró en la decadencia. Mier y Terán disolvió el Congreso en Tehuacán, por creerlo inútil en aquellas circunstancias, y promovió la creación de un directorio ejecutivo compuesto de tres miembros, entre los que figuraba él. En el mes de septiembre fué sustituído el virrey Calleja por el teniente general de marina don Juan Ruiz de Apodaca, que se propuso terminar la guerra con una política de templanza y atracción. Al efecto prodigó los indultos, propuso capitulaciones honorables para los vencidos y se opuso al régimen terrorista, con lo que logró que Rayón, Osorno y Mier, entre otros caudillos, depusieran las armas. Aún quedaron, sin embargo, combatiendo con gran decisión : don Guadalupe Victoria en la jurisdicción de Veracruz, don Vicente Guerrero en los territorios del sur, y el vicioso y sanguinario cura Torres en los términos de Guanajuato y Guadalajara.

Expedición y muerte de Mina. La guerra toca a su fin. — A mediados de abril de 1817 el guerrillero español

Francisco Javier Mina, llamado *el Mozo*, que había combatido bravamente en Navarra contra los franceses durante la guerra de independencia, desembarcó en la barra del río Santander con una expedicion de 250 aventureros de diversos países, que había organizado en Londres y completó luego en Santo Domingo y Estados Unidos, y se internó en el país, realizando durante seis meses una campaña en que demostró sus extraordinarias dotes de guerrillero. Después de haber derrotado a varias columnas realistas, fué sorprendido y hecho prisionero en el rancho del Venadito el 20 de octubre. El virrey Apodaca, generalmente humanitario con los prisioneros, no quiso perdonar a Mina y éste murió fusilado por la espalda como traidor el 11 de noviembre de 1817, cuando apenas tenía 29 años.

El cura Torres, sitiado en el fuerte de Remedios, logró huir en la noche del 1° de enero de 1818, siendo pocos los fugitivos que lograron salvarse. Todos los prisioneros de Remedios fueron fusilados por las tropas realistas. El cura Torres siguió la campaña, pero su ferocidad llegó a tal punto que su misma gente le destituyó y al fin le dió muerte. Tomó el mando de la partida un francés llamado Juan Aragó, que se acogió a indulto en 1819. También fué indultado el general Bravo, de modo que a fines de 1819 parecía terminada la guerra, quedando sólo en armas en el sur, al frente de una guerrilla importante, don Vicente Guerrero.

Defección de Itúrbide. El plan de Iguala. — Poco después llegó a Méjico la noticia de haber triunfado en España la causa liberal y el virrey Apodaca hubo de proclamar la constitución, lo que agradó al ejército, pero disgustó extraordinariamente al clero y a las clases conservadoras. Los separatistas se aprovecharon de estas discordias y vino a darles el triunfo, en vano perseguido hasta entonces, el coronel Agustín Itúrbide, que había prestado grandes servicios a los realistas, pero que vió en estas revueltas un inmenso campo abierto a su ambición.

Gozaba Itúrbide, aunque mejicano, de toda la confianza del virrey, por su valor en la guerra y el encono que había mostrado contra los patriotas. Fácilmente le persuadió de la conveniencia de destruir cuanto antes a los rebeldes que aun mantenían la revolución en el sur, mandados por Guerrero ; y obtuvo

la jefatura de un cuerpo de dos mil hombres escogidos y bien armados para extinguir los restos de la insurrección. Pero, en vez de combatir a Guerrero, se puso al habla con él, anunciándole que pensaba pronunciarse en favor de la independencia; con lo que el caudillo patriota se puso a sus órdenes con el mayor entusiasmo. El 24 de febrero de 1821 se pronunció Itúrbide en el pueblo de Iguala, donde firmó una proclama en favor de la independencia y un programa político que se llamó el plan de Iguala o de *las tres garantias*, por comprender los siguientes puntos esenciales : 1° conservación de la religión católica sin tolerarse otra alguna; 2° independencia de Méjico respecto de España y de cualquiera otra nación, bajo la forma de una monarquía constitucional, debiendo ofrecerse el trono a Fernando VII y en caso de negativa a sus hermanos don Carlos o don Francisco de Paula; y si ninguno aceptase, a un miembro de una de las familias reinantes en Europa; 3° unión de los mejicanos y españoles sin distinción de castas ni privilegios. Además proponíase la organización de un gobierno provisional y la creación de un ejército denominado de « las tres garantías ».

El virrey Apodaca, indignado al conocer la conducta de Itúrbide, pensó desde luego en mandar contra él una división, pero no pudo organizarla; porque en todas partes se adherían los militares y paisanos al plan de Iguala. Únicamente se mantuvo fiel la guarnición de la capital, mientras la revolución iba triunfando en las diversas provincias, casi sin derramamiento de sangre. Por fin, el 5 de julio por la noche, las tropas se sublevaron en la ciudad de Méjico y los oficiales exigieron la renuncia del virrey Apodaca, el cual hubo de entregar el mando al general de artillería don Francisco Novella, disponiéndose a volver a España.

El general Novella era un realista convencido, pero bien pronto comprendió que le faltaban elementos para imponerse. El brigadier Llano se rindió en Puebla al general patriota don Nicolás Bravo; Oajaca fué ocupada por el guerrillero León; Itúrbide y Guerrero eran recibidos en todas partes como triunfadores, así por los independientes como por los realistas. Difícil, si no imposible, era resistir a la oleada. Novella se aprestó, sin embargo, a defenderse; pero un acontecimiento inesperado vino por aquellos días a dar el golpe de gracia a la causa de España en Méjico.

El nuevo virrey O'Donojú se somete a Itúrbide. Triunfo de la insurrección. — El gobierno español, antes de tener noticia del movimiento de 5 de julio en la capital, había creído necesario destituir al virrey Apodaca y le había sustituído por el teniente general don Juan O'Donojú, irlandés de nacimiento y conocido por sus ideas liberales. O'Donojú desembarcó en Veracruz el 30 de julio, enteróse de los últimos acontecimientos, y en vez de mantenerse en aquella plaza o de tratar de abrirse paso para Méjico, como se lo imponían el honor militar y la elevada investidura que llevaba, tomó la increíble resolución de negociar con el rebelde Itúrbide, y el 24 de agosto de 1821, después de una conferencia que celebró con él en la ciudad de Córdoba, firmaron ambos un manifiesto que venía a ser la confirmación del plan de Iguala, con la única diferencia de que el futuro monarca de Méjico sería elegido libremente por las cortes, aunque no perteneciese a ninguna familia reinante.

La bajeza de ánimo del mísero virrey favoreció extraordinariamente los planes de Itúrbide, que no pensaba, sin duda, en hallar un instrumento tan dócil. Llevándole en su comitiva se presentó en las inmediaciones de Méjico, y aunque el general Novella, que dirigía la guarnición, hizo ademán de resistir y aun promovió algunas escaramuzas, no tardó en capitular. El 27 de septiembre de 1821 entró Itúrbide como vencedor en la capital de Nueva España, nombró una junta gubernativa de treinta y ocho miembros y un consejo de regencia de cinco, adjudicándose la presidencia con 120 mil pesos de sueldo, un millón como donativo nacional, tratamiento de alteza serenísima, título de generalísimo de mar y tierra, y otras varias distinciones. El ex virrey O'Donojú puso el sello a su degradación aceptando un puesto, dotado con diez mil pesos, en la junta de regencia; pero a los pocos días falleció, víctima de una enfermedad repentina, y su muerte debió parecer muy oportuna a Itúrbide, que acaso empezaba a no saber qué hacerse con aquel extraño personaje.

Aun quedó una guarnición española en el castillo de San Juan de Ulúa, mas no recibiendo auxilio algún de la metrópoli, acabó por capitular en noviembre de 1825.

Imperio de Itúrbide. — Itúrbide convocó un congreso que

inauguró sus sesiones en la capital el 24 de febrero de 1822. En el seno de esa corporación se deslindaron tres partidos: el republicano, que acabó por ser el más numeroso; el favorable a los Borbones, en que figuraban los conservadores y muchos realistas; y por fin el adicto a la personalidad de Itúrbide, objeto de desconfianza o de animadversión para no pocos patriotas, que aun reconociendo sus servicios, creían que se los hacía pagar demasiado caros y le miraban como a un insaciable ambicioso. Por la pronto alcanzaron predominio los opuestos a Itúrbide, trataron de cercenar sus poderes e hicieron entrar en el consejo de regencia al general Bravo, que no figuraba entre sus amigos.

Pronto se supo que las cortes españolas reprobaban severamente la conducta de O'Donojú y consideraban nulo el pacto de Córdoba, con lo que el partido borbonista perdió toda razón de ser. Quedaron entonces frente a frente los republicanos y los partidarios de Itúrbide, y éste, que trataba por todos los medios posibles de halagar al ejército para convertirlo en instrumento de sus planes, organizó un motín militar, que estalló en Méjico la noche del 18 de mayo, al grito de *¡Viva el emperador Itúrbide! ¡Viva Agustín I!* En el teatro hizo la misma proclamación uno de los ayudantes de Itúrbide; la muchedumbre se adhirió con entusiasmo a estas demostraciones, y al día siguiente el congreso, bajo la presión del ejército y el pueblo, después de un simulacro de debate, eligió emperador a Itúrbide por 67 votos contra 15, habiendo dejado de asistir a la sesión 68 diputados, casi todos republicanos.

El 21 de julio se celebró con gran pompa en la catedral de Méjico la ceremonia de la coronación imperial de Agustín I. Pero, una vez disipada la alucinación de los primeros momentos, pudo verse que todo aquello era vano y artificioso. Itúrbide había escalado las alturas del poder mediante una algarada militar y su trono se apoyaba sólo en las bayonetas. Los guerrilleros patriotas, a quienes tan duramente había perseguido el actual emperador en los primeros años de la lucha, se lamentaban de que sus esfuerzos no hubieran servido sino para elevar al trono a un ambicioso y decían que, de todos modos, la independencia se habría conseguido sin necesidad del plan de Iguala, destinado a no cumplirse jamás. Por razones análogas los realistas de antiguo cuño toleraban mal el imperio de aquel advenedizo,

que parodiaba a Napoleón y que por su inmoderado afán de lucro carecía de prestigio personal. Ello fué que el congreso, profundamente humillado, no perdonó ocasión de mostrar su descontento a Itúrbide; el gobierno de los Estados Unidos, presidido por el general Monroe, se negó a reconocerle; un empréstito, negociado con Inglaterra para sostener las prodigalidades del nuevo régimen, fracasó en absoluto; la provincia de San Salvador que, de igual modo que Guatemala, se había unido a Méjico, se sublevó proclamándose independiente, y el brigadier Garza se alzó a principios de octubre contra el gobierno en Soto de la Marina, aunque sin éxito. Pero el primer golpe estaba ya dado y el gobierno empezó a bambolearse. Itúrbide dió entonces un golpe de Estado, disolviendo en 31 de octubre el congreso que lo había elegido y nombrando en su lugar una *Junta Instituyente* formada por los diputados con quienes podía contar en absoluto. La nueva corporación, prestándose dócilmente a todos sus deseos, autorizó préstamos forzosos y otras medidas que, cayendo en un terreno ya muy desfavorable, fueron quitando a Itúrbide la escasa popularidad que le quedaba.

Sublevación de Santa Ana. Caída del imperic. — El 2 de diciembre de 1822, al mes de constituída la junta legislativa, se sublevó en Veracruz el joven coronel Antonio López de Santa Ana, proclamando la república. Santa Ana había hecho sus primeras armas en las filas realistas, pasándose luego a los independientes, y estaba destinado a desempeñar un papel tan preponderante como funesto en la política de su país.

Al principio se dió escasa importancia a esta sublevación, porque Itúrbide parecía contar aún con la mayoría del ejército. Es probable que, de haberse puesto personalmente al mando de las tropas, hubiera logrado sofocar el movimiento; mas creyó suficiente encomendar esa misión a su amigo el general Echavarri, que no tardó en ponerse al habla con los jefes republicanos Victoria, Guerrero y Bravo, que se habían puesto inmediatamente al lado de Santa Ana. El 1° de febrero de 1823 el general Echavarri, que no había hostilizado seriamente en cerca de dos meses a los sublevados de Veracruz, celebró con ellos en Casamata un convenio en el que, sin decir palabra de la forma de las instituciones, se reclamaba el restablecimiento

íntegro de la cámara legislativa, disuelta el 31 de octubre. Itúrbide mostró en estas circunstancias una inexplicable apatía, y sólo al saber que los insurrectos habían entrado triunfalmente en Puebla, se decidió a mandarles como negociador al general Negrete, que también se unió a ellos. Entonces el nominal emperador reunió un cuerpo de tropas y marchó a Tacubaya, desde donde mandó comisionados a los rebeldes para hacerles saber que aceptaba el convenio de Casamata. Regresó a Méjico, hizo la convocatoria del mismo Congreso que había disuelto militarmente y abrió en persona las sesiones el 7 de marzo. Pero comprendiendo a los pocos días que los insurrectos no se conformaban con esas humillantes concesiones y que éstas le habían desconceptuado en el ánimo de todos, se resignó al fin a presentar su renuncia. El congreso, envalentonado al sentirse dueño de la situación, declaró el 23 de marzo que la elección de Itúrbide al imperio, arrancada a los diputados por la fuerza, había sido nula y de ningún valor, por lo que la abdicación no podía ser admitida ni atribuir al que la presentaba ninguno de los derechos que derivan de la posesión de la corona. El imperio no había sido un estado de derecho, sino de hecho, y quedaba disuelto desde el punto y hora en que cesaba el eclipse de la ley. Sin embargo de esto, en atención a los servicios prestados a la independencia del país por Itúrbide, se le señaló una pensión anual de 25 mil pesos a condición de que no saliera de Italia, donde se le envió por cuenta del Estado. Después, el Congreso declaró excluídos del trono a los Borbones, que habían sido llamados por el plan de Iguala, y el 31 de marzo instituyó como poder ejecutivo de Méjico una junta de gobierno formada pór los generales Bravo, Victoria y Negrete.

Existía de hecho la república; pero el Congreso, dividido entre unitarios y federales, no se atrevió a proclamarla, por creer que no tenía facultades constituyentes, Cierto es que no había sentido tal escrúpulo para establecer la monarquía de Itúrbide; pero también es verdad que habría resultado poco edificante el que una misma asamblea proclamase sucesivamente el imperio y la república. En provincias ganaba terreno la agitación federalista y algunas se constituyeron en Estados soberanos e independientes. Entre los militares de más influencia, Bravo, Negrete y Morán eran unitarios; Guerrero, Santa Ana y Victoria, federales; mientras Bustamante y Quintanar,

que aun se llamaban monárquicos, mantenían correspondencia con el desterrado Itúrbide. Las provincias de Centro América aprovecharon esta confusión para separarse de Méjico.

Proclamación de la República. Ejecución de Itúrbide. — Declaróse, al fin, disuelto el Congreso y se convocó una Asamblea Constituyente que se reunió en Méjico a fines de octubre de 1823 y proclamó la República Federal, formada por 18 Estados autónomos, a que luego se agregó el de Chiapas.

Hemos dicho que Itúrbide mantenía correspondencia con varios generales. Alucinado por las seguridades de buen éxito que éstos le daban, pensó volver a su país; se trasladó a Londres y desde allí mandó al Congreso una comunicación en que decía que la Santa Alianza preparaba una expedición militar para devolver Méjico a los Españoles, por lo que él se creía en el caso de ofrecer como soldado su espada a la patria. El Congreso, en respuesta a esa nota, declaró a Agustín Itúrbide enemigo del Estado y fuera de la ley, ordenando su inmediata ejecución si volvía a pisar el territorio mejicano (28 de abril 1824). Sin tener conocimiento de tal resolución se embarcó Itúrbide el 11 de mayo para Méjico y llegó a la barra del río Santander (Soto de la Marina) el 14 de julio, en compañía de su esposa y dos niños, un sobrino y un oficial polaco, llamado Beneski. Éste se adelantó para explorar las disposiciones de los habitantes y tuvo con el jefe de la guarnición, general La Garza, una conferencia en que le confesó la llegada de Itúrbide. La Garza no sólo permitió que desembarcara, sino que le recibió con demostraciones de amistad, sin comunicarle la ley de 28 de abril, y le trasladó a la ciudad de Padilla, donde estaba reunido el Congreso regional del Estado de Tamaulipas. El Congreso, a quien La Garza dió cuenta de lo sucedido, dispuso que se aplicase inmediatamente la ley. El infortunado Itúrbide escribió una carta de despedida a su familia, que había quedado a bordo, y murió fusilado en la plaza pública de Padilla el 19 de julio, demostrando gran resignación y entereza. El Congreso Constituyente dispuso el traslado de la familia del ex emperador a los Estados Unidos y le asignó la pensión de 8.000 pesos anuales, en premio de los servicios prestados por Itúrbide a la causa de la independencia. Si, como parece cierto, existía una conspiración imperialista capitaneada por Bustamante, Andrade y otros

y próxima a estallar, no hay duda que la expeditiva conducta del Congreso de Tamaulipas despejó la situación; pero siempre resulta en extremo reprobable el hecho de que el general La Garza no hiciese conocer a Itúrbide, antes de permitirle desembarcar, la terrible disposición que contra él se había adoptado.

El 4 de octubre del mismo año 1824, después de aprobadas las leyes referentes al poder ejecutivo, se promulgó solemnemente la Constitución de la República Federal de Méjico, siendo elegido presidente, por cuatro años, el general Guadalupe Victoria y vicepresidente D. Nicolás Bravo. El Congreso constituyente cerró sus sesiones y se convocó el segundo Congreso ordinario para el 1° de enero de 1825. Se habían conferido al general Victoria facultades extraordinarias contra los enemigos de la república; pero durante el primer período de su gobierno todo se mantuvo en el mejor orden y pudo creerse que la tranquilidad y progreso del país estaban asegurados. El año 1825 terminó con un fausto suceso; pues el castillo de San Juan de Ulúa, último baluarte de los españoles en Méjico, se rindió el 18 de noviembre, después de haberlo defendido durante más de cuatro años los generales Dávila y Coppinger.

VII.

LA REVOLUCIÓN EN LA AMÉRICA CENTRAL.

Creación de una junta consultiva. — Jura de la independencia. — Anexión a Méjico. — Gobierno del general Filísola. — La independencia. — Constitución federal. — Primeras discordias. — Gobierno de Morazán. — Agitación separatista. — Predominio de Rafael Carrera. — Fusilamiento de Morazán. — Ruptura de la Confederación.

Creación de una junta consultiva. — La capitanía general de Guatemala, dependiente del virreinato de Méjico, se mantuvo tranquila mientras en aquel país y en el resto de las colonias españolas se mantenía la lucha por la independencia. Sin duda esta solución halagaba las aspiraciones de los centroamericanos, pero ya sea porque el régimen colonial no se hacía sentir allí en forma vejatoria o porque se creyera más acertado esperar el desarrollo de los acontecimientos, no hubo ninguna agitación seria hasta después del año 1820.

Era entonces capitán general don Carlos de Urrutia, hombre de avanzada edad y escasa energía. Al proclamarse la constitución de Cádiz, hubo de crearse en Guatemala una junta consultiva y administrativa en que figuraron en gran mayoría los elementos españoles, no sin disgusto de los nativos. Temiéndose que éstos influyeran demasiado en el ánimo de Urrutia, la junta le indujo a renunciar su cargo y nombró en su lugar al brigadier Gainza, que en 1813 y 14 había peleado, con escaso lucimiento, contra los revolucionarios de Chile.

Jura de la independencia. Anexión a Méjico. — Poco después se tuvo noticia del alzamiento de Itúrbide en Méjico y del gran éxito del plan de Iguala; los ánimos se agitaron poderosamente y Chiapas, con otros pueblos fronterizos, que pertenecían a Guatemala, enviaron su adhesión a Itúrbide. El mismo general Gainza, olvidándose de su alta representa-

ción, se puso en correspondencia con aquel caudillo y le envió sus plácemes. La junta pidió a Gainza la convocatoria de una reunión de autoridades y notables que, en efecto, se celebró en Guatemala el 15 de septiembre de 1821. Se acordó proclamar y jurar la independencia, y aunque Gainza opuso algunos reparos, pues deseaba adherirse al plan de Iguala, al fin pasó por todo y triunfó la revolución sin derramamiento de sangre.

Entonces aparecieron dos partidos : los realistas y conservadores estaban por la anexión a Méjico, pues pensaban que ocuparía el trono de este país algún príncipe de la familia real española; en cambio, los republicanos, por esa misma razón y por espíritu local, trabajaban para la separación definitiva.

En Honduras y Nicaragua prevaleció la idea de la anexión a Méjico, favorecida por Gainza. En San Salvador se procedió a un plebiscito que dió el triunfo a los partidarios de la incorporación ; pero el cura Delgado se puso al frente de un movimiento popular y proclamó la independencia. Gainza envió contra él una fuerza de milicianos que entró en San Salvador, pero que no tardó en ser desalojada por las fuerzas del cura Delgado. Entonces Itúrbide, como presidente del consejo de regencia de Méjico, mandó a la antigua capitanía general de Guatemala un ejército de 6.000 hombres, a las órdenes del general Don Vicente Filisola que, por consejo de Gainza, marchó contra San Salvador, venció la resistencia de los separatistas e impuso la anexión. En febrero de 1822 toda Centro América estaba incorporada a Méjico y gobernada en lo político y en lo militar por el general Filisola. En cuanto al brigadier Gavino Gainza, que tan desleal uso hiciera del mando que España le confió, después de haberse hecho votar grados y pensiones por Guatemala, pasó a Méjico, donde hizo la corte a Itúrbide, y años después murió en ese país oscuramente.

Gobierno del general Filísola. — El mejicano Filísola gobernó en Guatemala con prudencia y honradez ; pero no tardó en persuadirse de que era en extremo difícil consolidar la unión comenzada. La mala administración de Itúrbide y sus fastuosidades le hacían impopular ; el descontento era mayor cada día y se recibió con júbilo la noticia de la sublevación de Santa Ana y la de la caída del imperio. Entonces el general Filísola convocó un Congreso centroamericano, que se reunió

en Guatemala a fines de junio de 1823 y que el 1° de julio proclamó la independencia absoluta de estos países con el nombre de Provincias Unidas del Centro de América. El general Filísola volvió a Méjico, donde se le acusó injustamente de haber favorecido la separación de Guatemala.

La independencia. Constitución federal. — El Congreso aprobó la Constitución federal de Centro América, con fecha 22 de noviembre de 1824, elevando las antiguas provincias de Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua y Costa Rica a la categoría de Estados federales. Se acordó que ejerciera el poder ejecutivo un presidente nombrado por todos los Estados y cuyas funciones durasen cuatro años, siendo nombrado al efecto el general don Manuel José Arce, hombre honrado y patriota. Además, cada Estado eligió su jefe constitucional, siéndolo en Guatemala don Juan Barrundia; en Nicaragua, don Manuel de la Cerda; en Honduras, don Dionisio Herrera; en San Salvador, don Juan Villacorta, y en Costa Rica, don Juan Mora. Pronto demostraron los hechos que esta subdivisión del poder era fecundísima en celos, competencias y rivalidades.

Primeras discordias. Gobierno de Morazán. — Disuelto el Congreso constituyente, cuya misión había terminado al promulgarse la constitución, se reunió un Congreso federal en febrero de 1825 y a poco quedaron organizados el Senado y la Corte Suprema de Justicia. Pero no tardó en surgir la discordia. En 1826 hubo conflictos entre la Asamblea federal y el poder ejecutivo, y un año después estalló la guerra civil entre Guatemala y el Salvador, tomando también parte en la misma el estado de Honduras. Las fuerzas hondureñas, dirigidas por don Francisco Morazán, que empezó desde entonces a distinguirse, derrotaron a las de Guatemala en la acción de Gualcho y se posesionaron del Salvador. La lucha se prolongó con varia fortuna, hasta que, a fines de 1829, puso sitio Morazán a la ciudad de Guatemala, que se rindió por capitulación al cabo de dos meses, con lo que tuvo fin esta primera guerra, llamada *de los tres años*.

Morazán desterró al presidente Arce, expulsó al arzobispo, suprimió las órdenes monásticas y fué investido por el Con-

greso, en 1830, con el cargo de presidente de la Confederación de Centro América.

Agitación separatista. Predominio de Rafael Carrera. — Deseaba Morazán consolidar la unión de los cinco estados, pero el separatismo alzaba en todos ellos la cabeza. No tardó en sublevarse el salvadoreño Cornejo, que fué vencido; así como el caudillo Ariza en Guatemala y el colombiano Zamora en Costa Rica. Estos chispazos insurreccionales fueron dominados a fuerza de rigor, pero se reproducían con el más leve motivo, por lo que el nuevo presidente creyó acertado trasladar al Salvador la sede del gobierno supremo. Habiendo aparecido en 1833 la peste en la América Central, se hizo creer al pueblo que Morazán envenenaba las fuentes y esto dió margen a una nueva insurrección en Guatemala, donde acaudilló a los sublevados el mestizo Rafael Carrera, instrumento de los separatistas y clericales y destinado a una sombría celebridad. Carrera se apoderó de Guatemala al frente de cinco mil indios, que restablecieron las comunidades religiosas, cometieron excesos terribles y asesinaron en su casa el vicepresidente de la Confederación, don José Gregorio Salazar (enero de 1838). Los mismos que habían armado el brazo de Carrera se vieron precisados a entregarle una suma de dinero para que renunciase al saqueo de la ciudad y se alejase a las montañas. Mientras tanto Morazán luchaba contra el caudillo Ferrera, sublevado en Nicaragua y Honduras, y le derrotaba en varios encuentros; buscó luego a Carrera y le venció en Amatitlán, recuperando a Guatemala (18 de marzo de 1840), pero no tardó en cambiar la suerte de las armas; Morazán fué derrotado y su vencedor Carrera se trasladó a Quezaltenango, donde hizo muchos fusilamientos y deportaciones, inspirando terror a sus mismos partidarios, que encontraron un tirano donde buscaban un instrumento. No aceptó Carrera, por lo pronto, el título de presidente; hizo nombrar para ese cargo en Guatemala, primero a Sánchez de León y después a Rivera Paz, reservándose la dignidad de generalísimo, que le permitía disponer a su antojo de la suerte del país.

Fusilamiento de Morazán. Ruptura de la Confederación — Los Estados de Centro América se habían separado de hecho desde la emigración de Morazán, el cual, afligido al

ver disuelta la unión, que era su ideal, reunió algunas fuerzas en Colombia y el Perú, y con ellas desembarcó el 7 de abril de 1842 en el puerto de la Caldera (Costa Rica). Fácilmente obtuvo el mando de este pequeño Estado; pues el dictador Carrillo le abandonó el poder sin resistencia. Pero Morazán aspiraba a reconstituir la Confederación, y miraba la posesión de Costa Rica sólo como un punto de apoyo para realizar ese plan, que cada día encontraba menos partidarios. Esto motivó muy pronto una insurrección contra él en la ciudad de San José, que se vió precisado a dejar dirigiéndose a Cartago. Allí fué preso por sus enemigos, que le condujeron de nuevo a San José, donde murió fusilado, por orden del general Pinto que mandaba la plaza, el 15 de septiembre de 1843. Tenía entonces Morazán cuarenta y tres años, y con él murió un liberal convencido y el más entusiasta de los mantenedores de la unión centroamericana.

Desde aquel momento la Confederación quedaba virtualmente rota. El caudillo Carrera, elegido en 1844 presidente de Guatemala, sin perjuicio de conservar el cargo de general en jefe, consiguió sin dificultad que el Congreso proclamara, el 21 de marzo de 1847, que la república de Guatemala era soberana e independiente, declaración que fué imitada por las demás repúblicas de la América Central. Desde entonces esos países que, unidos, podrían formar un Estado poderoso y respetable, han vivido separados, debilitándose con frecuentes guerras. Más adelante daremos idea de las vicisitudes por que las repúblicas centroamericanas, aumentadas recientemente con la de Panamá, han venido pasando hasta nuestros días.

VIII.

VENEZUELA. — COLOMBIA. — ECUADOR.

El general Miranda. — Sus tentativas separatistas. — Organización de una junta de gobierno en Caracas. — Empieza la guerra. — Llegada del general Miranda. — Declaración de la independencia. — Conjuración de los canarios : dura represión que sufren. — Contrastes de los patriotas. — El terremoto de 1812. — Prisión de Miranda. — Fin de la guerra. — Vuelve a reanudarse; carácter cruel que toma. — Bolívar : su genial campaña invasora. — Guerra sin cuartel. — Los realistas Boves y Morales. — Nuevos triunfos de los independientes. — Vuelven a adquirir ventaja los realistas. — Retirada de Bolívar. — Gobierno de Morillo. — Revolución de Quito. — Caída de la junta quiteña : duras persecuciones. — La revolución en Nueva Granada. — Luchas entre federales y unitarios. — Ventajas de los realistas. — Nuevos disturbios en Quito; es dominada la sublevación. — Derrota y prisión de Nariño. — Reaparece Bolívar. — Sitio de Cartagena. — Morillo toma a Cartagena. — Operaciones en la isla Margarita. — El régimen del terror en Venezuela y Nueva Granada. Es dominada la insurrección. — Venezuela. Contratiempos de Bolívar. — Renace el prestigio de Bolívar. Toma de Angostura. — Discordias entre los independientes. Ejecución del general Piar. — Hazañas de Páez. Reanima la guerra en los llanos. — Morillo cambia de política. Batalla de La Puerta. — Bolívar reorganiza el ejército patriota. — Congreso de Angostura. — Campaña infructuosa de los realistas. — Bolívar invade a Nueva Granada. Completo éxito de su plan. — Confederación de Colombia. — Estado de las cosas a fines de 1819. Cambio que trajo la revolución española de 1820. — Entrevista de Morillo con Bolívar. Armisticio. — Ruptura del armisticio. Batalla de Carabobo. — Nuevos triunfos de los patriotas. — Últimas victorias de los realistas. Independencia efectiva de Colombia. — Presidencia de Quito. — Victoria de Pichincha. Toma de Quito. — Conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar. — Integración de la República de Colombia. Prestigio avasallador de Bolívar.

El general Miranda. Sus tentativas separatistas. — Las primeras tentativas para la emancipación de las colonias españolas tuvieron por teatro a Venezuela y por iniciador a don Francisco Miranda, nacido en Caracas en 9 de junio de 1756. Miranda, hombre de gran imaginación y concepciones geniales, tuvo una existencia inquieta y aventurera, ennoblecida por el ideal de hacer independiente a su patria. En su juventud

fué oficial del ejército español, y en tal concepto peleó contra Inglaterra en favor de la independencia de los Estados Unidos: luego fué destinado a la isla de Cuba, y acusado de preparar la entrega de ese país a los ingleses, se fugó a Europa y recorrió Inglaterra, Francia, Alemania, Turquía y Rusia, haciéndose notar en todas partes como hombre audaz y de talento. Al estallar en Francia la revolución se alistó en el ejército de este país, logró distinguirse en la campaña de Bélgica y obtuvo el empleo de general. Más tarde sufrió algunos fracasos, pues no pudo tomar la plaza de Maestrich, se le hizo responsable en parte de la pérdida de la batalla de Nerwinde, en que él mandaba el ala izquierda del ejército francés; y por fin, arrastrado en la caída del partido girondino, a que pertenecía, fué preso y sometido a juicio. La reacción que siguió al 9 thermidor (prisión y condena de Robespierre) libró a Miranda y a otros muchos presos de subir a la guillotina. Meses antes de su desgracia se había negado a secundar los planes de su jefe Dumouriez contra la Convención, por lo que el nombre de Miranda está inscrito en el Arco de Triunfo, de París, entre los de los más insignes defensores de la revolución. En Londres buscó el apoyo del ministro Pitt para insurreccionar Venezuela, pero no alcanzó sino buenas palabras, y entonces pasó a los Estados Unidos, donde algunos negociantes le propórcionaron dos corbetas y otras embarcaciones menores, con un contingente de 200 voluntarios. Creyendo que el grito de independencia sería inmediatamente secundado, se dirigió a la costa de Coro a principios de 1806. Pero las autoridades españolas estaban ya prevenidas, de modo que al acercarse la escuadrilla de Miranda (25 de marzo) fué atacada por dos bergantines, que le apresaron dos naves con 60 hombres, de los cuales fueron ahorcados diez en Puerto Cabello. El capitán general Vasconcelos hizo quemar en la plaza de Caracas la efigie de Miranda y puso a precio su cabeza.

Miranda se había refugiado en la isla de la Trinidad, donde, de acuerdo con un almirante inglés, aumentó su escuadrilla y reclutó más de 500 hombres, con los que se dirigió de nuevo a tierra firme. El 3 de agosto desembarcó en el puerto de la Vela, desde donde expidió proclamas excitando a sus paisanos a que se le uniesen para luchar por la independencia. Pocos días después entró en Coro; pero viendo que nadie acudía a su llama-

miento y sabiendo que el capitán general organizaba un ejército de ocho mil hombres para combatirle, se retiró a Trinidad, disolvió allí sus fuerzas y se embarcó para Inglaterra, en espera de mejor ocasión para reanudar su tentativa.

Organización de una junta de gobierno en Caracas. — La invasión de España por los franceses proporcionó a los separatistas la coyuntura deseada. El capitán general de Venezuela, brigadier Emparán, nombrado en mayo de 1809 por la junta de Sevilla, trató de intimidar a los conspiradores a fuerza de procesos y destierros, con lo que logró mantener cierta tranquilidad aparente cerca de un año; pero al saberse, el 19 de abril de 1810, que los franceses habían entrado en Sevilla, se reunió el cabildo de Caracas, con pretexto de asistir al oficio religioso del jueves santo, empezó a tratar de los sucesos de España y convocó al capitán general para que ilustrase a la corporación sobre aquellos acontecimientos. Emparán acudió al llamado y manifestó que, en efecto, la junta de Sevilla había quedado disuelta; pero que en su reemplazo se acababa de nombrar un consejo de regencia que residía en Cádiz y que simbolizaba el principio de autoridad. Los elementos conservadores del cabildo aplaudieron estas manifestaciones y los separatistas no se atrevieron a observarlas y acompañaron a Emparán a la iglesia. Pero en el camino, algunos grupos de patriotas cerraron el paso a la comitiva, gritando que era necesario volver a la sala capitular : el capitán general, sin medios para defenderse, hubo de plegarse a tal exigencia, y reanudada la sesión, con asistencia de varios caudillos populares que se titulaban diputados del pueblo, se acordó crear una junta de gobierno bajo la presidencia del mismo Emparán. Entonces el canónigo Juan Cortés Madariaga, chileno de nacimiento, tomó la palabra, reprochando a los revolucionarios el error que cometían dejando al capitán general árbitro de la suerte de la junta recién creada; los ánimos reaccionaron, se pronunció la destitución de Emparán, y éste, a quien aquellos sucesos habían tomado desprevenido, no tuvo más remedio que dejarse arrebatar el mando. Inmediatamente el cabildo se constituyó en junta de gobierno, deportó al ex capitán general a los Estados Unidos y dió comienzo a su administración con una serie de medidas liberales y bien inspiradas, que produjeron buen efecto en la

opinión. En seguida mandó a Inglaterra como delegados a don Simón Bolívar, don Luis López Méndez y don Andrés Bello, a fin de que se pusieran de acuerdo con el general Miranda, y obtuvieran la protección del gobierno británico. Con igual propósito marcharon a los Estados Unidos otros emisarios de la junta.

Empieza la guerra. — La regencia española declaró traidores a los miembros de la junta de Venezuela, decretó el bloqueo del país y envió a Puerto Rico al comisionado don Antonio Cortabarría para que hiciera lo posible en pro del restablecimiento de la autoridad de España. Cortabarría dirigió desde Puerto Rico a la junta de Caracas y al pueblo venezolano un despacho en que notificaba la reunión de las cortes españolas en Cádiz y exigía su reconocimiento. Además, nombró por delegación capitán general de Venezuela al brigadier Miyares, gobernador de Maracaibo. La junta se desentendió de estas comunicaciones y pronto empezó la guerra, siendo rechazados los patriotas de las provincias de Coro y Maracaibo (diciembre de 1810).

Llegada del general Miranda. Declaración de la independencia. — Vino a cambiar la situación la llegada de Miranda, al que Bolívar había dado en Londres cuenta de los últimos sucesos. La junta nombró general en jefe de las tropas de Venezuela al patriota Miranda, que hizo lo posible por convertir aquellas masas entusiastas, pero indisciplinadas, en un ejército regular. Convocado el pueblo a elecciones generales, se reunió en Caracas el primer congreso venezolano el 2 de marzo de 1811, con asistencia de 44 diputados, entre los que figuraban hombres de verdadero mérito. A la vez se organizó en Caracas una asociación de patriotas que propagaba con ardor la idea de la independencia, como única solución satisfactoria para el país. El congreso vacilaba, pues algunos de sus miembros creían prematuro ese paso; mas al fin el criterio radical se impuso y en la sesión de 5 de julio de 1811 se extendió el acta por la cual las Provincias Unidas de Venezuela se declaraban libres de toda sumisión y dependencia de España, para darse la forma de gobierno más acorde con la voluntad nacional. Se adoptó como bandera la amarilla, azul y roja, que había usado Miranda en su desgraciada campaña de 1806.

Conjuración de los canarios; dura represión que sufren. — La actitud del congreso exasperó a los españoles, que hasta entonces habían apoyado a la junta, por creerla establecida contra el rey José Bonaparte y en favor de Fernando VII Los catalanes, en gran parte comerciantes de la costa, se pusieron resueltamente al lado del brigadier Miyares; y por su parte los canarios, que eran en general agricultores y formaban un núcleo importante y valeroso, se creyeron con la fuerza necesaria para disolver el gobierno revolucionario, y al efecto se reunieron en número de algunos centenares en una llanura de los alrededores de Caracas, en la madrugada del 11 de julio. Pero la junta, que había tenido aviso de la conjuración, envió contra los conjurados una columna de milicia que los dispersó y logró apresar a muchos de ellos. Instruído rápidamente el proceso, se fusiló a los seis días a diez y seis y se condenó al destierro y confiscación a otros muchos. Esta medida rigurosa fué causa de las represalias que más adelante tomaron los españoles y que, motivando otras de los sublevados, dieron a la guerra un carácter extremadamente bárbaro y cruel.

Contrastes de los patriotas. El terremoto de 1812. — En el mismo día se sublevaron contra la junta los españoles de Valencia. Contra esta ciudad marchó el general Miranda, pero no logró rendirla hasta el 13 de agosto, después de haber perdido en el asedio más de mil hombres. Los defensores fueron condenados a muerte por los tribunales, pero el Congreso los indultó.

Con fecha 21 de diciembre de 1811 quedó aprobado un proyecto de constitución federal en cuya redacción colaboró en primera línea don Francisco Javier de Ustáriz, gran admirador del sistema político de los Estados Unidos. Venezuela quedaba dividida en siete provincias autónomas, que podían darse sus constituciones particulares : se creaba un Congreso nacional formado por dos Cámaras y el poder ejecutivo quedaba a cargo de una comisión de tres individuos, elegidos por sufragio indirecto. Se designaba como capital de la República la ciudad de Valencia, constituída en territorio federal.

Mientras tanto los realistas, dueños de Coro y Maracaibo al oeste, de Caracas y de la Guayana al este, hacían correrías por las márgenes del Orinoco, sin que obtuviera señaladas ventajas

contra ellos el general patriota Miranda, que daba más pruebas de valor que de buena estrategia. Por entonces llegó a Coro, desde Puerto Rico, una expedición española dirigida por el brigadier Cajigal, quien envió hacia Caracas, con un destacamento de 230 hombres, a su subalterno don Domingo Monteverde, capitán de fragata. Monteverde reclutó por el camino a varios realistas y el 23 de marzo de 1812 derrotó a los patriotas y les hizo 700 prisioneros. Tres días después, siendo la fiesta de jueves santo, un espantoso terremoto destruyó las ciudades de Caracas, Barquisimeto y otras, pereciendo más de 20 mil personas, siendo explotado tan triste suceso por los clérigos realistas que lo presentaron al pueblo como un castigo de Dios, recordando que en otro jueves santo (19 de abril de 1810) se había constituído el primer gobierno venezolano. Estas afirmaciones supersticiosas ganaron crédito entre la plebe ignorante; porque, en efecto, en los puntos ocupados por las fuerzas realistas no se había sentido el terremoto; casi toda la columna del coronel patriota Jalón, destinada contra Monteverde, había sido sepultada en Barquisimeto, y por fin, la escuadrilla venezolana había sido capturada por los españoles en aguas del Orinoco.

Prisión de Miranda. Fin de la guerra. — El Congreso trató de contener el pánico, mas por entonces todo esfuerzo fué inútil. Monteverde ocupó varias plazas; la guarnición de Puerto Cabello, a cuyo frente estaba el coronel patriota Simón Bolívar, se pronunció y su jefe se vió precisado a huir; por último, el mismo Miranda, viendo desmoralizadas sus tropas, tuvo que celebrar una capitulación con Monteverde el 25 de julio. Se convino en que Miranda y los patriotas que quisieran podrían salir libremente del país, y al efecto el ex generalísimo y muchos comprometidos en los últimos acontecimientos se dirigieron a la Guaira para embarcarse, mientras Monteverde hacía su entrada triunfal en Caracas el 29 de julio de 1812. Pero entre los venezolanos circulaban los rumores más calumniosos contra Miranda; decíase que se había vendido a los realistas, y entre el coronel Casas y otros jefes insurrectos le apresaron, conduciéndole a un castillo y aun pensaron en fusilarle. El desgraciado Miranda, con muchos de sus compañeros, cayó en poder de los españoles, y después de ser retenido algunos meses en la fortaleza de Puerto Cabello, se

le trasladó al presidio de Puerto Rico y de allí a España. Cerca de tres años pasó aherrojado en un calabozo de Cádiz, donde murió el 14 de julio de 1816, habiendo reclamado muchas veces con dignidad contra la infracción del convenio pactado con Monteverde. Era Miranda un patriota lleno de constancia y ardor; pero en sus últimos tiempos la fortuna le había sido contraria en todas sus empresas y hasta sus dotes militares parecían haber sufrido un eclipse lamentable.

Vuelve a reanudarse; carácter cruel que toma. — Monteverde, favorecido por las circunstancias, había terminado en poco tiempo una campaña difícil, y aunque su conducta con Miranda no fué leal ni caballeresca, se le prodigaron elogios y honores. El gobierno de España le nombró capitán general de Venezuela con el título de *pacificador* (30 de septiembre de 1812), mas tardó poco en perder la buena fama que había conseguido. Se mostró suspicaz y receloso, decretó multitud de prisiones, destierros y confiscaciones, y con esta política exasperó a los venezolanos. A principios de 1813 Santiago Mariño, Manuel Piar y los hermanos Bermúdez se sublevaron con cuarenta hombres cerca de la isla Trinidad, pasaron al continente donde engrosaron sus fuerzas y empezaron a operar con fortuna en las provincias de Cumaná y Barcelona. El 16 de marzo fué derrotada una partida patriota en Aragua por los jefes realistas Zuazola y Gómez que, no contentos con fusilar a los prisioneros, hicieron cortar las orejas a muchos vecinos pacíficos. A Cumaná llegaron cajones en que estaban contenidos esos horribles despojos, y se dice que algunos realistas exaltados los clavaban en las puertas de sus comercios o se los ponían en el sombrero, a guisa de escarapelas dignas de caníbales. Estas atrocidades hicieron alistarse en las filas patriotas, por indignación o temor, a muchos que hasta entonces habían permanecido neutrales o indiferentes. Mariño y Piar entraron victoriosos en Maturín; se hicieron fuertes, rechazando las acometidas de los realistas, y el mismo Monteverde tuvo que salir en su persecución, diciendo en una proclama que los facciosos iban a desaparecer « como al impulso del viento se disipa el humo ». Los hechos desautorizaron bien pronto tan jactanciosas palabras. Monteverde, que mandaba dos mil hombres, fué completamente derrotado en mayo de 1813 por Manuel Piar, que dis-

persó las tropas realistas en Maturín, causándolas cerca de mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros: el mismo Monteverde se salvó a duras penas de caer en manos de los vencedores.

Bolívar : su genial campaña invasora. Guerra sin cuartel. — Poco después apareció en las provincias de occidente, al mando de fuerzas aguerridas y respetables, el joven coronel patriota don Simón Bolívar, que ya se había distinguido a las órdenes de Miranda. Simón Bolívar, uno de los genios más ilustres de la independencia americana, había nacido en Caracas en 1783 y viajado mucho por Europa y Estados Unidos. Era hombre de gran cultura intelectual, ardorosa imaginación y altos designios, mantenidos por una voluntad de hierro. Carecía de preparación militar, pero la suplía con su valor y sus arranques de temeridad, que muchas veces fueron afortunados. Después del triunfo de Monteverde en Venezuela, había conseguido pasar con algunos compatriotas a Nueva Granada, donde fué bien recibido y reunió un cuerpo de mil hombres con el que derrotó a varios destacamentos realistas, tomó a Tenerife y ganó la batalla de San José de Cúcuta el 28 de febrero de 1813, siendo ascendido a brigadier por el gobierno revolucionario neogranadino. Proyectó entonces la invasión de Venezuela por el oeste, y aunque un consejo de jefes declaró irrealizable su plan, el coronel Rivas y el abogado Briceño se prestaron a secundarlo y con ellos pasó la frontera al frente de 500 hombres. No tardó en aumentar esta fuerza por la incorporación de voluntarios y entonces Bolívar confió doscientos hombres al abogado Briceño y dividió el resto de sus tropas en dos cuerpos, tomando la dirección de uno y confiando el otro al coronel José Félix Rivas, que se portó muy bizarramente. Briceño, que había hecho fusilar a algunos españoles, fué pronto derrotado en Barinas y pasado por las armas con siete de sus oficiales. En cuanto a Bolívar y Rivas, se dirigieron resueltamente a Caracas, derrotando a los destacamentos realistas que hallaban a su paso y entrando vencedores en la ciudad de Trujillo. Desde aquí, el 15 de junio de 1813, dió Bolívar su proclama, de triste memoria, en que, tomando pretexto de las atrocidades cometidas en las provincias de oriente por los españoles, declaraba la guerra sin cuartel. « Españoles y canarios, decía, contad con la muerte, aun siendo indiferentes,

si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables. » Este plan de conducta imprimió un carácter de horrible ferocidad a la guerra venezolana.

La campaña invasora fué una serie de triunfos. Mientras Bolívar limpiaba el campo de guerrillas, Rivas batió a una columna española en *Niquitao* (23 de junio) haciéndola 500 prisioneros, y un mes después alcanzó otra victoria importante en los *Harcones*. Unidos a poco ambos cuerpos de ejército reunieron sobre dos mil hombres, con los que atacaron al grueso de las tropas de Monteverde en los *Tahuanes*, cerca de Valencia, derrotándole por completo (31 de julio). Monteverde, gravemente herido, hubo de encerrarse en Puerto Cabello y Bolívar llegó triunfante a Caracas el 7 de agosto. En tres meses había recorrido 250 leguas desde Cúcuta a Caracas, ganando quince batallas y gran número de pequeños combates.

No se mostraba menos favorable la fortuna a los jefes patriotas que sostenían la campaña en el oriente. La isla Margarita cayó en su poder y el general Mariño, después de obtener varios triunfos sobre los realistas, les tomó las plazas de Cumaná y de Barcelona, en los días 3 y 19 de agosto. Los españoles quedaron reducidos a las plazas de Coro y Puerto Cabello.

Los realistas Boves y Morales. — Pero esta guerra venezolana era fecunda en sorpresas, y cuando uno de los dos partidos parecía aniquilado, resurgía con más fuerza que antes. Esto sucedió ahora con el bando realista. En las llanuras y selvas del Orinoco aparecieron varios guerrilleros españoles, distinguiéndose entre ellos por su crueldad, audacia y rasgos de genio militar, Tomás Boves y Tomás Morales. El primero, nacido en Asturias, había sido marinero y pirata; se estableció luego entre los llaneros o gauchos de Venezuela, cambiando su apellido, que era Rodríguez, por el de uno de sus protectores, y después de consagrarse al pastoreo figuró en las filas de la insurrección, de las que no tardó en desertar, formando una guerrilla realista. Tomás Morales era canario, había desempeñado en Venezuela oficios humildes, dedicándose luego a la labranza, y después de servir algún tiempo a los revolucionarios, se unió a Boves y fué su más intrépido

auxiliar. Ambos eran valientes, incultos, ávidos de botín, despreciadores de la propia y ajena vida y muy a propósito para el infernal sistema de guerra sin cuartel que, por culpa de patriotas y realistas, sin distinción, se hacía en aquel infortunado país. Supieron atraerse a los llaneros, hombres errantes y vigorosos, acostumbrados a todas las fatigas y peligros, y con ellos formaron legiones no menos terribles que las de los bárbaros que lucharon con la antigua Roma. Estas guerrillas se acrecentaron pronto y constituyeron un grave peligro para los independientes. Al mismo tiempo Monteverde, sitiado en Puerto Cabello por Bolívar, le rechazó a fines de agosto causándole 600 bajas; sin embargo, habiendo salido a perseguirle, sufrió dos descalabros y una nueva herida, de cuyas resultas le extirparon casi toda la mandíbula inferior. Entonces solicitó su relevo y a fines de diciembre de 1813 le sucedió el brigadier don Juan Manuel Cajigal.

Nuevos triunfos de los independientes. — Bolívar se había replegado sobre Caracas, donde el Congreso le nombró general en jefe, no obstante la oposición de Piar y Mariño; dándole, además, el título de *Libertador*. Derrotado en *Barquisimeto* por el coronel Ceballos, le venció a su vez en *Araure* (5 de diciembre). Las crueldades de Boves, Rosette y Morales en oriente, y las de Yáñez, el negro Palomo y otros guerrilleros realistas del sur y el occidente, impulsaron a Bolívar a decretar el exterminio de 800 españoles, muchos de ellos canarios, que estaban prisioneros en Caracas y La Guaira. Fué encargado de esa matanza horrorosa el coronel Juan Bautista Arizmendi, gobernador militar de Caracas, que dió principio a las ejecuciones el 12 de febrero de 1814 y las prosiguió hasta el fin. Como era de esperarse, las represalias fueron terribles y Venezuela ofreció durante al año 1814 el espectáculo más abominable; pues la compasión había desaparecido y sólo imperaban la crueldad y el terror.

Boves, que había formado una especie de ejército de más de seis mil hombres, marchó sobre Valencia y desde fines de febrero luchó contra Bolívar, que se había atrincherado en las líneas de San Marco cerca de aquella ciudad. En uno de esos ataques, el capitán neogranadino don Antonio Ricaurte, que defendía un gran depósito de municiones, viendo perdida la

posición que Bolívar le confiara, hizo retirar a su gente y prendió fuego a los depósitos de pólvora, para que no cayeran en poder de los asaltantes; acto heroico de suicidio por la patria (25 de marzo). Era ya muy comprometida la situación de Bolívar cuando Mariño marchó en su auxilio con 3.500 hombres; derrotó a Boves en *Bocachica* (31 de marzo) y le obligó a retirarse al oeste. Bolívar, prosiguiendo su campaña en las provincias occidentales, encontró en la llanura de Carabobo al grueso del ejército realista, mandado por Cajigal, y lo derrotó por completo, causándole muchas bajas y haciéndole perder su artillería, 500 fusiles, 8 banderas y cuatro mil caballos.

Vuelven a adquirir ventaja los realistas. — Esta victoria, que marcaba la culminación del éxito de Bolívar, fué seguida de una serie de graves contratiempos para los patriotas. El más grave fué la noticia de que Fernando VII había vuelto a ocupar el trono de España. La guerra tomaba desde entonces un carácter de franca rebelión que no entusiasmaba a todos, y además se tenía por seguro que la antigua metrópoli enviaría grandes refuerzos para someter a los revolucionarios. Empezó la deserción en las filas patriotas, y aunque Bolívar trató de contenerla mediante severos castigos, no tardó en tomar desanimadoras proporciones. Además, muchos que hasta entonces habían sido sus parciales, le acusaban por su declaración de guerra sin cuartel, que había motivado represalias violentas, difundido por doquiera el pánico, paralizado la industria y el comercio y reducido al mínimum la producción ganadera y agrícola; porque la gente de los campos, atropellada par patriotas y españoles, o se armaba en favor de uno de los bandos o seguía sus ejércitos, formando tras ellos un lastimoso convoy de mujeres, niños y ancianos, que vivían de las sobras de los campamentos o de la rapiña y que en gran número morían de necesidad, después de haber sufrido toda clase de miserias y ultrajes. Al abatimiento de los patriotas correspondía el creciente ánimo de los realistas; Boves y Morales, con seis mil hombres, marcharon sobre Valencia y habiéndoles salido al paso las fuerzas venezolanas de Bolívar y Mariño, las derrotaron en *La Puerta* el 15 de junio, matándoles cerca de mil hombres y quitándoles la artillería, municiones y caballos. A la victoria realista siguió una serie de fusilamientos.

Mientras Bolívar se dirigía precipitadamente sobre Caracas para organizar la resistencia, Boves puso sitio a Valencia, defendida por el coronel Escalona. El bloqueo empezó a fines de junio, y habiendo llegado para reforzarle las tropas de Cajigal y Ceballos, la plaza se rindió el 10 de julio, mediante capitulación. El general en jefe Cajigal, que deseaba observarla fielmente, se vió desobedecido por Boves, que no reconocía superior, y sintiéndose sin fuerzas para castigarle o morir en defensa de su autoridad menoscabada, hubo de asistir, avergonzado, al espectáculo de atroces crueldades.

Casi al mismo tiempo había caído Caracas en poder de las fuerzas españolas, pues Bolívar la abandonó sin luchar (6 de julio). Dos días después empezaron a entrar las partidas realistas, y por lo pronto, no hubo atropellos; pero habiendo llegado a los pocos días las masas irregulares de Boves, cambió lastimosamente la situación y Cajigal, que se había retirado a Puerto Cabello para no sancionar con su presencia la serie de bárbaros atentados que se sucedieron, vió una vez más humillados los fueros de la disciplina y de la humanidad.

Retirada de Bolívar. Gobierno de Morillo. — La estrella de Bolívar parecía eclipsada; su retirada fué desastrosa. Perseguido en su fuga hacia oriente por las bandas de Morales, fué derrotado por éste en varios encuentros y al fin completamente deshecho en *Aragua* (18 de agosto de 1814), calculándose en más de dos mil las víctimas de esta luctuosa jornada. De allí, con un puñado de hombres, pasó a Barcelona y luego a Cumaná, donde logró embarcarse. En su retirada había ido imponiendo cuantos tributos y exacciones pudo, a fin de tener elementos para reanudar la guerra; pero el jefe de la escuadrilla, un italiano apellidado Bianchi, se apoderó de gran parte de aquellos tesoros, y haciendo ver a Bolívar que nada le era tan fácil como arrojarle al mar o entregarle a las autoridades españolas, aun se dió aires de protector consintiendo en desembarcarle en Carúpano (3 de septiembre). Allí se sostenían con algunas fuerzas los jefes patriotas Piar y Rivas, pero desconocieron por completo la autoridad de Bolívar, que no tuvo más remedio que reembarcase, lleno de amargura y despecho, teniendo que agradecer al aventurero Bianchi que se prestase a conducirle al puerto de Cartagena, en Nueva Granada. En este

mismo país hubo de refugiarse el caudillo Urdaneta, que con mil hombres se había sostenido en las provincias occidentales. Aun se mantuvo un tiempo la guerra en oriente: Morales fué derrotado en *Maturín* (12 de septiembre) y Boves murió de un lanzazo en la acción de *Urica* (5 de diciembre); pero estos triunfos parciales sólo sirvieron para prolongar la agonía de la insurrección. Puesto el canario Morales al frente de las fuerzas irregulares que antes mandaba Boves, desobedeció como éste a Cajigal, pretextando que su nombramiento procedía de las Cortes y no del rey, cometió sinnúmero de atropellos y fusiló a cuantos prisioneros hacía, contándose en este número el general venezolano José Félix Rivas, que tan brillante papel había hecho con Bolívar en la invasión de 1813. En los comienzos de 1815 la reconquista de Venezuela por los españoles era un hecho y ya no quedaba a los patriotas más asilo que la isla de la Margarita. Tomás Morales, a quien Fernando VII nombró brigadier del ejército español, procedía por su cuenta y ya tenía reunidos seis mil hombres en Cumaná para reconquistar la isla Margarita, cuando llegó de España con diez mil soldados el teniente general D. Pablo Morillo, a quien el rey había conferido poderes discrecionales para sofocar la insurrección. Morillo, distinguido por su valor en las guerras contra los ingleses, en la batalla naval de Trafalgar y sobre todo en las campañas de la independencia española, había llegado muy joven a los altos grados de la milicia en que ingresó como voluntario de marina a los trece años, contando treinta y siete cuando se hizo cargo de la capitanía general de Venezuela y Nueva Granada. Desembarcó en Cumaná el 3 de abril de 1815, siendo obsequiosamente recibido por Morales, y desde luego dispuso el ataque a la isla Margarita, defendida por Bermúdez y Arizmendi. Éstos no opusieron resistencia; Bermúdez se fugó a Cartagena y Arizmendi, autor por orden de Bolívar de la matanza de 800 españoles, se rindió a Morillo, que lo trató con las mayores consideraciones. El 11 de mayo entró en Caracas y se hizo cargo del gobierno. Parecía muy inclinado a la moderación, pero no tardó en sentir la influencia de aquel ambiente de odios y rencores y, como más adelante veremos, sus procedimientos fueron análogos a los de Monteverde y produjeron igual reacción en los ánimos.

Revolución de Quito. — La invasión de España por los franceses produjo inmensa impresión en Bogotá, pero los disturbios más graves tuvieron comienzo en la ciudad de Quito, dependiente a la sazón del virreinato de Nueva Granada. Era gobernador de Quito el anciano general Urríes, que teniendo noticia de que se conspiraba, ordenó la prisión de gran número de sospechosos. Organizóse entonces un complot, a cuyo frente se puso el capitán don Juan Salinas, y éste se apoderó del general Urríes en la noche del 10 de agosto de 1809, organizándose una junta gubernativa presidida por don Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, y en que entraron dos obispos y otros personajes de distinción. La junta decretó la formación de tres batallones y fué reconocida en todo el territorio de la presidencia de Quito menos en Cuenca y Guayaquil.

Caída de la junta quiteña : duras persecuciones. — Era virrey de Nueva Granada don Pedro Amar y Borbón, que despachó contra los rebeldes de Quito al teniente coronel Dupré, con 300 hombres de línea. A su vez, el virrey del Perú, don Fernando Abascal, envió un batallón de negros, que derrotaron a las milicias quiteñas. Entonces la junta, sintiéndose sin fuerza para resistir, capituló con el antiguo presidente Urríes, a quien devolvió el mando bajo la condición de que a nadie se perseguiría por los últimos sucesos. Pero Urríes, fuerte con la presencia del coronel Manuel Arredondo, que había llevado del Perú un cuerpo de 800 hombres, encarceló y procesó a sesenta personajes de los más comprometidos (4 de diciembre). Varios de ellos fueron condenados a muerte y otros a presidio, enviándose los autos a Lima para que el virrey los confirmara. Pero el 2 de agosto de 1810 algunos grupos de revolucionarios trataron de salvar a los presos atacando los cuarteles que les servían de cárceles, y entonces los soldados negros, no sólo rechazaron la agresión, sino que dieron muerte a 29 de los presos, entre ellos a los miembros de la junta Salinas, Morales, Quiroga y Ascasubi ; saquearon muchos edificios y asesinaron en las casas o en las calles a más de 80 personas.

Estos acontecimientos tuvieron gran repercusión en todo el virreinato. En varios puntos se destituyó a las autoridades, nombrándose juntas ; hubo motines y conatos de separatismo. Dos jóvenes del Socorro, llamados Cadenas y Rosillo, trataron

de sublevar los llanos de Casanare y fueron fusilados. Durante algunos meses pareció restablecido el orden.

La revolución en Nueva Granada. — Bien pronto, sin embargo, renació con mayor impulso el movimiento. Apenas se tuvo noticia en Nueva Granada de la instalación de la junta revolucionaria de Caracas hubo en todo el país gran agitación. El cabildo de Cartagena apresó al gobernador español don Francisco Montes y lo embarcó para la Habana (14 de junio de 1810); en Pamplona se organizó el 4 de julio una junta de gobierno y seis días después se nombró otra en el Socorro. La ciudad de Santa Fe de Bogotá siguió este ejemplo el 20 de julio y el virrey Amar, atemorizado por la actitud del cabildo y del pueblo, aceptó la presidencia de la junta gubernativa creada, como en todas partes, en nombre de Fernando VII. Pocos días después (25 de julio) fué depuesto Amar, ultrajado por las turbas y enviado a Cartagena, desde donde se le embarcó para España. Entonces la junta, libre de trabas, pudo dar impulso a la revolución; adoptó medidas defensivas y se dirigió a los principales pueblos del virreinato para que secundaran el movimiento. Esta excitación no fué de grandes resultados, pues Popayán y Santa Marta siguieron en poder de las autoridades españolas; Panamá y Río Hacha no se adhirieron a la revolución y la junta de Cartagena publicó un manifiesto federal, combatiendo las ideas unitarias de la junta de Santa Fe.

Desde entonces se marcaron en Nueva Granada dos tendencias, que han seguido en pugna hasta hoy: la unitaria, representada por Bogotá, y la federal, apoyada por las provincias marítimas. La junta de Bogotá, presidida por don Jorge Lozano, publicó un proyecto de constitución para el Estado de Cundinamarca, desentendiéndose de las demás provincias; pero luego introdujo en ese proyecto importantes modificaciones para hacerlo extensivo a Quito, Popayán y Cartagena.

Luchas entre federales y unitarios. — Reunido el Congreso a mediados de 1811, se patentizó la discordia entre federales y unitarios. Era jefe de estos últimos don Antonio Nariño, hombre probo y de gran talento, que había sufrido persecuciones desde quince años antes por sus ideas separatistas; pero de carácter inquieto y perturbador. No sólo defendió en el

Congreso los principios unitarios que halagaban a Bogotá tanto como desagradaban a las provincias, sino que fundó un periódico, titulado *La Bagatela,* en que injuriaba al presidente Lozano y a los federales, consiguiendo agitar las pasiones de tal modo, que hubo tumultos en su favor y óbtuvo la presidencia (19 de septiembre de 1811). Dos meses después la ciudad y provincia de Cartagena se declaró independiente de Bogotá y convocó un Congreso aparte, que se reunió el 21 de enero de 1812 y aprobó una constitución federal, nombrando presidente, con amplios poderes, al doctor Manuel Rodríguez Torrices, joven de 24 años.

Por entonces llegó a Puerto Bello el brigadier D. Benito Pérez, nombrado virrey de Nueva Granada por la regencia de Cádiz, y dió comienzo a las hostilidades contra los patriotas de Cartagena, tomando a Santa Marta como base de operaciones y ocupando muchos pueblos de las márgenes del Magdalena. El dictador Torrices dió el mando de las fuerzas patriotas al aventurero francés Pedro Labatut, que demostró bizarría e inteligencia. Pusiéronse a sus órdenes Bolívar y otros jefes venezolanos que venían huyendo de las persecuciones de Monteverde; varias plazas importantes cayeron en poder de los patriotas y el mismo Labatut tomó a Santa Marta (6 de enero de 1813), con lo que la guerra empezó a ser favorable para los independientes.

Mientras tanto Nariño se había enemistado con el Congreso, lo que dió margen a la guerra civil. Vencido él presidente en Santa Rosa (30 de julio de 1812), capituló con los federales y aceptó la reunión de un Congreso general que resolviese las diferencias pendientes. Vuelto a Bogotá, renunció la presidencia de Cundinamarca ; pero restablecido en el mando por un levantamiento popular, desconoció la autoridad del Congreso que con su aceptación se había reunido en Leiva (4 de octubre) y convocó a su vez en Bogotá otro Congreso enteramente unitario, el cual declaró que Cundinamarca no entraría en la confederación neogranadina. Empeñóse de nuevo la guerra civil, siendo derrotados los unitarios el 2 y el 24 de diciembre ; pero el 9 de enero de 1813 tomaron completa revancha, destrozando a las milicias federales cerca de Tunja y obligándolas a reconocer la independencia de la provincia de Cundinamarca.

Ventajas de los realistas. — Los realistas, alentados por estas discordias de sus enemigos, las aprovecharon, y el 5 de marzo de 1813 recobraron la plaza de Santa Marta, apresando a la guarnición. Entonces fué cuando Simón Bolívar, nombrado brigadier por la junta de Cartagena, tuvo la idea de invadir el territorio venezolano, lo que hizo en compañía del coronel Rivas con sólo 500 hombres, obteniendo la serie de espléndidos triunfos de que hemos hablado en otro lugar y acabando por ser completamente derrotado a fines de 1814, en que hubo de volver como fugitivo a Nueva Granada.

El brigadier Pérez, que se sostenía en Panamá sin poder dar impulso a las operaciones del ejército realista por falta de elementos, fué relevado en mayo de 1813 por el general Montalvo, cubano de nacimiento, que sólo alcanzó pequeñas ventajas contra los insurrectos de Cartagena, sin lograr reducirlos.

El presidente de Cundinamarca, Nariño, promovió la declaración de independencia, con respecto a España, que hizo el Congreso de aquel Estado el 16 de julio de 1813. El 11 de agosto hizo análoga declaración la provincia de Antioquía.

Nuevos disturbios en Quito; es dominada la sublevación. — La gobernación de Quito, después de la bárbara represión de 2 de agosto de 1810, volvió a conmoverse por la noticia de haberse instalado la junta en Bogotá. El general Urríes hubo, al fin, de aceptar la instalación de una junta bajo su presidencia (22 de septiembre), pero dos meses después fué relevado por don Joaquín Molina, que reunió tropas en Guayaquil para marchar contra la capital, de nuevo insurreccionada. La junta reunió un ejército de dos mil hombres, que puso a las órdenes de don Carlos Montúfar; entabláronse negociaciones y los realistas se mantuvieron en Guayaquil, mientras los patriotas dominaban en Quito, sin que hubiera por entonces efusión de sangre. La junta proclamó el 11 de diciembre de 1811 la independencia absoluta de la provincia y esto motivó asonadas en Quito, muriendo asesinado a puñaladas el anciano general Urríes, que se había refugiado en un convento.

La inactividad del brigadier Molina disgustó al elemento español y entonces la regencia de Cádiz nombró al general don Toribio Montes, que tomó el mando de las tropas el 9 de julio de 1812, llegando a reunir cerca de dos mil hombres. Con ellos

derrotó a los quiteños en Mocha y otros puntos, entrando vencedor en Quito el 4 de noviembre. Después mandó hacia el norte, en persecución de las fuerzas insurrectas, al brigadier don Juan Sámano, que dispersó a los patriotas y fusiló a cuantos jefes cayeron en su poder. A fines de 1812 estaba enteramente dominada la insurrección de la provincia de Quito.

Derrota y prisión de Nariño. — El brigadier Sámano, después de vencer a los quiteños, marchó hacia el norte para combatir a los patriotas de Nueva Granada, y en efecto, alcanzó sobre ellos ventajas notables y se apoderó de Popayán (1° de marzo de 1813). Entonces el presidente Nariño, intimado para que se rindiera, contestó : « Si la fatalidad diese a usted la victoria, vendrá a reentronizar el despotismo sobre cenizas y montones de cadáveres, pues estoy resuelto en el último evento a sacrificarlo todo y reducir a cenizas hasta los templos, antes que volver a ver a mi patria bajo su antigua servidumbre. » Formó en seguida un ejército de cerca de catorce mil hombres, y salió a campaña, dirigiendo personalmente las operaciones. Al principio alcanzó algunos triunfos; a fines de diciembre batió a Sámano en Palacé y recobró a Popayán sin encontrar resistencia, estableciendo allí su cuartel general. Si hubiese marchado inmediatamente sobre Quito, acaso habría conseguido resultados de verdadera importancia; pero Nariño, hombre muy culto e ilustrado, no era sino militar de ocasión y carecía de dotes estratégicas. Perdió algunos meses en inacción indisculpable, y cuando a fines de marzo se dirigió al sur, ya estaban los realistas apercibidos a la defensa y estorbaron su avance. Al fin, el 10 de mayo de 1814, fué vencido y hecho prisionero cerca de Pasto por el brigadier don Melchor Aymerich, jefe valeroso y caballeresco, que supo aplazar las órdenes apremiantes que el gobernador Montes le daba para que fusilase a Nariño, y obtuvo al fin la conmutación de la última pena por la de deportación. Nariño, después de varios meses de prisión en Quito y Lima, fué conducido a España, y permaneció en un calabozo de Cádiz hasta que en 1820 fué puesto en libertad, al triunfar la revolución española. Entonces, desde la isla de León, publicó, bajo el seudónimo *Enrique Samoyar*, varias cartas en que combatía la guerra contra la independencia ame-

ricana. Perseguido, pasó a Gibraltar y luego a Londres, desde donde regresó a su patria a fines del mismo año 1820.

Reaparece Bolívar. — Sitio de Cartagena. — Sucedió a Nariño en la presidencia de Cundinamarca el dictador Álvarez, que se negó a entrar en tratos con los federalistas, lo que reanudó la guerra civil. Por entonces llegaron a Cartagena los generales venezolanos Bolívar y Mariño, fugitivos de su patria. El congreso puso a disposición de Bolívar tres mil hombres para que sometiese a los unitarios de Cundinamarca, y, en efecto, derrotado el dictador Álvarez, entró Bolívar en la ciudad de Bogotá (12 de diciembre de 1814), a la que se trasladó en breve el Congreso (23 de enero de 1815), quedando triunfantes los federales. Poco después se comisionó a Bolívar para que tomase la plaza de Santa Marta y reconquistase a Venezuela.

Ninguna comisión podía halagar tanto al infatigable caudillo, y se dispuso a cumplirla sin demora; pero encontró inesperados obstáculos en Cartagena, que hasta entonces le había favorecido con entusiasmo. El gobierno de esa ciudad había caído en manos del coronel Castillo, enemigo personal de Bolívar y representante de una parcialidad opuesta al Congreso. No sólo negó Castillo el contingente de hombres y municiones que debía entregar Cartagena, sino que al llegar Bolívar a Mompox, le conminó que no pasase adelante. Irritado, Bolívar se dirigió a Cartagena para obtener por fuerza los elementos que se le negaban y puso sitio a la ciudad (marzo de 1815). Pero le faltaba artillería, brotaron guerrillas contra él; los cartageneros arrojaron cadáveres y materias infectas a las cisternas en que los sitiadores tenían que proveerse de agua, y como al mismo tiempo supo la toma de Mompox por los realistas y que se acercaba el general Morillo con un gran ejército, renunció el mando y se embarcó para la isla inglesa de Jamaica (8 de mayo de 1815).

Morillo toma a Cartagena. — El general Morillo, acompañado del guerrillero Morales, a quien llamaba *terror de los malvados,* puso sitio a Cartagena el 20 de agosto. Los habitantes, aunque divididos en bandos, se unieron contra los sitiadores demostrando verdadero heroísmo; durante cerca de cuatro meses rechazaron todos los asaltos de los españoles, y soportaron con impavidez un bombardeo de cuarenta días. El

mando de la plaza pasó de Castillo a Bermúdez; los habitantes se vieron precisados a mantenerse con animales inmundos; se declaró la peste, que hizo grandes estragos, y sin embargo, nadie hablaba de capitulación, como si se hubiese vuelto a los tiempos de Roma antigua. Se ha calculado en seis mil las personas que murieron de hambre; sólo el 1° de diciembre cayeron de inanición en las calles trescientos individuos. Por fin, el 5 de diciembre, después de más de cien días de una defensa que figura entre las más gloriosas y porfiadas de la historia, unos dos mil habitantes, reducidos casi al estado de espectros, determinaron evacuar la población, que estaba bloqueada por mar y tierra. Embarcáronse al efecto en trece malos buques de que disponían y se hicieron a la mar; pero los realistas les hicieron fuego con sus baterías de sitio y les persiguieron con sus barcos, de modo que sólo 600 de los fugitivos llegaron con vida a las costas de Haití. Los españoles perdieron en el sitio de Cartagena cerca de tres mil soldados y ensangrentaron su victoria con crueles ejecuciones.

Operaciones en la isla Margarita — Mientras el general Morillo se apoderaba de Cartagena supo que volvía a encenderse el fuego de la insurrección en el territorio venezolano. El mestizo Arizmendi, autor de la ejecución de 800 prisioneros españoles, se había entregado a Morillo que le trató bien, dejándole recluído en la isla Margarita. Supo Arizmendi aprovechar la ausencia del general español, púsose de acuerdo con los patriotas, y el 15 de noviembre de 1815 tomó por sorpresa a Juan Griego y pasó a cuchillo a la guarnición española. No tardó en reunir mil quinientos hombres, con los que hizo frente a las tropas del coronel Urreistieta, gobernador de la isla, consiguiendo al fin hacerse dueño de casi toda ella, lo que aseguraba una importante base de operaciones a los independientes.

El régimen del terror en Venezuela y Nueva Granada. Es dominada la insurrección. — Al recibir esta noticia, la exasperación de Morillo no tuvo límites. Inmediatamente mandó a Caracas órdenes terminantes para que se prescindiese de toda consideración de humanidad con los rebeldes, y él mismo se dispuso a hacer en Nueva Granada un escarmiento terrible. Las columnas realistas de Calzada, La Torre y otros jefes vencieron en *Chitagá*, *Cachiví* y otros puntos a

las fuerzas patriotas de Urdaneta, Rovira y Mejía en los primeros meses de 1816. Al mismo tiempo, el teniente coronel Bayer invadía la provincia de Chocó y llegaba hasta Popayán, poniéndose en comunicación con las tropas del brigadier Sámano, que operaban al norte de Quito. El gobierno de Bogotá tuvo que abandonar esta plaza el 5 de mayo de 1816, y el 26 de mayo entró en ella Morillo, que en su marcha desde Cartagena había hecho fusilar al jefe insurrecto Castillo y ahorcado a no pocos guerrilleros.

En Bogotá instauró Morillo el régimen del terror. Después de consagrar algunos días al examen de los archivos federales, para rastrear culpabilidades, comenzó el 5 de junio las ejecuciones. Los patriotas Villavicencio, Torrés, Montúfar, Lozano, Torices, Toledo, Baraya, Mejía, el astrónomo Caldas, y otros muchos, fueron ejecutados como traidores al rey. En poco tiempo fueron fusilados 125 hombres notables, y pudo jactarse Morillo de « haber expurgado el virreinato de doctores y letrados, que siempre son los promotores de las rebeliones ». Restableció, además, la Inquisición, que giró visitas domiciliarias para registrar bibliotecas y archivos, y quemó públicamente muchos libros « para contener la impiedad y la herejía ».

En provincias, se reprodujeron con creces los atentados de Santa Fé de Bogotá. Los coroneles realistas Francino Warletta y Carlos Tolrá fusilaron, ahorcaron o azotaron a multitud de sospechosos en los distritos de Popayán y Antioquia, siendo ejecutados por equivocación no pocos criollos y españoles de los más adictos al rey. Debe tenerse muy en cuenta, al tratar de la independencia americana, que ni todos los españoles la combatían, ni todos los hijos del país eran partidarios de ella. En ambos campos peleaban indistintamente americanos y españoles; par lo que se da más idea de la verdad llamando independientes o patriotas a los que aspiraban a la separación, y realistas a los que deseaban, no sólo la unión con España, sino la permanencia del régimen absolutista.

Morillo no había llevado título de virrey ni capitán general, sino el nombramiento de general en jefe, con poderes administrativos y políticos muy amplios; de modo que a cada momento invadía las atribuciones de los titulares, reduciéndolos a una condición subalterna. En 1817 ofició al rey, pidiéndole la separación del virrey Montalvo, que era de carácter humanitario y

conciliador, y el nombramiento de Sámano en lugar de aquél, lo que le fué concedido. El brigadier Sámano, extremado realista y hombre duro y cruel, empezó su gobierno proclamando un indulto y restableciendo la Audiencia; pero prosiguió el sistema terrorista de Morillo, sin retroceder ante el fusilamiento de mujeres. Una de sus víctimas fué la joven Policarpa Salavarrieta, culpable de haber hecho alistar algunos paisanos en las guerrillas patriotas. Para su ejecución, que tuvo efecto en Bogotá el 14 de noviembre de 1817, formaron tres mil soldados, y la víctima dirigiéndose al batallón de *Numancia*, compuesto casi todo de americanos, los increpó con energía, excitándoles a que volvieran las armas contra los enemigos de la patria. Una descarga por la espalda la derribó sin vida.

Al terminar el año 1817 podía creerse ya dominada por completo la insurrección de Nueva Granada. En los llanos de Casanare se habían alzado algunas partidas de patriotas, mas los vencedores no las dieron importancia y sin embargo, como se verá más adelante, ya no habían de deponer las armas hasta conseguir la independencia de su país.

Venezuela. Contratiempos de Bolívar. — Reclaman ahora nuestra atención los sucesos de Venezuela. Desde noviembre de 1815 luchaba contra los españoles en la isla Margarita el venezolano Arizmendi y se sostenían en las márgenes del Orinoco algunas partidas de independientes, mandadas por los hermanos Monagas, Cedeño y otros caudillos. Ocupaba la capitanía general el brigadier don Salvador Moxó, que marchaba de completo acuerdo con el general en jefe y comisario regio, Morillo. Bolívar, emigrado en Jamaica y lleno de fe en medio de sus repetidos contratiempos, se trasladó a Puerto Príncipe, capital de la república negra de Haití, y se puso de acuerdo con el presidente Petión, que le dió armas y recursos para la nueva campaña que proyectaba en Venezuela. No le fué menos útil el apoyo de un rico armador de Curazao, llamado Luis Brión, quien le ofreció siete goletas mercantes armadas en guerra. Con estos aprestos y ayudado por muchos oficiales de las anteriores campañas, que se puiseron a sus órdenes, zarpó de Haití el 30 de marzo de 1816, con 250 partidarios. El 3 de mayo desembarcaron en la parte sublevada de la isla Margarita, donde se les unieron las fuerzas de Arismendi y

pasaron al continente, ocupando el puerto de Carúpano. Desde aquí expidió proclamas al pueblo venezolano, sin obtener éxito. Hubo de embarcarse para la costa occidental, y el 6 de julio llegó a Ocumare donde hizo nuevos esfuerzos para reclutar gente, pero en vano; pues el espíritu del país había decaído mucho en los últimos tiempos. Proyectaba una expedición al interior, cuando cundió la voz de que se aproximaba el brigadier Morales, y entonces Bolívar se reembarcó precipitadamente con varios de los suyos, abandonando en tierra a 650 hombres, que le vieron partir llenos de justa indignación. Resolvieron entonces vender caras sus vidas y eligieron por jefe al valeroso Mac Gregor, joven escocés, que había figurado con distinción en las campañas de Venezuela y Nueva Granada. Para jefe de estado mayor se designó al coronel venezolano Soublette y ambos caudillos se mostraron dignos a más no poder de la confianza en ellos depositada; pues con aquella gente, decepcionada y casi desprovista de armamento, realizaron una campaña gloriosa, atravesando 150 leguas de territorios ocupados por los realistas y derrotándolos en varios encuentros, entre ellos el de *Quebrada Honda*, ganada contra fuerzas superiores, hasta que lograron incorporarse en San Diego a las partidas de Monagas y Zaraza. Después de realizada esta brillante operación militar, Mac Gregor derrotó a una columna realista en *Alacranes* y ocupó la plaza de Barcelona. Morales, al frente de tres mil soldados, trató de recuperarla; pero fué completamente vencido y dispersado por Mac Gregar y Piar en la acción del *Juncal* (27 de septiembre).

Mientras tanto Bolívar había llegado a la isla de Bonaire y héchose a la vela para la costa de Cumaná, donde había una partida de patriotas, mandada por Bermúdez. La entrevista de ambos jefes patriotas tuvo un resultado deplorable; Bermúdez, sin querer oir los descargos de Bolívar, desconoció su autoridad, le llamó cobarde y traidor y trató de atravesarle con su espada, no consiguiéndolo por la interposición de algunos oficiales (22 de agosto). El libertador se vió precisado a reembarcarse y volvió a Puerto Príncipe, donde obtuvo nuevamente el amparo del presidente Petión.

Renace el prestigio de Bolívar. Toma de Angostura. — La fortuna de Bolívar parecía definitivamente eclipsada; pues

su actuación en los dos últimos años había sido una serie de infortunios y desaciertos, y era grande su desprestigio entre los mismos patriotas. Todo lo conseguido en los últimos tiempos se había hecho sin su cooperación; y sin embargo, era una imprudencia prescindir de su concurso, pues reunía condiciones personales y amplitud de miras muy superiores a las de sus émulos. Pronto hubieron de reconocerlo así éstos mismos; Mariño, Piar, Bermúdez, Arizmendi se disputaban la jefatura, porque ninguno de ellos quería reconocer superior. En estas circunstancias, el armador Brión, que seguía fiel a Bolívar, tomó a su cargo convencer a los demás jefes de que sólo este caudillo podía dirigir en conjunto la guerra, y no fueron vanas sus gestiones, pues hasta el mismo Bermúdez se sometió, declarándose arrepentido de su arrebato.

Volvió, pues, Bolívar al continente, desembarcando en Barcelona el 31 de diciembre de 1816. Al principio quería marchar sobre Caracas, pero hubo de reconocer que tal empresa era prematura, y después de algunas semanas de escaramuzas para ir convirtiendo en soldados a los reclutas, se dirigió a la región del Orinoco para buscar la base de operaciones en la Guayana y alistar guerrilleros en las llanos. En marzo salió de Barcelona, que cayó de nuevo en poder de los españoles.

Llegó Bolívar el 2 de mayo a las inmediaciones de *Angostura*, sitiada ya por el general Piar, que se puso a sus órdenes. Con ayuda de la escuadra de Brión, que remontó el Orinoco y batió a las naves realistas, la plaza quedó perfectamente bloqueada, y el coronel La Torre, que la defendía, se vió precisado a abandonarla (17 de julio). Esta primera victoria, que daba a los patriotas la llave del Orinoco, empezó a restablecer el prestigio de Bolívar.

Discordias entre los independientes. Ejecución del general Piar. — Varios de los jefes independientes le toleraban, sin embargo, con impaciencia. Para deshacerse de él con formas legales, el general Mariño, que operaba en Cumaná, promovió la formación de un Congreso venezolano, que se instaló en el pueblo de Cariaco el 8 de mayo de 1817. Ese Congreso proclamó como forma de gobierno la República federal, confió el poder ejecutivo a dos delegados y nombró general en jefe del ejército, con amplias facultades, a don Santiago Mariño.

Bolívar, contra quien iba dirigido el golpe, no sólo desconoció la autoridad del Congreso de Cariaco, sino que destacó fuerzas para que se apoderaran de Mariño, considerándole rebelde y traidor. Por igual motivo, hizo prender al valeroso Piar, que había reconocido al Congreso; le sometió a un consejo de guerra que le condenó a muerte y le hizo fusilar en presencia de todo el ejército (16 de octubre). Mariño consiguió huir a la isla Margarita. Desde entonces terminó el cisma que reinaba en el ejército y se afianzó la disciplina entre los patriotas. Triste fué, sin duda, tener que apelar a tales medios para obtener ese fin; pues el general Piar había sido un patriota meritísimo y valeroso, que prestó inestimables servicios a la causa de la independencia.

Hazañas de Páez. Reanima la guerra en los llanos. — Por esta época brillaba ya entre los patriotas venezolanos un joven de 26 años, llamado José Antonio Páez, a quien el destino reservaba una actuación gloriosa. Era de familia humilde y había hecho la ruda y varonil existencia de los llaneros hasta que en 1810, comenzada la guerra, se alistó en un escuadrón patriota de que fué sargento primero. Invadidas por los españoles las riberas del Apure, hubo de servirlos para salvar la vida, y en 1812 Monteverde le dió el despacho de capitán. En vez de admitirlo, aprovechó Páez la primera ocasión para luchar al lado de los suyos; venció a varias guerrillas y habiendo sido hecho prisionero y condenado a muerte, se salvó y dió además la libertad a más de cien patriotas. Desde 1813 no cesó de luchar como guerrillero, distinguiéndose tanto por su valor y aptitudes estratégicas que en 1816 era ya teniente coronel. En febrero ganó las batallas de Palmarito y Mata de la Miel, donde perdonó la vida a 400 prisioneros, y en junio venció al coronel López en el *Mantecal*. Después, cuando todo parecía perdido, reanimó la guerra en el oeste, y en 28 de enero de 1817 derrotó en *Macuritas* con fuerzas muy inferiores a la vanguardia de Morillo, mandada por el coronel La Torre, que contaba 4.700 hombres. Para obtener esta victoria prendió fuego a los pastizales de la llanura, impidiendo así a la infantería realista socorrer a sus jinetes. Hablando de este hecho de armas escribió Morillo al rey: « Las 14 cargas que dieron a los nuestros os soldados de Páez, me dieron la persuasión de que eran

dignos de pelear al lado de los mejores defensores de la Monarquía. » A mediados del mismo año recibió en el Jagual a los comisionados Manrique y Parejo, enviados por Bolívar para que lo reconociera como jefe supremo, lo que hizo gustoso, jurándole obediencia con sus mil soldados en manos del sacerdote Ramón J. Méndez, que fué más tarde arzobispo de Caracas. Páez y Bolívar se conocieron personalmente en Payara, a principios de 1818.

Morillo cambia de política. Batalla de La Puerta. — Viendo Morillo que la insurrección tomaba gran incremento, pues Páez disponía de los llaneros, Zaraza extendía sus correrías por el mismo valle de Caracas y Bolívar dominaba la región oriental, creyó necesario variar de política, a la vez que dar poderoso impulso a los operaciones militares. Para el primer objeto destituyó de la capitanía general de Caracas al brigadier Moxó, acusado de acciones reprobables, y le puso en prisión nombrando en su lugar al brigadier don Juan B. Pardo. A los pocos días (21 de septiembre de 1817) publicó un decreto de indulto, que tuvo escasísima eficacia. Por fin, mientras destacaba al brigadier La Torre contra Zaraza y Páez, se dirigió con tres mil hombres a la isla Margarita, pero después de algunas semanas de lucha tuvo que volver al continente, sin haber conseguido su propósito. A principios de 1818 Bolívar, que se había unido a Páez, proyectó un golpe de mano sobre Caracas y sorprendió a Morillo en *Calabozo,* haciéndole encerrarse en este pueblo (12 de febrero). Páez, creyendo temeraria la operación, se retiró hacia el sur; pero Bolívar, insistiendo en su propósito, fué batido en el *Sombrero,* y poco después, completamente derrotado en la *Puerta* (15 de marzo). Bolívar, que había hecho estériles prodigios de valor, fué acosado por los realistas y sólo debió su salvación al auxilio de Páez, que a marchas forzadas acudió a socorrerle. El general Morillo, que ya era conde de Cartagena, fué nombrado por el rey marqués de la Puerta, en recompensa de su triunfo de 15 de marzo.

Bolívar reorganiza el ejército patriota. — La derrota de La Puerta sirvió de gran enseñanza a Bolívar, porque nada alecciona tanto como la desgracia. Se dió clara cuenta de que ni el valor de sus gentes ni el suyo propio bastaban para hacer frente con ventaja a soldados profesionales, y quiso formar un

ejército digno de este nombre. Al efecto, comisionó a sus agentes en Londres para que engancharan en espléndidas condiciones a oficiales europeos, capaces de dar verdadera organización militar a las que hasta entonces habían sido fuerzas irregulares. El enganche dió buen resultado, porque durante los años 1818 y 1819 llegaron a Venezuela sobre 6.000 soldados licienciados del ejército inglés y más de 200 oficiales. No pocos de estos últimos prestaron muy buenos servicios como instructores; pero los soldados fueron, en general, de poca utilidad; porque no estaban acostumbrados a la terrible guerra americana, en que se hacía indispensable recorrer distancias enormes sin hallar apenas víveres, teniendo que atravesar ríos caudalosos y sufrir los abrasadores rayos del sol tropical. Muchos soldados murieron de fiebre antes de aclimatarse, y otros, desalentados, volvieron a Europa; de modo que Bolívar apenas pudo aprovechar los servicios de una cuarta parte y con éstos formó el batallón de *Albión* y el de *Rifleros,* que se portaron muy bien. Otros soldados y oficiales fueron utilísimos en la naciente escuadra venezolana, donde puede decirse que se encontraban en su elemento.

Congreso de Angostura. — Declarada capital provisional de la nación la plaza de Angostura, convocó Bolívar, en 22 de octubre de 1818, un Congreso elegido por los pueblos de Venezuela y Nueva Granada, en que no dominaban de hecho las autoridades españolas. Antes de que el Congreso inaugurara sus sesiones dió Bolívar un manifiesto dirigido a Europa (20 de noviembre) en que se rechazaba toda idea de que América pudiese volver a someterse a España, afirmando que Venezuela no trataría con su antigua metrópoli sino de igual a igual, como nación soberana e independiente. El 15 de febrero de 1819 se abrió la legislatura, pronunciando Bolívar un elocuente y patriótico discurso en que dió cuenta de sus actos, terminando por resignar en la Asamblea todos los poderes que había ejercido hasta entonces. El Congreso aprobó la conducta de Bolívar y le confió de nuevo los títulos de general en jefe y presidente de la República.

Campaña infructuosa de los realistas. — Mientras tanto, Morillo, a la cabeza de seis mil hombres, había marchado sobre las llanuras del Apure con la idea de aniquilar

las fuerzas del intrépido Páez. Éste, desplegando sus excepcionales dotes de guerrillero, supo evitar todo encuentro desventajoso y fatigar al enemigo, hasta que aprovechando circunstancias favorables, le batió en detalle en numerosos encuentros, forzándole a emprender la retirada que al fin se hizo desastrosa; pues cuando Morillo repasó el río Arauca, llevaba ya perdidos más de mil hombres, sin que su campaña hubiera servido para otra cosa que para desalentar a sus soldados y acrecer la confianza de los independientes. En marzo de 1819 se habían unido ya las fuerzas de Bolívar y Páez, y éste, con solo 150 jinetes venezolanos, consiguió arrollar, en las *Queseras del Medio*, a mil jinetes realistas, que se desbandaron con pérdida de 400 hombres, por creer que venía sobre ellos toda la caballería patriota (2 de abril).

Bolívar invade a Nueva Granada. Completo éxito de su plan. — Temiendo Morillo que Bolívar se dirigiese sobre Caracas, situó sus fuerzas en la posición más conveniente para cerrarle el paso; pero muy otro era el plan del libertador. Proyectaba en aquellos momentos uno de sus maravillosos golpes de audacia, que podían cubrirle de gloria si eran coronados por el éxito o llevarle a un desastre total si no le ayudaba la fortuna. En vez de ir hacia Caracas resolvió invadir el territorio neogranadino, reservando hasta el último momento, aun a los principales jefes, el punto de la cordillera andina que pensaba escalar. El 4 de junio pasó el río Apure y atravesando territorios que las lluvias habían convertido en pantanos, cruzando a nado anchurosos ríos, trasladando las municiones y víveres a través de ciénagas y torrentes, logró reunirse en las llanuras de Casanare con el cuerpo de patriotas neogranadinos, que mandaba el general Santander. Después de haber derrotado en Payá a un destacamento español (27 de junio), escaló la cordillera de los Andes por Morcote, llegando, después de vencer dificultades de todo género, a la región de los páramos de Pisba, en que reinaba un frío glacial. Faltos de combustible, los soldados tenían que amontonarse unos sobre otros para no morir helados, y aun así el frío, tanto más sensible cuanto acababan de abandonar llanuras abrasadas, causó muchas víctimas. Doblado al fin el punto más alto de la sierra, comenzó el descenso hacia el valle de Tunja, por desfiladeros

más practicables; pero los caballos habían ido muriendo, casi todas las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, por falta de medios de transporte; la tropa estaba fatigadísima y todo parecía augurar el completo fracaso de la expedición, reducida a una horda de hambrientos, descalzos y enfermos, cuando llegó a la aldea de *Socha,* en la falda occidental de los Andes (6 de julio). Bolívar dejó descansar tres días a sus soldados y luego siguió la marcha, evitando el encuentro con las tropas del joven general español Barreiro, que le perseguía con tres mil hombres. Al fin, el 25 de julio, cayó de improviso con unos dos mil hombres sobre el jefe realista y le derrotó en el *Pantano de Vargas,* quitándole muchas armas y municiones. En esta batalla se distinguió mucho el cuerpo inglés *Albión,* cuyo jefe, el coronel Rooke, perdió un brazo y murió despues a consecuencia de su herida.

Completó Bolívar su éxito simulando en seguida una retirada, llegó a Tunja el 5 de agosto, y después de proveerse de cuanto necesitaba se interpuso rápidamente entre la ciudad de Bogotá y la división de Barreiro, ocupando el puente de Boyacá para cortar la retirada de este jefe e incomunicarle con el virrey Sámano. Atacó Barreiro impetuosamente las posiciónes de los patriotas en Boyacá, pero después de cuatro horas de combate quedó su ejército desbaratado y él mismo cayó prisionero con 1.500 de los suyos (7 de agosto de 1819). El desgraciado Barreiro, a quien no podía achacársele crueldad ninguna, murió fusilado por orden de Bolívar, con 38 oficiales más.

El virrey Sámano, que carecía de tropas, huyó de Bogotá refugiándose en Honda con los funcionarios españoles y muchas de las personas señaladas como realistas. El 10 de agosto entró Bolívar en la capital de Nueva Granada, siendo recibido con entusiasmo delirante. Allí encontró los archivos, un millón de pesos y grandes depósitos de provisiones. En una campaña de setenta y cinco días, de las más meritorias que recuerdan los anales de la guerra, si bien manchada con ejecuciones innecesarias, había dado libertad a Nueva Granada e inclinado resueltamente la balanza de la lucha en favor de los patriotas. Su reputación y prestigio se afirmaron desde ese punto de un modo incontrastable, y ya no hubo empresa de que los suyos no le juzgasen capaz.

Confederación de Colombia. — Pudo entonces Bolívar llevar a la práctica su gran idea de reunir Venezuela y Nueva Granada en una vasta confederación que abarcase también la presidencia de Quito, formando un Estado de más de cien mil leguas cuadradas, con los territorios más fertiles del mundo y excelentes puertos sobre el Pacífico y el mar de las Antillas. Encargóse el general neogranadino Santander de vencer las resistencias que a este plan pudieran oponer sus compatriotas, y entonces Bolívar salió para Venezuela (20 de septiembre) recibiendo entusiastas ovaciones en todos los poblados en que se detenía. Llegó el 11 de diciembre a Angostura, residencia del Congreso, deshaciendo con su sola presencia las intrigas que Arizmendi, Mariño y otros jefes habían tramado mientras él realizaba su gloriosa expedición a Nueva Granada. Todos rivalizaron en mostrarle adhesión, y el Congreso declaró constituída la república de Colombia (17 de diciembre de 1819), nombrando a Bolívar presidente de Venezuela y Nueva Granada unidas, debiendo ser regido en sus asuntos interiores cada uno de esos pueblos por un vicepresidente. La capital futura de la Confederación debía llevar el nombre de Bolívar, que aun conserva la ciudad de Angostura, en que el Congreso adoptó estas resoluciones. Inmediatamente, el libertador volvió a Nueva Granada para combinar las nuevas operaciones militares.

Estado de las cosas a fines de 1819. Cambio que trajo la revolución española de 1820. — Con ser grandes las ventajas obtenidas por los independientes, que a fines de 1819 disponían de un ejército de 20 mil hombres bien armados y disciplinados, con un plantel de oficiales superiores tan distinguidos como Bolívar, Páez, Urdaneta, Mac Gregor, Santander, Mariño, los hermanos Monagas, Barreto, Sucre, Cedeño, Arizmendi, Plaza, Bermúdez, Bravo, Montilla, Mirès, Soublette, Córdova, Hippisley, Hackett, Brown y otros muchos, curtidos en las fatigas de aquella guerra implacable, aun distaba de hallarse despejada la situación. Los españoles, en efecto, seguían dominando la presidencia de Quito, poseían el litoral de Colombia y tenían en Venezuela más de 8 mil soldados mandados por Morillo y por jefes valerosos, que conocían bien el arte de la guerra. Eran ya los menos, y pronto la invasión del Perú por el general argentino San Martín les

daría un golpe funesto; pero aun seguían defendiéndose con tesón en todas partes, a la espera de refuerzos de España, que no llegaron merced a la revolución liberal de 1820, pues el ejército preparado en Cádiz se sublevó a las órdenes de Riego, Quiroga, Arco Agüero y otros jefes, proclamando la Constitución de 1812.

El general Morillo fué confirmado en sus atribuciones por el nuevo gobierno español, que al mismo tiempo le ordenó hiciera jurar la Constitución en Nueva Granada y Venezuela. Era Morillo muy partidario del régimen absolutista, de modo que fué profunda su contrariedad, y como al mismo tiempo comprendía que los insurrectos, más animados cada vez, no dejarían las armas, cayó en gran desaliento. Lo disimuló, sin embargo, y el 7 de junio de 1820 proclamó y juró solemnemente en Caracas la Constitución española. El virrey Sámano, que se hallaba en Cartagena, se negó al juramento, y al fin, habiéndose alzado contra él la guarnición, se fugó en compañía de varios jefes y oficiales que participaban de sus ideas hostiles a la libertad.

Entrevista de Morillo con Bolívar. Armisticio. — Comunicó Morillo a Bolívar las instrucciones que había recibido del gobierno para la paz y que eran la incorporación de los generales, jefes y oficiales americanos al ejército español con los mismos empleos que tenían en el suyo, y el reconocimiento de todas las libertades a las provincias de América, siempre que reconociesen como soberano a Fernando VII. Bolívar contestó que no era posible tratar sobre otra base que el reconocimiento previo de la independencia de la república de Colombia. Propuso entonces Morillo una suspensión de hostilidades, y Bolívar, que acababa de ocupar varias provincias casi sin lucha, se mostró favorable a esta propuesta y envió plenipotenciarios, que se reunieron con los españoles en la ciudad de Trujillo, donde firmaron el 25 de noviembre un armisticio por seis meses. Para el caso de que se reanudase la guerra, se acordó hacerla en lo sucesivo con sujeción al derecho de gentes, canjeando los prisioneros en vez de fusilarlos.

En seguida (27 de noviembre), Morillo y Bolívar se avistaron en el pueblo de Santa Ana, rodeados por oficiales y edecanes de ambos ejércitos. Ambos generales se abrazaron cordialmente, cambiaron impresiones acerca de la situación de Amé-

rica y se despidieron al siguiente día como antiguos amigos, después de haberse combatido durante cinco años con encarnizamiento. El 17 de diciembre se embarcó Morillo para España, después de entregar el mando al mariscal de campo don Miguel de la Torre.

Ruptura del armisticio. Batalla de Carabobo. — Según lo convenido en Trujillo, el armisticio debía durar hasta mediados de 1821, pero esta clase de treguas a largo plazo, rara vez o nunca son fielmente cumplidas. Los independientes se dieron prisa en fomentar la insurrección de las provincias sometidas aún a los españoles; Urdaneta, que tenía grandes relaciones en Maracaibo, de donde era natural, preparó hábilmente desde fuera la insurrección de esta plaza, que el 28 de enero se sublevó contra los españoles; siendo inmediatamente ocupada por los tropas de Urdaneta. El general La Torre denunció esta violación del armisticio y pidió a Bolívar ordenase la evacuación de la plaza, a lo que, como era de esperarse, no accedió el caudillo colombiano. Éste, fundándose en las necesidades de su ejército, que sufría peste y hambre en la provincia de Barinas, donde acampaba, declaró rota la tregua desde el 10 de marzo, sin esperar la vuelta de los emisarios que habían ido a España a gestionar el reconocimiento de la independencia. Tomó en seguida disposiciones para unirse a Páez, como lo hizo en el pueblo de San Carlos. Mientras tanto, el general patriota Bermúdez, en una rápida marcha desde Barcelona, ocupó el 14 de mayo a Caracas, que hubo de abandonar a los pocos días. El general español La Torre concentró el grueso de sus fuerzas, que se acercaban a seis mil hombres, en la llanura de *Carabobo,* al norte de San Carlos. Marchó a su encuentro Bolívar, que no halló resistencia al atravesar el desfiladero de Buenavista, donde un puñado de ocupantes habrían podido causarle graves pérdidas. El abandono de esa importante posición se atribuyó a la malquerencia de Morales hacia su jefe La Torre, cuyo puesto ambicionaba. Al fin, los dos ejércitos se hallaron frente a frente en la llanura de *Carabobo* el 24 de junio. En el primer choque, el batallón de *Apure* fué rechazado y se desbandó, a pesar de los desesperados esfuerzos de Páez, que alanceó a varios de los fugitivos. Entonces, el re, gimiento auxiliar inglés, mandado por el coronel John Farrier-

se formó en batalla, soportando con impavidez el fuego de los españoles, lo que dió lugar a que se reorganizaran los dispersos. Cargó entonces Páez sobre Morales, que tenía fuerzas muy superiores, pero que apenas opuso resistencia y arrastró en su fuga toda la caballería realista. Aun combatieron vigorosamente los batallones realistas de Barbastro y Valencey, pero al fin La Torre, que se veía envuelto, hubo de retirarse en completa derrota a Puerto Cabello, dejando en el campo de batalla más de mil muertos y heridos, y en poder de los patriotas mayor número de prisioneros. El ejército colombiano perdió 500 hombres, entre ellos los valerosos jefes Plaza y Cedeño, y muchos ingleses del regimiento auxiliar, que se llamó en lo sucesivo, de *Carabobo*, por su brillante comportamiento en esta jornada.

Nuevos triunfos de los patriotas. — Bolívar hizo su entrada triunfal en Caracas el 29 de junio, y a los pocos días se rindió la guarnición española de la Guayra, quedando así abiertas las comunicaciones por mar. A estos éxitos de los independientes sucedieron muy en breve otros no menos importantes; pues el general Montilla, que había sucedido a Birón en el mando de la escuadra, tomó por capitulación la plaza fuerte de Cartagena (23 de setiembre), y el intrépido Bermúdez se apoderó de Cumaná. Por fin, el 28 de noviembre, la ciudad de Panamá declaró desligado el istmo de la soberanía española y se reunió a la república Colombiana. A fines de 1821, los realistas estaban reducidos a Coro y Puerto Cabello.

La situación de España, quebrantada por tantos esfuerzos y por la guerra civil entre absolutistas y liberales, con más la amenaza, que en breve se cumplió, de la intervención francesa para derrocar el régimen constitucional, no permitía abrigar la más leve esperanza de que se enviasen nuevos ejércitos a América. Lo comprendió así La Torre y se mantuvo a la defensiva durante algunos meses en espera de su relevo hasta que, habiéndolo conseguido, entregó el mando al brigadier Morales el 4 de agosto de 1822.

Últimas victorias de los realistas. Independencia efectiva de Colombia. — El feroz guerrillero de los llanos veía, por fin, colmadas sus aspiraciones; pero en circunstancias desesperadas, pues los insurrectos dominaban casi todo el país

y él no podía oponerles sino escasísimas fuerzas. Demostró, sin embargo, valor, actividad y dotes militares verdaderamente extraordinarias, que llenaron de admiración a sus mismos enemigos. Bolívar había salido para Bogotá y Guayaquil, delegando la dirección de la campaña en el general Soublette, a quien se negaron a obedecer Páez y otros caudillos. Aprovechando Morales ese desconcierto, se atrevió a tomar la ofensiva sin más fuerza que 1.200 soldados. Embarcóse para la península de Goayra (24 de agosto), sorprendió a los patriotas con repetidos golpes de audacia y se apoderó de Maracaibo. Tomó después el castillo de San Carlos, derrotó en *Garabulla* (12 de noviembre) a un cuerpo de ejército que enviaba Montilla para reconquistar a Maracaibo, y en enero de 1823 tomó la importante plaza de Santa Marta, con lo que se hizo dueño de casi toda la costa. Esta serie de triunfos desconcertó a los patriotas, haciéndoles perder una parte de las ventajas adquiridas; pero en realidad no eran más que las últimas llamaradas de un incendio próximo a extinguirse. Morales habría podido sostenerse aún e intentar nuevas empresas con tal de obtener refuerzos, pero en vano los pidió a España y a las Antillas. No pudiendo guarnecer las plazas de la costa las fué perdiendo sucesivamente y él mismo se vió sitiado en Maracaibo por el almirante Padilla, que derrotó a las naves españolas, mandadas por Laborde. Al fin Morales capituló el 3 de agosto de 1823 y se embarcó para Cuba.

El último baluarte de la dominación española en Venezuela fué la plaza de Puerto Cabello, defendida por el brigadier Calzada, que se sostuvo aún algunos meses. Por fin, en la noche del 7 al 8 de noviembre, tomó Páez la ciudad por asalto, no sin sufrir muchas pérdidas. Toda Colombia quedó en poder de los independientes.

Presidencia de Quito. — Esta región, agregada al virreinato de Nueva Granada, estaba enteramente sometida a los realistas desde fines de 1812, después de las tentativas insurreccionales que anteriormente hemos reseñado. En 1820, fué invadida por un ejército colombiano mandado por los generales Mirés y Valdés, que recibieron de Bolívar la orden de llegar hasta Quito, pasando por el valle del Cauca. Mirés derrotó el 28 de abril a una columna española en la *Plata* y el 8 de junio

alcanzaron los patriotas en *Piteyo* otra victoria, obligando a los españoles a evacuar a Popayán y retirarse a Pasto. Poco después Bolívar tuvo noticia oficial de la expedición que se preparaba en Chile para dar libertad al Perú e hizo circular esta nueva, que dió por resultado el alzamiento de la guarnición y pueblo de Guayaquil contra España (9 de octubre). Constituyóse una junta revolucionaria a cuyo frente se puso el poeta don José Joaquín de Olmedo, siendo una de sus primeras providencias organizar una expedición sobre Quito, para secundar los esfuerzos del ejército colombiano, que avanzaba por la provincia de Popayán. Los resultados no correspondieron, por lo pronto, al anhelo de los patriotas. Seguía ejerciendo el mando militar en Quito el general español Aymerich, jefe activo e ilustrado, que, marchando rápidamente contra la columna formada en Guayaquil, fuerte de 1.700 hombres y mandada por don Luis Urdaneta, la derrotó por completo en la llanura de *Guachi* (22 de noviembre). A este desastre siguió el de la columna colombiana de Valdés, que fué casi aniquilada por el coronel don Basilio García cerca del torrente de *Juanambú* (2 de febrero de 1821). Como sucede generalmente, estos desgraciados sucesos dividieron las voluntades; unos patriotas pedían la anexión de la presidencia de Quito al Perú, otros a Colombia y otros deseaban la completa independencia local. La junta pidió auxilio a San Martín y a Bolívar, siendo éste quien mostró más diligencia, pues envió a Guayaquil con refuerzos al joven general Antonio José Sucre, que se había distinguido mucho en las campañas de Colombia. Sucre llegó en mayo a Guayaquil, donde fué acogido con despego por los habitantes, que temían la preponderancia colombiana. El 17 de julio sofocó una intentona realista y poco después batió en *Jaguachi* a una división española que se había organizado en Cuenca y trataba de reunirse con Aymerich. Atacó después a éste, con fuerzas inferiores, en *Guachi,* pero fué completamente derrotado (12 de septiembre) aunque tuvo la habilidad de obtener del jefe español, por intermedio del coronel Tolrá, una tregua de tres meses, que utilizó para formar un nuevo ejército. Desde entonces comienza para Sucre una carrera de espléndidos triunfos, que pusieron su nombre al par de los más gloriosos de su tiempo.

Victoria de Pichincha. Toma de Quito. — Acababa de llegar de España el general don Juan de la Cruz Mourgeon, que dispuso activamente los preparativos de una nueva campaña. Sucre, para no ver cortadas sus comunicaciones, salió de Guayaquil, marchó a la provincia de Loja, donde se le unieron fuerzas auxiliares del Perú, mandadas por el coronel don Andrés Santa Cruz, y se apoderó de Cuenca, Alausí y Riobamba. Supo allí que el general Cruz Mourgeon acababa de morir y que había vuelto a tomar el mando de las fuerzas españolas Aymerich y decidió atacarlo en Quito. Situó Aymerich sus fuerzas en las gargantas de la sierra por donde, según todas las probabilidades, intentarían los patriotas el paso; pero Sucre, a fin de evitar una lucha desventajosa, escaló con sus soldados las ásperas laderas, nevadas cimas y terribles cráteres del volcán Cotopaxi, para descender a los valles de Quito por un camino llamado, con razón, de águilas. Los jefes españoles quedaron admirados ante semejante marcha, tan audaz como estratégica, digna sólo de un gran guerrero. Para cortar las comunicaciones de Aymerich con los realistas de Pasto, escaló Sucre durante la noche las escabrosas faldas del Pichincha y al amanecer del 24 de mayo desplegó su ejército en las alturas que dominan la ciudad de Quito. Allí fué atacado por Aymerich, trabándose la batalla en elevaciones vertiginosas. Después de algunas horas de reñida lucha, en que ambos ejércitos hicieron prodigios de valor, los españoles fueron completamente derrotados, habiendo contribuído mucho a la victoria de los independientes los granaderos a caballo argentinos y chilenos de la división auxiliar de Santa Cruz, enviada desde el Perú por el general San Martín.

Al siguiente día capituló Aymerich con todos los honores de la guerra y el ejército de Sucre entró en Quito, enarbolando en esa ciudad el pabellón colombiano. En esta fecha (25 de mayo de 1822) se cumplían 289 años desde el día en que el estandarte de Castilla, empuñado por Benalcázar, ondeó por vez primera en la antigua corte de Atahualpa.

Mientras tanto Bolívar, que había salido de Bogotá a fines de 1821, se hallaba en la provincia de Pasto, por donde había tratado de abrirse paso hasta Quito al saber la derrota de Sucre en Guachí. Después de una serie de combates con las guerrillas realistas, derrotó el 7 de abril en *Bomboná* al coronel don Basi-

lio García y en varios encuentros al indio Agualongo, que sostenía con valor la causa realista y oponía a los patriotas gran resistencia. Pero al saberse que Sucre había triunfado en Pichincha y entrado vencedor en Quito, la resistencia cedió; el coronel García capituló en Pasto a mediados de junio y Bolívar entró en Quito, desde donde pasó al puerto de Guayaquil.

Conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar. — Aquí se celebró el 26 de julio de 1822 la famosa entrevista entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú. Ambos ceñían a sus frentes los laureles de emancipadores de pueblos; si Bolívar había sellado la independencia de Venezuela, Nueva Granada y Quito, San Martín, después de contribuir en primera línea a la liberación de las Provincias Unidas del Sud, había logrado abatir el poderío español en Chile y llevado sus armas victoriosas al Perú, hiriendo de muerte a la metrópoli en el centro de sus recursos. Aquellos dos grandes americanos eran dignos uno de otro; Bolívar, impetuoso, ardiente y dotado de mayor fascinación personal; San Martín, taciturno y retraído, pero de dotes militares superiores a las del fundador de Colombia y más capaz de abnegación y desinterés.

La conferencia tenía dos objetos principales. Era el primero decidir la futura suerte de la presidencia de Quito, que reivindicaba el Perú por consideraciones históricas, y Colombia por las últimas tradiciones del virreinato español y por haberla emancipado con las armas, si bien había contribuído a ello la división de chilenos, argentinos y peruanos. El segundo objeto de la conferencia era determinar la intervención que en las luchas sucesivas debía corresponder al Perú, representado en aquellos momentos por el general San Martín, y a Colombia, personificada con más fuerza en Bolívar, natural del país que había libertado. Sólo por conjeturas se puede inducir lo que se trató en aquella entrevista, de tan decisiva influencia en los destinos de la América del Sud. Los historiadores chilenos y argentinos afirman que San Martín pidió la anexión de Quito al Perú, a lo que se negó perentoriamente Bolívar, manifestando que no vacilaría, en caso preciso, en reivindicar por las armas aquella provincia, y que San Martín retrocedió ante esa eventualidad, no por sentirse más débil, sino porque le pareció absurda y suicida una guerra entre americanos al frente del

enemigo común. En lo relativo a la actuación futura de cada uno de los dos libertadores, dicen que San Martín se sintió profundamente herido al ver que Bolívar le trataba como a un subalterno, lo que realmente hubiera sido un colmo de inconveniencia; y que al proponerle una acción común para vencer las últimas resistencias de los españoles, aun poderosos en el Perú, le manifestó Bolívar que él se creia llamado exclusivamente a esa empresa; pues la concurrencia de ambos se convertiría muy pronto en competencia, y que por otra parte, San Martín como igual le estorbaría y como subordinado tendría demasiada significación y él no podría mandarle con libertad. Viéndose entonces el emancipador de Chile y del Perú precisado a optar entre la guerra civil y el sacrificio personal, no vaciló un momento e inmoló todas sus aspiraciones en aras de la causa americana. Los historiadores partidarios de Bolívar no se oponen a esta versión; pero añaden que en la conferencia se trató de la forma de gobierno y que San Martín se mostró partidario de dividir la América del Sud en varias monarquías, solución que Bolívar rechazó indignado, diciendo que sería la deshonra de la revolución y que él la combatiría con todas sus fuerzas. Dicen también que poco antes de celebrarse la conferencia había recibido Bolívar comunicaciones de muchos personajes peruanos, que le pedían encarecidamente interviniese en el país para librarle no sólo de los españoles, sino también del protector, a quien, por grandes que fueran los servicios que les había prestado, no podían perdonar su calidad de extranjero. Basta conocer el corazón humano y lo general que es la ingratitud, así en los individuos como en los pueblos, para comprender que puede haber mucho de cierto en estas versiones. Por otra parte, aunque San Martín demostró personalmente un desinterés ejemplar, de que no era capaz Bolívar, es indudable que tenía inclinaciones monárquicas y desde este punto de vista sus propósitos no podían granjearle las simpatías de los pueblos americanos.

Lo cierto es que San Martín volvió a Lima completamente descorazonado y, como más adelante veremos, tardó muy poco en eliminarse de la escena política, después de haber prestado a la causa americana servicios inapreciables.

Integración de la República de Colombia. Prestigio avasallador de Bolívar. — Bolívar quedaba al frente de la

situación, libre por lo pronto de todo rival capaz de contrabalancear su influencia. El 31 de julio de 1822 promovió la reunión en Quito de una junta de 45 electores a los que dirigió un mensaje, pidiéndoles que se adhiriesen al sistema de Colombia, lo que fué aprobado sin discusión alguna.

El sistema que hizo aceptar Bolívar a los tres países que integraban Colombia era republicano unitario. Deseaba el Libertador que el presidente fuera vitalicio y tuviese la facultad de designar un vicepresidente, que presidiría los ministerios y le sucedería, por muerte o renuncia, en el puesto supremo. Quería también un Senado vitalicio y hereditario; y un Areópago encargado de velar por la pureza de las costumbres y la educación moral del pueblo. El sentimiento de libertad que animaba a los venezolanos y neogranadinos hizo que algunos de estos principios fueran rechazados; así, por ejemplo, no se aceptó la presidencia vitalicia, reduciéndola a cuatro años; se limitó a ocho años la duración del cargo de senador y no se aceptó el Areópago, por considerarlo como una especie de inquisición moral. No estaba conforme Bolívar con estas restricciones, ni con otras que los legisladores colombianos le opusieron, mermando las atribuciones del poder ejecutivo; pero aceptó de nuevo la presidencia de la República, pensando que al fin irían siendo aceptadas sus ideas en toda su integridad. Por lo demás, en esta época y aun durante algunos años después, su prestigio era inmenso, no sólo en Colombia, sino en toda América y en Europa, donde su nombre era popular, mientras los de otros caudillos, no menos meritorios, de la independencia, eran poco menos que desconocidos. Se le comparaba a Wáshington y era general la creencia de que, bajo su dirección, la república de Colombia tardaría poco en alcanzar una prosperidad y una importancia comparables a las conseguidas por los Estados Unidos de Norte América.

IX.

LA REVOLUCIÓN DEL VIRREINATO DEL PLATA.

LA INDEPENDENCIA.

Gobierno de Liniers. Discordias entre criollos y españoles. — Relevo de Liniers. Alzamiento en el Alto Perú. — Gobierno de Hidalgo de Cisneros. La libertad mercantil. — Cabildo abierto en Buenos Aires. La primera junta. — Expedición al interior. Ejecución de Liniers y de sus compañeros. — Expedición de Belgrano al Paraguay. — Sucesos en la Banda Oriental. Acción de Las Piedras. — Junta revolucionaria en el Paraguay. — Discordias en la junta de Buenos Aires. Renuncia de Moreno. Su muerte. — Desastre en Huaquí. Consecuencias. — Sucesos de Buenos Aires. Motín del 6 de abril. Reacción contra Saavedra : el Triunvirato. — Gestión del Triunvirato : negociaciones con el Paraguay y la Banda Oriental. — Llegada de San Martín y de Alvear. — Conspiración de Álzaga. — Batalla de Tucumán. — Caída del primer Triunvirato. Segundo Triunvirato. El Congreso Constituyente. — Batalla de Salta. Invasión del Alto Perú y reveses que la siguieron. — San Martín en el ejército del Norte. — El poder unipersonal. — Toma de Montevideo. — Situación en que se hallaban España y sus colonias. — San Martín obtiene la gobernación de Cuyo. — Alvear, Director supremo. Causas de su impopularidad. — Sublevación contra Alvear. Su caída. — Derrota de Rondeau en Sipe-Sipe. — La situación en 1816. Reunión de nuevo Congreso. Pueyrredón es nombrado Director. — Pueyrredón apoya los planes de San Martín. — El Congreso proclama la independencia argentina.

Gobierno de Liniers. Discordias entre criollos y españoles. — Debemos volver ahora la vista a los países del Sud, en que la revolución había tomado, desde los primeros momentos, proporciones extraordinarias.

En 1808 gobernaba el virreinato de Buenos Aires don Santiago Liniers y Bremond, francés de nacimiento, pero al servicio de la armada española desde muchos años antes, habiendo mostrado siempre valor, inteligencia y lealtad. Su admirable comportamiento contra los invasores ingleses, en 1806 y 1807, le había valido el empleo de mariscal de campo, el título de conde de Buenos Aires y la elevación al cargo de virrey, que desempeñó con acierto en aquellas circunstancias excepcionales. Invadida España por los franceses, desde 1808, Liniers hizo jurar a Fernando VII en Buenos Aires, acallando en aras

del deber el amor a su patria de origen y resistiendo todos los requerimientos y seducciones de sus antiguos compatriotas. Pero muchos de los españoles residentes en el virreinato y no pocos hijos del país, afectos a las ideas realistas, miraron a Liniers como sospechoso y no perdonaron medio para crearle dificultades. Era cabeza de los descontentos don Martín de Álzaga que, como alcalde de Buenos Aires, se había distinguido mucho en la defensa de esta ciudad contra los ingleses. Púsose en comunicación con el brigadier don Francisco Javier de Elío, gobernador de Montevideo, quien formó en esta ciudad una junta patriótica como las de España. Los realistas de Buenos Aires quisieron hacer lo propio, y el 1° de enero de 1809 acudieron en manifestación tumultuosa ante el palacio del virrey, gritando : *¡ Abajo el francés Liniers ! ¡ Queremos junta como las de España !* Mostróse Liniers dispuesto a ceder, sin duda porque comprendía lo delicado de su situación, y ya tenía extendida la renuncia cuando las milicias criollas, que habían acudido armadas a la plaza, se mostraron resueltas a sostenerle, aun a costa de una lucha sangrienta, y uno de sus jefes, don Feliciano Chiclana, hizo pedazos el oficio en que constaba la renuncia y rogó a Liniers que se asomase al balcón para convencerse de que la mayoría del pueblo deseaba que siguiera en el mando. En efecto, los gritos *¡ Viva Liniers !* dominaban con mucho a los proferidos por el partido contrario, que ya tenía preparada su junta patriótica, dirigida por don Martín de Álzaga y en que figuraba como secretario don Mariano Moreno, el mismo que lo fué de la creada año y medio más tarde con muy distinta significación. Quedó, pues, la tentativa sin efecto ; Álzaga y varios de sus parciales fueron desterrados a Patagones, desde donde pasaron a Montevideo, y desde allí representaron al gobierno español los gravísimos peligros que ofrecía la permanencia de Liniers al frente del virreinato.

Si el elemento criollo, en su gran mayoría, estaba entonces de parte de Liniers, esta actitud no se fundaba tanto en adhesión personal hacia el virrey como en el propósito de vejar al elemento español ; porque ya entonces se marcaba mucho la animosidad entre los hijos del país y los de la metrópoli. Bueno es advertir, sin embargo, como lo hemos hecho al tratar de otros pueblos, que entre los realistas figuraban muchos criollos, y a la inversa, entre los independientes había no pocos espa-

ñoles. De todos modos, en conjunto, los nacidos en España eran partidarios del mantenimiento del régimen colonial, mientras los americanos, o por convicción o por sentimiento, propendían a la independencia y aprovechaban todas las circunstancias favorables al logro de sus aspiraciones.

Relevo de Liniers. Alzamientos en el Alto Perú. — Predispuesta la junta de España contra Liniers por los informes apasionados de Álzaga y Elío, nombró virrey de Buenos Aires al general de marina don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que tomó posesión el 30 de junio de 1809. Algunos jefes de milicias criollas, creyendo lograr de este modo la independencia, habían excitado a Liniers para que no entregara el mando al sucesor, y los informes que recibió en Montevideo el nuevo virrey le hicieron temer que hallaría dificultades para recibirse del cargo, de modo que envió previamente a su segundo, el general Nieto, el cual no encontró la menor oposición. Liniers tuvo luego en la Colonia una conferencia con Hidalgo de Cisneros, le impuso de la situación y le manifestó su propósito de seguir residiendo en el país, para consagrarse al cuidado de sus intereses; bien ajeno de pensar que semejante resolución le había de hacer perder la vida un año después, a manos de los mismos que tanto entusiasmo y adhesión le mostraban ahora.

Poco antes había llegado al Río de la Plata, con instrucciones de la junta de Sevilla, el brigadier Goyeneche, natural de Arequipa, en el Perú, y ardiente realista. Después de permanecer algún tiempo en Montevideo y Buenos Aires, pasó al Alto Perú, donde tomó el mando de una división. El 25 de mayo de 1809 estalló un motín en la ciudad de Charcas, siendo aprisionado el gobernador García de León, y formándose una junta que administró en nombre de Fernando VII, aunque en realidad trabajaba por la independencia. El movimiento fué secundado en la Paz, y para sofocarlo se enviaron fuerzas de Buenos Aires, mandadas por el general Nieto, y otras del Perú, acaudilladas por el brigadier Goyeneche. A la aproximación de Nieto, la ciudad de Charcas se entregó sin resistencia, y poco después Goyeneche derrotó en *La Paz* a los sublevados, mandados por don Domingo Murillo (25 de octubre de 1809). La represión en ambas poblaciones fué sangrienta, llevándose a

cabo muchas condenas de muerte, lo que encendió resentimientos amargos, que habían de traducirse poco después en duras represalias.

Gobierno de Hidalgo de Cisneros. La libertad mercantil. — Hidalgo de Cisneros gobernó en Buenos Aires con moderación; quiso unir las voluntades de españoles y criollos, lo que era cada día más difícil, y mostró gran deferencia a las indicaciones de los hijos del país, aceptando, entre otras reformas que le fueron sugeridas, la muy trascendental de abrir libremente los puertos argentinos al comercio europeo. Esta medida, propuesta por la junta de Hacendados en un hábil informe, que redactó el doctor Mariano Moreno, dió resultados excelentes al tesoro del virreinato y produjo bienestar general. Pero la fácil satisfacción de estas aspiraciones económicas no acallaba el ardiente deseo de reformas políticas, y los acontecimientos de España, casi dominada por los franceses, reanimaban las esperanzas de los patriotas.

Cabildo abierto en Buenos Aires. La Primera Junta. — A mediados de mayo de 1810 se supo que la junta española de Sevilla se había tenido que trasladar a Cádiz y que esta misma plaza estaba sitiada por los franceses. Entonces, no sólo los criollos, sino bastantes españoles, pensaron que los poderes de las autoridades nombradas por la metrópoli habían caducado y que al pueblo de cada colonia tocaba decidir de su suerte. La consigna general, sincera en unos, adoptada como habilidad política por los más, fué nombrar una junta en Buenos Aires para que gobernara en representación de Fernando VII. Los jefes de las milicias criollas, dirigidos por el de más representación, que era don Cornelio Saavedra, presentáronse al virrey y le pidieron la convocatoria de un cabildo abierto. Resistió el virrey cuanto pudo, mas al fin cedió, y el 22 de mayo se celebró la reunión de autoridades y notables, nombrándose una junta gubernativa bajo la presidencia del ex virrey, que a la vez quedaba al frente de todas las fuerzas militares. Esta solución produjo en el pueblo mucho descontento; nombróse otra comisión que pidió y obtuvo la renuncia de Hidalgo de Cisneros, que no disponía de medios para mantener su autoridad, y al fin, reunido nuevamente el cabildo abierto en la mañana del 25 de mayo, nombró, cediendo a las

exigencias populares, otra junta presidida por don Cornelio Saavedra; con los señores Belgrano, Castelli, Alberti, Azcuénaga, Larrea y Mateu (estos dos últimos nacidos en España) como vocales; y los doctores Juan José Paso y Mariano Moreno como secretarios. Todos los individuos de esta junta, incluso los españoles, eran decididos partidarios de la independencia, aunque disimulaban sus propósitos invocando el nombre de Fernando VII. El ex virrey fué, a los pocos dias, deportado a las islas Canarias, en un barco inglés.

Expedición al interior. Ejecución de Liniers y de sus compañeros. — Desde los primeros momentos quiso la junta de Buenos Aires asegurarse la adhesión de las provincias y evitar la contrarrevolución. Don Juan de la Concha, coronel de marina e intendente de Córdoba, se había negado a reconocer al gobierno creado en Buenos Aires, y en unión del ex virrey Liniers estaba organizando fuerzas en aquella provincia para combatir la revolución. A mediados de julio salió de Buenos Aires una columna de 1.200 hombres, mandada por el coronel Ortiz de Ocampo y llevando como jefe de estado mayor al coronel don Antonio González Balcarce, para hacer reconocer en las provincias del norte la autoridad de la junta y sofocar toda resistencia. El secretario Mariano Moreno, que había logrado imponerse a la mayoría de la junta por sus opiniones avanzadas y la energía con que sabía mantenerlas, era partidario de la política de terror y dió instrucciones muy rigurosas a Ocampo para castigar a los alzados en armas en Córdoba. Al aproximarse las fuerzas patriotas, las milicias organizadas por Concha se desbandaron y este jefe abandonó la ciudad, pero fué alcanzado y preso, de igual modo que el general Liniers, el obispo y otros hombres notables. que acaudillaban el fracasado movimiento. No se sintió el coronel Ocampo con valor para cumplir las implacables órdenes que había recibido; comunicó sus escrúpulos a la junta y ésta, no obstante las reflexiones de Belgrano y Alberti, que creían preferible desterrar a las islas Canarias a Liniers y Concha, recordando los eminentes servicios de estos militares en la época de las invasiones inglesas, decretó su muerte y comisionó a Castelli para que ejecutara esta decisión, a la vez que relevaba del mando del ejército a Ocampo, sustituyéndole con don Antonio Balcarce. Trasladóse Castelli

apresuradamente a Córdoba y en el sitio llamado Cabeza del Tigre hizo fusilar al general Liniers, al coronel Concha, al comisario Allende y a otros dos prisioneros, declarando que esas ejecuciones servirían para deslindar los campos y hacer imposible toda avenencia. « Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas, decía la junta, a la salud de millones de inocentes. Sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento a sus cómplices. »

Estas máximas, derivadas del terrorismo francés, que estaba entonces muy en boga, son odiosas e inhumanas; con ellas se puede justificar toda clase de crímenes, y lo mismo sirven para amedrentar a los enemigos de un movimiento revolucionario que para legitimar las matanzas ordenadas por un déspota o las hogueras de la inquisición. Deben, pues, ser condenadas sin la menor reserva y sin atenuaciones; porque no hay principio alguno, por grande y sublime que pueda ser, que autorice al hombre para convertirse en fiera. Grandes servicios prestaron a la causa de la emancipación argentina y americana Mariano Moreno, Juan Castelli, Bernardo Monteagudo y otros partidarios del terrorismo, pero los atentados crueles a que les llevó su sangrienta concepción de la moral política son inexcusables y en nada honran su memoria, gloriosa desde otros aspectos.

Prosiguiendo su marcha hacia el norte, la división argentina, que dirigía Balcarce y de que era inspirador Castelli, al que no tardó en incorporarse el ferviente y sanguinario Monteagudo, penetró en el Alto Perú y el 27 de octubre sufrió un pequeño descalabro en *Cotagaita*. Pocos días después (7 de noviembre) los argentinos se repusieron con creces, derrotando en *Suipacha* al coronel Córdoba, el vencedor de diez días antes. Esta victoria les abrió las puertas de Potosí, donde fusilaron al general Nieto, al intendente Sanz y al coronel Córdoba, para vengar las ejecuciones hechas un año antes por los realistas, con lo que, establecidas las represalias, ambos contendientes quedaban a la misma altura en punto a crueldad.

Expedición de Belgrano al Paraguay. — Mientras esto sucedía por el norte, la junta de Buenos Aires comisionaba a su vocal don Manuel Belgrano para que, al frente de algunas fuerzas, invadiese la capitanía general del Paraguay. Gobernaba este país el coronel don Bernardo Velasco, que se negó

a reconocer la autoridad de la junta; pero ésta recibió informes confidenciales, excesivamente optimistas, según los cuales bastaría que se presentara en el Paraguay un puñado de hombres, para que se alzara en favor de ellos todo el país. Belgrano partió, pues, con muy reducidas fuerzas, y hubo de hacer una marcha muy penosa, soportando los rigores del estío, hasta que llegó el 4 de diciembre a la costa del Paraná, frente a la isla de Apipé, con unos mil hombres mal armados y de escasísima experiencia militar. Belgrano, una de las figuras más nobles de la revolución americana, patriota abnegado y sin más ambición que la libertad de su país, era abogado y había demostrado su valor en las jornadas de la reconquista contra los ingleses. Por amor a su patria y deseo de serla útil abrazó la carrera de las armas, opuesta a sus estudios y aficiones, y en edad relativamente tardía; pero, tal empeño puso en hacerse digno de mandar las fuerzas que se le confiaban, que llegó a ser un general de no escaso mérito. La asiduidad con que se dedicó a estos penosos ejercicios minó su salud y fué la principal causa de su prematura muerte. Siempre se mostró bondadoso y opuesto a todo inútil derramamiento de sangre.

Habiendo pasado al otro lado del Paraná el 19 de diciembre, siguió su marcha por el territorio paraguayo, hasta que el 15 de enero de 1811 pernoctó en el cerro de Mbaé o Rombado, a poca distancia de las fuerzas de Velasco. Tres días pasaron frente a frente los ejércitos sin hostilizarse, hasta que en la madrugada del 19 la vanguardia de Belgrano, mandada por el coronel Machain, cayó sobre las tropas paraguayas, dispersándolas y obligando a huir a Velasco, que se refugió en la Asunción. Sin embargo, otros jefes paraguayos, los coroneles Gracia y Cabañas y el comandante Gamarra, reorganizaron sus fuerzas y rechazaron el ataque de los argentinos, tomando prisionero al coronel Machain. Esta jornada, victoriosa al principio y al fin desfavorable, se dió en las orillas del río *Paraguarí* y obligó a Belgrano a desistir del ataque a la Asunción. Cambió, pues, de rumbo y el 9 de marzo fué atacado a orillas del *Tacuarí* por las fuerzas de Cabaña, Yegros y Gamarra que le vencieron después de siete horas de lucha, tomándole 130 prisioneros. Belgraño se vió precisado a capitular y hubo de abandonar el Paraguay con el resto de sus tropas; pero, en las con-

versaciones que sostuvo con los jefes paraguayos, les convenció de la importancia de la revolución de Buenos Aires y les inclinó a secundarla, como lo hicieron dos meses después, aunque desligándose del sistema argentino.

Sucesos en la Banda Oriental. Acción de Las Piedras. — Por la parte del Paraguay quedaban, pues, frustrados los propósitos de la junta de Buenos Aires; pero más grave y urgente era el peligro que amenazaba la causa de la revolución desde la Banda Oriental. El gobernador militar de Montevideo, don Francisco Elío, que tanto había trabajado antes en contra de Liniers, obtuvo del gobierno español el cargo de virrey de Buenos Aires, aunque no logró pisar esta ciudad, que tuvo la fortuna, que pocos esperaban entonces, de no salir de manos de los independientes desde el 25 de mayo de 1810. Desde Montevideo firmó Elío proclamas jactanciosas y altaneras, declarando traidores a la junta de Buenos Aires y a sus partidarios y amenazándoles con los más duros castigos. Sus fuerzas navales derrotaron a la escuadrilla argentina en aguas del Paraná el 2 de marzo de 1811 y amenazaron a la capital con el bombardeo, que al fin no llegó a efectuarse por haber sobrevenido graves disturbios en la Banda Oriental. En efecto, el 28 de febrero se habían sublevado las milicias de Mercedes en contra de Elío, acaudillando el movimiento el teniente don José Gervasio Artigas, que bajo su aspecto vulgar ocultaba grandes condiciones militares y vastos planes políticos. Desde luego pidió auxilio a la junta de Buenos Aires y en poco tiempo logró insurreccionar gran parte de la campaña uruguaya. La junta argentina envió a la Banda Oriental al general Belgrano, previos examen y aprobación de su conducta en el Paraguay, que había sido la única posible, dados los escasos elementos de que disponía. Reunió Belgrano como mil hombres de todas armas, y habiendo sufrido los realistas una derrota en *San José* (25 de abril) marchó sobre Montevideo; pero cuando se hallaba casi a la vista de la ciudad, fué bruscamente relevado del mando (2 de mayo), a consecuencia de un cambio de gobierno acaecido poco antes en Buenos Aires y de que más adelante hablaremos. Nada le hubiera sido entonces más fácil a Belgrano que marchar con sus tropas sobre Buenos Aires y hacerse dueño de la situación, imitando la conducta de Sila en Roma; vaciló un

momento en obedecer, según declaró con noble franqueza; pero ya hemos dicho que no conocía la ambición personal; entregó, pues, el mando y se puso a disposición de los mismos que lo amenazaban con un juicio de residencia, cuyo resultado tenía que serle, y le fué, altamente favorable. Fué nombrado para sustituirle el coronel don José Rondeau, que, unido con Artigas, derrotó completamente a las fuerzas del virrey Elío en la acción de *Las Piedras,* quitándoles todo su material y haciéndoles 300 prisioneros (18 de mayo de 1811).

Junta revolucionaria en el Paraguay. — Casi al mismo tiempo (14 de mayo) estalló en la Asunción del Paraguay un movimiento revolucionario, merced al cual quedaron asociados al gobernador Velasco, el Dr. D. José Gaspar Rodríguez Francia y D. Juan Valeriano Zeballos, convocándose un Congreso para organizar el país. El 9 de junio fué destituído y apresado Velasco, gobernando sólo Francia y Zeballos hasta la reunión del Congreso, que fué el 28 de junio. Desde entonces el Paraguay, no obstante las protestas que se hicieron de adhesión a Fernando VII, quedó de hecho separado no sólo de España, sino también de Buenos Aires.

Discordias en la junta de Buenos Aires. Renuncia de Moreno. Su muerte. — En esta ciudad habían ocurrido acontecimientos de importancia. El fogoso secretario de la junta, Dr. Mariano Moreno, de ideas radicales y procedimientos terroristas, se había impuesto, durante los primeros meses, por su energía y talento, a la mayoría representada por el presidente Saavedra e inclinada a las soluciones moderadas o conservadoras. El predominio de aquel joven resuelto e impetuoso era conllevado con disgusto, y éste creció a consecuencia de un incidente acaecido en los primeros días de diciembre de 1810. Los oficiales de la guarnición celebraron una fiesta en honor de D. Cornelio Saavedra y uno de ellos obsequió a la esposa del presidente con una corona que adornaba uno de los ramilletes de dulce y pronunció algunas palabras que se interpretaron en el sentido de que se debía nombrar rey de las Provincias del Plata al presidente de la junta. Tuvo Moreno conocimiento de lo sucedido y al día siguiente pidió y obtuvo de sus compañeros que se privase a D. Cornelio Saavedra de los honores, análogos a los de los antiguos virreyes, que hasta

entonces se le habían tributado y què, declarando que el oficial Duarte, autor del imprudente obsequio, había merecido la muerte, se le conmutara esta pena por la de destierro perpetuo del antiguo virreinato. No se atrevieron Saavedra ni sus partidarios a protestar y devoraron la afrenta; pero tardaron poco en tomar el desquite. Se había pedido a las provincias que enviaran representantes a Buenos Aires para formar un Congreso general, y al ocurrir el incidente citado, habían ya llegado a la capital nueve diputados, todos ellos adictos a las ideas conservadoras del Sr. Saavedra. Éste, de acuerdo con la mayoría de la junta, decidió incorporar a la misma los representantes de provincias, con lo que ya no podía temer el predominio de los radicales. La medida era muy discutible desde el punto de vista legal, pero se adoptó (18 de diciembre) contra la opinión de Mariano Moreno, el cual, viéndose poco menos que anulado en el seno de la junta, renunció su cargo en ella. Pero los conservadores temieron la oposición que el fogoso tribuno y periodista no dejaría de hacerles y acordaron enviarle a Inglaterra con el pretexto de una misión diplomática, que no era más que un destierro disimulado. Todas estas decepciones alteraron la salud de Moreno; antes de embarcarse dió ya muestras de postración nerviosa y se agravó tanto a bordo, que murió en la travesía (4 de marzo de 1811).

Desastre en Huaqui. Consecuencias. — Mientras tanto el ejército argentino mandado por Balcarce y Castelli había llegado a la margen izquierda del río Desaguadero, que formaba entonces el límite entre los virreinatos de Buenos Aires y el Perú. En la orilla opuesta estaba acampado el general Goyeneche, que pactó con los argentinos un armisticio de cuarenta días (16 de mayo de 1811). Cinco días antes de que terminara y aduciendo pretextos que nunca deja de hallar la mala fe, pasó Goyeneche el Desaguadero, cayó sobre los patriotas, acampados en los cerros de *Huaqui*, y los derrotó por completo (20 de junio). Balcarce se retiró con el resto de sus fuerzas a Oruro, mientras Goyeneche marchaba sobre Cochabamba, que se había sublevado y que tomó, imponiendo a los insurrectos muy duros castigos.

Sucesos de Buenos Aires. Motín del 6 de Abril. Reacción contra Saavedra : el Triunvirato. — Estos

acontecimientos fueron conocidos en Buenos Aires cuando la ciudad era presa de hondas agitaciones. La incorporación de los diputados de provincias a la junta había causado en el pueblo un efecto deplorable; los democratas se agitaban preparando un movimiento, y los conservadores creyeron hábil anticiparse haciendo estallar otro, que tuvo efecto en la noche del 5 al 6 de abril. Los amotinados, de acuerdo con la mayoría de la junta, enviaron a ésta comunicaciones en que se exigía la separación de algunos de sus miembros, conocidos por sus ideas avanzadas, y el nombramiento de Saavedra para el mando superior de las tropas. Estas peticiones fueron inmediatamente atendidas: Azcuénaga, Larrea, Vieytes, Rodriguez Peña, French y otros demócratas fueron desterrados, quedando Saavedra, al parecer, dueño de la situación; pero en realidad impopularizado y sin prestigio para resistir la avalancha de la opinión, que le era cada día más hostil. La escuadra española de Montevideo se acercó a Buenos Aires y lanzó algunas bombas sobre ésta ciudad, que se dispuso a la defensa. Poco después se recibió la noticia del desastre de Huaquí; los demócratas agitaron los ánimos acusando a la junta de falta de habilidad y energía; el cabildo se convirtió en centro de la oposición y no se sabe de donde surgió la idea de que don Cornelio Saavedra debía ponerse al frente del ejército del Norte, para vengar el descalabro sufrido. El presidente de la junta no opuso dificultades para asumir la responsabilidad de aquel puesto, sin comprender que lo que se pretendía era, sencillamente, privarle de la dirección de los asuntos públicos. Marchó, pues, hacia las provincias del norte; pero apenas había llegado a San Juan se vió allí detenido, a la espera de órdenes de la nueva junta. El 23 de septiembre se había organizado, en efecto, un triunvirato formado por los señores Feliciano Chiclana, Juan José Paso y Manuel Sarratea; con don Vicente López Planes y don Bernardino Rivadavia como secretarios. No tardó en abrirse proceso contra los autores del golpe de Estado del 5 al 6 de abril; el doctor Campana y otros de sus autores fueron desterrados, y en cuanto a don Cornelio Saavedra, que siempre negó su participación en aquel motín, fué objeto de grandes persecuciones; tuvo que pasar a Chile donde estuvo expuesto a perecer de frío en los desfiladeros de la cordillera y a caer en manos de los realistas, y tardó más de tres años en poder volver a Buenos Aires, en

cuyas cercanías vivió postergado u ocupando empleos modestos hasta su muerte, acaecida en 1829. En las *Memorias autobiográficas* que dejó escritas, acusa de la persecución y desgracias que hubo de sufrir al fiscal Monteagudo, que mostró siempre mucha saña contra sus adversarios políticos y fué ardiente partidario del procedimiento terrorista.

Gestión del Triunvirato : negociaciones con el Paraguay y la Banda Oriental. — Al encargarse del gobierno el Triunvirato, la situación era bastante crítica. Buenos Aires estaba bloqueada por la escuadra de Montevideo ; la campaña del Uruguay empezaba a presentar dificultades, no sólo por los elementos de resistencia que tenían los realistas, sino porque el caudillo Artigas propendía a obrar por cuenta propia, y por último, se podía tener por seguro el alejamiento del Paraguay. Menos urgente, por fortuna, era el peligro de una invasión por la parte del Perú, mas también era necesario preocuparse de esa eventualidad.

Para tratar con el Paraguay fueron enviados don Manuel Belgrano y D. Vicente Anastasio Echevarria, que después de no pocas dificultades y dilaciones lograron al fin celebrar varias conferencias con el suspicaz y cauteloso Dr. Francia, suscribiendo el 12 de octubre un tratado de alianza y amistad, en que reconocían de modo explícito la independencia de la nación paraguaya. Ciertamente no podía satisfacer este convenio las aspiraciones de los argentinos; pero las circunstancias imponían gran moderación.

Un arreglo semejante tuvo la cuestión de la Banda Oriental. El gobierno portugués, aprovechando la situación, ordenó al general Diego de Souza que invadiera el Uruguay para unirlo al Brazil. El triunvirato negoció entonces con el general Elío, que se comprometió a levantar el bloqueo de Buenos Aires a condición de que los argentinos retiraran sus tropas del Uruguay. Este convenio se firmó el 20 de octubre de 1811 y poco después Elío se embarcó para España, entregando el mando al brigadier Vigodet.

Libre ya de estas preocupaciones, el gobierno argentino pudo hacer frente al peligro del Norte y nombró general en jefe de aquel ejército a don Manuel Belgrano, que a la sazón estaba haciendo obras de defensa en la costa del Paraná. Belgrano

reorganizó los tropas, logrando reunir poco mas de dos mil hombres, y avanzó hasta Jujuy para ayudar en lo posible a los insurrectos del Alto Perú y contener la invasión de los realistas.

Llegada de San Martín y de Alvear. — El día 25 de mayo de 1812, segundo aniversario de la revolución, decretó el Triunvirato la abolición de la esclavitud y adoptó otras medidas simpáticas a la opinión, sugeridas casi todas ellas por el secretario Rivadavia. Poco antes (principios de marzo) habían llegado a Buenos Aires, procedentes de Europa, varios oficiales argentinos que servían en el ejército español y querían luchar por la emancipación de su patria. Eran el teniente coronel de caballería don José de San Martín; el alférez de carabineros don Carlos de Alvear, los tenientes Zapiola, Vera, Chilavert y algunos otros. San Martín fué autorizado por el Triunvirato para formar un regimiento de granaderos a caballo que organizó muy bien; pues era un táctico de primer orden, llamado a prestar a la revolución servicios inapreciables, primero como organizador del ejército y más adelante como libértador de Chile y el Perú. A la sazón tenía 34 años. Diez menos contaba el fogoso Alvear, lleno de inmoderadas ambiciones y ganoso de ocupar cuanto antes el primer lugar, así en el ejército como en la política. Zapiola, oficial de mérito, se limitó a sus deberes militares, sin ambicionar puestos de gobierno. La figuración de los demás recién llegados fué de mucho menos relieve. Todos ellos formaron una organización masónica titulada la logia *Lautaro*, de que fué primer presidente Alvear y que ejerció absorbente influencia en la marcha de los gobiernos; en ella figuró mucho el inquieto y activo Monteagudo, de quien ya hemos hablado en otras ocasiones y que, a su arrojo personal y a su tenacidad excepcional para el trabajo, unía brillantes condiciones de escritor sentencioso, manchando estas bellas cualidades con su dureza y crueldad.

Conspiración de Álzaga. — A principios de julio de 1812 se descubrió en Buenos Aires una conspiración, capitaneada por el antiguo alcalde don Martín de Álzaga y cuyo objeto, según parece, era sorprender los cuarteles, desarmar la guarnición y hacer al elemento español dueño de la capital. Se tuvo conocimiento de esta intentona por la denuncia de un negro llamado Ventura, y fueran o no exageradas las sospe-

chas, el castigo fué terrible. Realizóse gran número de prisiones; Rivadavia aceleró el proceso, que instruyó como fiscal Agrelo y en que intervino Monteagudo, y en pocos días fueron ejecutados treinta y ocho españoles, en su mayoría ricos comerciantes, figurando entre ellos don Martín de Álzaga. Continuaba, pues, a la orden del día, el terrorismo.

Batalla de Tucumán. — El general realista Goyeneche, creyendo necesario continuar en el Alto Perú a fin de reprimir las continuas revueltas que por allí estallaban, había desistido de marchar sobre Buenos Aires; pero envió con este objeto a su pariente y paisano el general don Pío Tristán, confiándole el mando de tres mil soldados, casi todos indios, para que batiese a las fuerzas de Belgrano y se pusiera en comunicación con los realistas de Montevideo. Parece que no era Tristán jefe a propósito para tamaña empresa y quizá su ejército dejaba también mucho que desear, como lo demostraron en breve los acontecimientos. Al principio Belgrano le cedió el paso y emprendió la retirada con el propósito de llegar a Buenos Aires, como se lo ordenaba el Triunvirato; pero los realistas le seguían muy de cerca, y cuando el general argentino llegó a Tucumán, muchos habitantes de esta plaza le suplicaron que les defendiera contra los atropellos de los realistas. Un encuentro de la vanguardia de éstos con la retaguardia de los independientes resultó favorable a los últimos, que se sintieron deseosos de entrar en acción, y entonces Belgrano asumió la responsabilidad de esperar al enemigo y presentarle batalla. Se dió ésta el 24 de septiembre de 1812 y la victoria coronó las armas argentinas; pues los realistas perdieron cerca de quinientos hombres y dejaron en poder de los patriotas 600 prisioneros, algunas banderas, fusiles y cañones. Esta batalla cambió por completo la situación; los perseguidos se hicieron perseguidores y Tristán retrocedió hacia el Alto Perú, mientras Belgrano iba en su busca en la misma dirección.

Caída del primer Triunvirato. Segundo Triunvirato. El Congreso Constituyente. — La noticia de este importante triunfo vino a coincidir con la caída del Triunvirato, derribado por un movimiento militar en la capital, el 8 de octubre. Tomaron parte en esta insurrección, promovida por la logia *Lautaro,* las milicias y tropas que guarnecían Buenos

Aires, capitaneadas por Alvear, San Martín y otros jefes. Un cabildo abierto designó un nuevo Triunvirato formado por Rodríguez Peña, Paso y Alvarez Jonte. Decretáronse honores en favor de Belgrano, que renunció con noble desinterés los donativos que se le ofrecían, y se decretó el destierro de Pueyrredón, que desde algunos meses antes formaba parte de la extinguida junta. A principios de abril se había reunido una asamblea que fué disuelta por el nuevo gobierno, el cual convocó otro Congreso que celebró su primera sesión el 31 de enero de 1813, eligiendo presidente a don Carlos de Alvear.

El Congreso constituyente no llegó a declarar la independencia de las Provincias Unidas del Sud, pero legisló como si lo fueran de hecho. Declaró libres a los hijos de esclavos que nacieran en territorio argentino, abolió el tribunal de la Inquisición y el tormento como prueba judicial, suprimió los títulos de nobleza y encomendó a su secretario, el inspirado poeta don Vicente López Planes, la misión de escribir el himno nacional. Los escudos españoles fueron desapareciendo de los edificios públicos y la opinión general exigía que se declarase la independencia; pero el gobierno vacilaba, en vista del sesgo favorable a España que iba tomando la guerra contra los franceses. Belgrano había ya enarbolado, antes de tomar el mando del ejército del Norte, la bandera celeste y blanca como enseña de la Argentina y volvió a hacerlo después, en el río Pasaje, que tomó por ello el nombre de Juramento; pero el Triunvirato se opuso a estas demostraciones, creyéndolas prematuras.

Batalla de Salta. Invasión del Alto Perú y reveses que la siguieron. — A mediados de febrero de 1813 el general Tristán, que había obtenido refuerzos del Perú, esperó a Belgrano en Salta, pero fué nuevamente derrotado hasta el punto de que el 20 de febrero se rindió a los patriotas, obligándose a no volver a tomar las armas contra la revolución en el territorio que había sido virreinato de Buenos Aires. Bajo estas condiciones le permitió Belgrano retirarse al Perú; mas la capitulación no fué cumplida, pues el arzobispo de Charcas absolvió a los capitulados de su juramento, alegando « que no eran válidos ante Dios los convenios pactados con insurgentes ». Esta

desleal conducta hizo que Belgrano se arrepintiera de su generosidad y que, en lo sucesivo, hiciera fusilar a los prisioneros que procedían de las tropas de Pío Tristán.

Invadió de nuevo el ejército argentino el Alto Perú, mostrando Belgrano poca eficacia en sus movimientos, pues tardó dos meses en ocupar a Potosí, a pesar de las facilidades que le daba la insurrección, otra vez reanimada en el Alto Perú. El general Goyeneche se replegó a Oruro y a poco fué relevado por don Joaquín de la Pezuela, que reorganizó las fuerzas realistas e imprimió gran actividad a la campaña. El 1° de octubre de aquel año (1813) atacó a Belgrano en la pampa de *Vulcapugio* y le derrotó, haciéndole retirarse en desorden a Potosí. Mes y medio después (14 de noviembre) le acometió de nuevo en *Ayouma* y aunque los argentinos se batieron con bizarría fueron completamente desbaratados y abandonaron el territorio del Alto Perú, en número inferior a mil hombres. Estos dos desastres produjeron gran alarma; Belgrano fué destituído y se nombró en su lugar al coronel don José de San Martín, que, después de haber organizado el regimiento de granaderos a caballo, había obtenido con ellos una notable victoria sobre los españoles en *San Lorenzo*, a orillas del Paraná, el 2 de febrero de 1813.

San Martín en el ejército del Norte. — Era San Martín un excelente táctico; se daba clara cuenta de la desproporción de sus fuerzas con las que había de combatir y aceptó con disgusto el cargo que se le ofrecía, quizá con el propósito de quitarle el prestigio que iba alcanzando. En efecto, el joven don Carlos de Alvear, elevado rápidamente a los más altos cargos políticos y militares y que se preparaba a escalar al gobierno, había cambiado por mal disimulada hostilidad los amistosos sentimientos que antes le unían a San Martín, y todo indicaba que habría visto sin pesar la derrota y anulación de este jefe. ¿Qué se podía hacer con mil quinientos hombres mal organizados y peor armados, contra el ejército español del Perú, muchas veces más numeroso y animado por sus recientes victorias? San Martín lo comprendió así; tuvo con Belgrano, al hacerse cargo del mando, una conferencia en que ambos echaron las bases de una profunda amistad y tomó el único partido razonable en aquellas circunstancias : organizar lo mejor que

pudiera sus escasas fuerzas y evitar todo encuentro con los realistas, mientras no cambiasen las circunstancias.

El poder unipersonal. Toma de Montevideo. — A fines de 1813 el Congreso juzgó necesario concentrar el poder político en manos de una sola persona, con objeto de evitar dilaciones y entorpecimientos. Creóse, pues, el cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas, que fué confiado a don Gervasio Antonio Posadas, auxiliado por un consejo de siete asesores (26 de enero de 1814). Era Posadas pariente de Alvear y en el gobierno vino a ser casi un instrumento de este joven, de quien Mesa y Leompart dice que era « de naturaleza ardiente y ambición desmesurada, diestro, elocuente y de fácil entendimiento; pero falto de reserva, experiencia y carácter ». Alvear obtuvo el mando del ejército sitiador de Montevideo, relevando a Rondeau, que llevaba ya muy adelantadas las operaciones. Gracias a los esfuerzos de Larrea principalmente, se creó una escuadrilla compuesta de cuatro buques mercantes, armados en guerra, a las órdenes del irlandés Guillermo Brown, que desde entonces quedó vinculado a la patria argentina, a la que prestó, con su coraje y pericia, inapreciables servicios. Los españoles tenían en aguas de Montevideo catorce buques y varios barquichuelos armados en guerra; de modo que era muy grande su superioridad marítima; pero la habilidad de Brown redujo bien pronto esta diferencia. Vigodet, que mandaba en Montevideo, cometió el error de dividir su escuadra, enviando una parte de ella a la isla de Martín García, en la confluencia del Paraná con el Uruguay; aprovechó Brown esta mala maniobra para batir al enemigo por partes, y habiendo logrado apoderarse de la isla de Martín García, hizo remontar el río a una sección de la escuadra realista, dejándola inutilizada. Después bloqueó el puerto de Montevideo para favorecer las operaciones del ejército de Alvear, que ascendía a cerca de cinco mil hombres, y habiendo atacado los españoles a la escuadra bloqueadora (14 de mayo), Brown los batió, tomó tres naves al abordaje y obligó a las demás a refugiarse bajo la protección de los fuegos de la plaza. En ésta escaseaban los víveres y era tan grande el desaliento que al fin (22 de junio de 1814) capituló Vigodet, apoderándose el general Alvear de Montevideo con toda su artillería, ocho mil fusiles y los buques refugiados en el

puerto. Hecho realmente glorioso, que no podía menos de ejercer favorable influencia en la suerte de la revolución y que llevó al colmo el prestigio del joven general Alvear.

La toma de Montevideo y la adquisición de una escuadra quitaba a los patriotas argentinos el temor de verse atacados en el río de la Plata y hacia muy firme su situación por esta parte; mas pronto se vió que no les daba la posesión de la Banda Oriental, pues Artigas y su gente aspiraban a la independencia. Alvear marchó contra Artigas y le derrotó; pero el caudillo uruguayo sublevó la campaña, por lo que el gobierno de Buenos Aires puso su cabeza a precio.

Situación en que se hallaban España y sus colonias. — Al mismo tiempo llegaban de Europa noticias de mucha gravedad. Rechazados los franceses de España, ocupaba de nuevo el trono de esta nación Fernando VII, que se disponía a mandar un poderoso ejército contra las colonias sublevadas en América. En Méjico, Venezuela, Nueva Granada y Chile la insurrección languidecía y el Alto Perú estaba de nuevo en poder de los españoles. Desalentado el gobierno por este nuevo aspecto de las cosas y por la oposición que empezaba a encontrar en las provincias, trató de asegurarse el apoyo de alguna fuerte potencia europea contra España y hasta pensó en colocarse bajo el protectorado de Inglaterra.

San Martín obtiene la gobernación de Cuyo. — El general San Martín seguía reorganizando sus escasas tropas y entablando negociaciones con algunos jefes realistas para fomentar la discordia en el campo enemigo, logrando la adhesión del coronel Saturnino Castro que, sorprendido, murió fusilado. Era San Martín muy diestro en trabajos de espionaje y a sus dotes militares unía gran reserva y habilidad; pero no contaba a la sazón con medios de tomar la ofensiva y se limitó a construir cerca de Tucumán una ciudadela y a reforzar las guerrillas que operaban en detalle contra el ejército español. Sobre éste alcanzó el 29 de mayo una brillante victoria en la *Florida* el coronel don José A. Alvarez de Arenales, español do nacimiento, que peleaba con mucho valor y fortuna al lado de los independientes. En Salta y Jujuy había organizado guerrillas don Martín Güemes, que por medio de rápidas marchas y de una serie de operaciones en detalle contra la vanguardia espa-

ñola, la desorganizó impidiéndola avanzar hacia el sud. San Martín, persuadido de que en el ejército del Perú, con sus débiles medios de acción, iba derecho al fracaso, lo que tal vez lisonjease al partido que ocupaba entonces el poder, se fingió enfermo, pidió su relevo, después de haber pasado un mes en Córdoba para restablecerse y al fin lo obtuvo en agosto de 1814, siendo nombrado a instancias suyas gobernador intendente de la provincia de Cuyo, formada por los territorios de Mendoza, San Juan y San Luis. Proyectaba desde este puesto, aparentemente oscuro y sedentario, preparar un ejército que le sirviera para grandes fines, pero supo disimular sus propósitos, pues de otro modo se habría visto postergado y perseguido por el gobierno.

En sustitución de San Martín se nombró general en jefe del ejército del norte a Rondeau, que estaba ofendido con Alvear, desde que éste le quitó el mando de las fuerzas sitiadores de Montevideo. La noticia de la toma de esta plaza por los argentinos alarmó a Pezuela, el cual se retiró apresuradamente hacia el Alto Perú, mientras Rondeau ocupaba Salta y Jujuy, preparándose a tomar la ofensiva.

Alvear, Director supremo. Causas de su impopularidad. — El director don Gervasio A. Posadas renunció el cargo de Director supremo el 9 de enero de 1815, y la Asamblea legislativa nombró en su reemplazo el general don Carlos de Alvear, que aun no tenía 27 años y había ya ilustrado su carrera política con las presidencias de la logia *Lautaro* y de la Asamblea, y su carrera militar con la toma de Montevideo. Alvear adoptó las maneras y usos de un virrey antiguo; se rodeó de una especie de corte de aduladores, ofendió, con su actitud despreciativa, los sentimientos de los republicanos y la suceptibilidad del pueblo, y fomentó la delación, haciendo numerosas prisiones y mandando ejecutar en Buenos Aires a un oficial, llamado Ubeda, que se había expresado en términos vivos contra su gobierno. Al mismo tiempo seguía las negociaciones con Inglaterra para establecer el protectorado y todo esto produjo la más viva indignación. En medio de tantos desaciertos y del empeño que ponía en exasperar a sus adversarios, perseguía un proyecto de gran importancia militar : reunir un ejército de seis a ocho mil hombres e invadir el Perú hasta entrar victorioso en

Lima. Todo inclina a creer que Alvear se hacía ilusiones, pues la empresa era mucho más difícil de lo que imaginaba; mas a prepararla se consagró con mucha actividad y salió de Buenos Aires para ponerse al frente del ejército del Perú. Poco antes, receloso de los preparativos que hacía en Cuyo el intendente San Martín, del que ya no era amigo, pero en quien no podía menos de reconocer extraordinarias cualidades de organizador, decidió relevarle del gobierno; pero el comisionado recibió la orden de abandonar inmediatamente el territorio de Cuyo, y no contando Alvear con fuerzas suficientes para imponer su autoridad en aquella provincia, hubo de resignarse, pensando tomar más tarde su desquite.

Sublevación contra Alvear. Su caída. — Había, sin embargo, sonado la hora de su caída. El general Rondeau no pudo aguantar con calma el verse relevado por segunda vez y desahogó su resentimiento contra Alvear delante de muchos jefes del ejército del Norte, los cuales, animados por la actitud de su general y llevados también por la malquerencia que Alvear se había granjeado con su arrogancia y orgullo, se conjuraron contra él, negándose a recibirle por jefe, no obstante ser Director Supremo de las Provincias Unidas. Púsose en conocimiento de Alvear esta resolución, intimándole que retrocediera, y así hubo de hacerlo, desesperado ante ese acto de indisciplina, que aniquilaba su autoridad como general y jefe del Estado. De regreso en Buenos Aires encontró los ánimos tan hostiles, que hubo de abandonar la población para retirarse a los Olivos, donde estableció su campamento, amenazando a la capital, ya declarada en contra suya (3 de abril). Al mismo tiempo el caudillo oriental Artigas, pasando el Paraná y el Uruguay, se había presentado en Entre Ríos y luego en Santa Fe, donde fué recibido con entusiasmo, tomando el título de jefe de los Orientales y protector de la confederación de los pueblos libres. La provincia de Corrientes se le unió también y entonces Artigas, apoyado por los caudillos, amenazó a Buenos Aires, que se aprestó a la defensa. Alvear envió contra Artigas al teniente coronel Alvarez Thomas, con buena parte de las tropas de que aun disponía; pero ese jefe se pronunció contra él y pidió su destitución. Entonces Alvear hubo de retirarse a bordo de una fragata inglesa y pasó a Río Janeiro. El cabildo

de Buenos Aires pronunció su destitución (15 de abril de 1815) nombrando Director Supremo a Rondeau, que se hallaba al frente del ejército del Alto Perú, y suplente al coronel D. Ignacio Alvarez Thomas, jefe del movimiento revolucionario y que se hizo cargo del gobierno.

Así, menos de tres meses de ejercicio del poder, que tanto ambicionaba, habían bastado para destruir el prestigio de Alvear. Todo se conjuró en contra suya; pero esto se debió en gran parte a su carácter altanero, que le enajenó las simpatías aun de sus mejores amigos. Llegó demasiado joven a los más altos puestos y esta fué su desgracia, porque pasó a través de ellos como un bólido fugaz y ya no pudo volver a recobrarlos aunque estuvo muy cerca de ello cinco años después. Más adelante, en 1827, alcanzó lauros más puros en la guerra contra el Brasil, pero en el resto de su vida devoró las amarguras del destierro. En todo caso, con sus pequeñeces y grandezas, sus errores y sus intuiciones geniales, Alvear es una de las figuras más interesantes de la revolución argentina.

Derrota de Rondeau en Sipe-Sipe. — Alvarez Thomas, elevado al poder por una insurrección, era hombre de personalidad poco acentuada y gobernó discretamente, mientras el Director titular, general Rondeau, trataba de adquirir el prestigio de la victoria, reconquistando para la revolución el Alto Perú. Después de ocupar a Potosí, prosiguió su marcha hacia el norte; pero el 28 de noviembre de 1815 fué completamente derrotado en las alturas de *Viluma* o *Sipe-Sipe* por el general Pezuela, que le obligó a retroceder en completa dispersión. Desde ese momento pudo considerarse perdido para la Argentina el territorio del Alto Perú, que había formado parte del virreinato de Buenos Aires. Pezuela invadió de nuevo el territorio de Salta, pero las guerrillas de Güemes le impidieron seguir adelante.

La situación en 1816. Reunión de nuevo Congreso. Pueyrredón es nombrado Director. — El año 1816 comenzó bajo muy malos auspicios para los patriotas. El ejército del Norte estaba desorganizado y abatido; Güemes proclamó la federación en Salta, haciéndose independiente de hecho del gobierno de Buenos Aires; Córdoba se dispuso a hacer otro tanto, y en Santiago, Catamarca y la Rioja preponderaban los

caudillos hostiles a la capital. El gobierno había levantado la proscripción que pesaba sobre Artigas, colmándole de elogios; pero este audaz caudillo procedía como jefe independiente, no sólo en la Banda Oriental, sino en Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, cuyos caudillos estaban a su devoción. El general Viamonte, que mandaba fuerzas de Buenos Aires, fué derrotado por los santafecinos. Se encargó el mando del ejército del Norte al general Belgrano, que acababa de regresar de Europa, en cumplimiento de una misión diplomática; pero habiendo estallado contra él un motín militar, fué preso y depuesto del mando por sus subalternos (9 de abril de 1816). Una semana después renunció su cargo el Director interino Alvarez Thomas, y la junta de observación, creada por el movimiento de 1815, designó en su lugar como Director Supremo provisorio al general don Antonio González Balcarce. Poco antes se había convocado un Congreso general, que debía reunirse fuera de Buenos Aires para disipar los recelos de las provincias. El Congreso celebró sus sesiones en la ciudad de Tucumán y su primer acto importante fué la elección de un Director Supremo, que recayó en don Juan Martín Pueyrredón, distinguido ya desde la época de las invasiones inglesas y que había formado parte del primer triunvirato.

Pueyrredón apoya los planes de San Martín. — Pueyrredón dió muestras de ser un gobernante hábil, equilibrado y de altas miras. Conociendo la importancia de los trabajos que el general San Martín estaba realizando en Mendoza para sacar, pudiera decirse que de la nada, un ejército respetable, no sólo no le puso obstáculos, sino que le prometió apoyo y supo cumplir su promesa, no obstante las estrecheces del erario y lo difícil de las circunstancias. Y es que el plan concebido por San Martín era realmente grandioso y capaz de seducir a un espíritu noble, aunque no pareciera ofrecer muchas probabilidades de éxito. Aspiraba el intendente de Cuyo a lanzar a los españoles de Chile, para dirigirse luego por mar al Perú, último y formidable baluarte de la dominación española en el continente sud americano. Las expediciones dirigidas hacia el Perú por tierra habían fracasado de un modo deplorable y San Martín, el militar de más vasta comprensión estratégica de cuantos lucharon por la independencia americana, sin excluir al mismo

Bolívar, comprendió que todos los esfuerzos dirigidos por ese rumbo serían estériles y aun contraproducentes. Pero le interesaba mantener secreto su grandioso plan, en primer término porque la gran mayoría de los argentinos creían inoficioso combatir en países lejanos, y además por los recelos que pudiera despertar en los gobernantes la organización de un ejército que, en manos de un ambicioso, podía ser la base de una dictadura. Pueyrredón supo comprender a San Martín y confiar en él, y ésta es una de sus glorias.

El Congreso proclama la independencia argentina. — Mas de dos años pasó San Martín fomentando el enganche de voluntarios, imponiendo contribuciones extraordinarias a la provincia de Cuyo, que le dió con la mejor voluntad los recursos de hombres y dinero de que disponía; instruyendo reclutas, organizando escuadrones, batallones y brigadas, manteniendo activísima correspondencia con los patriotas chilenos y realizando una labor verdaderamente abrumadora. Al reunirse el Congreso de Tucumán le excitó desde Mendoza (como Belgrano lo hizo personalmente) a que proclamase de una vez la ruptura del lazo político con España, y sus excitaciones fueron coronadas por el más feliz éxito. Era ya, desde mucho tiempo antes, general el deseo de llamar a las cosas por su nombre y proclamar como derecho la independencia que de hecho existía; pero los gobiernos no se habían atrevido a dar ese paso, por creerlo arriesgado e impolítico. Pero la presión creciente de la opinión pública hizo al fin cesar las vacilaciones, y el 9 de julio de 1816 el Congreso de Tucumán hizo solemnemente la declaración de independencia, que autorizaron con sus firmas todos los diputados.

Tratóse luego de fijar la forma de gobierno y los más de los diputados se inclinaban a la monarquía. Desde luego, los generales Belgrano y San Martín eran partidarios de esa solución; el primero, al dar cuenta al Congreso de las impresiones que traía de su viaje a Europa, defendió la idea de que se hiciera rey a un descendiente de los Incas del Perú; mientras el segundo creía preferible que se ofreciera la corona a un príncipe de dinastía reinante en Europa. Hubo, con este motivo, muchas negociaciones, sin éxito por diversas causas, entre ellas la índole de la sociedad argentina, que era democrática de hecho y de

tendencias. Por fin se dejó en suspenso la cuestión de la forma de gobierno, gracias a la resuelta actitud del sacerdote Oro, diputado por Cuyo, que anunció su retirada del Congreso si se votaba la monarquía. No poco influyeron también en esta prudente abstención las indicaciones del diputado por Buenos Aires don Manuel Anchorena y las de otros congresales, persuadidos de que la monarquía era una forma inaplicable a las nuevas nacionalidades americanas.

La declaración de independencia se hizo en momentos peligrosos para las provincias del Plata; pues habiendo terminado España su guerra contra los franceses, tenía medios para enviar a las colonias de América nuevas expediciones. Sin embargo, Buenos Aires tuvo la suerte de no volver a sufrir ningún ataque de su antigua metrópoli : en casi todo el territorio actualmente argentino había cesado la lucha entre patriotas y realistas desde mucho antes de la reunión del Congreso de Tucumán y ya no volvió a reanudarse.

X.

CHILE HASTA 1822.

Principios del movimiento insurreccional en Chile. — Tentativa reaccionaria de Figueroa. Reunión del Congreso. Ruptura entre conservadores y radicales. — Movimientos militares en Santiago. Dictadura de José Miguel Carrera. — Expedición realista contra Chile. Primeros encuentros. — Sitio infructuoso de Chillán. O'Higgins sustituye a Carrera. — Desgraciada campaña de Gainza. — Convenio de Lircay. Mal efecto que causa. — Luchas entre Carrera y O'Higgins. — Desastre de Rancagua. Triunfo de los realistas. — La obra de San Martín; liberación de Chile. — Actividad de O'Higgins. — Nueva campaña. Sorpresa de Cancha-Rayada. — Victoria decisiva de Maipo. — Fusilamiento de Luis y Juan José Carrera. — Compra de buques. Preparativos de la expedición al Perú. — Últimos incidentes de la lucha entre patriotas y realistas, en Chile.

Principios del movimiento insurreccional en Chile. — La revolución de este país obedeció a las mismas causas que la de las restantes colonias y se intentó aprovechando la misma coyuntura de la invasión de España por los franceses. Inglaterra prestaba su auxilio a los españoles contra Napoleón; pero a la vez encendía el fuego de la insurrección en las colonias americanas, y como el terreno estaba bien preparado, sobre todo por el ejemplo de los Estados Unidos, su política obtenía un éxito completo. A esto, más que a nada, se debió lo general y simultáneo del alzamiento, y si éste tardó quince años, por término medio, en consumar su triunfo, debe atribuirse, más que a los recursos de España para combatirlo, que eran muy limitados, a la gran fuerza que aun tenía la tradición realista entre los hispanoamericanos.

Al recibirse la noticia de que la junta suprema de España había huído de Sevilla, tomada por los franceses, era capitán general de Chile el brigadier don Francisco García Carrasco, poco simpático a la opinión por sus alardes de arbitrariedad, que le habian envuelto en cuestiones con el cabildo civil y el eclesiástico, la audiencia, la universidad y el tribunal de minas. Habiendo sabido que algunos de los hombres más ilustrados

agitaban los ánimos en el cabildo, preparó un golpe de autoridad y en la tarde del 25 de mayo de 1810 (al mismo tiempo que triunfaba la revolución en Buenos Aires) decretó la prisión de varios personajes y les hizo trasladar a Valparaíso para embarcarlos desde allí a Lima, como conspiradores.

El pueblo de Santiago se alborotó entonces contra el capitán general y éste resistió al principio; pero habiendo crecido la agitación y organizádose milicias populares, la audiencia pidió al capitán general que resignara el mando para afianzar la autoridad real y Carrasco hubo al fin de ceder (16 de julio de 1810). Le reemplazó el coronel de milicias don Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista, que era chileno de nacimiento, pero de edad avanzadísima (86 años), lo que no le permitía desplegar la actividad y energía indispensables en aquellas circunstancias. Dejóse, pues, gobernar por los diversos bandos y al fin los separatistas le indujeron a convocar una junta de notables, que el 18 de septiembre de 1810 creó un gobierno provisional, destinado a regir el país durante el cautiverio del rey Fernando VII, presidido por el mismo conde de la Conquista. Como vicepresidente se designó al obispo de Santiago, Sr. Martínez Aldunate, figurando entre los vocales el Dr. don Juan Martínez de Rozas, hombre ilustrado, de gran influencia en Concepción y de ardientes convicciones revolucionarias, que no tardó en ser alma de la junta de gobierno.

Bajo los auspicios de Rozas la junta tomó varias resoluciones útiles : abrió al comercio libre los principales puertos chilenos, creó nuevos cuerpos de milicia y difundió las ideas liberales por medio de folletos manuscritos, pues tan desatendida tenía España la cultura del país chileno, que aun no había establecido en él una sola imprenta. El conde de la Conquista falleció el 26 de febrero de 1811, y como el obispo Aldunate no tomaba intervención alguna en las tareas de la junta, quedó Rozas de hecho a su frente.

Tentativa reaccionaria de Figueroa. Reunión del Congreso. Ruptura entre conservadores y radicales. — El día 1° de abril, fecha designada para la elección del Congreso, se sublevó en Santiago, al frente de una parte de la guarnición, el teniente coronel don Tomás de Figueroa, pidiendo la disolución de la junta y el restablecimiento del gobierno anti-

guo. Rozas envió contra él las fuerzas de milicia nuevamente creadas, y después de una lucha de que resultaron 14 muertos y algunos heridos, Figueroa hubo de abandonar la ciudad. Rozas en persona marchó contra él; consiguió apresarle, y habiéndole formado inmediatamente juicio, le hizo fusilar en la misma noche. Después disolvió la audiencia, creando en su lugar un tribunal de justicia compuesto sólo de chilenos.

El 4 de julio de 1811 se reunió en Santiago el Congreso, resultando gran mayoría en favor de los conservadores, de modo que Rozas, que personificaba la política radical, sólo pudo contar con trece diputados. Todas las mociones presentadas al Congreso para dar carácter revolucionario a la situación eran rechazadas por aquel cuerpo, que el 10 de agosto encomendó el poder ejecutivo a una junta de tres miembros, enemigos de toda reforma. Los radicales protestaron inútilmente, y entonces Rozas, viendo perdida su influencia en Santiago, se retiró a Concepción y allí se puso a la cabeza de una nueva junta revolucionaria, que extendió su acción a la provincia de Valdivia, con lo que todo el sur de Chile quedó por los elementos avanzados.

Movimientos militares en Santiago. Dictadura de José Miguel Carrera. — No tardó en verificarse en Santiago un movimiento de análoga tendencia. Acababa de regresar de España el joven comandante de húsares don José Miguel Carrera, perteneciente a familia chilena muy distinguida y acreditado ya por el valor con que había luchado en la península contra los franceses. Auxiliado por sus hermanos Luis y Juan José, capitán de artillería el primero y mayor de granaderos el último, supo ganarse a la guarnición de Santiago, disolvió la junta ejecutiva y entregó el poder a los radicales (4 de septiembre de 1811). Éstos crearon una nueva junta, reservando un lugar a Rozas, modificaron la composición del Congreso y decretaron varias reformas. Pero José Miguel Carrera, del que no se habían acordado una vez vencedores, no pudo ver con calma la postergación a que le reducían; volvió a trabajar la guarnición y el 15 de noviembre se sublevó de nuevo al frente de ella, disolvió el gobierno radical y se hizo dueño del poder. Al principio quiso repartir el gobierno con Rozas; pero éste, demasiado absorbente para admitir papeles secundarios, se hizo fuerte en Concepción y se puso de acuerdo con sus

amigos de Santiago para conspirar contra José Miguel Carrera. Éste gobernaba dictatorialmente, pero introducía reformas útiles y liberales. Llevó a Chile las primeras imprentas y creó un periódico titulado *La Aurora;* estableció escuelas primarias en los conventos, destinó algunos de éstos a cuarteles, dictó una constitución que establecía de hecho la independencia del país, reclutó soldados, y en resumen, mostró eficacia y actividad. Para contrarrestar los trabajos de los conspiradores, disolvió el Congreso y luego marchó contra Rozas, que había levantado milicias en Concepción. En abril de 1812 las fuerzas de uno y otro se hallaban separadas por el río Maule; pero antes de llegar a las manos y teniendo en cuenta que Valdivia y otras poblaciones importantes acababan de restablecer el antiguo régimen, convinieron en que se reuniera un Congreso en cuyas manos depondrían uno y otro sus poderes. Carrera, sin embargo, dejó en Concepción agentes que prepararon un motín militar que estalló en la noche del 8 de julio; Rozas y sus compañeros de junta fueron presos y se creó un nuevo poder, que se puso a las órdenes del gobierno de Santiago. Entonces Carrera envió desterrado a Mendoza a su rival don Juan Martínez de Rozas, que murió de sentimiento a principios del año 1813. Ayudaban a Carrera en sus trabajos revolucionarios y reformistas, el jurisconsulto peruano Egaña, el argentino don Bernardo Vera, el escritor guatemalteco Irizarri y el fraile chileno Henríquez.

Expedición realista contra Chile. Primeros encuentros. — Por entonces, el virrey del Perú mandó contra Chile una expedición militar de unos dos mil hombres, a las órdenes del brigadier de marina don Antonio Pareja, que organizó sus fuerzas en el archipiélago de Chiloé y en Valdivia. En marzo de 1813 ocupó a Talcahuano y Concepción, y se dirigió a Santiago. Entonces Carrera, después de levantar una horca en la plaza, para atemorizar a los realistas que no disimulaban su regocijo, y de imponerles contribuciones de guerra y otros gravámenes, reunió las milicias y no tardó en tener a sus órdenes doce mil hombres, mal armados y defectuosamente instruídos, con los que salió de Santiago, dirigiéndose al sud. En la madrugada del 27 de abril la vanguardia chilena tuvo un encuentro con las fuerzas españolas en *Yerbas Buenas,* cerca del río Maule,

y las dispersó, retirándose luego. Esta escaramuza tuvo importantes resultados, porque las fuerzas chilenas que acompañaban al ejército realista se sublevaron, negándose a pasar el río Maule, y entonces el general Pareja se vió obligado a replegarse a la plaza de Chillán, después de haber sostenido en *San Carlos* un combate de éxito dudoso contra las fuerzas patriotas. A los pocos días (21 de mayo) murió de pulmonía en la citada población.

Sitio infructuoso de Chillán. O'Higgins sustituye a Carrera. — Encargóse entonces del mando de las fuerzas realistas el capitán de infantería don Juan Francisco Sánchez, que mostró estar a la altura de las circunstancias. Mientras los jefes chilenos recuperaban Concepción y otras poblaciones del sud, puso Sánchez la plaza de Chillán en buen estado de defensa, la proveyó de víveres y municiones y se puso en aptitud de resistir mientras llegaran refuerzos del Perú.

El ejército de Carrera empezó el sitio de Chillán a mediados de julio de 1813, terminó en dos semanas los trabajos de circunvalación y emplazó baterías al mando del irlandés Makenna a unos 400 metros de la población. Sánchez dispuso dos salidas en los días 3 y 5 de agosto; pero fué rechazado en ambas. No fueron los sitiadores más afortunados en sus ataques, y al fin, desanimados por los rigores del frío que causaba entre ellos muchas bajas, se vieron precisados a levantar el sitio de Chillán. Envalentonado, Sánchez salió en su persecución, les fué picando la retaguardia y les batió en varios encuentros parciales, siendo el principal la acción del *Roble* (17 de octubre), en que Carrera tuvo que arrojarse a nado al río Itata para librarse de caer prisionero. El coronel de milicias patriotas don Bernardo O'Higgins logró rehacer a los dispersos y contener a los realistas, sin lo que la derrota hubiera sido total.

La mala dirección que había impreso Carrera a esta campaña, unida a los resentimientos políticos de los radicales de Santiago, fueron causa de su destitución, nombrándose en su lugar a O'Higgins (27 de noviembre). Contra lo que se creía, Carrera se dejó relevar sin oponer resistencia y cuando se dirigía a Santiago fué asaltado por una guerrilla realista que le hizo prisionero, así como a su hermano don Luis, conduciéndolos a la plaza de Chillán. Casi al mismo tiempo era relevado del mando interino de las fuerzas españolas el capitán Sánchez, ocupando

su puesto el brigadier don Gavino Gainza, que llegó del Perú con un refuerzo de 800 hombres.

Mientras el nuevo jefe realista se preparaba a emprender la campaña contra O'Higgins, una columna española, mandada por el comandante Elorreaga, tomó a *Talca,* dejando libre a los españoles el camino de Santiago (4 de marzo 1814).

Desgraciada campaña de Gainza. — Gainza atacó a O'Higgins el 19 de marzo en las alturas de *Quilo*, cerca del Itata, y fué rechazado. Al siguiente día trató de apoderarse del campamento patriota del *Membrillar* y sufrió una grave derrota. Poca después los realistas lograron batir en *Cancha Rayada* a una columna de refuerzo, enviada desde Santiago a los patriotas y mandada por el jefe don Manuel Blanco Encalada, argentino de nacimiento (29 de marzo). En Santiago, mientras tanto, se había operado una revolución que llevó al gobierno al coronel don Francisco de Lastra, revestido de poderes discrecionales.

El brigadier Gainza se dirigía sobre Santiago y O'Higgins tomó el mismo rumbo marchando paralelamente al enemigo. Una serie de marchas forzadas permitió al caudillo chileno adelantarse y el 7 de abril acampó con sus tropas en *Quechereguas*, interponiéndose entre el ejército español y la capital. En vano trató Gainza de forzar las líneas patriotas ; después de varias tentativas infructuosas (días 8 y 9 de abril) tuvo que retroceder a Talca, dejando la capital en poder de los revolucionarios y a O'Higgins vencedor.

Convenio de Lircay. Mal efecto que causa. — Por entonces había llegado a Valparaíso el comodoro inglés Hillyar, que llevaba poderes del virrey del Perú para tratar de una avenencia entre los contendientes. Conferenció primero con el director Lastra, que se mostró favorable al arreglo ; y pasó después a Talca para tratar con Gainza. El resultado de estas negociaciones fué el convenio de Lircay (3 de mayo de 1814), mediante el cual los chilenos se declaraban súbditos del rey de España, pero con el derecho de gobernarse por sí mismos. A su vez el ejército realista aceptaba como legítimo al gobierno establecido en Chile y se comprometía a evacuar el territorio en término de un mes. Ambas partes se obligaban a devolver los prisioneros, fueran o no militares.

Este convenio fué mal recibido por la opinión, y habiendo logrado fugarse de Chillón los hermanos Carrera pasaron a Santiago, donde fueron recibidos con gran entusiasmo por los patriotas más decididos. En la madrugada del 23 de julio, un nuevo pronunciamiento hizo árbitro de la situación a José Miguel Carrera, que depuso al director supremo y se colocó al frente de una junta ejecutiva.

Luchas entre Carrera y O'Higgins. — O'Higgins se negó a reconocer el nuevo gobierno y marchó hacia Santiago para restablecer a Lastra. Salióle al encuentro Carrera y el 26 de agosto se trabó a orillas del río Maipo una pelea en que O'Higgins quedó vencido, aunque en situación de seguir luchando al día siguiente. Pero cuando ambos rivales se preparaban a continuar la pelea, recibieron la noticia de que el virrey del Perú había desaprobado el convenio de Lircay enviando a Chile nuevas fuerzas, al mando del coronel don Mariano Osorio. Inmediatamente O'Higgins se puso a las órdenes de Carrera, pidiéndole el mando de la vanguardia para ser el primero en luchar con el enemigo.

Desastre de Rancagua. Triunfo de los realistas. — Osorio había desembarcado en Talcahuano el 13 de agosto con el batallón de Talavera y convocó las milicias del sur, llegando a reunir unos cinco mil hombres. Con ellos pasó el río Cachapoal y atacó el 1° de octubre a los patriotas, mandados por O'Higgins, que se habían hecho fuertes en *Rancagua*. El ataque fué brioso y la defensa valerosísima; pero al día siguiente, después de muchas horas de pelea, los realistas lograron entrar en la población, sin que Carrera, que estaba en las inmediaciones con sus tropas, hiciera nada por socorrer a O'Higgins, que al fin tuvo que salir de la plaza, abrasada y reducida a escombros, abriéndose paso a cuchilladas a través de los sitiadores. Las pérdidas de los patriotas pasaron de 1.500 hombres, quedando destruído su ejército. Los prisioneros fueron bien tratados; pero los realistas se cebaron en los habitantes y defensores de Rancagua y hasta fusilaron a muchos heridos.

El desastre de Rancagua hizo caer a los patriotas en el mayor abatimiento. No se pensó siquiera en defender la capital, que abandonaron atropelladamente casi todos los que se creían comprometidos. Las avanzadas de Osorio entraron el 4 de octu-

bre en Santiago, hallando la ciudad casi desierta, y siguieron la marcha en persecución de los fugitivos, que al fin lograron pasar la frontera el 12 de octubre, acogiéndose al territorio argentino de Cuyo, que gobernaba el general San Martín. Todo el territorio chileno quedó en poder de los realistas.

La obra de San Martín; liberación de Chile. — La desbandada de los patriotas chilenos coincidió con los trabajos que en medio de las mayores dificultades y con ejemplar perseverancia estaba realizando el general San Martín en su intendencia de Cuyo para organizar un ejército. Ya hemos dicho que Alvear dificultaba en lo posible esos trabajos y aun trató a principios de 1815 de imposibilitarlos, relevando al que miraba como terrible rival; pero San Martín estaba resuelto a no cejar en una empresa de que dependía, no sólo su propia gloria, sino la libertad de la Argentina y de gran parte de América. A él acudieron desde luego los fugitivos de Chile, entre los que figuraban Carrera y O'Higgins, con muchos de sus respectivos partidarios. San Martín, que a su carácter reservado y tenaz unía gran perspicacia en el conocimiento de los hombres, prefirió desde luego la amistad de O'Higgins a la de Carrera y no tuvo motivos de arrepentirse de su elección. Los partidarios de Carrera, duchos en el arte de los motines militares, le parecieron elementos díscolos y dudosos, lo que le hizo prescindir en absoluto de ellos para la ejecución de su plan. Entonces don José Miguel Carrera pasó a Buenos Aires, donde provocó y mató en desafío al general Makenna, que figuraba entre los más ardientes partidarios de O'Higgins. Luego, concibiendo una idea tan atrevida como genial, se embarcó para los Estados Unidos con el propósito de negociar la adquisición de algunos barcos armados en guerra, y más adelante veremos cual fué el resultado de sus trabajos.

La caída de Alvear, en abril de 1815, permitió a San Martín continuar con más firmeza sus preparativos en los que no le opuso el menor obstáculo el Director interino Alvarez Thomas, y en que más adelante le ayudó muy poderosamente el Director Pueyrredón, nombrado por el Congreso de 1816. Para desorientar a los realistas guardó la mayor reserva acerca del rumbo que se proponía seguir en su proyectada invasión, y cuando se acercaba el momento de realizarla, envió a Chile emisarios con

el encargo de levantar guerrillas para diseminar las fuerzas del enemigo. Cumplió muy satisfactoriamente esa misión el joven abogado chileno Manuel Rodríguez, cuya cabeza fué puesta a precio por el general Marcó del Pont, que había sucedido a Osorio en el gobierno de Chile y que se había enajenado los ánimos por sus arbitrariedades y su orgullo.

San Martín comenzó el paso de la cordillera de los Andes el 27 de enero de 1817, marchando con el grueso de su ejército por el desfiladero de los Patos, que suponía mal defendido por lo difícil de su acceso. Al mismo tiempo, el coronel Las Heras, que se había distinguido mucho como oficial de la legión auxiliar argentina en Chile, franqueaba el desfiladero de Uspallata. El total de las fuerzas invasoras no pasaba de cuatro mil hombres, a los que podía oponer Marcó del Pont más de cinco mil; pero ignorando el punto por donde pasarían los argentinos, había extendido demasiado su línea, debilitándola. El ejército de San Martín no encontró, pues, resistencia al pasar los Andes; pero sí tuvo que sostener luchas terribles con la naturaleza y hacer grandes esfuerzos para transportar la artillería y los bagajes; de modo que al llegar a los valles de Chile había perdido cerca de cinco mil mulos y tres mil quinientos caballos.

El 8 de febrero, después de dos combates de vanguardia sostenidos por don Gregorio Las Heras y en que obtuvo la victoria, el ejército de San Martín operó su concentración en el valle del Aconcagua. Habiendo sabido que venía sobre él una división de dos mil hombres, mandada por el brigadier don Rafael Maroto, marchó a su encuentro, encomendando a O'Higgins el mando de la vanguardia, a Soler el de la división que debía flanquear a las tropas realistas y encargándose él de la retaguardia. La batalla se libró en la sierra de *Chacabuco,* en la mañana del 14 de febrero; O'Higgins, sin esperar la llegada de Soler, atacó impetuosamente al enemigo e hizo tales prodigios de valor que, no obstante su inferioridad numérica, llevaba ya muy adelantada la acción cuando llegaron las tropas de Soler, que decidieron el triunfo en favor de los patriotas. La derrota de los realistas fué completa, perdiendo Maroto el material de guerra y muchos prisioneros.

Aquella misma noche evacuaron la capital Marcó del Pont y sus tropas, retirándose a Valparaíso, y el día siguiente hizo su triunfal entrada en Santiago el ejército patriota. El cabildo

nombró jefe supremo de Chile al general San Martín; pero éste no aceptó el nombramiento y entonces se designó al general chileno Bernardo O'Higgins, que ocupó el poder sin interrupción hasta 1823 y fué en adelante para San Martín el más eficaz de los auxiliares y el más fiel de los amigos.

Actividad de O'Higgins. — Desde luego O'Higgins desplegó la mayor actividad para activar las operaciones militares y restar elementos a los realistas. Deportó a muchos de éstos, entre ellos al general Marcó del Pont, capturado cuando trataba de escaparse al Perú, e hizo fusilar en la plaza pública a un capitán y un sargento que habían hecho asesinar en la cárcel a varios prisioneros patriotas. Al mismo tiempo envió al coronel Las Heras contra la plaza de Concepción, donde había organizado la resistencia el coronel español don José Ordóñez, militar valeroso y entendido. Las Heras le batió el 5 de abril en *Curapalihué*, haciéndole abandonar la plaza de Concepción; pero habiéndose replegado a Talcahuano recibió el refuerzo de 1.500 hombres que le enviaba el virrey del Perú. Se atrevió entonces a llevar un ataque al campamento de Las Heras, situado en el cerro del *Gavilán;* pero fué batido de nuevo y entonces limitó sus aspiraciones a fortificarse en Talcahuano.

Comprendiendo O'Higgins el peligro que había en dejar a los españoles tan importante posición, salió en persona contra Ordóñez al frente de un considerable ejército, pero todos sus esfuerzos para rendir a Talcahuano fueron inútiles. Aconsejado O'Higgins por el general francés Brayer, que había emigrado de su país después de la caída de Napoleón, se decidió a dar el asalto a la plaza y así lo hizo el 6 de diciembre, pero fué rechazado, dejando el campo cubierto de muertos y heridos. Como poco después llegara la noticia de que salía del Perú otra expedición, al mando del general Osorio, hízose necesario levantar el sitio de Talcahuano que había durado ocho meses; el ejército de O'Higgins se retiró a mediados de enero de 1818 al norte del río Maule; y el general San Martín, con una fuerte división, acampó entre los puertos de San Antonio y Valparaíso, para acudir al punto que viera más amenazado.

Nueva campaña. Sorpresa de Cancha-Rayada. — Osorio desembarcó en Talcahuano con tres mil soldados, en su mayor parte indios del Perú, y unido a Ordóñez, preparó el

ataque a las fuerzas patriotas. Los momentos eran críticos, porque el mal éxito de la empresa contra Talcahuano y la formación de un fuerte ejército realista comprometían seriamente la causa de la revolución. Entonces, para levantar los ánimos y patentizar la decisión de los chilenos, convocó el director O'Higgins un plebiscito que declarase la independencia de Chile. Al efecto mandó abrir registros en todas las poblaciones dominadas por los patriotas, para que firmaran en uno de ellos los partidarios de la libertad y en el otro los que prefiriesen el antiguo régimen. Los primeros registros se llenaron de firmas y los destinados a los realistas quedaron en blanco. Se extendió entonces el acta de la declaración de independencia que O'Higgins firmó a principios de febrero en Talca, pero datándola en Concepción y con fecha 1° de enero. El 12 de febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, se efectuó en todas las poblaciones no intervenidas por los realistas la jura de la independencia de Chile.

Osorio y Ordóñez marcharon al norte en busca del ejército patriota y pasaron el río Maule. Entonces San Martín se unió a O'Higgins en San Fernando (14 de marzo) y maniobró hábilmente para cortar la retirada a los realistas. Osorio conjuró este peligro replegándose a marchas forzadas sobre Talca, a donde llegó el 19 de marzo. San Martín y O'Higgins habían establecido su campo en la llanura de *Cancha Rayada*, al este de Talca, disponiéndose a dar el ataque al siguiente día; pero durante la noche fueron acometidos y dispersos por las tropas de Ordóñez, que hizo en ellos gran matanza. La confusión fué tal que lós patriotas se hacían fuego unos a otros; O'Higgins fué herido, a San Martín le faltó poco para caer prisionero y sólo se libró de la dispersión el cuerpo mandado por el coronel Las Heras.

Victoria decisiva de Maipo. — La consternación en Santiago fué tan grande al recibirse la noticia de esta sorpresa que se llegó a pensar en reproducir el éxodo a Mendoza. Calmó los ánimos el abogado Rodríguez, que a instigación de San Martín había levantado guerrillas en el sur y que organizó en Santiago en pocas horas un regimiento llamado de *la Muerte*, destinado a preparar la resistencia y castigar todo conato de deserción. Por fin el día 24 llegó O'Higgins, se hizo cargo del mando

supremo y dictó enérgicas medidas para concentrar un ejército respetable. No tardó en llegar San Martín, lo que acabó de restablecer la confianza en los ánimos, pues se le cría muerto o prisionero. La falta de actividad de los realistas, que no habían dejado de sufrir graves pérdidas en Cancha Rayada, favoreció la reorganización del ejército patriota, y cuando el 4 de abril se tuvo noticia de que se acercaba la vanguardia española, se pudo salir confiadamente a su encuentro. En la mañana del 5, el general San Martín, con 6.000 hombres, atacó en las lomas de *Maipo* el ejército de Osorio y Ordóñez, dirigiendo personalmente la batalla. Ésta pareció comprometida al principio, pero al fin los españoles empezaron a ceder y el general Osorio huyó del campo de la lucha para evitar el caer prisionero. Quedó sólo el valiente Ordóñez, que aun se resistió algunas horas, hasta que viendo imposible la retirada, tuvo que rendirse al anochecer y quedó prisionero en unión de otros jefes y oficiales, que fueron conducidos a San Luis. Habiendo tratado de fugarse algunos meses más tarde, el pueblo hizo en esos prisioneros una horrible matanza. En ésta y en las ejecuciones que la siguieron tuvo gran intervención don Bernardo Monteagudo.

Con la victoria de Maipo quedó asegurada la independencia de Chile; pero aun continuó algunos años la guerra en el sur, sosteniéndola primero el comandante Sánchez que años antes defendió a Chillán, y luego el aventurero Vicente Benavides. Éste había servido en las filas españolas y en las chilenas, de donde se fugó. Prisionero en la batalla de Maipo y condenado a muerte, fué fusilado; pero quedó con vida y se unió a Sánchez, peleando a su lado mucho tiempo. Al retirarse Sánchez, ya coronel, al Perú, dejó 70 hombres a Benavides, quien sobre este pequeño núcleo organizó una serie de guerrillas, con las que sostuvo muchos combates, hasta que el jefe patriota Freire le derrotó por completo en *Curali* (1º de mayo de 1819). Como más adelante veremos, no terminaron aquí sus campañas.

Fusilamiento de Luis y Juan José Carrera. — La batalla de Maipo coincidió casi con un doloroso episodio de las discordias civiles chilenas. Ya hemos indicado que don José Miguel Carrera había pasado a los Estados Unidos para comprar a crédito armas y naves. Logró su propósito, pero al

llegar a Buenos Aires fué detenido por orden de Pueyrredón, de acuerdo con San Martín. Exasperados los hermanos de Carrera, don Juan José y don Luis, se dirigieron de incógnito a Chile, con el propósito de derribar el gobierno de O'Higgins; mas por influencia de éste fueron detenidos en Mendoza, y Bernardo Monteagudo, a quien siempre tocaba estar allí donde se urdían asesinatos jurídicos, atravesó precipitadamente la cordillera y se presentó en Mendoza para desempeñar el papel de fiscal. En suma, los hermanos Luis y Juan José Carrera, acusados de crímenes supuestos, murieron fusilados en obsequio a la tranquilidad y a los rencores de O'Higgins (8 de abril de 1818). Un mes más tarde, el insigne guerrillero chileno Manuel Rodríguez, que pedía la reunión de un Congreso, trató de organizar un cabildo abierto en Santiago. Se le redujo a prisión y al cabo de algunas semanas se le trasladó para ser juzgado militarmente en Quillota; pero durante la marcha fué asesinado por sus guardianes en el lugar denominado Tiltil (24 de mayo de 1818). Estos hechos, reprobables desde cualquier punto de vista, son una mancha para la administración de O'Higgins y su responsabilidad alcanza también, en cierto grado, al general San Martín, que tenía medios de evitarlos o por lo menos de no dejarlos sin castigo. Se dice que los ordenó la *Logia Lautaro*, que creía lícito cualquier acto que asegurase la tranquilidad interior para desembarazar la acción gubernativa en la guerra contra España; pero a esto se contesta que los que piensan así en nada se diferencian de los maquiavelistas ni de los inquisidores, que también sacrificaban arbitrariamente víctimas en aras de la razón de Estado o de los intereses de la religión. Ya veremos luego que esos procedimientos tan hábiles, en sentir de algunos, no impidieron la guerra civil y que tres años después don José Miguel Carrera, que trataba de vengar a sus hermanos, fué ejecutado en el mismo lugar que éstos.

Compra de buques. Preparativos de la expedición al Perú. — Desde que O'Higgins se hizo cargo del gobierno procuró dotar a Chile de una escuadra, idea defendida también calurosamente por San Martín, que sólo creía posible la invasión del Perú por mar. Se negoció la adquisición de buques en los Estados Unidos e Inglaterra y, en 1818, se contaba ya con una escuadrilla formada por un navío, una fragata, una

corbeta y dos bergantines, a cuyo frente se puso el argentino don Manuel Blanco Encalada que había sido oficial de la armada española. Estos buques estaban armados con 142 cañones y podían llevar más de mil tripulantes. Fueron de inmensa utilidad para Chile, pues en el mes de octubre se hizo con ellos el apresamiento de la fragata española *María Isabel*, que, procedente de Cádiz, llegaba al Pacífico escoltando una expedición de dos mil soldados en nueve transportes. Cinco de éstos fueron también apresados, con más de setecientos soldados que en ellos iban.

Todo el año 1819 transcurrió en preparativos para la campaña marítima que se preparaba contra el Perú y en expediciones navales por el Atlántico y el Pacífico, dirigidas en su mayor parte por el marino inglés lord Tomás Cochrane, distinguido por su pericia y valor. En febrero de 1820 tomó por sorpresa a Valdivia, mereciendo que se le encargase la dirección naval de la expedición libertadora del Perú. Para ultimar los preparativos de ésta, necesitaron hacer los chilenos cuantiosos sacrificios y en este punto el director O'Higgins mostró una actividad y un buen deseo superiores a todo encomio. Por medio de contribuciones extraordinarias y de donativos voluntarios, logró equipar ocho buques de guerra y diez y seis transportes, que debían conducir un ejército de algo más de cuatro mil hombres bien armados, vestidos y provisionados. Además formó un gran parque de guerra, para que se pudiese armar algunos millares de voluntarios en el Perú. Al fin la expedición capitaneada por San Martín y lord Cochrane se hizo a la vela en el puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820.

Últimos incidentes de la lucha entre patriotas y realistas, en Chile. — Antes de narrar los principales episodios de esta importantísima campaña, daremos cuenta de los últimos incidentes de la lucha entre los patriotas y los realistas de Chile. Ya queda indicado que éstos seguían en armas en las provincias del sur, figurando a su cabeza el aventurero chileno Benavides, a quien Freire había derrotado por completo en *Curalí* el 1° de mayo de 1819. Durante algún tiempo pareció que Benavides renunciaba a la lucha, pero al cabo de unos meses levantó nuevas partidas y logró ponerse en comunicación con el virrey del Perú, que le envió armas y municiones,

con el título de coronel de ejército. Aprovechando la salida de la expedición libertadora del Perú que dejaba con muy pocos recursos al gobierno de Santiago, abrió Benavides nueva campaña y su segundo Juan Manuel Pico pasó el Bio-bio con 1.500 hombres y obtuvo dos señaladas victorias sobre los patriotas en *Yumbel* y el *Pangal* (20 y 23 de septiembre de 1820). En este último combate murió, asesinado por los indios araucanos que peleaban en favor de los realistas, el irlandés O'Carrol, que había obtenido el empleo de coronel chileno. Poco después Benavides sorprendió en *Tarpellanea* al anciano general don Andrés de Alcázar, que se rindió con sus fuerzas mediante capitulación. Despreciando ésta, Benavides hizo matar a lanzadas al septuagenario Alcázar, fusiló a los oficiales rendidos e incorporó a su ejército los soldados prisioneros (27 de septiembre). Estos triunfos, obtenidos en tan poco tiempo y marcados además con un sello de ferocidad que no había tenido hasta entonces la guerra de Chile, persuadieron a los patriotas de la necesidad de hacer un esfuerzo supremo para terminar la campaña del sud.

Freire, abandonando Concepción, se había refugiado en Talcahuano, donde resistió un asedio de dos meses. Al fin recibió refuerzos por mar y entonces hizo dos vigorosas salidas (25 y 27 de noviembre) derrotando a Benavides y haciéndole alejarse. En su retirada hacia el sur incendió Benavides varios pueblos y taló la campaña. Pasó algunos meses entre los indios araucanos reorganizando sus fuerzas y en septiembre de 1821 volvió hacia el norte con tres mil hombres mal disciplinados. Al acercarse a Chillán fué alcanzado por el coronel don Joaquín Prieto que le derrotó en *Vegas de Saldias* (9 de octubre). Estos fracasos hicieron perder a Benavides mucha parte del prestigio que tenia entre los suyos, y viendo su causa perdida se embarcó con algunos de sus hombres en una lancha con la idea de llegar hasta el Perú. Habiendo tocado en la costa de Topocahua para surtirse de agua, sus compañeros le entregaron a las autoridades chilenas y fué ahorcado en la plaza de Santiago el 23 de febrero de 1822. Desde entonces terminó en la parte continental de Chile la guerra entre patriotas y realistas; pero aun quedaron éstos en posesión del archipiélago de Chiloé, que lograron conservar durante algunos años.

XI.

EL PERÚ HASTA LA RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.

Antecedentes. — Motín del Cuzco. — Adhesión de Pumacagua. — Campaña contra los insurrectos. Éstos son vencidos. — Expedición libertadora de San Martín. Empiezan las operaciones militares. — Sucesos favorables. Campaña de la sierra. — Destitución del virrey Pezuela y elección de otro por los generales. — Conferencias de Punchauca. — Entrada de San Martín en Lima. Proclama la independencia del Perú y toma el título de Protector. — Entrega del Callao. — Ruptura con lord Cochrane. Cuestión de Quito. Conferencia de Guayaquil. — San Martín renuncia el cargo de Protector del Perú. — Muerte de Monteagudo. — San Martín se retira de la vida pública. — Situación del Perú desde la abdicación de San Martín. El Triunvirato. — Presidencia de Riva Agüero. — Entrada de los realistas en Lima. — Destitución de Riva Agüero. — La guerra en el Sur. — Llegada de Bolívar. — Disensiones entre los realistas. — Batalla de Junín. — Batalla y capitulación de Ayacucho. — Muerte de Olañeta. — Sitio y toma del Callao. Fin de la dominación española en el continente americano.

Antecedentes. — El Perú había sido desde el siglo XVI la colonia más favorecida y próspera de la América del Sur; era, además, el centro de los recursos y fuerzas de los españoles, y esto, unido al bienestar que reinaba en el país, explica la tardanza con que se mostraron allá las aspiraciones separatistas. Ya hemos visto que el movimiento insurreccional de Tupac-Amaru había sido una reivindicación puramente indígena, y esto influía también en el mal éxito de las tentativas, porque la raza india, aunque muy numerosa en el Perú, era despreciada por los blancos, que formaban una clase netamente diferenciada, no sólo por el aspecto físico, sino por su riqueza y posición social.

Motín del Cuzco. Adhesión de Pumacagua. — Sin embargo, no faltaban ardientes partidarios de la independencia, y el virrey Abascal hubo de trabajar mucho para evitar que los cabildos, prevaliéndose de la invasión francesa en España, imitasen la conducta de los de las otras colonias. El 5 de noviembre de 1813 estalló en el Cuzco un motín, que fué sofo

cado fácilmente, siendo preso su principal instigador don José Ángulo. Era éste un personaje muy estimado, de modo que su prisión no fué tan rigurosa que le impidiera conversar con los oficiales encargados de custodiarle y hacer ante ellos calurosas apologías de la revolución. Habiendo logrado ganar varios de ellos a sus ideas, dió nuevamente el grito de insurrección en la noche del 2 de agosto de 1814, y apoyado por las tropas redujo a prisión al gobernador militar don Martín Concha, a otros altos funcionarios y a casi todos los españoles residentes en el Cuzco. Al siguiente día formó un gobierno provisional, en que figuraba el brigadier don Mateo García Pumacagua, de raza india, pero muy considerado hasta entonces por los españoles, a los que había prestado, como militar y hombre acaudalado, grandes servicios.

Los revolucionarios organizaron inmediatamente milicias y formaron tres divisiones que salieron a campaña con distintos rumbos para propagar el fuego de la insurrección. Una de esas divisiones se apoderó de *La Paz* el 24 de septiembre, otra ocupó a *Guamanga*, y la tercera, mandada por Pumacagua, entró en *Arequipa*, después de haber batido a varios destacamentos españoles. Los sublevados, casi todos de raza indígena, marcaban su paso con desmanes inauditos : fusilaban a los vencidos, asesinaban a los españoles indefensos y saqueaban como bandoleros las propiedades particulares.

Campaña contra los insurrectos. Éstos son vencidos. — Al recibirse en Lima la noticia de este movimiento, el virrey Abascal carecía de tropas, pues había enviado a Chile al brigadier Osorio, y a la frontera argentina a Pezuela, y aunque ambos peleaban con fortuna era necesario hacerlos regresar. El aviso a Osorio llegó al cabo de mucho tiempo; Pezuela no lo recibió, porque los insurrectos habían cortado las comunicaciones; pero enterado personalmente de lo que ocurría, modificó por iniciativa propia sus operaciones, y después de fusilar a uno de sus jefes de columna, don Saturnino Castro, que se había puesto de acuerdo con San Martín y con Güemes, envió hacia el Cuzco al brigadier don Juan Ramírez con 1.200 hombres, en su mayor parte indígenas.

Ramírez mostró en esta campaña mucha inteligencia, valor y actividad. El 28 de septiembre destruyó cerca de *La Paz* a una

división de los rebeldes; luego hizo salir precipitadamente de Arequipa a las tropas de Pumacagua, batió a los insurrectos en una serie de encuentros, y en cuanto pudo reforzar su columna, marchó hacia el Cuzco. El 11 de marzo de 1815, destrozó completamente al ejército cuzqueño en *Humachiri*, y entonces, desalentados, los insurrectos se alzaron contra sus jefes, arrestaron a Pucamagua y le entregaron a Ramírez, que inmediatamente le hizo ahorcar, enviando al Cuzco su cabeza en una pica. El 25 de marzo entró el ejército realista en el Cuzco y se cebó cruelmente en los vencidos. Los patriotas don José y don Vicente Ángulo, don Gabriel Béjar, don Mariano Melgar y otros muchos fueron ahorcados, y la represión tomó el carácter de una venganza sangrienta.

Dominada en pocos meses esta insurrección, que había llegado a contar con 25.000 hombres, pero que estaba afectada de la congénita debilidad de todo alzamiento de base indígena, se afianzó la paz en el Perú durante cinco años. El virrey Abascal fué relevado por el general don Joaquín Pezuela, que pudo enviar tropas a Chile y a la frontera argentina, hasta que formada la escuadra patriota tuvo que limitarse a la defensiva. El almirante Cochrane se presentó dos veces con sus buques, en 1819, a la vista del Callao y hostilizó sin resultado la plaza: habiéndose sorprendido una conspiración para entregársela, fueron condenados a muerte y ejecutados los principales promotores, señores Alcázar, Gómez y Espejo.

Expedición libertadora de San Martín. Empiezan las operaciones militares. — El 8 de septiembre de 1820 desembarcó en la costa de Paracas la expedición del general San Martín, que había zarpado el 20 de agosto de Valparaíso. Sin encontrar resistencia, entró el ejército libertador en Pisco, donde estableció, por lo pronto, su cuartel general.

Grande fué la alarma que este acontecimiento produjo en Lima. El virrey Pezuela creyó que podría resolver el conflicto, haciendo jurar la Constitución de 1812, restablecida seis meses antes en España; pero esto representaba poco para los patriotas, que veían cada vez más probable el logro de su independencia. Mandó, además, el virrey tres delegados para tratar con San Martín, y las conferencias tuvieron lugar en el pueblo de Miraflores, a dos leguas de Lima, sin surtir efecto favorable.

Después de un breve armisticio se dió comienzo a las operaciones militares el 5 de octubre.

Entregó San Martín una columna de mil hombres escogidos al general Alvarez de Arenales para que recorriese una gran extensión de los valles inmediatos a la sierra, proclamara la independencia en todos los pueblos del tránsito y se incorporara después al resto del ejército, que se mantendría al norte de Lima. El valiente Arenales cumplió esta difícil misión con gran éxito; reclutó muchos voluntarios, eludió por hábiles marchas el choque con fuerzas superiores, y el 15 de octubre obtuvo una señalada victoria en *Nasca* sobre los realistas, tomándoles armamento y muchos prisioneros.

Sucesos favorables. Campaña de la sierra. — Desde Pisco, donde permaneció siete semanas, se trasladó San Martín por mar al puerto de *Ancón* (29 de octubre), a ocho leguas al norte de Lima, y envió guerrillas que hostilizaron a las fuerzas españolas. La escuadra de lord Cochrane bloqueó el puerto del Callao, y al amanecer del 6 de noviembre tomó al abordaje la fragata de guerra *Esmeralda*, sacándola del fondeadero a pesar de los fuegos de la fortaleza. Otros muchos actos de arrojo realizó la escuadra patriota; pero no pudo apoderarse del Callao, bien defendido y al abrigo de toda sorpresa.

Mientras tanto cundía la insurrección por las provincias del norte. En Guayaquil se había constituido una junta revolucionaria el 9 de octubre, lo que daba una gran base de operaciones a San Martín. Sabiendo éste que el virrey se preparaba a salir en su busca, volvió a embarcarse el 8 de noviembre y desembarcó veinte leguas más al norte, tomando posesión de Huaras y cortando las comunicaciones entre Lima y las provincias de Trujillo, Lambayeque y Piura, que se pronunciaron por la independencia, iniciando el movimiento el marqués de Torre-Tagle, intendente de Trujillo, que entregó a San Martín la provincia de su mando. Todo el norte del Perú, hasta Guayaquil inclusive, quedó así en favor de los independientes. También consiguió San Martín, merced a sus trabajos de zapa, que se pasase a los patriotas el batallón realista de *Numancia*, cuyos soldados eran indios y los oficiales criollos; sólo un teniente, llamado Curbelo, se negó a seguir a sus camaradas. Otros muchos ofi-

ciales y soldados de distintos cuerpos se pasaron también a los independientes.

El general Arenales cumplía, en tanto, su difícil cometido de un modo inmejorable. Gracias a él fué casi unánime el alzamiento contra los españoles en la sierra. Se apoderó de Jauja, Huanta y Huamanga, y derrotó completamente en *Pasco* (6 de diciembre) al brigadier O'Reilly, haciéndole prisionero. En los primeros días de enero de 1821 había operado ya su reunión con San Martín.

Destitución del virrey Pezuela y elección de otro por los generales. — El virrey Pezuela seguía en Lima con más de seis mil hombres y no daba muestras de iniciar seriamente las operaciones contra los patriotas, lo que motivaba gran descontento entre sus subordinados. Parece que la serie de deserciones que había sufrido el ejército realista impresionaba hondamente a Pezuela, que temía verlas reproducirse en mayor escala. De todos modos, el disgusto llegó a tal extremo que, reunidos los generales y jefes realistas en Asnapuquio el 29 de enero de 1821, firmaron un acta en que pedían al virrey que hiciera entrega del mando supremo al teniente general don José de La Serna. Estaba Pezuela tan descorazonado, que no hizo resistencia a tal imposición, y en el mismo día entregó el mando, haciendo entender, en obsequio a los conjurados, que tomaba esa determinación por su propia voluntad.

Conferencias de Punchauca. — Por su parte, San Martín, quizá por fiar el éxito más bien a negociaciones y al curso natural de los sucesos que a hechos de armas, se mostraba también inactivo. Envió nuevamente al interior al intrépido Arenales; mandó a don Guillermo Miller, procedente de la legión inglesa, sobre Arica y Arequipa, fomentó la creación de guerrillas en las inmediaciones de Lima e hizo que la escuadra hiciera más vigoroso el bloqueo para impedir la entrada de víveres. Por entonces el gobierno liberal de España había mandado al Perú a un agente, llamado don Manuel Abreu, con poderes bastantes para negociar la paz. Los jefes de las fuerzas beligerantes abrieron las conferencias en Punchauca, al norte de Lima, el 3 de mayo de 1821, y San Martín presentó las condiciones siguientes : reconocimiento de la independencia del Perú; formación de un consejo de regencia compuesto de tres

miembros, nombrados uno por La Serna, otro por San Martín y otro por elección popular; y envío a España de dos comisionados para buscar un individuo de la familia real que viniese a ocupar el trono del Perú. No desaprobó La Serna esas proposiciones, pero quiso someterlas a su consejo de generales, que las rechazó. Los españoles proponían una tregua de un año, durante la cual San Martín y La Serna debían pasar a España para dar cuenta al rey de la situación del Perú y celebrar un arreglo definitivo. El jefe independiente no admitió esa proposición, y se reanudaron las hostilidades.

Entrada de San Martín en Lima. Proclama la independencia del Perú y toma el título de Protector. — El 6 de julio abandonó La Serna la ciudad de Lima, en la que no podía sostenerse por la escasez de víveres, y marchó en dirección a la sierra. El ejército patriota ocupó inmediatamente la ciudad de los virreyes, en la que San Martín entró el día 12, sin ostentación. Desde luego convocó al arzobispo y a los hombres más significados a una especie de cabildo abierto, que se declaró por la independencia absoluta. San Martín mandó arrancar de los edificios públicos todos los emblemas del poder español, y el día 28, sobre una plataforma construída en la plaza principal, enarboló una bandera roja en los extremos superior e inferior y blanca en medio, y declaró, en medio de los aplausos de la muchedumbre, que desde aquel momento el Perú era una nación libre e independiente. Por decreto de 3 de agosto tomó él mismo el título de protector del Perú y nombró tres ministros, que le ayudaron a ejercer el gobierno, siendo uno de ellos don Bernardo Monteagudo, que ya en esta época se desentendía por completo de las ideas democráticas que había profesado en los primeros años de su vida pública. Monteagudo tomó gran ascendiente sobre San Martín, mostró grandes dotes de mando y mucha energía y contracción como ministro; pero inclinado siempre a los procedimientos terroristas, hizo víctimas de las más duras persecuciones y atropellos, no sólo a los españoles, sino a muchos peruanos, afectando tratarles como a gente incapaz, con lo que fomentó enconados resentimientos y acabó por hacerse odioso. Dictó, sin embargo, muchas medidas progresistas y útiles; pero su carácter prepotente y despótico echaba a perder sus mejores iniciativas: siendo ex-

tranjero, parecía gozar en la vejación de los peruanos en vez de atraerse sus simpatías, y todo esto refluía en daño del prestigio de San Martín, que no se deshacía de tan imprudente consejero y parecía haber caído en un indiferentismo y pasividad muy ajenos a lo que de él se esperaba.

Entrega del Callao. — Desde luego el nuevo gobierno se esforzó por rendir el Callao, pero todos los ataques por mar y tierra fueron infructuosos. La Serna envió en auxilio de aquella importante plaza, llave de Lima, al general Canterac, que salió de Jauja el 24 de agosto, pasó el 9 de septiembre a la vista de la capital sin ser hostilizado y dejó guarnición y provisiones en el Callao, regresando a la sierra sin atacar a los patriotas, ni ser por ellos molestado.

Muchos peruanos descontentos murmuraban de la inacción de San Martín; sin embargo, este general podría ser un mediano gobernante, pero era un gran estratégico y no gustaba de batallas azarosas o inútiles. Sus tropas no estaban, sino en pequeña parte, lo bastante instruidas para imponerse al enemigo; prefirió, pues, aguardar ocasiones favorables y mientras tanto siguió ganando a su causa a cuantos jefes y oficiales realistas pudo. Casi todos los que se pasaron a las filas de San Martín eran americanos, descollando entre ellos el coronel don Andrés Santa Cruz, el general D. Domingo Tristán y el general don José La Mar, a quien el virrey había nombrado gobernador del Callao y que entregó esta plaza a los patriotas (21 de septiembre de 1821). Este golpe inesperado aseguró la posesión de Lima.

Ruptura con lord Cochrane. — Por entonces habían surgido graves desavenencias entre San Martín y lord Cochrane, jefe de la escuadra. Éste se avenía mal con el papel de subordinado, que era el único que en aquellas circunstancias le correspondía, criticaba las instrucciones del general en jefe y aun calumniaba su carácter, siendo de los que propalaban la especie de que trataba de hacerse rey del Perú; por último, se permitió iniciativas no siempre felices, pero de carácter dudoso, que San Martín consideró como actos de piratería. Sobrevino al fin el rompimiento y lord Cochrane regresó a Chile, donde hizo todo cuanto pudo para desconceptuar a San Martín en el ánimo de O'Higgins, aunque sin resultado. Más

adelante se puso, como en su lugar veremos, al servicio del Brasil.

Cuestión de Quito. Conferencia de Guayaquil. — El general Tristán, procedente del campo realista y a quien San Martín había confiado el mando de fuerzas importantes, fué completamente derrotado en Ica por el general Canterac, que le tomó mil prisioneros y casi todo el material de guerra (7 de marzo de 1822). Este contraste dió nuevo pábulo a las murmuraciones contra el protector del Perú, a quien se acusaba de inacción e indiferentismo, mientras se acrecentaba el prestigio de Bolívar, que por entonces alcanzaba grandes triunfos en Colombia y Quito. La batalla de Pichincha, ganada por colombianos a fines de mayo de 1822, y la incorporación del Ecuador al sistema de Colombia, puso sobre el tapete una cuestión muy delicada; porque los peruanos, basándose en el criterio histórico, aspiraban a que fuese anexionada a su país la presidencia de Quito, antiguo reino de Atahualpa, mientras Bolívar se mostraba resuelto a conservar esa adquisición, y muy probablemente inclinado a que el mismo Perú formara de un modo u otro parte de Colombia.

Ésta fué la principal causa que movió a San Martín a celebrar en Guayaquil su histórica conferencia con Bolívar (26 de julio de 1822), aparte de otras a que nos hemos referido anteriormente y que hacían la posición personal del gran estratégico argentino muy difícil y delicada. Sus enemigos habían hecho cundir la especie de que aspiraba, siguiendo inspiraciones de Monteagudo, a dar un golpe de Estado y proclamarse emperador o rey del Perú, y en este sentido habían escrito y hablado a Bolívar y a O'Higgins. Todo esto había descorazonado a San Martín, disgustándole de los hombres y de las cosas y decepcionándole de tal suerte, que nada tiene de extraño que se resolviese a desaparecer de la escena política.

San Martín renuncia el cargo de Protector del Perú. — Durante su ausencia estalló en Lima un motín, secretamente favorecido por el cabildo, contra el ministro Monteagudo. Éste renunció su cargo, pero fué preso y desterrado del país. Al regresar el protector se impuso de lo sucedido y parece que se limitó a decir : « Su carácter le ha precipitado. » En seguida convocó el primer Congreso del Perú, cuyas sesiones inauguró

con toda solemnidad el 20 de septiembre, y en ese mismo acto hizo renuncia de todos sus poderes, a pesar de que la asamblea le pidió reiteradamente que siguiera ejerciéndolos. Era tan general la creencia de que San Martín abrigaba el designio de hacerse rey, que su abdicación del protectorado y del título de generalísimo sorprendió a muchos. Sin embargo, la resolución de San Martín era tan firme que aquella misma noche, después de una breve conferencia con el general argentino don Rudecindo Alvarado, se embarcó en Ancón y se hizo a la vela para Chile, dejando una proclama que circuló al día siguiente y en que exponía los motivos de su resolución, diciendo que la presencia de un militar victorioso en los países nuevos era un peligro constante para la libertad y que sus servicios estaban recompensados con usura, ya que había tenido la satisfacción de cooperar a la independencia de Chile y del Perú.

Muerte de Monteagudo. — El general San Martín dió con su retirada un ejemplo de abnegación y desinterés de que la historia presenta muy pocos casos. No faltan escritores que juzguen desfavorablemente sus intenciones, suponiendo que hasta el último momento deslumbró San Martín a las gentes engañándolas sobre su verdadero carácter, pero los hechos desautorizan con demasiada elocuencia esas pérfidas imputaciones. El error de San Martín consistió en mostrarse demasiado asequible a la mala influencia de Monteagudo, que tan pronto le halagaba a él como al director chileno O'Higgins, y que luego consiguió ganarse la voluntad de Bolívar, merced al cual habría podido colmar sus ambiciones si el puñal de un asesino no hubiera puesto fin a su tortuosa y sangrienta carrera política. En efecto, Monteagudo, a quien se había prohibido bajo pena de muerte volver a pisar el territorio peruano, se avistó en Guayaquil con Bolívar, ganó su confianza y bajo su amparo volvió a Lima donde tantos atropellos y abusos de poder había cometido, concitándose innumerables enemistades y odios, que afectaba menospreciar. A fines de enero de 1825 fué asaltado una noche en las calles de la capital peruana por un negro y otro individuo que le dieron muerte, atravesándole aquél el corazón de una puñalada. Preso el asesino confesó a Bolívar que le había pagado para ejecutar el crimen un personaje influyente, el diputado demócrata Sánchez Carrión, a quien Boli-

var estimaba mucho, suponiéndole incapaz de actos semejantes. Poco después Sánchez Carrión, presunto instigador del crimen, murió envenenado por un militar peruano, amigo de Monteagudo y que vengó así la muerte de éste. Nos hemos detenido en este episodio porque la influencia de Monteagudo en el desarrollo de la revolución sudamericana fué muy grande, y este personaje siniestro y cruel, que cometió muchos crímenes políticos y a la vez prestó servicios notables por su actividad y talento, merece más atención de la que se le ha consagrado.

San Martín se retira de la vida pública. — En cuanto al general San Martín, después de diez años de brillantísima figuración en la Argentina, Chile y el Perú, estaba destinado a conocer todas las amarguras del ostracismo. Cuando llegó a Valparaíso (12 de octubre de 1822), encontró a O'Higgins en situación penosa, pues aunque había gobernado con acierto y probidad desde 1817, se había granjeado muchos enemigos por sus alardes aristocráticos y dictatoriales. Se le acusaba de inclinación al despotismo y él daba cierta razón a sus acusadores negándose a convocar un parlamento, a pesar de que todos los pueblos americanos lo tenían. Tuvo al fin que transigir con la opinión pública y, el 7 de mayo de 1822, convocó una asamblea preparatoria, encargada de votar una constitución. La asamblea se reunió el 23 de julio y confirmó los poderes de O'Higgins, pero los enemigos de éste le acusaron de haber influído ilegalmente en las elecciones para asegurarse la mayoría, y esto aumentó la tirantez de los ánimos. Así las cosas, la llegada de San Martín agravó la situación de O'Higgins, porque se temió que el ex protector del Perú quisiera ejercer su antigua influencia en los asuntos de Chile. El general San Martín llegaba pobre, pues aunque el Congreso del Perú había votado en su favor como recompensa nacional la suma de un millón de pesos, no le entregó entonces ni nunca un solo centavo a cuenta de esa cantidad; sin embargo la oposición chilena le acusó de haber saqueado los tesoros del antiguo imperio de los Incas. Comprendiendo San Martín que las circunstancias hacían inconveniente su presencia en un país por cuya libertad tanto había luchado, se despidió de O'Higgins, que le ayudó con algunos subsidios, y pasó a Mendoza, donde se ocupó varios meses en cultivar una chacra. En Chile había recibido la

triste noticia de la muerte de su esposa y desde su retiro de Mendoza supo la caída de O'Higgins, contra el que se había sublevado en Concepción y Coquimbo el general Freire, al que se unieron las milicias preparadas para combatirle. Un cabildo abierto reunido en Santiago el 28 de enero de 1823 pidió a O'Higgins que abdicara, y éste lo hizo después de manifestar que tenía fuerzas bastantes para dominar la sedición, pero que no quería ensangrentar el país. Se le pidió consejo para constituir el nuevo gobierno y se le acompañó a su residencia vitoreándole como padre de la patria; pero cinco meses después O'Higgins se embarcó para el Perú donde murió al cabo de veinte años de voluntario destierro, sin haber vuelto a su patria.

El general San Martín pasó en 1823 a Buenos Aires, donde fué recibido con frialdad; pues muchos espíritus miopes o envidiosos le acusaban de haber dispuesto de un ejército argentino, contra las órdenes del gobierno, para hacer la guerra por su cuenta en otros países, sin ver que dando libertad a Chile y al Perú había asegurado San Martín sobre firmes bases la independencia argentina. Después de elevar un sencillo mausoleo a la memoria de su esposa, se embarcó San Martín para Europa llevándose a la única hija que había tenido de su matrimonio. Había confiado toda su fortuna, que ascendía a unos ochenta mil pesos oro, a un banquero inglés, que se mostró indigno de esa confianza, pues al llegar a Londres vió San Martín que estaba completamente arruinado. En tan amarga situación le salvó de la miseria un su antiguo condiscípulo, el banquero español Aguado, quien le nombró administrador de los bienes que en Francia tenía y le regaló una modesta finca, no lejos de París. Aun hizo San Martín un viaje a la Argentina a principios de 1829, pero halló sumido el país en la guerra civil; no quiso tomar parte en ella y ni siquiera llegó a desembarcar. Vuelto a Europa, murió en Boulogne sur Mer en 1850 y treinta años después fueron trasladados sus restos a la República Argentina. La posteridad ha hecho a su mérito y a sus intenciones la justicia que le negaron sus contemporáneos.

Situación del Perú desde la abdicación de San Martín. El triunvirato. — Al renunciar el general San Martín el protectorado del Perú, el Congreso asumió todos los poderes, delegando el ejercicio del ejecutivo en una junta formada

por el general La Mar, el conde de Vista Florida y don Antonio Alvarado. Esta junta envió al general argentino D. Rudesindo Alvarado con 3.500 hombres a combatir al ejército de La Serna. La expedición se embarcó en el Callao y al cabo de dos meses desembarcó cerca de Arica, ocupando a Tacna y Moquegua a mediados de enero de 1823. El día 19 hubo un encuentro favorable a los patriotas en *Torata;* pero en los días 20 y 21 los realistas, mandados por Valdés y Canterac, quedaron vencedores en este punto y en *Moquegua*. Los fugitivos huyeron en desorden hacia la costa, cayendo en poder de Canterac y Valdés sobre 900 prisioneros.

Presidencia de Riva Agüero. — Estas derrotas quitaron prestigio al general Alvarado, que fué sustituído por don Andrés Santa Cruz. Por influencia de éste, el Congreso de Lima depuso al triunvirato y nombró presidente de la República al inquieto tribuno don José Riva Agüero, que había hecho solapada oposición a Monteagudo y a San Martín. Riva Agüero, que había tomado las insignias de coronel, se proclamó ahora mariscal (28 de febrero de 1823), reunió activamente un ejército de cinco mil hombres que confió a Santa Cruz y envió emisarios al libertador Bolívar, pidiéndole con el mayor encarecimiento su concurso para arrojar a los españoles del Perú. No fué sordo Bolívar a este pedido, pues envió al Perú una división de tres mil colombianos, mandados por el valeroso Sucre.

Entrada de los realistas en Lima. — Aprovechando Canterac el embarque de las fuerzas de Santa Cruz, que se dirigía al sur, partió de la sierra con dirección a Lima, llevando ocho mil hombres entre españoles e indios. Su marcha fué muy rápida y no dejó en el camino un solo rezagado. El Congreso acordó abandonar la capital y pasar a las fortalezas del Callao, pero sólo acompañaron a Riva Agüero 38 diputados, quedando en Lima 41, dispuestos a congraciarse con los realistas, que ocuparon sin resistencia la ciudad el 18 de junio de 1823. Tres días después los diputados que habían salido de Lima con Riva Agüero le despojaron del mando militar, confiándolo al colombiano Sucre, que defendía el Callao. Se acordó también despojar del mando político a Riva Agüero; pero éste protestó y se retiró con varios diputados a Trujillo, estable-

ciendo allí una especie de gobierno, frente al del Callao, dirigido accidentalmente por Sucre.

Destitución de Riva Agüero. — Canterac no permaneció en Lima sino un mes; después de haber tratado inútilmente de tomar el Callao marchó hacia el sur el 17 de julio para reforzar a las tropas del virrey La Serna. Entonces los patriotas volvieron a Lima; el general Sucre delegó sus poderes en el marqués de Torre Tagle y marchó a su vez hacia el sud, centro de las operaciones militares.

Como el gobierno de Riva Agüero, establecido en Trujillo, seguía proclamándose único legal, el Congreso le destituyó el 16 de agosto, declarando a Riva Agüero traidor a la patria y confirmando a Torre Tagle en el cargo de presidente de la República. No se dió Riva Agüero por vencido y publicó varios manifiestos de protesta, hasta que uno de sus oficiales, el coronel Lafuente, lo apresó y lo embarcó para Guayaquil (25 de noviembre) de donde pasó a Europa.

La guerra en el Sur. — Mientras tanto en el sur se batían denodadamente realistas y patriotas. Santa Cruz, desembarcado en Iquique a mediados de junio, tomó Arica, Tacna y otros pueblos, cruzó la cordillera de los Andes y penetró en el Alto Perú, proclamando la independencia en La Paz el 7 de agosto, mientras el coronel Gamarra hacía lo mismo en otras poblaciones y se alzaban por doquiera grupos de independientes. Por su parte Sucre ocupó el 30 de agosto la importante ciudad de Arequipa.

Los españoles, privados de buques, no habían podido contrarrestar al principio esos movimientos; pero después desplegaron admirable actividad. El general Valdés, con 4.000 soldados españoles e indios, había salido de Lima el 29 de junio e hizo una prodigiosa marcha de 57 días seguidos a través de montañas y terrenos áridos, salvando cuatrocientas leguas hasta llegar el 25 de agosto a la vista de La Paz. Le salió al encuentro Santa Cruz y el mismo día sostuvieron en *Zepita* un combate de poca importancia, con alguna ventaja para los patriotas. Pero La Serna, que estaba en el Cuzco, marchó inmediatamente a reforzar a Valdés, que se sostuvo hasta recibir auxilio, y entonces cambió la situación, pues los patriotas, amenazados por un ejército aguerrido y avezado a las más duras fatigas, se

vieron obligados a retirarse a la costa para embarcarse de nuevo hacia el Callao, con lo que fracasó su campaña del sur. El general Sucre, después de sostener un rudo combate en las calles de Arequipa el 8 de octubre, se retiró a Quilca para reembarcar sus tropas. Por fin una división chilena, mandada por el general Pinto, llegó al puerto de Arica cuando ya estaba decidida en favor de los realistas la campaña del sur y se vió precisada a regresar a Chile sin combatir.

Llegada de Bolívar. — En estas circunstancias, desfavorables para los patriotas, llegó al Perú el general Bolívar, a quien se esperaba como a un salvador. El 1° de septiembre entró en Lima, donde fué recibido con el mayor entusiasmo; el marqués de Torre Tagle, presidente de la República, se sometió desde luego a sus indicaciones y Bolívar gobernó de hecho el país. No pudo, sin embargo, dar impulso a las operaciones militares, porque el ejército estaba desmoralizado por los últimos reveses y por las rivalidades entre los diversos elementos de que se componía, lo que daba lugar a frecuentes motines. El más grave fué el promovido el 5 de febrero de 1824, por la guarnición del Callao, compuesta de tropas del antiguo ejército de los Andes, que se sublevaron pidiendo el abono de sus sueldos atrasados y que se les transportara gratuitamente a su país. Se puso al frente del movimiento el sargento Moyano, que prendió y expulsó al gobernador de la fortaleza, general Alvarado, y a los oficiales, y se puso en comunicación con el general realista Canterac para entregarle la plaza. Aunque no faltó tiempo para reducir por buenas o malas a los amotinados, es el caso que no se hizo y a fines de febrero tomó posesión de la plaza del Callao una brigada española mandada por don Ramón Rodil, al mismo tiempo que el general Monet ocupaba con una división a Lima.

Estos dos golpes fueron desastrosos para los patriotas, que se vieron obligados a retirarse a Trujillo. El general Bolívar, que no mostraba en esta campaña la fortuna que en las anteriores, echó la culpa de lo ocurrido al marqués de Torre Tagle, a quien el Congreso destituyó con las notas de incapaz y traidor, demasiado prodigadas en el Perú en épocas de agitaciones civiles. Torre Tagle, a quien Bolívar quería hacer fusilar, se refugió en el Callao, donde fué retenido como prisionero de

guerra. Después de haber investido a Bolívar con la suma del poder público, se declaró disuelto el Congreso.

Disensiones entre los realistas. — Hubiera podido creerse que todo estaba perdido para los patriotas en el Perú, y sin embargo, se acercaba con rápidez su definitivo triunfo. En el campo realista surgieron por esta época gravísimas disensiones con motivo de los sucesos políticos de España. Un ejército francés de cien mil hombres, mandados por el duque de Angulema, había restablecido en España el absolutismo real, aboliendo la Constitución. El régimen liberal contaba en el ejército español del Perú con muchos partidarios; de modo que casi todos los generales sufrieron una decepción profunda con el triste cambio de política ocurrido en su patria. La Serna, Canterac, Valdés, Espartero, Rodil, Ferraz y muchos otros jefes, que se sostenían valerosamente en el Perú sin recibir socorro alguno del gobierno de España, comprendieron que la caída de la Constitución había de producir un efecto moral deplorable en América, pues demostraría que la metrópoli insistía en sus antiguos errores; por todo lo cual juzgaron necesario mantener las garantías constitucionales en el virreinato del Perú.

Esta conducta prudente del virrey sirvió de pretexto para sublevarse al general don Pedro Antonio de Olañeta, que mandaba las fuerzas españolas del Alto Perú. Olañeta, descendiente de una distinguida familia vizcaína, se había hecho notar mucho en la guerra contra los independientes; en 1820, había tomado por sorpresa la ciudad de Salta y dado muerte al insigne guerrillero Güemes, y después había derrotado varias veces a Santa Cruz y a otros jefes patriotas. Era furibundo partidario de la monarquía absoluta, había visto con el mayor despecho el triunfo de la constitución y se regocijó con su caída. Al observar que el virrey La Serna no se daba por enterado del cambio de gobierno, se desligó Olañeta de la obediencia al virrey y, el 22 de enero de 1824, proclamó en Potosí al rey absoluto, haciendo la misma ceremonia el 8 de febrero en Chuquisaca. Se vió rodeado y estimulado a la vez por los realistas y por los patriotas, que veían facilitado el triunfo de su causa con la división de los españoles, y procedió como si fuera virrey en el territorio que ocupaba con sus tropas. Enviada contra él una

división al mando de Valdés, no hubo medio de llegar a una avenencia y se entabló una campaña porfiada cuyas consecuencias fueron desastrosas, porque, aunque la victoria no se decidió por ninguno de los dos bandos, quedaron inmovilizadas casi todas las columnas realistas, mientras los patriotas entraban activamente en campaña.

Batalla de Junín. — Bolívar había reunido doce mil hombres entre colombianos, peruanos, chilenos y argentinos, y después de una marcha penosa y atrevida, llevando a su vanguardia al general inglés Guillermo Miller, pasó los Andes peruanos y llegó a *Pasco*, donde le salió al encuentro el general Canterac (1° de agosto). Bolívar hizo una hábil marcha de flanco para colocarse a retaguardia del enemigo; pero éste contrarrestó el movimiento y acampó en la llanura de Junín, donde fué acometido por la caballería de los patriotas (6 de agosto). Al principio los realistas rechazaron el ataque, pero habiéndose dispersado antes de tiempo en persecución del enemigo, fueron atacados por dos escuadrones peruanos que no habían entrado en acción. Entonces, el argentino Necochea logró rehacer a los jinetes rechazados en el primer encuentro y mandó con ellos una carga tan impetuosa a la caballería realista, que la hizo retirarse en completo desorden. Los españoles perdieron cerca de 400 hombres entre muertos y prisioneros y los independientes tuvieron 200 bajas. Canterac se retiró hacia el Cuzco y su ejército iba tan desmoralizado que desertaron cerca de dos mil hombres, pasándose casi todos al enemigo, Bolívar fué en su persecución hasta la orilla norte del Apurimac, donde hizo entrega del mando al general Sucre, y regresó a Lima para ocuparse de los asuntos del gobierno.

Batalla y capitulación de Ayacucho. — El desenlace se hallaba entonces más próximo de lo que podían suponer los contendientes. El virrey La Serna comprendió que había llegado el momento de hacer un esfuerzo supremo para batir al grueso del enemigo y ordenó a Valdés que suspendiera las hostilidades contra el rebelde Olañeta y volviese al Cuzco. Valdés, con su acostumbrada eficacia, salvó en cuatro semanas una distancia de 270 leguas y fué incorporando a sus tropas los destacamentos y guarniciones que encontraba a su paso. La división Canterac fué reorganizada del mejor modo posible y a

fines de octubre se habían reconcentrado en el Cuzco todas las tropas españolas, menos las sublevadas con Olañeta y las que defendían el Callao; en total unos 9.000 hombres con 1.500 caballos y 14 cañones. Con estas fuerzas abrió La Serna aquella campaña, que había de ser la última sostenida en el Perú por los españoles.

El ejército realista pasó el Apurimac para colocarse a retaguardia de Sucre y cortar sus comunicaciones con Lima. No disponiendo Sucre de elementos suficientes, se retiró hacia Huamanga, que encontró ocupada ya por los realistas. Por espacio de muchos días maniobraron con gran habilidad los ejércitos de La Serna y Sucre, buscando el primero la batalla y evitándola el segundo, que se limitó a escaramuzas de vanguardia, hasta dar con una posición favorable. Los españoles y los independientes, cada vez más próximos, se habían internado en el centro de la cordillera y sus marchas eran muy penosas. Todo parecía indicar que al darse la batalla general el triunfo sería de los realistas, que hasta entonces habían obtenido la ventaja en los encuentros parciales, sobre todo en el de *Matará*, a principio de diciembre, en que los patriotas perdieron casi toda su artillería.

El 9 de diciembre de 1824, al amanecer, ocupó el ejército español las alturas de Condorcanqui en la extremidad oriental de la planicie de Ayacucho. Las condiciones del terreno, quebrado, cortado por barrancas y falto de veredas, hacían casi imposible la retirada del que fuera vencido. Sucre, resuelto ya a presentar batalla, formó su ejército en unas lomas situadas en la parte occidental. El tiroteo de las avanzadas comenzó con el día y a las nueve de la mañana la batalla era ya general. Los españoles descendieron en correcta formación y tomaron briosamente la ofensiva; pero los patriotas les recibieron con una granizada de balas en y seguida cargaron rápidamente a la bayoneta, sin dar tiempo al enemigo a desplegar la línea. Dirigió la primera carga de los americanos, que fué avasalladora y gallarda, el joven coronel colombiano don José María Córdova, a la voz de : « *¡Batallones!..... ¡de frente!..... ¡paso de vencedores!* »

Roto el centro del ejército español, se dirigió contra sus alas un ataque frenético, apelándose al arma blanca. Acudió el virrey La Serna con la reserva para restablecer la situación,

pero cayó herido y fué hecho prisionero. La division Valdés, con un cambio de frente, arrolló en un principio a las tropas peruanas que mandaba el general La Mar, pero fué contenida y acuchillada por la caballería del intrépido Miller. A la una de la tarde fué consumada la derrota de los realistas, que perdieron dos mil muertos y heridos y tres mil prisioneros (entre ellos quinientos peninsulares) a más de los fugitivos y dispersos, que pasaron de mil quinientos.

El general Sucre coronó su espléndida victoria proponiendo a los vencidos una capitulación, que fué aceptada. Por ella los generales españoles reconocían la independencia del Perú y se comprometían a entregar el Callao y evacuar el territorio. Los vencedores se comprometieron a respetar las vidas y haciendas de los españoles y a enviar a España a los prisioneros que no quisieran quedarse en el país. Los militares realistas que quisieran servir en el ejército patriota serían incorporados a él con el mismo grado que tenían anteriormente. Los vencidos en Ayacucho fueron : el virrey La Serna; el general Canterac, jefe de Estado Mayor; los oficiales generales y coroneles con mando de brigada Valdés, Cacho, Carratalá, Ferraz, Monet y Villalobos; el regimiento de Gerona; los batallones de Guías, Victoria, Fernandinos, Imperial, Centro, Castro, Burgos y Cantabria; los escuadrones de granaderos de la guardia, húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, San Carlos, alabarderos del virrey y cuatro baterías de artillería. Los vencedores fueron don José Antonio de Sucre, general en jefe; el general Gamarra, jefe de Estado Mayor; los generales Córdova, Lara, O'Connor, Miller y La Mar; los batallones de Bogotá, Caracas, Pichincha, Vencedores, Voltígeros, Rifleros, Vargas y cuatro legiones peruanas; los regimientos de granaderos de Junín, húsares de Junín, húsares de Colombia, húsares de Buenos Aires y cuatro baterías.

Muerte de Olañeta. — Merced a la capitulación de Ayacucho, los patriotas quedaban dueños del Perú, pues las autoridades realistas se sometieron en casi todas partes a los vencedores. Hubo, sin embargo, dos excepciones de mucha importancia, que fueron el general Olañeta y el brigadier Rodil, defensor del Callao. Negóse Olañeta a reconocer la capitulación de Ayacucho, alegando que él no obedecía la autoridad

del ex virrey La Serna, en lo que se mostró lógico, toda vez que estaba sublevado contra él hacía un año. Sucre marchó contra él, y fué recibido con entusiasmo en La Paz, Cochabamba y Potosí, a donde llegó el 29 de marzo de 1825. Olañeta, con su ejército descontento y desmoralizado, marchó hacia el sur, y el 2 de abril, cuando trataba de reducir a un batallón que se le había sublevado en el pueblo de Tumusba, murió a manos de los amotinados. Los jefes de su ejército se dirigieron entonces a Sucre, pidiéndole que les comprendiera en la capitulación de Ayacucho, y con esto quedó extinguida la dominación española en el Alto Perú.

Sitio y toma del Callao. Fin de la dominación española en el continente americano. — En cuanto al brigadier Rodil, jefe de la guarnición del Callao, al recibir el oficio en que se le daba cuenta de la capitulación de Ayacucho, en la cual iba comprendida la entrega de aquella plaza, se negó resueltamente a obedecer. « Que capitulen ellos, ya que se han dejado derrotar — dijo, — pero yo nada tengo que ver con eso, ni me convenzo con argucias de abogado. Mientras tenga pólvora y balas, no quiero dimes y diretes con el enemigo. » Las municiones de guerra no le faltaban, ni la resolución tampoco, y resistió con admirable constancia los ataques de la escuadra independiente y del ejército de tierra, haciendo frente con energía a un sinnúmero de acometidas y asaltos parciales. Tanto como del enemigo exterior, tenía que temer de las conspiraciones interiores, que a cada paso se forjaban para entregar las fortalezas, y en un solo día fusiló a 36 conjurados, entre ellos un escribiente en quien había depositado su confianza. Durante el sitio, que duró trece meses, disparó sobre la división patriota, que ocupaba el campamento de Bellavista, cerca de 80 mil balas de cañón, 454 bombas, 908 granadas y unos 35 mil tiros de metralla. El hambre, las fiebres y el escorbuto se cebaron en los sitiados, causando la muerte de más de seis mil personas, entra ellas el marqués de Torre Tagle y muchas familias de Lima. Al comenzar el sitio tenía Rodil 2.800 soldados y a principios de enero de 1826, no le quedaban más que 376 hombres en estado de manejar las armas. Al cabo, Rodil capituló el 22 de enero de 1826, cuando la entrega de dos castillos al enemigo, por gobernadores infieles, hacía la

defensa imposible. Obtuvo todos los honores de la guerra, pues los patriotas hicieron justicia a su valor.

Con la rendición del Callao, acaecida por curiosa coincidencia el mismo día que la del archipiélago de Chiloé, entregaron los españoles sus últimos baluartes en la América del Sur.

XII.

EL BRASIL.

Período colonial. — Precursores de la independencia. — La familia real portuguesa se traslada al Brasil. Este país es elevado a reino. — Agitación separatista. — Jura de la Constitución. El rey se vuelve a Portugal. — Regencia de don Pedro. El grito de Ipiranga. — Don Pedro es proclamado emperador del Brasil. — Guerra con Portugal. — Triunfos de lord Cochrane. — Movimientos insurreccionales. Consolidación de la independencia del Brasil.

Período colonial. — Este país, que abarca muy cerca de la mitad del continente sudamericano, fué colonizado con mucha lentitud por los portugueses durante el siglo XVI; pasó a poder de España, con la metrópoli, desde 1581 a 1641, y en este período de sesenta años, estuvo muy descuidado y mal defendido, lo que permitió a los corsarios franceses e ingleses causar en sus costas muchas depredaciones y estragos. Mayores daños aún hicieron los holandeses, que en una serie de expediciones dirigidas contra el Brasil consiguieron hacerse dueños de una gran parte de su territorio, siéndoles reconocida la propiedad de sus adquisiciones por el rey D. Juan IV, cuando Portugal se hizo independiente de España. Sin embargo, en Pernambuco estalló contra los holandeses una insurrección formidable, que Portugal condenó aparentemente y favoreció en secreto. Siguióse una lucha encarnizada que duró cerca de 20 años, hasta que en 1661, Holanda renunció a sus dominios y pretensiones sobre el Brasil a cambio de una indemnización de cinco millones de cruzados y de algunas ventajas comerciales. En 1678, el príncipe regente, don Pedro de Portugal, ordenó al gobernador de Río Janeiro, D. Manuel Lobo, que ocupase la margen izquierda del río de la Plata, muy descuidada por los españoles, para fijar en ella la línea divisoria de los dominios portugueses, y al efecto ese gobernador fundó en un punto bien elegido una pequeña población que tomó el nombre de Colonia del Sacramento. Esto representaba para los españoles

la pérdida de la Banda Oriental, y además causaba serios trastornos a su comercio, por lo que el gobernador de Buenos Aires, don José de Garro, se apoderó de la Colonia el 7 de agosto de 1680, pero al año siguiente tuvo que devolverla por un acuerdo entre los gobiernos español y portugués. Esta política de España pecaba de imprevisora y torpe, de modo que hubo muchos conflictos, porque los portugueses convirtieron la Colonia en un centro de contrabando, de modo que los gobernadores de Buenos Aires representaron en muchas ocasiones a España los inconvenientes de tal situación. Al efecto, el gobernador de Buenos Aires, general don Bruno Mauricio Zabala, fundó en 1726, en la desembocadura del Plata, la ciudad de Montevideo, con lo que reivindicó para España la posesión de la orilla izquierda de aquel río. En 1762, don Pedro Ceballos tomó a los portugueses la Colonia y la mayor parte de Río Grande del Sur; pero aquella ciudad no pasó definitivamente a los españoles hasta 1777.

Precursores de la independencia. — Durante el siglo XVIII, los progresos del Brasil fueron importantes así en población como en riqueza y cultura, las obras europeas penetraron en el país, y por último, la revolución emancipadora de los Estados Unidos fué un ejemplo decisivo, que no podía menos de agitar los ánimos. En 1786 se formó en Coímbra y en París una sociedad de estudiantes brasileños que se comprometieron a trabajar por la independencia de su patria. Uno de ellos, Domingo Vidal Barboso, encontró los ánimos bien dispuestos en el distrito de Minas, y conspiró allí en favor de la independencia y la república, en unión del coronel Alvarenga Peixoto, del abogado Costa, del oidor Gonzaga y del alférez Silva Javier, llamado *Tira-dentes* por su gran habilidad como dentista de afición. Los conspiradores adoptaron una bandera republicana con la divisa *Libertas quæ sera tamen* (libertad, aunque sea tarde), preparando la revolución para la época en que el gobierno quisiera efectuar la cobranza de las contribuciones atrasadas del quinto de oro, y enviaron a Río Janeiro para adquirir armas y municiones y hacer propaganda al alférez Silva Javier, que mostró mucha decisión y entereza en esos arriesgados trabajos (año 1789). Delatada la conspiración fueron presos sus jefes y, después de un largo proceso, con-

denados a muerte los más caracterizados. Por carta regia se indultó de esta pena a todos menos al alférez Joaquín Silva Javier (*Tira-dentes*) que, considerado « criminal imperdonable », subió a la horca el 21 de abril de 1792, legando su nombre a la primera tentativa republicana del Brasil y enalteciendo su recuerdo con la aureola del martirio. El abogado Costa se había suicidado en la prisión, y Alvarenga, Maciel y otros fueron enviados a diferentes presidios.

La familia real portuguesa se traslada al Brasil. Este país es elevado a reino. — En 1807, habiendo sido invadido el reino de Portugal por las tropas francesas mandadas por el general Junot, se trasladó al Brasil la corte portuguesa. Reinaba entonces doña María de Braganza, que era demente, de modo que ejercía como regente el gobierno su hijo don Juan. La idea de trasladar a Río Janeiro la capital del imperio lusitano había sido ya propuesta por don Luis da Cunha en 1736, y por el marqués de Pombal en 1761.

La familia real, el Consejo de Estado, los ministros y casi todos los grandes señores portugueses con sus comitivas, formando un total de trece mil personas, se embarcaron en catorce buques de guerra, desembarcando en Bahía el 23 de enero de 1808. Allí el regente don Juan decretó la apertura de los puertos del Brasil al comercio de todas las naciones, y después de varios días se hizo a la vela para Río Janeiro a donde llegó el 7 de marzo. Allí se oyó aclamar emperador del Brasil, y pudo observar que todo conspiraba a la separación, desde el momento en que la colonia era mucho más poderosa, poblada y rica que la metrópoli. El regente organizó un ministerio, fundó un banco y una imprenta real, y adoptó muchas otras disposiciones que infundieron en el Brasil una vida nueva. No tardó en saberse que los franceses habían sido arrojados de Portugal merced a la excelente táctica de lord Wellington, jefe del ejército auxiliar inglés ; pero don Juan permaneció en el Brasil, elevándolo a la categoría de reino ; se apoderó en 1809 del puerto de Cayena, incorporando la Guayana francesa al Brasil, en cuyo poder siguió hasta 1815, y prevaliéndose de las diferencias entre la Banda Oriental y las Provincias Unidas del Sud, incorporó el Uruguay a sus dominios en 1816.

Por entonces falleció en Portugal la reina Dª María, dejando

como heredero a D. Juan VI, el cual siguió en Río Janeiro como monarca del reino unido de Portugal, el Brasil y los Algarbes.

Agitación separatista. — Los enormes gastos con que afligía al Brasil el verdadero ejército de cortesanos que sobre él había caído, y la arrogancia que mostraban los portugueses con los naturales del país, fomentaron mucho el espíritu separatista. Desde 1814, los militares brasileños habían formado en Pernambuco una sociedad secreta; en 1817 quiso disolverla violentamente el gobernador Miranda Montenegro, y dictó varias órdenes de prisión, encargando la ejecución de este acuerdo al brigadier Barbosa, que fué muerto de una estocada, en presencia de la tropa, por el capitán Barros Lima, uno de los comprometidos. Éstos sublevaron la guarnición, se apoderaron del gobernador, enviándolo a Río Janeiro, y proclamaron la república, instituyendo en Pernambuco un gobierno provisional (6 y 7 de marzo de 1817).

El movimiento republicano se propagó a las provincias del norte Parahiba y Río Grande, que formaron también sus gobiernos. Un sacerdote, llamado Abreu, se dirigió a Bahía con instrucciones y proclamas, pero al desembarcar en el muelle fué preso y sometido a un consejo de guerra, que le hizo fusilar.

El gobierno de Río Janeiro organizó un ejército y una escuadra contra los sublevados. Éstos alcanzaron pequeñas ventajas por tierra, pero quedaron estrechamente bloqueados por la escuadra del almirante Lobo. El jefe de la junta, Domingo Martins, fué derrotado por Mello de la Cerda; igual desgracia tuvo el mayor Cavalcanti, que al principio había salido victorioso en algunos encuentros. El 20 de mayo de 1817 se rindió Pernambuco, y poco después fueron ejecutados Martins y otros doce jefes del movimiento.

Jura de la Constitución. El rey se vuelve a Portugal. — Éste se reprodujo tres años después, aunque en forma menos alarmante. La revolución española de 1820 había repercutido en Portugal, donde se proclamó la Constitución. Al recibirse esta noticia en el Brasil, se pronunciaron en sentido liberal las ciudades de Pará y Bahía, secundadas, pocos días después, por la guarnición de Río Janeiro (26 de febrero de 1821). Don Juan VI se vió precisado a jurar una Constitución que aun no

existía, pues la estaban discutiendo a la sazón las cortes constituyentes de Lisboa. Lleno de contrariedad don Juan VI por la situación de los ánimos, decidió volver a Portugal, dejando en el Brasil como regente a su hijo don Pedro. Al despedirse, se asegura que le manifestó su opinión de que el Brasil tardaría muy poco en hacerse independiente. « En ese caso — añadió — procura que te nombren emperador o rey, antes que cualquier ambicioso se apodere de las riendas del gobierno. »

Regencia de don Pedro. El grito de Ipiranga. — No desaprovechó esa lección el príncipe D. Pedro. Puesto al frente de los negocios desde fines de abril de 1821, demostró, más o menos sinceramente, gran amor a la libertad y mucho desvío hacia la metrópoli. Las Cortes de Lisboa dictaron varias medidas que causaron en el Brasil muy mala impresión, y llamaron al príncipe don Pedro a Portugal. Ya iba el príncipe a embarcarse cuando estalló una especie de motín popular, a que él mismo distaba de ser ajeno, pidiéndole que se quedara. Lo hizo así, desobedeciendo las órdenes del gobierno de su patria, y desde ese momento su actitud fué de manifiesta rebeldía. Poco después los ayuntamientos le concedieron el título de *defensor perpetuo del Brasil* (13 de mayo de 1822).

Con esta representación se atrevió don Pedro a convocar en el Brasil una asamblea constituyente. Los siete diputados brasileños que formaban parte de las cortes de Lisboa, renunciaron entonces su representación y volvieron a su país.

Las cortes y el gobierno de Portugal, en vista de estos graves acontecimientos, declararon caduca la autoridad que en el Brasil ejercía D. Pedro, nulos todos sus actos, y rebeldes y reos de alta traición a los ministros y autoridades que le prestaran obediencia. Recibió don Pedro estos decretos el 7 de septiembre de 1822, cuando se hallaba en la margen del río Ipiranga, de regreso de un viaje a la provincia de San Pablo. Aquel mismo día proclamó la independencia del Brasil y su completa separación de la metrópoli. Este acto trascendental ha recibido el nombre de *grito de Ipiranga* y provocó un entusiasmo indescriptible.

Don Pedro es proclamado emperador del Brasil. Guerra con Portugal. — Llegó don Pedro a Río Janeiro el 15 de septiembre y se presentó en el teatro llevando en el brazo

una cinta que decía en gruesos caracteres : *Independencia o muerte*. Ningún actor había recibido nunca ovación tan inmensa, y en realidad tenía mucho de teatral el espectáculo que ofrecía un príncipe heredero de la corona de Portugal sublevándose contra su país, para quitarle una gigantesca colonia, y declarado traidor por su padre, que en secreto alentaba su conducta. En cuanto a los brasileños, aunque se dieran cuenta de lo anómalo y raro de la situación, sólo pensaron en aprovecharla para conseguir su independencia. El 12 de octubre, don Pedro fué aclamado emperador constitucional del Brasil y la ceremonia de la coronación se verificó el 1º de diciembre.

Gran parte de los portugueses que residían en el Brasil se unieron a las tropas de la misma procedencia y se hicieron fuertes en Bahía, protestando contra los últimos hechos. El jefe de este movimiento en favor de la metrópoli fué el general portugués don Luis Ignacio Madeira, que disponía de algunas fuerzas terrestres y de trece barcos armados en guerra. El gobierno imperial envió sobre Bahía una división brasileña mandada por el general Labatut, oficial francés que se había distinguido en la campaña de Nueva Granada. Intentó un ataque contra Bahía, pero fué rechazado, sucediéndole en el mando el coronel don Joaquín Lima.

Triunfos de lord Cochrane. — Todo auguraba una campaña larga y difícil, pero afortunadamente para los brasileños, vino a cambiar radicalmente la situación el marino inglés lord Cochrane, conde de Dundonald, aventurero a quien ya hemos visto actuar en las guerras de independencia de Chile y el Perú, y que a graves faltas de carácter y aun de probidad, unía valor impetuoso, habilidad consumada y otras cualidades que hacían precioso su concurso. Después de su ruptura con San Martín había pasado lord Cochrane a Chile, y luego fué al Brasil, donde se puso en relaciones con el emperador. Éste le dió el mando de su flota, consistente en ocho barcos de los que sólo dos merecían el nombre de buques de guerra. Con tan débiles recursos salió de Río Janeiro en abril de 1823 y estableció el bloqueo de Bahía, en donde no tardó en sentirse la escasez de víveres. La sola noticia de que Cochrane estaba construyendo brulotes para incendiar la escuadra portuguesa, deprimió los ánimos de tal modo que los defensores de la plaza la abando-

naron el 2 de julio, saliendo con la escuadra el ejército y más de setenta embarcaciones cargadas de mercaderías. El coronel Lima entró en Bahía, mientras Cochrane perseguía a la escuadra portuguesa que hizo rumbo a Lisboa sin presentar batalla, dejando en manos de su perseguidor muchos barcos mercantes y algunos transportes llenos de tropas. Al regresar de esta expedición, en que no perdió un solo hombre, el almirante del Brasil se acercó a la plaza de Marañón, en que aun mandaban los portugueses, y la rindió sin disparar un tiro (27 de julio). En seis meses, lord Cochrane había llevado a cabo la campaña más feliz de que ha sido teatro América, quitando al enemigo la mitad de su ejército y ciento veinte naves, cuyos cargamentos valían muchos millones de pesos. Lord Cochrane recibió por estos servicios grandes distinciones y el título de marqués de Marañón; también se le votó una recompensa importante en metálico, mas parece que no llegó a cobrarla, lo que, como veremos, produjo después algunos disgustos.

La guarnición portuguesa de Montevideo no había reconocido al gobierno imperial y se envió un ejército para reducirla. Después de resistir un sitio que duró año y medio, los portugueses abandonaron la plaza y se embarcaron para Lisboa.

Movimientos insurreccionales. Consolidación de la independencia del Brasil. — En 1824, estaba consolidada de hecho la independencia del imperio del Brasil, de que formaba parte la Banda Oriental con el nombre de *Estado Cisplatino.*

Las cortes votaron una constitución templada y liberal, contra la que se alzaron algunas provincias del norte, concentrándose el movimiento en Pernambuco (20 de marzo de 1824). Esta insurrección tomó un carácter separatista ; su jefe, Manuel de Carvalho, dió proclamas en que excitaba a todos los habitantes de las provincias del norte a desobedecer los mandatos emanados de Río Janeiro, abolir la soberanía imperial y unirse con la república del Ecuador para formar un estado poderoso, bañado por los mares Atlántico y Pacífico, y que tomaría el nombre de Confederación del Amazonas.

El gobierno establecido en Pernambuco contrató buques en los Estados Unidos e Inglaterra. Antes de que llegaran esos auxilios a los rebeldes, el emperador don Pedro logró atraerse

de nuevo a lord Cochrane, que no quería continuar al servicio del Brasil, pretextando el incumplimiento de los compromisos anteriores. El marino inglés recibió una suma importante a cuenta de sus reclamaciones y entonces se puso de nuevo al frente de la escuadra, no tardando en dar pruebas de su gran habilidad militar. El 18 de agosto se presentó ante Pernambuco, a la vez que el brigadier Lima se apoderaba de Recife, batía en Boa Vista a los revolucionarios y les tomaba la ciudad de Olinda (17 de septiembre). Un mes después la insurrección de las provincias del norte estaba subyugada, el conato de confederación del Amazonas o Ecuador destruído y los jefes del movimiento separatista habían caído en poder del ejército imperial. Juzgados por comisiones militares, fueron condenados a muerte y fusilados los doce que aparecían más comprometidos.

Lord Cochrane, excediéndose en sus atribuciones, depuso al gobernador de Marañón, nombrando otro a su gusto, y poco después, abusando de la fuerza que le daba el mando de la escuadra para imponer exacciones en los puertos, se pagó por sus manos una gran parte de las abultadas sumas que entendía y decía deberle el Brasil y se dió a la vela para Inglaterra (mayo de 1825).

A todo esto, las relaciones del Brasil con Portugal estaban interrumpidas; los residentes portugueses, privados de ejercer todo cargo público en su antigua colonia, estaban sometidos a muchas vejaciones en sus personas y bienes, sin que don Pedro resistiera en lo más mínimo las medidas de rigor dictadas contra sus paisanos; antes bien parecía complacerse en ellas, ya por miras políticas para imponer un arreglo satisfactorio o ya por hacerse popular entre sus nuevos súbditos. El comercio de Lisboa, muy perjudicado por esta tirantez de relaciones, pedía que se reconociese la independencia del Brasil como un hecho consumado, a fin de que la corriente mercantil no derivase hacia otros países. Por último, aceptando indicaciones secretas de don Juan VI, el gobierno inglés ofreció su intervención amistosa, que fué aceptada. Las negociaciones ofrecieron al principio algunas dificultades por cuestiones de forma; pues don Juan quería tomar el título de emperador del Brasil y ceder la soberanía a su hijo en una *carta regia* (13 de mayo de 1825). El embajador inglés sir Carlos Stuart llevó este documento a Río Janeiro donde no fué aceptado; conviniéndose al fin en que

don Juan VI reconociera lisa y llanamente la independencia del Brasil y renunciara todos sus derechos en favor de su hijo don Pedro y de sus descendientes, sin que en lo sucesivo pudieran unirse ambas coronas. En cambio, el gobierno del Brasil se obligó a pagar a Portugal dos millones de libras esterlinas y a conceder a su antigua metrópoli ventajas comerciales (29 de agosto de 1825). De este modo, casi sin lucha, quedó el Brasil independiente y en las mejores relaciones con la nación portuguesa.

XIII.

MÉJICO HASTA 1867.

Presidencia del general Victoria. — Guerra civil. Elección de Pedraza. Su renuncia. — Presidencia de Guerrero. Invasión realista de Barradas, desbaratada por los patriotas. — Sublevación contra Guerrero. Es fusilado. — Gobiernos de Bustamante y de Pedraza. — Elección del general Santa Ana. Revolución de Tejas. — Conducta de Santa Ana en Tejas. Queda desprestigiado. — Independencia de Tejas. — Nueva presidencia de Bustamante. Guerra con Francia. — Nuevas discordias civiles. Presidencias de Santa Ana, Herrera y Paredes. — Guerra con los Estados Unidos. — Proposiciones de paz. Son rechazadas. — Sigue la guerra. Toma de la capital. — Desmembramiento de Méjico. El principio de conquista. — Pronunciamiento de Paredes. Presidencia de Herrera. — Presidencia de Arista. Nuevas insurrecciones. Santa Ana es nombrado dictador. — Venta de territorios. Reacción interior. — Disgusto de la opinión. Insurrección de los pintos. Tentativa filibustera. — Fomento de la insurrección. El dictador huye de Méjico. Presidencia revolucionaria de Álvarez. — Decretos liberales de Juárez. Secularización de los bienes del clero. Presidencia interina de Conmonfort. Guerra civil. Asesinatos de Cuernavaca. — Constitución democrática y federal de 1857. Oposición del clero. Dificultades diplomáticas. — Presidencia constitucional de Conmonfort y vicepresidencia de Juárez. Golpe de Estado de Conmonfort, de acuerdo con los reaccionarios. Es vendido por éstos. — Presidencia de Zuloaga. Reacción conservadora. Juárez sostiene la Constitución, proclamándose único presidente legal. Nueva guerra civil. Crueldades del caudillo Márquez. — Presidencia interina de Miramón. Su lucha contra Juárez. Triunfo de éste. — Complicaciones diplomáticas. Intervención europea. Convenio de Londres. — Divergencias entre los aliados. Protesta de los Estados Unidos. Inglaterra y España firman la paz con Méjico. — Guerra entre Méjico y Francia. Heroica defensa de Puebla. — Se recrudece la guerra. Los franceses entran en Puebla y en la capital. — Asamblea de notables. Se acuerda establecer la monarquía en Méjico. Es nombrado emperador el archiduque austriaco Maximiliano. Juárez sigue enarbolando la bandera republicana. — Llega Maximiliano a Méjico. Sus primeros actos. Dificultades con que lucha. — Cruel decreto de 3 de octubre de 1865. Ventajas obtenidas en la guerra por los republicanos. — Retirada de los franceses. Maximiliano prosigue la lucha y es vencido y aprisionado. — Proceso y suplicio del ex-emperador y de los generales Miramón y Mejía. — Reflexiones acerca de estos sucesos.

Presidencia del general Victoria. — La administración del general don Guadalupe Victoria, ordenada y tranquila en

un principio, se vió combatida por graves turbulencias desde el año 1827. Les generales Bustamante, Bravo, Guerrero y Santa Ana deseaban suplantar al presidente para ocupar su puesto y agitaban el país, despertando en muchos de sus habitantes, alucinados por el mal ejemplo, el deseo de medrar rápidamente con actos de violencia política, disfrazados de anhelo de mejorar la suerte del país. Esto se habría conseguido por medio de un trabajo perseverante, que permitiera explotar los grandes elementos de riqueza del territorio; mas, desgraciadamente, no se supo imitar el fecundo ejemplo de los Estados Unidos, en lo que influyó mucho la diferencia de raza.

En 1827, la división de los caudillos revolucionarios animó a los muchos realistas que aun quedaban en Méjico a tramar una conspiración, cuyo objeto era restablecer la autoridad del rey de España, nombrando por lo pronto una regencia que gobernara el país en nombre de Fernando VII. La conspiración fué descubierta por delación de uno de los afiliados y se condenó a muerte a su principal fautor el padre Arenas, que murió fusilado el 2 de junio, sin revelar el nombre de sus cómplices. Meses después, en virtud de lo que resultaba de la causa, se ejecutó al general Arana y a los señores Segura y Martínez. Los generales Negrete y Echávarri, mejicanos, fueron deportados y se dictó una ley contra extranjeros perniciosos, con arreglo a la cual fueron expulsados de Méjico gran número de españoles.

Guerra civil. Elección de Pedraza. Su renuncia. — La presidencia del general Victoria expiraba en 1829, pero las elecciones para designar al sucesor debían verificarse en septiembre de 1828. Esto produjo una agitación inmensa y sobrexcitó las pasiones de cuantos aspiraban al poder. El vicepresidente, general Bravo, jefe de la fracción moderada, llamada de los *escoceses*, quiso adelantarse a sus muchos rivales y se alzó en armas contra el presidente Victoria, pretextando que favorecía ilegalmente la candidatura del general Guerrero, jefe de los *yorkinos* o demócratas. Bravo fué batido y hecho prisionero, siendo desterrado a Guayaquil. También fué vencido el teniente coronel Montaño, que se había sublevado en Otumba. El general Guerrero, vencedor de estas rebeliones, demostró magnanimidad y no toleró que se fusilase a nadie.

Verificadas las elecciones triunfó por diez votos el general

Gómez Pedraza, contra ocho que obtuvo Guerrero. Protestó éste contra la validez de la elección y, aunque no se alzó en armas, dejó que lo hiciera en su nombre el general Santa Ana, que dió un manifiesto a la nación, exponiendo los títulos que tenía Guerrero a la presidencia. Las fuerzas de Santa Ana fueron batidas en Perote y el caudillo sublevado se ocultó en una de sus haciendas.

Poco después (30 de noviembre de 1828), los partidarios de Guerrero promovieron en la capital otra insurrección, a cuyo frente figuraban los jefes García y Lobato con el título de generales, que se iba prodigando ya de un modo desastroso. Los sublevados empezaron por exigir que en el término de 24 horas fueran expulsados todos los españoles, y después pidieron que se reconociese a Guerrero como presidente. El gobierno mandó al general Filísola que desalojase a los insurrectos de la ciudad y se entabló en las calles de Méjico una lucha sangrienta que duró tres días, sin ventaja para ninguno de los contendientes. Entonces Gómez Pedraza renunció, a fin de evitar la prolongación de la guerra civil, dando así un ejemplo de desinterés personal y de verdadero patriotismo.

Presidencia de Guerrero. Invasión realista de Barradas, desbaratada por los patriotas — El Congreso, en vista de la renuncia de Pedraza, declaró válido el nombramiento de Guerrero para suceder al general Victoria en la presidencia de la República. Al mismo tiempo dictó una ley por la que se mandaba salir del país en el término de tres meses a todos los españoles nacidos en la península, islas Baleares y Canarias. Este decreto, como todos los de su índole, no se pudo cumplir sino en parte, pues dejaba en el desamparo a multitud de familias y hería demasiados intereses; sin embargo, se prestó a muchos atropellos y despojos.

El 1° de abril de 1829 terminó la administración del general Victoria y tomó posesión del poder el general Guerrero, que tanto se había distinguido en la guerra de la independencia, pero que perdió mucho de su prestigio por el afán que mostró, a última hora, de llegar al poder sin reparar en los medios. Se eligió para la vicepresidencia al general Bustamante, hombre implacable y ambicioso, que desde los primeros momentos proyectó suplantar a Guerrero.

Durante la breve administración de éste, hizo el gobierno español una última tentativa para recobrar el dominio de Méjico. Al efecto envió a este país una expedición al mando del brigadier don Isidoro Barradas, que después de haberse detenido en la Habana durante algún tiempo para reorganizar sus fuerzas, salió de este puerto el 5 de julio de 1829 con cinco mil hombres conducidos en trece buques armados en guerra y echó el ancla el 27 de julio en Cabo Rojo, a unas 20 leguas al sur de Tampico. Los informes que había recibido Barradas de las comunidades religiosas le hacían creer en un rápido triunfo, logrado casi sin lucha; de modo que despidió a los buques y esperó levantamientos en su favor, para lo cual hizo repartir proclamas en que hacía saber que iba al país no como conquistador, sino como amigo, para dar fin a la anarquía, restableciendo el gobierno legítimo de Fernando VII. Sólo recibió adhesiones de misioneros franciscanos, poco útiles para la guerra, y en cambio vió agredida la vanguardia de su ejército por una partida de 300 hombres, que le causó algunos daños. Entonces Barradas trató de tomar la ofensiva y se situó en Tampico para dar comienzo a las operaciones. Ante el peligro que amenazaba la libertad de la patria, tan penosamente conseguida, cesaron entonces en Méjico todas las disidencias de partido y sólo se pensó en rechazar la invasión. Por todos lados se armaron partidas y se alistaron voluntarios : Guerrero pidió al Congreso facultades extraordinarias para defender al país y las obtuvo; pero el general Santa Ana, sin nombramiento de nadie, había ya organizado en Veracruz y otros puntos un ejército, con el que puso sitio a Tampico. Barradas se mantuvo a la defensiva, siempre a la espera de adhesiones y refuerzos que nunca llegaban, hasta que viendo diezmadas sus escasas y mal dirigidas tropas por el hambre y las enfermedades propias del clima, capituló con Santa Ana el 11 de septiembre de 1829, dejando confiados los enfermos a la generosidad del vencedor. Así terminó esta jactanciosa y desdichada expedición invasora.

Sublevación contra Guerrero. Es fusilado. — El presidente Guerrero estaba en un teatro de Méjico cuando recibió la noticia del triunfo de Santa Ana y se apresuró a comunicar al público esta feliz nueva, que produjo inmenso entusiasmo; pero no tardaron en hacerse comparaciones que le fueron des-

favorables : se olvidaron sus grandes servicios en la lucha de la independencia, para recordar sólo el papel secundario y algo desairado que acababa de hacer y perdió mucho prestigio entre los militares. Por otra parte, ricos hacendados del país no le perdonaban sus iniciativas democráticas, entre las que figuraba la abolición de la esclavitud ; así es que no tardó en sentir minado el terreno bajo sus plantas. El general Bustamante, vicepresidente de la república, se pronunció en Jalapa el 4 de diciembre, dando un manifiesto o *plan* — como allí se acostumbraba decir — en que pedía la observancia de la constitución y de las leyes, programa vago que puede servir contra cualquier gobierno, por bien intencionado que sea. Guerrero reunió fuerzas para atacar a los rebeldes, pero apenas hubo salido de Méjico se alzó contra él la capital y se vió precisado a refugiarse en las montañas del sur, para organizar la resistencia. Allí peleó algún tiempo con varia fortuna hasta que, invitado a comer en un bergantín sardo que mandaba el italiano Picaluga, éste le entregó a las fuerzas de Bustamante, que le mandó fusilar en Chilapa después de someterle a un inicuo consejo de guerra (14 de febrero de 1831). Así murió, antes de cumplir los cuarenta y ocho años, este patriota insigne y benemérito, que por sí solo había mantenido la guerra contra España cuando tantos otros desfallecían y cuya única falta fué mostrar demasiada impaciencia por conquistar el poder, dando un ejemplo de insubordinación a las leyes que expió con harta severidad.

Gobiernos de Bustamante y de Pedraza. — El general Bustamante había entrado en el ejercicio del poder ; pero fingiendo un desinterés que estaba muy lejos de sentir, declaró que sólo gobernaba en ausencia de Gómez Pedraza, a quien miraba como legítimo presidente. Pedraza, engañado por estas manifestaciones, volvió a Méjico desde Europa : mas, apenas hubo llegado, se enteró de la verdadera situación del país y reiteró su renuncia, que Bustamante recibió con júbilo. El nuevo presidente de hecho, auxiliado por su ministro Alamán, ejerció el gobierno con dureza y despotismo, hasta que se alzó contra él Santa Ana, en Veracruz (2 de enero de 1832), pidiendo la vuelta de Pedraza. Esta guerra duró cerca de un año, durante el cual los campos de Méjico se vieron infestados de cuadrillas de pretendidos patriotas, que saqueaban el país y le

inundaban de sangre. Al fin (26 de diciembre), Bustamante se puso de acuerdo con Santa Ana, declaró que nunca había puesto en duda los derechos de Gómez Pedraza, y este general, tan traído y llevado, tomó al fin posesión de la presidencia y la ejerció durante noventa y cinco días; pues el 1° de abril de 1833 expiraba el plazo legal de su administración.

Elección del general Santa Ana. Revolución de Tejas. — Las elecciones dieron el triunfo al general Santa Ana que, por lo pronto, rehusó encargarse del poder y dejó al frente del gobierno al vicepresidente don Valentín Gómez Farías, quien propuso al parlamento una serie de leyes liberales, que produjeron buen efecto en el país, pero alarmaron a las órdenes religiosas. Entonces Santa Ana, influído por estos elementos, se hizo cargo del mando; cerró las cámaras, derogó la mayor parte de los decretos liberales e hizo que el vicepresidente Gómez Farías presentara su dimisión (24 de abril de 1834). Después de este golpe de Estado, que le hizo aborrecible para los liberales, marchó el presidente Santa Ana a combatir la revolución de Tejas, suceso de gran importancia, que merece alguna explicación.

El fértil y vasto territorio de Tejas, casi desatendido en la época de la dominación española, estaba sólo poblado por algunas tribus de indios en la época de la independencia mejicana. Se hicieron entonces algunas tentativas de colonización; una de ellas por un grupo de bonapartistas franceses, que pronto abandonaron el proyecto. En 1821 se fundó en Tejas una colonia norteamericana, procedente del Missouri y dirigida por John Austín. La colonia prosperó rápidamente bajo el régimen federal; pero en 1830 el gobierno de Bustamante declaró suprimidos los estados de Cohahuila y Tejas y los colonos de este país tomaron las armas. Aun se sostenían frente al gobierno cuando Santa Ana se pronunció en Veracruz y entonces le apoyaron resueltamente. Bien pronto echaron de ver que Santa Ana era tan reaccionario como Bustamante; el caudillo tejano John Austín, a quien se había citado para una conferencia, fué preso y no pudo recobrar su libertad hasta cerca de tres años después. En 1835 se reanudó la lucha; el general Cos, enviado por el gobierno, disolvió la legislatura; pero los diputados dispersos volvieron a reunirse en Brazoria (8 de sep-

tiembre 1835). Austin, que había logrado escapar de su prisión, organizó un cuerpo de voluntarios y derrotó en varios encuentros al general Cos, obligándole a encerrarse en Béjar, donde quedó sitiado. Al fin la plaza fué tomada por asalto y Cos se rindió con su ejército, quedando en libertad, bajo palabra de honor de no volver a combatir contra los tejanos.

Conducta de Santa Ana en Tejas. Queda desprestigiado. — Quiso entonces el general Santa Ana concluir personalmente con la insurrección y organizó una fuerza de ocho mil hombres, con la que penetró en Tejas (1° de febrero de 1836) apoderándose de Béjar y de otras poblaciones. El general Urrea, después de batir en varios encuentros a los tejanos, tomó el fuerte de Goliat, defendido por el coronel Famín que se rindió con 300 hombres, a condición de ser tratados como prisioneros de guerra (16 de marzo). El general Santa Ana no quiso observar lo pactado en esta capitulación y, a pesar de las instancias de su segundo Urrea, cometió la bárbara crueldad de hacer fusilar a todos aquellos infelices al siguiente día. Este acto feroz pudo haber tenido pronto un severo castigo, pues al mes siguiente el mismo general Santa Ana fué batido y hecho prisionero en las llanuras de San Jacinto por el caudillo tejano Houston, que le perdonó la vida con tal de que reconociera la independencia del Estado de Tejas. El general Santa Ana, tan pródigo de vidas ajenas como avaro de la suya, no vaciló en hacerlo así; dió a sus generales la orden de abandonar el país invadido y el territorio de Tejas quedó perdido para Méjico.

Independencia de Tejas. — El fundador de la colonia, John Austin, tenía gran número de partidarios para ocupar la presidencia de la nueva nacionalidad; pero fué vencido por el general Houston, por tres mil votos de mayoría. El Congreso tejano se declaró favorable a la unión con los Estados Unidos, a fin de evitar nuevas invasiones de Méjico; pero el gobierno de la gran república se limitó por entonces a reconocer la independencia de Tejas. Al general Houston le sucedió en 1839 en la presidencia Mirabeau Lamar, jefe del partido contrario a la anexión, y así transcurrieron algunos años sin que se hicieran nuevas tentativas de incorporación a los Estados Unidos, no obstante la hostilidad del gobierno mejicano, que no se resignaba a perder aquel espléndido y desatendido territorio.

Nueva presidencia de Bustamante. Guerra con Francia. — Santa Ana, deportado a los Estados Unidos y desprestigiado por su conducta en Tejas, había perdido la presidencia de la República, que recayó en el general Bustamante. Éste, aconsejado por su ministro Alamán y por los clericales, dió un golpe de Estado, declarando abolida la constitución federal, que reemplazó por un régimen unitario. El gobierno francés reclamaba una fuerte indemnización par perjuicios sufridos en las contiendas civiles por sus súbditos, y habiéndole sido negada envió una escuadra, que se apoderó a fines de noviembre de 1838 del castillo de San Juan de Ulúa y amenazó a Veracruz. El Congreso mejicano declaró la guerra a Francia; Santa Ana volvió de los Estados Unidos y tomó parte en la defensa de Veracruz; pero fué gravemente herido y tuvo que sufrir la amputación de una pierna. El general mejicano Arista cayó en poder de los sitiadores, mandados por el príncipe de Joinville; la plaza no podía sostenerse, y al mismo tiempo varias provincias, como Yucatán y Tabasco, descontentas por el golpe de Estado, trataban de separarse de la república mejicana. En tales condiciones la paz se imponía, y en efecto se pactó el 9 de marzo de 1839, otorgándose a Francia una indemnización de tres millones de francos y varias ventajas comerciales.

Nuevas discordias civiles. Presidencias de Santa Ana, Herrera y Paredes. — Bustamante se sostuvo aún en la presidencia hasta el mes de septiembre de 1841, en que fué derribado por una sublevación militar acaudillada por el general Paredes, uno de los innumerables revoltosos que afligían al país, con pretexto de regenerarlo. Paredes entregó el poder al insaciable Santa Ana, de quien algunos esperaban reformas liberales, pero que se mostró tan clerical y reaccionario como su antecesor. Una junta de notables, reunida en Méjico en 1843, redactó una especie de ley fundamental unitaria, que permitió a Santa Ana ejercer una dictadura irresponsable, de que abusó cuanto pudo. Esta arbitrariedad ocasionó profundo disgusto entre los elementos liberales, cada día más fuertes; el mismo general Paredes se sublevó contra Santa Ana (29 de noviembre de 1844) y éste se vió precisado a dejar el poder.

Ocupó entonces la presidencia, con carácter interino, don José

Joaquín Herrera, en cuyo tiempo el Congreso decretó la formación de causa contra el ex presidente Santa Ana y sus ministros, por los abusos que habían cometido desde el gobierno. El ex dictador fué condenado a varios años de prisión, que empezó a cumplir en Jalapa; pero en el mes de mayo de 1845 se conmutó su pena por la de extrañamiento perpetuo de la nación. En septiembre del mismo año, Herrera fué elegido presidente en propiedad; mas el general Paredes, que venía atribuyéndose el papel de jefe de pretorianos, poniendo y quitando gobiernos a su antojo, volvió a sublevarse (diciembre de 1845); obtuvo el triunfo y esta vez, para evitarse el trabajo de derribar a otra de sus hechuras, se proclamó él mismo presidente y convocó un Congreso de notables, para dar cierto barniz de legalidad a su usurpación.

Guerra con los Estados Unidos. — Forzoso es abrir ahora un paréntesis en este monótono relato de pronunciamientos militares, para ocuparnos de la cuestión de Tejas, que provocó la guerra entre Méjico y los Estados Unidos.

Se ha dicho anteriormente que después de haber rechazado el gobierno americano la anexión de Tejas se creó en este país un partido favorable a la existencia nacional independiente. Esto bastó para que los Estados Unidos encarasen el problema de diverso modo que anteriormente. En 1844 hubo ya negociaciones importantes en favor de la anexión, y el 1° de marzo de 1845 el Congreso autorizó al presidente Polk a tomar las medidas necesarias al efecto. El Congreso de Tejas manifestó su conformidad y lo mismo hizo una convención popular, reunida con este fin; porque no se veía otra solución para evitar los ataques de los mejicanos.

Antes de que el Congreso de Wáshington votase la anexión empezaron los movimientos de tropas; porque no estando Méjico dispuesto a consentir lo que miraba como un despojo, la guerra se consideraba inevitable. El general norteamericano Zacarías Taylor invadió el territorio de Méjico, situándose con un ejército de cuatro mil hombres en Corpus Christi, a la margen izquierda del río Nueces. Entonces el general mejicano Francisco Mejía se fortificó en Matamoros y ambos ejércitos permanecieron varias semanas uno cerca de otro, sin hostilizarse.

A principios de marzo de 1846, el Congreso de los Estados Unidos votó el bill de anexión y entonces el general Taylor acampó en frente de Matamoros. Los mejicanos, envueltos en discordias civiles, no hicieron frente al peligro con la rapidez necesaria; sin embargo, pusieron algunas fuerzas al mando del general Arista y confiaron a Mejía la defensa de Matamoros. Salió el general Arista al encuentro de los norteamericanos y el 7 de mayo les atacó en su campamento de Palo Alto; pero el ataque fué rechazado dos veces, con grandes pérdidas. Al siguiente día volvió Arista a la carga con intrepidez; pero sus fuerzas quedaron destrozadas y con los restos de ellas tuvo que repasar en desorden el río Bravo y acogerse a las fortificaciones de Matamoros. Diez días más tarde abandonó esta plaza, que fué ocupada inmediatamente por las fuerzas de Taylor.

Proposiciones de paz. Son rechazadas. — El gobierno de los Estados Unidos, considerándose ya vencedor, pidió al de Méjico, representado en aquellos momentos por el general Paredes, — al menos en la capital y algunas provincias, — que reconociese como límite de ambas naciones por la parte de Tejas el Río Grande y pagase además la indemnización de guerra, con lo que se daría ésta por terminada. Si hubiera podido preverse los acontecimientos que habían de seguir, es indudable que el gobierno mejicano habría suscrito estas condiciones, que aun siendo dolorosas, le permitían conservar los inmensos territorios del Arizona y Oregón, con toda la costa del Pacífico. Pero las primeras derrotas habían sobrexcitado los ánimos; se las achacaba a impericia de los generales o a otras causas fáciles de remover, y se anhelaba la revancha, cebo tan peligroso en ciertas guerras como el suspirado desquite cuya esperanza hace arruinarse a los jugadores. El presidente Paredes, autor de tantas revoluciones, fué arrollado por otra (4 de agosto de 1846) y sustituído por el general Salas, que dispuso la reunión de nuevo Congreso, el cual, en medio del mayor entusiasmo, acordó continuar a todo trance la guerra.

Sigue la guerra. Toma de la capital. — El gobierno de los Estados Unidos envió entonces grandes refuerzos a las órdenes de los generales Taylor y Scott, que imprimieron gran vigor a las operaciones, haciéndolas extensivas a los territorios del lejano Oeste, mal defendidos y apenas pobla-

dos. Las inmensas regiones de la California, bañadas en la costa occidental por el mar Pacífico en la extensión de centenares de leguas, cayeron en poder de los norteamericanos, después de la batalla del Sacramento (28 de febrero de 1847). También se peleaba en el Nuevo Méjico y en las provincias limítrofes a Tejas; pero las operaciones más importantes fueron las libradas cerca de Veracruz. El general Santa Ana fué llamado al poder por la guarnición de esta plaza, como el salvador del país, y se apresuró a responder al llamado, dando un extraño manifiesto en que proclamaba la federación y la constitución de 1824, de que se había mostrado hasta entonces encarnizado enemigo. Proclamado presidente de Méjico, dejó como sustituto al mismo general Salas, para ir personalmente a combatir a los norteamericanos; pero hay generales muy hábiles para promover guerras civiles y que se muestran incapaces frente al extranjero y Santa Ana figuraba en esa categoría. Fué completamente derrotado en cuantas batallas sostuvo, y principalmente en la de *La Angostura;* la plaza de Veracruz cayó en poder de los norteamericanos, y éstos, después de una serie de combates en que invariablemente quedaron vencedores, entraron al mando de Scott en la ciudad de Méjico (14 de septiembre de 1847). Los mejicanos habían luchado con gran valor en Cerro Gordo, Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y otros puntos; tomaron parte en los combates hasta niños menores de diez y siete años, como los alumnos de lós colegios militares; pero tan generosos esfuerzos fueron inútiles, porque la defensa estaba pésimamente dirigida, faltaban elementos de guerra y en cambio sobraban discordias intestinas, pues en plena lucha extranjera se alzaron contra el débil gobierno central el Yucatán y Tabasco, declarando la primera de estas provincias que deseaba ser independiente y que nada tenía que ver con la guerra.

Desmembración de Méjico. El principio de conquista. — Posesionados los norteamericanos de la capital y comprendiendo el inmenso horizonte que se abría ante su ambición, ya no mostraron deseo alguno de hacer la paz y dieron a entender que no se desprenderían de una sola pulgada del territorio conquistado, lo que equivalía a la sentencia de muerte de la nacionalidad mejicana. Esto no era más que una aplicación del

conocido procedimiento que consiste en pedir demasiado para obtener mucho. El general Santa Ana había huído; los generales Salas y Herrera trataron sucesivamente con el gobierno de los Estados Unidos y al fin, en abril de 1848, se celebró el tratado de Guadalupe Hidalgo, cuyas rectificaciones fueron canjeadas el 30 de mayo en Querétaro. Por este tratado desastroso la república mejicana cedió a la de los Estados Unidos todos los territorios de Nuevo Méjico (Oregón, Arizona, Colorado, etc.) y la Alta California con algunos centenares de leguas de litoral en el Pacífico y renunciaba a toda pretensión sobre Tejas; recibiendo en cambio de los Estados Unidos una indemnización de quince millones de pesos.

Esta paz introdujo en los destinos de América libre un elemento al que Europa iba renunciando desde los primeros siglos de la edad media; a saber, la conquista de naciones enteras o su desmembración en gran escala sin más motivo que unas cuantas batallas ganadas o perdidas. La insaciable ambición de los Estados Unidos presentaba un aspecto favorable; la experiencia demostró bien pronto que los países tan violentamente anexionados a esa nacionalidad salían ganando en el cambio, se poblaban con rapidez y gozaban de prosperidad y riqueza que antes no habían conocido; de todos modos la independencia de las naciones americanas formadas recientemente venía a quedar en tela de juicio y ya no era tan amenazada por Europa como por los Estados Unidos.

La extensión del desastre que sufrió Méjico por la paz de 1848 se revela en las siguientes cifras : al comenzar el siglo XIX tenía cerca de ocho millones de kilómetros cuadrados, comprendidas la Luisiana y la Florida; antes de la separación de Tejas, se acercaba a seis millones de kilómetros, y después de la guerra con los Estados Unidos quedó reducida a unos dos millones. No hace falta más comentario.

Pronunciamiento de Paredes. Presidencia de Herrera. — Ajustada ya la paz y habiendo salido de Méjico las tropas invasoras, que habían llegado a formar un total de 20 mil soldados, 70 mil voluntarios y 200 piezas de artillería, sin contar 150 buques armados en guerra, se pronunció en Aguas Calientes el general Paredes Arillaga, que no renunciaba a su papel de árbitro de la situación y que, declarando ignominioso el tra-

tado de paz, poco había hecho para evitarlo. Quería llevar a Méjico un príncipe español o francés, pero siendo esta idea, y con razón, muy antipática para los mejicanos, Paredes se vió abandonado de todos; uno de sus consejeros, el padre Jaranta, guerrillero famoso, murió fusilado, y el mismo general Paredes, caído en el mayor desprestigio, sumióse en la desesperación y en la embriaguez y murió en completo estado de demencia (1849). Mientras tanto el célebre Santa Ana, más funesto aún, vivía en Jamaica, esperando la ocasión de presentarse de nuevo como *salvador* de su infortunado país.

El general Herrera siguió desempeñando la presidencia hasta 1851 e hizo laudables esfuerzos para contener el desbarajuste financiero, que tocaba en los límites de la bancarrota. Seguía la guerra con el Yucatán y los indios causaban graves daños en las nuevas fronteras del norte y oeste, sin que los norteamericanos se mostraran muy dispuestos a contener sus correrías, lo que hizo temer que aun desearan nuevos territorios.

Presidencia de Arista. Nuevas insurrecciones. Santa Ana es nombrado dictador. — El 15 de enero de 1851 fué elegido presidente el general Arista, que hubo de reunir grandes elementos para reducir a las tribus indias del norte, apaches y comanches, que saqueaban haciendas, incendiaban pueblos y llevaban cautivos al desierto a los desgraciados habitantes. También se habían presentado tropas de bandidos norteamericanos, que rivalizaban en barbarie con los indios. La insurrección del Yucatán causaba también gravísimos daños. Como si estas calamidades fueran pocas, se sublevó contra el gobierno el cabecilla Carvajal, que llegó a poner sitio a Matamoros, siendo al fin vencido después de varios meses de correrías. En 1852 estallaron otros movimientos en Mazatlán, Jalisco, Veracruz, Tamaulipas, Puebla y San Luis de Potosí; con lo que todo el país fué presa de la anarquía. El resultado de tan deplorables agitaciones fué el llamado *plan de Guadalajara*, por el que se levantaba el destierro al general Santa Ana y se le llamaba para promover la reforma de la constitución y el arreglo de la hacienda. El presidente Arista, que había intentado hacer algunas reformas liberales, comprendió que no podía resistir la avalancha clerical y reaccionaria que se le venía encima, y el 6 de enero de 1853 hizo renuncia de

su cargo. Le sucedió, con carácter interino, D. Juan Ceballos, presidente del Tribunal Supremo, que a principios del mes siguiente hubo de ceder el puesto al general Lombardini. Éste organizó rápidamente unas elecciones, que dieron el triunfo al general Santa Ana (17 de marzo). El día 1º de abril desembarcó este caudillo en Veracruz y a las tres semanas se hizo cargo del poder, con facultades dictatoriales.

Venta de territorios. Reacción interior. — No tenía que esperar mucho la hacienda de la gestión de Santa Ana; sin embargo, el dictador se dió maña para dilapidar y a la vez dar algún refuerzo al tesoro público. Resolvió este problema vendiendo a los Estados Unidos el distrito de Mesilla y otros territorios del norte, con lo que terminaron algunas dudas sobre la demarcación de frontera y fueron menos frecuentes las algaradas de los indios. En cuanto a la política interior, Santa Ana, que ya no hablaba de federación ni libertades y que, por el contrario, era el hombre de confianza del clero y de los conservadores, propendió visiblemente a ir cambiando la forma de gobierno en sentido monárquico. Recabó la suma del poder por tiempo ilimitado, se hizo dar tratamiento de *Alteza Serenísima* y se presentaba en público con el aparato propio de un monarca.

Disgusto de la opinión. Insurrección de los pintos. Tentativa filibustera. — Todo esto, como no podía menos, disgustó extraordinariamente a la opinión liberal, que se hacía cada vez más fuerte y consciente. Se aseguró, con más o menos verdad, que el general Santa Ana andaba en tratos con el gobierno español para colocar la república de Méjico bajo el protectorado de España y no faltó quien le acusara de querer hacerse rey o emperador. Pronto empezaron, pues, las insurrecciones en diversos puntos del país. El pronunciamiento más importante fué el del general Juan Álvarez en *Acapulco* (22 de enero de 1854). Álvarez, secundado por los montañeses indios, llamados *pintos* por una afección cutánea muy generalizada entre ellos, y también *surianos* por habitar en las regiones más meridionales, publicó el *plan de Ayutla*, programa liberal que fué recibido con gran entusiasmo e hizo que la revolución se extendiera desde el departamento de Guerrero a los de Michoacán, Tamaulipas, San Luis de Po-

tosí, Nuevo León y Puebla, acercándose así gradualmente a la capital. La acción del gobierno era tan débil, que casi al mismo tiempo fué invadida la región casi desierta del norte (Sonora y Sinaloa) por una expedición filibustera de franceses y norteamericanos, compuesta de unos 400 hombres y capitaneada por el conde Ravusset de Boulvón, aventurero francés de gran valor y de modales distinguidos, que se proclamó rey constitucional de Sonora, esperando tal vez verse amparado por los norteamericanos para entregarles luego aquellos vastos territorios a cambio de dinero. Sus planes resultaron fallidos; un cuerpo de 300 mejicanos, mandados por el general Yáñez, desbarató la expedición, y èl titulado rey, hecho prisionero, fué fusilado el 12 de agosto de 1854.

Fomento de la insurrección. El dictador huye de Méjico. Presidencia revolucionaria de Alvarez. — El dictador Santa Ana logró reunir un ejército de algunos miles de hombres, con el que batió en algunos encuentros a los insurrectos del sur; pero retrocedió a la capital sin haber completado su victoria, porque advirtió que no podía contar con muchos de los jefes a sus órdenes. Siguió, pues, extendiéndose el movimiento y desde mediados de 1855 pudo verse que tenía ramificaciones en la misma capital. Santa Ana dirigió una consulta al Consejo de Estado acerca de si había llegado el momento de dar a Méjico una constitución, qué autoridad debía dictarla y qué forma política sería más conveniente. Hizo también abrir un registro en todos los departamentos que aun le obedecían para que los ciudadanos declararan bajo firma si estaban o no conformes con que él siguiese al frente de Méjico. Hubo, como sucede siempre en estos casos, gran mayoría de firmas a su favor; mas no faltó quien, arrostrando la cárcel y otros riesgos peores, firmara en contra, como lo hizo en Oaxaca el joven Porfirio Díaz, profesor sustituto de aquella universidad, que poco después se echó al campo al frente de una partida liberal y empezó a distinguirse por su intrepidez. A principios de agosto de 1855 huyó Santa Ana de Méjico y el día 14 se embarcó en Veracruz, después de haber dirigido un manifiesto a los mejicanos. Entonces estalló en la capital una insurrección capitaneada por los estudiantes; se creó una junta presidida por el general Carrera y se acordó reconocer al cau-

dillo suriano Juan Álvarez como jefe de la revolución, y al abogado y también general Ignacio Conmonfort como primer ministro. Una asamblea reunida en Cuernavaca (4 de octubre) nombró presidente de la República al caudillo Álvarez, ya casi octogenario, quien organizó un gobierno liberal, en que figuraban Conmonfort, Melchor Ocampo, Guillermo Prieto y Benito Juárez. Este último, nombrado ministro de Justicia, se apresuró a proponer la abolición de los fueros militar y eclesiástico y la secularización de los bienes de la Iglesia, con lo que dió carácter democrático a la revolución y bandera al partido liberal.

Decretos liberales de Juárez. Secularización de los bienes del clero. Presidencia interina de Conmonfort. Guerra civil. Asesinatos de Cuernavaca. — Álvarez, escoltado por sus indios o pintos, entró en Méjico el 15 de noviembre y desde luego autorizó los decretos de Juárez; pero algunos ministros, entre ellos Conmonfort, se arrepintieron de haberlos suscrito y Juárez hubo de salir del gobierno (6 de diciembre). Poco después se retiró Álvarez a sus montañas, dejando a Conmonfort como presidente substituto.

El 18 de febrero de 1856 inauguró sus sesiones el Congreso constituyente, en que los liberales tuvieron mayoría. Después de apasionados debates se votó, el 28 de junio, la ley sobre venta y secularización de las propiedades eclesiásticas, cuyo valor pasaba de 300 millones de pesos oro. El presidente Conmonfort vaciló mucho antes de sancionar esta ley, porque era hombre de ideas indecisas, aunque muy caballeresco y pundonoroso; al fin se puso de parte del Congreso, más que por convicción, indignado ante la oposición furiosa que a esta ley hicieron los frailes y los conservadores. Estallaron insurrecciones parciales en varios puntos, todos los obispos protestaron contra las decisiones del Congreso y ordenaron a los curas que negasen los sacramentos a los compradores de bienes eclesiásticos. El general Vidaurri, que se llamaba liberal, se alzó tratando de formar una república independiente con los estados de Nuevo León y Coáhuila; en Puebla se insurreccionó el 22 de octubre el general Orihuela, al grito de « abajo las reformas », y la división se enconó hasta en el seno de las familias. Conmonfort, revestido de amplias facultades por el Congreso, logró pactar

un acuerdo con Vidaurri y después marchó sobre Puebla a la que puso sitio, logrando tomarla el 3 de diciembre; el general Orihuela, jefe de la sublevación, murió fusilado.

Una de las muchas partidas clericales que vagaban por el país dió muerte, el 18 de diciembre, al administrador y cuatro peones de la hacienda de San Vicente, situada cerca de Cuernavaca y perteneciente a un español. Los asesinados eran de nacionalidad española, como también dos empleados de la hacienda de Santa Inés, cerca de Cuautla, que fueron muertos a los pocos días. Esto tuvo como consecuencia una reclamación diplomática, que fué origen de gravísimas complicaciones.

Constitución democrática y federal de 1857. Oposición del clero. Dificultades diplomáticas. — En tanto el Congreso discutía un proyecto de constitución democrática que fué aprobado el 5 de febrero de 1857, fijándose el día 11 de marzo para la prestación del juramento. En esta constitución, la más liberal y perfecta que hasta entonces tuvo el país, se establecía el sistema republicano democrático federal, se abolían los privilegios del clero y de la milicia y se organizaba la nación mejicana sobre bases realmente dignas de un pueblo moderno.

La constitución fué combatida furiosamente por el clero y una parte de la milicia. El pontífice Pío IX alentó la resistencia de los obispos mejicanos e influyó mucho en la actitud hostil que contra Méjico tomó el gobierno de España. Al principio el disgusto se basaba sólo en reclamaciones de créditos a favor de súbditos españoles perjudicados por las guerras civiles; después se englobó esta cuestión con la de los asesinatos de Cuernavaca, y aunque el gobierno de Conmonfort prometió castigar rigurosamente a los bandoleros e indemnizar a las víctimas, y envió a Madrid al ministro de negocios extranjeros para ver de arreglar el asunto de los créditos, la corte española se había propuesto no ceder, mientras gobernaran en Méjico los liberales, y no hubo acuerdo. Por el contrario, el gobierno de Dª Isabel II se entendió con los de Francia e Inglaterra, para preparar en Méjico una intervención armada.

Presidencia constitucional de Conmonfort y vicepresidencia de Juárez. Golpe de Estado de Conmon-

fort, de acuerdo con los reaccionarios. Es vendido por éstos. — En el mes de septiembre de 1857, el Congreso mejicano eligió con arreglo a la constitución al presidente y vicepresidente definitivos de la República, obteniendo el primer cargo don Ignacio Conmonfort, y el segundo don Benito Juárez. Poco después fué elegido el Congreso ordinario, en que obtuvo considerable mayoría el partido liberal.

Méjico empezaba ya a tener clara conciencia de sus destinos, y la misma guerra civil, que antes representaba sólo el choque de ambiciones personales, se ennoblecía, convirtiéndose en fecunda lucha del progreso contra la reacción. Ésta se hallaba representada por el clero y los conservadores que costeaban la guerra, capitaneada por Osollo, Miramón, Mejía y otros caudillos. El vicepresidente Juárez se mantenía inflexible; pero Conmonfort, que era muy religioso, cedió a las insinuaciones del obispo y cometió la imperdonable debilidad de ponerse de acuerdo con los reaccionarios. Apenas constituído el Congreso (8 de octubre), pidió el presidente facultades extraordinarias, que le fueron concedidas, y usó de ellas de un modo deplorable; pues el 16 de diciembre dió un golpe de Estado, declarando disuelto el Congreso, derogada la constitución y establecida la dictadura. El vicepresidente Juárez formuló su protesta contra este atentado y fué preso, corriendo grave peligro su vida; pero logró evadirse. Poco después, el 1º de enero de 1858, los generales Zuloaga y Parra, en quienes Conmonfort confiaba mucho, le declararon destituído de la presidencia y se pusieron al frente del poder « para salvar la patria, la religión y los derechos del ejército ». Conmonfort se dispuso a la resistencia; pero acudieron a Méjico las fuerzas de los clericales Osollo y Miramón, y después de siete días de sangrienta refriega en las calles, Conmonfort que, arrepentido de su debilidad, trataba de restablecer la constitución, salió de Méjico con un puñado de hombres y logró embarcarse para los Estados Unidos.

Presidencia de Zuloaga. Reacción conservadora. Juárez sostiene la Constitución, proclamándose único presidente legal. Nueva guerra civil. Crueldades del caudillo Márquez. — Triunfante la reacción (22 de enero), se nombró al general Zuloaga presidente interino de la repú-

blica y se dictaron varios decretos dejando sin efecto la constitución de 1857 y la desamortización de los bienes eclesiásticos, a la vez que se restablecían los fueros de la Iglesia y del ejército. El pontífice influyó entonces con el gobierno de España para que resolviera pacíficamente el conflicto con Méjico, y en efecto las negociaciones tomaron un carácter muy conciliador.

Pero los reaccionarios no habían contado con la firmeza de Benito Juárez. Éste, desde Guanajuato, dirigió al país una proclama en que declaraba que, apoyado en la constitución y como vicepresidente legal de la República, asumía la magistratura suprema, abandonada por Conmonfort, y estaba dispuesto a mantener la ley contra los facciosos, mientras le quedara un hálito de vida. Apoyado por los generales Álvarez, Parodi, Doblado y otros, estableció su gobierno en la campaña, trasladándose de un punto a otro, según las vicisitudes de la lucha. La muerte del general Osollo debilitó mucho a la reacción; Juárez logró pasar a Veracruz, donde fué recibido con entusiasmo, y allí se organizó sólidamente, mientras la guerra se extendía por todo el territorio mejicano, llegando a tomar un carácter cruel.

Veíase privado de recursos el gobierno central, pues las provincias, casi todas en armas, se negaban a pagar las contribuciones; Veracruz estaba en favor de Juárez; y en cuanto al clero se mostraba muy parco en subvencionar al gobierno conservador, pensando tal vez que de poco le serviría contener a los liberales, si los fondos de la Iglesia habían de ser gastados por los conservadores, a pretexto de mantenerla en sus privilegios. Por otra parte Zuloaga había perdido mucho crédito, porque era hombre de carácter suave y templado, y en cambio lo ganaba Miguel Miramón, joven de 25 años, impetuoso y gallardo, que se había improvisado general como otros muchos y ganado algunas batallas contra los liberales. También adquiría fatídico prestigio el sanguinario cabecilla conservador Leonardo Márquez, que fusilaba a todos los prisioneros, sin exceptuar a los médicos que curaban a los heridos de ambos bandos. « Su huella — decía Zuloaga — se conoce a larga distancia; donde la barbarie se ha cebado en una o muchas víctimas, donde hay lágrimas y desolación, por allí ha pasado de seguro don Leonardo Márquez. »

Zuloaga se impopularizó entre los suyos, porque reprobaba

tan horrendos excesos y como, a la vez, parecía casi imposible vencer a los liberales, algunos elementos del clero y del ejército creyeron hábil intentar una transacción. El general Echeagaray, enviado contra Veracruz, se pronunció en Ayutla contra el presidente y publicó un nuevo plan. Pocos días después (23 de diciembre de 1858), el general Robles Pezuela, que mandaba la guarnición de Méjico, publicó un nuevo programa, defendiendo la conciliación de conservadores y liberales. Juárez rechazó este plan, diciendo que era ya tiempo de acostumbrar al país a que respetase la ley; y que los facciosos que hacían y deshacían a su capricho los gobiernos, eran incompatibles con la paz y el prestigio de Méjico.

Presidencia interina de Miramón. Su lucha contra Juárez. Triunfo de éste. — El joven Miramón, que acababa de obtener por entonces un triunfo importante, fué nombrado presidente interino de la República por los conservadores. Llegó a Méjico, se negó a tomar el poder y desautorizó a los que se le ofrecían, declarando que el presidente legítimo era Zuloaga y que no se debía hacer la menor concesión a los liberales; pero un mes después, insistiendo Zuloaga en abandonar el gobierno, en que no tenía autoridad alguna, tomó Miramón el título de presidente (febrero de 1859). Marchó luego sobre Veracruz y la sitió durante algún tiempo, sin conseguir tomarla; mientras los constitucionales marchaban sobre la capital, lo que le obligó a renunciar a su empresa, replegándose de nuevo sobre Méjico. Todo el año prosiguió la lucha, sin que de una ni otra parte se alcanzaran ventajas decisivas; pero Juárez obtuvo un éxito moral de incalculable importancia y fué el reconocimiento oficial que del gobierno de Veracruz hicieron los Estados Unidos. Este golpe inclinó a los elementos reaccionarios a buscar el apoyo de Europa, aun cuando fuese a costa de una intervención. Para ello creyeron necesario hacer esfuerzos supremos para dominar la guerra civil; el clero proporcionó al gobierno algunos millones y Miramón volvió a sitiar a Veracruz; pero la falta de víveres y municiones y los estragos de la peste le obligaron a retroceder una vez más (marzo de 1860). Entonces, después de recurrir a empréstitos forzados y de hacer a Juárez proposiciones de arreglo, que fueron rechazadas, Miramón acometió a las fuerzas constitucionales mandadas por el general González

Ortega y quedó derrotado. Poco después, Guadalajara y Puebla estaban en poder de los liberales y el gobierno clerical se veía reducido al valle de Méjico. Aun trató Miramón de romper el cerco; pero vencido el 22 de diciembre en San Miguel, huyó a la costa para embarcarse con dirección a Europa. El 25 de diciembre el general González Ortega entró victorioso en Méjico y a principios de enero de 1861 estableció en la capital su gobierno el presidente Benito Juárez, después de tres años de haber mantenido la bandera de la legalidad en la campaña con indomable energía.

Complicaciones diplomáticas. Intervención europea. Convenio de Londres. — El embajador de España Sr. Pacheco, prejuzgando inhábilmente la situación, no había querido avistarse con Juárez y en cambio había ofrecido al gobierno clerical todo su apoyo. El primer acto de Juárez, que ponía su valor diplomático a la altura de su energía cívica, fué ordenar a ese embajador que abandonase perentoriamente el territorio mejicano.

Esta medida sirvió de pretexto a la intervención europea. La idea de esta intervención nació en el Vaticano, siendo apoyada calurosamente por gran parte del clero de Méjico y por no pocos militares y hombres civiles del bando conservador. La reina de España secundó con solicitud las indicaciones de Pío IX y también se unieron a este plan Inglaterra, por motivos financieros, y el emperador Napoleón, por un vasto y equivocado plan político.

El Congreso mejicano había decidido a mediados de julio suspender por dos años el pago de la deuda exterior, para revisar muchos créditos dudosos o reconocidamente falsos, y entonces los representantes de Francia e Inglaterra se retiraron en actitud hostil. El 31 de octubre, los representantes de España, Francia e Inglaterra firmaron en Londres un convenio para la intervención en la república mejicana y, el 8 de diciembre, se presentó la escuadra española frente a Veracruz.

Divergencias entre los aliados. Protesto de los Estados Unidos. Inglaterra y España firman la paz con Méjico. — Los aliados se habían comprometido en el convenio de Londres a no adquirir territorios, ni influir en la política interior de Méjico, debiendo limitarse a ocupar los puertos e inter-

venir las aduanas hasta cobrar sus créditos En virtud de este acuerdo el general español Gasset ocupó San Juan de Ulúa y Veracruz, que fueron abandonadas sin resistencias por los mejicanos (17 de diciembre). El 7 de enero de 1862, llegó a Veracruz el general Prim, jefe de la expedición española que, en unión del almirante Jurien de la Gravière, francés, y del almirante inglés Dunlop, firmó una proclama dirigida al pueblo mejicano. Rechazadas las proposiciones de arreglo hechas por el gobierno de Juárez, prepararonse los aliados para marchar sobre la capital. Sin embargo, antes de apelar a las armas conferenciaron sobre sus respectivas intenciones y resultó que las fuerzas inglesas y españolas se atenían al tratado de Londres, mientras la expedición francesa llevaba instrucciones secretas mucho más amplias, que salían de lo convenido. Desde este momento la triple alianza quedó rota y a duras penas se logró conservar una apariencia de acuerdo para firmar en Soledad, con el gobierno mejicano (19 de febrero), un tratado preliminar para entrar en negociaciones antes de empezar la lucha. El general Prim y el almirante inglés Dunlop, después de oir las explicaciones del ministro Doblado, resolvieron no seguir haciendo armas contra Méjico y sólo por fórmula ocuparon las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuantepec, mientras se redactaba el tratado de paz.

El gabinete de Wáshington dirigió, el 3 de marzo de 1862, una circular a las potencias protestando contra la intervención en Méjico; pero el emperador de Francia, revelando ya claramente sus intenciones, negó su aprobación al tratado de Soledad y ordenó a sus tropas que siguieran las hostilidades. Entonces los plenipotenciarios español e inglés acordaron hacer la paz con Méjico y retirar sus tropas : el general Prim regaló al gobierno mejicano todo el material de campaña que había llevado para la guerra y, de este modo, las relaciones entre Méjico y España tomaron un carácter de simpatía y cordialidad que no habían tenido hasta entonces.

Guerra entre Méjico y Francia. Heroica defensa de Puebla. — Mientras daba comienzo la intervención extranjera, el territorio de Méjico se cubría de partidas clericales, mandadas por los caudillos Mejía, Cobos, Márquez, Buitrón, Vélez y otros, que en nombre de la religión cometían crímenes sin nombre,

ayudando a los invasores extranjeros. El 16 de abril los plenipotenciarios franceses publicaron su declaración de guerra a Méjico y no tardaron en romper las hostilidades con 6.000 soldados aguerridos, a los que se unieron los caudillos mejicanos Almonte, Márquez, Mejía y otros. El 28 de abril los franceses batieron en las cumbres de Aculcingo al general Zaragoza, que se retiró con dos mil reclutas sobre Puebla. Inmediatamente atacó esta ciudad el general francés Lorencez, pero fué rechazado por los mejicanos (5 de mayo), dejando más de 600 muertos, heridos y prisioneros y retirándose a Orizaba, donde se mantuvo a la defensiva. Entonces dirigió a sus tropas una proclama en que hizo notar que el partido conservador mejicano había atraído la intervención con promesas lisonjeras y que éstas no se cumplían, por lo que sería necesario redoblar los esfuerzos. En efecto, Miramón y Almonte habían hecho creer al gobierno imperial que los liberales mejicanos se reducían a unos cuantos revoltosos; que el espíritu del país estaba contra ellos y que la intervención francesa se impondría sin obstáculo.

Se recrudece la guerra. Los franceses entran en Puebla y en la capital. — Pero el emperador Napoleón, imprudentemente comprometido en la empresa de cambiar la forma de gobierno en Méjico por seguir las inspiraciones de Roma, creyó que no era ya tiempo de retroceder y acumuló elementos para una guerra formal. Treinta mil hombres, al mando del general Forey, desembarcaron en Veracruz a principios de septiembre y, el día 22, dirigió este general a los mejicanos una proclama en que les prometía libertad completa para elegir nuevo gobierno una vez que fuera derrocado el actual. En el resto del año se hicieron de una y otra parte preparativos de guerra, sin operaciones de importancia. Éstas fueron emprendidas por el ejército francés en los comienzos del año siguiente.

A mediados de febrero (1863) salió de Orizaba el general Forey con una fuerte división y se presentó delante de Puebla intimando la rendición, sin resultado alguno. Entonces formalizó el sitio y, desde el 23 de marzo, comenzaron los asaltos parciales, que fueron rechazados con gran vigor, quedando prisioneros no pocos de los asaltantes en los ataques llevados a los fuertes a mediados de abril. Sin embargo el sitio fué estre-

chándose más cada día, faltaron los víveres y el general Conmonfort, que había ofrecido su espada al gobierno de Juárez y que luchaba entre Méjico y Puebla, fué completamente derrotado por Bazaine en San Lorenzo (13 de mayo), con lo que los defensores de la plaza perdieron su principal esperanza de ser socorridos. Siendo imposible romper las líneas de los sitiadores, el general Ortega trató de obtener una capitulación honrosa para salvar su ejército, pero Forey sólo aceptó la rendición incondicional. Al fin el general Ortega mandó romper las armas, clavar los cañones y quemar las banderas y se entregó al general francés, en cuyo poder quedaron 26 generales, 225 oficiales superiores, 800 subalternos y unos 12.000 soldados (18 de mayo).

La caída de Puebla dejaba indefensa la capital y el gobierno de Juárez la abandonó el 27 de mayo, trasladándose a Potosí. Una comisión del cuerpo consular se presentó en Puebla al general Forey para entregarle las llaves de Méjico y el 10 de junio entraron los franceses en la ciudad e instituyeron por decreto una junta de 35 notables, pertenecientes al bando clerical y conservador, que a su vez designó un triunvirato formado por el general Salas, el general Almonte y el arzobispo de Méjico, monseñor Labastida.

Asamblea de Notables. Se acuerda establecer la monarquía en Méjico. Es nombrado Emperador el Archiduque austriaco Maximiliano. Juárez sigue enarbolando la bandera republicana. — Este triunvirato convocó una nueva asamblea de notables en número de 215, que se reunió el 17 de julio de 1863 y proclamó la monarquía constitucional como forma de gobierno de Méjico, decidiendo que el soberano tomaría el título de emperador. Se acordó ofrecer la corona al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador de este país, y en caso de no aceptar, « a cualquiera otro indicado por S. M. el emperador de los franceses, con tal que fuera católico ». Al efecto se envió a Trieste una diputación, que ofreció la corona al archiduque Maximiliano. Tenía éste a la sazón poco más de treinta años, había servido en la marina de su país y era hombre de arrogante figura, gran valor personal y caballerescas dotes de carácter. Vaciló algún tiempo antes de aceptar aquel trono de nueva creación ; de-

seaba pruebas inequívocas del asentimiento popular de los mejicanos y garantías del apoyo europeo; mas al fin su propia ambición y los apremios de su esposa Carlota, que anhelaba el título de emperatriz, le hicieron ceder e hizo pública su aceptación en abril de 1864. Como garantía de estabilidad en el trono de Méjico obtuvo el mantenimiento de la ocupación francesa, y además, para atender a los primeros gastos de su gobierno, consiguió un empréstito de la casa Glyn de Londres y la promesa de futuros recursos proporcionados por Francia.

Mientras estos arreglos se ultimaban, el general Forey había sido reemplazado por el mariscal Bazaine en el mando de las tropas francesas de Méjico, que pasaban ya de 50 mil hombres. Juárez, con el tesón realmente heroico que constituía el fondo de su carácter, seguía manteniendo su derecho y con él la bandera de la legalidad y vagaba por el norte de Méjico, apoyado por fuerzas populares y expuesto siempre a un golpe de mano de los realistas o de los franceses, pero sin vacilar un solo momento.

Llega Maximiliano a Méjico. Sus primeros actos. Dificultades con que lucha. — Así las cosas, el emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota llegaron a Veracruz en la fragata *Novara* a fines de mayo y obtuvieron un recibimiento glacial, casi amenazador. En la ciudad de Méjico, a donde llegaron el 12 de junio, los clericales e imperialistas dispusieron mejor las cosas y, a fuerza de dinero, organizaron una recepción popular, que tenía ciertas apariencias de entusiasmo.

Desde luego, se trató de organizar la corte imperial y el gobierno. Almonte, Miramón, Santa Ana y otros generales conservadores fueron nombrados grandes mariscales del imperio, con emolumentos cuantiosos; Márquez, Mejía, Aguilar y otros caudillos clericales, obtuvieron también muchas distinciones. En cuanto al mariscal francés Bazaine parecía tan emperador como el mismo Maximiliano. Un viaje que hizo éste a las provincias del interior empezó a revelarle que los conservadores y clericales que le habían dado la corona, despertaban gran oposición en el pueblo. Estaba, pues, Maximiliano condenado a ser rey de un partido; porque ni podía desairar a los que improvi-

saron para él un trono en Méjico, ni tampoco le habrían apoyado en modo alguno los liberales, que eran ardientes republicanos y tenían en Juárez un jefe del Estado perfectamente constitucional. No quedaban sino dos arbitrios, renunciar la corona o combatir a todo trance la insurrección, con la esperanza — harto ilusoria — de que a fuerza de tiempo y de buen deseo fueran echando raíces las nuevas y exóticas instituciones.

Por lo pronto, se trató de acabar con los republicanos en armas que, errantes por las provincias de Nuevo León y Tamaulipas, simbolizaban la legalidad, arrollada por la fuerza, pero no vencida sino parcialmente. El general Conmonfort que, arrepentido de sus anteriores vacilaciones, defendía con bravura y lealtad a Juárez, murió en una emboscada que le prepararon las tropas de Mejía. El ejército francés, con unos 50 mil hombres, a más de dos mil auxiliares belgas, seis mil austriacos y alemanes y ocho mil guardias rurales, mantenía las comunicaciones estratégicas entre la capital y las ciudades principales. Varias columnas volantes, francesas o imperialistas mejicanas, acosaban a los republicanos, obligando al gobierno de Juárez a andar fugitivo por selvas y montañas, pero sin lograr rendirle.

La situación de la hacienda imperial era grave; el país, devorado por la guerra civil que, en una u otra forma, llevaba ya once años de duración, tenía escasos recursos y la corte imperial los necesitaba cuantiosos. Francia tuvo que hacerse responsable del empréstito Glyn; esto dió armas a la oposición, y hasta los que en un principio se mostraban más entusiasmados con la empresa de Méjico, empezaron a comprender que Francia nada había obtenido con ella y estaba perdiendo mucho. Además, los Estados Unidos habían terminado su guerra civil en abril de 1865, e inmediatamente reprodujeron su protesta contra la ocupación francesa en Méjico. Francia les pidió que reconocieran a Maximiliano, como lo habían hecho ya casi todas las potencias de Europa, y entonces se retiraría el ejército interventor; pero el gobierno de los Estados Unidos contestó categóricamente que en ningún caso reconocería la forma de gobierno monárquica impuesta a Méjico, por mirarla como una amenaza para las instituciones de los Estados Unidos. El gobierno de Napoleón se vió, pues, obligado a optar entre la

guerra con la gran República norteamericana o la retirada de su ejército de Méjico, y después de varias negociaciones, se inclinó a esta última solución.

Cruel decreto de 3 de octubre de 1865. Ventajas obtenidas en la guerra por los republicanos. — El 3 de octubre de 1865, Maximiliano, aconsejado por el mariscal Bazaine, firmó un bárbaro decreto por el que eran condenados a muerte los prisioneros republicanos, sin distinción de clases ni categorías. Escudados con esta disposición que, en rigor, no necesitaban, los guerrilleros imperialistas y las tropas francesas cometieron verdaderos horrores; los prisioneros eran fusilados; los patriotas, acusados de proteger a los *insurgentes*, sufrían la última pena, y se arrasaba pueblos enteros.

En mayo de 1866, el patriota Mariano Escobedo, que durante dos años de lucha había logrado organizar un ejército respetable, derrotó a los imperiales, mandados por Olivera, en Santa Gertrudis, tomándoles once cañones, un gran convoy, causándoles más de 500 bajas y haciéndoles 1.200 prisioneros. Otro cuerpo de patriotas, mandado por Carbajal, se dirigió a Matamoros, que fué abandonado por el imperialista Mejía. Ocupada ya la importante plaza de Matamoros, que aseguraba las comunicaciones por mar, las fuerzas republicanas penetraron en la provincia de San Luis y obligaron a los franceses a reconcentrarse en la población del mismo nombre. La evacuación de Méjico por los franceses era ya cosa resuelta, y esto daba a los patriotas toda clase de ventajas, por más que los imperialistas fingían gran seguridad y trataban de hacer creer a Maximiliano que, una vez retirado el ejército interventor, dispondrían de mayores elementos que hasta entonces. En realidad, Mejía, que era el imperialista que mostraba más actividad y acierto, demostraba grandes dotes militares, y también se batían con vigor el cruel Márquez y el impetuoso Miramón, que miraba como cuestión de honor afianzar aquel débil imperio a que tanto había contribuído o caer con él. En cuanto a Santa Ana, desde su caída, en 1855, no intervenía ya directamente en las cuestiones públicas; antes de la llegada de Maximiliano había, en cierto modo, apoyado la causa de Juárez; después, nombrado gran mariscal del Imperio, que acaso codició alguna vez

para él, ni había estorbado ni apoyado eficazmente a Maximiliano.

Retirada de los franceses. Maximiliano prosigue la lucha y es vencido y aprisionado. — Éste hubiera podido abdicar la corona y retirarse, pretextando que se había sorprendido su buena fe al ofrecerle el trono con la seguridad de que el pueblo mejicano le recibiría con afecto; pero creyó también que su dignidad personal estaba comprometida en aquella dura contienda y que no se debía ir mientras tuviese a su lado partidarios, muchos o pocos. Por otra parte, la resolución del emperador Napoleón de retirar su ejército le impresionó dolorosamente, como una deslealtad, y viéndose abandonado, quiso arrostrar con sombría altivez las consecuencias. Envió, pues, a Europa a la emperatriz, y mientras los franceses comenzaban la evacuación de Méjico, y González Ortega, Porfirio Díaz, Escobedo y otros generales republicanos tomaban la ofensiva resueltamente, se dispuso Maximiliano a caer con dignidad y salió personalmente a campaña. Antes había tratado de captarse la voluntad del pueblo con algunas medidas liberales, que sólo sirvieron para que le abandonasen muchos de los conservadores que aun le prestaban tibio apoyo. Sólo quedaron a su lado Mejía, Miramón y Márquez con algunas fuerzas. Pero las fuerzas de Márquez fueron deshechas en San Lorenzo, y aquel jefe, viendo la causa imperialista perdida, se puso en salvo; Porfirio Díaz tomó por asalto la ciudad de Puebla; San Luis y Guanajuato se rindieron también a los patriotas, y Maximiliano se vió precisado a encerrarse en Querétaro con algunos cientos de hombres (14 de marzo de 1867) precisamente el mismo día en que el mariscal Bazaine, a quien no quiso acompañar, se embarcaba en Veracruz para Europa, con las últimas tropas francesas.

Aun luchó Miramón con algún éxito en el interior y tomó a Zacatecas; pero Escobedo le salió al encuentro en la hacienda de San Jacinto y le derrotó, haciéndole cien muertos y más de ochocientos prisioneros. Los restos del ejército de Miramón se replegaron sobre Querétaro, donde estaban también Mejía, Méndez, Castillo y Vidaurri, con el nominal emperador. Los republicanos Corona y Escobedo pusieron sitio a la plaza, que resistió durante dos meses y al fin fué tomada por asalto en la

noche del 14 de mayo. La defensa fué débil; Miramón, que trató de organizarla, recibió un pistoletazo en el rostro, y sólo algunos de los sitiados lograron llegar al cerro de las Campanas donde, vista la imposibilidad de intentar la resistencia, hizo enarbolar Maximiliano la bandera blanca, rindiéndose a los generales Corona y Escobedo. Preguntó a este último si le permitiría marchar, escoltado, hasta un punto de la costa para embarcarse, bajo palabra de honor de no volver a Méjico, y Escobedo contestó : « No me es permitido conceder a Vd. lo que pide. — Puesto que es así (dijo Maximiliano) yo espero que Vd. no permitirá que se me ultraje y que se me tratará con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra. — Eso es asunto mío », respondió Escobedo. Entonces Maximiliano entregó la espada, y otro tanto hicieron sus generales (15 de mayo).

Proceso y suplicio del ex emperador y de los generales Miramón y Mejía. — Escobedo hubiera podido fusilar desde luego a los rendidos, prevaliéndose de una ley dada el 25 de enero de 1862, pero creyó que debía ponerlos a la disposición del gobierno de Juárez, y así lo hizo. Juárez ordenó que se les juzgase en consejo de guerra ordinario o de simples capitanes, con arreglo a la referida ley, y al efecto se condujo a Maximiliano y a los generales Miramón y Mejía al ex convento de Capuchinas, donde se les vigiló estrechamente, mientras se instruía su causa. El ex emperador fué juzgado en rebeldía por haberse negado a reconocer la competencia del tribunal que, a su juicio, debía ser de oficiales generales. La sentencia se dictó el 14 de junio, y fué de muerte para Fernando Maximiliano de Hapsburgo, « que se tituló emperador de Méjico », y sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, por delitos contra la nación, el orden, la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales. Aprobada esta sentencia por el general en jefe Mariano Escobedo, y notificada a los reos, se ejecutó a los cinco días.

A las seis de la mañana del 19 de junio de 1867, una división de 4.000 hombres, mandada por el general Díaz de León, formó en cuadro al pie del cerro de las Campanas. Los sentenciados, conducidos cada uno en un carruaje, llegaron poco después de las siete frente al cuadro de tropa. Dirigiéronse con

paso firme al lugar del suplicio, y allí se dieron un abrazo de despedida. Maximiliano sacó unas monedas de oro que distribuyó entre los soldados que iban a fusilarlo; Mejía les dió con igual objeto una onza. Entonces Maximiliano levantó la voz y dijo : « Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico! » A su vez Miramón leyó un papel en que había escrito las siguientes frases : « Mejicanos : en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto a perderla y cuando voy a comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen y perdono a sus autores, esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva Méjico! » Colocáronse después en el sitio designado; Maximiliano separó su barba rubia echándola sobre los hombros y mostró el pecho; Miramón, alzando la cabeza y señalando el corazón, dijo a los soldados : « Aquí. » Mejía no habló; al ver que los soldados apuntaban, separó el crucifijo que tenía junto al pecho, y una descarga derribó a los tres sentenciados. El único que aun vivía después de ella era Maximiliano, a quien un soldado remató.

Reflexiones acerca de estos sucesos. — Así terminó el segundo ensayo de monarquía hecho en Méjico. Doce años de guerra, en que las víctimas habían ascendido a muchos millares y que se complicó con una intervención europea, ilegítima en sus móviles y funesta en sus resultados, dieron por fin en Méjico el triunfo a la libertad civil, contra la opresión militar y el clericalismo. La ejecución de Maximiliano fué un acto doloroso, que el corazón reprueba y que muchos políticos justifican ateniéndose a la razón de Estado, criterio que permite legitimar aparentemente lo mismo la inquisición que la guillotina, Juárez, tan admirable defendiendo la causa de la libertad y la ley hasta hacerlas triunfar después de nueve años de constancia heroica, es ya una figura discutible desde el momento en que se muestra implacable con el vencido. Pudo desprestigiarle, enviándole a Europa derrotado, y prefirió darle muerte, rodeándole así de la prestigiosa aureola del martirio. Quizá temió que su perdón se achacase a temor o debilidad. De todos

modos, la idea de que Maximiliano hubiera tratado algún día — como en otro tiempo Itúrbide — de recobrar su quimérico imperio, debe rechazarse como inverosímil.

En cuanto al efecto que en el mundo produjo este sangriento desenlace, fué, sin duda, un sentimiento mezclado de compasión y horror, a la vez que de estimación y respeto al pueblo mejicano que afirmaba su derecho a vivir con libertad y dignidad. Napoleón III sufrió un rudo golpe en su prestigio, y desde entonces pudo preverse la rápida decadencia de la institución que en Francia representaba; porque hay equivocaciones y faltas que los pueblos no perdonan.

XIV.

REPÚBLICAS CENTROAMERICANAS.

El dictador Carrera, caudillo afortunado del separatismo. Su dominación en Guatemala. — Costa Rica. Su Constitución. Reconocimiento de la independencia. Discordias intestinas. — Nicaragua. Cuestión del territorio de los Mosquitos. Tentativas de Confederación. El aventurero Walker : sus atrevidas empresas. — Oposición de las repúblicas centroamericanas. Walker se hace nombrar presidente. Es vencido y expulsado. — Intentona del coronel Kinney. Nueva invasión de Walker. Los ingleses le entregan y es fusilado. El gran problema de Centro América.

El dictador Carrera, caudillo afortunado del separatismo. Su dominación en Guatemala. — Al tratar, en un capítulo anterior, de las circunstancias en que se realizó la independencia de los países centroamericanos, vimos que desde los primeros momentos habían luchado allí dos tendencias : la unitaria, representada principalmente por Morazán, que a la vez defendía los principios liberales; y la separatista, fomentada por exclusivismos locales y que al fin vino a tener un poderoso representante en el dictador Carrera, que desligó de la unión federal a Guatemala, elevándola a la categoría de república independiente. Vimos también que el valeroso Morazán trató de restablecer la unión, pero murió fusilado en Costa Rica en 1842.

Carrera, que ejercía una especie de tutela sobre los presidentes nominales de Guatemala, merced a su carácter de general en jefe del ejército y al apoyo del clero, subió al poder en 1844 y su política consistió en oponerse a las reformas liberales y en favorecer la división de las repúblicas centroamericanas. La tarea de dividir es siempre más fácil que la de unir, aunque sus resultados sean funestos, y Carrera consiguió lo que se proponía. Sin embargo, sus arbitrariedades dieron motivo a una insurrección del partido liberal, y al cabo de muchos meses de porfiada lucha, el dictador Carrera se vió precisado a renunciar el poder y se retiró a Chimaltenango (1849). Subió a

la presidencia el general Mariano Paredes, pero a los pocos meses fué supeditado por Carrera, que entró nuevamente en Guatemala el 8 de agosto y, sin perjuicio de conservar nominalmente la presidencia a Paredes, disolvió las cámaras, haciendo elegir otras compuestas casi exclusivamente por conservadores y se hizo nombrar general en jefe. Poco después se presentó en la frontera meridional de Guatemala un ejército de cinco mil hombres, enviado por las repúblicas de Salvador y Honduras, que se habían puesto momentáneamente de acuerdo para restablecer la confederación centroamericana. Mandaba esas fuerzas el general Vasconcelos, presidente del Salvador, que al principio alcanzó algunas ventajas; pero a principios de 1851 fué derrotado en el valle de Arada por Carrera, que persiguió a los fugitivos hasta lograr su completa dispersión. A su regreso en Guatemala convocó una Asamblea Constituyente, que se reunió el 16 de agosto de 1851 y votó un *Acta constitutiva de la república de Guatemala* en que se restringía el número de electores, pudiendo serlo únicamente los que tuviesen medios para vivir con independencia; se declaraba que los poderes públicos eran el presidente de la República, el Consejo de Estado y la Cámara de Representantes. El presidente sería elegido cada cuatro años por un Congreso formado por la Cámara de representantes, el arzobispo, la Corte de Justicia y el Consejo de Estado, y sus atribuciones eran muy amplias. Rafael Carrera fué elegido, sin oposición, para el período de 1° de enero de 1852 a igual fecha de 1856. Desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 1865, ya no dejó el poder. Buscó apoyo en la iglesia, no vacilando en restablecer la compañía de Jesús, e hizo a Inglaterra grandes concesiones mercantiles, para obtener su simpatía. Hijo de un indio y una negra, se había elevado a las más altas posiciones a fuerza de talento natural y de valor; pero, desgraciadamente, su política exclusivista causó a Centro América gravísimo daño, haciendo que se agravaran los rencores entre las cinco pequeñas repúblicas que, unidas en leal y firme confederación, habrían formado un Estado próspero y respetable.

COSTA RICA. — Su constitución. Reconocimiento de la independencia. Discordias intestinas. — El 21 de enero de 1847 se dió este país una nueva constitución para confirmar

de un modo solemne su propósito de formar una república independiente. Se vedaba el ejercicio de los principales derechos políticos a los que no supieran leer ni escribir; se creaban tres poderes : el ejecutivo, dirigido por un presidente que duraba dos años; el legislativo, formado por una sola cámara, y el judicial, formado por un tribunal supremo, audiencias y juzgados. Se declaraba religión exclusiva del país la católica y se recomendaba a los ciudadanos la virtud de la hospitalidad. Dos años después de votada esta constitución resignó sus poderes el presidente Castro, que había ejercido la presidencia después de los generales Oreamuno, Moya, Gallegos y Alfaro, y fué nombrado en su lugar don Juan Rafael de Mora (1° de enero de 1850). En su tiempo, el gobierno español reconoció la independencia de la república de Costa Rica e hizo con ella un tratado de paz y amistad. El Sr. Mora ejerció la presidencia hasta fines del año 1853 y le sucedió D. José Monte Alegre contra quien se sublevó el presidente anterior que, vencido, murió fusilado con los generales Canas y Arancibia (septiembre de 1860). Subió luego a la presidencia don Jesús Jiménez, a quien sucedió en 1866 don José María Castro, antecesor del infortunado Mora. Castro fué derribado del poder por una insurrección militar capitaneada por los generales Salazar y Blanco.

Se creyó que estos continuos disturbios se remediarían con un cambio de constitución y se votó una nueva el 22 de diciembre de 1871, elevando a cuatro años la duración de las funciones presidenciales. Con arreglo al nuevo código fundamental subió al poder el general Guardia, que gobernó desde 1° de enero de 1872 a igual fecha de 1876. Menos afortunado fué su sucesor don Aniceto Esquivel, desposeído en el mismo año de su elección por el general Herrera, al que siguió con carácter provisorio el general Guardia. Se reanudó la serie de los presidentes constitucionales con el general Fernández (1882) y el general Bernardo Soto (1885) en cuya época tuvo lugar la guerra contra Guatemala, de que nos ocuparemos más adelante.

NICARAGUA. — Cuestión del territorio de los Mosquitos. Tentativas de confederación. El aventurero Walker : sus atrevidas empresas. — Este pequeño estado secundó, como los restantes, los esfuerzos de Rafael Carrera para

disolver la confederación centroamericana y sostuvo por mucho tiempo competencias con la república de Costa Rica sobre la posesión del territorio de Guanacaste o Nicoya. El país vivió entre continuos disturbios hasta 1848, siendo larga la nómina de los caudillos que ocuparan el poder con el título de generales, pues el generalato es una de lás plagas sociales y políticas de estos pueblos, inclinados además a la instabilidad y a la rebelión por la preponderancia de las razas indígenas. Durante el mando de los presidentes Ramírez, Pineda y Chamorro se alcanzó cierta tranquilidad interior, pero aun hubo disputas con Costa Rica por la posesión del puerto de San Juan. Así las cosas (enero de 1848) intervino en la contienda Inglaterra y ocupó el puerto en cuestión, alegando que formaba parte del territorio de Mosquitia, puesto bajo su protectorado. La intervención de los Estados Unidos salvó de esta desmembración a los centroamericanos y el litoral de los Mosquitos volvió más tarde a poder de Nicaragua.

En 1850 hubo el propósito de formar una confederación entre Nicaragua, Honduras y el Salvador. Estos tres pequeños Estados conservaban el régimen de dos cámaras y comprendían las ventajas que les reportaría la unión; pero los celos mutuos acababan siempre por hacer ilusorio el acuerdo. Inglaterra, con el pretexto de amparar los derechos del rey o cacique de la tribu india de los Mosquitos, sorprendió en 1841 al teniente coronel Quijano que mandaba un destacamento de Nicaragua, le embarcó y le dejó abandonado en una costa desierta. Después fueron ocupando los ingleses varios puntos del litoral de Honduras, entre ellos el puerto de Trujillo, y entonces fué cuando el presidente hondureño, general Lindo, se adhirió al proyecto de confederación. Por su parte la república del Salvador, intervenida también por Inglaterra, que tenía bloqueado el puerto de Ajacutla, mostró igualmente su conformidad con el pensamiento de que los tres Estados, sin perjuicio de gobernarse separadamente, cumplieran para los asuntos comunes los acuerdos de una dieta general, que debía reunirse primero en Tegucigalpâ y luego en Chinandega.

Esta alianza fué de corta duración. Guatemala hostilizó el pensamiento, amenazando con la guerra; y el Salvador rompió el pacto en 18 de marzo de 1853, siguiendo su ejemplo Nicaragua el 30 de abril. La república de Honduras, irritada por la

conducta de Guatemala, le declaró entonces la guerra; el general Cabanas saqueó varias poblaciones guatemaltecas; a su vez Carrera devastó parte del territorio de Honduras y la guerra siguió durante más de dos años, sin ventaja para ninguno de los contendientes.

Así las cosas, un peligro imprevisto y común obligó a los rivales a unirse. Un valeroso aventurero norteamericano, el coronel William Walker, que había guerreado en California, negoció con el general Castellón, jefe del partido democrático de Nicaragua, la concesión de 20 mil hectáreas de buenos terrenos en esta república, con tal de que se estableciera en ella con su gente y ayudase a los revolucionarios. En efecto, Walker se presentó en la ciudad de León con 70 Californianos a los que agregó 150 leoneses; formalizó su pacto con Castellón y emprendió las operaciones, apoderándose de San Juan del Sur. En un encuentro con las tropas del gobierno fué batido, pero no tardó en rehacerse; tomó varias plazas, y el 13 de octubre de 1855 se apoderó por asalto de Granada, que era capital de Nicaragua a la sazón. Entonces Walker abandonó a los revolucionarios y, de acuerdo con el ministro de los Estados Unidos, formó un gobierno a su gusto, atrayéndose al general Corral que mandaba las fuerzas legales y dando la presidencia a D. Patricio Rivas, que reconoció a Walker como general en jefe del ejército de Nicaragua.

Oposición de las repúblicas centroamericanas. Walker se hace nombrar presidente. Es vencido y expulsado. — Las repúblicas centroamericanas negáronse a reconocer la nueva situación, creada por el golpe de audacia de un *cow-boy* extranjero, y el mismo general Corral, arrepentido de haber depuesto las armas, trató de organizar la resistencia. Walker le apresó, le formó consejo de guerra y le hizo fusilar (7 de noviembre). Por entonces cayó el gobierno liberal de Honduras, representado por el general Cabanas, a quien sucedió el conservador Guardiola, y éste firmó con Carrera un tratado de alianza para combatir a los nicaragüenses. Un ejército formado en Costa Rica invadió a Nicaragua (marzo de 1856) apoderándose de varias poblaciones y haciendo prisionero al presidente Rivas. Walker se retiró entonces a la capital y se aprestó a la resistencia en nombre de Rivas, pero éste le desau-

torizó, ya fuese por evitar malos tratos de los que le retenían prisionero, ya por la promesa que recibió de ser reconocido como presidente legal en cuanto el aventurero Walker fuera expulsado de Centro América.

No era Walker hombre que retrocediese ante negociaciones e intrigas, cuando la cuestión se planteaba en el terreno de las armas. Habló a los liberales de Nicaragua exponiéndoles la deslealtad de que se le quería hacer víctima y éstos se apresuraron a elegirle presidente de la República (31 de julio de 1856). Entonces preparó algunas fuerzas, esperando a los invasores. El general Belloso, de San Salvador, tomó a Masaya, mientras un ejército guatemalteco, mandado por el general Martínez, iba sobre Granada. Walker batió sucesivamente a unos y otros, marchó después contra los costarriqueños y los derrotó en el puerto de la Virgen, haciéndose dueño del lago Nicaragua para mantener las comunicaciones con los Estados Unidos. Durante su ausencia se dió un nuevo ataque a Granada, pero volvió a tiempo para batir a los sitiadores, obligándoles a retirarse. La situación de los aliados llegó a ser muy difícil; pero al fin lograron incomunicar a Walker con el mar y desde marzo de 1857 le cercaron en Rivas, dando a esta población varios asaltos, que fueron rechazados. Al fin, por intermedio del capitán de la marina norteamericana Davis, se hizo una capitulación, en cuya virtud se perdonó la vida a Walker y a los suyos, con tal que abandonaran las repúblicas centroamericanas (1º de mayo).

Intentona del coronel Kinney. Nueva invasión de Walker. Los ingleses le entregan y es fusilado. El gran problema de Centro América. — Al año siguiente otro aventurero norteamericano, el coronel Kinney, trató de apoderarse de Greytown, al norte de Nicaragua, para fundar un estado independiente; pero, después de sostenerse algún tiempo, se vió precisado a desistir de su propósito.

Después de la expulsión de Walker hubo en Centro América un año de relativa tranquilidad. Carrera siguió mandando en Guatemala como presidente perpetuo; en Costa Rica subió al poder el general Montealegre; en Honduras continuó en el gobierno el general Guardiola; en el Salvador se apoderó de la presidencia el general Gerardo Barrios, haciendo, como de costumbre, legitimar su usurpación por el Congreso, y por fin,

en Nicaragua fué nombrado presidente el general Martínez, apoyado por los conservadores y cuya gestión, ruinosa para la hacienda, disgustó mucho a los elementos liberales.

Así las cosas, el aventurero William Walker se atrevió a invadir de nuevo a Centro América y con sólo 100 hombres desembarcó en Trujillo (agosto de 1860) apoderándose de este puerto de Honduras, sin hallar resistencia. Marchó contra él, al frente de 500 hombres, el general Álvarez y volvió a pactarse entre los países centroamericanos una alianza contra el audaz aventurero. Los ingleses enviaron contra él un buque de guerra, el *Icarus,* a cuyo bordo pasó Walker para formalizar su rendición; pero los ingleses le entregaron a las autoridades de Honduras, que inmediatamente le sometieron a un consejo de guerra, que le condenó a ser pasado por las armas. La sentencia se ejecutó el 3 de septiembre. Así murió, víctima de una reprobable deslealtad, ese temerario caudillo que había logrado, con escasísimos recursos, mantener durante cinco años la agitación y la zozobra en Centro América, sirviendo de instrumento a los planes de algunos anexionistas de los Estados Unidos. En el fondo se trataba de una competencia sorda entre este país e Inglaterra para procurarse influencia y territorios, a fin de dominar el canal interoceánico, de que ya entonces se hablaba y cuya construcción, intentada primeramente por una compañía francesa, que fracasó, dando motivo a un escandaloso proceso, fué realizada, al fin, por los Estados Unidos.

La postración en que las repúblicas centroamericanas cayeron a consecuencia de sus mutuas discordias, agravadas por luchas intestinas, hicieron pensar muchas veces a sus hombres de altura en la necesidad de unir los cinco Estados bajo una fórmula federativa, pero siempre se opusieron a ello los antagonismos de localidad. Éste es, sin embargo, el problema capital de Centro América. Más adelante, al ocuparnos del último período, narraremos las tentativas que se han hecho para realizar la unión y la causa principal de su fracaso; así como de la creación de un Estado nuevo centroamericano, que ha venido a complicar más el problema.

XV.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.

Apogeo de la reputación de Bolívar. Magnitud de sus proyectos. — Dificultades opuestas a sus planes. Las repúblicas del Sur los realizan. Tentativa de Congreso en Panamá. Constitución para Bolivia. — Agitación separatista. Sofocada en Venezuela, estalla de un modo irreparable en el Perú, que rompe sus lazos con Colombia. — Actitud amenazadora de Nueva Granada. — Decepción de Bolívar. Renuncia el mando y se le confirma en él, mas sin entusiasmo. — Convención de Ocaña. Bolívar se proclama dictador. Carta orgánica. — Arrecia la oposición. Después del Perú y de Quito, se separa Bolivia. Tentativa de asesinato del Libertador en Bogotá. — Bolívar declara la guerra al Perú. Resultados de esta campaña. — Enfermedad de Bolívar. Estado de su ánimo. Separación de Venezuela. Es aceptada en Colombia la renuncia de Bolívar. Separación de Quito, bajo el nombre de República del Ecuador. — Disolución de Colombia. Asesinato del general Sucre. Muerte de Bolívar. Independencia de Nueva Granada.

Apogeo de la reputación de Bolívar. Magnitud de sus proyectos. — Pocos hombres han alcanzado en vida un triunfo tan completo y una apoteosis tan embriagadora como Simón Bolívar, que a la edad en que la existencia puede presentar todavía dilatados horizontes tenía ya la imponderable satisfacción de verse llamado, no sólo en América, sino entre los hombres de ideas avanzadas de Europa, el *Libertador* y el *Napoleón de la libertad.* Mucho había trabajado para merecer su fama; había obtenido grandes triunfos y soportado con entereza catástrofes abrumadoras, capaces de abatir a quien no tuviera su indomable aliento; pero veía recompensados ampliamente sus trabajos y sacrificios con una reputación gloriosa y con la adhesión ferviente de los pueblos a cuya independencia había consagrado los quince mejores años de su vida, realizando en ello empresas tan grandes y variadas, que podrían ser suficientes para llenar la biografía de muchos capitanes ilustres. En 1825 su influencia sobre las antiguas colonias españolas de Venezuela, Nueva Granada, la presidencia de Quito y el virreinato del Perú, no reconocía límites y todos estos

países se apresuraban a ofrecerle el poder supremo y esperaban dócilmente sus indicaciones. En breve, sin embargo, debía cambiar tan lisonjera situación, pues Bolívar servía más para vencer que para organizar la victoria.

Dificultades opuestas a sus planes. Las repúblicas del Sur los rechazan. Tentativa de Congreso en Panamá. Constitución para Bolivia. — Aspiró a unir el Perú y Colombia en una especie de federación de que él sería presidente vitalicio, con facultades más propias de un autócrata que de un republicano. Hizo también algunas tentativas para someter a su dirección personal las nacientes repúblicas de Chile, Provincias Unidas del Sud y Uruguay, a las que prometió ayuda en circunstancias difíciles, pero habiéndose puesto en evidencia lo interesado de sus propósitos y la magnitud de su ambición, no sólo fueron rechazados sus servicios, sino que se le miró con recelo y hostilidad. La convocatoria del Congreso de Panamá en que procuró reunir a todas las naciones sudamericanas (1826), fué también un fracaso. Al fin hubo de renunciar Bolívar a toda intromisión en los asuntos del Brasil, la Argentina y Chile, viendo rechazados del mismo Paraguay a sus emisarios, y se limitó a consolidar su autoridad en Colombia y el Perú; mas en estos mismos países era ya mirado con desconfianza y el espíritu de oposición crecía por momentos, fomentado por los mismos lugartenientes de Bolívar. Éste presentó desde Lima (25 de mayo de 1826) un proyecto de constitución para Bolivia, que fué aprobado en este país y en que se compendiaba su pensamiento político. El funcionario supremo, aunque con título de presidente de la República, era más bien un autócrata vitalicio e irresponsable. Bolívar dividía el poder legislativo en tres cámaras : los *tribunos*, únicos que tenían la iniciativa de las más importantes leyes; los *senadores*, a quienes competía la elección de los funcionarios, magistrados y altos dignatarios del clero, y los *censores*, que habían de ejercer una misión análoga a los de la antigua Roma. Bolívar había recibido el nombramiento de presidente vitalicio de Colombia y el Perú, delegando sus facultades ejecutivas en vicepresidentes, que lo eran : de Venezuela el general Páez; de Colombia sucesivamente Zea, Nariño y el general Santander, y del Alto Perú, el general Sucre. Re-

servábase Bolívar el mando en jefe y la inspección suprema; debiendo prestarle acatamiento los vicepresidentes y cederle sin restricciones el mando apenas se presentara en el territorio de cada uno de ellos. La constitución boliviana fué jurada en Lima el 26 de diciembre de 1826 y muchos neogranadinos, aun juzgándola demasiado complicada, defectuosa y antidemocrática, estaban dispuestos a pasar por ella también por deferencia personal hacia el Libertador; pero los venezolanos y a su cabeza el general Páez, no sólo la juzgaron inadmisible, sino que se manifestaron inclinados a organizarse aparte, rompiendo el lazo personal que les unía a Nueva Granada y el Ecuador.

Agitación separatista. Sofocada en Venezuela, estalla de un modo irreparable en el Perú, que rompe sus lazos con Colombia. — Grande fué la alarma de Bolívar al ver que de su misma patria partía la corriente separatista, que amenazaba destruir la unión de Colombia. El 7 de noviembre de 1826 una asamblea venezolana, reunida en Valencia y presidida por el mismo Páez, votó en principio la separación. La llegada de Bolívar hizo abortar este movimiento y Páez se sometió sin resistencia al Libertador, en cuya compañía entró en Caracas el 10 de enero de 1827. Quedó, pues, conjurado el conflicto por entonces. Mas el edificio penosamente alzado por Bolívar amenazaba ruina por todos lados. Apenas acallada la sublevación de Venezuela, estalló en Lima una insurrección militar, preparada desde mucho tiempo antes. El pueblo se adhirió a ella por su antagonismo con los colombianos; el cabildo y los notables, aprovechando la ausencia de Bolívar, declararon que el ministerio nombrado por ésta había perdido la confianza pública y organizaron otro, poniendo al general Santa Cruz a la cabeza del gobierno (27 de enero de 1827). Sin pérdida de tiempo se convocó una Asamblea constituyente, que se reunió el 1° de mayo y anuló la elección de Bolívar como presidente vitalicio, nombrando en su reemplazo al general La Mar. La asamblea puso también a discusión el código fundamental boliviano, aceptado antes por el influjo del Libertador, y lo rechazó como contrario a la libertad y la democracia. Lo más notable del caso fué que las tropas colombianas que había en Lima, y que estaban en constante discordia con el pueblo peruano, le secundaron en esta ocasión

y se unieron al general Santa Cruz contra Bolívar, marchando á las órdenes de aquél sobre Quito y Guayaquil, que se adhirieron al movimiento contra la constitución autocrática. El almirante Padilla, sublevado también contra Bolívar, fué encerrado en un calabozo.

Actitud amenazadora de Nueva Granada. — Estos sucesos eran ya demasiado significativos y a ellos se unió un síntoma extraordinariamente grave : la actitud de Nueva Granada. Hasta entonces el general Santander, que ejercía el cargo de vicepresidente de este país, se había mostrado partidario entusiasta de la consolidación de Colombia y era uno de los apoyos más fuertes de Bolívar; pero en los últimos tiempos su actitud había cambiado y parecía inclinarse a favorecer la independencia absoluta de Nueva Granada. Los sucesos de Lima fueron celebrados en Bogotá como un acto digno del mayor elogio y pudo tenerse por indudable que la suerte de Colombia estaba ya ligada exclusivamente al prestigio personal del Libertador.

Decepción de Bolívar. Renuncia el mando y se le confirma en él, mas sin entusiasmo. — Bolívar, hondamente preocupado y afligido por todas estas contrariedades, salió de Venezuela y se trasladó a Bogotá, donde el Congreso había comenzado ya sus sesiones. Presentó su dimisión con carácter de irrevocable; pero 50 votos contra 24 decidieron no admitirla. También dimitió el vicepresidente Santander; pero todos los diputados, menos 4, se negaron a aceptar su renuncia y esta diferencia en las votaciones se miró como un desaire al Libertador. Éste había ya dimitido varias veces con carácter « irrevocable », según decía; pero como le bastaba una votación favorable para continuar en la presidencia, sus renuncias no parecían sinceras a nadie. Por fin, acordó la Asamblea reunir una Convención que introdujera reformas en la Carta constitucional de Colombia para ponerla en armonía con las aspiraciones públicas.

Convención de Ocaña. Bolívar se proclama dictador. Carta orgánica. — La convención se reunió en Ocaña el 9 de abril de 1828 con 64 diputados, casi todos favorables al general Santander y hostiles a Bolívar. Con bastante actividad

trazaron un proyecto nuevo de constitución, en sentido mucho más liberal que la llamada boliviana. Se simplificaba el sistema electoral, se aumentaba las prerrogativas de las Cámaras, se quitaba el carácter de vitalicio al presidente y se cercenaba mucho sus facultades. Los diputados partidarios de Bolívar, que eran veinte, hicieron encarnizada oposición al proyecto, diciendo que dejaba sin armas al poder y convertía los departamentos en estados independientes; al fin, viendo que la nueva constitución iba a ser aprobada, se retiraron en son de protesta, dejando a la convención sin número suficiente para tomar acuerdos (10 de junio de 1828). Pocos días después el intendente de Bogotá, señor Herrán, bolivarista decidido, convocó una asamblea de notables que firmaron un acta en que declaraban que no reconocerían como legal ninguna disposición que mermase los poderes del Libertador y pedían a éste que se hiciera cargo del gobierno, sin intervenciones ni contrapesos. Bolívar se presentó el 24 de junio en Bogotá y apoyándose en esa declaración de una minoría, asumió la dictadura, pretextando que no podía tolerar el triunfo de la anarquía, ni desatender el llamamiento del pueblo. Por su propia autoridad reemplazó la constitución con una carta orgánica, suprimió el cargo de vicepresidente para anular a Santander y sus partidarios, amplió el fuero militar, protegió a las comunidades religiosas y amordazo la prensa.

Arrecia la oposición. Después del Perú y de Quito, se separa Bolivia. Tentativa de asesinato del Libertador en Bogotá. — Pero éstas no eran sino las últimas llamaradas de un poder desprestigiado y decadente. A la insurrección del Perú contra los colombianos había sucedido la de Bolivia donde, como veremos más adelante, acababa de ser herido en un motín y depuesto del mando el vicepresidente Sucre. Todo conspiraba, pues, contra la tendencia representada por Bolívar y aun la misma persona del dictador corrió gravísimo peligro; pues habiéndose formado en Bogotá una conjura para dar muerte al Libertador, fué asaltado éste en su palacio por una turba que dió muerte a tres centinelas y a un criado; teniendo Bolívar que arrojarse desde el lecho a la calle por un balcón, para salvar su vida. Los conjurados hallaron el lecho vacío; pero salieron gritando que habían muerto al tirano; sacaron de la prisión al

almirante Padilla, que estaba preso; dieron muerte a los coroneles Bolivar y Fergusson y victorearon al general Santander, en medio del silencio y espanto de la población (25 de septiembre de 1828). Mientras tanto, el dictador Bolívar, que se había refugiado bajo un puente, vió pasar una guardia del gobierno que le buscaba, se unió a ella y se presentó en la plaza, donde le esperàban el general Urdaneta y gran número de sus partidarios. Pronto se organizó fuerza para dominar a los conjurados y casi todos ellos fueron presos y juzgados por un consejo de guerra, presidido por el general Córdoba, que condenó a muerte a muchos. La sentencia se ejecutó en 13 de los principales, entre ellos el valeroso almirante Padilla; pero a Carujo, autor de varios asesinatos, a Santander y a otros les conmutó Bolívar la pena de muerte por la de destierro, casi ilusoria en aquellas circunstancias.

Bolívar declara la guerra al Perú. Resultados de esta campaña. — Dominada la insurrección, Bolívar afirmó su política reaccionaria, suprimió en la enseñanza las obras de Bentham, economista liberal inglés de quien antes era entusiasta, y favoreció cuanto pudo al clero. A la vez, resentido por los acontecimientos del Perú y la intervención de éste en Bolivia, declaró la guerra al gobierno peruano.

El Perú se apresuró a recoger el guante; su escuadra bloqueó los puertos del sur de Colombia y atacó a Guayaquil, que hubo de rendirse al comodoro peruano Batterín el 21 de enero de 1829 a los dos meses de sitio. Mas las primeras ventajas de los peruanos par mar fueron seguidas de graves contrastes por tierra. El general Sucre, puesto al frente del ejército colombiano, derrotó completamente a los peruanos mandados por Lamar, Gamarra y Plaza, en las cercanías de *Tarqui* (26 de febrero), causándoles una gran mortandad. El presidente peruano Lamar firmó al siguiente día en *Girón* un tratado de paz por el que se obligaba a entregar Guayaquil a Colombia; mas, apenas se vió en seguridad, se negó a cumplirlo.

Mientras tanto Bolívar había entrado triunfalmente en Pasto de donde pasó a Quito. Allí se le sometieron los caudillos Obando y López, que, instigados por el Perú, se habían sublevado en plena guerra contra Colombia.

Lamar, avergonzado de su derrota, se preparó a seguir la

guerra; pero dos de sus generales, Lafuente y Gamarra, se sublevaron contra él, le apresaron y le enviaran deportado a Centro América, donde murió al cabo de algún tiempo.

Ocupó entonces la presidencia del Perú el general Lafuente (6 de junio) y bien pronto se pactó la suspensión de hostilidades seguida de un tratado de paz, que se firmó el 22 de septiembre de 1829. Bolívar declaró que renunciaba a toda influencia sobre el Perú, que a su vez renunció a sus pretensiones sobre Guayaquil y Quito.

Enfermedad de Bolívar. Estado de su ánimo. Separación de Venezuela. Es aceptada en Colombia la renuncia de Bolívar. Separación de Quito, bajo el nombre de República del Ecuador. — Por entonces Bolívar estaba ya gravemente enfermo, no sólo por las fatigas sufridas en tantos años de luchas incesantes, sino también por el estrago que las pasiones habían causado en su organismo, a lo que debe agregarse la pesadumbre hondísima que le causaba el derrumbamiento de sus planes políticos. Su tristeza se manifestaba no sólo en sus conversaciones y escritos, sino en un opúsculo que publicó por entonces en Cuenca, bajo el epígrafe *Una mirada sobre la América española*. « No hay buena fe en Colombia — decía — ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida un tormento. » La acusación que más le indignaba era la de codiciar la investidura de emperador de Colombia « ¿Me creerán tan insensato — decía — que aspire a degradarme, cambiando por el de tirano mi título de libertador? »

Pero Colombia, su creación favorita, estaba destinada a no durar y él había de tener la amargura de asistir a su disolución. En Caracas apenas le quedaban ya partidarios y una junta de notables, presidida por Arizmendi, proclamó el 24 de noviembre de 1829 la deposición de Bolívar y la separación completa de Venezuela del sistema colombiano. El general Páez, en quien aun confiaba Bolívar, dejó hacer a los revolucionarios y cuando al fin se presentó en Caracas (24 de diciembre) fué para adherirse a ellos y convocar una asamblea que legalizara la separación.

Bolívar pidió al Congreso de Bogotá poderes extraordinarios

para sofocar la sublevación, pero el Congreso se los negó, pretextando que no se debía emplear la fuerza contra un pueblo amigo y que sería mejor votar una constitución nueva, que hiciera la unión más apetecible. Esto significaba la desautorización de Bolívar y el repudio completo de su sistema político. Entonces Bolívar, alegando el mal estado de su salud, entregó con carácter interino la presidencia al general Caicedo (2 de marzo) que se puso secretamente de acuerdo con los adversarios del Libertador. Por entonces el general Córdoba, brillante paladín en Ayacucho, se alzó contra Bolívar en Río Negro con 400 hombres, pero rápidamente vencido por O'Leary, fué muerto en el paraje llamado *El Santuario,* dentro de una casa en que se defendía.

En Bogotá, sin embargo, se deseaba la separación tanto como en Caracas, de modo que la causa de Colombia apenas tenía ya más defensor que Bolívar. El Congreso de Caracas había nombrado presidente de Venezuela al general Carlos Soublette, y el de Bogotá se apresuró a discutir y aprobar una constitución que se llamó de Nueva Granada y fué firmada el 3 de mayo de 1830. Bolívar envió entonces su dimisión, que esta vez admitió sin resistencia el Congreso. El cargo de nuevo presidente de la ya nominal Colombia recayó en don Joaquín Mosquera, y el de vicepresidente en don Domingo Caicedo.

En la antigua provincia de Quito se apresuró el general Juan José Flores a seguir el ejemplo de Páez en Venezuela, tomando como pretexto la dimisión de Bolívar. Fué elegido presidente del nuevo Estado soberano, que tomó el nombre de República del Ecuador, el general Flores, y vicepresidente el notable poeta don José Joaquín de Olmedo.

Disolución de Colombia. Asesinato del general Sucre. Muerte de Bolívar. Independencia de Nueva Granada. — Los neo-granadinos enviaron por fórmula su constitución al congreso de Venezuela, que resolvió no aceptarla (16 de agosto). Tampoco la aceptó el Ecuador; de modo que Colombia quedó disuelta. Dos tristes acontecimientos cerraron en estos países el año de 1830. Fué el primero el asesinato del valiente y honrado general Sucre, que habiendo salido de Bogotá para dirigirse a Quito, murió a mediados de agosto en la montaña de Berruecos, de tres balazos que le dirigieron los guerrilleros

José Eraso y Juan Gregorio Sarria. Todo indica que este cobarde crimen fué cometido por instigación del general Obando, y algunos historiadores creen que no dejó de tener responsabilidad en el mismo el general Flores. Sucre, general sereno, valeroso y de gran capacidad, es una de las glorias más legítimas de la revolución americana. Había nacido en Cumaná (Venezuela) en 1793 y ganado las batallas que decidieron la independencia del Ecuador y del Perú. Al morir asesinado no tenía más de 37 años y su inmenso prestigio le hacía candidato preferente a la presidencia de cualquiera de las repúblicas colombianas o acaso de toda Colombia, que él sólo tenía la voluntad y quizá el poder de reconstituir : esto explica que tuviera muchos rivales y envidiosos.

Estos acontecimientos fueron golpes terribles para Bolívar, que ya estaba muy enfermo de consunción. El congreso de Nueva Granada le había señalado una pensión vitalicia de 30 mil pesos, mientras que el de Venezuela, su patria, exigía su destierro a Europa. El Libertador se trasladó a Santa Marta, con la idea de expatriarse; pero habiendo decaído rápidamente sus fuerzas, murió en la hacienda de San Pedro el 17 de diciembre de 1830, rodeado de algunos fieles amigos. Tenía 47 años.

« En Bolívar — ha dicho un distinguido historiador — se simbolizaban todos los grandes caracteres del mundo americano; ese sol tropical, siempre abrasador y fecundante; esos ríos poderosos, esos montes gigantescos; esos inmensos desiertos tan bellos en sus pampas salvajes; todo en él tenía algo de esa grandeza original : su mirada viva y creadora como ese sol; su voluntad fuerte e irresistible como esos ríos; su corazón altivo como esas montañas; su alma vasta, como esas interminables y suntuosas soledades. »

Desde poco tiempo antes de la muerte de Bolívar se había encargado del mando el general Urdaneta, que quiso abrir proceso contra los generales Obando y López, acusándoles del asesinato de Sucre. Los inculpados se sublevaron, derrotando en varios encuentros a las tropas contra ellos enviadas, hasta que al fin Urdaneta se retiró del mando, reconociendo como jefe del poder ejecutivo al general Caicedo. Éste indultó a los complicados en la tentativa de asesinato contra Bolívar y reunió una Convención, que el 10 de noviembre de 1831 dió forma legal a la disolución de Colombia, declarando la independencia

de Nueva Granada. Se eligió jefe interino del nuevo Estado al general Obando, mientras se discutía otra Constitución, que al fin quedó aprobada el 29 de febrero de 1832. Entonces fué elegido presidente el general Santander, que se hallaba en Europa, y vicepresidente el Dr. Márquez, que gobernó con carácter provisorio hasta la llegada de aquél.

Para el buen orden del relato necesitamos desde ahora ir fijándonos separadamente en cada una de las tres repúblicas surgidas de las ruinas de Colombia, la fracasada creación del insigne Bolívar.

XVI.

VENEZUELA.

Su situación al declararse independiente. Presidencia del general Soublette. Gobiernos de Vargas y de Páez. Vuelta de Soublette. Guerra civil. Elección de José Tadeo Monagas. — Arbitrariedades del nuevo presidente. Disuelve el Parlamento y aprisiona a Páez. — José Tadeo Monagas hace elegir como sucesor a su hermano José Gregorio, para crear un gobierno de familia. Es abolida la esclavitud. Nueva elección de José Tadeo Monagas. — Plan de reconstitución de Colombia. Prórroga del poder presidencial. Insurrección contra los Monagas : su caída. — Presidencia del general Castro. Constitución unitaria. Regreso de Páez y de Soublette. Insurrección federal : su triunfo. Breve gobierno de Páez. Presidencia de Falcón. Constitución federal de 1864.

Su situación al declararse independiente. Presidencia del general Soublette. Gobiernos de Vargas y de Páez. Vuelta de Soublette. Guerra civil. Elección de José Tadeo Monagas. — Al declararse independiente este país, su población se calculaba en un millón de habitantes. La constitución de 1830 fijaba en cuatro años la duración del cargo presidencial, creaba dos cámaras, una de senadores y otra de representantes, y establecía un poder judicial y un consejo de gobierno formado por funcionarios de los tres poderes y que debía ser consultado en ciertos casos difíciles. El primer presidente constitucional de Venezuela fué el general don Carlos Soublette, que gobernó hasta 1834 en un período de calma, de que estaba harto necesitado el país, después de veinte años de guerras. Subió al gobierno el Dr. Vargas, que no tardó en renunciar, y le sucedió el general Páez que gobernó durante dos períodos consecutivos (desde 1836 a 1843) logrando también proporcionar al país una paz reparadora ; al terminar su gobierno, los datos oficiales evaluaban la población en 1.220.000 habitantes. De nuevo subió al poder el general Soublette, que gobernó desde 1843 a 1847. Los dos primeros años de su administración fueron bonancibles ; se hizo una reforma en la constitución y se firmó un tratado de paz y amistad con España que, en 1845, reconoció la independencia de Venezuela. Pero

llegaba el momento en que habían de comenzar las guerras civiles, que tantos perjuicios han causado a ese país, dificultando sus progresos y reduciendo a muy débiles proporciones la corriente inmigratoria. En 1846 estalló una lucha entre blancos y hombres de color; Leocadio Guzmán, que era jefe de los liberales exaltados, se alzó también, poniendo en tan crítica situación al presidente, que éste se retiró, dejando el gobierno al general Páez. Investido éste con una especie de dictadura de hecho, consiguió vencer a los sublevados y luego apoyó para la presidencia la candidatura de su amigo y antiguo compañero de guerrillas José Tadeo Monagas que, en efecto, fué elegido para el periodo de 1847 a 1851.

Arbitrariedades del nuevo presidente. Disuelve el Parlamento y aprisiona a Páez. — Pudo creerse al principio que el nuevo presidente sería un instrumento de Páez, que tanto había influído en su elección y que le recomendó el primer ministerio; pero en política se hace sumamente difícil mantener estas situaciones subordinadas; pues la dignidad del jefe titular del gobierno le impide plegarse a las indicaciones de su protector; tarde o temprano se rebela contra él y entonces el otro le acusa de ingrato y sobreviene la ruptura. Pero aparte de esta causa general, Monagas era hombre demasiado ambicioso para plegarse a nadie y tardó muy poco en arrojar la máscara. Aprovechó, pues, la primera ocasión para cambiar de ministros, reemplazándolos por hechuras suyas, y aunque afectaba inclinarse al partido liberal, trató de crear otro adicto exclusivamente a su persona.

Las cámaras legislativas, donde Páez tenía gran influencia, se reunieron en enero de 1848 con el propósito de formar juicio político al presidente por sus actos arbitrarios; pero Monagas hizo disolver el parlamento a tiros (26 de enero), sin perjuicio de dar al siguiente día un manifiesto en que deploraba hipócritamente aquel atentado contra el poder legislativo, achacándolo a excesos del populacho. Sin embargo, los representantes, que sabían a que atenerse, no se volvieron a reunir, temiendo mayores daños, y el general Páez, indignado por la conducta de su protegido, se alzó en armas contra el gobierno y obtuvo algunos triunfos. Sin embargo, Monagas supo gànarse la voluntad de muchos congresales y logró que se declarase fac-

cioso al general Páez que, viéndose abandonado por los mismos que le habían incitado a sublevarse, huyó a Nueva Granada, pasando desde allí a la isla de Curazao. Apelando, según los casos, a las dádivas o al terror, consolidó Monagas su poder y en 1849 obtuvo gran mayoría en el nuevo congreso. A mediados de este año el general Páez acaudilló una nueva insurrección, pero fué vencido y hecho prisionero, encerrándosele en un calabozo tan estrecho que apenas podía respirar. Así permaneció varios meses, hasta que compadecidos sus mismos adversarios de los padecimientos de aquel gran caudillo de la independencia, consiguieron de Monagas que cambiara su pena de prisión por la de destierro. Páez, en efecto, logró salir de Venezuela y pasó a Nueva Granada y de allí al Perú, donde obtuvo cordial hospitalidad, viajando luego por Europa y Estados Unidos.

José Tadeo Monagas hace elegir como sucesor a su hermano José Gregorio, para crear un gobierno de familia. Es abolida la esclavitud. Nueva elección de José Tadeo Monagas. — Terminado el período presidencial de José o Judas Tadeo Monagas, se presentaron tres candidatos, a saber : José Gregorio Monagas, hermano del presidente ; Leocadio Guzmán, vicepresidente de la República, y el senador Rendón. Todo el influjo gubernamental se ejercitó en favor de José Gregorio Monagas, que al fin fué proclamado presidente (20 enero 1851) afirmándose así el gobierno de familia inaugurado en 1847.

La nueva administración fué bonancible en los primeros tiempos ; pero en 1853 estalló en Cumaná una insurrección contra lo que se llamaba ya la dinastía Monagas. Parecía muy probable el triunfo del movimiento, pero no tardaron en estallar desavenencias entre los jefes, y un espantoso terremoto que destruyó el 15 de julio la población de Cumaná sembró el desaliento entre los sublevados, que tardaron poco en abandonar las armas. Restablecida ya la paz trató el congreso de fijar la situación legal de los extranjeros, para evitar que reclamaran a cada paso indemnizaciones por daños y perjuicios ; pero esta cuestión quedó sin resolver por las graves dificultades que ofrecía. En cambio, el congreso de 1854 tuvo la gloria de aprobar una ley de abolición inmediata de la esclavitud de los negros,

indemnizando a los propietarios; con lo que este problema, que era grave por el gran número de hombres de color, quedó pronta y satisfactoriamente resuelto.

Terminada la administración de José Gregorio Monagas, fué elegido por segunda vez su hermano mayor José Tadeo, que tomó posesión el 20 de enero de 1855. Se declaró resuelto a una política de conciliación y de paz, y poco después, quizá con objeto de impresionar los ánimos y de atraerse una gran corriente de opinión, manifestó ante el congreso de 1856 que era partidario de la reconstitución de la antigua Colombia y pidió facultades extraordinarias para tratar de realizar el pensamiento y ponerse de acuerdo con los gobiernos de Nueva Granada y el Ecuador. Protestaron contra esta idea los conservadores, a quienes se llamaba también oligarcas, y el congreso, teniendo en cuenta que esto implicaba un cambio en la ley fundamental, no se atrevió a resolver el punto, limitándose a declarar (14 de febrero de 1856) que se autorizaba a los congresos futuros para reformar la constitución, cuando las cámaras actuales se hubieran renovado en su totalidad.

Plan de reconstitución de Colombia. Prórroga del poder presidencial. Insurrección contra los Monagas: su caída. — El plan del general Monagas era de realización muy difícil y sirvió de pretexto a varias insurrecciones, que fueron sofocadas después de mucho derramamiento de sangre y de no pocos fusilamientos. Después de triunfar de sus enemigos pidió el presidente la prórroga de su poder, lo que equivalía a una reforma parcial de la constitución, y el congreso se apresuró a complacerle, declarándole confirmado en sus funciones presidenciales hasta 20 de enero de 1863. También volvió a tratarse del proyecto de reconstitución de Colombia; pero sin llegar a ninguna solución práctica.

A principios de marzo de 1858, cuando el presidente se creía tan arraigado en el poder que acababa de hacer aprobar un decreto de amnistía, estalló contra él una insurrección, capitaneada por el general Castro y que en breve reunió fuerzas considerables. Cuando los insurrectos, en número de 10 mil hombres, se aproximaban a Caracas, el general Tadeo Monagas, creyendo inseguro el éxito si resistía, prefirió abdicar la presidencia y para evitar atropellos se acogió al amparo del pabe-

llón francés. El 15 de marzo la revolución había triunfado y el general Castro entró libremente en la capital. El poder de los Monagas había durado once años.

Judas Tadeo Monagas, presidente vencido, había nacido en Maturín en 1784 y tomado parte desde 1810 en las luchas por la independencia de Venezuela. Se mostró siempre adicto a Bolívar, aun en los tiempos en que Páez y sus parciales se declaraban contra el Libertador. Cuando fué lanzado del poder, que ejercía como verdadero dictador, pero representando, sin embargo, tendencias liberales, tenía ya 74 años de edad. Su hermano José Gregorio, once años más joven que él, había tomado también parte muy distinguida en la guerra de la independencia y figurado en los movimientos de 1831 y 1835; dejó buen recuerdo como presidente por haberse decretado en su tiempo la abolición de la esclavitud. De salud menos vigorosa que su hermano mayor, no pudo resistir la pesadumbre de la derrota ni los malos tratos que sufrió en Puerto Cabello y murió en esta ciudad, donde se les había confinado, a los pocos meses de la revolución.

Presidencia del general Castro. Constitución unitaria. Regreso de Páez y de Soublette. Insurrección federal : su triunfo. Breve gobierno de Páez. Presidencia de Falcón; Constitución federal de 1864. — Aquella revolución había sido preparada por los conservadores y por muchos liberales disidentes : nombró un gobierno provisional dirigido por el general Julián Castro, levantó el destierro de los generales Soublette y Páez, enviando a los Estados Unidos, en busca de éste, una comisión que le acompañase a la patria, y convocó en el mes de julio una convención que se reunió en Valencia, con el propósito de dar una nueva constitución al país. Las sesiones de esta asamblea duraron hasta fin de año, y el mismo día 31 de diciembre de 1858 se votó una constitución marcadamente unitaria, que disgustó mucho al partido federalista. Por entonces desembarcó en Puerto Caballo el general Páez, que fué recibido con gran entusiasmo. La convención terminó sus tareas en el mes de enero de 1859 nombrando al general Castro presidente provisional de la República, vicepresidente al Sr. Tovar y suplente de ambos, en caso necesario, al doctor Gual.

El general Castro logró que aceptara un puesto en su gobierno el anciano general Soublette y publicó una amnistía (26 de febrero), pero no tardó en estallar contra él una insurrección federalista, motivada por el disgusto que había promovido la nueva constitución. Entonces el general Castro revocó el decreto de amnistía (1° de abril) e hizo frente al movimiento, que se había propagado por varias provincias; mas sus esfuerzos fueron vanos, pues al cabo de algunos meses de lucha los federalistas se apoderaron de la Guaira y amenazaron la capital. Los conservadores o oligarcas se aprovecharon de esta confusión para dar, a su vez, un golpe de mano contra Castro y sus ministros, a los que pusieron presos y declararon destituídos, elevando a la presidencia al doctor Pedro Gual, que representaba mejor sus principios. Durante todo el año siguió con encarnizamiento la guerra civil, figurando entre los jefes de los federales los generales Tadeo Monagas, Falcón, Sotillo y otros. Reunido el congreso en 8 de abril de 1860 proclamó presidente de la república a don Manuel Tovar y vicepresidente a don Pedro Gual. El gobierno de España formuló poco después reclamaciones contra diversos atropellos y perjuicios sufridos por muchos de sus súbditos en aquella larga y encarnizada guerra civil, y no llegándose a un acuerdo envió el 10 de septiembre un ultimátum al gobierno de Caracas y retiró de allí a su encargado de negocios. Parecía inminente la guerra; mas, par fortuna, se logró evitarla.

Mientras tanto, proseguía la lucha entre conservadores y federales, y como éstos eran cada vez más numerosos y amenazaban intereses muy arraigados, se trató de combatirlos poniendo al frente del país al hombre de más prestigio entre sus adversarios. Un movimiento, surgido en el seno del partido que aun imperaba en la capital y en parte del país, derribó del gobierno a Tovar y al sustituto Gual, confiriendo una especie de dictadura al héroe de la independencia, general Páez. Pero este ilustre caudillo, quebrantado por la edad y las enfermedades, hubiera podido figurar al frente de Venezuela en un período de tranquilidad, rodeado de la estimación y respeto de sus conciudadanos; mas no estaba ya en condiciones de imponerse a partidos que se combatían con furor, ni de sostener con éxito una campaña militar. Por otra parte, los tiempos habían cambiado y ahora la tendencia representada por Páez

era completamente impopular. Así debió comprenderlo el insigne anciano, quien, después de varios esfuerzos infructuosos para reducir a sus adversarios o llegar con ellos a una transacción favorable a las ideas conservadoras, abdicó el poder el 15 de junio de 1863.

Con la retirada de Páez quedó terminada la guerra civil, que había durado más de cuatro años. El partido federalista subió al poder y fué nombrado presidente interino de la República el general J. E. Falcón, quien, desde luego, promovió la reforma constitucional. La nueva Constitución, votada el 22 de abril de 1864 y promulgada el 1° de mayo, dividió el país en 20 Estados y cinco territorios, con más el distrito federal, formado por Caracas y varias poblaciones circunvecinas. Se nombró presidente efectivo de los Estados Unidos de Venezuela al general Falcón y vicepresidente al general Guzmán Blanco.

XVII.

NUEVA GRANADA.

La Constitución de 1832. Gobiernos de Obando y Márquez. Presidencia de Santander. Arreglo de la deuda colombiana. Conspiraciones y fusilamientos. — Presidencia de Márquez. Insurrección de Obando. Prolongada guerra civil. — Presidencia del general Herrán. Termina la guerra de los Jefes Supremos. Política restrictiva del gobierno. — Presidencia del general Mosquera. Progresos materiales y científicos. Resultado inesperado de la nueva elección presidencial, por el cambio de opinión de un grupo de diputados. — Presidencia democrática del general López. Sus atrevidas reformas liberales. Protestas del clero. Guerra civil : ruptura con Roma. — Presidencia del general Obando. Nueva Constitución : se establece la separación de la Iglesia y del Estado. Sociedades del Gólgota y los Draconianos. Golpe de Estado del general Melo. — Presidencias de Mallavino y de Ospina. Constitución federal de 1858. Confederación granadina. Nueva guerra civil. — Elección del candidato clerical Arboleda, que no puede tomar posesión. Asesinato de Obando. Triunfo de la revolución liberal. — Gobierno de Mosquera. Nueva insurrección de los clericales. Asesinato de Arboleda. Se logra la paz y el país toma el nombre de Estados Unidos de Colombia. — El general Mosquera concibe el propósito de reconstituir la antigua Colombia. Guerra con el Ecuador. Tratado de Pensaquí. Presidencia liberal del Dr. Murillo.

La Constitución de 1832. — Gobiernos de Obando y Márquez. Presidencia de Santander. Arreglo de la deuda colombiana. Conspiraciones y fusilamientos. — Al disolverse la gran República de Colombia, se reunió en Bogotá una Convención que proclamó la independencia de la República neogranadina, dándola los mismos límites que tenía en la época de la dominación española, y votó además una Constitución inspirada en los principios democráticos (10 de noviembre de 1831 a 29 de febrero de 1832). El general Obando fué sustituído en la vicepresidencia de la nueva República por el Dr. Márquez, que gobernó hasta la llegada del presidente titular, general Francisco de Paula Santander.

Éste se hizo cargo del poder ejecutivo el 9 de octubre de 1833, y atendió preferentemente al desarrollo de la instrucción pública, creando las universidades del Centro, el Cauca y el Magdalena. Tuvo que resolver el problema de la repartición de la

deuda pública de Colombia entre los tres Estados independientes en que se había dividido, y habiéndose aceptado su criterio de que se tomara como base la población de cada país, resultó que Nueva Granada debía reconocer como suya la mitad de la deuda total, y así se estipuló en el tratado de 23 de diciembre de 1834.

El general Flores, presidente del Ecuador, había ocupado algunos territorios del sur de Nueva Granada, y para recuperarlos se envió al general Obando, que ocupó la provincia de Pasto con un ejército de 1.500 hombres, firmándose a poco un tratado favorable a Nueva Granada.

El general Sardá se puso al frente de una conspiración para derribar al gobierno, pero habiendo sido denunciado por uno de los jefes comprometidos, el general Santander hizo fusilar a 17 de los conspiradores, y el mismo Sardá murió asesinado en la casa en que se había escondido.

Presidencia de Márquez. Insurrección de Obando. Prolongada guerra civil. — Para las elecciones presidenciales de 1837 apoyaba Santander a su amigo el general Obando; pero triunfó la candidatura conservadora del Dr. José Ignacio Márquez. Bajo su gobierno se aprobó el Código penal y se terminó la liquidación de la deuda pública de Colombia, resultando que las 50 unidades correspondientes a Nueva Granada equivalían, próximamente, a 52 millones de pesos.

El general Obando, candidato vencido en la lucha presidencial, no había soportado con paciencia su fracaso y conspiraba abiertamente contra el gobierno. A fin de restarle partidarios hizo abrir éste una instrucción judicial acerca del asesinato del general Sucre. Entonces, Obando se alzó en armas en Pasto, aprovechando el disgusto que había ocasionado en aquella provincia la supresión de los conventos menores (1839). Se alzaron con él el fraile Villota y el guerrillero Noguera, que en sólo dos meses sostuvieron trece combates con las tropas del gobierno, mandadas por Herrán. Sucedió a éste el general Mosquera, que obtuvo triunfos sobre los rebeldes, pasó al Ecuador para arreglar la cuestión de límites, y luego venció de nuevo a Obando en Huilquipamba (29 de setiembre de 1840). Pero al mismo tiempo que los rebeldes eran batidos en el sur, triunfaba su jefe, el coronel González, en el norte, amenazando la capi-

tal. El presidente Márquez huyó entonces a Pasto, dejando al frente del gobierno al vicepresidente, general Caicedo. Éste, a quien los rebeldes intimaban la rendición, les derrotó con las milicias de Bogotá, mandadas por el coronel Neira (28 de octubre). Con éxito vario, alternando las victorias y derrotas de las fuerzas gubernamentales, siguió la guerra civil que, sobre agotar los recursos nacionales y espantar la inmigración, hacía ilusorio en la mayor parte del país el imperio de las leyes.

Presidencia del general Herrán. Termina la guerra de los Jefes Supremos. Política restrictiva del gobierno — En medio de estos disturbios se verificaron las elecciones presidenciales de 1841, obteniendo el triunfo el general don Pedro Herrán. Éste se preocupó ante todo de pacificar a Nueva Granada, y lo consiguió por su activa intervención en la lucha y por las victorias de los generales Mosquera y Barrera, que le secundaron con gran celo y lealtad. El insurgente Salvador Córdoba murió fusilado; González, Carmona, Sánchez y otros caudillos tuvieron que huir o someterse; y Obando escapó, con algunos de los suyos, a través de bosques y desiertos hasta llegar al Perú.

Terminada esta guerra, que se llamó de los *Jefes Supremos*, el gobierno fusiló a varios cabecillas, indultó a otros y estableció un régimen restrictivo y hasta reaccionario; protegiendo especialmente a los elementos conservadores y al clero, al extremo de restablecer en Nueva Granada la Compañía de Jesús, abolida en la época del virreinato. También se hicieron reformas en las leyes y en los planes de enseñanza, siendo el principal inspirador de estas medidas el Dr. Mariano Ospina, ministro de Herrán.

Presidencia del general Mosquera. Progresos materiales y científicos. Resultado inesperado de la nueva elección presidencial, por el cambio de opinión de un grupo de diputados. — Terminado el período administrativo de éste en el año 1845, se eligió presidente de la República al general D. Joaquín Mosquera, que había sido el último jefe nominal de Colombia y pertenecía también al partido conservador. Su presidencia se caracterizó por las mejoras materiales y científicas con que procuró dotar al país, quebrantado por la última guerra. Implantó la navegación a vapor por el río Mag-

dalena, comenzó los trabajos del ferrocarril de Panamá, para poner en comunicación por vía terrestre los dos océanos, introdujo un buen método de contabilidad nacional, hizo obligatorio el uso del sistema métrico para las monedas, pesos y medidas, creó el Colegio militar y generalizó el estudio de las matemáticas, hermoseó la ciudad de Bogotá con los cimientos del Capitolio y el monumento a Bolívar, y llamó al país sabios y artistas extranjeros. En cuanto a la política interior, sin perjuicio de mantener la preponderancia del clero y de los conservadores, trató de halagar a los diversos partidos. Los liberales, sin embargo, conspiraron activamente y se prepararon a reanudar la guerra civil.

No necesitaron, sin embargo, recurrir por lo pronto a tal extremo; pues en el momento de ir a verificarse la nueva elección presidencial, varios diputados conservadores, o amenazados por las turbas, según se dijo, o ganados mediante promesas, votaron al candidato liberal, general José Hilario López, que subió a la presidencia (7 de marzo de 1849).

Presidencia democrática del general López. Sus atrevidas reformas liberales. Protestas del clero. Guerra civil : ruptura con Roma. — El nuevo gobierno se mostró decidido a seguir una política radicalmente opuesta a la del anterior. Excluyó de los puestos públicos a los conservadores, decretó la abolición de la pena de muerte y la libertad de la prensa. estableció el juicio por jurados, declaró abolida la pena de muerte por delitos políticos, hizo salir del país a los jesuítas, suprimió los fueros militar y eclesiástico (14 de mayo de 1851), y siete días después llevó a efecto la abolición de la esclavitud. Esta granizada, digámoslo así, de reformas democráticas, indudablemente atrevidas, pero cuya justicia era innegable, dió un sello de liberalismo radical a la administración del general López y entusiasmó a gran parte del pueblo, a la vez que sembró la animadversión y la alarma entre el clero y los conservadores. Algunos obispos, que protestaron en términos acerbos contra estas leyes, fueron desterrados ; los jesuítas, expulsados, pasaron al Ecuador y excitaron al gobierno de este país contra Colombia, y desde mediados de 1851 se alzaron partidos clericales y conservadores. En Pasto, acaudilló el movimiento Julio Arboleda, sublevándose en otros puntos Pastor Ospina, Euse-

bio Barrero, Vargas y los hermanos Caicedo. Todos ellos fueron derrotados por las fuerzas mandadas por Obando, Franco, Herrera, Mendoza, La Torre y otros jefes liberales. La guerra con el Ecuador se evitó gracias a un cambio de gobierno en esta República. Las pérdidas causadas por esta nueva lucha civil fueron grandes y las agravó una epidemia de cólera morbo, que hizo en el litoral grandes estragos. Por fin, aprovechando la falta de vigilancia, se cebó en la ciudad de Bogotá una cuadrilla de ladrones hábilmente organizada y cuyos atentados, impunes durante largo tiempo, sembraron el terror entre los habitantes de la capital. Acabó por descubrirse a los jefes de esta banda, que eran el doctor Russi e Ignacio Rodríguez, y fueron fusilados con varios de sus cómplices.

Vencida la rebelión clerical y conservadora en la campaña, se entabló la lucha en el terreno diplomático y social, con caracteres análogos a los que presentó pocos años después en Méjico. El gobierno del general López rompió entonces toda relación con Roma, y en 1° de marzo de 1852 pidió al Congreso que decretara la separación de la Iglesia y el Estado, lo que implicaba una reforma constitucional.

Presidencia del general Obando. Nueva Constitución : se establece la separación de la Iglesia y del Estado. Sociedades del Gólgota y los Draconianos. Golpe de Estado del general Melo. — En 7 de marzo de 1853, subió a la presidencia de la República el general José María Obando, a quién sólo votaron los liberales, por haberse retraído los elementos conservadores. Siguió la misma política de su antecesor, y a los pocos meses de haber subido al poder, fué aprobada la nueva Constitución nacional, que estableció la separación de la Iglesia y el Estado, consagró la libertad religiosa, la de la prensa, el derecho de reunión y asociación, la descentralización política y administrativa, el carácter electivo de los principales funcionarios y la igualdad de fueros. Estas reformas fueron impulsaldas principalmente por la juventud radical, que había fundado una Asociación llamada vulgarmente *el Gólgota*, que aspiraba al planteamiento de las más avanzadas soluciones de la democracia.

Frente a esta fracción radical se organizó la llamada de los *Draconianos*, formada principalmente por militares que figu-

raban en el partido liberal o en el conservador. Los draconianos se oponían a la abolición del fuero militar y realizaron algunos conatos de violencia sobre el Parlamento, sin conseguir su propósito, que era impedir se promulgase la nueva Constitución. Aprobada ésta, se hicieron elecciones generales, obteniendo el partido conservador mayoría en el Senado y una minoría en la Cámara de diputados. Abiertas las sesiones el 1° de febrero de 1854, se observó pronto que ambas Cámaras se hacían la guerra y que el poder ejecutivo no podía contar con el decidido apoyo de la de diputados, única en que predominaban los liberales; pues un proyecto que presentó acerca de la organización del ejército permanente, fué hostilizado por los representantes. Este antagonismo hubiera traído tal vez la disolución de las Cámaras y la convocatoria de otras nuevas; pero el partido militar aprovechó la confusión para dar un golpe de Estado. El general Melo, hombre de antecedentes desfavorables, se sublevó, al frente de algunas tropas, en la madrugada del 17 de abril, sorprendió en sus casas al presidente de la República, a varios ministros y al procurador de la nación, se proclamó dictador y anunció a los habitantes de la capital que la Constitución quedaba suprimida, restableciéndose la unión de la Iglesia y el Estado, y los fueros eclesiástico y militar. Amenazó con las penas de confiscación y muerte a los que censurasen el nuevo orden de cosas o conspiraran contra él, e hizo todo lo posible para afianzar por medio del terror su tiranía.

El vicepresidente Obaldía se había refugiado en la legación de los Estados Unidos; el presidente Obando estaba a merced del dictador, de modo que el único representante de la legalidad era el sustituto, general Tomás Herrera, que se declaró en ejercicio del poder en la villa de Chocontá, y organizó algunas fuerzas para oponerse a la dictadura de Melo. Sus tropas fueron derrotadas en dos encuentros, con muerte del general Franco, que las mandaba. Poco después (5 de agosto) asumió la presidencia el Sr. Obaldía, que había logrado llegar a la villa de Ibagüé, donde obtuvo importantes adhesiones, figurando entre ellas la del general Mosquera quien, no obstante su filiación conservadora, se declaró dispuesto a defender la Constitución contra la dictádura.

Resultó, pues, que el general Melo, que había procurado atraerse a los conservadores, no logró su objeto, quizá por la

repulsión y desconfianza que inspiraba su persona, y se vió reducido a sus propias fuerzas, mientras los partidarios de la legalidad organizaban sus recursos y ganaban terreno en todas partes. El general Mosquera venció en Petaquero y Tierra Azul a los dictatoriales y se aproximó a Bogotá por el norte, mientras el general López la sitiaba por el sur. La toma de la capital exigió catorce días de lucha, y en ella murió el general Tomás Herrera. El 5 de diciembre de 1854 capituló el dictador Melo, que fué desterrado y pasó a Méjico, donde le fusilaron algún tiempo después, por haber tomado parte en las luchas civiles de aquel país.

Presidencias de Mallavino y de Ospina. Constitución federal de 1858. Confederación granadina. Nueva guerra civil. — Convocado de nuevo el Congreso, se declaró depuesto de la presidencia al general Obando, por suponerle cómplice del golpe de Estado de 17 de abril, y se encargó del poder ejecutivo al Dr. Manuel Mallavino, afiliado al bando conservador, pero de propósitos equitativos y conciliadores (1° de abril de 1855).

El Dr. Mallavino gobernó con hombres de todos los partidos y trabajó para destruir la preponderancia militar y para ir preparando al régimen federativo, a cuyo efecto declaró Estados las provincias de Antioquía y Panamá. Una reyerta que ocurrió en este puerto entre colombianos y norteamericanos (15 de abril de 1856) dió margen a una reclamación del gobierno de los Estados Unidos, que exigió como indemnización la isla de Taboga; mas, por último, se conformó con una cantidad en metálico para las familias de los muertos y heridos.

En las nuevas elecciones presidenciales, verificadas a fines de 1856, obtuvo el triunfo el candidato conservador Dr. Mariano Ospina, elegido por muy pocos votos de mayoría. El nuevo presidente, en su discurso de apertura del Congreso (1° de abril de 1858), se mostraba decidido a dejar sin efecto muchas de las reformas introducidas por las administraciones liberales, lo que hizo temer la próxima reproducción de la guerra civil. El problema más grave y urgente era la organización del país en República federal, pues la nueva Constitución estaba ya discutida y respondía cumplidamente a las aspiraciones provinciales. Si el nuevo presidente hubiera resistido esta

reforma, la guerra civil habría sido inmediata y formidable, pero contemporizó, declarando que el advenimiento del régimen federal era inevitable, y propuso al Congreso la convocatoria de una Asamblea constituyente o la revisión del pacto constitucional en lo que se opusiera al nuevo sistema político, para lo que bastaba reunir las dos cámaras en una. Se optó por esto último, y después de tres meses de luminosos debates se aprobó y votó la Constitución federal (22 de mayo de 1858). La nación tomó el nombre de Confederación Granadina y se dividió en ocho Estados, a saber : Antioquía, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá y Santander. Cada uno de ellos debía elegir su gobernador y sus cámaras locales.

El presidente Ospina había mostrado gran elevación de criterio al acatar las aspiraciones nacionales aun en contra de sus íntimas convicciones, pero no imitó su conducta el partido conservador; pues muchos de sus hombres principales aprovecharon las rivalidades provinciales para encender nuevamente la guerra civil. Ésta comenzó entre liberales y conservadores en el Estado de Santander; estalló a poco en Bolívar, donde fué derrocada violentamente la situación conservadora, y se propagó al Cauca, donde era gobernador el general Mosquera, contra quien se alzó Pedro Carrillo. Mosquera le derrotó, auxiliado por su antiguo rival Obando, y luego se sublevó contra el gobierno nacional, alegando que fomentaba los disturbios locales para imponerse en las nuevas elecciones de presidente. Es de notar que en esta época el general Mosquera se había ya separado de las filas conservadoras y figuraba en el partido democrático. Su alzamiento se verificó a principios de mayo de 1860 y motivó una guerra larga y sangrienta, en que alternaron las victorias con las derrotas.

Elección del candidato clerical Arboleda, que no puede tomar posesión. Asesinato de Obando. Triunfo de la revolución liberal. — Verificadas las elecciones en el mes de septiembre, fué elegido presidente el candidato conservador Julio Arboleda, muy apoyado por el clero, cuyos intereses representaba. No pudo, sin embargo, tomar posesión del gobierno, por el estado de guerra en que se hallaba el país, y después de haber levantado algunas fuerzas fué derrotado en Santamarta y hubo de embarcarse para Panamá. Mosquera,

unido con Hilario López, declaró nula la elección de Arboleda y se acercó a la capital. Terminaba entonces el período legal de Ospina (31 de marzo de 1861), que abandonó el poder y se alistó como voluntario en el ejército. Su administración fué honrada; hizo un arreglo de la deuda extranjera favorable al país, no quiso usar de las reservas destinadas a la construcción de ferrocarriles y trató en vano de inspirar a los partidos en pugna el respeto a la ley. No pudiendo tomar posesión de la presidencia el candidato electo, se nombró jefe provisorio del poder ejecutivo al procurador general de la nación, D. Bartolomé Calvo.

El general gubernista Joaquín París atacó a las fuerzas de Mosquera en Subachoque, trabándose una batalla muy sangrienta de resultado indeciso. Poco después, el general Obando, que habia invadido la Sabana de Bogotá, sufrió una derrota y fué asesinado, de igual modo que el guerrillero Patrocinio Cuéllar, que le acompañaba.

Mosquera y el caudillo Gutiérrez consiguieron capturar en La Mesa al presidente Mariano Ospina y a su hermano Pastor y les condenaron a muerte; pero habiendo declarado el gobierno de Bogotá que en represalias haría fusilar a los prisioneros liberales, no se llevó a efecto la sentencia.

El 18 de julio de 1861 tomaron a Bogotá los generales Mosquera y Gutiérrez después de seis horas de combate, cayendo en su poder todos los individuos del gobierno. Fueron fusilados Andrés Aguilar, Plácido Morales y Ambrosio Hernández, que se habían distinguido por su exaltación, y en cuanto al ex presidente Ospina y su hermano, el procurador Calvo, el canónigo Sucre y Miguel Urbina, fueron encerrados en el castillo de Cartagena.

Gobierno de Mosquera. Nueva insurrección de los clericales. Asesinato de Arboleda. Se logra la paz y el país toma el nombre de Estados Unidos de Colombia. — La nueva situación revolucionaria, acaudillada por el general Mosquera, desconoció muchos de los actos realizados por el gobierno anterior; decretó la expulsión de los jesuítas y del prelado metropolitano, y dispuso la extinción de las comunidades religiosas y la confiscación de los bienes llamados de manos muertas, o sea los de la Iglesia.

Estas medidas originaron, como era de esperar, la insurrección de los clericales. En el Estado de Santander se alzó el Dr. Canal con cuatro mil hombres; obtuvo ventajas sobre Gutiérrez y Mosquera y aun se atrevió a atacar la capital, aunque sin resultado alguno. En el sur se insurreccionaron Arboleda, Henao y Giraldo, alternativamente vencedores y vencidos: el primero invadió la provincia de Pasto, por lo que el presidente del Ecuador, García Moreno, le hizo la guerra, pero fué vencido y hecho prisionero en *Tulcán*, recobrando la libertad mediante la promesa de ayudar en lo posible a los conservadores neogranadinos.

La guerra siguió durante mucho tiempo, teniendo los clericales su principal base de operaciones y recursos en la provincia de Pasto, donde el Dr. Canal organizó su gobierno. Al fin el general conservador Henao fué completamente derrotado en Cartago por las fuerzas de Mosquera y Gutiérrez; Giraldo murió en la batalla, y Julio Arboleda, que retrocedía hacia Pasto, fué asesinado al pasar por la montaña de Berruecos. Entonces el Dr. Canal desistió de seguir la lucha y firmó una capitulación con Mosquera (25 de octubre de 1862).

A fin de organizar legalmente la situación liberal, fué convocada después de la victoria una convención de representantes de todos los Estados, que se reunió en Rionegro el 4 de febrero de 1863 y asumió el mando, aunque nombrando para el ejercicio del poder ejecutivo cinco ministros, que fueron los generales Mosquera, López y Gutiérrez, Eustaquio Salgar y Froilán Largacha. Reformóse de nuevo la Constitución en el sentido de dar mayor autonomía a los Estados y el país tomó el nombre de Estados Unidos de Colombia. Después se disolvió la Convención, quedando como presidente interino el general Mosquera.

El general Mosquera concibe el propósito de reconstituir la antigua Colombia. Guerra con el Ecuador. Tratado de Pensaquí. Presidencia liberal del Dr. Murillo. — El general Mosquera declaró su propósito de restaurar la antigua confederación de Colombia, lo que motivó un cambio de notas agresivas con el gobierno ecuatoriano. El 19 de octubre de 1863 el general Mosquera publicó una proclama manifestando su propósito de libertar al Ecuador y excitando a los

habitantes de este país a que derribaran su gobierno y se unieran a Colombia. El gobierno del Ecuador, presidido por el general Flores, declaró la guerra a Nueva Granada, en contestación a la proclama del 12 de octubre. Las hostilidades se rompieron en seguida, y el 6 de diciembre el general Mosquera derrotó por completo a las tropas de Flores en el campo ecuatoriano de Guaspud. Pocos días después se celebró un armisticio y a fines del año se firmó un tratado de paz en la hacienda de Pensaquí, comprometiéndose el gobierno ecuatoriano a negar toda protección a los clericales neogranadinos y a otras concesiones importantes, mientras a su vez el general Mosquera renunció a ejecutar por medio de la fuerza su plan de reconstituir la antigua Colombia.

En 1° de abril de 1864 fué elegido presidente de la República por un periodo de dos años el Dr. Manuel Murillo, liberal y de tendencias conciliadoras. Se abstuvo de hacer presión en la política interior de las provincias; hizo frente con éxito a un alzamiento capitaneado en 1865 por los generales Córdoba y Moya, introdujo algunas mejoras urbanas y administró con acierto la riqueza pública.

XVIII

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

Presidencia del general Juan José Flores. Cuestiones con Nueva Granada. Campaña periodística e insurrección de Vicente Rocafuerte, por tierra y mar. Vencido por Flores, éste le nombra, sin embargo, presidente interino y le hace luego elegir en propiedad. — Presidencia de Rocafuerte. Vence dos insurrecciones y arregla la deuda interior. Sublevación promovida por los agiotistas, que al fin logran imponerse. Nueva elección de Flores. — España reconoce la independencia del Ecuador. Cuestión del territorio de Pasto. Reforma restrictiva de la Constitución. Insurrección de Rocafuerte contra Flores, que al fin se ausenta del país. — Presidencia de Roca. Fallecimiento de Rocafuerte : servicios que había prestado a la causa americana. Proyectos atribuídos al general Flores. — Luchas que promueve la nueva elección presidencial. Administración del clerical don Diego Novoa. Reforma de la Constitución. Guerra civil : renuncia del presidente. — Tentativa del general Flores. Elección del general Urbina. — Presidencia del general Robles. Intervención del Perú. Guerra civil : renuncia del presidente. Nombramiento del general Franco, por la influencia peruana. — El general Flores derrota a Franco. Elección del clerical don Gabriel García Moreno.

Presidencia del general Juan José Flores. Cuestiones con Nueva Granada. Campaña periodística e insurrección de Vicente Rocafuerte, por tierra y mar. Vencido por Flores, éste le nombra, sin embargo, presidente interino y le hace luego elegir en propiedad. — Al disolverse la Confederación de Colombia, la antigua presidencia de Quito se declaró Estado independiente con el nombre de República del Ecuador y eligió presidente por cuatro años al general Juan José Flores (1831). Con arreglo a la constitución anteriormente votada, el poder legislativo debía constar de una sola cámara, que era el Congreso de diputados, y el presidente del poder ejecutivo debía tener un solo ministro, con el titulo de secretario; pero bien pronto se elevó a tres el número de éstos. No sin trabajo fué vencida una sublevación del general Luis Urdaneta, que trataba de incorporar las provincias del Norte a Nueva Granada, y poco después hubo un conflicto con este país acerca de la posesión del distrito de Pasto, a que al fin hubo de renunciar el Ecuador. Los motines e insurrecciones eran frecuentisimos; la hacienda pública estaba en

muy mal estado, contribuyendo a ello la copiosa circulación de moneda falsa, tolerada por las autoridades, y aunque el general Flores dió muestras de gran actividad y energía, tardó poco en desprestigiarse. En 1833, un inglés llamado Hall, que había militado en las filas de la independencia, llegando a coronel, formó una asociación de jóvenes liberales y creó un periódico titulado *El Quiteño Libre*, cuyos artículos de oposición al gobierno le dieron gran fama. Influyó mucho en la ardorosa campaña de este periódico el ecuatoriano don Vicente Rocafuerte, educado en Europa y hombre de gran energía y exaltadas ideas. Elegido diputado, se hizo notar en la oposición y conspiró contra el presidente. Hízose investir éste de facultades extraordinarias, prendió a los redactores de *El Quiteño Libre* y deportó a Rocafuerte; pero éste fué libertado en el camino por algunos insurrectos y entró en Guayaquil en medio de aplausos y vivas. Se puso entonces al frente de una junta revolucionaria en esta ciudad y Flores marchó con tropas a ponerla sitio. Mientras tanto fueron asesinados en Quito el coronel Hall y algunos otros liberales, lo que aumentó la indignación de los sublevados. Rocafuerte, destituído por los jefes militares, se libró de ellos no sin trabajo; logró apoderarse del buque *Colombia* e impuso contribuciones a varios pueblos de la costa, por lo que fué declarado pirata. La plaza de Guayaquil cayó en poder de Flores; pero Rocafuerte la bloqueó con la *Colombia*, y después de echar a pique o apresar algunas goletas del gobierno, se proveyó de recursos en Lima y se estableció en Puná, constituyendo allí un gobierno. Al fin, por traición de algunos de sus subordinados, especialmente del coronel Mena, cayó Rocafuerte en manos del general Flores. Pudo creerse al principio que éste le haría fusilar; pero, lejos de ello, tuvo la generosidad de tratarle como beligerante y celebró con él un tratado para restablecer la paz. En ese tratado, se acordó reunir un Congreso extraordinario para el 15 de agosto, la entrega al gobierno del buque sublevado *Colombia*, la concesión de una amnistía general a todos los revolucionarios y el nombramiento de Rocafuerte para jefe superior del departamento de Guayas. Hubo dificultades para recobrar la *Colombia*, pero al fin se logró el objeto mediante la intervención del comodoro norteamericano.

En algunos departamentos siguió la guerra civil, capita-

neada por Valdivieso, Osés, Barriga, Guerrero y otros caudillos, que no quisieron reconocer el convenio celebrado entre Flores y Rocafuerte; la ciudad de Quito fué ocupada por los insurgentes, que reunieron en ella una Convención; pero Flores los derrotó completamente en Miñarica, causándoles 900 bajas (18 de enero de 1835), y entonces los convencionales, impelidos por el despecho y la desesperación, pidieron la anexión del Ecuador a Nueva Granada. No tardó Flores en ocupar a Quito, donde entregó a Rocafuerte el mando supremo. Éste lo tomó con el carácter de presidente interino, miéntras se reunía una Convención encargada de reformar la constitución nacional. En el ínterin, Rocafuerte llevó a cabo importantes reformas; mejoró la condición legal de los indios, suprimiendo muchas de las vejaciones que les oprimían, estableció colegios, creó juntas de agricultura, minas y caminos, y organizó la policía y el servicio de bagajes, dando muestras de buen deseo e infatigable actividad. El 22 de junio se reunió la Convención en Ambato, y en pocos días quedó votada la nueva Constitución, que difería de la anterior en varios puntos de importancia. El poder legislativo quedaba dividido en dos cámaras, que debían reunirse cada dos años; se amplió el derecho de sufragio, se reconoció mayor independencia al poder judicial; se estableció una nueva división del territorio en provincias, cantones y parroquias y se afirmó la independencia del Ecuador, tratando de excluir toda confederación con los otros Estados de la antigua Colombia. Una vez aprobada esta constitución, se eligió presidente de la República por cuatro años a don Vicente Rocafuerte y vicepresidente a don Juan Bernardo León.

Presidencia de Rocafuerte. Vence dos insurrecciones y arregla la deuda interior. Sublevación promovida por los agiotistas, que al fin logran imponerse. Nueva elección de Flores. — Ante todo el nuevo presidente hubo de preocuparse en vencer dos insurrecciones, una capitaneada por los coroneles Bravo y Osés, que fueron aprehendidos, siendo el último pasado por las armas con veinte de los suyos; y otra acaudillada por el coronel Franco, que se apoderó de la ciudad de Esmeralda, y que al fin murió asesinado por los mismos insurrectos.

Libre ya de esta preocupación, trató Rocafuerte de ordenar la administración del país y su primer cuidado fué la clasificación y arreglo de la deuda interior; pues los agiotistas, prevaliéndose de la confusión que reinaba, estaban absorbiendo la mayor parte de las rentas del país. Del estudio hecho por el ministro de Hacienda, señor Tamariz, resultó que el total de esa deuda no pasaba de 1.200.000 pesos. Clasificó los créditos según su procedencia, tomó medidas contra el contrabando y estableció la forma de amortizar la deuda.

Estas disposiciones llenaron de inquietud y alarma a los usureros y logreros, que se enriquecían con el desbarajuste administrativo. Protestaron, pues, furiosamente contra los decretos y emprendieron contra el ministro una enconada campaña de recriminaciones y calumnias. En menos de un año se había logrado amortizar la cuarta parte de la deuda y esto no podía convenir a los especuladores que, para atajar el benéfico efecto de las reformas, atizaron bajo capa la guerra civil. El coronel Bravo, con los jefes Blanco, Maldonado, Espinosa y otros de los vencidos en Miñarica, invadió la república por Imbabura y el páramo del Ángel; pero derrotados los rebeldes por el coronel Guerrero, llamado *el Pastuso*, fueron fusilados varios de ellos, logrando huir el caudillo principal.

Rocafuerte siguió realizando útiles reformas; secularizó los principales establecimientos de enseñanza, restableció las pirámides de Caraburo y Oyambaro, recuerdos de la expedición geodésica de La Condamine, y dictó medidas para redimir y trasladar al tesoro los censos que gravaban muchas propiedades. Exasperados los agiotistas acudieron al general Flores, que ya miraba con cierto despecho el prestigio de Rocafuerte, y obtuvieron de él la promesa de que haría revocar los decretos sobre la deuda. Habiendo sido elegido presidente del Senado, influyó para que se diese un voto de censura a Tamariz, contra el que se abrió juicio político, y ese honrado servidor de la patria fué condenado a dos años de incapacidad para servir puestos públicos, por supuesta infracción de las leyes. Rocafuerte, que había amenazado con renunciar la presidencia si esa inicua acusación prosperaba, tuvo la debilidad de no hacerlo; el 23 de enero de 1837 quedaron derrogados los decretos y volvió el desbarajuste a la hacienda, con gran satisfacción de los explotadores del país. Por entonces se ratificó también el

convenio de la deuda colombiana, correspondiendo al Ecuador el 21 1/2 por ciento, que representaba unos 23 millones de pesos fuertes.

A principios de marzo de 1838 estalló en Riobamba una insurrección, promovida por el ex ministro Valdivieso y otros personajes. Se puso al frente el coronel Machuca, pero fué vencido por las tropas del gobierno y asesinado en la retirada. Los conspiradores fueron desterrados y ya no se alteró la paz hasta que terminó el período constitucional de Rocafuerte, el 31 de enero de 1839. En su reemplazo se eligió presidente por segunda vez al general Flores y vicepresidente a don Francisco Aguirre.

España reconoce la independencia del Ecuador. Cuestión del territorio de Pasto. Reforma restrictiva de la Constitución. Insurrección de Rocafuerte contra Flores, que al fin se ausenta del país. — Durante el primer año hubo bastante tranquilidad en el país; se negoció con España el reconocimiento de la independencia del Ecuador, que se llevó a efecto con fecha 16 de febrero de 1840, y se celebró con aquella nación un tratado de paz, amistad y comercio. Solicitado por el gobierno de Nueva Granada, intervino el general Flores en la persecución contra Obando, que se había alzado en la provincia de Pasto, y con fecha 6 de mayo de 1841 se atrevió a dar un decreto incorporando aquel territorio a la república del Ecuador. Esto dió lugar a reclamaciones y por último, para evitar la guerra, devolvió el general Flores el territorio de Pasto a Nueva Granada. También se trató de fijar los límites con el Perú, mas no hubo medio de llegar a un acuerdo, después de varios meses de negociaciones.

Mientras el general Flores ejercía la presidencia de la República, ocupaba Rocafuerte el gobierno de Guayaquil y parecía que entre ambos personajes mediaba el acuerdo de irse legando mutuamente el poder; mas a principios de 1843 Flores, que se mostraba cada vez más ambicioso, se hizo reelegir para un nuevo período de cuatro años, previa una nueva reforma constitucional, que exigía cierta renta a los que aspirasen a ser diputados o senadores y establecía otras disposiciones restrictivas y antidemocráticas, por lo que se llamó a la nueva Constitución *carta de esclavitud*. Rocafuerte, despechado por la reelección

de Flores, calificó de monstruosidad política la reforma constitucional, renunció su gobierno de Guayaquil y pasó a Lima desde donde hizo apasionados cargos contra su rival, en folletos y periódicos, a la vez que conspiraba con medios más eficaces para derribarle del gobierno. Un decreto, en que se creaba una nueva contribución de tres pesos al año, sirvió de pretexto para una sublevación, apoyada por varios sacerdotes y que llevaba como lema « Religión y Rocafuerte ». Los sublevados entraron en Riobamba, ocuparon otras poblaciones, imponiendo tributos, y pronto la guerra civil tomó gran incremento. El presidente Flores logró al fin sofocarla, en parte por la fuerza y principalmente ofreciendo reformar la constitución. Pasó, sin embargo, todo el año 1844 sin que diera muestras de querer cumplir este compromiso, y entonces se reanudó la lucha, atizada ya directamente por Rocafuerte, que había vuelto a Guayaquil, al amparo del convenio. El 6 de marzo de 1845 se insurreccionó esta ciudad, poniéndose al frente del movimiento un gobierno provisional formado por los señores Olmedo, Roca y Novoa. La insurrección cundió por todo el país; muchos de los jefes en quienes había depositado su confianza el general Flores se volvieron contra él; Esmeraldas, Loja y Cuenca se adhirieron a la revolución y después de varios combates, que le fueron adversos, el general Flores se avino a celebrar con los sublevados un convenio, que se firmó en la hacienda *Virginia* el 28 de junio de 1845 y por el cual se comprometía a marchar a Europa, donde debía permanecer hasta que se reformase la constitución, con tal de que se le reconociese el carácter de general en jefe, honores y rentas, se le proporcionaran 20.000 pesos para el viaje y se le permitiese volver, sin dificultad ninguna, al cabo de dos años.

Presidencia de Roca. Fallecimiento de Rocafuerte: servicios que había prestado a la causa americana. Proyectos atribuídos al general Flores. — Reunida la convención nacional proclamó presidente del Ecuador a don Vicente Ramón Roca, que había sido jefe de policía en la antigua confederación de Colombia, distinguiéndose por su energía y rectitud.

En cuanto a don Vicente Rocafuerte, que tanto había influído en el triunfo de la revolución, vió descartada su candidatura a

la presidencia. En 1846 fué elegido presidente del Senado y luego se le nombró enviado extraordinario y ministro plenipotenciario antes los gobiernos del Perú, Bolivia y Chile, a fin de que pactase un acuerdo internacional para hacer frente a los planes liberticidas que se achacaban al general Flores. Aceptó Rocafuerte esta misión cuando se hallaba ya gravemente enfermo y los excesos de trabajo a que le obligó aceleraron su muerte, ocurrida en Lima el 16 de mayo de 1847, cuando tenía 64 años.

Rocafuerte había sido uno de los campeones más entusiastas y enérgicos de la independencia americana. Nacido en Guayaquil, se había educado en Europa y fué diputado por América en las Cortes de Cádiz. Perseguido por los absolutistas, pasó a Francia, Italia e Inglaterra, desde donde se embarcó para los Estados Unidos. Tuvo gran figuración en Méjico, donde hizo oposición al imperio de Itúrbide, siendo nombrado más tarde encargado de negocios de aquel país en Londres. Disgustado luego con el gobierno clerical de Bustamante, volvió a Guayaquil en 1833 y ya hemos visto qué parte tan activa tomó en la política ecuatoriana. Pronto para sublevarse contra los gobiernos contrarios a sus aspiraciones, era inflexible con los que se rebelaban contra su autoridad; contradicción muy frecuente en el espíritu humano. De todos modos sus buenas cualidades preponderaban sobre las malas y fué uno de los hombres civiles más batalladores, tenaces y entendidos de su tiempo.

Volviendo ahora al período presidencial de don Vicente Ramón Roca, diremos que durante él se dió como cosa segura que el general Flores quería implantar la monarquía en la república del Ecuador, haciendo rey a uno de los hijos de la viuda de Fernando VII. Análogos planes se atribuyeron por entonces al general mejicano Paredes, sin que sea fácil deslindar lo que hubiera de cierto en aquellos rumores. Lo cierto es que Flores compró vapores en Inglaterra y alistó aventureros en España y otros países; pero los buques fueron embargados y fracasó aquella expedición, que por mucho tiempo mantuvo inquietos los ánimos.

Luchas que promueve la nueva elección presidencial. Administración del clerical don Diego Novoa. Reforma de la constitución. Guerra civil : renuncia del

presidente. — En 1849 se disputaron la presidencia el candidato liberal don Antonio Elizalde y el conservador don Diego Novoa, sin que ninguno de ellos alcanzara las dos terceras partes de los votos, como prevenía la constitución. Repitiéronse las votaciones sin resultado y entonces decidió el Congreso confiar el poder ejecutivo al vicepresidente, señor Ascasubi. Esta solución disgustó a los conservadores como a los liberales, y el 20 de febrero de 1850 estalló en Guayaquil una insurrección, dirigida por los generales Urbina y Novoa, que pedian la convocatoria de una convención nacional. Casi al mismo tiempo se alzó en Cuenca el general Elizalde que celebró con sus contrarios un pacto en la Florida, para convocar la convención y aceptar sus decisiones. El vicepresidente abandonó el poder sin resistencia y habiéndose reunido en Quito la convención, a fines de 1850, proclamó presidente del Ecuador al candidato clerical don Diego Novoa.

Inmediatamente se votó uno nueva constitución política de carácter reaccionario, cuyas bases eran la forma republicana unitaria, la soberanía nacional ejercida mediante sufragio restringido y la división del poder en legislativo, ejecutivo y judicial. El poder legislativo pasaba a una cámarca única, compuesta de 42 diputados elegidos por 4 años y que debian ser propietarios o rentistas. El presidente de la República sería nombrado por 4 años y no reelegible para el inmediato período. Los magistrados del Tribunal Supremo eran nombrados por la Asamblea Nacional por diez años y reelegibles. Por fin se restablecía el antiguo predominio religioso, el fuero eclesiástico y el diezmo, que importaba unos 150.000 pesos fuertes anuales; de modo que esta constitución parecía inspirada en las tradiciones más opresoras del coloniaje.

El gobierno conservador apoyó decididamente a los jesuitas expulsados de Nueva Granada, lo que estuvo a punto de promover una guerra entre ambas repúblicas. Ambas hicieron aprestos militares; pero el general Urbina, nombrado jefe del ejército ecuatoriano, se puso de acuerdo con los generales Villamil, Robles y Franco y se pronunció contra el gobierno en Guayaquil, declarando que la convención había violado los principios democráticos y que la guerra contra Nueva Granada sería criminal y fratricida. El presidente Novoa se vió precisado a resignar el mando, que pasó a manos de Urbina.

Tentativa del general Flores. Elección del general Urbina. — A principios de 1852 el general Flores, no escarmentado por sus anteriores fracasos, reclutó un cuerpo de aventureros, y fletando en el Perú algunos buques expidió proclamas anunciando que se presentaba como « reparador de los desastres revolucionarios, restaurador de la ley y promovedor de la civilización ». En vista de que nadie respondía a tal llamamiento, se decidió a desembarcar en la costa del Ecuador en el mes de julio, pero fué derrotado y se refugió de nuevo en el Perú.

El 12 de julio se reunió en Guayaquil una asamblea constituyente, que nombró presidente efectivo de la república al general José María Urbina desde 30 de agosto de 1852 a igual día de 1856. Urbina, que había sido conservador hasta que derribó al anterior presidente, adoptó ahora una política liberal; aboliendo el fuero eclesiástico y el diezmo, expulsando a los jesuítas y promoviendo otras reformas exigidas por la opinión. Se dictó además una ley de excepción contra el general Flores y sus invasiones periódicas, decretando que en lo sucesivo sería tratado como pirata. Flores se declaró entonces partidario del clericalismo y trató de renovar la guerra; pero no halló, por el momento, ambiente favorable a sus propósitos y, salvo algunos trastornos de poca monta, el general Urbina consiguió llegar tranquilamente al término de su período presidencial, siendo elegido para sucederle el general Francisco Robles.

Presidencia del general Robles. Intervención del Perú. Guerra civil : renuncia del presidente. Nombramiento del general Franco, por la influencia peruana. — El nuevo presidente siguió la misma política de su antecesor y bajo su gobierno hubo liberdad y orden. Pero el partido conservador encontró el medio de asociar al presidente del Perú, general Castilla, a sus intereses; las relaciones diplomáticas se agriaron y, so pretexto de la protección dispensada al general Flores y de la cuestión de límites, vino la declaración de guerra. A principios de 1859 la escuadra peruana bloqueó a Guayaquil y los ejércitos de tierra se observaron sin empeñar combate, mientras Nueva Granada y Chile, reconocidos como mediadores, daban su fallo. Así transcurrieron algunos meses, durante los cuales prepararon los conservadores dos alzamientos,

uno en Guayaquil y otro en Quito, que fueron sofocados. Entonces el presidente del Perú dió orden de estrechar el bloqueo de Guayaquil y mediante negociaciones en que intervino el ministro de España, señor García de Quevedo, favorable a los conservadores, la plaza se rindió el 21 de agosto. El presidente Robles desaprobó el convenio firmado por el general Franco y marchó sobre Guayaquil, pero entonces estalló una insurrección en Quito y se vió precisado a resignar el mando, embarcándose para Chile. Igual partido adoptó el general Urbina, al ver que no podía contar con sus tropas.

El general Franco se proclamó jefe de Guayaquil, convocó en esta ciudad una convención para que eligiera al jefe supremo del país, y habiendo obtenido 161 votos contra 160 que alcanzó García Moreno, jefe del gobierno de Quito, se hizo proclamar presidente del Ecuador. Negóse su rival a reconocerle y entonces intervino directamente en la contienda el presidente del Perú, que desembarcó delante de Guayaquil, al frente de seis mil hombres. Después de haber oscilado algunos días entre los dos titulados gobiernos, optó por el de Guayaquil y firmó con el general Franco un convenio, al que siguió el tratado de 25 de enero de 1860, depresivo para el Ecuador y muy ventajoso para el Perú, que obtuvo plena satisfacción y grandes franquicias comerciales.

El general Flores derrota a Franco. Elección del clerical don Gabriel García Moreno. — Los conservadores de Quito llamaron al turbulento general Flores y le confiaron el mando del ejército contra el gobierno de Guayaquil, dirigido por Franco. Éste presentó batalla a Flores en Bodegas, pero fué completamente derrotado y no tuvo más remedio que refugiarse en el Perú, donde estaban también los generales Robles y Urbina.

Triunfante de nuevo el partido conservador y clerical, se hizo la convocatoria de una convención que designó para la presidencia de la República a don Gabriel García Moreno (enero de 1861). El general Flores ambicionaba ese cargo; pero su conducta durante los quince años últimos le había desprestigiado en tales términos, que él mismo debió comprender que necesitaba revestirse de paciencia. Obtuvo, sin embargo, el gobierno de Guayaquil y la jefatura del ejército, lo que le

colocaba en excelente situación para madurar sus ambiciosos planes.

Como se ve, en la misma época en que Méjico y otras repúblicas hispanoamericanas luchaban ventajosamente contra el predominio teocrático, la república del Ecuador caía en manos de esos elementos que, bajo el nombre de conservadores, le preparaban todavía largos años de opresora reacción.

XIX.

REPÚBLICA DEL PERÚ Y BOLIVIA.

Presidencias de Gamarra y Orbegozo. Intervención de Bolivia. Sus antecedentes. — Oposición de Chile. Expediciones de Blanco Encalada y Bulnes. Queda disuelta la Confederación. — Nueva presidencia de Gamarra. Muere peleando contra Bolivia. El general Ballivián, presidente de este país, es destituído por Belzú. — Anarquía en el Perú. Sube al poder el general Castilla. Agitada presidencia de Echenique. Es derribado por Castilla, que gobierna siete años seguidos. — Bolivia. Dictadura del general Belzú. Reforma constitucional. Guerra con el Perú por la cuestión de la moneda. — Presidencia del general Córdoba. Revolución democrática de 1857. Gobierno del doctor Linares. Es destituído por sus ministros. Atroces matanzas en La Paz. Presidencia de Acha. Sube al poder Melgarejo.

Presidencias de Gamarra y Orbegozo. Intervención de Bolivia. Sus antecedentes. — Ya se dijo anteriormente que después de la retirada de Bolívar ocupó la presidencia del Perú el general La Mar, quien trató de apoderarse de Guayaquil, siendo derrotado y poco después destituído de la presidencia. Le sucedió en 1827 el general Gamarra, elegido para un período de seis años, que transcurrió en medio de turbulencias y sediciones militares; siendo la más grave la del coronel Escobedo, que se alzó en el Cuzco proclamando la república federal y fué vencido y fusilado con varios de los suyos (1830). Terminado al fin el período presidencial de Gamarra, fué elegido para reemplazarle el general Orbegozo (diciembre de 1833).

El nuevo presidente pertenecía a una familia muy acaudalada y se apoyó en la antigua aristocracia española, que aun conservaba gran influencia, pero que era mirada con aversión por los elementos reformadores. Esto dió lugar a un movimiento insurreccional que estalló en Lima y en varias provincias, figurando a su cabeza el ex presidente Gamarra y los generales Bermúdez y San Román. El gobierno logró sofocar la insurrección y Orbegozo entró triunfante en Lima (10 de junio de 1834) y promulgó una constitución que ampliaba las facultades del presidente; pero no tardó en reanudarse la gue-

rra civil, atizada por los caudillos Gamarra, Lafuente y Salaberry. Esta guerra, larga y sangrienta, indujo a Orbegozo a solicitar la intervención de Bolivia, donde mandaba el general Santa Cruz. Éste pasó la frontera con un ejército numeroso, derrotó a Gamarra en *Yanacocha* (13 de abril de 1835) y luego a Salaberry en *Socobaya*, con lo que Orbegozo consiguió establecer de nuevo su gobierno en Lima.

Para comprender bien los acontecimientos que siguieron a las victorias de Santa Cruz, debemos abandonar por un instante la historia del Perú y fijar la vista en Bolivia. Es sabido que tomó este nombre desde 1825 la región conocida anteriormente bajo el nombre de Alto Perú y que había formado parte del virreinato de Buenos Aires desde 1778. Las derrotas de Balcarce en el Desagüadero, de Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma, y de Rondeau en Sipe Sipe, fueron causa de que el Alto Perú quedase fuera del sistema argentino. Al mismo tiempo, las rivalidades locales fomentadas por una separación de cerca de medio siglo habían ahondado las diferencias entre el Perú propiamente dicho y las provincias del sud, de modo que, después de la victoria de los patriotas en Ayacucho, surgieron graves inconvenientes para la unión y el general don José Miguel Lanza proclamó la independencia del Alto Perú en La Paz en 1825. El nuevo estado tomó el nombre de Bolívar, cambiado pronto en Bolivia, y aceptó como presidente al general Sucre, bajo la protección del Libertador, aceptando la constitución monocrática que éste propuso. Gobernó Sucre la república de Bolivia hasta el 18 de abril de 1828, en que fué derribado del poder por una sedición militar, teniendo que abandonar el país. Entonces se nombró un gobierno provisional que reformó la constitución en sentido democrático, siendo después (1829) nombrado presidente el general don Andrés Santa Cruz, que gobernó sin incidentes notables hasta 1834, fecha en que, aprovechándose de la guerra civil del Perú, quiso realizar su pensamiento de unir este país a Bolivia por medio de un lazo federal.

Confederación peruano-boliviana. Oposición de Chile. Expediciones de Blanco Encalada y Bulnes. Queda disuelta la Confederación. — El presidente Orbegozo se mostró dispuesto a secundar los planes de Santa

Cruz. Condenado a muerte y fusilado el general Salaberry y deportado a Centro América el ex presidente Gamarra, las asambleas de Sicuani y de Huaare aprobaron el pacto de federación entre Bolivia y el Perú. Cada uno de estos Estados tendría su gobierno particular, pero ambos delegarían la dirección suprema en el presidente de la Confederación, dejando a su cargo las relaciones exteriores y todas las facultades necesarias para conservar la unión y armonía entre los Estados confederados. El Perú propiamente dicho tomó el nombre de *Estado norteperuano*, Bolivia el de *Estado surperuano* y los dos juntos el de *Confederación Perú-Boliviana*. De la presidencia del primero se encargó el general Orbegozo, de la del segundo el general Herrera, y ambos se subordinaron a Santa Cruz, que tomó el nombre de *Protector* de la Confederación. El objeto principal de ésta era no sólo reconstituir el antiguo Perú, sino ensanchar el comercio de Bolivia, haciendo pasar sin trabas sus productos hasta el puerto del Callao.

La idea era genial y fecunda, pero tenía que luchar con graves inconvenientes, siendo los principales las rivalidades interiores y la oposición de las repúblicas vecinas. Nueva Granada no creó obstáculos a la empresa; pues en todo caso habría podido afirmar su antigua superioridad uniéndose de nuevo a Venezuela y el Ecuador; el Brasil se mantuvo a la expectativa; pero Chile, que veía su comercio gravemente comprometido por la existencia de la Confederación, se propuso desde los primeros momentos destruirla y envió al Perú agentes para promover una insurrección contra Orbegozo y Santa Cruz. No satisfecho su gobierno con estos manejos, halló fácilmente un pretexto para declarar la guerra a los confederados y, en 1837, envió al mando del general Blanco Encalada una expedición que no tuvo el menor éxito. Transcurrieron otros dos años sin que se renovaran las hostilidades, pero en 1839 una nueva expedición chilena, capitaneada por el general Bulnes y auxiliada por muchos peruanos, derrotó en la batalla de Yungay al general Santa Cruz (20 de enero) forzándole a refugiarse en la república del Ecuador. Entonces Orbegozo se apresuró a declarar disuelta la Confederación Perú-Boliviana; poco después resignó el mando y fué nombrado en su lugar presidente del Perú el general Gamarra.

Nueva presidencia de Gamarra. Muere peleando contra Bolivia. El general Ballivián, presidente de este país, es destituido por Belzú. — Gamarra reunió en Huancayo una asamblea que reformó la constitución, impuso trabas al comercio con Bolivia, favoreciendo en cambio el de Chile, y adoptó una política que se llamó *restauradora,* cuando no era más que suicida, desde el punto de vista de los verdaderos intereses del Perú. Mas en 1841 el presidente de Bolivia, general Velasco, fué depuesto por los partidarios de Santa Cruz, que nombraron en su lugar al designado por éste, que fué el general José Ballivián, y entonces el gobierno peruano se creyó obligado a intervenir. Un ejército mandado por el mismo presidente Gamarra invadió el territorio boliviano y llegó triunfante hasta cerca de La Paz; mas a poco fué completamente derrotado por Ballivián en la batalla de *Ingavi,* quedando muerto el presidente Gamarra (18 de noviembre de 1841).

Ballivián invadió a su vez el Perú y se hizo dueño del puerto de Arica, pero lo abandonó mediante un tratado de paz, en que se reconocieron a Bolivia ciertas ventajas comerciales. En 1843 fué nombrado presidente en propiedad y gobernó el país durante cinco años, teniendo que hacer frente a continuas rebeliones, hasta que en 1848 fué arrojado del poder por su ministro de la guerra, general Belzú, que se proclamó dictador después de ganar la batalla de Zamparay (marzo de 1849).

Anarquía en el Perú. Sube al poder el general Castilla. Agitada presidencia de Echenique. Es derribado por Castilla, que gobierna siete años seguidos. — El Perú, después de la derrota y muerte de Gamarra, atravesó un período de lamentable anarquía. En poco más de tres años ocuparon sucesivamente la presidencia los generales Méndez, Torrico, Vidal y Vivanco. Este último suprimió por decreto la constitución de 1839 y entonces estalló contra él una insurrección dirigida por el general Ramón Castilla, que subió de este modo al gobierno (1845).

La administración del general Castilla duró cerca de seis años y en este largo período consiguió mantener la paz y el orden. Consiguió mejorar la situación de la hacienda, que había caído en el mayor descrédito; introdujo mejoras en el ejército y la marina y creó algunas industrias. Le sucedió por los me-

dios legales, que ya iban siendo inusitados, el general don José Rufino Echenique, el cual tomó posesión de la presidencia el 20 de abril de 1851.

El nuevo mandatario no pudo gobernar en paz. Apenas se hubo hecho cargo del gobierno se alzó contra él la ciudad de Arequipa, sofocándose el movimiento al cabo de tres días de sangrienta lucha. Al año siguiente se suscitó un conflicto con los Estados Unidos, que reclamaban indemnización por perjuicios a varios de sus súbditos y no recibiendo las sumas exigidas quisieron hacerse dueños de las islas de Lobos, que no perdió el Perú gracias a la mediación de Francia e Inglaterra. Surgieron después disensiones con Bolivia y el gobierno quiso arreglarlas pacíficamente, lo que disgustó a los elementos exaltados, que deseaban a todo trance la guerra. Por fin se culpó al gobierno de Echenique de la mala situación de la hacienda, obra en que todos habían colaborado, y, en 1853, estalló la insurrección en varias provincias, figurando al frente de ella los generales Vivanco y Castilla, que olvidaban sus rivalidades para hostilizar al gobierno; el general San Román, el banquero don Domingo Elías y otros políticos de diversas fracciones. El presidente de Bolivia, general Belzú, aprovechando este desconcierto, invadió el territorio peruano a fines de octubre, ocupó varias poblaciones fronterizas, y después de publicar un manifiesto en el que aseguraba no ser su propósito hacer guerra al Perú, sino combatir a un mal gobierno que trataba de destruir las relaciones naturales entre ambos países, volvió a pasar la frontera. Poco después, don Domingo Elías promovió un alzamiento en Tumbes y en Ica, poniéndose al frente de los sublevados el general Castilla (enero de 1854). La rebelión se extendió durante todo el año, costando al país mucha sangre y enormes perjuicios; al fin Echenique, puesto al frente de las tropas gubernamentales, salió en busca del enemigo y habiéndose encontrado ambos ejércitos en *La Palma*, cerca de la capital, Castilla obtuvo la victoria y Echenique se vió precisado a huir. Los vencedores entraron en Lima (enero de 1855) y nombraron un gobierno provisional dirigido por el general Castilla, a quien se dió el título de *Libertador,* siendo nombrado ministro de hacienda el Sr. Elías.

A mediados de julio se reunió un Congreso constituyente que votó una nueva constitución, en que se establecían varias re-

formas liberales, entre ellas el sufragio universal, la abolición de la esclavitud y la tolerancia de cultos. Esta constitución fué promulgada en 18 de octubre de 1856. Aunque no había llegado a establecer la libertad religiosa encontró gran oposición en el clero, que vió sus privilegios amenazados.

Esto fué causa de que se reanudara la guerra civil. Comenzó ésta por un movimiento de parte de la guarnición de Lima que trató de apoderarse, sin lograrlo, de la persona del presidente. Poco después (31 de octubre) se sublevó Arequipa, poniéndose al frente de la rebelión el general Vivanco, que se apoderó de tres buques de guerra y ocupó las islas Chinchas, a fin de malbaratar todo el guano posible y obtener recursos para la insurrección. Más de año y medio duró esta guerra, terminada al fin con la toma de Arequipa en marzo de 1858. Pocos meses después el general Castilla, que había gobernado con carácter provisional más de tres años, fué elegido presidente constitucional por otros cuatro. En este nuevo período intervino en los asuntos del Ecuador, a cuya república declaró la guerra, sin más resultado que afirmar la supremacía del partido clerical y llevar al poder a Flores. Parece que los propósitos del general Castilla eran muy distintos; lo cierto es que al regresar a Lima a principios de 1860 se le recibió con frialdad casi hostil y a los pocos meses fué objeto de una tentativa de asesinato, que atribuyó a los elementes radicales, por lo cual adoptó una política reaccionaria. A fines del mismo año sometió al Congreso un nuevo proyecto de constitución, que fué aprobado y en que se restringían las libertades públicas y se restablecía la pena de muerte.

Habiéndose verificado en 1861 la reincorporación de Santo Domingo a la monarquía española, el gobierno del Perú dió la voz de alarma a todas las repúblicas americanas, presentándoles aquel hecho como una tentativa de restauración del régimen colonial. Esta exaltada propaganda, que duró mucho tiempo, fué causa de que se turbaran las buenas relaciones entre el Perú y la antigua metrópoli; creándose un ambiente de animosidad, que más tarde originó, como veremos, una guerra lamentable y sin objeto alguno.

Después de haber ocupado el gobierno durante siete años seguidos, el general Castilla hubo de ceder el puesto al gran mariscal San Román, que se hizo cargo de la presidencia en el mes de mayo de 1862.

BOLIVIA. — Dictadura del general Belzú. Reforma constitucional. Guerra con el Perú por la cuestión de la moneda. — Ya queda dicho que el presidente Ballivián, de tendencias liberales, fué derribado del poder en 1849 por su ministro de la guerra, general Manuel Isidro Belzú, quien ejerció la dictadura en medio de una serie de conspiraciones. El 5 de septiembre de 1850 fué asaltado en las inmediaciones de Chuquisaca por una cuadrilla de asesinos que le hirieron de varios pistoletazos, dos de ellos en la cara. Consiguió Belzú librar su vida y curarse; el Congreso reunido en La Paz le invistió de facultades extraordinarias y se prevalió de ellas para encausar y hacer condenar a muerte al general Ballivián, a los doctores Morales y Linares, al coronel Laguna, Benito López, y a otros enemigos, de quienes sospechaba. Ballivián logró fugarse a Chile, pero los demás fueron fusilados.

No tardó en estallar en La Paz una insurrección, pero fué reprimida prontamente y seguida de una serie de ejecuciones que rodearon el nombre de Belzú con la siniestra aureola del terror. En 1851 hizo derogar la constitución de 1839 y votar otra en que se suprimían las libertades municipales, se establecía la religión católica con exclusión de cualquier otro culto; las cámaras debían reunirse cada dos años y el presidente de la República era elegido por cinco años en vez de cuatro, pudiendo revestirse de facultades extraordinarias cuando lo creyera conveniente. Al mismo tiempo negoció, por medio del general Santa Cruz, un concordato con Roma, reconociendo todo género de prerrogativas a la Iglesia.

Desde varios años antes se acuñaban en Bolivia cantidades enormes en moneda de plata de baja ley, que había pasado en grandes sumas al Perú, donde dificultaba las transacciones comerciales. El gobierno peruano quiso retirarla y hacerla canjear por otra buena, y en 1847 celebró al efecto un tratado con Bolivia, pero este país fué demorando su cumplimiento y siguió la emisión de mala moneda. Formulada una reclamación al gobierno de Belzú, éste se mostró irritado y expulsó del país al encargado de negocios del Perú, señor Paredes (marzo de 1853). Sobrevino entonces la guerra; una escuadrilla peruana se apoderó de Cobija, único puerto boliviano, y a su vez el general Belzú invadió el Perú, apoderándose de Zepita, Pomata y Jaulí, hasta que se firmó la paz.

Presidencia del general Córdoba. Revolución democrática de 1857. Gobierno del doctor Linares. Es destituído por sus ministros. Atroces matanzas en La Paz. Presidencia de Acha. Sube al poder Melgarejo. — En agosto de 1855 terminó el periodo presidencial de Belzú, que hizo elegir al general don Jorge Córdoba, su yerno, contra el anciano general Santa Cruz, que también presentaba su candidatura. El nuevo presidente demostró escasas condiciones políticas y tardó poco en desprestigiarse. En 1857, fué derribado por una revolución democrática, iniciada el 8 de septiembre en Oruro y que se extendió en breve por todo el país. Capitaneaba ese movimiento el doctor José Linares, que había sido muy perseguido por Belzú y sufrido un largo destierro. Linares se hizo cargo del poder y hubo de luchar contra una serie de motines y conatos de nueva revolución, promovidos por los reaccionarios. Como al mismo tiempo no daba muestras de iniciativas liberales, fundándose en que las maniobras de sus enemigos absorbían toda su vigilancia, les demócratas perdieron fe en quien, titulándose liberal, gobernaba como dictador y le abandonaron. A principios de 1861 (14 de enero) los ministros Ruperto Fernández, José María de Acha y Antonio Sánchez pusieron preso a Linares, enviándole a la frontera del Perú, y formaron un triunvirato, convocando Asamblea constituyente para 1° de mayo de 1861. Un levantamiento que estalló en la ciudad de La Paz fué dominado por los triunviros y seguido de bárbaras ejecuciones, pues además de ser degollados en las calles más de cien prisioneros, murieron fusilados varios coroneles y generales, entre ellos el ex presidente Córdoba y tres sacerdotes. El autor de esta espantosa matanza fué el coronel Yáñez, cuyas crueldades horrorizaron al mismo gobierno de fuerza, en nombre del cual se cometían. Reunida al fin la Asamblea, reformó una vez más la constitución y nombró presidente de Bolivia al general José María Acha, que sólo consiguió mantenerse en el poder dos años y medio, a costa de incesantes luchas con generales y coroneles que de continuo se pronunciaban. En uno de estos motines fué muerto y arrastrado por las calles de La Paz el coronel Yáñez, autor de las bárbaras ejecuciones y degüellos de que hemos hablado. Al fin, en diciembre de 1864, el general Acha fué vencido y preso por el general Melgarejo, que asaltó la dictadura por el mismo procedimiento usado por sus antecesores.

XX.

REPÚBLICA DE CHILE.

Gobierno del general Freire. Expediciones contra el archipiélago de Chiloé, que al fin es tomado. — Breve presidencia de Blanco Encalada. Insurrección de Freire. Le sucede el general Pinto. Insurrección federal. Constitución unitaria de 1829. Luchas entre unitarios y federales. — Presidencia del general Prieto. Iniciativas del vicepresidente Portales. Se opone a la unión del Perú y Bolivia, marcha a combatirla y es asesinado. — Segunda expedición contra el Perú y Bolivia. No habiendo tenido éxito, se organiza otra, que alcanza el triunfo. — Presidencia del general Bulnes, por diez años. España reconoce la independencia de Chile. Presidencias civiles de Montt y de Pérez. Arraigo de las instituciones democráticas.

Gobierno del general Freire. Expediciones contra el archipiélago de Chiloé, que al fin es tomado. — A la caída del director supremo O'Higgins, fué nombrado presidente el general Ramón Freire (1° de abril de 1823) quien, después de adoptar algunas medidas restrictivas, ordenó una expedición compuesta de nueve barcos de guerra y dos mil hombres de desembarco al archipiélago de Chiloé, dominado aún por los españoles. Esta expedición fué derrotada, lo que hizo nacer gran oposición contra Freire, y éste, para imponerse a sus enemigos, pidió al Senado facultades dictatoriales, que le fueron otorgadas (21 de julio de 1824). Esto acrecentó el descontento; el congreso, amenazado por las turbas, declaró clausuradas sus sesiones en enero de 1825 y Freire convocó otro, que se reunió en septiembre. Poco después se sublevó la ciudad de Valparaíso, creando una junta que declaró destituído al general Freire y nombró en su lugar al coronel Sánchez; pero este movimiento quedó al fin vencido y sus iniciadores fueron presos y castigados.

A fines de 1825 organizó Freire una nueva expedición contra el archipiélago de Chiloé, que al fin se rindió el 22 de enero de 1826 y quedó solemnemente incorporado a Chile el 25 de mayo del mismo año, estipulándose que los habitantes tendrían derecho a elegir sus gobernadores.

Breve presidencia de Blanco Encalada. Insurrección de Freire. Le sucede el general Pinto. Insurrección federal. Constitución unitaria de 1829. Luchas entre unitarios y federales. — Esta empresa, llevada a feliz término, dió prestigio a Freire en el último período de su mando. Fué elegido para sustituirle el general Blanco Encalada, quien el 7 de noviembre renunció la presidencia nombrándose en su lugar con carácter interino al vicepresidente Agustín Eizaguirre. Dos meses después (enero de 1827) el mismo Freire sublevó en Santiago una parte de la guarnición y volvió a ponerse al frente del país, en nombre de los intereses conservadores. Pero habiendo puesto tan al descubierto su ambición, perdió mucho en el concepto público y cinco meses después fué derribado por el general Francisco Pinto, a quien habia confiado la vicepresidencia. Éste convocó un congreso constituyente, encargado de resolver si había de aplicarse a Chile el régimen federal, que tenía muchos partidarios, o seguir manteniendo el sistema unitario. El congreso se reunió en Santiago a fines de febrero de 1828 y sus discusiones fueron en extremo acaloradas, porque ambas tendencias eran difíciles de conciliar. Sin embargo, parecía seguro el triunfo de los unitarios, cuando estalló una sublevación militar en favor del federalismo. Las tropas que envió el gobierno para sofocar la insurrección fueron vencidas; algunos diputados unitarios abandonaron el congreso y éste, ya con mayoría federal, se trasladó a Valparaíso y nombró presidente de la República al jefe del movimiento victorioso, don José Miguel Infantes. Pocas semanas después se alzaron contra la nueva situación las milicias y el pueblo de Santiago, trabándose una sangrienta lucha, en que los federales quedaron vencidos. El congreso volvió entonces a Santiago; repuso a Pinto a la cabeza del gobierno y aprobó una constitución unitaria y democrática, dando por terminadas sus tareas el 31 de enero de 1829.

A mediados del mismo año se reunió nuevo congreso, en que alcanzaron los unitarios notable mayoría. El general Pinto fué elegido presidente en propiedad; mas los federales, apoyados por el gobernador de Concepción, general Prieto, le negaron obediencia. Pinto hizo entonces dimisión para evitar la guerra civil y entregó el mando al vicepresidente Vicuña (29 de octubre), pero éste fué destituído a los pocos dias por un motín

popular. Se organizó entonces en Santiago una junta revolucionaria, que encomendó al antiguo director supremo, don Francisco Lastra, el mando de las milicias de la capital. En las cercanías de ésta venció Lastra al general Prieto (7 de diciembre) y pocos días después se firmó un convenio por el cual cesaban las hostilidades, se nombraba una junta provisional de gobierno, compuesta de unitarios y federales, y se incomendaba el mando de los dos ejércitos reunidos al general Freire.

Aceptó éste el cargo y estableció su cuartel general en Valparaíso, dirigiendo al país un manifiesto en que atacaba duramente a la junta de gobierno y a los mismos generales que le habían confiado el mando. Este hecho inusitado volvió a encender la guerra civil; federales y unitarios acudieron en masa a ponerse a las órdenes del general Prieto y éste derrotó a Freire de un modo tan completo, que le obligó a refugiarse en el Perú (enero de 1830).

Presidencia del general Prieto. Iniciativas del vicepresidente Portales. Se opone a la unión del Perú y Bolivia, marcha a combatirla y es asesinado. — Convocado el Congreso y después de algunos meses de ejercicio provisional del poder fué elegido presidente de la República el general Prieto y vicepresidente don Diego Portales, hombre notabilísimo por sus grandes iniciativas y variadas aptitudes. Portales era hombre de negocios, alejado hasta entonces de la política; pero mostró tales facultades de organizador, que el mismo presidente de la República siguió sin resistencia sus inspiraciones.

En 1833 Portales presentó al congreso un plan de reforma constitucional, elevando a diez años la duración de los períodos presidenciales. El congreso aprobó esa reforma para dar mayor estabilidad al poder ejecutivo y entonces se inauguró un período de grandes mejoras y reformas en la administración, aumentaron notablemente los ingresos y se fomentó la riqueza pública. Ejercía Portales una especie de dictadura sin título y se le acusaba de querer usurpar el gobierno; por lo cual renunció en 1835 su cargo de vicepresidente y se retiró a sus posesiones inmediatas a Valparaíso, sin dejar por ello de aconsejar al presidente que cada vez depositaba en él mayor confianza.

Por entonces el general Santa Cruz, presidente de Bolivia, maduraba sus proyectos de federación con el Perú, y para ello le interesaba mucho debilitar a Chile. Al efecto, empezó imponiendo altos derechos a los buques que tocaran en Valparaíso antes de llegar a los puertos del Perú y alentó las tentativas de los chilenos descontentos que se habían refugiado en este país, llegando al extremo de poner a disposición de Freire tres buques con armas y municiones, para que fuese a recobrar el mando.

La gravedad de las circunstancias y los ruegos del general Prieto obligaron entonces a Portales a tomar de nuevo las riendas del poder. En junio de 1836 zarpó del Callao la expedición de Freire; pero como la marina chilena era superior a las de Bolivia y el Perú, y además Portales no perdonó medio alguno de contrarrestar el golpe, los tres buques insurrectos fueron sorprendidos y apresados en aguas de Chiloé y el general Freire y sus compañeros de expedición quedaron prisioneros. En atención a sus anteriores méritos se le hizo gracia de la vida, reduciéndole a estrecha prisión en Santiago. En seguida el gobierno chileno declaró la guerra a Bolivia y al Perú, enviando al Callao un bergantín de guerra, que se apoderó de algunos barcos de la marina peruana, que se hallaban desarmados. Santa Cruz declaró entonces buena presa los barcos mercantes de Chile que pasaran por las costas de la Confederación, y como esto causaba serios perjuicios al comercio chileno, Portales quiso dar un golpe decisivo y organizó una fuerte expedición naval que, a fines de mayo de 1837, constaba ya de cinco mil hombres, a cuyo frente se puso personalmente, como ministro de guerra y marina.

Para Santa Cruz la expedición chilena representaba un peligro inmenso, que trató de conjurar por todos los medios imaginables. Algunos agentes bolivianos consiguieron ganar al coronel Vidaurra, jefe de estado mayor de la expedición chilena, y éste, a su vez, se atrajo el concurso de varios jefes y oficiales. El resultado de estos trabajos de zapa fué que al pasar revista en Quillota el vicepresidente Portales a las fuerzas, se sublevó un batallón mandado por Vidaurra, quien se apoderó de Portales; obligándole, con amenazas de muerte, a que firmase una orden para que se entregaran al rebelde la ciudad de Valparaíso y el mando de la escuadra. La violencia ejercida contra el

vicepresidente no pudo quedar oculta, a pesar de hallarse éste duramente incomunicado; de modo que al presentarse Vidaurra frente a Valparaíso con 1.500 hombres, encontró la ciudad en estado de defensa y supo que en la capital se organizaban fuerzas para combatirle. Trató de resistir y al efecto tomó posiciones; pero atacado por Blanco Encalada, fué puesto en completa derrota y huyó con algunos de los suyos. Entonces, cegado por el despecho, cometió la infamia de dar muerte a Portales, a quien llevaba ligado de pies y manos en una carreta. El cadáver de ese hombre insigne fué recogido del campo momentos después y sepultado con gran pompa en Valparaíso, ordenándose en su honor un mes de luto nacional y la erección de una estatua, que perpetuara el recuerdo de aquel patriota tan enérgico y desinteresado. Cuatro semanas después, el coronel Vidaurra y siete de sus principales cómplices fueron apresados y conducidos a Valparaíso, donde se les fusiló como reos de alta traición.

Segunda expedición contra el Perú y Bolivia. No habiendo tenido éxito, se organiza otra, que alcanza el triunfo. — El presidente Prieto activó entonces los preparativos de la expedición, que al fin salió de Valparaíso el 16 de septiembre a las órdenes del general Blanco Encalada y desembarcó en Islay a últimos del mes. A poco entraron los chilenos en Arequipa, donde instalaron un gobierno provisional, poniendo a sa cabeza al general peruano La Fuente, que estaba proscrito en Chile. Los ejércitos chileno y boliviano se encontraron cerca de Puicampata, pero no llegaron a batirse; pues el astuto Santa Cruz logró convencer a Blanco Encalada de que era preferible un arreglo pacífico y los dos jefes firmaron el 17 de noviembre un tratado de paz, en que se hacían concesiones comerciales a Chile y se reconocía en su favor una deuda de cerca de dos millones de pesos, por los gastos de la expedición de San Martín, organizada diez y siete años antes.

El gobierno de Chile no aceptó este tratado y organizó con rapidez otra expedición, poniéndose de acuerdo con la República Argentina. En junio de 1838 casi toda la escuadra chilena zarpó de Valparaíso, llevando ocho mil hombres de desembarco, a las órdenes del general Miguel Bulnes. Con estas fuerzas llegó a Coquimbo; el 7 de agosto se apoderó del Callao y en-

tonces reclamó al gobierno peruano la indemnización de 20 millones de pesos. Rechazada esa demanda, el general Bulnes atacó la ciudad de Lima, se apoderó de ella después de un combate sangriento y colocó en la presidencia del Perú al general Gamarra.

Poco después se presentó cerca de Lima el general Santa Cruz al frente de fuerzas muy considerables. Bulnes y Gamarra salieron de la ciudad situándose a seis leguas al sur; pero aprovecharon la primera ocasión favorable para caer sobre Santa Cruz y le derrotaron por completo en Yungay (20 de enero de 1839) causándole cerca de dos mil bajas y obligándole a refugiarse a bordo de un buque inglés. Con esto quedó disuelta la confederación entre Bolivia y el Perú.

El tratado de paz fué en extremo favorable para Chile, que se repuso muy pronto de sus quebrantos anteriores y consiguió dar gran impulso a su comercio.

Presidencia del general Bulnes, por diez años. España reconoce la independencia de Chile. Presidencias civiles de Montt y de Pérez. Arraigo de las instituciones democráticas. — Terminado, en medio de estas risueñas perspectivas, el período presidencial del general Prieto, fué elegido para sustituirle el general victorioso Miguel Bulnes, que tuvo la suerte de gobernar diez años (1841-51) en el seno de la paz y tranquilidad. En esta época el gobierno español reconoció la independencia de Chile, celebrando con este país un tratado de paz y amistad (25 de abril de 1844). El ministro Manuel Montt se distinguió por sus iniciativas progresistas, que pudieron arraigarse fácilmente, gracias al orden que reinaba.

Las elecciones de 1851 produjeron, sin embargo, viva efervescencia en la opinión, por la lucha que determinaron entre *pipiolos* o liberales y *pelucones* o conservadores. Vencieron estos últimos, colocando en la presidencia a don Manuel Montt; pero los liberales apelaron a las armas y se sublevaron èn diversos puntos del país. El general Bulnes venció el movimiento y una vez pacificada la república se retiró a la vida privada.

La administración de Montt, no obstante su filiación conservadora, se caracterizó por su política imparcial y progresista y por algunas reformas prácticamente liberales, simbolizando

el progreso pacífico, iniciado y dirigido desde las esferas del poder.

Terminado este período presidencial, se eligió casi por unanimidad (214 votos en 216) al candidato liberal don José Joaquín Pérez, que representaba la conciliación de los partidos. El nuevo presidente tomó posesión de su cargo el 18 de septiembre de 1861 y su primer acto fué presentar al congreso un proyecto de ley de amnistía general par delitos políticos, que se votó por aclamación el 7 de octubre.

Buena prueba del arraigo que tomaban las instituciones democráticas en Chile fué el abatimiento del militarismo, desde las últimas tentativas de Freire, que había muerto en 1851, después de pasar nueve años en libertad y sin mezclarse ya en las luchas políticas. Portales, el organizador de la administración chilena, había sido hombre civil y de igual modo lo fueron los presidentes Montt y Pérez. Esto, que parece un detalle sin importancia, la tiene muy grande; pues el escollo en que han tropezado tantas veces las instituciones de las repúblicas latinoamericanas ha sido precisamente el militarismo, que engendra el amor a la violencia y convierte las magistraturas públicas en reductos, que pueden ser tomados por asalto. Grande fué, pues, la previsión demostrada por el pueblo chileno al afirmar todo lo posible el prestigio civil, reservando el ejército para su papel natural de defensor de la patria.

XXI.

REPÚBLICA ARGENTINA.

Reglamento de 1817. Misión diplomática de García. Traslación del Congreso a Buenos Aires. Constitución de 1819. — Nombramiento de Rondeau para Director Supremo. Su caída. Disolución del Congreso. Triunfo del caudillaje provincial. — Gobierno de don Martín Rodríguez : sus reformas. Tratado cuadrilateral. Arreglo de la contabilidad. — Gobierno de Las Heras. Asamblea de 1825. Constitución de 1826. Es elegido presidente de la República don Bernardino Rivadavia. — Cuestión de la Banda Oriental. Guerra entre el Brasil y la Argentina. Caída de Rivadavia. Sube al gobierno el coronel Dorrego, federalista. — Dorrego hace la paz con el Brasil. Independencia de la Banda Oriental. — Disgusto en el ejército. Sublevación del general Lavalle. Fusilamiento de Dorrego. Lavalle sube al poder. Sublevación de los caudillos. Lavalle hace pacto con Rosas. — Primer gobierno de Rosas. Sus antecedentes. Promueve un acuerdo interprovincial. Empresas del general Paz; su captura. Leyes de excepción contra los unitarios. — Gobierno de Balcarce. Sublevación de la campaña. — Gobiernos de Viamonte y Maza. Rosas es elegido gobernador con toda la suma del poder público; es decir, con facultades despóticas. — Rosas se hace jefe de los caudillos provinciales. Asesinato de Quiroga. Duras persecuciones contra los unitarios. Conflicto con Francia. El terror en Buenos Aires. Asesinato de Maza. Reelección de Rosas.

Reglamento de 1817. Misión diplomática de García. Traslación del Congreso a Buenos Aires. Constitución de 1819. — Declarada solemnemente por el Congreso de Tucumán la independencia de las Provincias Uunidas del Sud, y resultando inútiles los esfuerzos de los partidarios de la monarquía para traer a estos países un rey o para elegirle en la antigua familia de los incas, como deseaban algunos, se impuso como un hecho la forma republicana. En 1817 se dió un reglamento unitario, que no fué del agrado de las provincias; la Banda Oriental se distanció cada vez más del sistema argentino y acabó por caer en manos de los portugueses, en gran parte por culpa de un error de la diplomacia argentina. El gobierno de este país temió, en efecto, que el caudillo oriental Artigas se hiciese dueño de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, por donde realizaba continuas incursiones, y envió al Brasil en comisión diplomática al Sr. Garcia, quien pactó con las autori-

dades portuguesas a fin de que éstas se encargaran de someter al turbulento caudillo y ocuparan interinamente el Uruguay. Tal fué el origen de la anexión de este país, primero a Portugal y luego al Brasil, cuando esta colonia portuguesa se hizo independiente.

El director argentino Pueyrredón hizo trasladar el Congreso desde Tucumán a Buenos Aires y recabó del mismo facultades extraordinarias, entre ellas la de poder nombrar a los gobernadores de las provincias. Entonces fué cuando Artigas excitó de nuevo a éstas a la insurrección, titulándose « protector de la confederación de los pueblos libres » e infligiendo derrotas a los generales Viamont y Balcarce que salieron a combatirle; lo que decidió al gobierno a pedir la intervención portuguesa.

El 25 de febrero de 1819 se abrió en Buenos Aires el Congreso constituyente que formuló y aprobó rápidamente una Constitución unitaria, promulgada el 22 de abril. Las provincias se alzaron contra ella, gran parte del ejército secundó la insurrección y entonces el director general, convencido de que no podía dominar aquel movimiento, hizo renuncia de su alto cargo.

Nombramiento de Rondeau para Director Supremo. Su caída. Disolución del Congreso. Triunfo del caudillage provincial. — Se nombró para reemplazarle al general Rondeau, que se puso personalmente al frente de las tropas destinadas a combatir la insurrección, pero fué batido en Cepeda por las fuerzas del caudillo santafecino López y de Ramírez, que se titulaba Supremo Entrerriano, y hubo de abandonar su puesto. El Congreso fué disuelto por los federalistas (11 de febrero de 1820) y la existencia de la nación quedó en suspenso; pues desde entonces ya no hubo sino provincias, cada una de las cuales estaba dominada por su gobernador. La de Buenos Aires nombró para ese cargo a don Manuel Sarratea, que celebró con el caudillo Ramírez el tratado de Capilla del Pilar por el que se dejaba sin efecto la constitución de 1819. Entonces comenzó un período de anarquía, caracterizado por la preponderancia de los caudillos provinciales y la disolución efectiva de la unidad nacional, reemplazada por pactos más o menos duraderos entre los gobernadores. El gobierno de Bue-

nos Aires, reducida ya a capital de provincia, pasó de unas manos a otras con rapidez; el mismo general Alvear, que había vuelto del destierro, pudo acariciar durante algunas horas la esperanza de recobrarlo y acampó en los suburbios de la ciudad; pero engañado por Sarratea se vió precisado a huir; Soler, Balcarce, Pagola, Dorrego, Aguirre, Ramos Mejía y varios otros fueron gobernadores durante semanas o días y en un día solo hubo tres; unas veces eran obedecidas las indicaciones del cabildo y otras menospreciadas y el principio de autoridad había llegado al último grado del desprestigio. Por entonces (20 de junio de 1820) murió abatido y pobre el insigne don Manuel Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, prototipo del patriotismo desinteresado y sincero. La provincia de Santa Fe estaba en manos del caudillo Estanislao López; la de Entre Ríos en poder de Ramírez, que rebelándose contra su antiguo jefe Artigas le obligó a buscar refugio en el Paraguay, de donde ya no pudo salir; la de Córdoba estaba dominada por Bustos; la de Mendoza por el fraile Aldao; y por las de Rioja y Tucumán iniciaba sus correrías el cruel Juan Facundo Quiroga.

Gobierno de don Martín Rodríguez; sus reformas. Tratado cuadrilateral. Arreglo de la contabilidad. — En septiembre de 1820 ocupó el gobierno de Buenos Aires el antiguo jefe del cuerpo de Patricios, don Martín Rodríguez, quien después de vencer con ayuda de las milicias provinciales, mandadas por don Juan Manuel Ortiz de Rosas, una insurrección de la capital, logró afirmar su poder durante tres años dando estabilidad a las instituciones. No obstante ser Rodríguez federal, nombró ministro al unitario don Bernardino Rivadavia, que llevó a efecto reformas de gran importancia política y administrativa. Por entonces, el caudillo Ramírez, que dominaba Entre Ríos y trataba de extender la guerra a varias provincias, fué vencido y muerto en la provincia de Córdoba por el coronel Bedoya (1821), y el mismo fin tuvo en Mendoza José Miguel Carrera, que trataba de pasar a Chile. La muerte de estos agitadores calmó, por el pronto, la guerra civil y Buenos Aires pudo celebrar con las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes un tratado que se llamó « cuadrilateral », autorizado sólo por los gobernadores y que era una especie de confedera-

ción pactada con el objeto de mantener la paz. Desde que, a principios de 1820, se había sublevado en España el ejército allí organizado para reconquistar las colonias americanas, no era ya de temer la guerra con la antigua metrópoli, lo que influyó mucho en la seguridad del gobierno de Buenos Aires, que mantuvo con la situación liberal creada en España las más afectuosas relaciones. Se hubiera llegado en breve término a firmar un tratado de reconocimiento de la independencia; pero la reacción absolutista que volvió a enseñorearse del territorio español en 1823 interrumpió estas negociaciones.

Bajo el gobierno de don Martín Rodríguez se reorganizó el ejército con el fin de hacer frente a las incursiones de los indios del sur que llevaban su osadía al extremo de asaltar poblaciones importantes; se dió una ley de contabilidad ordenando que se publicara al fin de cada año un resumen de los gastos e ingresos del siguiente : hízose también un arreglo de la deuda, expidiendo títulos al 6 y al 4 por 100 y pronto los ingresos superaron a los gastos, siendo éstos, en 1825, de 2.700.000 pesos, mientras las rentas, casi todas procedentes de las aduanas, llegaron a 3.200.000 pesos. En 1822 se estableció el primer banco en Buenos Aires, con el capital de un millón, siendo aceptados sin dificultad sus billetes por el comercio. Se procuró también fomentar la inmigración, sobre todo la de operarios útiles, y se hicieron tratados de comercio con Chile, Colombia y la Gran Bretaña, estableciéndose la libertad de cultos para facilitar más las relaciones con este país. En suma, el gobierno de don Martín Rodríguez, inspirado principalmente por su ministro Rivadavia, mereció bien del país.

Gobierno de Las Heras. Asamblea de 1825. Constitución de 1826. Es elegido presidente de la República don Bernardino Rivadavia. — Terminado en 1824 el período gubernamental de don Martín Rodríguez, fué elegido en su reemplazo el valeroso general Las Heras, que se había distinguido extraordinariamente en la campaña de la independencia, sobre todo en las de Chile y el Perú. Aspiraba Rivadavia a la primera magistratura, y no habiendo podido obtenerla, dejó el ministerio y marchó a Europa como encargado de terminar el tratado de comercio con Inglaterra. No tardó en regresar e hizo grandes esfuerzos para que se convocara una asamblea

general constituyente, que representara a todas las provincias argentinas. La asamblea se reunió en Buenos Aires en 1825, después de haber invitado separadamente a todas las provincias para que reconocieran sus poderes, y votó al siguiente año una constitución unitaria, calcada en la de 1819 y por la que se dejaba al gobierno central la facultad de nombrar los gobernadores de las provincias. Las Heras, disgustado por el giro que tomaban los sucesos, pensó un momento en disolver la asamblea y crear una situación de fuerza; mas al fin prefirió renunciar sus poderes y se expatrió, pasando a Chile, donde vivió cerca de cuarenta años más, muriendo en 1866.

Antes de votarse la Constitución, fué elegido presidente de la República Argentina don Bernardino Rivadavia, el 7 de febrero de 1826. El nuevo gobernante hubo de luchar desde el principio con dos dificultades gravísimas : una de índole interior, motivada por la resistencia que oponían las provincias a reconocer la supremacía de Buenos Aires, y otra exterior, más imponente aún, la guerra con el Brasil. El origen de esta guerra fué el eterno problema de la Banda Oriental.

Cuestión de la Banda Oriental. Guerra entre el Brasil y la Argentina. Caída de Rivadavia. Sube al gobierno el coronel Dorrego, federalista. — Ya hemos dicho que con el propósito de contener las peligrosas incursiones de Artigas, el gobierno argentino había influído, en la época de Pueyrredón, sobre las autoridades portuguesas a fin de que invadieran el Uruguay. Esto fué un error imperdonable, porque fácil era comprender que los portugueses no habían de prestar desinteresadamente aquel servicio a los argentinos, sino que aprovecharían la ocasión para hacerse dueños de la Banda Oriental. Así lo hicieron y al declararse el Brasil independiente de su antigua metrópoli, retuvo bajo su dominio el territorio uruguayo, con el nombre de *Provincia Cisplatina.*

Una vez transcurrida la peor época de la anarquía y el caudillaje, cuando Buenos Aires volvió a ser centro de gobiernos de relativa estabilidad, sus hombres dirigentes trataron de reparar la falta gravísima que se había cometido al dejar perder la Banda Oriental, entregándola, o poco menos, al Brasil. Como los uruguayos no simpatizaban con sus actuales domina-

dores, de quienes les separaban diferencias de carácter, procedencia y aun de idioma, no fué difícil para el gobierno de Buenos Aires fomentar entre sus vecinos de la otra orilla del Plata el espíritu de revuelta contra el Brasil. Una expedición, organizada en Buenos Aires y compuesta de 33 hombres, desembarcó en la playa de la Agraciada y dió el grito de independencia contra el Brasil. Poco tiempo después, la expedición había engrosado hasta tener más de dos mil hombres entre argentinos y orientales; algunas fuerzas enviadas por el gobierno brasileño para combatirla fueron derrotadas o se adhirieron a la insurrección, por ir mandadas por jefes orientales; y el 25 de agosto de 1825 los insurgentes pudieron ya celebrar en la Florida una asamblea, en que declararon que el Estado Oriental quería ser independiente del Brasil y unirse a la República Argentina. El gobierno de Buenos Aires se apresuró a dar su aquiescencia a la petición de los uruguayos y entonces el Brasil hizo la declaración de guerra, que fué aceptada. En extremo arriesgada era la aventura; porque, en realidad, no se trataba de una guerra de toda la Argentina, sino de la sola provincia de Buenos Aires con el Brasil, que aparte de su enorme extensión y del mayor número de sus habitantes, sabía bien que podría contar con algunos caudillos provinciales para atizar la guerra civil en la Argentina, paralizando así los arranques del gobierno.

Las operaciones fueron, sin embargo, favorables a los argentinos. En poco tiempo se logró reunir un ejército de más de seis mil hombres, que se puso al mando del general Alvear, a quien ayudaban dos mil orientales, capitaneados por Lavalleja. La escuadra se puso a las órdenes del almirante Brown, que obtuvo contra los brasileños notables victorias navales a pesar de contar con menos elementos. El 5 de febrero de 1826 tomó la Colonia, el 11 de abril alcanzó una victoria frente a Montevideo y por fin batió a la escuadra brasileña cerca de la isla del Juncal (9 de febrero de 1827). Mientras tanto Alvear había penetrado en el territorio enemigo derrotando a las fuerzas brasileñas en varios encuentros y apoderándose de vastos depósitos de municiones. Por fin, el 20 de febrero de 1827 el ejército del Brasil, mandado por el marqués de Barbacena, fué completamente derrotado por las fuerzas argentinas, cerca del arroyo Ituzaingó. En esta batalla murió el coronel Brandzen y

fueron ascendidos a generales por su heroico comportamiento, los coroneles Lavalle y Paz.

La ventaja militar de los argentinos era indudable y si hubieran recibido nuevos refuerzos habrían podido seguir la guerra con más energía y emprender operaciones de mayor importancia. Desgraciadamente, los caudillos provinciales, olvidando las exigencias del patriotismo, aprovecharon la ocasión de la guerra extranjera para alzarse en armas contra el gobierno de Buenos Aires, pidiendo su caída y que se anulara la constitución de 1826. El presidente Rivadavia no quizo agravar la situación encendiendo una guerra civil que sólo habría favorecido a los brasileños y el 27 de junio de 1827 hizo renuncia de su cargo, en que sólo siguió hasta el 5 de julio. Fué nombrado en su lugar, con el carácter de presidente interino, D. Vicente López Planes, quien hubo también de retirarse al poco tiempo, cediendo el poder al coronel don Manuel Dorrego, que contaba con la simpatía de los caudillos federales.

Dorrego hace la paz con el Brasil. Independencia de la Banda Oriental. — Dorrego no tenía el carácter de presidente de la República Argentina, pues la nación había vuelto a quedar desorganizada al suprimirse la constitución de 1826. Era sólo gobernador de Buenos Aires, pero obtuvo autorización de los gobernadores de provincias para tratar con el Brasil e inmediatamente comenzó las negociaciones. El imperio, aunque deseaba la paz, se mostró exigente y al principio se creyó que no había más remedio que dejar la Banda Oriental en manos del Brasil o continuar la guerra. Los caudillos provinciales mostraban cierta indiferencia en este punto ; pero la opinión de Buenos Aires se pronunció unánimemenie contra la humillación de perder con malas negociaciones diplomáticas todo el fruto de las victorias alcanzadas por mar y tierra, y por su parte Dorrego se manifestó decidido a proseguir indefinidamente la lucha, antes de pasar por tan inmerecida humillación. Entonces el gobierno del Brasil se mostró más transigente, y habiendo mediado con carácter oficioso la Gran Bretaña, se pactó por fin en Río Janeiro un tratado de paz, mediante el cual ambas partes contratantes reconocían la independencia de la Banda Oriental y se obligaban a intervenir en los asuntos de este país en el caso de guerras civiles o extranjeras que pudie-

ran turbarlo antes de su constitución definitiva o en los cinco años subsiguientes. El tratado se firmó el 28 de agosto de 1828 y las ratificaciones fueron canjeadas el 4 de octubre.

Tal fué el resultado de una guerra de dos años, en que tanto el Brasil como la Argentina se disputaban un territorio cuya posesión era para ambos beligerantes importantísima. La solución media que se adoptó dejaba el problema sin resolver, creando un Estado nuevo, condenado a soportar dos influencias rivales; pero que también podía neutralizar hábilmente la una con la otra, para sostener su independencia. Así nació la República del Uruguay, que habría debido comprender además las provincias de Río Grande y Santa Catalina; pero el Brasil se dió buena maña para apropiárselas y, mediante sucesivas rectificaciones de fronteras, el territorio de la nueva república se redujo a 180 mil kilómetros cuadrados, cuando le correspondía el duplo de esa extensión.

Disgusto en el ejército. Sublevación del general Lavalle. Fusilamiento de Dorrego. Lavalle sube al poder. Sublevación de los caudillos. Lavalle hace pacto con Rosas. — El general Alvear, vencedor en Ituzaingó, había sido relevado del mando en jefe del ejército de operaciones, que se encomendó al oriental Lavalleja. Esto disgustó mucho a los generales argentinos y creció el disgusto con las negociaciones de paz emprendidas por el nuevo gobierno y que les parecieron humillantes. Al regresar las tropas iban ya decididas a echar por tierra la situación federal. La primera columna que llegó a Buenos Aires fué la del brigadier Juan Lavalle que, el 1° de diciembre de 1828, se sublevó proclamando la caída del gobernador Dorrego. Éste huyó al campo para levantar milicias e unirse a las que mandaba Rosas, y mientras tanto los antiguos unitarios proclamaron gobernador de Buenos Aires a Lavalle, quien después de aceptar el cargo salió a combatir al ex gobernador Dorrego. Habiéndole encontrado en Navarro, desbarató fácilmente sus fuerzas y poco después Dorrego se entregó a un piquete mandado por el teniente coronel Escribano que, después de haberle prometido su adhesión, le condujo prisionero al cuartel general de Lavalle. Éste, incitado por varios personajes unitarios, dió a Dorrego dos horas para prepararse a morir y le hizo fusilar sin forma de proceso (13 de diciembre) :

acto de barbarie que mancha su memoria y de que más tarde se mostró arrepentido.

Lavalle había creído que el fusilamiento de Dorrego pondría término a la guerra civil; pero bien pronto pudo convencerse de su error. El comandante general de milicias don Juan Manuel de Rosas, con el pretexto de vengar la muerte de Dorrego, sublevó a los gauchos y se puso de acuerdo con Estanislao López, Facundo Quiroga y otros caudillos provinciales, para derrocar la nueva situación. Lavalle era un valiente militar, pero detestable político; en los pocos meses que duró su gobierno se indispuso con sus correligionarios y estuvo a punto de provocar la guerra con Francia; por fin, habiendo sido vencido en Puente Márquez por las milicias de Rosas y López, tomó la extraña resolución de presentarse inerme en el campamento de aquél, para que entre ambos resolvieran la mejor organización que debía darse a los asuntos públicos. Rosas tenía en su mano la vida de Lavalle y pudo haberle tratado como éste a Dorrego; pero lejos de hacerlo así, le dispensó grandes miramientos y se contentó con imponerle condiciones de paz que equivalían para Lavalle a una abdicación a corto plazo y nada airosa, puesto que implicaba la ruina del partido unitario. Cumplió Lavalle fielmente el pacto que, sin contar para nada con su partido, había celebrado con Rosas; siguiendo las instrucciones de éste volvió a rehabilitar un Congreso disuelto que eligió gobernador de la provincia de Buenos Aires al general Viamonte, instrumento de los caudillos federales. A los pocos meses Rosas fué elegido gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires (8 de diciembre de 1829).

Primer gobierno de Rosas. Sus antecedentes. Promueve un acuerdo interprovincial. Empresas del general Paz; su captura. Leyes de excepción contra los unitarios. — El nuevo gobernador tenía a la sazón 36 años y llegaba al poder rodeado del mayor prestigio. Sabíase, por la buena organización que había dado a las estancias que dirigió en la provincia durante su juventud, que era un administrador enérgico y hábil; sobresalía, además, en todos los ejercicios de fuerza y destreza propios de los hombres del campo; no carecía de ilustración y bien pronto supo demostrar grandes dotes de

gobernante y una sagacidad temible, por la forma en que la ejercitó.

Durante su primer gobierno obtuvo del Congreso facultades extraordinarias para perseguir a los conspiradores; promovió un acuerdo entre las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, obteniendo la representación de todas en lo relativo a la política exterior, y supo ganarse la adhesión del caudillo riojano Juan Facundo Quiroga, a quien sus proezas y crueldades habían valido el apodo de *Tigre de los llanos.*

El general Paz, hábil estratégico y uno de los hombres más influyentes del partido unitario, consiguió reunir tropas y se propuso derrocar a los caudillos federales de las provincias. Derribó a Bustos, gobernador de Córdoba, y se puso en su lugar, extendiendo su acción a Santiago del Estero, Salta y otras provincias. Marchó contra él Quiroga con fuerzas superiores; pero la mayor pericia de Paz le permitió derrotar a su temible enemigo en las batallas de *Tablada* (22 de junio de 1829) y *Oncativo* (25 de febrero de 1830). Entonces los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fe invadieron la provincia de Córdoba con fuerzas federales y habiendo salido Paz a combatirlas, tuvo la desgracia de ser descubierto por una patrulla, cuando practicaba un reconocimiento por el campo enemigo (10 de mayo de 1831). Habiendo sido apresado se le condujo a la presencia de Estanislao López, que le perdonó la vida, si bien le mantuvo en estrecha prisión largos años.

Con la captura de Paz viéronse los unitarios privados del mejor de sus jefes militares; La Madrid, Alvarado, Barcala y otros, que procuraron sustituirle, fueron batidos y destrozados por Quiroga, de modo que los federales quedaron vencedores en todo el país.

Mientras tanto, Rosas hacía votar leyes de excepción contra los unitarios; amordazaba la prensa y, fiel a su idea de que el país debía ser gobernado como una estancia, organizaba una administración rígida, meticulosa y honrada, pero arbitraria y personal. Halagando los instintos de las muchedumbres y mostrándose cordial y sencillo, alcanzó una popularidad muy grande, a la vez que dando garantías de orden a los ricos, se granjeaba la adhesión de las clases pudientes. Sólo tuvo que luchar con la oposición de los unitarios, pero como éstos habían sido vencidos y no eran todavía muy temibles, se limitó a te-

nerles a raya con su ley de sospechosos, sin ponerla todavía en vigor.

Gobierno de Balcarce. Sublevación de la campaña. Gobiernos de Viamonte y Maza. Rosas es elegido gobernador con toda la suma del poder público; es decir, con facultades despóticas. — Terminado el período de su gobierno a fines de 1832, fué reelegido gobernador, pero no quiso aceptar el cargo y en cambio se hizo nombrar general en jefe del ejército provincial para combatir a los indios del Sur, que cometían muchas devastaciones. La legislatura designó entonces como gobernador al general Balcarce.

Éste marchó al principio de acuerdo con Rosas, que seguía con buen éxito su campaña contra los indios, a quienes quitó extensos territorios y logró atemorizar. Poco a poco, sin embargo, se dejó influir Balcarce por el partido unitario y empezó a desarrollar una política de conciliación enteramente opuesta a la de Rosas. Abolió la ley de *expurga* o de sospechosos, restableció la libertad de la prensa y mostró empeño en que la legislatura aprobase un proyecto de Constitución que, probablemente, no habría sido aceptado por las provincias. Algunos federales secundaron estos planes del partido unitario y se mostraron dispuestos a combatir la influencia de Rosas. Éste seguía sus operaciones en el Sur, afectando no prestar atención a lo que en Buenos Aires sucedía, pero en realidad estaba al corriente de los más mínimos detalles, y disfrazando sus sentimientos bajo el aspecto de un profundo desdén hacia el poder, experimentaba en realidad un odio profundo hacia los unitarios y un vivo resentimiento hacia los federales vacilantes, a quienes llamaba *lomos negros*. Cuando le pareció que los trabajos de sus enemigos iban ya bastante adelantados, hizo sublevar la campaña de Buenos Aires y se puso de acuerdo con Quiroga y otros caudillos federales, para que mantuvieran en el país un estado de anarquía y desconcierto capaz de atemorizar a las clases pudientes. Para nada figuró él ostensiblemente en aquella insurrección, que llegó a las puertas de Buenos Aires, taló las haciendas de varios unitarios y cometió desmanes que Balcarce, falto de elementos, no pudo combatir. Al fin, el gobernador, viendo la ciudad sitiada y careciendo de tropas de confianza que oponer a los sitiadores, hizo renuncia de su

cargo y se retiró a la vida privada. Las milicias federales, al mando del caudillo Pinedo, ocuparon entonces la capital, y amedrentada la legislatura llamó a Rosas; pero éste se negó a aceptar el gobierno e hizo nombrar al general Viamonte, a quien sólo concedió un apoyo precario. Siguió, pues, la agitación en la campaña y la intranquilidad en la misma capital. Viamonte deseaba seguir las instrucciones de Rosas; pero éste, afectando no querer inmiscuirse en asuntos que no le competían, logró desconcertar al gobernador en tales términos que renunció su cargo a los pocos meses. Volvió entonces la legislatura a pedir a Rosas que aceptara el gobierno, y aun se lo suplicó, sin obtener más que negativas, envueltas en protestas de respeto y desinterés. Ya no era un secreto para nadie que Rosas deseaba el poder con facultades tan amplias que pusieran a su arbitrio la libertad y la vida de todos los habitantes de la provincia; sin que tuviese que rendir cuentas, ni ponerse de acuerdo con corporación alguna. Su bello ideal seguía siendo gobernar el país discrecionalmente, como si fuera una estancia; y si en el primer período no se había excedido, ahora, excitado por rencores que le costaba trabajo disimular, representaba para muchos la más temible de las amenazas. De ahí las vacilaciones que mostraba la legislatura para concederle las facultades extraordinarias, sin las que no admitía en modo alguno el gobierno. A la vez hacía lo posible para llevar a todos el convencimiento de que nadie, fuera de él, tenía elementos para organizar una situación firme, que mantuviera el orden fuera y dentro de la capital. Se dió el caso de que la gobernación fuera ofrecida a varios hombres notables que se apresuraban a rechazarla. Por fin la aceptó el Dr. Maza, instrumento de Rosas, y desde los primeros momentos mostró que no tomaba en serio su aparente categoría y que no era sino un modesto delegado del hombre providencial, único capaz de salvar la situación. Sabiendo muy bien que Rosas espiaba los actos de los gobernadores para ver si prestaban oído a las sugestiones de los unitarios, dedicó todos sus esfuerzos a persuadir a los legisladores vacilantes de que era necesario conceder las facultades discrecionales sin el menor regateo, y cuando hubo vencido todas las resistencias, presentó su renuncia, en la que recomendó a los diputados eligiesen al general Rosas, único hombre que estaba a la altura de las circunstancias.

Así sucedió : el 7 de marzo de 1835, la Asamblea, « en uso de su soberanía ordinaria y extraordinaria », nombró a don Juan Manuel Ortiz de Rosas, por cinco años, gobernador y capitán general de Buenos Aires, depositando en su persona *toda la suma del poder público,* sin más restricciones que la obligación de conservar, proteger y mantener la religión católica, y sostener la causa de la federación. Aun mostró Rosas un escrúpulo ; deseaba que un plebiscito popular confirmase la obra de la Asamblea, y en efecto, por 9.320 votos contra 4, el pueblo se declaró dispuesto a sacrificar todas sus libertades y garantías en aras de la soberbia de un hombre. Rosas se encargó del gobierno el día 1° de abril, y tres semanas después hizo saber a la Asamblea que sólo podría tratar de los asuntos que sometiese a su deliberación el poder ejecutivo.

Rosas se hace jefe de los caudillos provinciales. Asesinato de Quiroga. Duras persecuciones contra los unitarios. Conflicto con Francia. El terror en Buenos Aires. Asesinato de Maza. Reelección de Rosas. — Por medio de una política tortuosa y hábil consiguió Rosas, en poco tiempo, someter a su voluntad a casi todos los gobernadores y caudillos provinciales. El famoso Estanislao López, que durante cerca de veinte años había sido árbitro de Santa Fe, y opuesto dificultades gravísimas a los gobiernos de Buenos Aires, se convirtió en un dócil instrumento de Rosas ; Aldao, Quiroga, Urquiza y otros poderosos caudillos federales se plegaron también a la voluntad del dictador. Se ha supuesto que el caudillo Quiroga, llamado el *Tigre de los llanos*, asesinado en Barranca Yaco (16 de febrero de 1835) cuando efectuaba una gira por encargo de Rosas, fué víctima de tenebrosas maquinaciones de éste, que veía en él un rival temible. No hay, sin embargo, prueba ninguna de que el dictador de Buenos Aires estuviera complicado en aquel crimen, a cuyos autores hizo ejecutar, después de una larga prisión. Lo único que puede afirmarse con verosimilitud es que la muerte de Quiroga no debió contrariale mucho, lo que no quiere decir que ese crimen fuese obra suya.

Las persecuciones a los unitarios comenzaron muy pronto y ellos a su vez, refugiados en el Uruguay o en otros países vecinos, iniciaron contra Rosas una campaña encarnizada, por me-

dio de folletos, periódicos y publicaciones de toda especie. No se limitaban a exponer la verdad de los hechos; sino que, atenidos a la máxima de que el fin justifica los medios, no retrocedían ante las acusaciones más inverosímiles y absurdas; de modo que si Rosas causó bastantes males, se le achacaron muchísimos más y se desfiguraron los hechos de tal modo que ha de costar no poco trabajo a los historiadores futuros entresacar la verdad de ese cúmulo de alegaciones, inspiradas en el despecho y el rencor.

Habiendo querido Rosas forzar a los residentes extranjeros al servicio militar y a otras prestaciones ilegales, se suscitó un conflicto con Francia, y no habiendo obtenido satisfacciones, el cónsul de esta nación, Mr. Roger, declaró, de acuerdo con su gobierno, establecido el bloqueo de Buenos Aires, con algunos buques mandados por el almirante Leblanc (28 de marzo de 1838). La ciudad no fué hostilizada, pero Rosas explotó mucho el incidente, para excitar la susceptibilidad nacional contra los extranjeros y granjearse la adhesión de los patriotas. No hay para qué decir que la Cámara de diputados aprobó, sin la menor observación, la conducta de Rosas.

Éste, que se sentía cada vez más hostilizado por los unitarios, adictos a la intervención extranjera, hizo prender y aun matar a no pocos de ellos, sin forma alguna de proceso y valiéndose de bandas de partidarios que asaltaban las casas y cometían en ellas impunemente los mayores excesos y aun crímenes, con lo que la ciudad de Buenos Aires fué presa de un terror que duró años enteros. El gobernador dictó decretos tan inicuos y atentatorios a las libertades públicas como la supresión del carnaval bajo pena de trabajos forzados, el uso obligatorio de la divisa federal, consistente en una cinta roja, con inscripciones insultantes para los unitarios; recomendó también en una disposición oficial que los hombres llevaran bigote como símbolo de guerra a los franceses (¡ !), se hizo llamar *Restaurador de las leyes* y defensor de la independencia americana; su retrato fué paseado por las calles en triunfo y hasta expuesto en las iglesias como imagen sagrada; en suma, Rosas procedió como un rey absoluto, y preciso es confesar que gran parte del pueblo no sólo alentó con su conducta esos alardes de su dictador, sino que mostró hacia él una adoración servil, propia de los peores tiempos de la decadencia romana. Una insurrección

tramada por los unitarios al sur de la provincia de Buenos Aires, en 1839, abortó por falta de buena dirección, y algunos de sus iniciadores que no lograron huir fueron ejecutados, exponiéndose sus cabezas al pueblo, como en las épocas de barbarie. El ex gobernador Maza, cuyo hijo había tomado parte en la insurrección, apareció asesinado en su despacho de presidente de la Suprema Corte de justicia. Con ejemplos de esta índole, no es extraño que el terror ganara los espíritus y que, llegada la época en que terminaba el período dictatorial de Rosas, fuera éste unánimemente reelegido por otros cinco años, con las mismas facultades extraordinarias (5 de marzo de 1840).

XXII.

REPÚBLICA DEL URUGUAY.

La Banda Oriental en la época de la independencia argentina. Artigas : sus empresas. Influencia que adquire. Es derrotado por los portugueses, que se apoderan de la Banda Oriental. — Trabajos en pro de la independencia. Expedición de los Treinta y Tres. El Uruguay se constituye en pueblo independiente. Gobierno de Lavalleja. — Gobierno del general Rondeau. Le sucede Lavalleja. Constitución de 18 de julio de 1830. — Presidencia de Rivera. Formacion de los partidos colorado y blanco. Elección de Oribe para presidente. Su administración. Guerra civil : triunfo de Rivera.

La Banda Oriental en la época de la independencia argentina. Artigas: sus empresas. Influencia que adquiere. Es derrotado por los portugueses, que se apoderan de la Banda Oriental. — El orden de la narración exige que interrumpamos ahora el relato para hacer una reseña de los acontecimientos más notables de que había sido teatro hasta esa época la Banda Oriental, cuya historia está íntimamente ligada a la de la Argentina.

Desde que en 1811 enviaron tropas los argentinos a la Banda Oriental para expulsar de allí a los españoles, pudieron darse cuenta de que tendrían que luchar con graves dificultades para someter aquel territorio, cuyos caudillos apenas podían ocultar su animadversión hacia Buenos Aires. El principal de esos caudillos, don Gervasio de Artigas, se mostró desde 1813 en abierta rebelión contra los argentinos, por lo que el general Alvear, vencedor en Montevideo, le declaró traidor y puso a precio su cabeza. Más adelante, Artigas sublevó la Banda Oriental contra los argentinos, y no contento con hacerles abandonar aquel país, invadió las provincias de Entre Ríos y Corrientes, entró en inteligencia con las de Santa Fe y Córdoba, y quiso hacerse árbitro de gran parte del territorio argentino, titulándose *Protector de la Confederación de los pueblos libres*. Persuadido el gobierno de Buenos Aires de que no había medio de entenderse con Artigas, que a veces afectaba

desear un arreglo pacífico y luego rompía bruscamente las negociaciones, cometió el gravísimo error de tratar con los portugueses, y éstos, que codiciaban con ardor la posesión de la Banda Oriental, enviaron desde el Brasil, en junio de 1816, un ejército de diez mil hombres, al mando del general don Carlos Lecor, que derrotó fácilmente a las fuerzas irregulares de Artigas en los combates de *India Muerta* (19 de noviembre) y *Estero Catalán* (4 de enero de 1817), con lo que les quedó abierto el camino de Montevideo. El general Lecor penetró en esta ciudad el 20 de enero y estableció un gobierno templado, que no pudo, sin embargo, reconciliar a los orientales con la dominación portuguesa.

Aun luchó el caudillo Artigas durante algunos años en la provincia de Entre Ríos y en la campaña del Uruguay; pero habiendo sido derrotado en *Tacuarembó* (22 de enero de 1820) y abandonado por su antiguo auxiliar Ramírez, que volvió contra él sus armas, tuvo que refugiarse en el Paraguay, donde mandaba el doctor Francia, que hizo confinar a Artigas en el interior del país, de donde ya no volvió a salir, aunque vivió todavía cerca de treinta años. El teniente de Artigas, don Fructuoso Rivera, prestó entonces acatamiento al gobierno portugués, que le conservó al frente de un regimiento de caballería compuesto de orientales.

La ocupación del Uruguay debía ser interina, según lo convenido años antes con el delegado argentino don Manuel J. García; pero se reunió en Montevideo una asamblea de diputados orientales, influída, como es de suponer, por los nuevos dominadores, y acordó ofrecer al rey don Juan VI, en nombre del pueblo uruguayo, la incorporación de su territorio al reino unido de Portugal y Brasil. Aceptó el rey desde luego la proposición y declaró incorporada a sus dominios la Banda Oriental, bajo el nombre de provincia Cisplatina.

Ya hemos dicho en el lugar correspondiente que en 1822 el Brasil se separó de Portugal, formando un imperio independiente regido por el príncipe D. Pedro. Se declaró que la provincia Cisplatina pasaba a formar parte del imperio, y después de algunas dificultades se obtuvo la adhesión aparente de los orientales, que enviaron sus diputados al Congreso general de Río Janeiro.

Trabajos en pro de la independencia. Expedición de los Treinta y Tres. El Uruguay se constituye en pueblo independiente. Gobierno de Lavalleja. — Sin embargo, el natural deseo de independencia en los habitantes del Uruguay, y los trabajos del gobierno argentino, que trataba de reparar el mal paso que diera en 1816 al poner en manos de los portugueses la Banda Oriental, promovieron una serie de conspiraciones, que fueron desbaratadas por las autoridades brasileñas. El gabinete argentino entabló reclamaciones para que se dejara sin efecto la anexión de la provincia oriental al Brasil, pero recibió contestaciones altaneras, y comprendiendo que nada lograría por medios pacíficos, se preparó a la guerra. Ante todo favoreció la sublevación de los orientales y en Buenos Aires se organizó la « expedición de los Treinta y Tres », dirigida por el coronel Lavalleja, y que desembarcó en las Vacas el 19 de abril de 1825. Allí prestaron los valerosos expedicionarios el juramento de libertar su patria o perecer en la demanda.

Poco después, el coronel Fructuoso Rivera se unió a los insurrectos y toda la campaña se alzó contra la dominación del Brasil. En la villa de La Florida se organizó una asamblea que declaró la independencia del Uruguay (25 de agosto), y tras de varios descalabros parciales, sufrieron los brasileños una gran derrota en *Sarandí* (12 de octubre). Poco después sobrevino la guerra entre el Brasil y la República Argentina, con el resultado de que ya hemos hecho mención. Vencedores los argentinos por mar y tierra, pero imposibilitados de continuar activamente la lucha por la guerra civil, se llegó al tratado de 4 de agosto de 1828, que constituyó al Uruguay en Estado soberano, independiente del Brasil y de la Argentina.

El primer jefe de la nueva nación había sido Lavalleja, nombrado gobernador y capitán general por la asamblea de La Florida, pero como subordinado a la República Argentina. Durante la guerra con el Brasil, Lavalleja delegó el gobierno en don Joaquín Suarez, que mostró gran inteligencia y probidad. El 4 de octubre de 1827 reasumió el poder Lavalleja, ejerciéndolo con facultades dictatoriales hasta que se canjearon las ratificaciones del tratado de paz entre el Brasil y la Argentina. Entonces, asegurada ya la independencia del Uruguay, se reunió en San José una Asamblea constituyente ante la que Lavalleja hizo

renuncia de su cargo. Aspiraba a ser elegido presidente, pero el general Fructuoso Rivera le disputaba el puesto, y a fin de evitar la guerra civil, se desentendió la Asamblea de ambas candidaturas y el 1° de diciembre de 1828 eligió gobernador provisorio al general don José Rondeau, que tomó posesión del gobierno el 22 del citado mes.

Gobierno del general Rondeau. Le sucede Lavalleja. Constitución de 18 de julio de 1830. — La situación presidida por Rondeau tuvo un carácter precario, pues el gobernador fluctuaba entre las influencias opuestas de Rivera y Lavalleja, que habían llegado a ser irreconciliables. Dió altos cargos a uno y otro, nombrando al primero ministro de Gobierno, Guerra y Relaciones Exteriores, y al segundo jefe del Estado Mayor General; pero a principios de 1830 confió esos ministerios a Lavalleja, que no los pudo conservar sino cuatro meses. Al fin Rondeau, comprendiendo la imposibilidad de gobernar en medio de aquellas parcialidades enconadas, presentó su renuncia y Lavalleja fué elegido gobernador (25 de abril de 1830). Rivera acudió a las armas y ante la amenaza de la intervención conjunta del Brasil y la Argentina se avino a tratar con Lavalleja, siempre que éste le reconociera como comandante general de milicias. Poco después (18 de julio de 1830) se juró solemnemente la Constitución de la República Oriental del Uruguay. El 23 de octubre se reunió el nuevo Cuerpo legislativo y eligió presidente constitucional de la República a don Fructuoso Rivera.

Presidencia de Rivera. Formación de los partidos colorado y blanco. Elección de Oribe para presidente. Su administración. Guerra civil : triunfo de Rivera. — Ya en este tiempo empezaban a delinearse los dos partidos que tan encarnizadamente han luchado en la República Oriental, ensangrentando multidud de veces su territorio : el partido *colorado,* dirigido por Rivera, y el *blanco,* formado por los que seguían a Lavalleja. La administración de Rivera fué pacífica y tranquila; esperábase que le sucediera en el mando su rival, pero habiéndose éste sublevado en 1832, quedó vencido y hubo de expatriarse. Rivera buscó entonces un sucesor al que pudiera considerar como su hechura y que por esta razón se le mostrase agradecido, y creyó hallarlo en el coronel don Manuel

Oribe, uno de los que habian dado el grito de los Treinta y Tres, con Lavalleja. Era el coronel Oribe hombre de carácter duro y reconcentrado; se había batido con inteligencia y valor en la guerra contra el Brasil y en el período turbulento de 1828 a 1830, y se distinguía por el extremado rigor con que imponía la disciplina a sus soldados y también por sus buenas cualidades administrativas. Era enemigo político de Rivera, pero éste trató de convertirle en su amigo personal y obligado, a cuyo efecto le confió el ministerio de la Guerra y empleó todo su influjo para que le sucediera en la presidencia de la República. En efecto, transcurridos los cuatro años de la administración de Rivera, fué elegido en su lugar el general Oribe, quedando aquél con la comandancia en jefe de las milicias, a fin de conservar la supremacía en la campaña y precaverse contra posibles veleidades del nuevo mandatario.

Es raro que den buen resultado estos arreglos, porque nada es tan difícil de sostener como los acuerdos políticos basados en la gratitud.

Oribe, hombre de tendencias rectas y ordenadas, realizó en el primer período de su gobierno algunas reformas útiles; creó la universidad de Montevideo, pagó las deudas contraídas por la administración anterior y alcanzó de este modo mucho prestigio; pero después, influído sin duda por el ejemplo de Rosas. el gobernador de Buenos Aires, restringió las libertades públicas, sobre todo la de imprenta, desterró y prendió a varios ciudadanos y declaró cesantes a todos los empleados de alguna importancia de la administración anterior, sustituyéndolos por parciales suyos. Al mismo tiempo se negó a aprobar las cuentas que le presentaba Rivera en su carácter de comandante general de milicias, y ésta fué la señal de la ruptura. El general Rivera se alzó en julio de 1836, amotinando la campaña contra Oribe, el cual, a su vez, recibió la adhesión de Lavalleja, que llegó de Buenos Aires con auxilios que le había prestado Rosas. Por decreto de agosto de 1836 creó el presidente Oribe la divisa blanca, con el lema : *Defensores de las leyes,* como distintivo del ejército legal; mientras Rivera adoptaba para sus soldados la divisa *colorada*. Tal fué el origen de los partidos blanco y colorado, que tanta sangre han vertido en la República Oriental.

Rivera fué derrotado par 1.500 hombres de las fuerzas lega-

les en *Carpintería* (19 de septiembre de 1836) y tuvo que refugiarse en el Brasil. Desde allá organizó una nueva insurrección, poniéndose de acuerdo con el general argentino don Juan Lavalle, que conspiraba contra Rosas, y en octubre de 1837 invadió el Cuareim. El 22 de octubre derrotó en *Yacutujá* a las tropas de Oribe y se internó en la República, sublevando la campaña para hacer guerra de recursos. El gobernador de Buenos Aires, que había pactado alianza con Oribe, envió en auxilio de éste una división, mandada por Urquiza. No fué, sin embargo, este refuerzo de gran utilidad para Oribe, a quien la sublevación de la campaña privaba de elementos de resistencia. El 15 de junio de 1838 sostuvieron de nuevo un reñido combate las fuerzas legales y las revolucionarias en el *Palmar*, y el triunfo se decidió en favor de Rivera. Éste marchó sobre la capital y fijó su campamento en las cercanías. Al fin, el 24 de octubre, renunció el general Oribe la presidencia y se nombró para este cargo, con carácter interino, al presidente del Senado, don Gabriel A. Pereira. Oribe se embarcó para Buenos Aires con más de 150 jefes y oficiales que quisieron seguir su suerte y se puso desde luego a las órdenes del gobernador Rosas.

Al mismo tiempo el general Rivera entraba en Montevideo (11 de noviembre), asumía los poderes públicos y convocaba nueva asamblea, que se reunió en febrero de 1839 y le nombró, por segunda vez, presidente constitucional.

XXIII.

LA REPÚBLICA ARGENTINA HASTA 1862.

Despotismo de Rosas. El terror en Buenos Aires. — Insurrecciones del Sur. Rosas se une con Oribe. Invasión de Lavalle. Su retirada y muerte. Paz con Francia. — Oribe vence a Rivera y pasa al Estado Oriental. Sitio largo de Montevideo. Se forman dos gobiernos simultáneos en el Uruguay. — Situación de Montevideo. Campaña de los unitarios argentinos contra Rosas. Inglaterra y Francia le hacen la guerra. Combate de Obligado; sus consecuencias. — Urquiza se declara contra Rosas. Se pone de acuerdo con los gobiernos brasileño, paraguayo y oriental. Disolución del ejército de Oribe. — Invasión de los ejércitos unidos. Batalla de Caseros. Caída de Rosas. — Ejecuciones y desórdenes. Es nombrado gobernador de Buenos Aires D. Vicente López. Conferencias y acuerdo de San Nicolás de los Arroyos. — La legislatura de Buenos Aires rechaza el acuerdo. Renuncia del gobernador López. Repuesto por Urquiza, renuncia luego definitivamente. Asume Urquiza el poder. — Revolución del 11 de septiembre. La provincia de Buenos Aires se separa de la Confederación. Gobiernos del general Pinto y del Dr. Alsina. Invasiones mutuas. — Asamblea Constituyente de Santa Fe. Tentativas de paz con Buenos Aires. Constitución federal de 1853. Buenos Aires no la acepta y se da otra particular. — Urquiza es elegido presidente de la Confederación. Mala situación financiera de las provincias; tentativas para arbitrar recursos. Buenos Aires vuelve a elegir gobernador al Dr. Alsina. Conatos de separatismo radical en Buenos Aires. — Guerra entre la Confederación y Búenos Aires. Batalla de Cepeda. Caída del gobernador Alsina. Buenos Aires se incorpora a la Confederación Argentina. — Lentitud de los trabajos de la Convención. Termina la presidencia de Urquiza y le sucede el doctor Derqui. Es elegido Mitre gobernador de Buenos Aires. Se jura en esta ciudad la Constitución nacional de 1853. — Nuevo conflicto, motivado por los sucesos de San Juan. Ruptura entre Buenos Aires y la Confederación. Batalja de Pavón y triunfo de Buenos Aires. Queda disuelto el gobierno de la Confederación. — El general Mitre asume todos los poderes. Desentendiéndose del espíritu localista, convoca un Congreso para organizar la nación argentina. Ley del Compromiso. El general Mitre es elegido presidente de la República.

Despotismo de Rosas. El terror en Buenos Aires. — El gobernador don Juan Manuel de Rosas no sólo había ido dominando insensiblemente a los caudillos del interior, sino que impedía la manifestación de toda idea contraria a su gobierno, valiéndose de bandas irregulares, formadas por secuaces exal-

tados de su política y que penetraban en los hogares de los unitarios o de los sospechosos de mantener tratos con los conspiradores, procediendo como turbas de asesinos. No pocos hombres, llenos de merecimientos, fueron bárbaramente degollados por esa partida de verdugos, que al principio se llamaba *sociedad restauradora* y al fin tomó el nombre de *mazhorca*. Las señoras de los unitarios tenían que sufrir crueles ultrajes, y el gobierno, desconociendo oficialmente la existencia de la mazhorca, la apoyaba de hecho, no sólo dejando impunes sus atropellos más bárbaros, sino sugiriéndolos ocultamente. De este modo Rosas logró que se enseñorease el terror en la población de Buenos Aires; pues no ya la participación en intrigas políticas, sino las venganzas privadas y las delaciones calumniosas, bastaban para perder a las personas más respetables.

Cada vez más convencido Rosas de que en Buenos Aires y la Argentina entera no debía haber más voluntad que la suya, llegó a extremos de arbitrariedad propios del peor déspota. Promoviéronse contra él algunas sublevaciones, pero fueron rápidamente sofocadas. El teniente coronel Ramón Maza fué preso cuando iba a salir a la campaña, y su padre don Manuel Vicente, ex gobernador de Buenos Aires, fué asesinado en su mesa de despacho por orden de Rosas, que a la madrugada siguiente hizo fusilar al hijo de esta ilustre víctima (28 de junio). Estanislao López, el gobernador de Santa Fe, convertido en los últimos años en dócil instrumento de Rosas, había muerto y le sucedió por breve tiempo don Domingo Cullen, que favoreció cuanto pudo las sublevaciones contra el tirano de Buenos Aires, pero fué vencido y muerto (julio de 1839). La misma triste suerte cupo al gobernador de Corrientes, señor Berón de Astrada, que se había puesto a la cabeza de un movimiento de importancia.

Insurrecciones del Sur. Rosas se une con Oribe. Invasión de Lavalle. Su retirada y muerte. Paz con Francia. — Tampoco faltaron insurrecciones en la misma provincia de Buenos Aires, pero, commo ya hemos dicho, fueron rápidamente sofocadas y dieron margen a que se extremara el sistema del terror contra los unitarios. Éstos huían por millares a Montevideo, el Brasil, Chile y Bolivia, desde donde conspiraban por todos los medios contra Rosas. Éste, apenas reele-

gido para otros cinco años (5 de marzo de 1840), reconoció a Oribe como presidente legítimo del Uruguay y puso a sus órdenes un ejército. Rivera miró la conducta de Rosas como una declaración de guerra y favoreció a los emigrados argentinos para que invadiesen el territorio de la confederación a las órdenes del general Lavalle, a quien auxiliaba también la escuadra francesa. La insurrección se inició en la provincia de Entre Ríos, propagándose a las de Corrientes y Santa Fe y alcanzando vastas proporciones en la misma provincia de Buenos Aires. Hubo un momento en que Lavalle estuvo a pocas leguas de esta ciudad (mes de septiembre), pero cuando los unitarios confiaban en que se decidiese al ataque, dando par seguro el triunfo, el general, que sin duda no veía las cosas bajo un aspecto tan agradable, se alejó de la capital y emprendió la retirada hacia la provincia de Santa Fe.

Rosas había enviado contra la República Oriental un ejército al mando del general Echagüe, que después de algunos meses de escaramuzas, fué derrotado en los campos de *Cagancha* (29 de diciembre de 1839), viéndose precisado a evacuar el territorio oriental. Para reparar este descalabro tenía dispuesto Rosas otro ejército al mando del general Oribe; mas la invasión de Lavalle le obligó a dejar para más adelante este propósito. Lo urgente era librarse de los enemigos interiores y el mismo general Oribe se ofreció a combatirlos y lo hizo con verdadera fortuna, pues derrotó en varios combates a Lavalle, quien, huyendo siempre hacia el norte, fué mortalmente herido en Famaillá (octubre de 1841) por una descarga que sufrió a través de una puerta. Los restos del ejército unitario pasaron la frontera y emigraron a Bolivia, donde dieron sepultura a los restos del desgraciado general. Mientras tanto, Oribe recorrió a sangre y fuego las provincias argentinas para someterlas a Rosas; venció y dió muerte en Tucumán al gobernador Avellaneda e impuso por doquiera el terror. Aun se sostenían en armas las provincias de Entre Ríos y Corrientes, organizadas por el general Paz, que habían huido de su prisión, y por el gobernador Ferré, ayudado por Rivera. Consiguió Paz algunas victorias de importancia sobre los generales de Rosas y tál vez habría logrado anticipar en algunos años la caída de éste, a no impedirlo las intrigas de Rivera, cuya buena voluntad duraba poco y que adoptaba siempre una política tortuosa.

El gobernador de Buenos Aires había hecho mientras tanto la paz con Francia, en tales términos que esta potencia dejaba desamparados los intereses de la República Oriental. La escuadra argentina, al mando del almirante Brown, causaba graves daños a la navegación en aguas orientales y el gobierno oriental, para contrarrestarla en lo posible, formó una escuadrilla a las órdenes del norteamericano Juan Cohe, a quien reemplazó luego el marino italiano José Garibaldi, que mostró mucho valor e inteligencia.

Oribe vence a Rivera y pasa al Estado Oriental. Sitio largo de Montevideo. Se forman dos gobiernos simultáneos en el Uruguay. — A principios de 1842 el general Rivera atravesó el río Uruguay con tres mil hombres y desembarcó en las costas de Entre Ríos, sosteniendo varios combates con las fuerzas de Rosas. En Gualeguay derrotó a mediados del año a las tropas de Urquiza; pero el 6 de diciembre fué sorprendido en *Arroyo Grande* por el grueso del ejército de Oribe, que le hizo sufrir una total derrota, forzándole a repasar el Uruguay con algunos restos de su ejército. Oribe se mostró muy duro con los vencidos, hizo fusilar a muchos, incorporó a sus filas a los elementos que juzgó aprovechables, y después de aumentar las fuerzas a su mando hasta doce mil hombres, pasó el río Uruguay y se dirigió a Montevideo, a cuya ciudad puso sitio el 18 de febrero de 1843.

Rivera organizó milicias en la campaña para estorbar las operaciones del invasor, mientras la ciudad de Montevideo se aprestaba a la resistencia. El pueblo pidió que organizara la defensa el general Paz, que acababa de llegar de Corrientes, y el gobierno de Montevideo, presidido por don Joaquín Suárez, le hizo el mismo ruego, dándole el nombramiento legal. Paz impulsó con gran actividad y acierto los trabajos, hizo levantar fortificaciones, artillándolas con todos los cañones que pudo procurarse; y el general Rivera, que estuvo en la capital a principios de febrero, no pudo menos de elogiar la maestría de aquellos preparativos.

Oribe anunció su llegada al Cerrito haciendo una salva de 21 cañonazos. Los defensores de la ciudad ascendían a seis mil hombres y Rivera logró reunir en la campaña cerca de cinco mil. Formáronse, además, legiones extranjeras y todo hizo prever que la resistencia sería larga.

El poder ejecutivo quedó en manos de D. Joaquín Suárez, dándose a Rivera la comandancia general de la campaña. Por su parte el general Oribe se declaró presidente legal de la República y estableció su ministerio y su parlamento en el pueblo de la Unión.

En abril de 1844 los sitiados, al mando de Paz y del ministro de la guerra, Pacheco Obes, hicieron una vigorosa salida, causando a los sitiadores 70 muertos y muchos heridos. Poco después Rivera, que había regresado a Montevideo, logró que se destituyese a Paz de la dirección de la defensa, por ser extranjero; quedando en su lugar el coronel Pacheco y Obes. Entonces Paz se embarcó para Corrientes, donde aun luchó durante dos años contra Rosas

Para completar la sumisión de la campaña oriental envió Rosas al general Urquiza, con cinco mil hombres. Rivera vaciló mucho tiempo antes de presentarle combate; pero al fin lo hizo en *India Muerta* (27 de marzo de 1845) y fué completamente derrotado, teniendo que buscar refugio en el Brasil. Con esto la campaña quedó en poder de Oribe, manteniéndose sólo en las sierras algunas partidas mandadas por Brígido de Silveira, Anacleto Medina, Venancio Flores y otros caudillos, que hacían guerra de recursos.

Situación de Montevideo. Campaña de los unitarios argentinos contra Rosas. Inglaterra y Francia le hacen la guerra. Combate de Obligado; sus consecuencias. — La situación de Montevideo se hizo precaria después de esa derrota; sin embargo, Oribe no mostraba la menor impaciencia por hacerse dueño de la ciudad, limitándose a mantener un cerco poco riguroso, que no estrechaba, ni hacía eficaz con asaltos ni bombardeos. Quizá con esto cumplía las instrucciones de Rosas, interesado, más bien que en el triunfo de un partido, en que no terminara la guerra civil que anulaba al Uruguay. El gobierno brasileño se puso de acuerdo con los de Francia y la Gran Bretaña para que interviniesen en la contienda y, en efecto, hubo varias tentativas; pero todas fracasaron por la conducta equívoca del gobernador de Buenos Aires. Al fin, en febrero de 1848, después de haberse enviado cuatro misiones extraordinarias, se desistió de estas negociaciones, en que se había invertido cerca de tres años, sin llegarse a resultado alguno.

Los unitarios, perseguidos con dureza en Buenos Aires, se habían refugiado en gran número en Montevideo y tomaban parte en la defensa de la plaza, a la vez que publicaban periódicos y folletos de enconada oposición contra Rosas. En esas campañas, a la vez periodísticas y militares, se distinguieron Alberdi, Gutiérrez, Cané, Mitre, que figuró en la defensa como oficial de artillería, Somellera, Mármol, los hermanos Varela y Rivera Indarte, que llegó al paroxismo del odio en sus folletos *Tablas de sangre, Es acción santa matar a Rosas* y otros escritos de esta índole. En Chile se distinguió por su propaganda antirrosista Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Facundo o Civilización y Barbarie* y de otras obras de verdadero mérito.

El mal éxito de las tentativas de Inglaterra y Francia para la pacificación de la Banda Oriental, produjo la animosidad de aquellas naciones contra Rosas, al que se hacía responsable de la prolongación indefinida de aquella guerra. Los representantes de los citados países le hicieron saber que consideraban peligrosa para los intereses de sus súbditos la marcha del ejército argentino sobre Montevideo. Contestó Rosas que su ejército no hacía más que auxiliar la acción de Oribe, presidente legítimo del Uruguay. Su escuadra, mandada por Brown, tomó posesión de la isla de *Ratas* en que el gobierno de Montevideo tenía sus principales depósitos de municiones de guerra. Entonces el comodoro inglés Purvis, desconociendo el bloqueo, intervino en la isla de Ratas y secuestró la escuadrilla de Brown. Poco después llegó de Rio Janeiro el almirante francés Lainé y reconoció los actos de Purvis.

Rosas protestó y obtuvo el retiro de Purvis; pero habiendo exigido los nuevos representantes de Inglaterra y Francia — Onseley y Deffandis — que las tropas argentinas se retirasen del Uruguay, se negó Rosas a acatar esa indicación, y entonces los enviados pidieron sus pasaportes, que les fueron entregados el 30 de julio de 1845. Declararon bloqueados los puertos argentinos; dieron un manifiesto en que protestaban, en nombre del mundo civilizado, contra las crueldades de que era teatro el rio de la Plata y el 18 de noviembre una escuadrilla franco-inglesa, compuesta de 18 buques, subió por el Paraná a fin de ponerse en comunicación con la provincia de Corrientes, que luchaba contra Rosas. Éste mandó artillar el Paso del Tonelero en la Vuelta de Obligado y obstruyó el rio con una enorme

cadena. La escuadra aliada forzó el paso después de un vivo cañoneo con las baterías de tierra, que fueron arrasadas, sosteniéndolas valerosamente sus defensores hasta él último momento. El bloqueo no fué levantado por la escuadra inglesa hasta el 15 de julio de 1847; pero el estado de guerra con Francia siguió mucho tiempo aún. Por último se puso término por la vía diplomática a la cuestión de la República Oriental, pactándose el desarme de los extranjeros, el retiro de las tropas argentinas y la convocación del pueblo uruguayo a elecciones libremente realizadas y cuyo resultado se comprometía a aceptar el general Oribe (31 de agosto de 1850).

Urquiza se declara contra Rosas. Se pone de acuerdo con los gobiernos brasileño, paraguayo y oriental. Disolución del ejército de Oribe. — Refugiado el general Paz en el Paraguay, desde donde pasó al Brasil, quedaba vencido el movimiento unitario en provincias y parecía Rosas completamente asegurado en el poder. Sin embargo, estaba próxima su caída y el instrumento de ella fué el general don Justo José de Urquiza, que estaba al frente de la provincia de Entre Ríos y tenía gran influjo en la de Corrientes. Había prestado Urquiza muchos servicios a Rosas y la armonía entre ambos parecía completa; pero aquel general abrió los oídos a las proposiciones de los unitarios, que le presentaban como futuro salvador de la patria, y desde fines de 1847 empezó a conspirar contra el gobernador de Buenos Aires, aunque mostrando tal ambigüedad en su conducta, que nadie habría podido darse cuenta de sus verdaderas intenciones. A principios de 1850 terminaba el tercer período de cinco años del gobierno de Rosas, y éste, según su costumbre, elevó por fórmula su renuncia a la legislatura y mandó copia a los gobernadores de las provincias. En tales casos, así la legislatura como los gobernadores, contestaban reiterando a don Juan Manuel Rosas su adhesión incondicional y todas las facultades necesarias para que representase la nación. Urquiza contestó a la nota de Rosas en los términos acostumbrados; pero en 1º de mayo de 1851, a la vez que enviaba a Buenos Aires otra nota en que desautorizaba la anterior, expidió un decreto aceptando la renuncia de Rosas y declarando que la provincia de Entre Ríos quedaba en entera libertad de entenderse directamente con los demás gobiernos

del mundo, hasta que, congregada una asamblea nacional, fuese definitivamente organizada la República.

Esto era una declaración de guerra y así hubo de comprenderlo Rosas; pero ya porque confiase en la desunión de sus adversarios o ya porque juzgase demasiado expuesto asumir la ofensiva, nada hizo por entonces. En cambio Urquiza mostró gran actividad; el 25 de mayo expidió una proclama a las provincias argentinas, obteniendo la adhesión de Corrientes, y en seguida se puso de acuerdo con los gobiernos brasileño, oriental y paraguayo, que preparaban la invasión. El 30 de junio se reunieron en Gualeguaychú el general Urquiza, el señor Greenfell, jefe de la escuadra brasileña, Herrera y Obes y el general Garzón, que antes figuraba a las órdenes de Oribe, de quien pasó a ser encarnizado enemigo. No se contó con Rivera, porque este caudillo, con su política tortuosa e inquieta, había llegado a disgustar a los mismos colorados, en tales términos que se decretó su expulsión del país. El Brasil ofreció poner en campaña 12.000 hombres y proporcionar al gobierno de Montevideo un empréstito considerable, a cambio de una nueva demarcación de fronteras. Garzón se encargó de minar el ejército de Oribe, hablando a sus principales jefes, y reconoció al gobierno de Montevideo como único legítimo. El 16 de julio pasó Urquiza el río Uruguay por el *Hervidero* y entonces se pronunció la desbandada en el ejército de Oribe, el cual no tuvo más remedio que tratar con Urquiza. En la capitulación pactada (8 de octubre) se declaró que no había vencedores ni vencidos y que debían reconocerse como de gobierno legítimo así los actos de Oribe, como los de las autoridades de Montevideo. Con esto terminó el sitio de esta plaza, a los ocho años y medio de iniciado; lo que hizo dar á Montevideo el nombre de *Nueva Troya*.

Invasión de los ejércitos unidos. Batalla de Caseros. Caída de Rosas. — Disuelto ya el ejército de Oribe se preparó la invasión a Buenos Aires, y el 21 de noviembre se firmó en Montevideo un convenio en que se declaraba que la guerra no se hacía a la Confederación, sino que tenía por objeto librar al pueblo argentino de la opresión de Rosas. Se nombró jefe de la expedición a Urquiza, que contaba con más de 18.000 hombres; el Brasil contribuía con su escuadra, tres mil solda-

dos de infantería, un regimiento de caballería y dos baterías de artillería, aparte de préstamos en dinero; y el Estado Oriental concurría con dos mil soldados de las tres armas. Urquiza repasó el río, dirigiéndose hacia Buenos Aires; a fines de diciembre se le incorporó el contingente oriental, y en la Colonia quedó en observación una división brasileña.

Rosas no tomó más disposición que concentrar sus fuerzas en la provincia de Buenos Aires, talando los campos y arreando las caballadas. El general Pacheco, que mandaba las fuerzas de Rosas, mostró escasa actividad, como si se preparase a luchar sin fe y sólo por compromiso. Mientras tanto, el ejército de Urquiza pasaba el Paraná sin hallar resistencia; batía en *Coronda* a Echagüe, gobernador de Santa Fe, y lograba sublevar en su favor esta provincia. En uno y otro campo hubo, sin embargo, deserciones y motines, sofocados con sangre.

Urquiza llegó a las chacras de Chivilcoy el 26 de enero de 1852, y el general Pacheco, que se hallaba en Mercedes (entonces Guardia de Luján), atravesó el río de las Conchas por el Puente de Márquez aproximándose a la capital. Para cubrirle el paso dejó una división de 6.000 hombres, mandada por el coronel Hilario Lagos, que fué atacada por Urquiza el 31 de enero. Esa división se dispersó apenas trabada la pelea, dejando en el campo 200 muertos y en poder del enemigo unos 300 prisioneros.

En la noche del 2 de febrero preparó Rosas la batalla definitiva, eligiendo el terreno y determinando el orden de colocación de sus fuerzas. Adoptó una línea que formaba ángulo obtuso con el arroyo de Morón y que se extendía desde la casa de Caseros, hasta el campamento de Santos Lugares (hoy San Martín). Su ejército constaba de 10.000 soldados de infantería, 12.000 de caballería y 60 cañones. La derecha se apoyaba en Caseros y estaba mandada por el general Pinedo. La izquierda, formada por una división de caballería y ocho batallones de infantería, estaba mandada por el general Videla y los coroneles Costa y Hernández. La retaguardia estaba al mando de los coroneles Sosa y Bustos, y el centro lo mandaban los coroneles Lagos y Chilavert, jefe de la artillería.

A las ocho de la mañana del 3 de febrero, el ejército de Urquiza estaba formado en una loma frente al de Buenos Aires. Mandaba la izquierda el coronel César Díaz; el centro con la

artillería el brigadier Márquez de Souza; y la derecha, a las inmediatas órdenes de Urquiza, iba comandada por los generales Lamadrid, Anacleto Medina y coronel Galán. La artillería de la derecha la mandaba el coronel Pirán, con los tenientes coroneles Mitre y González Fontes. A retaguardia estaban las divisiones del general Juan Pablo López y coronel Urdinarrain.

La batalla empezó a las 9 de la mañana, rompiendo el fuego la artillería de Chilavert. El coronel Lagos rechazó un ataque de la derecha aliada, pero fué envuelto por la caballería de López. Las dos alas del ejército de Buenos Aires fueron pronto deshechas y el combate se localizó en el centro, quedando al fin victoriosos los aliados, a las dos de la tarde. Rosas huyó con su escolta por el camino de Matanzas; la despidió en lo que hoy es Puente Alsina; siguió hasta el Hueco de los Sauces (hoy plaza 29 de Noviembre) y allí, sobre su rodilla y con lápiz, escribió a la Legislatura una nota en que renunciaba el cargo de gobernador y la suma del poder público. Luego se dirigió a casa del ministro de Inglaterra, que le acogió bajo su pabellón, embarcándole a los doce de la noche en la fragata *Centaur*, con su hija Dª Manuela. Cuatro días después, padre e hija pasaron a bordo del vapor de guerra *Conflict*, que les trasladó a Inglaterra, Rosas se estableció en una casa de campo en los alrededores de Southampton, donde vivió modesta y tranquilamente veinticinco años, hasta sa muerte ocurrida el 14 de mayo de 1877, cuando tenía 84 años de edad.

Ejecuciones y desórdenes. Es nombrado gobernador de Buenos Aires D. Vicente López. Conferencias y acuerdo de San Nicolás de los Arroyos. — El triunfo de los aliados se manchó en los primeros días con buen número de ejecuciones, recaídas en individuos del regimiento del coronel Aquino, que habían dado muerte a su jefe y a varios oficiales antes de las últimas batallas. Hubo también robos y saqueos en Buenos Aires en los momentos que siguieron a la fuga de Rosas; hasta que el 4 de febrero nombró Urquiza gobernador provisorio de la provincia a don Vicente López Planes, quien designó para ministro de gobierno a don Valentín Alsina.

Urquiza hizo su entrada triunfal en Buenos Aires a los pocos días del triunfo de Caseros; pero no tardó en crearse en torno

suyo un espíritu hostil; pues los unitarios, que volvían del destierro, querían mandar en la provincia sin intervención de nadie. Urquiza deseaba organizar el país, y al efecto pasó a los gobernadores de provincias una circular a fin de que se reuniesen el día 25 de mayo en San Nicolás de los Arroyos, para acordar el medio más práctico de constituir la nación argentina.

El 15 de abril se efectuaron las elecciones de diputados en la provincia de Buenos Aires, y el 13 de mayo se inauguró la legislatura, eligiendo gobernador en propiedad a D. Vicente López. Éste había nombrado ministro de gobierno a don Valentín Alsina, de guerra y marina al coronel don Manuel Escalada, de hacienda al Dr. Gorostiaga, de relaciones exteriores a D. José L. Peña, y de instrucción pública a su propio hijo D. Vicente Fidel López. No pasaron muchos días sin que estallase la discordia en el seno del gobierno provincial; pues don Valentín Alsina era partidario de que se rompiera toda relación con Urquiza; mientras el gobernador y otros ministros juzgaban que ese acto revelaría una palmaria ingratitud y alejaría indefinidamente la obra de la unidad nacional. En vista de esa oposición a sus proyectos renunció el Dr. Alsina, y con él se retiró el coronel Escalada, siendo substituídos respectivamente por el Dr. Juan María Gutiérrez y el coronel D. Casto Cáceres.

El gobernabor, D. Vicente López, acudió a la conferencia de San Nicolás de los Arroyos, acompañado de su hijo y del Dr. Pico, diputado provincial. Durante su ausencia delegó el mando en el presidente de la legislatura, general Pinto.

Reunidos en San Nicolás los gobernadores celebraron varias conferencias, que terminaron por un acuerdo fechado el 31 de mayo de 1852. Las principales cláusulas de este acuerdo fueron la convocatoria de un Congreso general federativo, que debía formarse con dos diputados por cada provincia; que este Congreso sancionara una Constitución nacional, a cuyo efecto el mandato de los diputados no debía ser restringido; que éstos debían ser inviolables; que el Congreso se instalaría en Santa Fe, determinando luego él mismo su residencia; que una vez sancionada la Constitución se nombraría presidente constitucional de la República, quedando disuelto el Congreso; que los gobernadores se obligaban a mantener la paz, y en caso de que se alterara, el encargado de las relaciones exteriores podría usar de todos los medios prudenciales para restablecerla; se

encomendaba al general Urquiza el mando efectivo de todas las fuerzas militares, con el título de *Director provisorio,* quedando a su cargo reglamentar la navegación de los ríos y la administración de correos; se establecía, por fin, que las provincias debían contribuir proporcionalmente a los gastos nacionales.

La legislatura de Buenos Aires rechaza el acuerdo. Renuncia del gobernador López. Repuesto por Urquiza, renuncia luego definitivamente. Asume Urquiza el poder. — Este acuerdo de gobernadores era quizá, en aquellos momentos, la única forma práctica de preparar la organización nacional. Sin embargo, produjo muy mala impresión en Buenos Aires, y cuando regresó el gobernador don Vicente López Planes, que lo había autorizado con su firma, fué interpelado en la Legislatura (21 de junio), pronunciando calurosos discursos de oposición los Sres. Portela, Ortiz, Vélez, Estévez, Gamboa, Vélez Sársfield y el coronel Mitre, quienes atacaron el acuerdo desde varios puntos de vista, tachándolo de arbitrario y de vejatorio para Buenos Aires, a cuya provincia se concedían sólo dos diputados como a cualquiera de las otras, no obstante su mayor importancia y población. El ministro de instrucción pública, doctor Vicente Fidel López, defendió el acuerdo como indispensable en aquellas circunstancias; acusó a los que lo atacaban de querer imposibilitar la unidad nacional por mezquinos celos de supremacía, afirmó que él, siendo hijo de Buenos Aires, era sobre todo argentino, y como se le dirigieran improperios desde la barra contestó en términos altaneros e imperiosos, que promovieron un verdadero tumulto, en que corrió peligro su vida. En realidad, el doctor López defendía la buena causa; pero el oleaje de las pasiones, secretamente atizadas por el Dr. Alsina y sus partidarios, sacó la cuestión de cauce, ahondando el antagonismo entre Buenos Aires y las provincias.

El gobernador y los ministros renunciaron el día 23, siendo nombrado, con carácter provisorio, jefe del poder ejecutivo provincial el general Pinto, presidente de la Legislatura. Al conocer el general Urquiza estos sucesos asumió inmediatamente el mando de la provincia, en virtud de las facultades que le daba el acuerdo; cerró la Legislatura y ordenó el destierro

del Dr. Alsina y de otros opositores. Después delegó la gobernación de nuevo en D. Vicente López Planes, que volvió a nombrar los mismos ministros (25 de junio) y convocó elecciones para los dos diputados que habían de concurrir al Congreso Nacional de Santa Fe, siendo elegidos D. Salvador Carril y D. Eduardo Lahitte. Hubo, sin embargo, algunos rozamientos con el Director Provisorio y el 23 de julio hizo D. Vicente López su renuncia definitiva. Urquiza la aceptó el día 26, encargándose del gobierno y nombrando un Consejo de Estado; sin embargo, el 3 de septiembre dejó el puesto, designando para el mismo, con carácter provisorio, al general Galán, ministro de la guerra de la Confederación, y marchó a Santa Fe, donde reclamaban su presencia los trabajos preparatorios del Congreso.

Revolución del 11 de septiembre. La provincia de Buenos Aires se separa de la Confederación. Gobiernos del general Pinto y del Dr. Alsina. Invasiones mutuas. — Pocos días después (11 de septiembre) estallaba en Buenos Aires una insurrección, capitaneada por el general Pirán, contra el gobierno de Urquiza. El doctor Alsina se apoderó del parque de artillería y el gobernador Galán viéndose sin fuerzas para sofocar el movimiento, al que se habían adherido las tropas correntinas y una división entrerriana que estaban en la ciudad, hubo de evacuarla, dirigiéndose a San Nicolás de los Arroyos. El triunfo no costó, pues, a los sublevados una gota de sangre. Inmediatamente se organizó el nuevo poder de la provincia, poniéndose a su frente el general Pinto, que nombró ministro de gobierno al Dr. Alsina, de hacienda al Dr. Carreras y de la guerra al general Pirán. El 21 de septiembre se dictó una disposición declarando que Buenos Aires no reconocería ninguno de los actos que verificasen los diputados reunidos en Santa Fe y anulando las credenciales de los elegidos por la capital. De este modo la ciudad y provincia de Buenos Aires quedaron separadas de la comunidad argentina. No pudo Urquiza restablecer la situación derrocada, ni quiso tampoco encender la guerra civil; de modo que entró en arreglos con el gobierno revolucionario; creyendo que de este modo lograría resolver pacíficamente los antagonismos entre Buenos Aires y las provincias. Le engañó su buen deseo,

porque las pasiones localistas fueron imponiéndose cada vez más, y no tardó en ser nombrado gobernador de la provincia el Dr. Valentín Alsina, que sostenía las tradiciones del unitarismo exaltado, no admitiendo sino dos soluciones : o la sumisión absoluta de las provincias a Buenos Aires o la ruptura de toda relación, sin retroceder ante el separatismo. Designó como ministro de gobierno y relaciones exteriores al coronel Mitre, de hacienda a don Juan B. Peña y de guerra al general Flores. Convocada la Legislatura, dió un manifiesto violento contra Urquiza; negó validez al acuerdo de San Nicolás y trató de separar a las provincias de la obediencia al Director provisorio, a cuyo efecto envió al general Paz, para que celebrase conferencias con los gobernadores. No consiguió Paz llevar a cabo esa misión por la vigilancia de las autoridades confederadas, y entonces Alsina preparó una expedición armada al interior, valiéndose de las tropas correntinas y entrerrianas que se hallaban todavía en Buenos Aires y que puso respectivamente a las órdenes de los generales Madariaga y Hornos.

Esto equivalía a una declaración de guerra y así lo entendió Urquiza. Las expediciones de Madariaga y Hornos fueron rechazadas y desarmadas muy en breve y Buenos Aires quedó expuesta a las justificadas represalias de los vencedores.

Quizá por inteligencias con Urquiza o ya por impulso propio, el coronel Lagos, que mandaba las milicias del centro de la provincia de Buenos Aires, se sublevó en Luján a fines de noviembre contra el gobierno de la capital, reteniendo en calidad disimulada de prisionero al ministro de la guerra, general Flores, que había ido a visitar los acantonamientos. Se intimó al gobernador Alsina que renunciara su cargo, y aunque éste mandó emisarios a Lagos para que depusiera su actitud, nada se consiguió; el 1° de diciembre de 1852 se organizó el movimiento; miles de soldados y de gauchos se dirigieron a Buenos Aires para cercarla, y el Dr. Alsina presentó el 6 de diciembre su dimisión, que le fué aceptada, pasando de nuevo el gobierno a manos del general Pinto. No por esto cesó el movimiento insurreccional; por el contrario, el colonel Lagos estrechó el cerco de Buenos Aires, que el general Paz, nombrado ministro de la guerra, puso en estado de defensa. Pretendía Lagos que la provincia de Buenos Aires entrase en franco acuerdo con las otras, para que se realizara en breve tiempo la organización

nacional; pero este propósito era entonces tan impopular entre la mayoría de los porteños, que éstos se negaron abiertamente a toda transacción y empezó en los suburbios la lucha, reducida a tiroteos de avanzadas, que causaron no pocas víctimas en uno y otro campo. Una escuadrilla, organizada en Montevideo por encargo de Urquiza y confiada al comodoro Coe, bloqueó a Buenos Aires por la parte del río, cooperando a las operaciones del coronel Lagos.

Asamblea Constituyente de Santa Fe. Tentativas de paz con Buenos Aires. Constitución federal de 1853. Buenos Aires no la acepta y se da otra particular. — Mientras tanto (20 de noviembre de 1852) se había reunido en Santa Fe la Asamblea Constituyente, en que estaban representadas todas las provincias argentinas, menos Buenos Aires, resuelta a no ceder. La Asamblea, deseando poner término a tan deplorable situación, encargó a Urquiza que pacificara la provincia de Buenos Aires (22 de enero de 1853), y el vencedor de Caseros, prefiriendo los medios conciliatorios, para no exasperar aun más las pasiones, nombró plenipotenciarios que buscaran un acuerdo aceptable. La comisión comenzó sus tareas el 2 de marzo ajustando un armisticio, seguido el día 9 de un tratado de paz, en cuya virtud se reconocía la situación creada en Buenos Aires desde el 11 de septiembre; la provincia elegiría su gobernador propio, se licenciarían las milicias y Buenos Aires enviaría, no dos, sino varios diputados al Congreso de Santa Fe, para sancionar la Constitución, que la provincia examinaría después para aceptarla o rechazarla. Urquiza rechazó este convenio, que dejaba los trabajos del Congreso a merced de la buena o mala voluntad de Buenos Aires, y el sitio se reanudó con vigor, siendo gravemente herido en la frente en uno de los reconocimientos, el coronel Mitre, que tomaba activa parte en la defensa.

El Congreso de Santa Fe, en que figuraban hombres muy distinguidos de las diversas provincias y algunos porteños, como el Dr. Juan M. Gutiérrez, disgustados con el exclusivismo local que dominaba en Buenos Aires, seguía con la mayor actividad sus bien intencionadas tareas, encaminadas a organizar la nación.

Los escarmientos de lo sucedido con los ensayos de constitu-

ción unitaria de 1819 y 1826, que dieron margen a guerras civiles y estuvieron a punto de disolver la nación, a fuerza de quererer unificarla, hicieron comprender a los constituyentes de Santa Fe que era necesario cambiar de rumbo y entrar resueltamente en la senda federalista. El doctor Alberdi fué el encargado de redactar las bases de la Constitución, que dejaba amplia autonomía a las provincias para dictarse sus respectivas constituciones, a la vez que fortalecía la acción del gobierno nacional. El proyecto, después de una detenida discusión, fué aprobado el día 1° de mayo de 1853 y aceptado con verdadero entusiasmo por todas las provincias, menos la de Buenos Aires, que seguía dominada por los unitarios.

La escuadrilla que había organizado la Confederación para el bloqueo de la capital se puso de pronto a las órdenes de aquellos a quienes debía combatir, mediante una fuerte cantidad repartida entre sus jefes; pues el gobierno de Buenos Aires disponía de muchos más recursos pecuniarios que el de Urquiza y no dejaba de utilizarlos con harta profusión, apelando a continuos empréstitos. A la vez, el general Flores consiguió fomentar la deserción en el ejército mandado por Lagos, que hubo al fin de levantar el sitio. Entonces Urquiza se retiró a la provincia de Entre Ríos, desistiendo, por el momento, de todo ataque a la capital.

La Legislatura de Buenos Aires se dió entonces una Constitución inspirada en la unitaria de 1826 y que fué jurada y promulgada el 23 de mayo de 1854. No se expresaba en ella de un modo categórico la formación de un Estado independiente, porque esta solución radical tenía tantos enemigos como partidarios; pero se facultaba al gobernador para nombrar agentes diplomáticos y consulares. El poder legislativo quedaba dividido en dos cámaras, una de representantes y otra de senadores. El 27 de mayo se nombró gobernador constitucional al doctor Pastor Obligado y se tomaron disposiciones para desarrollar el movimiento comercial y aduanero. Una expedición como de cien hombres, capitaneada por el coronel Costa y que trataba de sublevar la campaña, fué desbaratada y sorprendida, siendo inmediatamente fusilados los que la formaban (noviembre de 1854). Este acto de crueldad indica hasta qué punto había llegado la exaltación de las pasiones.

Urquiza es elegido presidente de la Confederación. Mala situación financiera de las provincias; tentativas para arbitrar recursos. Buenos Aires vuelve a elegir gobernador al Dr. Alsina. Conatos de separatismo radical en Buenos Aires. — El 20 de febrero de 1854 fué elegido presidente constitucional de la Confederación Argentina el general Urquiza, y vicepresidente el doctor don Salvador M. del Carril, antiguo unitario y consejero que había sido del general Lavalle. Se nombró ministro de relaciones exteriores al Dr. Juan M. Gutiérrez; del interior al Dr. Gorostiaga; de justicia e instrucción pública al Dr. Santiago Derqui; de hacienda a D. Mariano Fragueiro, y de guerra y marina al general D. Rudesindo Alvarado, compañero de San Martín en la campaña libertadora del Perú. La residencia de los poderes públicos de la Confederación se fijó en la ciudad de Paraná, capital de Entre Ríos; pero en todos sus actos demostró el gobierno del general Urquiza su vivo deseo de que la separación de Buenos Aires fuera sólo temporal y no obtuviese el reconocimiento de ninguna potencia. Justo es consignar que el gobierno de Buenos Aires tampoco se dejó llevar por las sugestiones de los exaltados, que deseaban la declaración de independencia; y que, por el contrario, en los tratados que celebró con la Confederación el 20 de diciembre de 1854 y el 8 de enero de 1855, declaró explícitamente que la separación era interina.

La situación financiera de la Confederación se hacía cada vez más angustiosa, mientras Buenos Aires disponía de entradas más que suficientes y de crédito; usado, por cierto, con excesiva largueza. El gobierno de Paraná fundó un Banco para emitir papel moneda, sin conversión, y en efecto lanzó billetes por valor de seis millones de pesos, que al principio fueron bien recibidos por las provincias; mas como faltaba garantía metálica, no tardó en sobrevenir el fracaso y hubo que retirar el papel de la circulación. Se pensó entonces en una tarifa de derechos diferenciales a las mercaderías, con el objeto de favorecer el puerto del Rosario y procurar así recursos al gobierno de la Confederación, a la vez que se hostilizaba a Buenos Aires, imponiendo un gravamen fuerte a los artículos que desembarcaran en este puerto, en vez de remontar directamente el Paraná. Después de muchos aplazamientos la ley de derechos

diferenciales fué sancionada el 19 de julio de 1856 y algún resultado económico produjo; pero su consecuencia inmediata fué agriar las relaciones entre ambos Estados. La provincia de Buenos Aires designó de nuevo como su gobernador a don Valentín Alsina, que representaba la oposición irreductible a Urquiza (marzo de 1857); se dictó una serie de medidas que gravaban los productos del interior como los extranjeros, en represalias de la ley de derechos diferenciales, y empezó a encararse friamente el proyecto de separación; creyendo algunos que sería posible formar una nación independiente con la provincia de Buenos Aires y el Uruguay, mientras los más exaltados, dándose cuenta de las dificultades que el Brasil y los mismos orientales opondrían a esta solución, pensaban que la provincia de Buenos Aires se bastaba para constituir por sí sola una república independiente.

Esta aspiración radical, y desde muchos puntos de vista peligrosa y aun temeraria, tuvo que luchar con la oposición de gran número de porteños, que formaron un partido contrario a las tendencias de Alsina y favorable a la organización ampliamente nacional. Este partido tuvo su órgano en el periódico *La Reforma Pacifica,* escrito por D. Nicolás Calvo Guaytí y don Juan José Soto; y los que seguían su política recibieron el mote de *chupandinos.* En cambio se llamó *pandilleros* a los que, con el señor Torres, propendían a la separación indefinida; su periódico era *La Tribuna;* escrito por Juan Carlos Gómez, Mitre, Sarmiento, Mármol y otros políticos localistas. Creáronse centros de ambas agrupaciones y sus contiendas llegaron a determinar choques sangrientos, que parecían anunciar la guerra civil. El gobierno apeló a medios violentos, persiguiendo a los opositores y desterrando a varios de ellos, siendo tal el disgusto que esta conducta ocasionó al redactor de *La Reforma*, señor Calvo Guaytí, que se expatrió para España y ya no volvió a Buenos Aires.

Guerra entre la Confederación y Buenos Aires. Batalla de Cepeda. Caída del gobernador Alsina. Buenos Aires se incorpora a la Confederación Argentina. — La oposición contra Alsina creció, sin embargo, en razón directa de las persecuciones que sufría; muchos hombres distinguidos ofrecieron su apoyo a la Confederación, emigrando a

Paraná, y como se hicieran cada día más tirantes las relaciones entre ambos gobiernos, sobrevino al fin la guerra. El Congreso federal autorizó al general Urquiza, en marzo de 1859, para que emprendiese a todo trance el sometimiento de Buenos Aires a la Confederación, usando de la fuerza si no bastaban los medios pacíficos. Un empréstito de millón y medio de pesos fuertes permitió organizar un ejército de catorce mil hombres y una pequeña escuadra. A su vez, la legislatura de Buenos Aires autorizó al gobernador Alsina a repeler con las armas la agresión y se organizó un ejército al mando del coronel mayor y ministro de la guerra don Bartolomé Mitre, que era ya uno de los personajes de más prestigio y popularidad en la provincia.

Se rompieron las hostilidades con un combate naval en que la escuadrilla de la Confederación, mandada por don Mariano Cordero, logró forzar el paso, sosteniendo un combate con la guarnición de la isla de Martín García y concentrándose a la vista del Rosario (14 de octubre). El coronel Mitre avanzó con su ejército hasta San Nicolás de los Arroyos, límite de la provincia, y luego se trasladó a la cañada de Cepeda, cerca del Arroyo del Medio. Aquí fué sorprendida su vanguardia, en la mañana del 23 de octubre, por una fuerte división de caballería que llevó el desorden al ejército, en términos tales, que Mitre, después de haber intentado en vano rehacer sus tropas, tuvo que abandonar en el campo de batalla la artillería, tiendas y municiones, para no caer prisionero. Perseguido con escasa actividad por los generales vencedores Pedernera y Juan Pablo López, logró llegar el 24 por la mañana, después de caminar toda la noche, a San Nicolás, donde se embarcó con sus tropas en la escuadrilla mandada por Susini, que le transportó a Buenos Aires, donde comenzaron con gran actividad los preparativos de la defensa.

Urquiza se dirigió, sin hallar obstáculos, hacia la capital y al llegar a San José de Flores hizo saber que no entraría en negociación alguna con Buenos Aires mientras don Valentín Alsina fuera gobernador. Por falta de confianza en las condiciones defensivas en que se hallaba la capital y también por no verse arrollado por la oposición, imponente después del fracaso de Cepeda, comprendió Alsina que no le quedaba más remedio que abdicar su puesto, y la Legislatura aceptó desde luego su renun-

cia, nombrando gobernador provisorio al presidente del Senado, don Felipe Llavallol.

Nombráronse comisionados por la ciudad a don Carlos Tejedor, don Juan B. Peña y don Juan Cruz Obligado; y por la Confederación al doctor Aráoz y a los generales Guido y Pedernera, aceptándose la mediación del Paraguay. A los dos días de abiertas las conferencias, el 11 de noviembre de 1859, se firmó un pacto, en cuya virtud la provincia de Buenos Aires quedaba incorporada a la Confederación, mediante las condiciones siguientes : En el término de veinte días, Buenos Aires reuniría una convención provincial, encargada de examinar la Constitución Nacional. Las observaciones de la convención serían examinadas y discutidas por otra convención nacional en que estaría representada Buenos Aires, que se obligaba a someterse a las decisiones de la mayoría. La aduana de Buenos Aires pasaba a manos del gobierno federal, que reconocería las deudas exterior e interior de la provincia. Se daba una amnistía general; Urquiza retiraría del territorio provincial sus tropas, en los quince días subsiguientes a la firma del tratado; y el Paraguay garantizaba la ejecución de los compromisos que, por su mediación, habían contraído las partes contratantes.

Todo quedaba, pues, arreglado satisfactoriamente, pero sólo en apariencia. En realidad, el partido exaltado de Buenos Aires opinaba que la capital había quedado humillada ante las provincias y esta opinión tardó muy poco, por desgracia, en generalizarse.

Lentitud de los trabajos de la Convención. Termina la presidencia de Urquiza y le sucede el doctor Derqui. Es elegido Mitre gobernador de Buenos Aires. Se jura en esta ciudad la Constitución nacional de 1853. — La convención provincial debía reunirse a principios de diciembre, pero no lo hizo hasta el 5 de enero de 1860 y aun así tardó otro mes en inaugurar sus sesiones ordinarias. Para examinar la Constitución Nacional se nombró una comisión formada por los señores Bartolomé Mitre, Dalmacio Vélez Sársfield, José Mármol, Antonio C. Obligado y Domingo F. Sarmiento, quienes no presentaron hasta el 3 de abril las reformas que, a su juicio, debían introducirse en la Constitución Nacional y que no afectaban puntos esenciales. Por fin, el 12 de mayo la Conven-

ción provincial dió por terminadas sus tareas. Mientras tanto, terminado el período constitucional de D. Justo J. de Urquiza, se eligió presidente de la República Argentina a don Santiago Derqui, y poco después la provincia de Buenos Aires designó como su gobernador a don Bartolomé Mitre que, aunque vencido en Cepeda por la mala organización de sus tropas, había logrado hecer una retirada muy hábil, cuyo mérito empezaba a ser debidamente apreciado. Además, Mitre reunía una serie de condiciones ventajosas que rara vez se presentan en un solo individuo; a sus talentos militares acompañaba una ilustración extensa y profunda, grandes dotes de escritor y polemista, energía de carácter y notoria probidad. Si por mucho tiempo figuró entre los provincialistas exaltados, no tardó en rectificar sus puntos de vista y llegó a ser el más resuelto e influyente organizador de la nacionalidad argentina.

El 6 de junio se firmó un nuevo pacto de unión entre Buenos Aires y las provincias, complementario del de 11 de noviembre, y el 9 de julio, aniversario de la independencia nacional, concurrieron a Buenos Aires el presidente de la Confederación, el general Urquiza, varios gobernadores de provincias y los representantes del cuerpo diplomático, celebrándose fiestas que parecían sellar la paz. La Convención nacional se reunió en Santa Fe el 20 de septiembre y en sólo tres sesiones aceptó por aclamación las reformas propuestas por Buenos Aires. Se designó el 21 de octubre para la jura de la constitución y esta ceremonia se realizó a la vez con gran solemnidad en Paraná y en Buenos Aires. Con este motivo, el presidente Derqui agració a Mitre con el nombramiento de brigadier general de los ejércitos nacionales.

Nuevo conflicto, motivado por los sucesos de San Juan. Ruptura entre Buenos Aires y la Confederación. Batalla de Pavón y triunfo de Buenos Aires. Queda disuelto el gobierno de la Confederación. — Un conflicto surgido en la provincia de San Juan, donde murió asesinado en su palacio por una turba armada el gobernador, coronel Virasoro (16 de noviembre), dió fin a las demostraciones de afectado cariño entre Buenos Aires y la Confederación. Había nombrado Mitre ministro de gobierno a D. Domingo F. Sarmiento, natural de San Juan, gran escritor y fervoroso

unitario, el cual, valiéndose de su ascendiente personal y político, logró que la provincia de Buenos Aires echara el peso de su influencia en los asuntos sanjuaninos. El gobernador Virasoro había seguido la política del presidente Derqui; y el gobierno de Buenos Aires, de que formaba parte Sarmiento, estaba procurando su renuncia o destitución cuando tuvo efecto el criminal asalto de 16 de noviembre. Se nombró entonces interventor nacional al coronel Sáa, gobernador de San Luis, quien llevó como adjuntos a los coroneles Paunero y Conesa, que seguían las instrucciones de Mitre. Resultó que el interventor se vió contrariado en sus tareas por sus adjuntos y, sobre todo, por el doctor Antonino Aberastain, que después de la muerte de Virasoro se había apoderado del gobierno de San Juan y era amigo y agente de Sarmiento. Retiróse, pues, el interventor y organizó un ejército, mientras el gobernador Aberastain hacía lo mismo por su parte y salía en su busca. Encontráronse ambos ejércitos en el Pocito : Aberastain fué derrotado y hecho prisionero y el interventor le hizo fusilar el 12 de enero de 1861, acto de bárbaro rigor, mucho más grave por venir de una autoridad que representaba al gobierno de la nación.

El interventor Sáa se apoderó de San Juan e instruyó activamente el proceso de los asesinos de Virasoro. El gobierno de la Confederación aprobó en general su conducta, protestando, sin embargo, contra el fusilamiento de Aberastain, pero sin tomar medidas para castigar ese atentado. No hay que decir hasta qué punto disgustaron estos hechos al gobierno de Buenos Aires. Creció el disgusto cuando el gobierno de la Confederación, en vez de castigar las demasías de Sáa, le nombró, a fines de mayo de 1861, interventor en la provincia de Córdoba; donde no había revolución, sino descontento entre los federales, por haber sido elegido gobernador un político de ideas favorables al gobierno porteño. El violento Sáa logró que fuese derribado por un motín el gobernador de Córdoba. Entonces comenzaron en Buenos Aires los preparativos para la guerra. Los diputados de esta provincia para el Congreso nacional no habían sido elegidos en forma y esta omisión se hizo intencionalmente, para buscar la ruptura. No se los admitió en el Congreso, y el Ejecutivo nacional ordenó a Buenos Aires que procediese a nuevas elecciones, en la forma prescrita por la Constitución. Entonces la provincia se negó a todo arreglo,

retiró el subsidio que pasaba al gobierno del Paraná y organizó un ejército, a cuyo frente se puso el gobernador, general Mitre. El Congreso nacional, en vista de la actitud de Buenos Aires, anuló los tratados de 11 de noviembre y 6 de junio, y autorizó al poder ejecutivo para intervenir en la provincia disidente, declarándola en estado de sitio. La guerra civil era, pues, inminente.

El presidente Derqui nombró general en jefe del ejército de la Confederación a Urquiza, quien aceptó el cargo sin el menor entusiasmo, pues no sólo existía tirantez entre él y el gobierno de Paraná, sino que se iba persuadiendo de que no habría paz en la Argentina mientras no se arreglaran las cosas de modo que no padeciera en lo más mínimo el orgullo de Buenos Aires. El general Mitre había reunido sus tropas en Rojas, en la frontera de Santa Fe, y preparados ya los ejércitos, aun intentaron una mediación los ministros de Francia, Inglaterra y el Perú. Desde el 15 al 22 de agosto celebraron conferencias en el puerto de las Piedras, sobre el Paraná, a bordo de buques ingleses y franceses, el doctor La Riestra, por parte de Buenos Aires, y don Nicanor Molina, ministro de relaciones exteriores de la Confederación. No se llegó a un acuerdo, disponiéndose sólo que las hostilidades no podrían romperse hasta cinco días después.

El 17 de septiembre se encontraron ambos ejércitos en los campos de Pavón, provincia de Santa Fe. Tenía Mitre a sus órdenes diez y siete batallones, a más de secciones de caballería e infantería; en total unos 20.000 hombres. En cuanto a las tropas federales constaban de 17.000 hombres; pero su caballería y artillería eran superiores a las de Buenos Aires. El combate fué de corta duración, empezó a las dos de la tarde y antes de las cinco se había decidido la victoria en favor de Mitre. El general Urquiza, que mandaba cuatro mil entrerrianos, apenas tomó parte en la refriega, como si hubiera deseado la derrota de los suyos, con el menor daño material posible.

En cuanto a pérdidas, fueron relativamente escasas; el ejército confederado tuvo 50 muertos y 100 heridos, y el de Buenos Aires sufrió más por el ataque de la caballería de Sáa. El ejército federal se había desbandado casi sin lucha, dejando en poder de las tropas de Mitre 1.200 prisioneros, 6 banderas y 2 estandartes, 37 piezas de artillería, cerca de 5.000 caballos y

todo el parque. Urquiza se retiró al Diamante y en su parte al ministro de la guerra manifestaba el propósito de no insistir en una lucha ingrata y sin solución posible. Quedó, pues, indefenso el gobierno de la Confederación; el general Mitre, creyendo inútil presentarse en Buenos Aires, que nadie pensaba en atacar, se dirigió al Rosario, que ocupó el 12 de noviembre, haciendo respetar las personas y las propiedades. Al siguiente día, la escuadra federal se le entregó sin combatir; varias provincias se declararon en favor de Buenos Aires y el doctor Derqui renunció la presidencia, retirándose a Montevideo, y de allí pasó más tarde a Corrientes, donde murió en la pobreza y el olvido. Urquiza, que no deseaba ya sino mandar en Entre Ríos, negó a las autoridades federales el permiso para seguir residiendo en Paraná, y entonces el vicepresidente Pedernera, por decreto de 12 de diciembre de 1861, declaró en receso el poder ejecutivo nacional. Las provincias quedaron, pues, bajo la tutela de Buenos Aires que al cabo de nueve años de lucha obtenía la victoria.

El general Mitre asume todos los poderes. Desentendiéndose del espíritu localista, convoca un Congreso para organizar la nación argentina. Ley del Compromiso. El general Mitre es elegido presidente de la República. — Todos los poderes quedaron, de hecho, en manos del general Mitre, y para legalizar esta situación recabó de las provincias las facultades necesarias para convocar un Congreso nacional donde lo juzgase conveniente. No faltaron en la capital partidarios de que se utilizara la victoria de Pavón para establecer la independencia de la provincia de Buenos Aires, bajo el nombre de República del Plata. Mitre había defendido esa opinión en 1857, aunque, según manifestó más tarde, con el propósito de que las provincias se agruparan en torno de Buenos Aires, en vez de llevarla a remolque. Pero, una vez disuelto el gobierno de Paraná, las circunstancias habían cambiado en absoluto; Buenos Aires había quedado en situación tan airosa como pudieran desear los más susceptibles porteños, e insistir en la separación hubiera sido la más insigne de las torpezas; pues las provincias sin Buenos Aires, que era su verdadero núcleo de atracción, difícilmente habrían seguido unidas, siendo probable que algunas de ellas

hubieran caído en poder del Brasil, del Paraguay y de Chile; mientras la provincia de Buenos Aires, convertida en República del Plata, aun teniendo grandes recursos financieros, habría visto contrabalanceado su poder por el Uruguay, viviendo bajo la amenaza de Chile, el Paraguay y el Brasil.

El general Mitre se dió cuenta de esta situación y supo proceder como patriota y hombre de altas miras. No pensó más que en organizar la nacionalidad en sentido amplio, desentendiéndose del clamoreo localista, de que en otros tiempos había sido portaestandarte, y ese cambio de opinión es su principal título de honor ante la historia. Durante su gobierno provisional, que duró seis meses, hizo todo lo posible para conciliar los ánimos y acallar las pasiones; el 15 de marzo de 1862 convocó a elecciones generales en toda la República, y la solemne apertura de la Asamblea tuvo efecto en Buenos Aires, en la memorable fecha de 25 de mayo.

Se trató, ante todo, de la cuestión de la capital de la República, defendiendo Mitre la misma solución que Rivadavia en 1826, esto es, la federalización de toda la provincia de Buenos Aires, en vez de la sola capital. El senado de la nación adoptó este proyecto, aunque con carácter provisional y para un plazo de cinco años, y lo mismo hizo la Cámara de diputados, no sin la más viva oposición de los representantes de Buenos Aires, que veían de este modo anulada la vida política de la provincia. La legislatura provincial rechazó la ley, que, por lo tanto, no pudo ser sancionada. Entonces se propuso federalizar únicamente la ciudad y municipio de Buenos Aires, pero también este proyecto fué rechazado por la legislatura provincial; hasta que por fin se aceptó, como fórmula de transacción, la llamada Ley del Compromiso, en cuya virtud las autoridades nacionales residirían en Buenos Aires, con jurisdicción sobre las aduanas, correos y demás reparticiones nacionales, quedando los restantes servicios a cargo de la provincia. Esta ley provisoria debía ser revisada en él termino de cinco años y dejaba en pie la cuestión de la capitalidad, pues la federalización de Buenos Aires despertaba viva oposición entre los autonomistas.

Orillada, por lo pronto, esta grave dificultad, el Congreso aprobó la gestión de Mitre como delegado nacional y le declaró benemérito de la patria. Las provincias fueron convocadas a la designación de electores de presidente y vicepresidente de la

República, y reunidas ambas cámaras en Asamblea el 5 de octubre de 1862 para hacer el escrutinio, resultó elegido presidente de la República por unanimidad el general Mitre, y vicepresidente don Marcos Paz. El 12 de octubre tomaron los electos posesión de sus cargos, en que debian permanecer hasta igual dia del año 1868.

XXIV.

EL URUGUAY HASTA 1863.

Predominio del partido colorado. El triunvirato. Primera presidencia del general Flores. — Los blancos en el poder. Presidencia de Pereira. La matanza de Quinteros. Presidencia de Berro. Invasión del general Flores, con el apoyo de la Argentina y el Brasil.

Predominio del partido colorado. El triunvirato. Primera presidencia del general Flores. — El levantamiento del sitio de Montevideo afianzó la preponderancia del partido colorado, al que por gratitud auxiliaba también la situación creada en Buenos Aires después de la caída de Rosas. El general Oribe, que por espacio de tantos años había tenido gobierno y hasta parlamento en la Unión, se retiró a la vida privada, satisfecho sin duda al ver que su antagonista Rivera, desterrado al Brasil cuatro años antes, había perdido prestigio entre sus mismos correligionarios y no había tenido la menor actuación en los últimos sucesos.

Durante casi todo el período del sitio había ocupado la primera magistratura en Montevideo don Joaquín Suárez, que mostró grandes dotes de gobernante probo, ilustrado y enérgico. A este hombre de Estado se debió la organización de la Universidad (14 de julio de 1849), cuyo primer plantel había sido la casa de Estudios generales, fundada durante la administración de Oribe. El señor Suárez dejó el poder el 15 de febrero de 1852, siendo sustituído interinamente por el presidente del Senado, don Bernardo P. Berro, hasta que el 1° de marzo se eligió presidente constitucional a don Juan Francisco Giró.

El nuevo jefe del poder ejecutivo pertenecía al partido blanco y se vió muy combatido, hasta que abandonó su cargo al año y medio de haber tomado posesión.

Buscóse entonces una fórmula para conciliar las aspiraciones de los partidos en pugna y se creyó hallarla en el nombramiento de un triunvirato en que figuraban el anciano general Juan

Antonio Lavalleja en representación de los blancos, y los generales Fructuoso Rivera y Venancio Flores en nombre de la agrupación colorada. El 25 de septiembre de 1853 se hicieron cargo del gobierno los triunviros.

Esta situación no era más que una tregua política, sin condiciones de estabilidad. A las pocas semanas de haberse constituído la junta murió el benemérito Lavalleja, iniciador de la independencia uruguaya, como jefe de los *Treinta y tres*. No tardó en seguirle a la tumba el general Rivera, primer presidente constitucional de la República, y entonces se hizo cargo del gobierno el tercer triunviro don Venancio Flores, a quien se eligió presidente en propiedad el 12 de marzo de 1854.

La administración de Flores fué breve y agitada. El partido blanco le opuso todo género de inconvenientes y acabó por alzarse en armas en agosto de 1855. Estas turbulencias obliga ron al presidente a delegar el poder, en distintas ocasiones, en manos de los presidentes del Senado (primero en don Alejandro Chucarro y luego en don Manuel Basilio Bustamante), hasta que por fin renunció el 10 de septiembre de 1855, sucediéndole el último de los señores citados, después de una breve interinatura de don Luis Lamas.

Los blancos en el poder. Presidencia de Pereira. La matanza de Quinteros. Presidencia de Berro. Invasión del general Flores, con el apoyo de la Argentina y el Brasil. — El 1° de marzo de 1856 se eligió presidente de la República a don Gabriel A. Pereira, uno de los hombres más distinguidos del partido blanco. Los odios partidistas se exacerbaban más cada vez y todas las armas parecían buenas contra los adversarios políticos. En 1858 estalló contra el presidente Pereira una insurrección a cuyo frente se pusieron los generales César Díaz y Manuel Freire. Vencidos los sublevados por las tropas del gobierno, hubo una terrible matanza en el Paso de Quinteros, departamento del Durazno, siendo degollados gran número de prisioneros y fusilados los generales César Díaz, Manuel Freire, que había sido uno de los *Treinta y tres*, los coroneles Tajes y Caballero y veintitantos oficiales más. Las víctimas de esta horrenda represión fueron llamadas por sus partidarios « los mártires de Quinteros » y el partido colorado no pensó desde entonces sino en tomar represalias.

El presidente Pereira cumplió el plazo legal de su administración y le sucedió, el 1° de marzo de 1860, don Bernardo P. Berro, perteneciente también al partido blanco. Contra éste se sublevó el ex presidente don Venancio Flores, que invadió el país el 19 de abril de 1863 pasando el río Uruguay a la cabeza de un pequeño núcleo de revolucionarios, que aumentó rápidamente, hasta constituir un ejército considerable. Por causas que expondremos más adelante, la expedición de Flores, a la que se dió el nombre de « Cruzada Libertadora », obtuvo el apoyo de la República Argentina y muy especialmente del Brasil, que la ayudó con sus trópas. De ella se derivaron hechos de la mayor trascendencia para la América del Sud, como veremos en su lugar.

Las continuas guerras civiles que sufrió el Uruguay desde la época de su independencia, no pudieron menos de influir desfavorablemente en el desarrollo de esa nación. Sin embargo, la gran fertilidad de su suelo y la excelente posición geográfica del país han hecho que, a pesar de esas lamentables discordias, adelante mucho la República Oriental en población y riqueza. En 1830 se calculaba la población en sólo 75 mil habitantes, y diez años después había ya 120 mil. Hoy el número de pobladores pasa de un millón, lo que equivale a más de cinco habitantes por kilómetro cuadrado, densidad de población dos veces mayor que la del Brasil o la Argentina. La riqueza es, también, relativamente cuantiosa; pero el estado financiero dista de ser satisfactorio, por los muchos empréstitos a que es necesario hacer frente. Pero estos males no son irreparables, bastando para disminuirlos las lecciones de la experiencia, que acabarán por imponer rumbos más previsores y fecundos.

XXV.

REPÚBLICA DEL PARAGUAY.

Formación de una junta de gobierno. Golpe de Estado. El Congreso general. Declaración de independencia. — Predomino del Dr. Francia en la Junta. Ruptura con el gobierno argentino. Décretos contra los españoles. — Dictadura del doctor Francia. Su receloso y cruel despotismo. — Internación del oriental Artigas. Se prohibe a los extranjeros salir del Paraguay. Misantropía sanguinaria del dictador. Su política de aislamiento. — Muerte del doctor Francia. Junta provisoria de gobierno. Es derribada. Convocatoria de la Asamblea. Funciona un solo día, estableciendo el gobierno consular. — Política reformista del Consulado. Congreso extraordinario. Asamblea Constituyente de 1844. — Presidencia de D. Carlos Antonio López. El Paraguay entra en la política internacional. Hostilidades con la República Argentina. Terminan al caer Rosas. — Misión diplomática de Solano López. Diferencias graves con el Brasil. Reelección de Carlos A. López. Organización militar del Paraguay.

Formación de una junta de gobierno. Golpe de Estado. El Congreso general. Declaración de independencia. — Ya se ha indicado, al tratar del primer período de la independencia argentina, que la expedición militar de D. Manuel Belgrano al Paraguay (24 de septiembre 1810 a 9 de marzo de 1811) no tuvo el éxito que se prometía la junta de Buenos Aires; pues los paraguayos rechazaron la invasión. Sin embargo, la conferencia que Belgrano sostuvo con el coronel Cabañas en la margen del Tacuarí, informándole de los propósitos de la revolución, dió como resultado que a los dos meses se produjera en la Asunción un movimiento, organizado por el doctor D. Gaspar Rodríguez de Francia, con la cooperación del teniente coronel D. Fulgencio Yegros y de los oficiales Antonio Yegros, Pedro J. Caballero y Vicente Iturbe, cuyo resultado fué obligar al gobernador, D. Bernardo de Velasco, a que admitiese en el gobierno dos asociados, que fueron el Dr. Francia y D. Juan V. Zeballos (15 de mayo de 1811). Tres semanas después, con el pretexto de que el gobernador conspiraba para recobrar la plenitud de su antiguo poder, se le depuso y encarceló de igual modo que a los individuos del cabildo afectos a España (9 de junio).

A los ocho días de este golpe de Estado inauguró sus sesiones un Congreso general, que declaró la incapacidad de los españoles para los cargos públicos, aprobó las bases de una alianza con Buenos Aires, siempre que se dejase a salvo la independencia del Paraguay, y nombró por cinco años una Junta superior gubernativa, compuesta de don Fulgencio Yegros, como presidente, y el Dr. Francia, capitán Caballero, presbítero Bogarín y don Fernando Mora, como vocales.

Estas resoluciones fueron comunicadas el 20 de julio a la Junta de Buenos Aires, que el día 28 acusó recibo, manifestando que no se opondría a que el Paraguay se declarase independiente, si tal era su firme voluntad. Poco después llegaron a la Asunción don Manuel Belgrano y D. Vicente A. Echevarría, comisionados por la Junta para gestionar la anexión del Paraguay a Buenos Aires. Después de varias conferencias en que llevó la parte principal el Dr. Francia, se firmó (12 de octubre de 1811) un tratado de alianza en que se consagró la total independencia del Paraguay.

Predominio del Dr. Francia en la Junta. Ruptura con el gobierno argentino. Decretos contra los españoles. — El Dr. Francia, disgustado por la preponderancia del elemento militar, se había separado de la Junta de Gobierno el 1° de agosto; pero volvió a ella el 12 de septiembre, después de hacerse rogar mucho y previa la destitución del vocal Bogarín. Exigió luego la convocatoria de un Congreso, y habiendo aplazado esta resolución los demás vocales, volvió a renunciar su cargo a mediados de diciembre, diciendo que no quería gobernar con militares. Como era, sin disputa, el hombre más preparado que a la sazón tenía el Paraguay para las funciones administrativas, su ausencia de la Junta puso a ésta en graves dificultades, y al fin, habiéndose dado satisfacción a sus pretensiones y acordádose la convocatoria del Congreso, volvió el Dr. Francia a ocupar su puesto el 16 de noviembre de 1812.

El gobierno de Buenos Aires, apoyándose en las estipulaciones del tratado de confederación, no dejaba de pedir auxilios en hombres y dinero al Paraguay, con objeto de hacer frente a los realistas y desalojarles de la Banda Oriental. La junta de la Asunción se desentendía de estas reclamaciones; tampoco quiso enviar diputados al Congreso de las Provincias Unidas,

y al fin pareció inminente la ruptura. Para evitarla, envió el gobierno de Buenos Aires al Paraguay al Dr. Nicolás de Herrera, que llegó a la Asunción el 20 de mayo de 1813 y hubo de esperar más de cuatro meses a que se reuniera el Congreso, pues la junta se declaraba sin autoridad para resolver acerca de las pretensiones argentinas.

Por fin, el 30 de setiembre se reunió el segundo Congreso general, el cual acordó desde luego que no se enviaran diputados a Buenos Aires, proclamó categóricamente la independencia del Paraguay, adoptó el pabellón y escudo nacionales, y creó, en sustitución de la junta y por el término de un año, un gobierno compuesto de dos cónsules, que habían de turnar en la presidencia cada cuatro meses. Fueron elegidos el Dr. Francia y don Fulgencio Yegros, correspondiendo a aquél el primer turno (12 de octubre).

El gobierno consular dió una serie de decretos en extremo depresivos y crueles para los españoles, a quienes privó de toda clase de garantías civiles, declarándoles, además, indignos de casarse con otras mujeres que indias de los pueblos, mulatas y negras. También les prohibió ser testigos en los matrimonios de hijos del país o padrinos en los bautizos. Estas disposiciones odiosas y mezquinas procedían del Dr. Francia, que a medida que tomaba mayor ascendiente sobre sus paisanos, iba descubriendo más la ruindad y el despotismo de su carácter.

Dictadura del doctor Francia. Su receloso y cruel despotismo. — Al terminar el año de gobierno consular se reunió nuevamente el Congreso (3 de octubre de 1814) y se nombró al doctor Francia dictador por cinco años, con el sueldo de 9 mil pesos anuales, de que sólo aceptó la tercera parte. Es curioso que un hombre de esa especie, medio teólogo, medio liberal, sin gallardía física ni calidades que le hicieran popular, lleno de rarezas y extravagancias, avariento y de mal corazón, cobarde y receloso, pudiera elevarse a la dictadura de un país y disponer de sus habitantes según los antojos de su caprichosa voluntad. El despotismo del doctor Francia sobre el Paraguay duró veintiséis años y es uno de los hechos más extraños y desconsoladores de la historia, porque demuestra que no hay tiranía ni opresión que no estén dispuestos a tolerar algunos pueblos, en ciertos períodos de su vida.

El siniestro dómine a quien las circunstancias habían puesto al frente del Paraguay, como un siglo antes lo estuvieron las misiones jesuíticas, arregló la administración y el ejército a su arbitrio, se arrogó el derecho de nombrar los canónigos y de prohibir o declarar nulos los matrimonios que él no autorizase, y en suma, reunió en sus manos los poderes civil, eclesiástico y militar, y se inmiscuyó cuanto pudo en la vida privada de los ciudadanos, fomentando la delación. Varios españoles pagaron con la muerte el haber censurado sus actos en conversaciones particulares; y las sospechas más o menos fundadas de conspiración sirvieron al Dr. Francia de pretexto para encarcelar a todos aquellos de quienes recelaba. En 1820 supo, por intermedio de un sacerdote, que se urdía un movimiento para lanzarle del poder, e inmediatamente hizo prender a los hermanos Yegros, a los Aristegui, Montiel, Valdovinos y otros a los que tuvo más de un año en la cárcel, sin resolver nada respecto de su futura suerte. En 1821 supo o fingió descubrir que los presos estaban en inteligencia con el caudillo entrerriano Ramírez, y entonces, después de atormentarles cruelmente para arrancarles confesiones que en modo alguno querían prestar, los condenó a muerte dando por probado que trataban de asesinarle para colocar el país bajo la dependencia de Buenos Aires. El día 17 de julio de 1821 empezaron los fusilamientos por los ciudadanos más significados, muriendo ocho, e igual número hasta el día 24 inclusive, siendo fusilados otros cuatro reos el día 25, de modo que el número total de ejecutados fué 68. Aun quedaron en las prisiones muchos infortunados, en su mayor parte inocentes, figurando entre ellos 300 españoles, incluso el ex gobernador Velasco, que murió en la prisión; el mismo obispo no se libró de la cárcel, aunque tardó poco en salir de ella. Después de sufrir grandes vejaciones y malos tratamientos durante diez y ocho meses, fueron puestos los españoles presos en libertad, mediante la multa de 150 mil pesos (22 de enero de 1823). A los pocos meses, habiendo embargado el gobernador de Santa Fe, Estanislao López, un cargamento de armas destinado a la Asunción, tomó el Dr. Francia crueles represalias, encarcelando a todos los santafecinos que residían en la capital. Varios de estos desgraciados murieron en la prisión y los sobrevivientes no recobraron su libertad sino después de muerto el dictador, esto es, al cabo de diez y ocho años.

Internación del oriental Artigas. Se prohibe a los extranjeros salir del Paraguay. Misantropía sanguinaria del dictador. Su política de aislamiento. — El caudillo oriental Artigas se había refugiado en el Paraguay en 1820 y quería conferenciar con el Dr. Francia a fin de recabar su apoyo. El dictador no consintió en verle y después de tenerle preso algunos días le hizo internar en las selvas cuidadosamente vigilado y le señaló un lote de tierra para que lo cultivara. Ya no volvió Artigas a salir del país, en que permaneció cerca de treinta años; pues aunque sobrevivió al dictador, su edad era ya tan avanzada que no podía pensar en viaje alguno. Todo extranjero era considerado en principio como un espía y el que entraba en el Paraguay ya no volvía a salir de allí. El doctor Francia, como dice un historiador, era un misántropo sanguinario a quien su astucia permitió convertirse en déspota; fusilaba y ahorcaba sin formación de causa, no tenía qué envidiar al autócrata de Rusia, ni a los sultanes de Oriente; hacía martirizar a los presos, fusilaba por el menor descuido a sus criados; habiéndose casado una hermana suya sin su permiso, hizo fusilar a su cuñado y al cura que bendijo el matrimonio; cuando salía por las calles, todo el mundo se retiraba y al que no lo hacía con rapidez le mandaba acuchillar; quería desiertas las calles por donde pasaba, pues vivía bajo el continuo temor de ser objeto de un atentado. Bajo su dominación, los habitantes del Paraguay, así nacionales como extranjeros, tenían menos garantías que los de un territorio bárbaro del centro de África.

Si la política interior del doctor Francia consistió en un despotismo nimio, caprichoso y extremadamente cruel, su política exterior, si este nombre merece, fué de aislamiento absoluto. Interrumpió las relaciones diplomáticas e hizo cuanto pudo para abolir el comercio exterior. Su manía era que el Paraguay debía bastarse a sí mismo en todo y para todo, como si no existiera el resto de la humanidad. Hasta 1826 dió, aunque de tarde en tarde, permiso a uno que otro bergantín para que expidiese mercaderías al Brasil o a Corrientes; pero desde esa época prohibió en absoluto el comercio con los brasileños. Consecuencia de esta prohibición fué la pérdida de grandes cantidades de frutos y la desvalorización de los productos del país, faltos de mercados, lo que privó de aliciente a los hombres la-

boriosos. Más adelante la miseria creció de tal modo que el Dr. Francia creyó necesario abrir dos mercados para el exterior; el de Itapúa y el de Villa del Pilar; pero sometiendo a los comerciantes a su inspección personal, tan lenta, caprichosa y prolija, que hacía casi ilusorio el permiso. El comerciante necesitaba entregar al receptor una factura detallada de cuanto traía; ésta se enviaba al dictador para que señalase los aforos, sin otra tarifa que su voluntad, y mientras no resolvía quedaba suspendida toda transacción. Había prohibido las ventas en metálico, porque no quería que saliese numerario del país, de modo que se había retrocedido hasta la permuta prehistórica de productos por productos. Además trató de convertir el comercio en función del Estado, creando almacenes nacionales.

El naturalista francés Bompland, que había ido al Paraguay a estudiar la fauna y flora y no sospechaba el régimen ultra chinesco del dictador, quedó confinado en el pueblo de Santa María hasta que, al cabo de ocho años, obtuvo por casualidad permiso para salir. Peor suerte cupo al comerciante Escofiers, que trató de huir dos veces : la primera fué duramente castigado; en la segunda se internó en el Chaco sufriendo las mayores privaciones, pero fué detenido y Francia le hizo matar. A las excitaciones que la Argentina, Bolivia, el Brasil y Colombia le dirigían para que renunciase a su funesto sistema de aislamiento, respondía que el Paraguay se encontraba muy bien así y no quería cambiar de sistema.

Para contener las incursiones de los indios estableció una línea de fortines en las riberas de los principales ríos. Quiso reformar la ciudad de la Asunción; pero los trabajos se limitaron casi al derribo de multitud de casas, siendo pocos los propietarios que obtuvieron indemnización. Los descubiertos del erario los pagaban por lo común los residentes extranjeros, sobre todo los españoles, a quienes profesaba odio inextinguible. En los últimos años de la dictadura se presentó en el ganado la plaga de la garrapata, y el Dr. Francia no encontró mejor medio de atajar el mal que ordenar la muerte de los animales más atacados; orden que, cumplida con barbarie y prestándose a venganzas y abusos, ocasionó la destrucción de la mayor parte de la ganadería.

La mansedumbre con que la gran masa de la población del Paraguay soportó la dictadura del Dr. Francia es un hecho

tanto más asombroso cuanto que se trata de hombres que han demostrado un valor a toda prueba en sus guerras con otros países.

Muerte del doctor Francia. Junta provisoria de gobierno. Es derribada. Convocatoria de la Asamblea. Funciona un solo día, estableciendo el gobierno consular. — El Dr. Francia murió de muerte natural el 20 de septiembre de 1840, a la edad de 74 años. Convienen los historiadores en que su muerte fué muy sentida; « en sus exequias fúnebres — dice Estévanez — lloraban las mujeres y aun los hombres, tal vez temerosos de que resucitara. El cura encargado de su panegírico lo comparó a Julio César y a Octavio Augusto. »

Los jefes de la guarnición convocaron al cabildo y se formó una junta provisoria de gobierno, presidida por el àlcalde don Manuel A. Ortiz y en que figuraban como vocales los comandantes Cañete, Pereira, Maldonado y Arroyo. Esta junta nombró su primer secretario a D. Policarpo Patiño, al que se juzgaba instigador de muchas de las crueldades del Dr. Francia. Parecía, pues, que iba a continuar el mismo sistema de opresión, mas a los pocos días (30 de septiembre) la misma junta destituyó a Patiño, encerrándole en la cárcel, donde se ahorcó al día siguiente.

Se dió libertad a muchos presos y se dispuso que otros fueran tratados con más humanidad; mas nada se hizo para reunir el Congreso nacional que reclamaba la opinión pública, a fin de dar base legítima al gobierno. El 22 de enero de 1841 los nuevos jefes de los cuarteles disolvieron la Junta, poniendo presos a sus miembros y al asesor privado Zalduondo, y organizaron otra, presidida por el alcalde D. Juan J. Medina, con el exclusivo objeto de hacer la convocatoria del Congreso. Se fijó el 19 de abril para la elección de una asamblea nacional de 500 diputados; pero el plazo pareció largo a los impacientes y el 9 de febrero hubo un nuevo golpe de Estado y subió al poder, con el título de comandante general de armas, el subteniente D. Mariano H. Alonso, asistido por Don Carlos Antonio López como secretario, para el despacho de los asuntos más urgentes. La Asamblea fué convocada para el 12 de marzo y en esa fecha se reunió, disolviéndose al día siguiente. Acordó restablecer

por tres años el gobierno consular y nombró primer cónsul a López y segundo a Alonso. También dispuso la reorganización del cabildo y la renovación periódica de los funcionarios « para que todos los ciudadanos pudiesen obtener los cargos públicos ».

Política reformista del Consulado. Congreso extraordinario. Asamblea constituyente de 1844. — Los nuevos cónsules dictaron algunas disposiciones favorables al comercio exterior, y al fomento de la agricultura, restablecieron los estudios superiores, reformaron la administración, dieron libertad a la mayor parte de los presos que aun quedaban, declararon la libertad de vientre de los esclavos a partir de 1º de enero de 1843 y adoptaron otras medidas exigidas por la opinión ilustrada. Con objeto de resolver otras cuestiones importantes, convocaron un Congreso extraordinario de 400 diputados, que se reunió el 25 de noviembre de 1842 y en pocas horas aprobó todos los actos del gobierno consular y le concedió facultades extraordinarias hasta la reunión de otro Congreso. Ratificó también el mismo día por acta solemne la independencia del Paraguay, a los efectos del reconocimiento que debía pedirse a los demás países, y acordó los detalles relativos al pabellón, sello y escudo nacionales. Todo esto, como es de suponer, venía preparado con antelación, de modo que el Congreso carecía de verdadera iniciativa y no era más que una fórmula.

Terminaron los cónsules su período de tres años sin haber abusado de sus poderes, aunque sin establecer tampoco cambios sustanciales en el antiguo sistema. El 13 de marzo de 1844 se reunió otra asamblea de 300 diputados que, después de aprobar la gestión de los cónsules, recibió de ellos un proyecto de Constitución en que se establecía los tres poderes : legislativo, ejecutivo y judicial. El primero residiría en un Congreso de 200 diputados, reunido cada cinco años; el segundo lo ejercería un presidente nombrado por diez años, y el tercero lo formarían los jueces y tribunales instituídos en 1842.

Presidencia de D. Carlos Antonio López. El Paraguay entra en la política internacional. Hostilidades con la República Argentina. Terminan al caer Rosas. — Sin discusión alguna sancionó la Asamblea este proyecto cons-

titucional y al siguiente día eligió presidente de la República a don Carlos Antonio López, dando con ello por terminada su misión.

El Paraguay fué reconocido por varias potencias europeas y americanas; pero el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel Rosas, encargado de la política exterior argentina, declaró que el Paraguay debía ser una provincia de aquella confederación; protestó contra las cancillerías que habían reconocido su independencia y dió dos decretos en que se prohibía el comercio con el Paraguay. Entonces el presidente López celebró alianza con el Brasil y Corrientes, y el 4 de diciembre de 1845 declaró la guerra a la Confederación Argentina y comenzó las hostilidades, enviando tropas para auxiliar a los correntinos contra el gobernador de Buenos Aires. La falta de acuerdo entre los aliados malogró esta expedición; Rosas amenazó a su vez al Paraguay, pero todo se redujo a preparativos y amenazas, aunque la hostilidad latente duró varios años.

En 1845 se publicó *El Paraguayo Independiente*, primer periódico que veía la luz en el país. El 30 de mayo de 1849 se reunió un nuevo Congreso, que apenas hizo sino aprobar los actos del presidente. Hubo diferencias con el Brasil con motivo de la demarcación de límites, y en cambio, a la caída de Rosas, se entablaron con la Argentina relaciones cordiales, suscribiéndose el 15 de julio de 1852 un tratado de navegación y límites a que siguió, dos días más tarde, el solemne reconocimiento de la independencia.

Misión diplomática de Solano López. Diferencias graves con el Brasil. Reelección de Carlos A. López. Organización militar del Paraguay. — Para canjear los tratados de amistad, comercio y navegación que varias naciones europeas y los Estados Unidos habían celebrado con el Paraguay, se mandó a Europa como plenipotenciario al doctor y general don Francisco Solano López, hijo del presidente. Era un joven instruído y valeroso, que participaba en cierta medida del error de creer conveniente para su país un despotismo paternal y moderado; pero que a la vez profesaba ideales caballerescos y soñaba para su patria un porvenir de grandezas militares.

Con motivo de reclamaciones por daños y perjuicios al súbdito norteamericano Hopkins, cónsul en la Asunción, surgieron

incidentes graves, que estuvieron a punto de ocasionar una guerra con los Estados Unidos. La mediación del presidente de la Confederación Argentina, general Urquiza, puso término satisfactorio a este conflicto.

Disipado este peligro de guerra tardó poco en surgir otro más inminente, motivado por las diferencias con el Brasil. El 12 de agosto de 1853 había sido expulsado de la Asunción el ministro de este imperio, señor Pereira Leal. Su gobierno guardó al principio silencio sobre este incidente; pero más tarde levantó ejércitos en las fronteras y envió como delegado a la Asunción al señor Ferreira de Oliveira, apoyado por una escuadra, que se detuvo en Corrientes. Bajo estos amenazadores auspicios se abrieron nuevas negociaciones, terminadas por los tratados de 6 y 7 de abril de 1856 que aplazaron por seis años el arreglo de la cuestión de límites. Un tratado análogo se pactó con la Argentina el 29 de julio. Por fin, hubo dificultades con Francia, la Santa Sede e Inglaterra, las que se fueron orillando más o menos satisfactoriamente.

El 14 de marzo de 1854 había sido reelegido López por el período legal, que él redujo a tres años; pero al cumplirse, permitió que le reeligieran por otros diez, limitó a 100 el número de los diputados y recabó autorización para designar por sí al vicepresidente en los casos necesarios. Con esto, el gobierno, republicano de nombre, se hacía monárquico de hecho, propendiendo a la forma dinástica y hereditaria; pues para nadie era un secreto que al doctor López le sucedería en la presidencia su hijo.

La constante preocupación de la guerra con el Brasil hizo que se atendiese muy especialmente a la organización del ejército, creándose arsenales, fábricas de pólvora y balas, fundiciones de hierro y algunos buques de guerra. Además se cultivó algo la política internacional, y en este concepto fué un triunfo diplomático la mediación del Paraguay para que la provincia de Buenos Aires reingresara en 1859 en la Confederación Argentina.

El presidente don Carlos Antonio López falleció el 10 de septiembre de 1862, designando para sucederle, mientras el Congreso hiciera elección legal, a su hijo D. Francisco Solano López. En esta época la población del Paraguay se calculaba en un millón doscientos mil habitantes, con próspero comercio y buena preparación militar.

XXVI.

EL IMPERIO DEL BRASIL HASTA 1863.

Consejo de regencia, durante la menor edad de Pedro II. Sediciones militares. Reforma de la Constitución. Insurrección de Río Grande del Sur. — Mayoría de edad del emperador. Su matrimonio. Tráfico de esclavos. Revolución en Pernambuco. Incrementos territoriales del Brasil. — El Brasil entra en la coalición contra Rosas. Sus relaciones con los gobiernos de la Confederación y de Buenos Aires. Cuestiones con el Paraguay.

Consejo de regencia, durante la menor edad de Pedro II. Sediciones militares. Reforma de la Constitución. Insurrección de Río Grande del Sur. — En el lugar correspondiente se dijo que el emperador don Pedro I abdicó la corona del Brasil en 7 de abril de 1831 a favor de su hijo don Pedro II, que no tenía a la sazón sino cinco años y cuatro meses de edad. Seis días después embarcóse para Europa el ex soberano, quedando establecido un consejo de regencia para gobernar el reino en nombre del nuevo monarca.

No tardaron en producirse movimientos sediciosos, promovidos, ya por los republicanos, ya por otros elementos que aspiraban a tener parte en la regencia. Hubo sediciones militares en Río Janeiro (14 y 15 de julio de 1831), en Pará (7 de agosto), en la provincia de Marañón (13 de septiembre), en Pernambuco, donde se vertió mucha sangre (14 al 16 de septiembre), en Río Negro, Arrecife y en otros puntos, pidiendo varios de los sublevados la restauración de don Pedro I. Al fin fueron calmándose los ánimos, gracias sobre todo a la energía inquebrantable de que dió muestras el gobierno; pero en ciertos puntos del interior los sublevados promovieron insurrecciones que no terminaron hasta tres años después. Tampoco faltaron conatos separatistas en Río Negro y en varias comarcas del sur. Considerándose responsable de estas agitaciones al ex emperador, se presentó un proyecto de ley para desterrarle perpetuamente

del Brasil, o mejor dicho, para prohibirle la entrada en el país, y la Cámara de diputados lo aprobó, pero fué rechazado por el Senado.

El 12 de agosto de 1834 se reformó la constitución y esto dió margen a nuevos disturbios de los descontentos. Don Pedro I, duque de Braganza, murió en Portugal el 24 de septiembre del mismo año, mas no por esto concluyeron los motines, sino que cambiaron sus tendencias. Hasta entonces se había temido por los patriotas brasileños que se volviera de un modo capcioso a la reincorporación del Brasil a la corona portuguesa; en adelante hubo de temerse la separación de provincias importantes. Tal fué el propósito de los iniciadores de la revolución de Río Grande del Sur, que empezó a fines de septiembre de 1835 y duró nada menos que diez años; alentada secretamente por el Uruguay, el Paraguay y algo también por la República Argentina. Los rebeldes derrotaron muchas veces a las tropas del gobierno; pero éste no se dió jamás por vencido, aunque hubo momentos en que el triunfo de los insurrectos parecía inevitable, y desde 1841 empezó a declinar la rebelión, siendo al fin extinguida gradualmente en las provincias de Santa Catalina, San Pablo, Minas y Río Grande, merced a la tenaz insistencia de las tropas legales y a oportunas amnistías otorgadas por el gobierno. En esta porfiada lucha se distinguió mucho el coronel Luis Alves de Lima, que batió a los rebeldes de las provincias sublevadas y llegó a ser mariscal y duque de Caxias.

Mayoría de edad del emperador. Su matrimonio. Tráfico de esclavos. Revolución en Pernambuco. Incrementos territoriales del Brasil. — El 23 de julio de 1840 fué proclamada la mayoría de edad del emperador don Pedro II, que prestó juramento en el palacio del Senado, formó al siguiente día su primer ministerio y decretó una amnistía general, que fué aceptada por los insurrectos de varias provincias, mas no por los riograndenses. Siguieron, pues, los desórdenes en varias provincias, siendo pacificadas las de San Pablo y Minas en agosto de 1842. En marzo del año siguiente la princesa brasileña doña Francisca, hermana del emperador, contrajo matrimonio con el príncipe de Joinville, de la casa de Orleans, y el 30 de mayo el emperador don Pedro II, que aun no contaba 18 años, se casó por poderes

con la princesa doña Teresa Cristina, hermana del rey de las Dos Sicilias y que desembarcó en Río Janeiro el 4 de septiembre. El primer hijo de este matrimonio nació el 23 de febrero de 1845 y pocos días después quedaba terminada la insurrección de Río Grande del Sur, entregando los rebeldes sus armas, bajo garantía de no ser inquietados. Esa rebelión de diez años había puesto en gravísimo peligro la integridad del Brasil.

Como en este imperio alcanzaba grandes proporciones la introducción de esclavos africanos, hubo dificultades con el gobierno inglés, que había obtenido del parlamento autorización para juzgar y castigar como piratas a los navíos y súbditos brasileños que se consagrasen a tan inhumano tráfico. El Brasil protestó contra esa ley, debida a lord Aberdeen, en un manifiesto fechado en 22 de octubre de 1845.

Murió el príncipe imperial don Alfonso antes de cumplir dos años y medio, y la misma triste suerte tuvo tres años después el nuevo heredero de la corona, príncipe don Pedro, quedando el emperador sin sucesión masculina.

La designación de senadores por la corona en ciertas provincias produjo serios rozamientos entre el Gobierno y el Senado, que rechazó varias veces la lista imperial. Esto dió lugar a una revolución que estalló en Pernambuco el 7 de noviembre de 1848 y que no fué dominada hasta 1850. En este año fué elevada a la categoría de provincia la comarça de Amazonas, y al siguiente se declaró abolido el tráfico de esclavos en el Brasil, para evitar conflictos con Inglaterra; aunque la esclavitud duró todavía cerca de otros cuarenta años.

Durante todo este período, a pesar de sus dificultades internas, el Brasil había ido extendiendo su ya enorme territorio, a expensas de Bolivia, Perú, el Ecuador, Colombia, Venezuela y el Paraguay, merced a la extraordinaria habilidad con que planteaba y negociaba las cuestiones de límites. En cuanto al Uruguay había ido dejando en manos del Brasil las provincias de Santa Catalina y Río Grande, desde la anexión de 1820, y después de la independencia perdió todavía ricas y extensas comarcas, quedando al fin reducido a una superficie de menos de 190 mil kilómetros cuadrados. El Brasil consiguió esos ensanches de terreno sin entablar guerras, merced a gestiones diplomáticas y a litigios sobre fijación de fronteras, en que probó gran habilidad y maestría.

El Brasil entra en la coalición contra Rosas. Sus relaciones con los gobiernos de la Confederación y de Buenos Aires. Cuestiones con el Paraguay. — En 1851 hizo el Brasil alianza con el gobierno de Montevideo y con el general Urquiza para combatir al gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas. Al efecto hizo marchar al general conde de Caxías, con un ejército de 20 mil hombres, desde Río Grande del Sur a la República Oriental. El 17 de diciembre una escuadrilla brasileña forzó el paso del Tonelero, después de un reñido combate. Por fin, la división brasileña mandada por el brigadier don Manuel Márquez de Souza, más tarde barón de Porto Alegre, contribuyó mucho a la victoria que alcanzaron los aliados en los campos de Caseros contra el ejército de Rosas, el 3 de febrero de 1852.

El Brasil mantuvo cordiales relaciones con el gobierno de la Confederación Argentina, presidido por el general Urquiza, y también con el gobierno de la provincia de Buenos Aires, separado de aquél por las razones que en otro lugar hemos expuesto. La política brasileña fué de neutralidad, pero se inclinó algo en favor de la provincia de Buenos Aires, no sólo porque había mantenido estrechas relaciones con los unitarios en la época de Rosas, sino porque nada podía perder y en cambio podía ganar mucho si la división entre aquella provincia y la Confederación llegaba a ser definitiva. También intervino en 1854 el gobierno brasileño en la República Oriental para restablecer la paz, turbada por la insurrección de los blancos contra el coronel Venancio Flores.

Con el Paraguay, las relaciones se hicieron muy tirantes desde 1853, llegándose al extremo de ser expulsado de la Asunción el plenipotenciario brasileño. El fondo de la divergencia era, como siempre, la cuestión de límites territoriales. Sin embargo, el Brasil fué aplazando la resolución del conflicto teniendo en cuenta la gravedad de la lucha y la dudosa actitud de las naciones vecinas. Trató, pues, de irse conciliando poco a poco la benevolencia de éstas y mientras maduraba sus planes entabló negociaciones pacíficas con el Paraguay, firmando en 1856 y 1858 con su plenipotenciario don Francisco Solano López un convenio sobre comercio y navegación fluvial.

Habiendo naufragado en la costa de Albardón (Río Grande del Sur), en marzo de 1861, la barca inglesa *Príncipe de Gales*,

casi toda la carga fué robada por algunos malhechores, que se pusieron a salvo con su botín, traspasando la frontera. Esto dió lugar a reclamaciones del gobierno inglés, y mientras se deliberaba sobre ellas, se precipitó injusta y violentamente, haciendo apresar varias embarcaciones brasileñas, a modo de prenda pretoria. La cuestión se sometió al arbitraje del rey Leopoldo de Bélgica, declarando el gobierno brasileño que estaba dispuesto a pagar previamente, bajo protesta de violencia, la enorme indemnización que Inglaterra exigía por el cargamento del *Príncipe de Gales*. La Cámara de diputados visitó en corporación a don Pedro II para hacerle patente, en nombre de la nación, su gratitud por el patriotismo de que dió muestras con motivo de este lamentable incidente.

En esta época (año 1863), el Brasil había consolidado ya su situación interior y lejos de temer desmembraciones, motivadas por guerras civiles, preparábase a nuevas adquisiciones territoriales, evitando, siempre que fuera posible, la lucha armada. La única preocupación seria desde ese punto de vista para los estadistas brasileños era la actitud del Paraguay, que, aunque de población y recursos mucho menores, disponía de elementos no despreciables. Por lo demás, el Brasil continuaba siendo la única nación del continente americano que aceptaba la monarquía como forma de gobierno; el régimen imperial, establecido el 12 de octubre de 1822, había tomado arraigo, gracias principalmente a la discreción política y excelentes cualidades personales de don Pedro II, y aunque eran muchos los partidarios de la forma republicana, aplazaban el triunfo de sus ideales para no promover la división de su país, que abarcaba cerca de la mitad del continente sudamericano.

XXVII.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA.

Guerra de separación, precipitada por los esclavistas. Establecen un gobierno independiente, bajo la presidencia de Jéfferson Davis. Tentativas conciliadoras de Lincoln. Ruptura de las hostilidades. — Crítica situación del gobierno federal. Primeras medidas. Triunfos de los sudistas en Bull's Run y Rig-Bethel. Mac-Clellan es nombrado general en jefe. — Victorias de los federales en Virginia. Perspectivas favorables en el oeste. Éxitos de Grant y Bluter. Toma de Nueva Orleáns y de Norfolk. — Descalabros de Mac-Clellan. Los sudistas amenazan la capital. — Batalla de Hagers-Town. — Proclama de Lincoln, declarando abolida para siempre la esclavitud. Irritación que produjo a los confederados. Sus actos de crueldad. Mensaje de 1° de Enero de 1863. Destitución de Mac-Clellan. Triunfo del general Meade en Gettysburg. — Grant toma la ofensiva. Ventajas de los federales en varios puntos. Su derrota en Chickamanga. Complicaciones diplomáticas. La guerra toma un aspecto decididamente favorable a los abolicionistas. — Ulises Grant es nombrado general en jefe de todos los ejércitos del Norte. Da unidad a las operaciones militares. Sus triunfos contra Lee. — Sitio de Petersburg. Importancia decisiva de esta operación militar. Devastación de la Georgia. Triunfos navales de Farragut. — Reelección de Lincoln para la presidencia. Nuevas ventajas de los federales. Toma de Petersburg y Richmond. Conclusión de la guerra. Asesinato de Lincoln. — Presidencia de Johnson. Prisión de Jéfferson Davis. Costo de la guerra. Cuestiones de Santo Domingo y Méjico. Los fenianos. — Nuevo Congreso. Política conciliadora del presidente. Se pone en pugna con las Cámaras. Negociaciones con Francia. Incorporación de la América rusa. Luchas con los indios del Oeste. — Presidencia del general Grant. Agitación en el Sur. Se obtiene una indemnización de Inglaterra. Cuestión de Cuba. Las reservas de indios. Los mormones. — Reelección de Grant. Conflicto con España por el apresamiento del *Virginius*. Se acepta el arbitraje. Exposición Universal en Filadelfia. Situación de los Estados Unidos en 1876. — Presidencia de Hayes. Fin de la guerra hispano-cubana. Elección de Gárfield. Muere asesinado y le sucede Arthur. Administraciones de Cleveland y Harrisson. — Movimiento separatista en Cuba. Su influencia en la opinión norteamericana. El imperialismo. Cuestión con la Gran Bretaña. — Amenazas a España. Lucha presidencial. Victoria del republicano Mac-Kinley. Su política en la cuestión cubana. — Voladura del buque de guerra *Maine*. Se vota la intervención en Cuba. Declaración de guerra con España. — Principales episodios de la guerra. Destrucción de los buques españoles. Rendición de Santiago de Cuba. Armisticio. Tratado de París; ventajas obtenidas por los Estados Unidos. — Reelección de Mac-Kinley. Muere asesinado. Sube a la presidencia Teodoro Róosevelt. Su política imperialista. Cuestiones de Venezuela y Panamá. Independencia de este estado; sus antecedentes. Ree-

lección de Róosevelt; su actitud contra los Trusts. — Presidencia de William Taft; fomenta la guerra civil en Méjico. Mr. Woodrow Wilson, presidente de 1913 a 1917, es reelegido para un nuevo período. Su actitud en la cuestión mejicana. — Mr. Wilson y la guerra europea; sus notas a Alemania y a los beligerantes. Se presenta como el campeón de la paz. Estado actual del país.

Guerra de separación, precipitada por los esclavistas. Establecen un gobierno independiente, bajo la presidencia de Jéfferson Davis. Tentativas conciliadoras de Lincoln. Ruptura de las hostilidades. — La elección del abolicionista Abraham Lincoln para la presidencia de la República decidió la guerra civil. Los esclavistas de los estados del Sur no quisieron esperar siquiera la toma de posesión del nuevo presidente, que, sin embargo, tenía propósitos conciliadores y pensaba someter a las Cámaras un proyecto según el cual se iría aboliendo gradualmente la esclavitud en un término de 40 años, que acabaría en 1901. Pero los esclavistas, protegidos por la administración anterior, se habían hecho dueños de los puestos más importantes, poseían grandes armamentos y se venían preparando a la lucha con esperanzas de éxito, que casi equivalían a seguridades. No quisieron, pues, entablar negociaciones con los que miraban como irreconciliables enemigos; acallaron los conatos de oposición que se dejaban sentir en Nueva Orleáns y en otros puntos y resolvieron separarse de la Unión Americana.

El 20 de diciembre de 1860 dió el grito insurreccional la Carolina del Sud, cuyo ejemplo fué seguido por los estados de Georgia, Alabama, Florida, Misisipí, Luisiana y Tejas. El 4 de febrero de 1861, un mes antes de que Lincoln tomara posesión de la presidencia de la República, organizaron los separatistas su gobierno en Montgomery, con el nombre de *Estados Confederados de América*, nombrando presidente a Jéfferson Davis. que había sido ministro de la guerra en la última administración.

El presidente legítimo, Abraham Lincoln, hubo de modificar su itinerario para no ser víctima de unos conjurados que trataban de asesinarle durante su viaje a Wáshington. Al tomar posesión de su alta magistratura, declaró que no abrigaba el propósito de tocar la institución de la esclavitud en los estados donde existía, por no considerarse legalmente autorizado para ello. Negó después en absoluto a los insurrectos del sur el de-

recho de separación y terminó diciendo : « En vuestras manos, ciudadanos descontentos, y no en las mías, se halla la terrible cuestión de la guerra civil. El gobierno no os atacará y no tendréis que sostener ninguna lucha, a menos que vosotros seáis los agresores. » Este discurso, como se ve, era una tentativa de conciliación, que reforzó el presidente dando puestos en el gobierno a hombres de opiniones templadas. Pero los sudistas tenían hechos demasiados preparativos para renunciar a su empresa; no les bastaba que se aplazara la cuestión de la esclavitud, sino que pensaban extenderla y esto no lo podían conseguir sino creando una república independiente e invasora ; que habría tratado de extenderse por el centro, oeste y sur, tomando a Méjico nuevas provincias e intentando la conquista de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico.

Los estados del Norte poseían poco ejército y se limitaron durante algún tiempo a la expectativa. Los sudistas reclamaron la posesión de la fortaleza de Sumter, y habiéndose negado el gobierno a esta exigencia manifestaron (8 de abril de 1861) que consideraban esa actitud como una declaración de guerra y que levantaban el guante que se les acababa de arrojar. El 12 de abril el general esclavista Beauregard rompió el fuego contra el fuerte Sumter, que capituló a los dos días, y esto fué celebrado en el sur con salvas de artillería e iluminaciones, como si fuese una victoria contra el extranjero. Entonces la indignación en el Norte fué inmensa; Lincoln publicó el 15 de abril una proclama convocando el Congreso para el 4 de julio y llamando a las armas 75 mil hombres; pero los estados del norte y el oeste ofrecieron un contingente más que doble y una suscripción produjo en pocos días más de 20 millones de dólares. En cambio, el estado de Virginia se unió a los confederados, proporcionándoles cuantiosos recursos, entre ellos los talleres de construcción de Gospart y los arsenales de Norfolk y Harper's Ferry.

Crítica situación del gobierno federal. Primeras medidas. Triunfos de los sudistas en Bull's Run y Rig-Bethel. Mac-Clellan es nombrado general en jefe. — La situación del gobierno era muy crítica ; muchos jefes y oficiales se pasaban a los confederados, distinguiéndose entre esos desertores el coronel Lee, ex jefe de Estado Mayor du-

rante la campaña de Méjico y hombre de grandes talentos militares. La capital, casi desguarnecida, peligraba; pero la salvó el abogado de Boston, Benjamín Butler, que al mando de dos regimientos de milicias, se apoderó de muchos buques, desembarcó en Annópolis y llegó a Wáshington. Por su parte, el general Scott hizo custodiar y reparar los ferrocarriles, con las milicias de Pensilvania, con lo que la capital federal quedó al abrigo de todo ataque.

El general Scott, después de lograr este importante resultado, se dedicó a organizar el ejército; pero la opinión pública censuró su inacción, pues se quería que atacase desde luego a Richmond donde el Congreso de los confederados se debía reunir a fines de julio y que sólo dista 30 leguas de Wáshington. Creía Scott lo más acertado esperar al otoño, en que sus tropas, inexpertas aún, podrían afrontar con más probabilidades aquella difícil marcha ofensiva; pero no sólo los periódicos criticaban su apatía, sino que el mismo gobierno le ordenó abrir las operaciones y Scott hubo de dar contra su convicción la orden de ataque.

El 21 de julio el general Mac-Dowell acometió a las fuerzas sudistas de Beauregard, parapetado en las escarpadas montañas Azules sobre el *Bull's Run* (torrente del Toro). Después de muchas horas de combate los federales fueron rechazados y multitud de fugitivos llevaron la alarma a Wáshington. Los vencedores no intentaron ningún movimiento sobre esta ciudad, porque habían sufrido también graves pérdidas. Scott acampó en las posiciones que ocupaba un mes antes y pidió con urgencia refuerzos. Otro fracaso sufrido por Butler en *Rig-Bethel* llevó al colmo la agitación de los antiesclavistas y de todas partes acudieron voluntarios, a los que se encargó de organizar el general Mac-Clellan, que había obtenido algunas ventajas contra los rebeldes de Virginia. Este jefe mostró gran severidad en la aplicación de la ordenanza y no tardó en levantar la moral de las tropas. Aun hubo otro encuentro desfavorable para los federales en *Edward's Ferry*, siendo derrotado un regimiento mandado por el coronel Baker, el cual quedó muerto en la acción con muchos de los suyos (22 de octubre). Entonces el general Scott presentó su renuncia y Mac-Clellan fué nombrado, en su reemplazo, general en jefe del ejército del Potomac.

Victoria de los federales en Virginia. Perspectivas favorables en el oeste. Éxitos de Grant y Butler. Toma de Nueva Orleáns y de Norfolk. — Mientras tanto los federales obtenían ventajas en la Virginia occidental, donde triunfaban sus generales Rosencranz y Schæpf. La navegación del Missouri quedó asegurada; el general Grant rindió el fuerte *Mac Henry* (6 de febrero 1862) y luego el *Donelson,* donde se entregaron 13 mil hombres (15 de febrero), tomando a los pocos días la ciudad de Nashville, capital del estado de Tennesee. El general confederado Beauregard marchó entonces al valle de Misisipí al frente de 60 mil hombres para contrarrestar las ventajas del enemigo.

De todos modos, el año 1862 se presentaba con perspectivas más favorables para la causa del Norte. El general Burnside destruyó con una flotilla otra de los confederados, les tomó la isla de Roanoke y las ciudades de Elisabeth y Edentor, y con esto quedaron en poder de los federales todos los ríos navegables de la Carolina del Norte. Por fin, el 15 de marzo tomó por asalto a Newbern, apoderándose de mucha artillería y de cinco buques de guerra y dificultando las comunicaciones de los insurrectos de la Carolina con el gobierno de Richmond.

Al mismo tiempo Mac-Clellan inició sus operaciones contra los confederados, que se replegaban hacia el sud. Desde Wáshington se embarcó para Monroe y luego remontó el York, pero los confederados se habían fortificado sólidamente en York-Town y no tuvo Mac-Clellan más remedio que poner sitio a esta plaza, suspendiendo su marcha sobre Richmond. Los confederados le detuvieron así cerca de un mes y después evacuaron York-Town, logrado ya su objeto de completar las obras defensivas de Richmond y de tomar otras hábiles disposiciones estratégicas. Se alzó entonces contra Mac-Clellan un clamoreo general, por no haber sabido evitar la hábil retirada de sus enemigos y perdió el mando en jefe del ejército, quedando sólo al frente del de Potomac.

Pero si en el este se presentaba mal la situación, en el oeste seguían triunfando los federales. El general Grant, después de tres días de encarnizada lucha, derrotó en *Pittsburg* (6 a 8 de abril) al general Beauregard, que mandaba 80 mil confederados y que se vió precisado a dejar en descubierto la ciudad de Nueva Orleáns, sitiada ya por la escuadra al mando de Ferragut.

Marchó rápidamente por tierra contra esta plaza el genera Butler y la tomó el 26 de abril, con lo que los sublevados perdieron inmensos recursos y un gran centro de operaciones. La escuadra federal del comodoro Dupont tomó varios fuertes en Georgia y la Florida; pero dos fragatas, el *Cumberland* y el *Congress*, fueron echadas a pique por el acorazado sudista *Merrimac*, cuyas atrevidas empresas estaban causando gran alarma en los puertos del norte. Poco después, sin embargo, una expedición federal, de que formaba parte el presidente Lincoln, tomó a *Norfolk* (9 de mayo) y el comandante de la plaza hizo saltar el *Merrimac* para que no cayera en poder de los federales.

Descalabros de Mac-Clellan. Los sudistas amenazan la capital. Batalla de Hagers-Town. — Estas ventajas fueron compensadas por una serie de descalabros sufridos por el ejército de Mac-Clellan, que sufrió pérdidas enormes. Su vencedor Lee pasó triunfalmente el Potomac, invadió el Maryland, llegando hasta Frederick, y amenazó a la vez a Baltimore y Wáshington. Creyóse inminente el ataque a la capital federal, pero Lee no se decidió a emprenderlo, y por otra parte Mac-Clellan, reuniendo aceleradamente cuantas tropas pudo, alcanzó a los confederados en *Hagers-Town* (17 de septiembre), los derrotó en una gran batalla que le hizo recobrar su decaído crédito y les hizo evacuar el estado de Maryland.

Un año y medio de guerra encarnizada había dividido la población en dos bandos gigantescos e irreconciliables, entre los que no cabía ya conciliación de ninguna especie. Los sudistas mostraban gran inteligencia en sus operaciones militares y disponían de cuantiosos elementos; pero los estados del Norte, que empezaron la guerra con mucha desventaja, no sólo habían resistido el primer choque, sino que iban contado ya con jefes militares de mérito, casi improvisados muchos, pero tenaces y valerosos. Era indudable, además, que tenían de su lado a la mayoría del país, lo que les proporcionaba recursos inagotables, con tal de que no amenguara el entusiasmo abolicionista, y éste era cada día mayor. En uno y otro ejército figuraban como simples soldados hombres de gran posición social, llegando momentos en que podía decirse que todos los ciudadanos, aptos para empuñar un fusil, estaban sobre las armas.

También se contaban los voluntarios extranjeros por millares en ambos ejércitos, sobre todo en el del Sud.

Proclama de Lincoln, declarando abolida para siempre la esclavitud. Irritación que produjo a los confederados. Sus actos de crueldad. Mensaje de 1º de enero de 1863. Destitución de Mac-Clellan. Triunfo del general Meade en Gettysburg. — Cuando la victoria de Mac-Clellan puso a Wáshington al abrigo de un golpe de mano, el presidente Lincoln comprendió que había llegado el momento de las grandes resoluciones. Todas sus tentativas para que los plantadores del Sur consintieran en emancipar sus esclavos mediante indemnización habían fracasado; anunció, pues, en una proclama fechada el 22 de septiembre de 1862, que desde el 1º de enero del año siguiente todas las personas mantenidas en esclavitud en los estados sublevados serían libres para siempre y que el gobierno reconocería y sostendría la libertad de esas personas. Este acto de energía concentró en torno de Lincoln a todos los abolicionistas, dando al Norte una bandera simpática y gloriosa; porque desde aquel momento la guerra contra los sudistas, a más de representar la defensa de la integridad del país, tenía una significación humanitaria de inmensa transcendencia.

En el Sud la proclama de Lincoln produjo una irritación inmensa. No se forjaron los esclavistas ilusiones sobre el tremendo alcance del golpe que les era dirigido; comprendieron que los negros, a quienes se ofrecía la libertad, no desdeñarían tan seductor presente y se alzarían contra sus opresores. En la Luisiana organizaba Butler tres regimientos de hombres de color y en otros puntos se armaba también contra el Sur a los negros de las plantaciones. El congreso de Richmond acusó a Lincoln de enemigo de los derechos sagrados de la propiedad y señaló sus actos a la execración del género humano. Además, el parlamento sudista declaró que desde 1º de enero de 1863 todos los oficiales federales hechos prisioneros serían condenados a trabajos forzados, hasta la terminación de la guerra, y todos los que mandasen milicias de negros serían fusilados sin formación de causa; dando plenos poderes al gobierno de Jéfferson Davis « para que tomase todas las medidas de venganza necesarias para enfrenar las atrocidades de los nordistas ». La guerra

tomaba, pues, un carácter de barbarie y ferocidad, que se manifestó principalmente en actos de crueldad de los confederados; muchos negros prisioneros, o simplemente sospechosos de querer alzarse contra sus opresores, fueron sacrificados y hubo damas sudistas que, olvidando los delicados sentimientos de su sexo, se entretuvieron en tejer una cuerda « para ahorcar a la bestia Butler », como llamaban al general abolicionista que operaba en la Luisiana y que era particularmente aborrecido por los plantadores.

El presidente Lincoln dió el 1° de enero de 1863 el mensaje en que declaraba libres para siempre a los esclavos de Arkansas, Tejas, Florida, Luisiana, Misisipí, Alabama, Georgia, Carolina del Sud, Carolina del Norte y Virginia, exceptuándose el Tennesee y algunos distritos de Luisiana y Virginia, sometidos a la Unión, así como los estados del Centro, en que se dejaba a las legislaturas cierta amplitud para realizar esta medida en las mejores condiciones posibles. Encargaba Lincoln a la población libertada que se abstuviese de toda violencia y la admitía al servicio de los ejércitos de mar y tierra de los Estados Unidos. El número de personas de color emancipadas se aproximaba a la enorme cifra de cuatro millones.

El edicto de libertad, que los esclavistas afectaban mirar como destinado a no cumplirse, se llevó desde luego a la práctica en todos los territorios ocupados por las tropas federales. Los rigores del invierno, que fué extremado, impusieron a los ejércitos enemigos una especie de tregua forzosa de casi tres meses, durante la cual hicieron ambos reclutamientos en gran escala. El general Mac-Clellan, que había creído provechoso para su futura carrera política mostrarse opuesto a los radicalismos del gobierno de Wáshington, fué separado del mando del ejército del Potomac, que se confirió a Hooker. Éste, sin embargo, no pudo impedir que el general sudista Lee invadiera el Maryland y la Pensilvania, apoderándose de Chambersburg y de otras poblaciones y triunfando en el Tennesee. El 28 de junio de 1863 estaban a la vista en las mesetas que separan los valles del Potomac y del Susquehannah. En ese momento el general Hooker, que sólo contaba 80 mil hombres contra 105 mil de Lee, viendo que sus generales optaban por un ataque resuelto, que él juzgaba en extremo peligroso, declinó el mando en el general Meade, que tomó decididamente la ofensiva. La batalla

— que tomó el nombre de *Gettysburg* por ser contra esta ciudad donde se concentró el ataque — empezó el 1° de julio y duró tres días, al cabo de los cuales el sudista Lee, con su ejército sumamente quebrantado, abandonó *Gettysburg* y se retiró hacia el Potomac, dejando en poder de los federales más de 10 mil prisioneros y mayor número de bajas en el campo del combate. Las pérdidas de ambos ejércitos no habían bajado de 30 mil hombres y los federales victoriosos necesitaron algunos días para enterrar los miles de cadáveres que cubrían las pendientes de las colinas y las calles de Gettysburg. El día 14 el ejército de Lee repasó el Potomac en retirada, quedando así destruído su plan de invasión.

Grant toma la ofensiva. Ventajas de los federales en varios puntos. Su derrota en Chickamanga. Complicaciones diplomáticas. La guerra toma un aspecto decididamente favorable a los abolicionistas. — El general Grant alcanzó al mismo tiempo triunfos importantes en la zona del Misisipí, apoderándose de *Vishburg,* lo que permitió a sus tropas tomar la ofensiva en todas partes. En cuanto al ejército federal del Potomac, se mantuvo en las márgenes de los ríos Rappahannock y Rapidan para vigilar los movimientos de Lee. Un ataque del general unionista Gillmore contra los fuertes de Chárleston fué rechazado con grandes pérdidas (18 de julio), pero los federales quedaron dueños de la isla de Morris, desde la que podían emprender, con base firme, el bloqueo de la plaza.

En el Tennesee obtuvieron los federales Rosecranz y Burnside grandes ventajas con la toma de Chattanoga y Knoxville; pero estos éxitos fueron contrapesados con la tremenda derrota que sufrieron en *Chickamanga* a fines de septiembre, perdiendo cerca de 20 mil hombres. El general Bank emprendió la conquista de Tejas con la toma de Brownsville, pero la línea de operaciones era tan extensa que la empresa requería esfuerzos enormes.

En medio de los azares y desgracias de la guerra civil, se preocupaba el gobierno de Wáshington de los avances de Europa en Méjico, Santo Domingo y otros países de América, así como de la protección que alcanzaban los corsarios confederados en los puertos ingleses. Esto dió lugar a un cambio de no-

tas diplomáticas entre los gobiernos de Wáshington y Londres; pero en el mensaje de 8 de diciembre de 1863 pudo ya Lincoln anunciar al Congreso que la Gran Bretaña y Francia habían consentido en dar pruebas de su neutralidad, reteniendo los corsarios armados en sus puertos.

Al comenzar el año 1864 era ya evidente la superioridad de las armas federales respecto de las sudistas. Los ejércitos de la Unión habían aumentado considerablemente en fuerza e iban estrechando en todas direcciones a los rebeldes. El gobierno de la confederación quiso tentar el último esfuerzo y apeló a medidas desesperadas. Suspendió en los territorios a que llegaba su jurisdicción la ley del *habeas corpus* y las garantías liberales, llamó a las armas a todos los hombres de 17 a 50 años, hizo levas formidables, incorporando a la fuerza a los refractarios o castigándolos como traidores, y en suma, tomó una serie de medidas violentas que indicaban cuán grave y precaria consideraba su situación.

Ulises Grant es nombrado general en jefe de todos los ejércitos del Norte. Da unidad a las operaciones militares. Sus triunfos contra Lee. — Por lo pronto estas disposiciones vigorosas fueron acompañadas de buen éxito. La campaña del invierno y de comienzos de la primavera fué muy desfavorable para los federales, que sufrieron en diversos puntos graves derrotas y vieron invadidos por el enemigo importantes territorios de que antes le habían desalojado. Pero la desproporción de fuerzas y recursos era ya demasiado grande para que los éxitos de los esclavistas pudieran ser duraderos. El gobierno de Wáshington confió al general Grant el mando en jefe de todos los ejércitos de la Unión para que se armonizara el conjunto de las operaciones militares, y Grant se mostró digno de la confianza depositada en él. Ante todo procuró rodearse de jefes disciplinados; nombró para dirigir las operaciones del sudoeste al general Sherman, su antiguo compañero en la escuela militar de West-Point, y a fines de abril de 1864 tenía ya hechos los preparativos de la campaña. El 4 de mayo pasó el Rapidan al frente de todo el ejército del Potomac, y en la tarde del 5 se encontró con las fuerzas sudistas mandadas por Lee, cerca de *Wilderness*. La batalla duró dos días y fué muy sangrienta,

terminando con la retirada de Lee a *Spottsylvania*. En este punto se peleó de nuevo durante tres días, quedando al fin vencedor Grant. En otros puntos eran derrotados los unionistas; el confederado Breckenridge venció a Siegel en *Newmarket*, a la vez que Beauregard batía en *Drury's Bluff* a Butler; pero Grant siguió su vigoroso movimiento de avance sin regatear vidas, fué obligando a Lee a retirarse continuamente; el día 30 de mayo rechazó un furioso ataque de este temible adversario, y el 31 le infligió una nueva derrota. Esta serie de combates no terminó hasta el 12 de junio y ocasionó muchos millares de víctimas. Grant no logró, como deseaba, encerrar en Richmond a Lee; pero quebrantó su línea grandemente y pudo emprender el sitio de *Petersburg*, considerado como la llave de Richmond y el baluarte de la Confederación.

Sitio de Petersburg. Importancia decisiva de esta operación militar. Devastación de la Georgia. Triunfos navales de Farragut. — El 16 de junio los cuatro cuerpos del ejército del Potomac estaban ya delante de Petersburg, y dos días después habían tomado algunas fortificaciones exteriores, a costa de muchas bajas. Rechazados los ataques contra las trincheras principales, fué preciso tomar medidas para un largo asedio, tanto más difícil cuanto que los defensores de la plaza eran los generales Lee y Beauregard. Destacó Grant algunas divisiones hacia la ribera norte del James para distraer la atención del enemigo o utilizar su debilidad por esta parte, y el 30 de julio, terminada ya la primera línea de circunvalación, ordenó el ataque general. La explosión de cuatro toneladas de pólvora hizo volar uno de los fuertes con sus 400 defensores; pero, no obstante los desesperados ataques de Grant, los sitiadores fueron rechazados, perdiendo cerca de 6 mil hombres.

Dos semanas después obtuvo Grant algunas ventajas, posesionándose de los puertos atrincherados de *Deep-Bottan* y *Deep-Run* sobre el camino de Richmond; además su teniente Warren ocupó la posición de *Weldon*, al sur de Petersburg, y se sostuvo en ella, después de sufrir tres furiosos ataques de las tropas confederadas. Grant siguió estrechando el cerco; puso en comunicación rápida a los cuerpos sitiadores por medio de un ferrocarril de 18 kilómetros, improvisado en once

días, y comprendiendo que allí se jugaba la partida decisiva de la guerra, no se preocupó sino de imposibilitar la retirada de los sitiados, aunque hubiera de esperar un año entero.

Mientras el ejército del Potomac estaba inmovilizado ante Petersburg, el general unionista Sherman emprendía en Georgia una campaña no menos importante que la de Grant en Virginia. Invadió aquel estado a principios de mayo; el día 15 batió a los confederados en *Resaca*; el 28 los derrotó de nuevo en *Dallos*, haciéndose dueño del desfiladero de Allatona, llave de la gran meseta georgiana, y entonces los confederados retrocedieron desde Marietta al Chattahochee. El gobierno del sur quitó entonces el mando al general Johnson, nombrando en su lugar a Hood (15 de julio); pero éste fué vencido por los federales en el Chattahochee y tuvo que replegarse sobre Atlanta, después de dos batallas terribles, en que perdió diez mil soldados. Sin embargo, la posición de Sherman, aislado de los demás ejércitos federales, era en extremo peligrosa, y a fin de consolidarla impidiendo que se rehicieran sus enemigos, apeló a medidas de terror y devastó sistemáticamente el estado de Georgia, incendiando las plantaciones, destruyendo las cosechas y entregando a las llamas los poblados, a fin de imposibilitar la subsistencia del enemigo y quitar todo recurso a sus auxiliares. Un nuevo desastre sufrido en *Jonesboroug* obligó al confederado Hood a evacuar la ciudad de Atlanta, capital de Georgia, que ocupó Sherman el 3 de septiembre, convirtiéndola en plaza de guerra y obligando a salir a todos los habitantes, con excepción de los negros, que tomaron las armas en defensa de la Unión. A costa de esa campaña de exterminio consolidó Sherman su posición en Georgia, llenando de horror a los sudistas, que no pudieron menos de caer en la desesperación y el desaliento al ver que los unionistas estaban decididos a destruir implacablemente toda la riqueza acumulada, durante siglos, en los estados rebeldes. En estas condiciones, ni aun los más decididos podían ya confiar en la victoria.

Pocos días antes de la toma de Atlanta, habían conseguido los federales otro gran triunfo, en el litoral del sudoeste. El almirante David Farragut forzó heroicamente la entrada del puerto de *Mobila* con sus barcas de madera, amarrado en una cofa, y pasó a través de los acorazados enemigos, que dispararon sobre él en vano una lluvia de metralla. Este rasgo de

inaudita temeridad, coronado por el éxito, fué otro golpe terrible asestado a la causa del Sud, pues la privó de varios buques y de los fuertes *Powel* y *Morgan*. Poco antes el corsario confederado *Alabama* había sido echado a pique por la corbeta unionista *Kearsage*.

Reelección de Lincoln para la presidencia. Nuevas ventajas de los federales. Toma de Petersburg y Richmond. Conclusión de la guerra. Asesinato de Lincoln. — Llegado el momento de las elecciones presidenciales (noviembre de 1864), fué reelegido por abrumadora mayoría Abraham Lincoln para el período de 1865-69. Este hecho tenía una significación harto elocuente; demostraba que la política de conciliación no era ya popular en el país; su hora había pasado y los esclavistas no podían esperar concesión alguna. Desde ese momento se advirtió que peleaban ya sin esperanza de triunfo y que la guerra tocaba a su fin.

El general Sherman proseguía su marcha triunfal a través de los Estados rebeldes. Después de haber reducido la Georgia dominó la Carolina del Sur; ocupó a *Chárleston* el 18 de febrero de 1865 y privó así a los sudistas de sus principales comunicaciones y recursos. A la vez, el general Ferry obtenía ventajas en el Missouri, y el general Sheridan, en combinación con Grant, conseguía en el Potomac grandes éxitos.

El grueso del ejército de Grant continuaba el cerco de Petersburg y se iba apoderando de los principales puertos, aunque a costa de mucha sangre. El 26 de marzo, Sheridan, después de haber barrido de enemigos su ruta, pasó el río James y ocupó las más importantes posiciones al sudoeste de Petersburg; los confederados le presentaron batalla en *Five-Forks* (30-31 de marzo), pero fueron completamente batidos y un cuerpo de ejército, viéndose cortado, tuvo que rendirse. Por fin, el 2 de abril ordenó el general Grant el asalto de Petersburg, y después de una furiosa resistencia, los sitiados evacuaron esa plaza y la de Richmond (3 de abril), refugiándose el general Lee en Danville y huyendo el gobierno de la Confederación. El general Weitzel, al frente de una división de negros, ocupó a Petersburg y Richmond, mientras Grant marchaba en persecución de Lee, que se le rindió con su ejército el día 9 de abril. La guerra había terminado, con la victoria completa

de la causa de la libertad, y esto produjo, no sólo en los Estados antiesclavistas, sino en todas las naciones civilizadas, una alegría y un entusiasmo inmensos.

Lincoln se presentó en la ciudad de Richmond pronunciando frases de olvido y perdón, y haciendo ver la necesidad de una sincera concordia, que reparase los horrores de la espantosa guerra. Al regresar a Wáshington fué recibido con manifestaciones de alegría delirante, que compartieron con él los generales vencedores : el mismo jefe militar de los vencidos, Edmundo Lee, que tan valerosa y hábilmente había defendido su mala causa, obtuvo de la muchedumbre manifestaciones de estimación.

Lincoln disfrutaba entonces de la mayor popularidad a que puede aspirar un hombre de Estado; se le comparaba con Wáshington, y su prestigio, tan merecido como grande, hacía esperar que su segunda presidencia, dedicada a la reconstrucción del país, fuera muy fecunda en bienes; pero el 14 de abril de 1865, hallándose en un palco del teatro de Ford, en Wáshington, murió asesinado de un pistoletazo por un esclavista fanático llamado John Wilkes Booth, que por lo pronto consiguió huir, siendo alcanzado y muerto doce días después en Port-Royal (Virginia) por un destacamento enviado en su persecución. De otro atentado estuvo a punto de ser víctima el anciano secretario de Estado, Mr. Seward, a quien un asesino dió varias puñaladas, dejándole por muerto. Luego se supo que había una conjuración para asesinar, no sólo a Lincoln y Seward, sino al vicepresidente de la República, Andrés Johnson; al ministro de la Guerra, Stanton, y al general Ulises Grant.

Presidencia de Johnson. Prisión de Jéfferson Davis. Costo de la guerra. Cuestiones de Santo Domingo y Méjico. Los Fenianos. — El mismo día en que murió Lincoln, mártir de la más noble de las causas, tomó posesión de la presidencia de los Estados Unidos el vicepresidente Andrés Johnson. Los destacamentos separatistas seguían entregando las armas, y el 9 de mayo se declaró oficialmente terminada la rebelión de los Estados del Sur. Al siguiente día fué preso en *Irminville* (Georgia) el ex presidente de los esclavistas, Jéfferson Davis, por cuya captura se había ofrecido un premio de diez mil dólares. Se le consideraba complicado en el asesi-

nato de Lincoln, pero no se pudo probar tan grave acusación, y después de un año de prisión se le puso en libertad, bajo fianza. En cambio fueron ejecutados Paine, Harrold, Atserodt y la señora Surrat, acusados del mismo delito.

El 1° de julio todos los puertos de los Estados Unidos estaban ya abiertos al comercio extranjero y se había decretado una amnistía condicional para los confederados. La guerra, a más de centenares de miles de bajas entre muertos y heridos, había costado a los vencedores unos seis mil millones de pesos oro y a los vencidos cerca de cinco mil millones ; lo que representaba el aniquilamiento de la cuarta parte de la riqueza pública : pero las heridas de dinero no son incurables en los pueblos trabajadores, y los Estados Unidos tardaron poco en reponerse de su postración económica.

Mientras duró la guerra civil, no pudo el gobierno de la Unión hacer verdadera política internacional ; mas ahora, las circunstancias habían variado y pudo atender a las cuestiones de Santo Domingo y de Méjico. La anexión de la República Dominicana a España contrariaba de un modo manifiesto la doctrina de Monroe, que vedaba el establecimiento de nuevas colonias europeas en América ; pero ese conflicto se resolvió por sí mismo desde el momento en que el gobierno español abandonó la isla de Santo Domingo. Aunque el establecimiento de una monarquía con príncipe europeo en Méjico no atacase directamente el principio de Monroe, en el fondo se trataba de una intervención con visos de conquista por parte de Francia ; de modo que al presentarse en Wáshington un emisario de Maximiliano con cartas para el presidente Johnson, éste se negó a recibirle y declaró que no reconocía en Méjico otro gobierno que el de Juárez.

En el mes de septiembre se organizó en los Estados Unidos la asociación llamada de *los Fenianos*, constituida principalmente por irlandeses y que decía contar con 200 mil hombres aptos a tomar las armas. Iba especialmente dirigida contra Inglaterra y propendía a separar la Irlanda del Reino Unido. Tomó esa asociación el nombre de *República Irlandesa,* estableció en Nueva York una especie de gobierno provisional, bajo la presidencia de John O'Mahoney, y emitió billetes valederos para los asociados. Se le atribuyeron muchos excesos y no pocos crímenes. Desde luegó, representaba para la Gran Bretaña una

amenaza activa que se manifestó en dos invasiones al Canadá, pero en ambas fueron rechazados los fenianos, no sólo por los ingleses, sino por los mismos canadienses, y el gobierno de la Unión, que había visto con cierta complacencia este movimiento, se vió al fin precisado a reprimirle para evitar una guerra con la antigua metrópoli.

Nuevo Congreso. Política conciliadora del presidente. Se pone en pugna con las Cámaras. Negociaciones con Francia. Incorporación de la América rusa. Luchas con los indios del Oeste. — Verificadas las elecciones para el nuevo Congreso, se abrió éste el 4 de diciembre de 1865 con enorme mayoría para el partido republicano, que había sido el vencedor en la guerra civil. Se observó entonces que el presidente Johnson, no obstante ser partidario acérrimo de la Unión, deseaba que se devolviese sin demora a los Estados del Sur los derechos políticos, a lo que se oponían resueltamente la mayoría de los diputados y senadores. Esto motivó entre el presidente y las Cámaras una constante pugna, que en varios casos revistió el carácter de verdadera incompatibilidad.

Habiendo sido ratificada por las tres cuartas partes de los Estados (27) la enmienda al Código fundamental aboliendo la esclavitud en todo el territorio de la Unión, se declaró oficialmente (18 de diciembre) que esta reforma quedaba incorporada a la Constitución nacional.

El presidente envió al Senado un mensaje, en el que encargaba al Congreso admitiera en su seno a los representantes de los Estados del Sur; pero se votó la no admisión por más de las dos terceras partes de los miembros, y a pesar del veto presidencial, el acuerdo negativo se convirtió en ley.

La política del presidente Johnson era, sin duda, generosa en su intención, pues propendía a reconciliar a vencedores y vencidos. Pero la herida estaba sin cicatrizar; el Sud devoraba a la fuerza su humillación; el Norte, a su vez, había comprado demasiado caro su victoria para perdonar fácilmente y exigía que se privase, por diez años al menos, a los Estados rebeldes de sus derechos políticos. Además, el presidente, contrariado en sus buenos propósitos, mostró no ya firmeza, sino verdadera terquedad en su lucha con las Cámaras, oponiendo el veto a casi todas sus resoluciones, sin más resultado que ser

vencido una y otra vez. Al fin, acabó por mirársele como partidario de los esclavistas, lo que no era cierto, y hasta se le acusó de traición. Aunque es frecuente subir a los más altos cargos en los Estados Unidos desde humildes posiciones, se ridiculizó a Johnson recordando que había sido sastre; a lo que él respondió que en ese oficio había demostrado formalidad, cumpliendo siempre a los parroquianos las palabras que les daba, y que la misma corrección y firmeza demostraría como presidente.

A mediados de 1866 el Congreso autorizó a los representantes de Tennesee a incorporarse en su seno; pero negó ese derecho a los de Virginia Oriental, las dos Carolinas, Georgia, Florida, Alabama, Misisipí, Arkansas, Luisiana y Tejas. También, contra el veto presidencial, aceptó como Estado de la Unión al territorio del Colorado. En Nueva Orleáns hubo conmociones sangrientas entre antiguos esclavistas y partidarios de la Unión, siendo asesinados varios negros. Por fin, al verificarse, en noviembre, las elecciones para el Congreso, aumentó en las Cámaras el número de opositores a la política presidencial.

Seguían, en tanto, las negociaciones con Francia respecto de la cuestión de Méjico, y como el gobierno americano se mostraba resuelto a intervenir a su vez con tropas para restablecer a Juárez, lo que traería una guerra, el imperador Napoleón, a fin de alejar el conflicto, prometió al gobierno de Wáshington que retiraría de una vez todas sus fuerzas a principios de 1867.

Al abrirse la última legislatura del Congreso 39°, el presidente declaró que insistía en su política e interpuso su veto contra resoluciones de las Cámaras respecto al sufragio de los negros; pero los proyectos fueron aprobados por las dos terceras partes de los votos. En enero de 1867, la Cámara de representantes adoptó la resolución de acusar al presidente, y poco después suprimió la organización establecida por éste en los Estados del Sud, sustituyéndola por un régimen militar.

El triste desenlace de la cuestión mejicana, resuelta con la toma de Querétaro y el fusilamiento del infortunado Maximiliano, dió fin a la tirantez de relaciones con Francia y permitió fijar los ánimos en la cuestión interior. El Comité de justicia se pronunció en contra de la acusación del presidente; pero declaró que Johnson había cometido actos que merecían severa censura y le hacían indigno de la confianza de la nación.

En el mes de octubre de 1867, las posesiones rusas de América fueron vendidas a los Estados Unidos, que les dieron el nombre de territorio de Alaska. Por dos millones de dólares adquirió la Unión un país de cerca de millón y medio de kilómetros cuadrados, poblado sólo, es verdad, por algunas tribus de indios; pero de gran interés por su posición geográfica.

Prosiguieron las luchas entre las Cámaras legislativas y el presidente, con motivo del bill con que se establecían las condiciones de reconstrucción de los Estados del Sud y la igualdad de derechos civiles entre los habitantes blancos y los de color. Durante varios meses hubo un conflicto entre el presidente y el ministro de la Guerra, Stanton, a quien aquél había destituído y que, apoyado por las Cámaras, se negaba a renunciar. Nuevamente se acordó acusar a Johnson; el Senado se constituyó en tribunal para juzgarle y al fin le declaró absuelto (26 de mayo de 1868). Entonces renunció su cargo el ministro Stanton.

El 20 de julio, a pesar del veto presidencial, adoptó el Senado una ley que excluía de las elecciones de la presidencia a varios de los Estados del Sud. Esto dió motivo a graves agitaciones y a la implantación de la ley marcial en muchos puntos. Hubo también luchas con los indios del Oeste, que asaltaban y destruían los trenes del ferrocarril y a los que, por último, se arrojó de casi todos los territorios que ocupaban.

Presidencia del general Grant. Agitación en el Sur. Se obtiene una indemnización de Inglaterra. Cuestión de Cuba. Las reservas de indios. Los mormones. — Verificadas las elecciones presidenciales el 3 de noviembre de 1868, fué elegido presidente de la República, por gran mayoría de votos, el general Ulises Grant y vicepresidente Schuyler Colfax. En los cuatro meses que transcurrieron hasta la toma de posesión del nuevo presidente hubo todavía rozamientos entre Johnson y las cámaras, pero ya poco importantes, por la brevedad del plazo que faltaba para la transmisión del poder. La isla de Cuba se acababa de insurreccionar contra España y de los Estados Unidos salieron expediciones y armamentos para favorecer el movimiento separatista; pero el gobierno se abstuvo de prestar apoyo ostensible a esas maniobras.

Los últimos actos de Johnson fueron una amnistía general publicada el 25 de diciembre de 1868; la suspensión del proceso

contra el ex presidente de los Estados del Sud, Jéfferson Davis, la declaración parlamentaria de que las diferencias de raza y color no perjudicaban los derechos de sufragio y el rechazo de los tratados que con la Gran Bretaña habia intentado el gobierno, con motivo de la protección que los ingleses dispensaron a los corsarios durante la guerra.

Al tomar posesión de la presidencia el general Grant, los ánimos seguían sobreexcitados en el Sur; con frecuencia se cometían asesinatos y linchamientos de negros, y éstos, a su vez, tomaban represalias, habiéndose creado de una parte y otra sociedades secretas, como la llamada *Ku-Klus-Klan* que se hizo temible por las ejecuciones que sus afiliados perpetraban. En el Tennesee estalló una sublevación de negros; en Luisiana los antiguos plantadores levantaron un ejército contra el gobernador Kellogg, elegido por la gente de color, que formaba mayoría en el cuerpo electoral, y el ejército nacional tuvo que intervenir para refrenar estos disturbios, que mostraban cuánto fuego quedaba aún bajo las cenizas.

El nuevo gobierno reanudó con la Gran Bretaña las gestiones relativas a los perjuicios que habían causado al comercio americano los corsarios armados en los puertos ingleses. Mediaron entre ambas cancillerías notas enérgicas y llegó a creerse en la inminencia de una guerra; pero al fin se convino en someter la cuestión al arbitraje y el fallo del tribunal fué desfavorable para Inglaterra, que hubo de pagar la fuerte indemnización de tres millones de libras esterlinas al gobierno de los Estados Unidos.

Las cámaras excitaban al presidente a que reconociera el gobierno que habían organizado los insurrectos de Cuba; pero el general Grant se negó a reconocer la beligerancia de éstos y recomendó a las autoridades do los diversos Estados que observaran los deberes de la neutralidad y no favoreciesen las expediciones de auxilios a los rebeldes. Hizo prender al coronel Ryan y a no pocos norteamericanos y cubanos que infringían abiertamente las leyes de neutralidad y declaró que protegería los intereses de los súbditos americanos en Cuba; pero sin inmiscuirse en las relaciones de esta colonia con España. No pudo impedir, sin embargo, que se organizaran continuos envíos de hombres y municiones a la isla, especialmente desde la Florida, donde la insurrección cubana servía para mantener un

comercio importante, muy ventajoso para los especuladores. Otras dos cuestiones de interés preocuparon al general Grant, en el primer período de su administración. Terminado el gran ferrocarril intercontinental que unía el Atlántico con el Pacífico, permitiendo hacer en pocos días el viaje de Wáshington a San Francisco, la situación de los indios del Oeste se había hecho desesperada; pues se veían violentamente lanzados de sus tierras, y con la vana esperanza de contener a sus invasores, asaltaban trenes, destruían poblados y a su vez eran perseguidos y cazados como fieras, llevando casi siempre la peor parte en la lucha. El general Grant quiso resolver la cuestión del modo más satisfactorio posible, y al efecto logró que se reuniera un consejo de las tribus más influyentes del *Fare West*, con asistencia de comisionados del gobierno. Se convino en un pacto, mediante el cual las principales tribus acordaron someterse al gobierno republicano, a cambio del disfrute de ciertos territorios, llamados *reservas*, donde sólo ellos podrían residir, gozando cierta autonomía.

La otra cuestión fué la de los *mormones*, curiosa secta fundada en el territorio del Utah poco después de 1850 por un fanático llamado Smith, que se decía inspirado por Dios, a fin de establecer en la tierra un gobierno ajustado escrupulosamente a las prescripciones del Antiguo Testamento. Logró reunir muchos secuaces, los cuales se establecieron a orillas del lago Salado y crearon un gobierno patriarcal, implantando en sus costumbres la poligamia, a fin de imitar a los personajes bíblicos, que se casaban a la vez con varias mujeres. La colonia fundada por los mormones prosperó, no obstante su organización política y social, tan repulsiva para los sentimientos de la familia moderna. Ya el presidente Buchanan había tratado, aunque inútilmente, de disolver la comunidad de los mormones : la guerra civil impidió luego a los gobiernos proceder eficazmente; pero cuando empezó a calmarse la agitación sudista, trató el general Grant de borrar aquella mancha de la civilización de los Estados Unidos, fundándose en que las leyes de la nación prohibían la poligamia. Los mormones, dirigidos por el patriarca Brigham Young, se resistieron a abandonar su régimen familiar y hubo que enviar contra ellos un ejército, que ocupó la ciudad del Lago. Por fin se llegó a un arreglo por el cual el patriarca Brigham Young prometió, en nombre de sus

fieles, observar en adelante la monogamia, y aunque esta promesa no fué sincera, la secta de los mormones fué desde entonces decayendo con rapidez.

Reelección de Grant. Conflicto con España por el apresamiento del « Virginius ». Se acepta el arbritaje. Exposición Universal en Filadelfia. Situación de los Estados Unidos en 1876. — Ulises Grant fué reelegido presidente de los Estados Unidos pára el periodo de 1873 a 77. Proseguía, cada vez más encarnizada, la guerra entre los separatistas de Cuba y el gobierno español; la producción de azúcar y tabaco habia mermado notablemente y todo era en la Gran Antilla ruina y desolación. Habiéndose proclamado en España la república, fué reconocida desde luego por el gobierno de los Estados Unidos, cuyo representante, general Sickles, propuso al gobierno de Madrid, primeramente la venta de la isla de Cuba a la Unión norteamericana por la suma de 150 millones de pesos oro, y más tarde un empréstito por la misma cantidad, con garantía de las aduanas de la isla. Ambas proposiciones fueron rechazadas por el gobierno español y pocos meses después fué apresado en aguas de Santiago de Cuba el vapor norteamericano *Virginius* que llevaba gran cantidad de armas y municiones a los insurrectos de Cuba. La carga fué decomisada y se fusiló a 130 de los tripulantes, lo que motivó una reclamación enérgica de los Estados Unidos. Las Cámaras querían la guerra con España y hubo momentos en que el choque pareció inminente; pero, aunque la ventaja militar de los Estados Unidos era incuestionable, el general Grant mostró gran espíritu de equidad y conciliación y aceptó el arbitraje, declarándose al fin que la captura del *Virginius* había sido legítima.

Uno de los acontecimientos más notables de la segunda presidencia del general Grant fué la celebración en 1876 de una exposición universal en Filadelfia. Se patentizaron entonces los grandes progresos industriales de los Estados Unidos y el enorme desarrollo de su producción. Poco más de diez años habían bastado para cicatrizar las heridas de la tremenda guerra civil, llevando a los Estados Unidos a un grado de prosperidad envidiable. La corriente inmigratoria era tan fuerte que el número de habitantes aumentaba casi en dos millones por

año, correspondiendo más de la mitad de ese aumento a la avalancha humana llegada de Europa (Alemania, Inglaterra, Irlanda, Italia y Noruega especialmente) y el resto al crecimiento vegetativo, muy considerable también en un país de trabajo y de vastísima producción agrícola y ganadera. Siendo por varios conceptos desfavorable la afluencia de chinos a los estados del oeste, se adoptaron varias medidas para limitarla; pues se corría el riesgo de que los asiáticos, atraídos por las facilidades de colocación y por los altos jornales, convirtieran gran parte del territorio de la Unión en un país de raza mongólica. La población de los Estados Unidos en 1876 se aproximaba ya a 50 millones de habitantes. Los Estados del Sud habían ido entrando sucesivamente en la plenitud de los derechos políticos, que le fueron mermados a consecuencia de la guerra, y pudo observarse que la abolición de la esclavitud de los negros no había tenido, ni con mucho, los inconvenientes que temían o afectaban temer los esclavistas; pues el cultivo del agodón había aumentado en vez de disminuir y los negros, como obreros a sueldo, producían tanto o más que en la época en que eran esclavos. En un siglo de independencia los Estados Unidos habían realizado el avance más vertiginoso, en riqueza, población y poder, de que hay ejemplo en la historia del mundo.

Presidencia de Hayes. Fin de la guerra hispanocubana. Elección de Garfield. Muere asesinado y le sucede Arthur. Administraciones de Cleveland y Harrison. — La segunda administración de Grant fué vivamente combatida por los demócratas, que le acusaron de inconsiderados despilfarros financieros. Le sucedió (1877-81) Rutherford Hayes, gobernador del estado de Ohio y afiliado en el partido democrático, cuya significación política había cambiado notablemente desde que se descartó el problema de la esclavitud. Durante la guerra civil la mayoría de los demócratas habían sido esclavistas y se caracterizaban por su tendencia a la expansión territorial, que hubiera tenido por consecuencia nuevas desmembraciones de Méjico y la conquista de las grandes Antillas, en el caso de que los Estados del Sud se hubieran hecho independientes. Ahora los demócratas habían modificado por completo muchos de sus puntos de vista y se caracterizaban en la política exterior por una gran moderación,

mostrándose enemigos de toda conquista y propendiendo, en el interior, a la regularidad administrativa y a reformas políticas en sentido liberal. En virtud de estos principios, el presidente Hayes mantuvo la neutralidad en la guerra que seguía sosteniendo España con los separatistas de Cuba y que terminó, al fin, en 1878, mediante un convenio, en que se estipulaban varias reformas en el régimen administrativo y político de la Gran Antilla.

Para el período de 1881 a 1885 fué elegido otro demócrata, Jaime Garfield, que en sus mocedades había sido barquero, elevándose después en la escala social a fuerza de laboriosidad y estudio. Fundábanse grandes esperanzas en su integridad y talento; pero, desgraciadamente, fué asesinado a los pocos meses de haber tomado posesión de la presidencia, por una especie de semiloco, llamado Guitteau, que se decía víctima de atropellos administrativos — que luego resultaron imaginarios — y dirigía a las oficinas públicas memoriales cada vez más amenazadores. Logró este enajenado una audiencia particular del presidente Garfield, y después de achacarle su ruina por no haber dado curso a sus temerarias solicitudes, le disparó un tiro de revólver, que le causó la muerte al cabo de muchos días de sufrimientos. Aunque parecía indudable la monomania persecutoria del asesino, se creyó que su crimen pudiera obedecer a maniobras políticas y fué ejecutado. Subió a la presidencia el vicepresidente Chester Arthur, hombre de cualidades políticas mediocres, que fluctuó entre la tendencia democrática y la republicana hasta el término de su mandato. Mientras tanto, continuaban desarrollándose en vastas proporciones la riqueza y población de los Estados Unidos, que llegaron a contar en esta época más de 60 millones de habitantes, prosiguiendo en gran escala la construcción de ferrocarriles y otras vías de comunicación, y prosperando grandemente la industria y el comercio.

En marzo de 1885 tomó posesión de la primera magistratura el demócrata Grover Cleveland, que se había distinguido mucho por su energía y honradez en los varios puestos que había desempeñado, entre ellos el gobierno de Nueva York. La administración de Cleveland fué un modelo de acierto y probidad y le granjeó el respeto de sus mismos adversarios. Sin embargo, al verificarse las nuevas elecciones, obtuvo el triunfo el candidato republicano Hárrison, cuya administración (1889-93)

distó de ser tan ejemplar como la de su antecesor. Los demócratas fueron desalojados de casi todos los puestos públicos que desempeñaban, y pudo observarse el temible desarrollo que tomaba la plaga de la empleomanía, en un país que se había distinguido hasta entonces por la preponderancia de las iniciativas particulares. Los republicanos aprovecharon su elevación al gobierno para imponer un régimen excesivamente proteccionista, distinguiéndose en esta tendencia los secretarios de Estado, Blaine y Mac-Kynley, Blaine aspiraba a la presidencia; pero murió agotado por su febril actividad, y fué de nuevo elevado a la primera magistratura de los Estados Unidos el candidato demócrata Grover Cleveland, que tan buen recuerdo había dejado de su anterior administración.

Movimiento separatista en Cuba. Su influencia en la opinión norteamericana. El imperialismo. Cuestión con la Gran Bretaña. — Dos años llevaba Cleveland en el gobierno cuando estalló en la isla de Cuba otro movimiento insurreccional contra España (24 de febrero de 1895). Los insurrectos empezaron a recibir importantes auxilios de los Estados Unidos, donde tenían organizadas varias juntas, y pactaron empréstitos con algunos sindicatos particulares. El presidente Cleveland hizo lo posible por mantener la neutralidad; pero sus adversarios, los republicanos, aprovecharon la coyuntura para adquirir popularidad, presentándose como campeones de la independencia de Cuba, o mejor aún, de su anexión a los Estados Unidos, y esta campaña les dió excelente resultado electoral, porque lo opinión de las masas les fué muy favorable en casi todos los Estados, acentuándose entonces la tendencia que se llamó *imperialista*, porque propendía a hacer de la gran República un país conquistador y colonizador. Ya se había iniciado esta corriente con la anexión de las islas de Sandwich y con la celebración de un Congreso de las naciones americanas en Wáshington, donde se puso de manifiesto la aspiración de los Estados Unidos a ejercer una especie de tutela sobre todos los países del Nuevo Continente. Como sucede en general en estas agitaciones populares, la tendencia imperialista y belicosa, utilizada como arma de partido por los republicanos, ganó la voluntad de muchos demócratas, convirtiéndose pronto en un estado predomi-

nante de la opinión. El presidente Cleveland, a pesar de su ecuanimidad y firmeza, no pudo sustraerse del todo a la corriente, y ya fuera por el influjo de ésta, ya por contener la impopularidad de su partido, dió un atrevido paso, interviniendo en una cuestión surgida entra la Gran Bretaña y Venezuela. Se habían descubierto algunos yacimientos de oro, que al principio parecieron importantes, en territorio de la Guayana venezolana, y los ingleses suscitaron la cuestión de límites y quisieron hacerse dueños de esos territorios, asumiendo una actitud amenazadora. Entonces intervino en la cuestión el presidente Cleveland, constituyéndose en defensor resuelto de los intereses venezolanos e invocando la doctrina de Monroe, según la cual los Estados Unidos considerarían como un acto de hostilidad y aun como un *casus belli* la tentativa de cualquier potencia europea de crear nuevas colonias en el suelo americano o extender los límites de las ya existentes. Con este motivo se cambiaron comunicaciones bastante enérgicas entre el gobierno de la Gran Bretaña y el norteamericano, y hubo momentos (noviembre de 1896) en que pareció inminente la declaración de guerra. Sin embargo, el gabinete de la Gran Bretaña cedió, y el asunto se arregló pacíficamente con el nombramiento de un tribunal de arbitraje, cuyo fallo, en lo principal, favoreció a los venezolanos.

Amenazas a España. Lucha presidencial. Victoria del republicano Mac-Kinley. Su política en la cuestión cubana. — Este éxito, alcanzado no sin peligro, dió gran prestigio al gobierno de Cleveland y halagó la vanidad nacional, pero al mismo tiempo ensoberbeció más a los elementos belicosos, dando vivo interés a la cuestión de Cuba. No obstante los esfuerzos de los republicanos y de muchos demócratas, se había negado constantemente Cleveland a reconocer la beligerancia de los insurrectos cubanos y mantuvo este criterio; pero los mensajes que al Congreso dirigía eran cada vez más amenazadores contra España. Hacía notar el presidente que la guerra de Cuba perjudicaba mucho los intereses de los Estados Unidos, y que España, según lo iba mostrando la experiencia, no tenía fuerzas para hacer cesar tan anómala situación, lo que era en extremo inconveniente y peligroso. En el mensaje de fines de 1896 acentuó más Cleveland estas indicaciones conmi-

natorias, que debían traducirse como preparativos de la intervención, siendo indudable que no asumía una actitud más francamente hostil, porque estando próximo a terminar su mandato presidencial, creía preferible dejar las manos libres al que le sucediera. Tanto el candidato demócrata Bryan, como el republicano Mac-Kinley, habían dado a entender en sus discursos y manifiestos electorales que estaban resueltos a intervenir en la cuestión cubana; de modo que sus divergencias se referían a detalles de administración interior, mostrándose el candidato demócrata favorable a la adopción del patrón monetario doble (oro y plata) para favorecer a los Estados del Oeste, mientras el republicano defendía resueltamente el patrón único u oro, consultando las conveniencias mercantiles de los Estados del Norte y Sud. Venció el republicano Guillermo Mac-Kinley, que tomó posesión de la presidencia el 4 de marzo de 1897.

La guerra de Cuba se había convertido en el más importante de los problemas políticos, y por lo pronto, Mac-Kinley guardó silencio sobre esta cuestión como si quisiera dar a España un compás de espera. Las operaciones militares habían tomado gran actividad, y el capitán general de la isla, don Valeriano Weyler, había ordenado la reconcentración de los campesinos en los poblados y la suspensión de las faenas agrícolas, a la vez que perseguía a los insurrectos en armas. Tal vez este sistema de rigor hubiera hecho insostenible la situación de los rebeldes; pero la prensa norteamericana protestó contra la reconcentración, diciendo que era el asesinato en masa del pueblo cubano; el gobierno de Wáshington se hizo eco de estas reclamaciones, y el español, por su parte, creyendo evitar así el conflicto, relevó al general en jefe de Cuba y le dió por sucesor el general Blanco, que llevaba instrucciones muy conciliadoras (noviembre de 1897). El nuevo capitán general trató de obtener de los insurrectos un armisticio, mientras las Cortes españolas votaban con rapidez una ley que estableció en Cuba y Puerto Rico un régimen de autonomía, que se puso en vigor desde 1° de enero de 1898, formándose en Cuba un ministerio formado por autonomistas y reformistas cubanos, y en Puerto Rico otro de portorriqueños, a la vez que se convocaban Cámaras insulares. Pero los insurrectos de Cuba no depusieron las armas; el cónsul norteamericano en la Habana, general Lee,

sobrino del jefe sudista de igual nombre, puso a prueba la resignación de las autoridades con reclamaciones continuas, y por fin, el gobierno de los Estados Unidos, aunque reconoció que España mostraba buenos deseos, la acusó de no terminar la lucha y envió a la Habana el buque de guerra *Maine* con el pretexto de velar por los intereses de los súbditos norteamericanos.

Voladura del buque de guerra « Maine ». Se vota la intervención en Cuba. Declaración de guerra con España. — En los Estados Unidos crecía de día en día el partido de la guerra, hasta el punto de que un arreglo pacífico en la cuestión de Cuba se consideraba de todo punto impracticable, por la efervescencia de las pasiones. Ésta llegó al límite cuando se supo que el vapor *Maine* había sido destruído por una explosión (26 de marzo de 1898), que se atribuyó a una mina submarina, aunque injustamente, según lo comprobó la información abierta algunos años más tarde, de la que resultó que el siniestro había sido motivado por descuido de los tripulantes. Pero, en aquellos momentos, la voladura del *Maine* fué de efecto decisivo en el ánimo del pueblo norteamericano y por todas partes se alzó un atronador clamoreo pidiendo la guerra contra España. Las relaciones de esta nación con los Estados Unidos eran enteramente amistosas, par lo menos en apariencia; pues sintiéndose débil España para concitarse la enemistad de tan poderosa nación como los Estados Unidos, trataba de no darle motivo ninguno de queja y aun sufría con resignación no pocas vejaciones para no tener que afrentar la lucha. Mas no siempre es cierto el proverbio según el cual cuando uno no quiere, dos no regañan. La Cámara de representantes y el Senado votaron una resolución conjunta por la cual se declaraba que había cesado la soberanía de España sobre Cuba, y se facultaba al Poder Ejecutivo para que interviniese inmediatamente en aquella isla. El presidente Mac-Kinley hubiera podido vetar esa resolución de las Cámaras, mas no eran ésas sus intenciones, y no sólo la aceptó, sino que se apresuró a comunicarla al gobierno español (18 de abril), participándole además que si en el término perentorio de 48 horas no evacuaba su ejército de la isla de Cuba, los Estados Unidos la obligarían a ello por fuerza. Esta conminación, excesivamente afrentosa, tuvo el resultado que se bus-

caba; el gobierno español, aun sintiéndose incapaz de hacer frente con probabilidades de éxito a los Estados Unidos, no tuvo más remedio que aceptar la guerra, so pena de ser vencido sin combatir, y el 22 de abril estaba ya oficialmente declarada. El gobierno americano bloqueó entonces las costas de Cuba, hizo apresar cuantos buques mercantes españoles pudo, y una escuadra mandada por el general Dewey, que había dirigido con antelación hacia las islas Filipinas, forzó la entrada de Cavite (1° de mayo) y destruyó allí a varios buques de guerra españoles, mandados por el contralmirante Montojo, poniendo después sitio a Manila.

Principales episodios de la guerra. Destrucción de los buques españoles. Rendición de Santiago de Cuba. Armisticio. Tratado de París : ventajas obtenidas por los Estados Unidos. — Los españoles enviaron a Cuba los mejores barcos de su escuadra, al mando del general Cervera, mientras los norteamericanos bombardeaban algunos puertos y efectuaban el desembarco de unos 20 mil hombres, al mando del general Shafter, no lejos de Santiago de Cuba, sitiando a esta ciudad por mar y tierra. Trabáronse en sus inmediaciones algunos combates; la escuadra española de Cervera, compuesta de algunas unidades de segundo orden, mal municionadas, consiguió entrar en la bahía de Santiago y quedó bloqueada por la escuadra norteamericana de Simpson, formada por buques superiores y en mayor número. Transcurrieron los días; estrecharon los norteamericanos el asedio de la plaza después de algunos combates, y juzgándose inminente la rendición de Santiago de Cuba, la escuadra de Cervera hubo de optar entre seguir en la bahía, exponiéndose a ser entregada a los norteamericanos si la plaza caía en poder de éstos, o forzar la salida del puerto, para dirigirse a la Habana. Decidióse por el último extremo y en la noche del 3 de julio salieron del puerto los buques españoles, pero no tenían elementos para atacar a los americanos; trataron de huir y fueron uno tras otro echados a pique, con pérdida de centenares de sus tripulantes; siendo los demás, incluso el almirante Cervera, hechos prisioneros. Este golpe consumó la ruina de los elementos marítimos con que podía contar España para seguir la guerra, en la que ya no tenía probabilidad ninguna de éxito. En ade-

lante, pues, la resistencia fué más bien de pura fórmula. El 16 de julio capituló la ciudad de Santiago de Cuba, y se declaró comprendidas en la capitulación a todas las fuerzas españolas del departamento oriental, con lo que gran parte de la isla de Cuba quedó en poder de los norteamericanos. Se habían hecho en la Habana formidables obras de defensa; pero no se puso a prueba la eficacia de las mismas, pues, al poco tiempo, se abrieron negociaciones de paz y se pactó un armisticio. Los delegados de los Estados Unidos y de España se reunieron en París, y allí se firmó un tratado de paz en cuya virtud España renunciaba su soberanía en Cuba, quedando esta isla bajo la protección y vigilancia de los Estados Unidos, hasta tanto que se pudiera establecer en ella un gobierno regular; no había indemnización de guerra, corriendo cada nación con los gastos que había hecho; por fin, España cedía a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, el archipiélago de las Filipinas y la isla de Guan en las Marianas, recibiendo en cambio la suma de 20 millones de dólares. Se fijó la fecha del 1° de enero de 1899 para hacer efectivo ese tratado, y en efecto, en dicho día, las autoridades norteamericanos se hicieron cargo interino de Cuba y tomaron posesión definitiva de las demás colonias españolas cedidas por el tratado y que tenían más de 400 mil kilómetros cuadrados, con 10 millones de habitantes.

Reelección de Mac-Kinley. Muere asesinado. Sube a la presidencia Teodoro Róosevelt. Su política imperialista. Cuestiones de Venezuela y Panamá. Independencia de este Estado: sus antecedentes. Reelección de Róosevelt; su actitud contra los Trusts. — El resultado de esta breve guerra dió enorme popularidad a Mac-Kinley; de modo que su reelección pudo considerarse como descontada. Fué, en efecto, reelegido por gran mayoría a fines del año 1900, designándose como vicepresidente a Teodoro Róosevelt, que había tomado parte como coronel de voluntarios en Cuba en la guerra contra España y acababa de ser vencida, aunque no por muchos votos, su candidatura para el gobierno de Nueva York. Los elegidos tomaron posesión de sus cargos el 4 de marzo de 1901; pero a los pocos meses el presidente Mac-Kinley fué asesinado en la Exposición de Buf-

falo por un anarquista polaco llamado Cosgolz, quien le disparó un tiro de revólver.

Subió entonces a la presidencia Teodoro Róosevelt, el cual se hizo notar desde los primeros meses du su gobierno por su tendencia a exagerar el sentido de la doctrina de Monroe, con beneplácito de los llamados imperialistas. Aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para declarar que los Estados Unidos, por su alta cultura, su gran sentido de gobierno y su poderío incontrastable, tenían el derecho y al mismo tiempo el deber de llevar en cierto modo la representación íntegra del continente americano ante el mundo, lo que venía a traducirse en una especie de poder tutelar ejercido sobre las repúblicas de América. Estas ideas fueron acogidas con desagrado en la mayor parte de los pueblos del nuevo continente ; pero algunos políticos sudamericanos las consideraron como una garantía contra las posibles, aunque no probables intrusiones de Europa en América, y encontraron ventajoso que estos países vieran resguardados sus intereses y su integridad por una nación tan fuerte y respetable como los Estados Unidos. Casi todos los conflictos surgidos entre pueblos americanos y potencias europeas se basaban en deudas o en reclamaciones de daños y perjuicios, que en varias ocasiones habían dado margen a reclamaciones no siempre justas, seguidas de amenazas o intervenciones. Uno de estos incidentes surgió a mediados de 1902 entre el gobierno de Venezuela, que se resistía al pago de ciertas deudas, y varios súbditos de diversas naciones de Europa, perjudicados por las guerras civiles y desatendidos por las autoridades venezolanas. La cuestión se agrió en tales términos, que después de un cambio de notas, a que siguió un *ultimátum* de Inglaterra y Alemania, estas naciones enviaron a Venezuela algunos buques de guerra para cobrar por la fuerza sus créditos. Entonces intervino oficiosamente el gobierno de los Estados Unidos, pero en términos poco satisfactorios para Venezuela ; pues, cuando se esperaba que Róosevelt hiciera manifestaciones análogas a la del presidente Cleveland en 1896, declaró que los Estados Unidos, aunque celosos defensores de la doctrina de Monroe, no defenderían nunca las incorrecciones financieras en que pudieran incurrir algunos pueblos sudamericanos que tomasen empréstitos y luego se resistieran al pago de los mismos, o que desconociesen los derechos de

empresas extranjeras radicadas en su suelo al amparo de las leyes nacionales. La actitud de Róosevelt en este conflicto puede concretarse en esta fórmula : los Estados Unidos protegerán a las repúblicas americanas resueltamente contra toda agresión injusta o conato de colonización de naciones europeas; pero en ningún caso se harán solidarios de actos indefendibles, por ejemplo, de insolvencias producidas por mala administración o malversaciones de los gobernantes.

El conflicto se resolvió al fin por la mediación oficiosa de los Estados Unidos, obligándose el gobierno de Venezuela a ir satisfaciendo los créditos gradualmente con arreglo a un convenio, en que tomó parte una junta arbitral. De todos modos, el interés principal de este incidente consistió en que las naciones sudamericanas supieron que no podrían contar incondicionalmente con el apoyo de los Estados Unidos en el caso de conflicto con alguna potencia europea; pues la doctrina de Monroe, que declaraba Róosevelt incorporada al derecho público americano, sólo obligaba a los Estados Unidos a no consentir la adquisición de territorios en América por las potencias de Europa, bajo ningún título. En cuanto a que los Estados Unidos se declararan solidarios de las deudas contraídas por otras repúblicas americanas, era una medida demasiado grave que no quiso aprobar Róosevelt, aunque algunos partidarios de la tutela de los Estados Unidos sobre el resto de América se lo proponían y las potencias más fuertes de Europa lo hubieran visto con agrado; pues, como decían los diarios ingleses, las naciones prestamistas tendrían de este modo un Estado responsable y solvente con quien tratar, sin demoras ni complicaciones. Después, los Estados Unidos tomarían las medidas que creyeran más eficaces para recobrar sus anticipos.

Esto, de todas maneras, presentaba el carácter de una tutela demasiado vejatoria para los demás pueblos americanos y la cuestión quedó, por ello, indecisa; persistiendo, sin embargo, el fondo de las declaraciones del presidente Róosevelt, quien llegó a insinuar en uno de sus mensajes que los Estados Unidos estaban llamados a ejercer una especie de inspección policial sobre los restantes países del continente.

Que no se trataba de meras insinuaciones o amenazas sin trascendencia ulterior, lo demostró muy pronto la cuestión del

canal de Panamá. Muchos años antes se había constituído en Francia una poderosa sociedad por acciones, bajo la dirección técnica del ingeniero Lesseps, para poner en comunicación el Atlántico y el Pacífico. La confianza en aquel hábil ingeniero, a quien se debía la construcción del canal de Suez, inaugurado en 1869, fué causa de que afluyeran los capitales a la nueva empresa, cuyas acciones se cotizaron pronto con elevada prima. Sin embargo, cuando reunido con creces el capital que parecía indispensable, llegó el momento de poner manos a la obra, se tropezó con dificultades de que no se tenía idea, por descuido o mala fe de los encargados de los estudios previos. Con ser muy grandes las cantidades de que se disponía, resultaban pequeñas ante la magnitud de los trabajos que era preciso realizar y la obra quedó paralizada casi en sus comienzos. Entonces se hizo una nueva emisión de acciones, apelando a la buena fe del público mediante toda clase de brillantes promesas, y en efecto se logró recaudar algunos cientos de millones de francos; pero los directores de la empresa, que tenían motivos para conocer la verdad de las cosas y la ocultaban, mostraron esta segunda vez tal falta de escrúpulos que el pretendido canal de Panamá se convirtió en una vergonzosa especulación bursátil en que aparecieron comprometidos muchos políticos franceses. Declaróse la quiebra de la sociedad y un ex ministro de obras públicas fué condenado a trabajos forzados.

Mientras se disolvía tan desastrosamente la empresa de las obras de Panamá, sin haber realizado más que una pequeña parte de los trabajos, creábase en los Estados Unidos otra sociedad para abrir un canal interoceánico por Nicaragua. Limitóse, sin embargo, a los estudios preliminares y después del hundimiento de la antigua compañía, transcurrieron algunos años sin que se volviese a intentar en serio la apertura del canal. Sin embargo, el presidente Róosevelt tenía gran fe en el buen resultado de la empresa que, acometida por los Estados Unidos, podía proporcionarles inmensas ventajas comerciales y estratégicas en el Océano Pacífico. Logró, pues, que se organizara un sindicato norteamericano, que compró a un precio relativamente bajo sus derechos y acciones a la compañía francesa de Panamá, no sin oposición de la compañía del proyectado canal de Nicaragua. Entabláronse negociaciones con la República de Colombia para la adquisición de las fajas de te-

rreno indispensables para la obra; y como el gobierno colombiano exigiese por la cesión una cantidad que se consideró excesiva, los Estados Unidos resolvieron expeditivamente la cuestión, organizando sin disimulo un movimiento separatista que estalló en Panamá el 3 de noviembre de 1903 y que proclamó la soberanía de dicha provincia, constituyéndola en república independiente de Colombia. Los Estados Unidos se apresuraron a reconocer el gobierno revolucionario de Panamá y amenazaron con la guerra a Colombia si trataba de reducir a la provincia rebelde. No tuvo, pues, el gobierno colombiano más remedio que sufrir aquella desmembración, que presentaba bajo un aspecto nuevo e inaudito la doctrina de Monroe. La recién creada república de Panamá cedió a los Estados Unidos, sin retribución alguna, dos anchas fajas de terreno a un lado y otro del proyectado canal, y de este modo quedaron patentizados los móviles que habían dado margen al nacimiento de la nueva república, sexta de la serie de las centroamericanas. Sin embargo de esto, casi todas las naciones de Europa y aun de la misma América reconocieron sin dificultades el nuevo Estado, surgido tan repentina e inopinadamente.

Poco después, con motivo de cobro de créditos, ocuparon los norteamericanos las aduanas de Santo Domingo, probando que no repudiaban el sistema de cobro compulsivo de las deudas.

Róosevelt, que había alcanzado gran popularidad, no sólo por representar con fuerza las aspiraciones imperialistas de su país, en el sentido de que éste dirija la política exterior americana, sino también por la oposición que hizo a los sindicatos conocidos con el nombre de *trusts*, acaparadores de los artículos de consumo para realizar enormes ganancias, fué reelegido presidente de los Estados Unidos por gran mayoría de votos, para el período de 1905 a 1909.

Con la vehemencia propia de su carácter, pero mostrando inclinaciones simpáticas y honradas, siguió combatiendo todo cuanto pudo los agios de los negociantes multimillonarios, que medraban a costa del bienestar y aun de la salud del pueblo, impulsó con entusiasmo las obras del canal de Panamá sin desanimarse ante los obstáculos cada vez mayores que presentaba esta enorme obra de ingeniería, incomparablemente más difícil que el canal de Suez, pues había que perforar muchos kiló-

metros de terrenos roquizos; intervino oficiosamente con gran eficacia y fortuna en la guerra sostenida entre Rusia y el Japón, logrando que se reunieran en Portsmouth delegados de ambas naciones y suscribieran un tratado de paz; comisionó al secretario de relaciones exteriores Mr. Root para que realizara un viaje por los principales países de la América del Sur; y habiendo estallado en los últimos meses de 1906 un movimiento insurreccional en la isla de Cuba contra el presidente don Tomás Estrada Palma, que acababa de ser reelegido, intervino en dicha isla y volvió a colocar a su frente, con carácter interino, un gobernador en representación de los Estados Unidos.

Presidencia de Willam Taft; fomenta la guerra civil en Méjico. Mr. Woodrow Wilson, presidente de 1913 a 1917, es reelegido para un nuevo período. Su actitud en la cuestión mejicana. — Para el período de 1909 a 1913 fué elegido William Taft que había sido uno de los más activos e inteligentes colaboradores en la administración de Róosevelt. Continuó la política de aquél, si bien se manifestó refractario al imperialismo; lo que no fué obstáculo para que sus actos le presentasen como afecto a esa tendencia.

En 1910 ayudó ostensiblemente a Francisco Madero, que en Méjico se había levantado en armas contra Porfirio Díaz; y conseguida la caída del anciano presidente, al que tantos beneficios debía la república mejicana, continuó fomentando la guerra civil, que ha sumido en la miseria y en la más atroz anarquía a ese infortunado país.

Actualmente ocupa la presidencia de los Estados Unidos Mr. Woodrow Wilson, elegido para el período de 1913 a 1917 y reelegido para el de 1917 a 1921. Dedicó en un principio la mayor atención a la cuestión mejicana, pero su política vacilante le hizo fracasar en su empresa, de la que no salió tampoco muy bien librado su prestigio moral; y después de intervenir varias veces, ya por medio de comisionados especiales, ya con fuerzas armadas a las que, ostensiblemente, se daba la misión de amparar los intereses y las vidas de los extranjeros, invitó a las potencias sudamericanas a tomar sobre sí la tarea de imponer la paz a los mejicanos por buenas o malas. Rehusada por éstas la misión que se les quería encomendar y debiendo Wilson atender sobre todo

a los problemas planteados por la guerra europea, reconoció a Carranza como presidente de Méjico y dejó en la frontera un ejército destinado a impedir las intrusiones en territorio de la Unión y los excesos de algunos cabecillas.

Mr. Wilson y la guerra europea; sus notas a Alemania y a los beligerantes. Se presenta como el campeón de la paz. Estado actual del país. — Con motivo de la campaña de submarinos emprendida por Alemania, protestó Wilson por medio de varias notas que envió a esa nación y que estaban redactadas en tono enérgico, llegando a mandar una que tenía todos los caracteres de un ultimátum; pero Alemania, sin preocuparse gran cosa por las amenazas, continuó su campaña sin modificar sus procedimientos, y el presidente Wilson consideró que no debía llevar más adelante el asunto. A raíz de su reelección asumió una actitud más definida en la cuestión europea y se presentó como el campeón de la paz, dirigiendo, primeramente, una nota a los beligerantes, en que les pedía que expresasen sus respectivas pretensiones; y luego, en 20 de enero de 1917, un mensaje al Congreso de Wáshington en que afirmaba la urgencia de llegar a una paz que, para ser definitiva, debía ser « sin la victoria de ninguno de los contendientes ». En ese mensaje, al par que, de una manera velada, establecía algo así como la subordinación de las repúblicas latino-americanas a los Estados Unidos, insinuaba la posibilidad de la intervención armada de América en la guerra, si los beligerantes no se apresuraban a concertar la paz.

El presidente Wilson, antiimperialista y campeón decidido de la paz, en los últimos meses de su primer período presentó al Congreso de la Unión un programa naval y militar tan amplio que el mismo Róosevelt no había concebido nunca. Según él, los Estados Unidos deberían llegar, en un período de seis años, a tener el mayor ejército y la más poderosa escuadra del mundo.

Esta poderosa república cuenta hoy cerca de cien millones de habitantes, es la más rica de las naciones del mundo, y a pesar de las trabas que en los últimos tiempos ha opuesto a la inmigración, sigue recibiéndola en grandes proporciones. La única sombra que en el horizonte de su política exterior aparece es la probabilidad de una guerra con el Japón, motivada por el

dominio de los mares de Oriente. La apertura del canal de Panamá, efectuada a principios de 1914, ha dado a los Estados Unidos grandes ventajas estratégicas, permitiéndoles concentrar fácilmente su escuadra en el Pacífico. Un período de paz aumentaría en grandes proporciones los ya formidables recursos de los Estados Unidos, que en poco más de un siglo han logrado constituir una de las organizaciones humanas más ricas y potentes que registra la historia del mundo.

XXVIII.

LAS ANTILLAS.

Santo Domingo. — Primeras consecuencias de la anexión a España. Protesta de Haití. — Tirantez de la situación. Estalla la guerra. España renuncia a la posesión de Santo Domingo. — Santo Domingo se constituye de nuevo en república independiente. Guerra civil. Tentativas de anexión a los Estados Unidos. Causas de su fracaso. Situación actual del país.— **República de Haití**: — Gobierno de Geffrard. Es derribado por Salnave. Fusilamiento de éste; nuevas guerras civiles. Gobierno de Hipólito; sus atroces matanzas. Presidencia de Sam; conflicto con Alemania. — Presidencia de Nord. Nuevo conflicto con Alemania. Últimos gobiernos." Situación de Haití en nuestros días. — **Isla de Cuba**: — Principales episodios de su historia hasta principios del siglo XIX. — Engrandecimiento de Cuba, con motivo de la independencia continental. Intendencia de Pinillos. Duro gobierno del general Tacón. — Gobiernos de Ezpeleta, Valdés y O'Donnell. Fusilamiento del poeta mulato Plácido. Expedición filibustera de Narciso López. Gobiernos de Roncali y Gutiérrez de la Concha. — Prosperidad material de Cuba. Notas sombrías del cuadro. Influencia del abandono de Santo Domingo; plan de reformas de 1865. — Insurrección de 1868. Es depuesto el general Dulce, por un motín de voluntarios. La guerra de los diez años. Convenio de paz del Zanjón. — Situación de Cuba después de la paz. Descontento de los cubanos. Dificultades económicas. Plan de reformas de Maura. Agitación que produjo. — Insurrección de 1895. Primeras operaciones. Nombramiento de Martínez Campos como general en jefe. Fracasa su política de conciliación. Los insurrectos logran atravesar de oriente a occidente toda la isla. Renuncia de Martínez Campos. Le sucede el general Weyler. — La guerra toma un carácter encarnizado. Weyler trata de ir pacificando la isla por zonas. — Decreta la reconcentración de los campesinos en torno de ciertas poblaciones y el abandono de los cultivos. Consecuencias de esta medida. Miseria y epidemias. — Pacificación de algunas provincias. Campaña periodística contra Weyler en los Estados Unidos y en la misma España. Sube al poder en este país el partido liberal. Es relevado Weyler. — Política liberal del general Blanco. Se implanta en Cuba el régimen autonómico. Ineficacia de estas concesiones. Actitud de los Estados Unidos. Incidente del *Maine*. Declaración de guerra entre España y los Estados Unidos. — Desastres navales de España. Escasa resistencia por tierra. El gobierno español busca la paz a todo trance. Resultado de la misma. — Los Estados Unidos establecen en Cuba un gobierno interino. Liquidación de la deuda cubana. Ley de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Decepción de los patriotas cubanos. — Primeras elecciones presidenciales en Cuba. Es elegido don Tomás Estrada Palma. Su política de conciliación entre cubanos y españoles. Se le opone el partido llamado radical. Reelección de Estrada

Palma. Guerra civil. Nueva intervención de los Estados Unidos y últimos gobiernos. Situación actual de Cuba. — **Puerto Rico**: — Tentativas de los ingleses para dominarla. Rápidos progresos del país desde fines del siglo XVIII. Implantación de la autonomía. Anexión a los Estados Unidos.

SANTO DOMINGO. — Primeras consecuencias de la anexión a España. Protesta de Haití. — Ya dejamos dicho en el lugar correspondiente que la parte oriental de la isla de Santo Domingo, o sea la República Dominicana, quedó anexionada a España por acta firmada el 18 de marzo de 1861 y suscrita en primer término por su presidente el general Santa Ana. Hemos indicado también que la causa principal que movió a los dominicanos a renunciar a su independencia fué el temor de caer de nuevo en poder de la otra república establecida en la isla o sea de Haití, que les había tenido sometidos duramente desde 1822 a 1844. Desde este punto de vista no había, pues, verdadera renuncia a la independencia, sino elección entre una dependencia que por muchos conceptos les parecía insufrible y otra que juzgaban más tolerable. Sin embargo, los hechos mostraron pronto que gran número de dominicanos preferían a cualquiera de estas soluciones la conservación de la independencia obtenida a dura costa desde 1845, siquiera tuviesen que vivir arma al brazo contra las probables agresiones de Haití.

El gobierno español se dejó alucinar por las buenas disposiciones de las autoridades dominicanas y, sin examinar con el detenimiento debido la verdadera situación de los ánimos en aquel país que de nuevo pasaba a la condición de colonia, declaró incorporado el territorio de la República Dominicana a la monarquía española por decreto de 19 de mayo de 1861. Al mismo tiempo manifestó que mantendría la abolición de la esclavitud en el citado país, lo que era muy justo, ya que los dominicanos habían llevado a efecto esa humanitaria reforma; pero no podía menos de despertar análoga aspiración en la raza de color de Cuba y Puerto Rico, que seguía siendo esclava. Por otra parte, la conversión de una república americana en colonia, siquiera fuese con la aquiescencia de los habitantes, se oponía de un modo directo a la doctrina de Monroe y no podía menos de promover serias dificultades con los Estados Unidos. Si no las hubo desde luego, fué porque este país se

hallaba entonces completamente absorbido por su guerra civil entre federales y confederados.

La república de Haití protestó sin demora contra la anexión de Santo Domingo, en un manifiesto dirigido por su presidente Geffrard a todas las potencias. A esa protesta siguió la de varios Estados de la América del Sud, y aunque otros guardaron silencio, no hubo uno solo en el que tal acto no motivase contrariedad y recelos hacia la política de la antigua metrópoli.

Tirantez de la situación. Estalla la guerra. España renuncia a la posesión de Santo Domingo. — No tardaron en surgir dificultades. En primer lugar, España se veía en el caso de reconocer como oficiales, jefes y aun generales de su ejército a muchos centenares de dominicanos, lo que hubiera motivado sinnúmero de protestas, paralizado las escalas y gravado de un modo enorme el presupuesto español de guerra. Éstos y otros detalles, en que no se había pensado lo bastante, dieron margen a muchos disgustos; se pidió al ex presidente Santa Ana — a quien se había nombrado senador y marqués — que hiciera una selección de generales, jefes y oficiales, para incorporarlos al ejército español; desde luego no designó sino a partidarios suyos, pero aun así parecieron demasiados, y cuando al fin se llegó a un acuerdo, todos los excluídos quedaron, naturalmente, agraviados; los que ya eran enemigos de la dominación española encontraron ambiente propicio para combatirla y muchos de los adictos a la incorporación cambiaron pronto de modo de pensar. Por otra parte, el gobierno de España envió a la isla muchos funcionarios militares, civiles, judiciales y eclesiásticos, lo que molestó grandemente a los hijos del país y dió margen a continuos rozamientos. El mismo general Santa Ana tardó poco en sentirse vejado y reducido a un papel secundario, y es posible que, si no hubiera muerto a poco, él mismo habría tratado de volver las cosas a su estado anterior. Únase a esto la continua propaganda de los haitianos, la arrogancia de que dieron muestras algunos funcionarios enviados de la metrópoli, y la falta de tacto de ésta al no reconocer a los dominicanos representación en Cortes e imponerles tributos que no les convenían. Desde mediados de 1862 fué ya inevitable el movimiento insurreccional y dió comienzo una

guerra encarnizada en que de una y otra parte se hicieron prodigios de bravura. Los generales, jefes y oficiales dominicanos incorporados al ejército español dieron muestras de gran lealtad a su nueva bandera y se batieron con valor y habilidad insuperables contra sus paisanos. A su vez, los soldados españoles soportaron los rigores de aquel clima tropical, sufriendo privaciones y enfermedades que les diezmaron y alcanzaron el triunfo en todos los encuentros de importancia, realizando verdaderas proezas; pero los revolucionarios dominicanos no se dejaban abatir por sus derrotas y proseguían la guerra con decisión inquebrantable, persuadidos de que en esta clase de campañas los contrastes momentáneos son lo de menos y perseverar es vencer. Por último, en abril de 1865 el gobierno español, presidido por el general Narváez, presentó a las Cortes un proyecto de ley, que fué aprobado, en que se disponía el abandono de Santo Domingo. Si la anexión había sido un acto impolítico, no lo fué menos la renuncia a la soberanía del territorio dominicano; porque en la isla de Cuba tenía forzosamente que repercutir esta decisión, desprestigiando a la metrópoli y alentando a los separatistas con la persuasión de que no era difícil fatigar a España mediante una insurrección tenazmente sostenida; pero Narváez pensó sin duda que lo que tan mal había comenzado, mal había de concluir forzosamente, siendo mejor la renuncia lisa y llana que el sostenimiento indefinido de una guerra que por milagro no se había extendido ya al territorio de Haití y que de un momento a otro provocaría complicaciones mucho más graves con los Estados Unidos, recientemente pacificados por la victoria del Norte contra el Sud. Verificóse, pues, la evacuación de Santo Domingo, aunque en una forma poco discreta, pues antes de abandonar la ciudad de Montecristi volaron los españoles los fuertes de Santo Domingo y San Pedro, medida innecesaria que causó mucho descontento a los dominicanos e interrumpió la cordialidad que había presidido a las negociaciones. Por un momento se creyó que iban a reanudarse las hostilidades; pero mediaron explicaciones y al fin los españoles acabaron por retirarse del todo.

Santo Domingo se constituye de nuevo en República independiente. Guerra civil. Tentativas de anexión a los Estados Unidos. Causas de su fracaso. Situación

actual del país. — Quedaban, pues, libres los dominicanos e inmediatamente se constituyeron de nuevo en república, que desde luego fué reconocida por los Estados Unidos y por las demás naciones americanas y sucesivamente por las principales de Europa. Mientras tanto, los dominicanos no podían ponerse de acuerdo entre sí, había profundos disentimientos entre sus principales jefes y en la ciudad de Santiago se elevaban y caían gobiernos al impulso de la soldadesca. Las provincias del Norte manifestaron su simpatía por el general Pimentel, mientras las del Sur, y entre ellas Santo Domingo, se declaraban por Cabral, que fué nombrado protector de la República. No le obedecieron, sin embargo, en varias regiones de la isla, estalló la guerra civil y hubo un largo período de anarquía durante el cual se sucedieron varios presidentes en poco tiempo. Con esto el desaliento de algunos dominicanos, deseosos de tranquilidad, llegó a tal punto que, perdida la esperanza de que su país pudiera gobernarse como Estado independiente, hicieron trabajos para la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos. El gobierno del general Grant acogió bien la idea y sin protesta del presidente dominicano, general Báez, propuso la anexión en el mensaje presentado al Congreso de 1869, pero este proyecto fué rechazado casi por unanimidad. Volvió a insistir el presidente Grant en su mensaje de 1870, pero tropezó con la misma resistencia en las Cámaras y al fin desistió de su propósito. Sin embargo, la bahía de Samaná estuvo por algún tiempo en poder de las autoridades marítimas norteamericanas, pues el gobierno de Santo Domingo se la había arrendado por 50 años al precio de 150 mil pesos anuales. Desde 1874 la citada bahía pasó a una compañía angloamericana.

En 1877 fueron descubiertos en Santo Domingo, en unas excavaciones practicadas en la catedral, los restos del descubridor de América, el insigne Cristóbal Colón. Promovióse con este motivo una discusión muy viva y apasionada entre los que afirmaban la autenticidad de esos restos y los que la negaban, suponiendo que el féretro del gran navegante había sido transportado a la Habana; pero todo induce a suponer que en este punto la razón está de parte de los dominicanos.

La república de Santo Domingo ha sido gobernada desde 1877 hasta 1900, esto es, durante 23 años, por el general Ulises

Heureaux, que ha logrado pacificar el país, con beneficio de su progreso material. La República Dominicana vive siempre recelosa de los avances de Haití, que se contiene por temor a la intervención de los Estados Unidos. Si esta última república no ha propendido resueltamente a la anexión de toda la isla, ha sido, sin duda, porque la población de la misma pertenece en gran parte a la raza negra, a la que profesan decidida aversión los norteamericanos. Los últimos presidentes de Santo Domingo han sido los generales Jiménez, Morales y Ramón Cáceres, cuyo mandato terminado en 1908 se prolongó hasta 1914; sucedió a éste Juan Isidoro Jiménez, que no duró mucho, porque, tras una serie de motines, revueltas y choques, cayó para ser sustituído por el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, quien debería ejercer la presidencia hasta 1920; pero es raro que alguno de los presidentes cumpla su mandato constitucional.

La superficie del territorio dominicano es de 48 mil kilómetros cuadrados y la población se aproxima a 500 mil habitantes, casi todos negros, mulatos y mestizos de negro y caribe. El territorio es fértil y el clima, en general, caluroso, húmedo y malsano. Abundan los bosques, con excelentes maderas, que constituyen uno de los principales artículos de exportación; se cultiva tabaco, cacao, algodón, y caña de azúcar. La riqueza minera es grande, pues hay minas de oro, plata, estaño, hierro, petróleo, azufre y sal; pero la explotación es aun rudimentaria. Existe relativa abundancia de ganados vacuno, caballar, mular, asnal, lanar y de cerda.

El idioma oficial es el español y la religión la católica, con libertad de cultos. Rige la Constitución de 1844, revisada y modificada en varias ocasiones, la última en 1888. El presidente es elegido por seis años, mediante el sufragio universal; el poder legislativo consta de una sola Cámara, llamada el Congreso Nacional, con 22 diputados a razón de dos por provincia o distrito. El comercio de importación se calcula en unos cinco millones de pesos oro y el de exportación en algo más de seis millones y medio. Hay unos 500 kilómetros de ferrocarriles y los caminos carreteros son pocos y deficientes. La instrucción va progresando con lentitud. La deuda pública se aproxima a 14 millones de pesos oro y el presupuesto anual a 4 millones. La capital es Santo Domingo, con menos de 20 mil habitantes,

y las ciudades principales Santiago de los Caballeros, La Vega, Puerto Plata, Barahona, Samaná y Montecristi.

RÉPÚBLICA DE HAITÍ. — Gobierno de Geffrard. Es derribado por Salnave. Fusilamiento de éste; nuevas guerras civiles. Gobierno de Hipólito; sus atroces mantanzas. Presidencia de Sam; conflicto con Alemania. — Ya se indicó anteriormente que el negro Soulouque, proclamado emperador en 1849 bajo el nombre de Faustino I, gobernó despóticamente y vivió en constante lucha con los mulatos hasta que le derribó del poder, a fines de 1858, una insurrección militar, capitaneada por el general Geffrard, quien restableció la república y la Constitución de 1846 con algunas modificaciones. Geffrard se sustuvo en el poder nueve años, durante los cuales tuvieron efecto la anexión de Santo Domingo a España y la guerra de los dominicanos descontentos contra su antigua y reciente metrópoli. El presidente de Haití, que habia protestado contra la anexión y vístose obligado a devolver algunos territorios, apoyó cuanto pudo con dinero, armas y hombres a los insurrectos dominicanos, hasta que terminó la guerra en 1865. Dos años después fué derribado del poder por uno de sus antiguos favoritos, el general Salnave, quien gobernó poco más de dos años, pues habiendo estallado contra él una sublevación a la vez popular y militar, murió fusilado el 15 de enero de 1870. Entonces fué nombrado presidente Nissage Saget, a quien sucedieron Miguel Dominico y Boisrond Canal. En 22 de octubre de 1879 ocupó la presidencia el general Salomón, por un período de siete años. En 1886 se hizo reelegir, pero una revolución le arrojó del poder y entonces se disputaron la presidencia los generales Seide Telémaco y Legítimo, encendiéndose una tremenda guerra civil que terminó con la muerte del primero en Puerto Príncipe (28 de septiembre de 1888). Legitimo se proclamó presidente, mas no gozó en paz su victoria; pues los antiguos partidarios de Telémaco siguieron la lucha, tomando como jefe al general Hipólito, que al fin logró derrotar a su adversario y se hizo proclamar presidente el 9 de octubre de 1889, siendo sancionada su elección por las Cámaras en 15 de mayo de 1890.

Continuaba la agitación en los ánimos, porque la guerra civil es el estado normal en aquella comarca, y en mayo de 1891 fué

el presidente Hipólito objeto de un atentado, disparándosele varios tiros que no le hirieron. Esto dió lugar a una serie de violencias del presidente, que encerró en la cárcel a 250 personas de las que juzgaba comprometidas. Uno de los presos, el general Jully, consiguió fugarse y en su lugar se encarceló a su esposa. Habiendo circulado el rumor de que iban a ser asesinados los presos se alzó una parte del pueblo de Puerto Príncipe y les puso en libertad, arrollando a los guardianes. El gobierno reunió tropas e hizo fuego contra la multitud, ocurriendo escenas de horror, entre ellas el fusilamiento de un grupo de diez y siete personas. Durante dos meses continuaron los asesinatos y las proscripciones; los representantes del cuerpo diplomático visitaron al presidente para pedirle que hiciera cesar las matanzas, y les recibió éste con tan descompuestos modales que protestaron y circuló la noticia de que Hipólito había perdido la razón. Siguió, no obstante, en el poder, oprimiendo al pueblo con su despotismo y sus sospechas, acompañadas de duras persecuciones. Sus enemigos, que eran muchos, no pudiendo vencerle, asolaban el país con depredaciones salvajes y con terribles incendios. Por fin Hipólito dejó el poder en 1895, sucediéndole el general Simón Sam que fué también muy hostilizado por los revoltosos. Éstos, en 28 de diciembre de 1897, incendiaron todo un barrio de Puerto Príncipe, causando con ese acto de feroz barbarie muchas víctimas. Malos tratamientos inferidos más tarde a un súbdito alemán dieron margen a un conflicto; porque habiendo reclamado la legación de Alemania, creyó el gobierno haitiano que podía escudarse con la protección de los Estados Unidos y se negó a satisfacer las reclamaciones del Imperio. Pero los Estados Unidos, donde tanto influjo tienen los principios de raza, no creyeron deber aplicar la doctrina de Monroe a un Estado negro y dejaron a la república de Haití entregada a sus propias fuerzas, con lo que Alemania quedó dueña de la situación y obtuvo todas las reparaciones que deseaba.

Presidencia de Nord. Nuevo conflicto con Alemania. Últimos gobiernos. Situación de Haití en nuestros días. — En 1902 subió a la presidencia el general Alexis Nord, quien hubo de hacer frente a reclamaciones de varias potencias extranjeras, especialmente de Alemania, que no habiendo obtenido inmediata satisfacción, echó a pique, con uno de sus

cruceros, un buque haitiano. Los Estados Unidos, muy ocupados entonces con la cuestión de Venezuela, se desentendieron de este nuevo conflicto y el gobierno de Haiti hubo de ceder una vez más a las imposiciones de la fuerza.

Aunque luchando con graves dificultades y continuas tentativas de insurrección, entre ellas la del general Firmín, logró el general Nord sostenerse en la presidencia hasta que, hallándose próximo el período de su reelección el 2 de diciembre de 1908, fué arrojado del poder, ocupando su puesto el general Antonio Simón, que a los pocos meses, en los comienzos de 1909, fué elegido presidente en forma legal, hasta 1915. Actualmente ocupa la presidencia el general Philippe Sudre d'Artiguenave, elegido el 11 de agosto de 1915 y que debería terminar su mandato en 1922, cosa muy problemática, dadas las costumbres de ese país.

La república de Haití ocupa la parte occidental de la isla de Santo Domingo y no tiene más que 28.676 kilómetros cuadrados de superficie, esto es, poco más de la mitad de territorio que la inmediata república dominicana, pero su población es mucho mayor que la de ésta, calculándose en 1.500.000 habitantes, que en sus nueve décimos pertenecen a la raza negra y casi todo el resto a los mulatos, siendo muy contados los blancos. El comercio de importación es de 6.500.000 pesos oro y el de exportación de 13 millones. La deuda pública pasa de 20 millones de pesos y los ingresos anuales se calculan en la mitad de esa cifra. El país es montañoso y las producciones son análogas a las de Santo Domingo, pero está mucho más desarrollado el cultivo del café, que es el principal artículo de exportación; también se exporta palo campeche, cacao, algodón, añil y maderas. La capital es Puerto Príncipe y las poblaciones más notables Cayos, Cabo Haitiano, Gonaives, Jacmel, Jeremie y Puerto Paz.

ISLA DE CUBA. — Principales episodios de su historia hasta principios del siglo XIX. — Esta isla, descubierta por Cristóbal Colón en su primer viaje, fué conquistada y colonizada desde 1511 por D. Diego de Velázquez, que fundó las poblaciones de Baracoa, Sancti Spíritus, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba y la Habana. Muchos de los colonos de la Española pasaron a establecerse a este país, y desde el mismo se

organizó la expedición de Cortés a Méjico. Muerto Diego Velázquez en 1524, le sucedió en el cargo de gobernador Manuel de Rojas, y a éste Gonzalo de Guzmán, en cuyo tiempo se comenzó la introducción de esclavos negros. Los corsarios franceses atacaron muchas veces las costas de la isla durante el siglo XVI, retirándose con algún botín, aunque no muy considerable, por ser aún muy escasos la población y el cultivo. El gobernador Chaves introdujo, hacia el año 1550, el cultivo de la caña de azúcar, que no tardó en adquirir gran desarrollo. Desde 1553 el gobierno de esta colonia pasó desde Santiago de Cuba a la Habana, por la excelente posición estratégica y mercantil de esta ciudad, muy pequeña todavía, pues su población llegaba apenas a dos mil habitantes. Combatidos con energía desde 1566 los corsarios franceses del golfo de Méjico y destruídos sus establecimientos de la Florida, ya no hubo que temer sus ataques, pero en cambio se sufrieron los de los piratas ingleses, siendo el más temible Drake. Durante el siglo XVII sufrió la isla muchas depredaciones de corsarios de diversos países, sobre todo ingleses y holandeses, y se fortificó el puerto de la Habana, cuya importancia comercial crecía con rapidez.

A principios del siglo XVIII había tomado ya mucho incremento el cultivo del tabaco, que constituía una gran fuente de riqueza, por ser apreciada en todos los países su cualidad inmejorable; y una sublevación de vegueros o tabaqueros, opuestos al estanco de aquel artículo, obligó a renunciar su puesto al gobernador don Vicente Raja. Sucedióle don Gregorio Guaso Calderón, quien habiendo llevado un regular contingente de tropas para imponer su autoridad, desalojó a los ingleses de las islas de Bahama y sometió a los vegueros sublevados, ajusticiando a sus jefes. Desde 1734 a 1745, gobernó don Juan Güemes Orcasitas, que defendió la isla contra el pirata inglés Vernon, que se había hecho dueño de Guantánamo y de otros puertos. En 1762, los ingleses pusieron sitio a la Habana, que al fin cayó en su poder, después de haberse resistido durante más de dos meses. En el siguiente año, sin embargo, los ingleses devolvieron a España la Habana, por el tratado de Versalles. Poco después una expedición española, al mando del general O'Reilly, se apoderó de la Luisiana, incorporando ese vasto territorio a la jurisdicción de Cuba. Entre los goberna-

dores que más impulso dieron al ensanche de la Habana durante el siglo XVIII, figuró el conde de Ricla, que llevó a efecto muchas mejoras en dicha ciudad.

Al estallar la guerra entre la Gran Bretaña y sus colonias de Nueva Inglaterra, el gobierno español, aliado de Francia, favoreció la independencia de los norteamericanos y envió a la Luisiana una expedición mandada por el general Gálvez, que obtuvo algunos triunfos y tomó a los ingleses las plazas de Panzacola y Móbila. En cambio una expedición marítima, capitaneada por don Juan Cagigal, intentó en vano apoderarse de la isla de Jamaica, siendo rechazada por los ingleses con grandes pérdidas.

Engrandecimiento de Cuba, con motivo de la independencia continental. Intendencia de Pinillos. Duro gobierno del general Tacón. — La insurrección general de las colonias americanas contra España a principios del siglo XIX tuvo escasa repercusión en la isla de Cuba. En 1812 hubo un movimiento de negros, favorecido por Haití y que estalló en varios ingenios de las provincias de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba; pero fué sofocado en pocos días por el gobernador general don Salvador de Muro, marqués de Someruelos, siendo ejecutados José Antonio Aponte y ocho jefes más.

Al sublevarse contra España las posesiones del continente americano, emigraron a Cuba gran número de españoles de Méjico, Florida, Luisiana, Santo Domingo, Colombia y Venezuela, con lo que la población de la isla aumentó de un modo considerable. Además, el rey Fernando VII, cuyo mal gobierno tantos perjuicios ocasionó a España, y tanto influyó en la pérdida del imperio colonial, fué para la isla de Cuba un excelente administrador; aceptó el vasto plan de reformas que le propuso el intendente Pinillos, al que dió facultades extraordinarias, y de este modo prosperó Cuba, en pocos años, de tal suerte que llegó a valer para la metrópoli lo que no habían valido las demás colonias juntas. El cultivo de la caña y del tabaco tomó proporciones extraordinarias, se desarrolló en vasta escala el comercio y los habitantes de Cuba alcanzaron un término medio de riqueza y comodidades que se hizo proverbial en el mundo y que les adhirió más a la causa de la metrópoli, que obtenía aquí resultados harto más felices que en los demás

pueblos que había conquistado con heroísmo y colonizado sin acierto. Este bienestar general fué causa de que no arraigaran en Cuba las tendencias separatistas manifestadas desde 1823, en que ya hubo partidarios declarados de la independencia o de la anexión a Méjico o a los Estados Unidos, y de que fracasara en 1828 una conspiración separatista en Puerto Príncipe, siendo ejecutados sus iniciadores Francisco Agüero y Manuel Sánchez.

La trata de esclavos africanos se había suprimido por real orden desde 1817, siendo capitán general don José Cienfuegos; pero siguió verificándose clandestinamente durante casi medio siglo más, favorecida por la proximidad de los Estados Unidos y del Brasil.

En 1834 fué nombrado capitán general de Cuba don Miguel Tacón, que había prestado servicios en el archipiélago filipino y en la guerra de América. Se dedicó con éxito a enfrenar el bandolerismo, restableció la seguridad en los campos y en las ciudades e inauguró el primer ferrocarril, desde la Habana a Güines. Su política no fué, sin embargo, tan acertada como su administración, pues era en extremo suspicaz, creía ver por todas partes conspiradores separatistas y gobernaba de un modo despótico, mostrando gran recelo hacia los hijos del país, lo que ahondó la división entre éstos y los peninsulares. En 1836 el comandante general de Santiago de Cuba, don Manuel Lorenzo, desconoció la autoridad de Tacón y se sublevó contra él proclamando la constitución de 1812, que había triunfado en España y que el capitán general no mostraba deseos de promulgar en la isla de Cuba. El general Lorenzo se vió abandonado por sus tropas y tuvo que refugiarse en Jamaica con algunos oficiales y sargentos.

Gobiernos de Ezpeleta, Valdés y O'Donnell. Fusilamiento del poeta mulato Plácido. Expedición filibustera de Narciso López. Gobiernos de Roncali y Gutiérrez de la Concha. — En 1838 fué relevado el general Tacón por don Joaquín de Ezpeleta, al que sucedió en 1841 don Jerónimo Valdés, que se había distinguido mucho en la guerra del Perú. El general Valdés, hombre de honradez acrisolada y de convicciones liberales, gobernó con templanza y equidad, lo que le valió censuras de los elementos intransigentes que se llama-

ban ya entonces « los españoles incondicionales ». Suprimió muchos conventos, reformó la moneda y reorganizó los estudios de la universidad de la Habana. Le sucedió en 1843 el general don Leopoldo O'Donnell, que mostró un criterio más estrecho y suspicaz. En tiempo de éste se descubrió una conspiración contra los blancos para establecer en la isla una república de gente de color, a la manera de las de Haití y Santo Domingo. Resultó bastante comprometido en estos trabajos el distinguido poeta Gabriel de la Concepción Valdés, conocido por el mulato Plácido, y aunque la clemencia habría sido un acto de buena política, el general O'Donnell le hizo fusilar con varios de sus compañeros de conspiración.

En 1850, gobernando la isla el general Roncali, desembarcó en el puerto de Cárdenas una expedición de 500 filibusteros, organizada en los Estados Unidos y capitaneada por don Narciso López, venezolano, que había llegado a general de brigada en el ejército español distinguiéndose por su bravura y siendo más tarde separado de las filas por algunas faltas graves. Había ya entonces en Cuba elementos separatistas de no poca entidad, que se entendían con los Estados Unidos, siempre deseosos de establecer su dominación en la perla de las Antillas. La expedición de Narciso López consiguió apoderarse de Cárdenas, defendida sólo por un destacamento de 17 soldados; pero no tardó en ser batida y hubo de reembarcarse con bastantes pérdidas. El gobierno español comprendió entonces la necesidad de reforzar el ejército de Cuba, y envió con fuerzas de alguna consideración al general don José Gutiérrez de la Concha, argentino de nacimiento, que tomó posesión de aquel gobierno a principios de 1851.

Pocos meses después, se alzaron en armas algunas partidas de insurrectos, que fueron perseguidas y derrotadas. El objeto de este alzamiento era distraer fuerzas españolas para favorecer una nueva invasión del aventurero Narciso López, que desembarcó con unos 500 hombres bien armados cerca de Bahía Honda. En las Pozas, fué atacado por tres compañías, a las que causó grandes pérdidas con el fuego de sus rifles; pero al fin, reforzadas las tropas, lograron desalojar de sus posiciones a los filibusteros, los persiguieron y capturaron a casi todos, aunque sufriendo no pocas bajas, entre ellas la del general don Manuel Enna, que murió en uno de los encuentros. Narciso López, que

había logrado escapar, fué descubierto y preso, conduciéndosele a la Habana, donde murió ahorcado en garrote. En la misma ciudad se fusiló a 70 filibusteros, muchos de ellos norteamericanos, indultándose a 180.

La protección que hallaban en los Estados Unidos estas tentativas fué causa de un cambio de notas entre los gobiernos de España, Francia e Inglaterra y el de aquella república. Se propuso al gobierno de los Estados Unidos que, para tranquilizar los ánimos y desautorizar la propaganda de los separatistas, declarase que no aspiraba a la anexión próxima ni remota de la isla de Cuba (año 1853). El secretario de Relaciones Exteriores contestó en términos ambiguos a esa proposición de la Gran Bretaña, manifestando que por lo pronto los Estados Unidos no abrigaban pretensión alguna sobre la gran Antilla; pero que era imposible prever las contingencias del porvenir y arriesgado comprometer con pactos ilusorios la libertad de acción de las futuras generaciones.

Prosperidad material de Cuba. Notas sombrías del cuadro. Influencia del abandono de Santo Domingo; plan de reformas de 1865. — La prosperidad material de Cuba seguía en aumento; su tabaco y azúcar se cotizaban a precios muy remuneratorios en todos los mercados; el bienestar era allí general y grande, siendo pocos los inmigrantes emprendedores que, una vez aclimatados, no veían abierto el camino de la fortuna; pero a este cuadro risueño no le faltaban sombras. En primer lugar la fiebre amarilla causaba muchos estragos entre los recién llegados a la isla, y el terror que inspiraba era tan poderoso, que nunca fué allí grande la corriente inmigratoria, ni aun entre los mismos españoles. La tercera parte de la población estaba compuesta de esclavos, cuyas fatigas y sufrimientos servían de base a la prosperidad de los libres. La natural riqueza del país suplía muchos errores; pero la administración oficial era rutinaria y en muchos casos corrompida, no siendo raro que empleados de corto sueldo, sobre todo en el ramo de aduanas, obtuvieran gajes escandalosos. Un empleo para Cuba era mirado como una patente de corso y, con frecuencia, esta opinión resultaba muy fundada. Por fin, la gran cultura que habían alcanzado los habitantes de la isla les hacía mirar cada día con más aversión la política despótica

y recelosa de los capitanes generales, que gobernaban el país con poderes prácticamente ilimitados y no toleraban ninguna de las libertades políticas sin las que la vida moderna pierde sus principales atractivos, convirtiéndose en una estéril vegetación. La libertad, que faltaba en las leyes, sobraba en las costumbres, que eran muelles y corrompidas, como las de todos aquellos pueblos en que a la riqueza natural y a las influencias del clima se unen las facilidades de la esclavitud, manantial perenne de depravación así en los amos como en los siervos. Las comodidades de la existencia material no compensan nunca la falta de libertad para los espíritus elevados, de modo que en Cuba, no obstante la prosperidad de la industria y del comercio, se acrecentaba de día en día el malestar moral de los muchos hombres instruidos que no se avenían a ver su tierra administrada bajo un régimen militar.

En 1855 fué ejecutado en la Habana un catalán llamado Pintó, al que supusieron, más que probaron, ideas separatistas. Pero castigar las ideas en vez de los actos inequívocos, es salir del terreno del derecho para entrar en el de la arbitrariedad, fomentando la delación y haciendo ilusorias las garantías jurídicas. En vez de ganar la voluntad de los cubanos con un sistema de libertad, se les mostraba extremada desconfianza, y esto fomentaba las conspiraciones, en vez de quitarlas estímulo.

La anexión de la República dominicana, en 1861, y la insurrección que estalló año y medio más tarde, y que tuvo por resultado el abandono de la isla, fué, como no podía menos, de consecuencias políticas desastrosas para la causa de España en Cuba. Pareció darse cuenta del peligro el gobierno español, y en 1865, siendo presidente del Consejo el general O'Donnell, y ministro de Ultramar don Antonio Cánovas del Castillo, se abrió una información amplia sobre las reformas que convenía establecer en la administración y gobierno de la isla de Cuba. Los delegados cubanos que acudieron a Madrid pedían reformas arancelarias, que abriesen los mercados peninsulares a las producciones de la isla y además algunas libertades políticas; pero los elementos reaccionarios y exclusivistas se impusieron, según costumbre, y nada se hizo para unir las voluntades de cubanos y españoles.

Insurrección de 1868. Es depuesto el general Dulce, por un motín de voluntarios. La guerra de los diez años. Convenio de paz del Zanjón. — En 10 de octubre de 1868 estalló en la isla de Cuba una formidable insurrección separatista, iniciada en Yara por don Carlos Manuel de Céspedes. Acababa de triunfar entonces en España una revolución de tendencias democráticas, que derribó el trono de doña Isabel II, estableciendo un gobierno provisional, que duró más de dos años y fué una verdadera república de hecho, con el nombre de regencia, siendo jefe del poder ejecutivo el general don Francisco Serrano, duque de la Torre. Éste, que había sido capitán general de Cuba y conocía el estado de los ánimos en aquella colonia, propendió al principio a dominar el movimiento por medios conciliatorios y relevó al capitán general Lersundi, reemplazándole con el general Dulce, que llevaba instrucciones pacíficas y que, en efecto, quiso entrar en arreglos con los jefes de la insurrección, mediante un armisticio y la promesa de reformas liberales. Pero los elementos españoles de la isla no querían oir hablar siquiera de transacción de ninguna especie; pensaban que la dignidad nacional quedaría por los suelos si no se terminaba la guerra a sangre y fuego y, habiendo organizado cuerpos de voluntarios, se sublevaron en la Habana contra el capitán general Dulce, quien, mal secundado por la guarnición, no tuvo más remedio que renunciar su puesto y embarcarse para España. Le sucedió el general Caballero de Rodas, quien trató de acabar la guerra por las armas y a fuerza de rigor; multiplicáronse los procesos de infidencia y los fusilamientos; los insurrectos, a su vez, cometieron no pocas depredaciones y crueldades, e inflamadas de una y otra parte las pasiones, tomó la guerra un carácter terrible y doloroso. Transcurrieron los años y se sucedieron los capitanes generales sin que la lucha terminara; pues el gobierno español exigía, para entrar en la senda de las reformas, la previa sumisión de los insurrectos; y éstos, a su vez, o por desconfianza hacia esas reformas o por creer que, perseverando, alcanzarían la independencia, no abandonaban las armas. En suma, despues de diez años de pelea incesante, en que los combates de alguna importancia fueron la excepción, reduciéndose casi todos a escaramuzas o a pequeñas acciones, pues los insurrectos, conociendo en sus menores de-

talles el terreno en que operaban, seguian la táctica de guerrillas y sorpresas, se convino en 1878 en hacer la paz mediante un pacto por el que España concedía a la isla de Cuba una serie de reformas administrativas y políticas, inspiradas en el criterio de la asimilación; esto es, en considerar en todo lo posible a la colonia como una provincia o serie de provincias de España. Merced a este convenio, celebrado en la Zanjón de parte de la metrópoli por el general Martínez Campos, y de parte de los insurrectos por los principales jefes, la isla de Cuba enviaría diputados y senadores a las Cortes españolas, se aboliría gradualmente en un plazo de diez años la esclavitud de los negros; la colonia se dividiría en seis provincias : Pinar del Rio, Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba; se establecerían diputaciones provinciales, se implantarían las libertades de imprenta, reunión y asociación, quedarían restringidas las antiguas facultades de los capitanes generales y se daría gran intervención a los naturales del país en los puestos públicos.

Durante la guerra de los diez años habían sido generales en jefes o capitanes generales, por parte de la metrópoli, Dulce, Caballero de Rodas, el conde de Balmaseda, Ceballos, Pieltain, Jovellar, el general don José de la Concha y el general Martínez Campos. Entre los jefes insurrectos se distinguieron notablemente Máximo Gómez, antiguo jefe dominicano que había servido a España y luego reveló, como caudillo de los cubanos, grandes cualidades estratégicas; Calixto y Vicente García, Sanguily, Crombert, Rabí, Guillermón y Maceo, hombres de color los tres últimos, que no admitieron el convenio del Zanjón y sostuvieron aun durante otros dos años la guerra en las provincias de Oriente. Por lo demás, el número de cabecillas blancos o de color fué muy grande, siendo muchos de ellos hombres de buena posición, que perdieron sin vacilar sus intereses por lanzarse a la guerra. Ésta fué ruinosa, tanto para la isla de Cuba como para España, calculándose las pérdidas que ocasionó a uno y otro país en cerca de dos mil millones de pesos oro. Desde el punto de vista militar ya hemos dicho que las batallas o combates importantes fueron la excepción, reduciéndose casi todo a sorpresas o encuentros de no gran entidad, porque se trataba de una guerra de partidas y destacamentos; sin embargo, las fatigas de las incesantes marchas y contra-

marchas y la funesta acción del clima fueron causa de que España perdiese allí no menos de cien mil hombres, siendo también considerables, aunque más reducidas, las bajas de los insurrectos. Muchas fortunas se arruinaron por las dificultades opuestas a la producción; pero tal era la riqueza de la isla que bastaron algunos años de paz y trabajo para reparar esos desastres financieros.

Situación de Cuba después de la paz. Descontento de los cubanos. Dificultades económicas. Plan de reformas de Maura. Agitación que produjo. — El régimen de asimilación distaba de satisfacer las aspiraciones de los cubanos : éstos deseaban gobernar en su país y para ello no tenían sino dos medios, la independencia o la concesión de un régimen autonómico. Esta última, solución, adoptada con tiempo, habría hecho posible la conservación de Cuba por España, sobre todo si le acompañaban medidas de reciprocidad mercantil, que asegurasen mercado a los productos cubanos en la metrópoli. No se hizo nada de esto; los gobiernos españoles se opusieron resueltamente a conceder la autonomía a Cuba; esta isla siguió invadida por legiones de empleados y de militares que tenían señalado allá un sueldo casi tres veces mayor que en la península, sin que la carestía de la vida guardase relación con tan enorme aumento, y además, aunque no faltasen muchos empleados probos, había otros que sólo trataban de redondear a toda prisa una fortuna y no retrocedían para ello ante las más graves incorrecciones. Cuba tenía que pagar la deuda contraída durante la guerra, a cuyo efecto un banco especialmente creado — el Hispano Colonial — intervenía los ingresos de las aduanas para hacer frente a dos fuertes emisiones de billetes hipotecarios. El presupuesto de gastos de la isla subió pronto a cerca de 24 millones de pesos oro, y habiendo sufrido una fuerte baja los azúcares, la situación económica, en otro tiempo floreciente, empezó a ser difícil; de modo que lejos de dar el tesoro de la isla sobrantes para España, necesitaba con frecuencia el auxilio de la metrópoli. En cuanto a los partidos políticos organizados después de la paz, eran el español incondicional, llamado constitucional, cuya fórmula era el mantenimiento del *statu quo*, sin reforma ninguna, y el partido autonomista, que deseaba de buena fe la

unión con España, no obstante las suspicacias y recelos de que era objeto por parte de los peninsulares y el desdén con que sus hombres se veían tratados por los separatistas, que les llamaban *austriacantes* y ridiculizaban su adhesión a la metrópoli. Las polémicas de la prensa, generalmente agrias y personales, reflejaban la tirantez entre los partidos y el malestar de los ánimos.

Desde 1878 a 1880 tuvo el mando superior de la isla el general don Ramón Blanco, que terminó la llamada *guerra chica*, mantenida por Maceo y otros en las provincias de Puerto Príncipe y Santiago. Le sucedió el general Prendergast, siguiendo después los generales Fajardo, Chinchilla, Marín, Salamanca y Polavieja, quien en sus comunicaciones confidenciales al gobierno, desde 1890, manifestó ya las más graves alarmas por el incremento que tomaban las aspiraciones separatistas, grandemente alentadas por los Estados Unidos, que eran el más fuerte mercado de Cuba. Los gobiernos españoles dejaban correr el tiempo sin emprender obras tan urgentes como el ferrocarril central de la isla, ni modificar la ley de relaciones mercantiles que hacía de Cuba un mercado para los productos españoles, pero sin otorgar reciprocidad a los productos cubanos, de modo que la isla estaba distanciada de la metrópoli por sus aspiraciones políticas y por sus intereses.

Así las cosas, en 1893 hubo en la isla una gran agitación de los ánimos, con motivo de un plan de reformas administrativas propuesto por el ministro español don Antonio Maura, que trató de sustituir el régimen de asimilación por otro de tendencias moderadamente autonómicas.

Este plan obtuvo la adhesión, no sólo de los autonomistas, que le consideraban como una transición conveniente para el triunfo de sus ideales, sino de muchos afiliados al partido llamado español o de unión constitucional, que se disgregó formando dos grupos rivales. Uno de ellos tomó el nombre de partido reformista, y en el calor de la lucha con sus antiguos correligionarios llegó a las fronteras del autonomismo. El capitán general don Emilio Calleja, identificado con las opiniones del ministro español Maura, favoreció cuanto pudo la tendencia reformista y la isla de Cuba llegó a un grado de agitación política desconocido desde hacía muchos años. Después de varios meses de apasionada expectación, las Cortes españolas, juz-

gando demasiado atrevido el plan del Sr. Maura, sancionaron otro menos avanzado pero que, de todos modos, representaba un cambio de orientación en las relaciones de la metrópoli con la colonia. El partido de la unión constitucional tuvo que optar entre disolverse o cambiar de programa y eligió, aunque con disgusto, esta última solución. En cambio los autonomistas se consideraron defraudados y esto dió gran fuerza moral a los elementos separatistas, según los cuales debía observarse con la metrópoli una política de pesimismo, pues cada anuncio de reformas se convertía en un nuevo desengaño. Lo cierto es que, con reformas o sin ellas, existía una vasta conspiración, que fué singularmente favorecida por la agitación a que dieron margen los proyectos del señor Maura, y por algunas frases nada prudentes que, al aprobarse el nuevo plan, pronunció ese ministro al decir que ya era tiempo de que la isla de Cuba empezase a ser gobernada con arreglo a los principios de la justicia.

Insurrección de 1895. Primeras operaciones. Nombramiento de Martínez Campos como general en jefe. Fracasa su política de conciliación. Los insurrectos logran atravesar de oriente a occidente toda la isla. Renuncia de Martínez Campos. Le sucede el general Weyler. — El 24 de febrero de 1895 se alzaron partidas insurrectas en varios puntos de la isla al grito de : « Vivan las reformas de Maura! » consigna engañosa, pues se trataba de un movimiento netamente separatista, que contaba con fuerte apoyo en los Estados Unidos. Había a la sazón pocas fuerzas españoles en Cuba, de modo que durante los dos primeros meses no fué posible acometer operaciones de importancia, ni evitar el desembarco de varias expediciones insurrectas. El gobierno liberal de España fué sustituído por otro conservador presidido por don Antonio Cánovas del Castillo, quien empezó por suspender la aplicación del plan de reformas y envió a Cuba con grandes refuerzos al general Martínez Campos, que había terminado la guerra anterior gracias a su política prudente y conciliadora.

Cuando el general Martínez Campos llegó a la isla de Cuba, la insurrección había tomado ya gran incremento : los cabecillas Máximo Gómez, Maceo, Calixto García, Rabí y otros estaban al frente de fuerzas considerables, sobre todo en las pro-

vincias de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba y sostuvieron verdaderas batallas contra fuerzas mandadas por el mismo general en jefe. Éste procuró detener el vuelo de la insurrección, no sólo imprimiendo actividad a las operaciones, sino apelando a medidas de clemencia y ofreciendo frecuentes indultos; pero los insurrectos no correspondieron a esa política y, por el contrario, imprimieron a la guerra un carácter duro y violento, como para demostrar que no admitían transacciones ni arreglos de ninguna especie. Prohibieron a los agricultores cultivar sus campos, imponiendo pena de muerte a los que tratasen de hacer la zafra o recolección, y varias ejecuciones de propietarios demostraron que ésta no era una vana amenaza. Varios trenes de pasajeros fueron volados con dinamita por las partidas insurrectas; no pocos cabecillas presentados a indulto y puestos en libertad volvieron a tomar las armas : en suma, los sublevados hicieron todo lo posible para que España comprendiese que la guerra no podía terminar por medio de convenios. Por otra parte, desde octubre de 1895, los caudillos Máximo Gómez y Maceo unieron sus fuerzas para realizar una expedición a través de la isla de Cuba; arriesgado alarde militar que fué coronado por el éxito. Atravesaron las provincias de Santiago y Puerto Príncipe, quemando cafetales y cañaverales y esquivando el encuentro con las columnas españolas, sin perjuicio de hacerlas frente cuando era necesario; invadieron Las Villas y la provincia de Matanzas llevando tras de sí el incendio y la desolación y dejando en la miseria a millares de familias; penetraron después en la jurisdicción de la Habana, pasando a pocas leguas de la capital y entregando a las llamas gran número de ingenios, y por fin Máximo Gómez retrocedió hacia oriente, mientras el jefe mulato Maceo, al frente de algunos millares de hombres, invadía la provincia de Pinar del Río, sosteniendo reñidas acciones con las fuerzas españoles. Esta osada excursión por toda la isla acrecentó extraordinariamente el ánimo de los insurrectos, que nunca se habían atrevido a tanto en la guerra anterior; por todas partes brotaron partidas, y los españoles no volvían de su asombro al ver que más de ochenta mil soldados no habían polido destruir, ni siquiera detener a unos cuantos millares de rebeldes, en su marcha provocativa y moralmente triunfal desde la punta de Maisí al cabo de San Antonio.

El general Martínez Campos había fracasado esta vez militar y políticamente en Cuba, y así lo reconoció. Por otra parte, los españoles, indignados por los incendios y depredaciones de los insurrectos, querían una política de represalias e influyeron poderosamente en el gobierno de Madrid para que se nombrara un nuevo capitán general. Una comisión formada por los hombres más influyentes se presentó a Martínez Campos, exponiéndole la necesidad de que adoptase otra política o dejara el puesto a quien quisiera representarla, y únicamente los autonomistas declararon que le apoyarían incondicionalmente, por creer que su conducta era la más adecuada al restablecimiento de la paz, a despecho de todas las apariencias. El general expuso su situación al gobierno de Madrid y éste acordó su relevo, nombrando en su lugar al general Weyler, que personificaba el principio de la guerra a todo trance. Sin esperar la llegada de su sucesor, se embarcó para la península Martínez Campos, quedando como capitán general interino don Sabas Marín.

Éste, en su breve período de mando, activó las operaciones militares alcanzando algunas ventajas sobre los insurrectos en las provincias occidentales. El 10 de febrero de 1896 desembarcó en la Habana el nuevo capitán general don Valeriano Weyler, quien manifestó que no iba allí a resolver problemas políticos ni a entablar negociaciones, sino a terminar la guerra por medios exclusivamente militares.

La guerra toma un carácter encarnizado. Weyler trata de ir pacificando la isla por zonas. Decreta la reconcentración de los campesinos en torno de ciertas poblaciones y el abandono de los cultivos. Consecuencias de esta medida. Miseria y epidemias. — Con esto se reanimó el espíritu, un tanto abatido, del partido español y al mismo tiempo los insurrectos se dispusieron a continuar la guerra en la forma irreconciliable que ellos habían creído hábil provocar. Pronto se convencieron, sin embargo, de que ahora tenían que habérselas con un adversario demasiado temible. Mientras se había contestado a sus incursiones y a sus actos de violencia con proposiciones conciliadoras habían podido impresionar la opinión, presentándose como los más fuertes y haciendo ver que la conducta de las autoridades españolas era dictada por la debilidad; pero en adelante iban a

ser combatidos con las mismas armas que empleaban. En efecto, el general Weyler, que disponía de un efectivo no inferior a cien mil hombres, comenzó por reorganizar sus tropas, agrupando las unidades tácticas que había diseminado su antecesor, y luego expuso su plan de campaña, que consistía en acumular la mayor parte de sus fuerzas, primero en una provincia y luego en otra, para ir extinguiendo por zonas el movimiento insurreccional. Como los insurrectos encontraban en el campo un apoyo sin límites, decretó la requisa de todos los caballos para dedicarlos al servicio de las tropas, aunque esta medida, que hubiera sido de gran eficacia al comienzo de la guerra, era ya tardía. Decretó también la reconcentración de todos los campesinos alrededor de ciertas poblaciones, de las que no podrían separarse bajo ningún pretexto, debiendo ser considerados rebeldes y tratados como tales los que permanecieran en el campo. Esto dió lugar a la formación de inmensas aglomeraciones de seres humanos en torno de las ciudades y al desarrollo de una miseria espantosa, que produjo muchas enfermedades y gran número de víctimas, pues aunque las familias campesinas eran alimentadas por las autoridades, esa alimentación era defectuosa, y además la falta de higiene y la postración moral hacían los efectos de una verdadera epidemia. Tomó además vigorosas medidas con los laborantes o favorecedores solapados de la insurrección, desterrando a muchos de ellos y enviando a otros a los presidios de Ceuta y Melilla. Por último. hizo construir una trocha entre las provincias de la Habana y Pinar del Río, para dejar aislados a los revolucionarios mandados por Maceo en esta última comarca, y en seguida marchó contra ellos, al frente de grandes fuerzas. En cuanto a los cultivos de toda especie, los prohibió en absoluto, imitando la política iniciada el año anterior por los insurrectos y desarrollándola con mayor inflexibilidad aún, por ser más vasta la esfera de la jurisdicción.

Con semejante sistema era imposible que la insurrección pudiera sostenerse mucho tiempo, entre otras razones porque la isla tardaría poco en convertirse en un desierto, siendo las primeras víctimas los campesinos. Weyler había calculado que necesitaría dos años para pacificar a Cuba, y no tardó en dominar la insurrección en la provincia de Pinar del Río, pues tras de algunos combates contra las fuerzas de Maceo, éste, viéndose

sin recursos en aquella comarca desolada, se tuvo que embarcar con algunos de los suyos hacia el oriente, y a poco de haber pisado tierra en las costas de Matanzas, fué sorprendido y muerto por un destacamento español, mandado por el comandante Cirujeda. Este hecho causó profunda sensación, por tratarse de un caudillo que compartía con Máximo Gómez el mando de los revolucionarios y tenía entre ellos inmenso prestigio, siendo el verdadero jefe de la gente de color, que formaba la tercera parte de la población de Cuba.

Pacificación de algunas provincias. Campaña periodística contra Weyler en los Estados Unidos y en la misma España. Sube al poder en este país el partido liberal. Es relevado Weyler. — Poco después quedaron virtualmente pacificadas las provincias de la Habana, Matanzas y Santa Clara, en que sólo había grupos de insurrectos muy poco numerosos. Entonces trasladó el general Weyler gran parte de sus tropas a las provincias orientales, para ir acorralando a las fuerzas de Máximo Gómez. De hecho, la insurrección iba perdiendo ya su importancia militar desde mediados de 1897. Pero entonces comenzó en los Estados Unidos una campaña furibunda de periódicos y meetings contra el general Weyler, a quien se llamaba destructor de Cuba y enemigo de la humanidad. Esa campaña era positivamente alentada por el gobierno norteamericano, que, desde hacía ya tiempo, mostraba deseos de intervenir en Cuba, pretextando que España no terminaba la guerra. Veíase claramente, sin embargo, que con el sistema de reconcentración iniciado por el general Weyler, la guerra no podía menos de cesar por consunción en plazo relativamente corto, y ahora se acusaba a España de sostener al frente del ejército en Cuba a un jefe vandálico y cruel. Esta propaganda, sostenida en los Estados Unidos no tanto por humanidad como por fines ambiciosos, tuvo repercusión en España entre los partidos avanzados; celebráronse también reuniones públicas en que se condenó acerbamente el sistema de Weyler, diciéndose que « prendía fuego al catre para matar las chinches », y hubo periódico importante y de ideas hasta entonces moderadas que pidió se le sometiese a un consejo de guerra y se le condenase a ser fusilado. El jefe del gobierno conservador, Sr. Cánovas

del Castillo, seguía, sin embargo, sosteniendo resueltamente a Weyler; pero aquel notable político murió asesinado por un anarquista italiano a principios de agosto de 1897, y esto trajo al poco tiempo un cambio de situación política en España. Después de un ministerio de transición, que duró dos meses, subieron al poder los liberales, dirigidos por el Sr. Sagasta, y una de sus primeras medidas fué relevar del mando de Cuba al general Weyler, a quien sustituyó don Ramón Blanco. Este general, que había gobernado ya la isla diez y ocho años antes, llevaba instrucciones ampliamente conciliadoras e iba, además, encargado de implantar en la isla un sistema de gobierno autonómico, que votaron aceleradamente las Cortes, creyendo salvar así las dificultades de la situación.

Política liberal del general Blanco. Se implanta en Cuba el régimen autonómico. Ineficacia de estas concesiones. Actitud de los Estados Unidos. Incidente del « Maine ». Declaración de guerra entre España y los Estados Unidos. — Llegó el general Blanco a la Habana en noviembre de 1897, abolió el sistema de reconcentración, prodigó los indultos, permitió volver a muchos desterrados y organizó un gobierno insular, formado por individuos del partido autonomista. Fueron también elegidas las cámaras insulares y se entablaron negociaciones oficiosas con los principales jefes insurrectos a fin de que depusieran las armas, aceptando la nueva situación. Muy pocos fueron los que se acogieron a indulto, pues los principales caudillos rebeldes dieron muestras de intransigencia irreductible : varios de los cabecillas que trataban de entregar las armas fueron ahorcados de orden de sus jefes superiores, y la misma triste suerte sufrieron algunos de los que, en nombre del gobierno español, trataban de persuadir a los insurrectos de que se adhiriesen al nuevo orden de cosas.

El gobierno de los Estados Unidos, pretextando que la prolongación de la guerra causaba molestias a sus súbditos, guardaba con España la actitud del acreedor que otorga a su deudor prórrogas sucesivas a corto plazo y sin escasearle vejaciones ni amenazas. Nada habría contrariado tanto al presidente Mac-Kinley como la terminación de la guerra de Cuba, y sin embargo, en su mensaje de diciembre de 1897, a la vez que hacía notar que España había relevado « al sanguinario coman-

dante cuyas crueldades inflamaban los ánimos del pueblo norteamericano », se quejaba de que la guerra no terminaba todavía, agregando que esto demostraba la debilidad de la nación española y su impotencia para resolver la situación creada a Cuba. La implantación del régimen autonómico sólo podía dar lugar a que los Estados Unidos adoptasen una actitud expectante durante un plazo que no podía ser muy largo, por oponerse a ello muchos intereses. En suma, este mensaje era el anuncio de la intervención.

Activáronse en los Estados Unidos los embarques de expediciones para los insurrectos, y hasta se trasladaron a Cuba cuerpos de voluntarios norteamericanos. El cónsul de los Estados Unidos en la Habana, general Lee, formulaba incesantes reclamaciones a las autoridades españolas; se envió a las aguas de aquella ciudad el acorazado *Maine*, y en suma, se hizo todo lo posible para exasperar los ánimos de los españoles. En el mes de marzo de 1898 el acorazado *Maine* se incendió en la bahía de la Habana, y este incidente, que las informaciones posteriores demostraron haber sido casual, promovió en los Estados Unidos verdaderos raptos de furor contra España, verificándose imponentes manifestaciones en que se pedía la declaración de guerra. En vano el gobierno español dió toda clase de descargos y se ofreció a satisfacer la indemnización que se le pidiera, si resultaba algún motivo para creer que el *Maine* hubiera sido volado por una mina submarina, como afirmaban los norteamericanos. Las primeras informaciones demostraban que el buque había estallado por una acción interior; pero se dejó esto en la sombra, y el 14 de abril las cámaras reunidas adoptaron una resolución conjunta, por la que se ordenaba a España que desalojara la isla de Cuba en el término de 48 horas. El presidente Mac-Kinley hizo suyo este acuerdo, y España, para no sufrir la más dura de las humillaciones por que haya pasado jamás nación alguna, no tuvo más remedio que declarar la guerra a los Estados Unidos, a sabiendas de que marchaba a una catástrofe. Inútil es decir que los insurrectos vieron ya seguro el triunfo que por sí mismos no lograban conseguir y que se multiplicaron las partidas en toda la isla; pues los mismos que hasta entonces habían permanecido en actitud expectante apresurábanse ahora a dar señales de vida, organizando grupos armados.

Desastres navales de España. Escasa resistencia por tierra. El gobierno español busca la paz a todo trance. Resultado de la misma. — La guerra entre los Estados Unidos y España fué una serie de desastres navales para esta nación. Parte de su escuadra fué destruida en Cavite, cerca de Manila, el 1º de mayo, y el resto sufrió la misma suerte en aguas de Santiago de Cuba, el 3 de julio. Los norteamericanos habían desembarcado en la isla poco más de 20 mil hombres, que pusieron sitio a Santiago de Cuba y habrían sido fácilmente copados por las fuerzas siete ú ocho veces mayores que España tenía en la isla; pero el gobierno español, viendo su escuadra aniquilada y amenazados sus puertos de Canarias, Baleares y la misma península por la escuadra norteamericana, que estaba intacta, perdió el ánimo y trató de terminar a toda costa la guerra. Al efecto impartió instrucciones secretas al capitán general de Cuba, manifestándole que se estaba negociando la paz con los Estados Unidos y que convenía no crear obstáculos a este país, toda vez que, aun cuando se alcanzaran por lo pronto victorias sobre él, no servirían sino para irritarlo más; efectuaría todos los desembarcos de tropas que fueran necesarias y España tendría que pagar al fin las consecuencias. El capitán general de Cuba declaró años después en el Senado que pensó en sublevarse contra el gobierno al recibir tales instrucciones, pero que venció en su ánimo la costumbre de la subordinación y el temor a concitar sobre su patria complicaciones de que no podía formarse idea; pero que tenía el convencimiento de que, como español, debió haberse sublevado y se arrepentía de no haberlo hecho. En suma, el gobierno de España quiso salvar la forma monárquica; pensó, además, que los Estados Unidos se mostrarían poco exigentes si se les oponía una resistencia de pura fórmula, que sirviera para dar realce a su triunfo, y lo dispuso todo con arreglo a este plan. Santiago de Cuba se había defendido con energía durante dos meses; el brigadier Vara del Rey se sostuvo con algunos cientos de soldados en el pueblo del Caney contra fuerzas norteamericanas muchas veces superiores, no quiso rendirse y recibió la muerte en unión de sus hijos, conducta heroica a que tributaron honor y respeto sus adversarios; pero, pocos días después de la ruina de la escuadra, capituló la plaza de Santiago de Cuba, mandada por el general

Linares, que hizo comprender en la capitulación a todas las tropas españolas de la provincia, esto es, cerca de 30 mil hombres, cuando los sitiadores apenas llegaban a la mitad de ese número y estaban minados por las enfermedades y el desaliento. Para la rendición delegó el general Linares el mando en uno de sus subordinados, el general Toral, que, poco después, afligido y avergonzado, perdió la razón y murió en un manicomio, mientras su superior obtenía distinciones y era elevado al cargo de ministro. En suma, después de la rendición de Santiago, el gobierno español no quiso continuar la lucha y se apresuró a negociar un armisticio mediante la intervención amistosa del gobierno francés. Mientras tanto, se dejó a los norteamericanos invadir a Puerto Rico, de que se apoderaron sin hallar la menor resistencia; alguna más encontraron en Filipinas, pero de mera fórmula, pues la ciudad de Manila se les rindió inopinadamente. Por fin, se convino en que España cediese a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, el archipiélago de las Filipinas y una de las islas Marianas, a la vez que renunciaba su soberanía sobre la isla de Cuba, que debería quedar intervenida por los norteamericanos, hasta que pudiera darse un gobierno propio. No hubo indemnización en metálico por gastos de guerra; pero los Estados Unidos pagaron a España 20 millones de dólares por el archipiélago filipino; siguiendo fieles a su antigua táctica de legitimar sus adquisiciones territoriales, aun logradas después de la victoria, entregando al país vencido alguna cantidad en metálico.

Los Estados Unidos establecen en Cuba un gobierno interino. Liquidación de la deuda cubana. Ley de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Decepción de los patriotas cubanos. — El día 1° de enero de 1899 se verificó en la Habana la ceremonia de la abdicación de España en sus derechos sobre la isla de Cuba. Encargóse tan penosa comisión al general Castellanos, que no pudo menos conmoverse hondamente al entregar el mando al representante de los Estados Unidos. España, descubridora de América, no tenía ya en esta parte del mundo una pulgada de territorio.

Con arreglo a las estipulaciones del tratado de París, el gobierno de los Estados Unidos tomaba a su cargo la isla de

Cuba hasta tanto que, calmadas las pasiones, se hallara este país en situación de regir sus propios destinos. Las tropas españolas fueron reembarcadas en tiempo relativamente breve y quedó al frente de Cuba, con el carácter de gobernador general, el delegado norteamericano Mr. Brookes. Los insurrectos quedaban en una situación extraña; descontentos por no poderse hacer cargo de la autoridad y a la vez obligados a someterse al gobierno americano, que les había dado el triunfo y que apagaría duramente cualquier conato de revuelta. El nuevo gobernador formó un ministerio de cubanos de opiniones moderadas, convocó una cámara de representantes y un senado, se manifestó decidido a proteger las personas e intereses de los españoles y procedió al desarme de los voluntarios de la independencia, atendiendo a la conservación del orden con un contingente de tropas norteamericanas. Se suscitó en seguida la cuestión del pago del extinguido ejército cubano y de la liquidación de la deuda de la isla. Para la primera atención fué necesario contraer un empréstito de 34 millones de pesos oro, de que se encargaron los Estados Unidos, y en cuanto a la deuda cubana, que pasaba de 350 millones de pesos oro, cargó sobre España, a quien esta guerra, prescindiendo de la pérdida de territorios, irrogaba un perjuicio directo de cerca de mil millones de duros.

Interesaba mucho resolver la situación respectiva en que habían de quedar los Estados Unidos y la isla de Cuba. Desde luego la opinión en aquel país era resueltamente favorable a la anexión, pero sobre pugnar abiertamente esa radical medida con las aspiraciones de los cubanos, estaría en contradicción con las declaraciones categóricas de los Estados Unidos, que habían afectado gran desinterés al intervenir en la isla para expulsar a los españoles. Por lo pronto, pues, no tenían los Estados Unidos más remedio que ceñirse a su papel de protectores de Cuba, mientras las circunstancias no les permitiesen adoptar un criterio distinto. Al efecto de gestionar un *modus vivendi*, realizó un viaje a Cuba el senador norteamericano Mr. Platt, comisionado por el presidente Mac-Kinley; estudió la situación y a su regreso presentó al Senado un proyecto de ley de relaciones, según el cual tendría la isla de Cuba autoridades propias y título de república independiente, pero no podría contraer empréstitos sin autorización de los Estados Uni-

dos, crear marina de guerra, tener más ejército que una guardia encargada de mantener el orden público interior, ni mantener relaciones internacionales sino de acuerdo con los Estados Unidos, que a su vez se encargaban de defender a Cuba contra toda agresión exterior y de intervenir en su territorio para restablecer el orden público si llegase a ser gravemente alterado. Esta proposición o enmienda del senador Platt fué aprobada por el Congreso y se convirtió en ley de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba.

No hay para qué decir que la decepción de los patriotas cubanos fué grande. Habían hecho, para conseguir su independencia, esfuerzos titánicos, sobre todo en la guerra de 1868 a 1880; habían vuelto a luchar con decisión y arrojo desde 1895 a 1898 y no lograban realizar el ideal conseguido ya por todos los demás pueblos de América, incluso por las repúblicas de Santo Domingo y Haití. Se habían desprendido de España, pero caían bajo la intervención minuciosa y suspicaz de los Estados Unidos, que les otorgaban una protección vejatoria, a la espera de la definitiva anexión. La fatalidad de las circunstancias había creado esta situación lastimosa y no había medio de cambiarla; mas no por ello se producía la conformidad y menos aún la satisfacción. Se dió entonces el inesperado espectáculo de una gran corriente de fraternidad entre los cubanos y los españoles, a los pocos meses de terminada la guerra, en la que no habían escaseado las crueldades entre ambos adversarios. Los caudillos más significados de la insurrección, entre ellos Máximo Gómez, aprovechaban toda ocasión para manifestar su simpatía hacia la colectividad española. Los antiguos agravios cedían en presencia del peligro común de la absorción de la raza anglosajona, que no podía menos de propender al cambio de las leyes, las costumbres y el idioma mismo del millón y medio de habitantes de la isla de Cuba.

Primeras elecciones presidenciales en Cuba. Es elegido don Tomás Estrada Palma. Su política de conciliación entre cubanos y españoles. Se le opone el partido llamado radical. Reelección de Estrada Palma. Nueva intervención de los Estados Unidos y últimos gobiernos. Situación actual de Cuba. — Por otra parte, la administración de los Estados Unidos en Cuba, aunque

más eficaz que la española para la realización de empresas útiles, no estuvo exenta de irregularidades y defectos. Los cubanos, sin embargo, hicieron acopio de paciencia para que el protectorado que sufrían no se prolongara indefinidamente, y por último, el gobierno de los Estados Unidos creyó que había llegado el momento de convocar a elecciones presidenciales después de tres años de ocupación militar. Presentáronse como candidatos el general Massó, que había hecho la campaña en la parte oriental de la isla, y don Tomás Estrada Palma, residente desde muchos años atrás en los Estados Unidos, donde era jefe de la junta insurreccional cubana. Este último fué elegido par gran mayoría de votos y tomó posesión de la presidencia de la República de Cuba el día 20 de mayo de 1902.

El Sr. Estrada Palma reveló buenas dotes de gobernante discreto, evitó los motivos de rozamiento con los Estados Unidos, asistió a los centros españoles, pronunciando discursos llenos de afecto hacia la madre patria, e hizo todo lo posible por acallar las discordias y concitar las voluntades en obsequio a la difícil obra que se iniciaba y que no podía prosperar sin la más exquisita prudencia por parte de todos. Desde luego tuvo a su lado al elemento español y a todos los cubanos de ideas conservadoras ; pero no tardó en formarse contra él un partido llamado radical, en que figuraban los hombres de tendencias más revolucionarias y levantiscas. Deseaban éstos la instauración de una política propiamente cubana, sin extrañas fiscalizaciones, con derecho del país a equivocarse y a reparar por sí sus errores, sin necesidad de soportar como pedagogo a los Estados Unidos ; pero dadas las circunstancias, con estas declaraciones, por muy halagüeñas que fuesen para la mayoría, se incapacitaban para el gobierno.

Por lo demás, la república de Cuba estaba reconocida por todas las naciones, empezando por España, y habría podido ir afianzando su independencia si el interés común hubiese acallado el clamoreo de las pasiones. No sucedió así. Al comenzar, en los últimos meses de 1905, la campaña electoral para las elecciones presidenciales, el partido radical presentó como candidato al general don José Miguel Gómez, gobernador de Santa Clara, que había capitaneado partidas en esta jurisdicción y tenía fama de ser hombre resuelto y enérgico. Los que, sin apreciar los riesgos de la empresa, aspiraban a recabar la per-

sonalidad política de Cuba sustrayendo el país a la tutela norteamericana, se agruparon con entusiasmo alrededor de esta candidatura, mientras los partidarios de Estrada Palma procuraban su reelección. No tardó en comprobarse que los Estados Unidos echaban el peso de su influencia en favor de este candidato, y ya fuese porque el gobierno mostrara pocos escrúpulos en los trabajos preparatorios de las elecciones o porque los radicales se hallaran en minoría en las urnas, es lo cierto que desistieron de acudir a las urnas y que el general José Miguel Gómez retiró su candidatura dando un manifiesto en que anunciaba su propósito de abandonar el país y renunciar a la política. Se trasladó a los Estados Unidos, dejando sembrados los gérmenes de la guerra civil.

Reelecto don Tomás Estrada Palma para la presidencia, apenas pudo gobernar en paz tres meses; pues al cabo de este tiempo se alzaron en diversos puntos de la isla partidas capitaneadas por varios cabecillas que se habían distinguido en las guerras anteriores, entre ellos Quintín Banderas, que murió en uno de los primeros combates. El gobierno declaró la isla en estado de sitio y organizó lo mejor que pudo las milicias, pero los jefes de éstas se mostraron poco afortunados o quizá simpatizaban con la insurrección, porque ésta creció con rapidez y llegó a las mismas puertas de la capital. Entonces se trató de acabar la guerra mediante un convenio y al efecto se pactó un armisticio con los rebeldes, pero éstos manifestaron que no depondrían las armas mientras no se declarase la nulidad de las últimas elecciones presidenciales y se procediese a otras nuevas, dando sólidas garantías a la oposición. Quedaron rotas las negociaciones y el gobierno se dispuso a continuar la lucha; pero entonces los Estados Unidos hicieron saber que había llegado el caso previsto en la ley Platt y que se imponía su intervención como único recurso para terminar la contienda. Así las cosas, el señor Estrada Palma renunció la presidencia de la república y, a fines de 1906, se hizo cargo del gobierno de Cuba un delegado de los Estados Unidos, a quien los insurrectos entregaron las armas, volviendo la isla a la misma situación en que había estado desde 1° de enero de 1899 a 20 de mayo de 1902. La nueva intervención duró algo más de dos años, dirigiendo el gobierno de Cuba el delegado norteamericano Mr. Magoon, hasta que, a principios de 1909, se convocó a

nuevas elecciones presidenciales, resultando elegido el general don José Miguel Gómez, hasta 1913, en que le sucedió el general don Mario G. Menocal, que ocupó la presidencia hasta 20 de mayo de 1917.

La isla de Cuba, poblada por una raza de viva imaginación, culta, susceptible y capaz de grandes sacrificios por conseguir su independencia, parece destinada por su situación geográfica, que la pone a merced de los Estados Unidos, a no ver realizado ese ideal. La población actual de Cuba se aproxima a 2.150.000 habitantes, blancos en sus tres quintas partes. La Habana, capital, tiene 300.000 habitantes. Tiene la isla 118.833 kilómetros cuadrados, con más de 3.000 de ferrocarriles y su comercio de importación asciende a 110 millones de pesos oro, alcanzando análoga cifra el de exportación.

PUERTO RICO. — Tentativas de los ingleses para dominarla. Rápidos progresos del país desde fines del siglo XVIII. Implantación de la autonomía. Anexión a los Estados Unidos. — Esta isla fué descubierta por Cristóbal Colón en su segundo viaje y explorada en 1500 por Ponce de León, ya famoso por su expedición a la Florida. El gobernador Ovando envió, desde Santo Domingo, 200 españoles que fundaron la primera colonia en la isla de Borinquen o Puerto Rico; pero Fernando el Católico nombró gobernador a Ponce de León, que introdujo el sistema de las encomiendas o repartos de indios, dominando varios levantamientos de éstos y fundando muchas poblaciones. La isla servía de punto de desembarco a las flotillas de los caribes, con los que había que sostener continuas luchas; de modo que la colonización avanzó poco hasta mediados del siglo XVI, y varios de los españoles que ya estaban allí avecindados se fueron en 1531 con el contador Sedeño a la isla de Trinidad. Sin embargo, no tardaron en afluir nuevos inmigrantes, atraídos por la fertilidad del país, y a fines del siglo XVI el inglés Drake y luego el conde Cumberland trataron de apoderarse de la isla, sin lograr su propósito. Los españoles construyeron entonces en la ciudad de San Juan el fuerte del Morro, ante el cual se estrellaron en 1625 los ataques de los holandeses. En el siglo XVIII hicieron los ingleses varias tentativas, también infructuosas, para agregar la isla a sus posesiones.

Durante el siglo XIX la historia de Puerto Rico es la de un progreso continuo y rápido, así en el orden material como en el de la cultura del espíritu. Los enormes rendimientos de aquel feraz territorio en café y azúcares de excelente calidad, fomentaron el desarrollo de la riqueza y aumentaron la población en tales términos, que los 80 mil habitantes que existían en la isla en 1775 habían subido a 580 mil en 1860 y a 807 mil en 1887, pasando hoy de un millón.

La isla de Puerto Rico, próspera y bien administrada bajo el dominio español, sintió, como todas la colonias, aspiraciones de independencia, pero la manifestación de esos deseos se redujo a un motín de poca importancia ocurrido en Lares en 1868 y a tentativas aisladas, que no tuvieron eco en la masa popular. Los habitantes de Puerto Rico tenían conciencia de la flaqueza de su pequeño país contra los ataques de cualquiera potencia poderosa, y además no tenían serios motivos de queja contra la metrópoli, que desde 1871 les dió derecho de representación en el parlamento de España y en 1873 dictó una ley de abolición inmediata de la esclavitud de los negros, que se llevó a efecto sin la menor dificultad. La única reclamación que en los últimos tiempos formulaban los portorriqueños, y esto sin acritud, se fundaba en la falta de universidad en la ciudad de San Juan de Puerto Rico. El gobierno español desatendía ese pedido para no perjudicar a la universidad de la Habana; pero al fin habría accedido a él, si no se hubieran precipitado los acontecimientos. En Puerto Rico existía un fuerte partido autonomista, pero sus hombres dirigentes mostraban sincero afecto a España y espíritu mesurado y conciliador.

A fines de 1897, habiendo votado las Cortes españolas una ley en que se establecía la organización autonómica en las islas de Cuba y Puerto Rico, se nombró por el capitán general de esta isla, Sr. Macías, un gobierno insular presidido por el Sr. Quiñones y de que formaron también parte algunos españoles, entre ellos el Sr. Muñoz Rivera. Pocos meses después sobrevino la guerra entre los Estados Unidos y España. En el mes de julio, después de la destrucción de la escuadra española y de la toma de Santiago de Cuba, desembarcó en las playas de Puerto Rico una expedición norteamericana, que tomó posesión de la isla sin hallar la menor resistencia de parte de los habitantes del país, ni tampoco de la guarnición española, que capi-

tuló en virtud de órdenes superiores. Al pactarse la paz, la isla de Puerto Rico pasó a poder de los Estados Unidos que, fundándose en que sus habitantes no hablaban el idioma nacional, la redujo a la categoría de territorio de la Unión, a pesar de su densidad de población y de la notable cultura de sus habitantes. Por otra parte, el Congreso americano, lejos de favorecer la producción de la isla, puso trabas a sus exportaciones, para no perjudicar las industrias similares de algunas regiones de la gran república. La situación de Puerto Rico, en los aspectos político y económico, empeoró, pues, muy notablemente con la anexión a los Estados Unidos. Esto, prescindiendo de lo vejatorio y mortificante que es para los habitantes de un país culto el verse traspasados de una nación a otra, en virtud de un tratado y sin que se tenga para nada en cuenta su voluntad.

XXIX.

MÉJICO.

Impresión que causó la muerte de Maximiliano. Presidencia de Juárez; su reelección. Movimientos insurreccionales. Nueva reelección de Juárez; su muerte. Presidencia de Lerdo de Tejada. Progresos materiales. Sublevación y triunfo de Porfirio Díaz; su primera presidencia. — Presidencia del general González. Sube de nuevo al poder Porfirio Díaz. Es reelegido indefinidamente. Influencia benéfica de su gobierno sobre la prosperidad del pueblo mejicano.

Impresión que causó la muerte de Maximiliano. Presidencia de Juárez; su reelección. Movimientos insurreccionales. Nueva reelección de Juárez; su muerte. Presidencia de Lerdo de Tejada. Progresos materiales. Sublevación y triunfo de Porfirio Díaz; su primera presidencia. — El fusilamiento de Maximiliano de Austria había ocasionado en Europa una sensación profundísima. Todos lamentaban la triste suerte de ese príncipe y era general la creencia de que nada hubiera perdido moralmente el gobierno mejicano con mostrarse menos riguroso; pero, a la vez, no podía menos de causar admiración, ya que no simpatía, el gallardo arranque de ese pueblo al que una potencia europea había tratado de imponer un rey, y que devolvía su cadáver, como emblema de la firme resolución de no dejarse avasallar por ninguna fuerza extraña. En América fué general el aplauso a la inflexible actitud de Juárez, a quien se consideró, no sólo como un político enérgico y profundo, sino como un gran americano. En cuanto al gobierno francés de Napoleón III, que al principio había prestado toda clase de auxilios a Maximiliano, para entregarle después indefenso a la cólera de sus enemigos, no hubo quien justificara su conducta. La sangrienta tragedia de Querétaro representaba para Napoleón, no sólo un gran fracaso político, sino una confesión de flaqueza, que le desprestigió de un modo irreparable.

Juárez se instaló en Méjico desde el 15 de julio de 1867, en

medio del más ferviente entusiasmo de la inmensa mayoría de sus conciudadanos, que le miraban con justicia, no sólo como representante genuino de la libertad de su patria, sino como salvador de la autonomía y dignidad de la democracia americana. Desde luego, se consagró a la ardua tarea de reconstituir el país, desorganizado y arruinado por catorce años de continuas luchas. Al verificarse las nuevas elecciones presidenciales, fué reelegido por una inmensa mayoría y tomó posesión de su cargo en 25 de diciembre de 1867. A pesar de su grande y fundada popularidad, no le faltaron, sin embargo, conflictos a que hacer frente. En Yucatán estalló un movimiento insurreccional, que fué sofocado en poco tiempo, y el general Porfirio Díaz, que aspiraba a la presidencia, promovió el alzamiento de algunas fuerzas en Jalapa, en señal de protesta contra pretendidas ilegalidades de la elección, aunque sin comprometerse por entonces de una manera ostensible. Deshechas esas intentonas, declaró Porfirio Díaz que, después de haber cumplido sus deberes de liberal y de patriota en doce años no interrumpidos de lucha contra los reaccionarios y los extranjeros, y de haber tomado a éstos Puebla, Oajaca, San Lorenzo y Méjico, se retiraba a la vida privada.

No tardaron en alzarse otros caudillos, entre ellos el general Domínguez, que sublevó a Veracruz; el general Ortega, que se insurreccionó cerca de Puebla, aunque tardó poco en someterse, publicando un manifiesto por el que desistía de sus pretensiones a la presidencia; el general Negrete, que logró apoderarse de Puebla, siendo al fin vencido; y el general Vega, que trató de organizar en las regiones del Norte una confederación independiente. Escobedo y otros jefes adictos a la situación combatieron con éxito estas rebeliones que, de todas maneras, indicaban la desorganización profunda en que vivía el pueblo mejicano. Juárez, comprendiendo que las mayores calamidades que pesaban sobre el país eran el militarismo y el clericalismo, prosiguió, con la firmeza y tenacidad propias de su carácter, la campaña que, contra esas tendencias disolventes de la nacionalidad, había iniciado desde 1855. Aun hubo de hacer frente a una sublevación de Porfirio Díaz, pero, contando siempre con el apoyo de la mayoría del país, logró imponerse y terminó su período legal, siendo reelegido a fines de 1871 para el inmediato. Murió en 1872, siendo sustituído por el presidente

de la Corte de justicia, Don Sebastián Lerdo de Tejada, que le había acompañado en su lucha contra los franceses y contra el gobierno de Maximiliano, siendo después ministro de relaciones exteriores y distinguiéndose como insigne internacionalista. Convocadas poco después las elecciones presidenciales, resultó elegido el mismo Sr. Lerdo de Tejada, quien, siguiendo en lo fundamental la política del ilustre Juárez, mostró sin embargo un carácter menos inflexible y rígido, tratando de atraerse con deferencias a los caudillos más temibles y prestigiosos. Lo consiguió en gran parte, pues el general Porfirio Díaz se puso a las órdenes del nuevo jefe del Estado y ocupó un asiento en el Congreso como representante de Oaxaca, y otros muchos imitaron su conducta de expectación benévola. Utilizó Lerdo de Tejada esta tregua de los partidos para organizar la administración y llevar a efecto reformas materiales beneficiosas, figurando entre ellas la construcción del primer ferrocarril mejicano, que iba desde la capital hasta Veracruz. Su gobierno, en suma, fué conciliador, templado y favorable a los intereses materiales y morales del país. En los últimos tiempos de su administración nombró ministro de la guerra al general Escobedo, autor de la captura de Maximiliano y al que muchos designaban como futuro presidente. Por lo pronto, sin embargo, el elemento oficial trabajó para que Lerdo de Tejada fuese reelegido, y entonces (octubre de 1876) estalló un movimiento insurreccional capitaneado por el general Porfirio Díaz, que, de acuerdo con el vicepresidente de la República, don José María Iglesias, dió un manifiesto o plan en *Tuxtepec*, proclamando el principio de la *no reelección*. Habiendo derrotado a las tropas del gobierno en las lomas de *Tecoac*, ocupó Díaz la ciudad de Méjico en 21 de noviembre de 1876 y ejerció el poder de hecho hasta vencer por completo a los defensores de la anterior administración, después de lo cual convocó a elecciones y, como era de esperar, fué elegido presidente. Podía creerse que con Porfirio Díaz se reanudaba la tradición del militarismo, tan funesta para el pueblo mejicano, mas, por fortuna, no sucedió así. El nuevo gobernante mostró, no sólo extraordinarias dotes de mando, sino también estricta probidad en el manejo de los intereses públicos, deseo sincero de remediar los males del país, siguiendo en sus líneas generales la política liberal y progresista de los dos últimos presidentes, a quienes había comba-

tido, y, por fin, todas las cualidades de carácter necesarias para atraer o tener a raya, según los casos, a los caudillos políticos. En 1878 se alzó en armas contra la situación el general Escobedo, quien proclamó, cerca de la frontera de Tejas, a Lerdo de Tejada como presidente legítimo; pero fué derrotado y hecho prisionero. El general Porfirio Díaz no quiso derramar la sangre de quien tanto se había distinguido a su lado en la guerra contra los franceses y los imperiales, y le perdonó la vida, con lo que hizo un acto de buena política a la vez que de generosidad. Consagró muchos recursos al fomento de las obras públicas y consiguió atraer bastante inmigración a Méjico, con lo que cooperó en gran escala al renacimiento material de la república. En suma, gobernó tan acertadamente como podían desear sus amigos y mucho mejor de lo que suponían sus adversarios. Habría podido ser reelegido al terminar su período, mas se lo impedía moralmente el manifiesto que había dado al sublevarse contra Lerdo de Tejada en nombre de la *no reelección;* de modo que voluntariamente, aunque a pesar suyo, desistió de presentar su candidatura y apoyó la de su íntimo amigo el general don Manuel González, que tomó posesión de la presidencia el 30 de noviembre de 1880.

Presidencia del general González. Sube de nuevo al poder Porfirio Díaz. Es reelegido indefinidamente. Influencia benéfica de su gobierno sobre la prosperidad del pueblo mejicano. — El nuevo presidente nombró a Porfirio Díaz ministro de la guerra y le conservó en este cargo durante todo el período de su administración, sin tratar de sustraerse a su influencia, que fué preponderante. Estos casos de consecuencia distan de ser frecuentes, pues en general el protegido, para afirmar su personalidad, trata de distanciarse del protector y apela para ello, si es necesario, al concurso de sus enemigos; pero de un lado el carácter leal de González, que le hizo desoir los consejos de los que aspiraban a un cambio de situación, y de otro la incuestionable popularidad de Porfirio Díaz, fueron causa de que éste no hallara la menor resistencia para subir de nuevo a la primera magistratura en 1° de diciembre de 1884. En este segundo período presidencial siguió demostrando el más laudable empeño de impulsar a Méjico por la senda del progreso material, haciendo

cada vez más difíciles las guerras civiles, y la verdad es que logró realizar esta aspiración. El pueblo mejicano, que parecía destinado a vivir y acaso morir entre dolorosos y estériles discordias, no tardó en darse cuenta de los beneficios que le reportaba la paz, — prosperidad interior, aumento de bienestar en todas las clases sociales, consideración en el extranjero, desarrollo del comercio y de la industria, crecimiento de la población, — y atribuyendo gran parte de estas ventajas al prestigio y a la buena política de Porfirio Díaz, le hizo definitivo depositario de la primera magistratura nacional, reeligiéndole sin interrupción. Sin duda es de lamentar, desde el punto de vista de las instituciones democráticas, a que va tácitamente unido el principio de la renovación de poderes, esta permanencia indefinida del mismo titular en la presidencia de la República, que de este modo toma el carácter de una monarquía electiva y vitalicia; pero es incuestionable que Porfirio Díaz, partidario de la no reelección en 1876, ha logrado con su serie de reelecciones, no igualada todavía en ninguna de las naciones americanas, dar a Méjico una tranquilidad que no había conocido desde la época de la independencia. Se han construido ya más de 15 mil kilómetros de vías férreas, la facilidad de las comunicaciones ha influído mucho en la confraternidad entre los mejicanos y en su entusiasmo por la integridad nacional; de suerte que, teniendo hoy Méjico menos de 2 millones de kilómetros cuadrados — esto es, una tercera parte de su antigua extensión — es incomparablemente más rico y fuerte que antes de la guerra con los Estados Unidos. El predominio funesto del clero y de los caudillos militares en la organización del país ha desaparecido; y en cambio han tomado gran vuelo cultivos e industrias antes desconocidos o abandonados. La constitución nacional se reformó el 24 de abril de 1896 y ya entonces se hacía notar, en un mensaje del presidente a las Cámaras, que el estado de la hacienda pública era cada vez más satisfactorio, por lo que podía tenderse a la supresión de los derechos interiores, pues los recursos del gobierno bastaban para atender a todos los gastos del presupuesto, a la liquidación de la deuda antigua, a la conversión de la deuda flotante y a la unificación de las obligaciones de ferrocarriles.

El período presidencial de Porfirio Díaz terminará el 30 de noviembre de 1910, en cuya época llevará ya 34 años al frente

de los negocios públicos — sin más interrupcion que los cuatro años de la presidencia de González — y tendrá 80 años de edad. Su actuación al frente de Méjico en nada se ha parecido, por fortuna de este país, a la del doctor Francia en el Paraguay o a la de Rosas en la Argentina; por otra parte, ha contado con el apoyo entusiasta, no sólo de los mejicanos, sino de la colonia española y en general de todos los extranjeros, que han visto en él una garantía de orden y de buena administración. Pudo creerse, pues, que seguiría ejerciendo el poder supremo mientras durara su vida, y como, por grande que sea el influjo de un hombre sobre sus conciudadanos no es razonable suponer que baste a violentar las tendencias e inclinaciones de éstos durante un tercio de siglo, debemos confiar en que la desaparición de Porfirio Díaz, que será justamente llorada, no ha de representar la vuelta de Méjico a las guerras civiles que tan inmenso daño causaron a la nación durante los primeros cincuenta años de su independencia*.

* Conservamos casi sin alteración, en vez de suprimirlos o reformarlos, estos últimos párrafos de la edición anterior, porque, prescindiendo de los últimos acontecimientos, de que damos cuenta en esta nota, siguen traduciendo fielmente nuestro modo de apreciar la delicada situación de la política mejicana.

Cuando, en 1909, hacíamos las anteriores consideraciones estábamos lejos de pensar que Porfirio Díaz, de edad ya extraordinariamente avanzada, no tendría el consuelo de terminar al frente de los destinos de su país su larga y laboriosa vida. En las elecciones de 26 de junio de 1910 se le designó, una vez más, para la presidencia, eligiéndose vicepresidente por segunda vez a don Ramón Corral, que despertaba grandes resistencias en muchos de los elementos que aspiraban a la sucesión de Díaz. Creyóse, por algún tiempo, que encabezaría la oposición armada el general don Bernardo Reyes, ministro de la Guerra, que contaba con grandes influencias en el ejército y se había declarado opuesto a la reelección; pero ese general se limitó a retirarse del gobierno, en señal de protesta, y nada quiso intentar por la fuerza.

El organizador del movimiento revolucionario fué don Francisco Madero, nacido en 1873 en la hacienda del Rosario, estado de Cohauila, y dueño de cuantiosas haciendas. El señor Madero no había ejercido cargo político alguno cuando, a principios de 1910, y después de haber publicado un manifiesto contra la reelección, apareció como candidato a la presidencia de la República y, con tal carácter, hizo una jira de propaganda por varios estados mejicanos. Perseguido y aun preso, logró pasar a los Estados Unidos y desde allí preparó activamente el movimiento revolucionario, que estalló el 20 de noviembre en varios puntos del país a la vez, presentando alguna gravedad en los estados de Chihuahua y Cohauila. La insurrección estaba reducida a bandos de partidarios, mandados por guerrilleros improvisados que se daban el título de generales o coroneles, y el

gobierno creyó fácil sofocar el movimiento; pero éste fué creciendo en importancia; se multiplicaron los partidos; Madero, aunque hombre civil, se unió desde luego a los que peleaban en su nombre, y las tropas de línea del gobierno resultaron pronto insuficientes para dominar la situación. En el mes de diciembre el movimiento se había generalizado, apareciendo indudable que lo apoyaban los Estados Unidos, dando toda clase de facilidades a la entrada de armas y municiones para los rebeldes.

Durante los dos primeros meses del año 1911 se multiplicaron por doquiera las partidas revolucionarias, y no siendo fácil seleccionar sus elementos, hubo que lamentar en varios puntos saqueos y atropellos que el gobierno era impotente para evitar. El 6 de marzo el general Navarro venció a las fuerzas de Madero y Blanco en Casas Grandes; pero no pudo sacar partido de su victoria y tuvo que encerrarse en Ciudad Juárez, donde tardó poco en quedar bloqueado. Poco después, el gobierno de los Estados Unidos mandó un ejército de 20 mil hombres a la frontera para estar a la mira de los acontecimientos e impedir que se violara su territorio.

Miróse este hecho como preliminar de la intervención norteamericana y esto fué un golpe terrible para el presidente Porfirio Díaz, que vió en esa actitud de los Estados Unidos la prueba evidente de que el gobierno de la gran República, lejos de ayudarle, deseaba su caída. Como, al mismo tiempo, la insurrección se extendía como una mancha de aceite, sin que los encuentros contrarios o favorables modificaran su situación, Porfirio Díaz empezó a negociar con los sublevados, cambió de ministerio y al fin pactó el 22 de abril un armisticio de diez días, que sólo se observó en la zona ocupada por Madero. El Congreso votó por gran mayoría una ley de no-reelección; pero el jefe insurrecto Madero exigió como condición previa de la paz la renuncia de Porfirio Díaz. Éste, en un manifiesto que dió el 7 de mayo, declaró « que se retiraría del poder cuando su conciencia le dijera que al retirarse no entregaba el país a la anarquía ». Reanudáronse las hostilidades; Ciudad Juárez con su guarnición cayó en poder de los revolucionarios, que el 10 de mayo nombraron el gobierno provisional, dirigido por D. Francisco Madero; y entonces Porfirio Díaz se resolvió a ceder y el día 21 firmó la paz con los sublevados. Cuatro días después envió al Congreso su renuncia y la del vicepresidente, que fueron aceptadas sin discusión. Inmediatamente, abandonó la capital y se embarcó para Europa.

Fué nombrado presidente interino de la República de Méjico, con entera aquiescencia de los revolucionarios, el licenciado D. Francisco de la Barra, que ocupaba el ministerio de Relaciones Exteriores. Al tomar posesión declaró que el día más feliz de su vida sería aquel en que, dentro del menor plazo consentido por la ley electoral y por la situación del país, pudiera transmitir el poder al ciudadano que la república eligiera. Dió gran intervención en el gobierno a los maderistas y dirigió los asuntos de la nación con gran prudencia y tino, renunciando a figurar como candidato a la presidencia. Verificadas las elecciones resultó elegido, como era de esperar, el caudillo de la revolución, D. Francisco I. Madero, que tomó posesión de tan alto cargo el 15 de noviembre de 1911.

Para los hombres de convicciones democráticas, la presidencia de Porfirio Díaz era una vergüenza para Méjico y la revolución fué una gran esperanza. Desgraciadamente, el desengaño no se hizo esperar. D. Francisco Madero no pudo gozar un momento de tranquilidad en el poder; los mismos hombres que a sus órdenes se alzaron contra Porfirio Díaz, se sublevaron inmediatamente contra él, aduciendo los pretextos, fútiles o fundados, que nunca faltan en casos tales. El Dr. Vásquez Gómez, que

parecía el hombre de confianza de Madero, encabezó un movimiento armado. El general Reyes se levantó por otro lado, y los improvisados generales Zapata y Orozco, aquél presentándose como el defensor de los obreros y el segundo como el representante del régimen caído, cada cual levantó partidas por su lado y, so pretexto de salvar el país, le asoló lo mejor que pudo.

Es de notar que los Estados Unidos, que habían ayudado a Madero en su revolución contra Porfirio Díaz, ahora que Madero había subido al gobierno y procuraba por cuantos medios hallaba a su alcance devolver a su patria la tranquilidad, lejos de seguirle ayudando en sus buenos propósitos, fomentaban los levantamientos de cuanto caudillejo se presentaba y estimulaban lo mismo a Zapata que a Orozco o Reyes, facilitándoles armas y dejándoles organizar sus bandas en la frontera.

El 9 de febrero de 1909 estalló un motín militar en la capital, en el que murió el general Reyes, que se había unido a los revoltosos, y el 22 del mismo mes el general Victoriano Huerta, proclamado jefe de la revolución, después de asesinar al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez, se apoderó del gobierno, haciéndose elegir en seguida presidente de la república.

Sostúvose en el poder durante diecisiete meses, que fueron para la desdichada Méjico de la más espantosa y sangrienta anarquía. Los norteamericanos, so pretexto de vengar supuestos agravios, se apoderaron de Veracruz y se prepararon a cruzar la frontera con un gran ejército.

Huerta fué derribado, al fin, en julio de 1914, por otro movimiento, encabezado por el partido que había dirigido Madero y que ahora tenía por jefe a D. Venustiano Carranza, hombre de grandísimo prestigio por la inquebrantable energía de su carácter, su integridad, su valor y su inteligencia.

Proclamado presidente, se dedicó de lleno a imponer el orden y a velar por la integridad de su patria, evidentemente amenazada por los Estados Unidos y, por lo pronto, consiguió que éstos evacuaran Veracruz.

En seguida se dirigió contra los caudillos que seguían en armas, y aunque en la fecha en que trazamos estas líneas — febrero de 1917 — aun quedan algunas partidas en pie, que, en realidad, no son ya otra cosa que bandas de foragidos entregadas de lleno al robo y al pillaje, creemos que puede esperarse fundamentalmente que pronto volverá a brillar para Méjico la aurora de la paz.

Para llegar a tan fausto resultado ha debido hacer Carranza esfuerzos verdaderamente titánicos y apurar las más negras amarguras.

Al ponerse al frente del gobierno, algunos de los caudillos se sometieron, permitiendo presagiar una pronta pacificación; pero entonces los Estados Unidos, que evidentemente habían resuelto que el desorden siguiera desangrando y destruyendo a Méjico para justificar al fin una ocupación, facilitaron armas, hombres y dinero al que ya había adquirido triste reputación como jefe de bandidos, Francisco Villa, que apareció así bajo el nuevo aspecto de caudillo político. Éste organizó sus fuerzas en territorio de los Estados Unidos y llegó a hacerse dueño de una vasta comarca al norte de Méjico, siempre abundantemente provisto de armas y municiones, mientras, por orden del gobierno norteamericano, se detenía las partidas de armas compradas por el gobierno mejicano reconocido como legal.

Villa sirvió de pretexto para que las tropas norteamericanas invadieran dos veces el territorio mejicano, obligando al presidente Carranza, que había agotado todos los recursos imaginables para impedir un choque, a

que ordenase a sus tropas que rechazasen por la fuerza el avance de los norteamericanos, lo que produjo el combate del Carrizal — 21 de junio de 1916 — en que fueron rechazados y dispersos éstos, dejando en poder de los mejicanos veintidós prisioneros y numeroso armamento; pero que costó la vida al general mejicano Gómez y a unos treinta más, entre oficiales, clases y soldados.

Últimamente el gobierno norteamericano parece haber desistido, al menos por ahora, de sus proyectos sobre Méjico y ha cesado de provocar alzamientos, convirtiéndose de protector, en perseguidor de Villa. Y en enero de 1917 ordenó a las últimas tropas que había enviado a Méjico a las órdenes del general Pershing, que evacuaran por completo el territorio mejicano.

Sin el apoyo norteamericano — y dado el prestigio de que disfruta Carranza entre sus connacionales — debe esperarse que las partidas que aun quedan en pie no se sostendrán mucho tiempo; y Méjico podrá entrar de lleno nuevamente por la senda del progreso, en la que tanto había avanzado y de la que fué apartada violentamente por las bajas pasiones, la ambición de mando y la negra codicia de algunos de sus hijos, estimuladas, alimentadas y fomentadas por un vecino poderoso y temible por su insaciable voracidad.

XXX.

AMÉRICA CENTRAL.

Dificultades que ofrece la historia sucinta de las repúblicas centroamericanas. Obstáculos que se oponen a su unión. — **Nicaragua** : — Presidencia de Martínez durante diez años. Le sucede el general Guzmán; guerra civil. Presidencias sucesivas hasta 1890. Luchas civiles; guerra contra Honduras. Presidencia y sucesivas reelecciones del general Zelaya. Rápida sucesión de presidentes. — **Costa Rica** : — Insurrección y fusilamiento del ex presidente Mora. Gobiernos de Jiménez y Castro. Larga presidencia del general Guardia. Gobiernos sucesivos. — **Honduras** : — Devolución a este país del territorio de Mosquitia. Asesinato del general Guardiola. Rápida sucesión de presidentes. Gobierno del general Medina. Es intervenido el país en su política interior. Nuevas presidencias. Gobierno del general Bográn. Guerras civiles. Presidencias de Bonilla y Sierra. Últimos presidentes. — **El Salvador** : — Presidencia de Barrios. Guerra con Guatemala y Nicaragua. Desleal fusilamiento de Barrios. Presidencias de González, Valle y Zaldívar. Tentativas de absorción por Guatemala. Últimos gobiernos. — **Guatemala** : — Administración del general Cerna. Guerra civil. Sube al poder Rufino Barrios y lo conserva doce años. Su plan de unir por la fuerza los Estados centroamericanos. Es derrotado y muerto. — Gobierno del general Barillas. Procura realizar por medios pacíficos la unión. Fracaso de la idea. Presidencia del general Reina. Es asesinado y le sucede el Dr. Estrada Cabrera. — **Panamá** : — Creación de esta nueva república. Resumen estadístico de los países centroamericanos. Ventajas que reportaría su confederación.

Dificultades que ofrece la historia sucinta de las repúblicas centroamericanas. Obstáculos que se oponen a su unión. — La historia contemporánea de las cinco Repúblicas de la América Central se hace confusa, no sólo por los frecuentes cambios de los titulares del gobierno en cada una de estas pequeñas naciones, sino por la necesidad de ir refiriendo las vicisitudes de cada una de ellas a las ocurridas en las demás. La naturaleza y las prescripciones de una sana política imponen, puede decirse, a estos pueblos la más estrecha unión bajo la forma de una república federativa, que deje a salvo las autonomías locales; pero las ambiciones de los caudillos y el predominio del régimen militar se oponen al logro de esta aspiración, que comparten todos los hombres inteligentes y verdaderamente patriotas de esos países. Hay en ellos una oposición

latente entre el elemento civil y culto y el gran número de generales, que sólo piensan en ocupar los primeros puestos mediante sublevaciones; mas, por desgracia, no faltan entre los hombres de carrera cortesanos del éxito, que se labran posiciones halagando los apetitos de los caudillos y que dedican su talento a la poca envidiable tarea de exacerbar las susceptibilidades locales, dificultando la obra de la concordia.

NICARAGUA. — Presidencia de Martínez durante diez años. Le sucede el general Guzmán : guerra civil. Presidencias sucesivas hasta 1890. Luchas civiles; guerra contra Honduras. Presidencia y sucesivas reelecciones del general Zelaya. Rápida sucesión de presidentes. — En 1857, las rivalidades entre Granada y León sugirieron la idea de trasladar la capital de esa República a la ciudad de Managua, donde se estableció una junta de gobierno formada por el legitimista Martínez y el demócrata Jérez, con el propósito de conciliar a los partidos rivales. Este gobierno fué reconocido por las otras Repúblicas centroamericanas y convocó una Asamblea constituyente, que se reunió en Managua el 8 de noviembre y eligió presidente de la República al general Tomás Martínez, que logró sostenerse en su cargo durante más de ocho años, pues se hizo reelegir a fines de 1862, no obstante la prohibición expresa del texto constitucional, reformado en 1858. En los primeros años gobernó con templanza y dió participación en los cargos públicos a los demócratas; pero desde su reelección ilegal propendió a la dictadura, suprimió la libertad de la prensa y cometió atropellos, que fomentaron el descontento general. En 1863, habiéndose aliado Martínez con Carrera, presidente de Guatemala, para derribar al gobierno del Salvador, dirigido por Barrios, fuerzas salvadoreñas invadieron el territorio de Nicaragua, pero fueron vencidas y esta victoria consolidó el gobierno de Martínez, que siguió en el poder hasta 1867. Entre los adelantos administrativos que señalaron esta administración, figuró la reforma del servicio de correos, que se organizó con acierto y habilidad.

Terminados los dos períodos presidenciales de Martínez, subió al poder el general don Fernando Guzmán, que mostró desde el principio deseos de cumplir las leyes y de hacer justicia a todos los ciudadanos, sin distinción de partidos. No tarda-

ron, sin embargo, en conjurarse contra él los generales Martínez y Jérez, que encendieron la guerra civil, pero fueron derrotados por las fuerzas legales (1869), y entonces el gobierno restableció la completa libertad de la prensa y pudo llevar a cabo otras reformas democráticas. El general Guzmán abandonó el poder al terminar su período, dejando excelente recuerdo a sus conciudadanos, pues llamándose conservador, respetó la libertad de todos.

Le reemplazó en 1871 Don Vicente Cuadra, hombre civil que mostró también tendencias conciliadoras y se distinguió especialmente por su buena gestión de los caudales públicos, introduciendo orden en la Hacienda, que estaba muy desorganizada. Concluído el plazo legal de su administración en 1° de marzo de 1875, fué elegido don Pedro Joaquín Chamorro, que introdujo mejoras en el ejército y la instrucción pública y empezó a construir el ferrocarril nacional. En 1879 entregó el mando al general don Joaquín Zavala, que hizo proseguir los trabajos de la vía férrea y decretó la expulsión de los jesuítas, teniendo que sofocar algunos motines con tal motivo. En marzo de 1883 le sucedió el doctor don Adán Cárdenas, partidario de una política imparcial y expansiva y de la más amplia libertad del sufragio, lo que concitó contra su gobierno bastante oposición. Logró, sin embargo, llegar hasta el fin de su período legal y fué sustituído en 1887 por el coronel don Evaristo Carazo, que sostuvo en el poder al elemento civil y mostró buenas cualidades administrativas. Desgraciadamente murió en Granada en agosto de 1889, y hubo de hacerse cargo de la presidencia, con carácter interino, el ministro de la Gobernación, doctor David Osorno, quien convocó a elecciones presidenciales y, en virtud del resultado de éstas, entregó el mando, en 1890, al doctor don Roberto Sacasa.

El nuevo presidente no supo conciliar las aspiraciones de los partidos, y a fines de abril de 1893 se alzaron contra él en Granada los generales Zavala y Montiel, obligándole a resignar el poder en una junta de gobierno presidida por el senador don Salvador Machado (1° de junio de 1893). Pocos días después se eligió presidente al general Zavala, mas apenas había tomado posesión cuando estalló contra él un movimiento revolucionario (14 de julio), proclamándose dictador el general J. Santos Zelaya. Éste hizo confirmar sus poderes por un Congreso y so-

focó duramente varias sublevaciones. A principios de 1894 sostuvo guerra con la República de Honduras, y las tropas nicaragüenses, al mando del general Anastasio Ortiz, quedaron victoriosas. Este triunfo aseguró en el poder al general Zelaya, en cuyo tiempo se llevaron a efecto reformas importantes en materia de rentas fiscales, telégrafos, ferrocarriles e industrias. En 1895 se restableció la soberanía de Nicaragua en el territorio titulado *Reserva Mosquitia*, que hasta entonces ocupaba Inglaterra y que utilizaban los contrabandistas para su comercio clandestino. La Constitución fué modificada en 1896, y cuatro años más tarde se celebró un tratado con Costa Rica para zanjar definitivamente la cuestión de límites. El general Zelaya fué reelegido en los períodos sucesivos, hasta el de 1906 a 1910; pero una guerra desgraciada que tuvo con el Salvador dió en tierra con él y con su prestigio, pues no volvió a levantarse. Desde entonces los presidentes se sucedieron con una rapidez que sería asombrosa si no se tratase de esos desdichados pueblos. A la caída de Zelaya, subió al gobierno el general Estrada, que se mantuvo entre sublevaciones y fusilamientos hasta que le sustituyó el Dr. Madriz; después ocupó la presidencia el general Bonilla; luego D. Emiliano Chancorro y a principios de 1917 era presidente el Sr. Adolfo Díaz.



COSTA RICA. — Insurrección y fusilamiento del ex presidente Mora. Gobiernos de Jiménez y Castro. Larga presidencia del general Guardia. Gobiernos sucesivos. — Una revolución derribó del gobierno de este país, en agosto de 1859, a don Juan Rafael Mora, que fué sustituído por el doctor don José María Montealegre. Éste hizo reformar la constitución y en mayo de 1860 fué elegido presidente constitucional. El ex presidente Mora se sublevó en Punta Arenas, pero derrotado y hecho prisionero, se le fusiló el 30 de septiembre del mismo año; y Montealegre siguió en el poder, hasta que el 8 de mayo de 1863 entregó el mando al licenciado don Jesús Jiménez. El período legal de la presidencia estaba reducido a dos años y Jiménez logró pasarlos sin tener que hacer frente a insurrecciones. Le sucedió el doctor Castro (1865-1867) que fundó el Banco Nacional. Reelegido el doctor Castro, fué lanzado del poder por una sublevación que llevó de nuevo a la presidencia a don Jesús Jiménez, quien a su vez fué

depuesto en abril de 1870, siendo nombrado jefe interino del poder ejecutivo don Bruno Carransa.

Verificadas las elecciones presidenciales con la espontaneidad usual después de una insurrección vencedora, fué elegido el general don Tomás Guardia, que se mantuvo en el poder doce años, salvo breves paréntesis, ocupados por los gobiernos precarios de don Aniceto Esquivel y don Vicente Herrera. En ese largo período luchó contra varias conspiraciones. Murió en junio de 1882 y se eligió en su lugar al general Próspero Fernández, a quien sucedió en 1885 el licenciado don Bernardo Soto.

Este gobernante ejerció el poder durante cuatro años, sucediéndole con carácter de interino el Sr. Esquivel. Vuelto al gobierno el titular Sr. Soto, se le acusó de querer falsear las elecciones y entonces entregó el mando interino al Sr. Durán, a fines de 1889. Triunfó el candidato de los conservadores, doctor don José J. Rodriguez, quien respetó la libertad de la imprenta, pero asumió en 1892 la dictadura para hacer frente a la oposición que contra él se había formado en el Congreso. Dejó al fin el gobierno y en mayo de 1894 le sucedió don Rafael Iglesias, de la misma filiación política. El período presidencial se había prolongado hasta cuatro años y además se estableció que era lícita la reeleccion. Siguió, pues, gobernando don Rafael Iglesias y en sus administraciones fomentó cuanto pudo los intereses materiales y morales del país; inauguró el ferrocarril del Pacífico, aumentó la red de carreteras y caminos, creó una granja nacional de agricultura y fundó muchas escuelas. Desde 1906 a 1910 ocupó la presidencia el Ldo. D. Cleto González Vásquez; sucediéndole hasta 1914 D. Ricardo Jiménez, y a éste D. Alfredo González Flores, elegido para el período que termina el 8 de mayo de 1918.

HONDURAS. — Devolución a este país del territorio de Mosquitia. Asesinato del general Guardiola. Rápida sucesión de presidentes. Gobierno del general Medina. Es intervenido el país en su política interior. Nuevas presidencias. Gobierno del general Bográn. Guerras civiles. Presidencias de Bonilla y Sierra. Últimos presidentes. — El general don Santos Guardiola, que gobernaba este país desde 1856, obtuvo en noviembre de 1859, por negociaciones con la Gran Bretaña, la devolución

de la Mosquitia hondureña y de las islas de la Bahía. En su tiempo fué apresado y fusilado en Trujillo (12 de septiembre de 1860) el valeroso aventurero Walker, que había perturbado durante largo tiempo la América central. El presidente Guardiola, que había prestado grandes servicios al país, murió asesinado el 11 de enero de 1862, sin que este crimen favoreciese a sus adversarios políticos, pues no estalló el movimiento que se preparaba. El gobierno pasó en pocos días, de las manos del senador don Francisco Montes a las del general Medina, y de las de éste al vicepresidente don Victoriano Castellanos, quien, después de hacer notar en la *Gaceta Oficial* el grado de postración en que había caído el país, ocupado en guerras desastrosas, trató de llamar la atención pública hacia las mejoras materiales. Por desgracia, la muerte atajó sus buenos propósitos, pues falleció el 11 de diciembre del mismo año, encargándose de la presidencia don Francisco Montes. Éste cometió el grave error de hacer causa común con el Salvador, que estaba en guerra con Guatemala, y sólo consiguió ver envuelto a su país en la derrota. Este fracaso le obligó a dejar el poder, que ocupó (junio de 1863) el general don José Medina, apoyado por el gobierno de Guatemala. Gobernó el general Medina durante nueve años, venciendo algunas insurrecciones y fusilando o ahorcando sin piedad a los vencidos. En su tiempo se dió una nueva ley fundamental y se contrató en Europa un empréstito para construir el ferrocarril interoceánico. Las condiciones del empréstito fueron usurarias; además, el dinero obtenido se administró pésimamente y apenas bastó para construir una de las secciones del ferrocarril proyectado. En 1872 una intervención conjunta de Guatemala y Salvador le derribó del gobierno, que ocupó el licenciado don Céleo Arias. Éste fué molestado por diversos motines y al fin le hicieron abdicar las mismas repúblicas del Salvador y Guatemala que le habían dado el mando (noviembre de 1873). Como se ve, la república de Honduras estaba en esta época completamente intervenida en su política interior.

Don Ponciano Leiva, nombrado y después elegido presidente, procuró mejorar el lastimoso estado de la hacienda pública, creó el registro civil e hizo algunas reformas plausibles; pero el gobierno de Guatemala, de cuyas instrucciones se resistía a ser incondicional cumplidor, le hizo renunciar su puesto (8 de

junio de 1876). Ocupó el mando interinamente don Crescencio Gómez, y dos meses después se eligió al Dr. Marco Aurelio Soto, quien logró gobernar, de acuerdo con el Salvador y Guatemala, hasta mediados de 1883. En su tiempo se restringieron mucho las libertades públicas; pero se realizaron algunos progresos materiales, entre ellos la inauguración de líneas telegráficas, y mejoras en las rentas públicas y en la contabilidad. Sin embargo, la situación financiera del país era cada vez peor y un nuevo empréstito realizado en Inglaterra para cambiar la moneda, con garantía de los bosques públicos, puso de manifiesto escandalosas irregularidades.

Desde 1883 a 1891 desempeñó la presidencia de Honduras el general don Luis Bográn, que hubo de sofocar varias insurrecciones y enviar fuerzas a Guatemala con el fin de ayudar al general Barrios en su malogrado proyecto de realizar la unión de las repúblicas de Centro América. Fué elegido para sustituirle don Ponciano Leiva, que trató de iniciar algunos adelantos; pero tuvo que dejar en 1893 la presidencia, por la serie de insurrecciones contra él promovidas. Le sucedió el licenciado Agüero, que sintiéndose débil para combatir a los sublevados, transfirió el poder al general Domingo Vásquez. Éste apagó, a costa de grandes esfuerzos, la guerra civil; pero hubo de luchar con la república de Nicaragua, a la que ayudaban los emigrados políticos de Honduras, y habiendo sido vencido, abandonó la presidencia (año 1894). Verificadas elecciones, obtuvo el triunfo el candidato liberal Dr. Policarpo Bonilla, quien desde luego hizo reformar la constitución, estableciendo en su preámbulo que la unión centroamericana era una primordial necesidad. A fin de preparar esta previsora solución, inauguró, en junio de 1895, en Amapala, una serie de conferencias a que enviaron delegados el Salvador y Nicaragua, sin que se obtuviese más resultado que la manifestación recíproca de buenos deseos. Terminó su período administrativo en 1899 y le sustituyó el general don Terencio Sierra, que hizo cuanto pudo para fomentar los intereses materiales, construyó una carretera desde Tegucigalpa al Pacífico, puso en explotación varias minas y creó escuelas y una academia de artes y oficios. Pero la deuda que pesa sobre este país es demasiado abrumadora para permitirle salir de su postración.

Una insurrección llevó al poder en 1907 al general Dávila y

en 1910 hubo una guerra civil en que intervinieron los Estados Unidos, ocupando en 1911 la presidencia D. Francisco Bertrand. En 1915 pasó a D. Alberto Membreño, y en 1916 volvió a ocuparla el Sr. Bertrand.

EL SALVADOR. — Presidencia de Barrios. Guerra con Guatemala y Nicaragua. Desleal fusilamiento de Barrios. Presidencias de González, Valle y Zaldívar. Tentativas de absorción por Guatemala. Últimos gobiernos. — A principios de 1858 tomó posesión de la presidencia de este país don Miguel Santín del Castillo, sucediendo a don Rafael Campo. Sintiéndose fatigado, el Sr. Santín delegó, con carácter interino, el gobierno en el general don Gerardo Barrios, que no tardó mucho en hacerse dueño de la situación. En 1860 fué elegido presidente constitucional por el plazo de seis años, pues pareciéndole muy corto el de dos que fijaban las leyes, consiguió que el parlamento lo triplicara. A fin de estrechar las relaciones amistosas con Guatemala, hizo una visita oficial al dictador de este país, general Carrera, quien le hizo grandes distinciones. No tardaron, sin embargo, en enemistarse ambos personajes, en lo que parece influyeron mucho los emigrados salvadoreños que había en Guatemala; de modo que en 1863 se declaró la guerra entre ambas repúblicas. A fines del citado año, Carrera invadió el Salvador con unos cinco mil hombres y atacó la plaza fuerte de Coatepeque donde se encontraba el general Barrios, que logró rechazarle. Engreído Barrios con su triunfo, invadió a su vez el territorio de Nicaragua, donde mandaba el general Martínez, aliado de Carrera, pero fué derrotado (abril de 1864). Entonces el general Carrera dirigió contra el Salvador otra expedición, que tomó la plaza de Santa Ana, estableciendo allí un gobierno provisional presidido por el emigrado salvadoreño Dr. Francisco Dueñas, que logró reunir en torno suyo muchos elementos hostiles a Barrios. Éste se vió sitiado en la ciudad de San Salvador y logró fugarse a Costa Rica (26 de octubre). Entonces Dueñas organizó su gobierno; venció una insurrección en favor de Barrios (29 de mayo de 1865) y logró que el gobierno de Nicaragua le entregase la persona de este general bajo promesa de respetar su vida. Sin embargo, apenas tuvo en su poder a Gerardo Barrios, le formó juicio y le hizo fusilar (29 de agosto

de 1865), acto de cruel deslealtad que causó penosa impresión. El doctor Dueñas logró sostenerse en el poder hasta el mes de abril de 1871, en que le derribó un movimiento revolucionario capitaneado por el general Santiago González, que se hizo cargo de la presidencia y realizó varias reformas útiles en la enseñanza y la hacienda; en su tiempo se abrieron nuevos caminos, se colocaron las primeras líneas telegráficas y se estableció el colegio militar.

En 1876 ocupó legalmente la presidencia de el Salvador don Andrés Valle, que fué derribado a los tres meses, por no querer secundar las miras del gobierno de Guatemala respecto de la república de Honduras. Entonces, bajo los auspicios del presidente guatemalteco, general Rufino Barrios, se hizo cargo del gobierno del Salvador el Dr. don Rafael Zaldívar, elegido más tarde en forma legal. Este gobernante realizó algunos adelantos, entre ellos la construcción de la primera vía férrea, que fué desde Armenia hasta Acajutla. El doctor Zaldívar siguió las aspiraciones del gobierno de Guatemala, hasta que, en 1885, hubo de ponerse frente a él para evitar la absorción del país proyectada por Barrios, que trataba de unir por la fuerza las cinco repúblicas. Derrotado y muerto el invasor Barrios, fracasó el intento, grande en sus fines, aunque mal concebido y peor ejecutado. El doctor Zaldívar abandonó a poco el poder en manos del general Figueroa, a quien se lo arrebató, mediante una sublevación militar, el general Francisco Menéndez (junio de 1885). Éste gobernó con moderación y honradez hasta mediados de 1890, en que murió. Entonces cayó el gobierno en manos del general Carlos Ezeta, quien, ayudado por su hermano Antonio, célebre por su crueldad, sometió el país a dura opresión, hasta que un alzamiento ocurrido en la ciudad de Santa Ana en 1894 arrebató el poder a los hermanos Ezeta. Los vencedores entregaron el mando al general Rafael Gutiérrez, quien lo ejerció hasta 1898 en que, mediante el alzamiento militar de costumbre, pasó al general don Tomás Regalado, que hizo una regular administración, procurando desarrollar las fuentes de la riqueza pública. Al terminar su período, en 1903, le sucedió en la presidencia, esta vez legalmente, don Pedro J. Escalón, que en 1904 convocó una exposición nacional de industria y agricultura. Los últimos presidentes han sido don Fernando Figueroa (1907-11), D. Manuel Araujo, y D. Carlos

Meléndez, que comenzó su administración en 1° de marzo de 1915.

GUATEMALA. — Administración del general Cerna. Guerra civil. Sube al poder Rufino Barrios y lo conserva doce años. Su plan de unir por la fuerza los Estados centroamericanos. Es derrotado y muerto. — Al morir en 1865 el general Carrera, que por espacio de tantos años había sido árbitro de la suerte del país, se eligió para sucederle al general don Vicente Cerna, que hubo de luchar con la oposición de los elementos liberales. El nuevo jefe del gobierno promovió no pocas mejoras materiales y morales en Guatemala, hizo redactar un código penal y mercantil a la ley hipotecaria, y elevó a siete años la duración del cargo de diputado. Esta última medida no fué del agrado de los muchos políticos que aspiraban a esos puestos; hubo, pues, protestas y descontento, y al fin, en junio de 1871, estalló une revolución encabezada por el general García Granados, que obtuvo el triunfo. No logró, sin embargo, sostenerse en el poder más allá de dos años; pues se vió incesantemente combatido por los conservadores, sobre todo desde que expulsó del país a los padres jesuítas, que tenían muchos partidarios. Le sucedió en el poder el general don Justo Rufino Barrios, que había tomado gran parte en la revolución de 1871. Elegido para la presidencia de Guatemala en abril de 1873, pudo creerse al principio que se mostraría favorable a las tendencias de los conservadores, pero bien pronto pudo verse que, aunque muy celoso de su poder personal y nada escrupuloso en respetar el derecho de sus gobernados, era, sin embargo, partidario de los radicalismos en política. Procedió, pues, como un dictador que profesara ideas avanzadas, y no sólo mantuvo la proscripción de los jesuítas, sino que abolió todos los institutos monásticos, destinando los edificios de los conventos a oficinas públicas. Fomentó el progreso de la enseñanza en sus diversos grados, hizo ir a Guatemala profesores extranjeros de ideas progresistas, estableció los primeros códigos y las primeras vías férreas y líneas telegráficas, implantó el jurado de imprenta, el matrimonio civil, la secularización de cementerios y otras reformas democráticas, viniendo a ser un Carrera de convicciones liberales. En cuanto a los puestos públicos, los repartía sin distinción entre conser-

vadores y demócratas, con tal de que les juzgase aptos para ejercerlos y de que le fuesen incondicionalmente adictos. Afectaba gran desinterés y se mostraba contrario al principio de la reelección, pero no perdonaba medio para hacerse reelegir y reunió una enorme fortuna. De este modo se sostuvo al frente de Guatemala durante doce años y habría mandado mucho más tiempo si, en 1885, no se hubiera obstinado en el peligroso empeño de restablecer la unión de los Estados centroamericanos por medio de la violencia. La idea de la unión era noble y generosa, pero malo el procedimiento, que chocaba con la dignidad de las otras repúblicas, haciéndolas temer ser absorbidas por Guatemala. A fines de febrero el general Barrios se declaró, por medio de un decreto, general en jefe del ejército destinado a imponer la unión. La república de Honduras se adhirió desde luego a sus planes; mas no así las del Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que apelaron a las armas. El general Barrios invadió el Salvador, y el 2 de abril murió en la batalla de *Chalchuapa*, pereciendo con él la gran idea de la confederación, que sólo podrá realizarse algún día, no por la fuerza de las armas, sino en plena paz y por medio de un congreso de representantes de todas las repúblicas centroamericanas, que deje a salvo las susceptibilidades e intereses locales de todas ellas.

Gobierno del general Barillas. Procura realizar por medios pacíficos la unión. Fracaso de la idea. Presidencia del general Reina. Es asesinado y le sucede el Dr. Estrada Cabrera. — Subió entonces a la presidencia de Guatemala el general don Manuel Lisandro Barillas, jefe político de Quezaltenango. El nuevo presidente renunció desde luego al proyecto de la unión centroamericana por imposición de la fuerza, pero quizo realizarlo por medios pacíficos y al efecto dirigió invitaciones a las otras cuatro repúblicas centroamericanas para que enviasen plenipotenciarios a un congreso especial, que se reunió en Guatemala el 20 de enero de 1887 y dió por terminado su cometido el 16 de febrero, acordando un convenio de paz y amistad entre las cinco repúblicas, una convención consular y otra de extradición de reos. Además se estipuló que cada dos años, a más tardar, se reuniría un congreso centroamericano para trabajar por la unidad; y en efecto se

celebró una junta de delegados en San José de Costa Rica en 1888 y otra en San Salvador en octubre de 1889. En este último congreso se firmó un pacto de alianza provisional, para conseguir cuanto antes la unión definitiva. El 15 de septiembre de 1890 debía inaugurarse, con arreglo al artículo 1° de aquel pacto, el primer gobierno general de la Confederación de Centro América, presidido por el jefe del Estado que la suerte designara; pero, desgraciadamente, en julio del mismo año estalló la guerra entre Guatemala y el Salvador con motivo de la muerte del presidente de esta república, general Menéndez, y de la insurrección que elevó al gobierno al general Ezeta. En esta lucha inoportuna e inmotivada llevaron las tropas guatemaltecas la peor parte, sin que correspondiese a ninguno de los países la victoria definitiva; pero el proyecto de unión, que era lo que interesaba, se hizo impracticable.

Terminado, con esta penosa impresión, el período administrativo del general Barillas, subió a la presidencia (marzo de 1892) el general don José Reina Barrios. El nuevo presidente acometió grandes obras públicas, entre ellas el ferrocarril del Atlántico y suntuosos edificios, sin consultar bastante las fuerzas contributivas del país, lo que produjo una crisis monetaria que aun continúa. Todavía se procuró reanudar las negociaciones para la unión centroamericana y al efecto se reunió, el 15 de junio de 1897, en la ciudad de Guatemala, una convención de delegados de las cinco repúblicas, pero todo quedó en buenos deseos.

El general Reina Barrios fué asesinado el 8 de febrero de 1898 y entonces subió al poder el Dr. don Manuel Estrada Cabrera, muy afamado por su ilustración y sus dotes de jurisconsulto. Elegido en forma legal en marzo de 1899, interpuso sus buenos oficios para evitar una guerra que se preparaba entre Nicaragua y Costa Rica por cuestión de límites, contrató la terminación del ferrocarril del Atlántico de modo que la línea fuese propiedad del Estado, construyó carreteras y caminos, estableció juntas de agricultura y dedicó gran atención a la enseñanza en sus diversos grados. El segundo período presidencial del señor Estrada Cabrera dió comienzo el 15 de marzo de 1905, y terminó en 1911, volviendo a ser nuavamente reelegido, hasta marzo de 1917.

PANAMÁ. — Creación de esta nueva república. Resumen estadístico de los países centroamericanos. Ventajas que reportaría su confederación. — En noviembre de 1903 una insurrección desprendió de la república de Colombia el estado de Panamá, que se constituyó en nación independiente, bajo la presidencia de don Amador Guerrero, a quien después han sucedido el Dr. J. Diego de Obaldía, el Dr. Pablo Arosemena y el Dr. Belisario Porras. Con esta nueva república cuya creación fué debida principalmente a la acción de los Estados Unidos, que no se avenían con Colombia respecto de la cesión y precio de los terrenos necesarios para las obras del canal interoceánico, son ya seis las formadas en Centro América, todas unitarias.

Terminaremos haciendo un breve resumen estadístico de estas repúblicas.

La de *Guatemala* tiene 115.000 kilómetros cuadrados y su población asciende a 1.650.000 habitantes. Capital, *Guatemala,* con 80 mil habitantes. Tiene unos 700 kilómetros de ferrocarriles.

La de *Honduras* tiene 115.000 kilómetros cuadrados y 600 mil habitantes. Capital, *Tegucigalpa,* con 30 mil habitantes. Tiene 90 kilómetros de ferrocarriles y cerca de 400 kilómetros en construcción.

La de *San Salvador* tiene 21 mil kilómetros cuadrados y algo más de un millón de habitantes, lo que supone una gran densidad de población. La capital es *San Salvador,* con 70 mil habitantes. Tiene 160 kilómetros de ferrocarriles en explotación y otros en construcción.

La de *Nicaragua* es la mayor en extensión superficial (128 mil kilómetros cuadrados), pero no tiene más que 450 mil habitantes. Su capital es *León,* con 50 mil habitantes. Tiene 250 kilómetros de ferrocarriles en explotación.

La de *Costa Rica* tiene 48 mil kilómetros cuadrados y 340 mil habitantes. Su capital es *San José,* con 30 mil habitantes. Tiene unos 600 kilómetros de ferrocarriles en explotación.

La de *Panamá* o *el Istmo* tiene 87.600 kilómetros cuadrados y 400 mil habitantes. Capital *Panamá,* con 35 mil habitantes. Está llamada a un gran desarrollo mercantil, que deberá al canal interoceánico.

Hay, además, el territorio de *Honduras británico*, con 20 mil kilómetros cuadrados y unos 40 mil habitantes, de los que 10 mil corresponden a la capital, *Belice*.

Confederadas las seis repúblicas de Centro América formarían un estado respetable y poderoso, de unos 520 mil kilómetros cuadrados de extensión y más de cuatro millones y medio de habitantes.

XXXI.

REPÚBLICA DE VENEZUELA.

Renuncia del general Páez. Gobierno de Falcón, constitución federal. Movimientos insurreccionales. Triunfo, dictadura y muerte de Tadeo Monagas. — Gobierno del general Pulgar. Sublevación y triunfo de Guzmán Blanco. Presidencias de Alcántara y Valera. Nueva insurrección y nuevo gobierno de Guzmán Blanco. Gobiernos de Rojas, Andueza y Crespo. Cuestión con Inglaterra. Muerte de Crespo. — Sube al poder Cipriano de Castro. Larga guerra civil. Complicaciones con potencias europeas. Intervención de Inglaterra y Alemania. Actitud de los Estados Unidos. Arreglo del pago de las deudas. Destitución del general Castro. Presidencia del general Juan Vicente Gómez. Datos estadísticos.

Renuncia del general Páez. Gobierno de Falcón, constitución federal. Movimientos insurreccionales. Triunfo, dictadura y muerte de Tadeo Monagas. — La revolución federalista de 1863 obligó al anciano Páez a renunciar la primera magistratura a mediados de junio, y entonces se hizo cargo del gobierno el general Falcón, que vió confirmados sus poderes al votarse la Constitución federal de los Estados Unidos de Venezuela, el 1° de mayo de 1864. La vicepresidencia fué otorgada a don Antonio Guzmán Blanco, que simultaneó este cargo con los de ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores y comisionado fiscal de la nación. Este político, hijo de otro general del mismo nombre, que había sido candidato a presidente en 1846 y muy perseguido por los Monagas, se dedicó en su juventud al estudio de la medicina y el derecho, recibiéndose de abogado; pero en 1859 abrazó la carrera militar, uniéndose a las fuerzas sublevadas de Falcón, siendo nombrado auditor de guerra y luego comandante. Obtuvo después algunos triunfos, tuvo gran parte en el éxito de la revolución de 1863, y Falcón, que le apreciaba mucho, no sólo le nombró general, sino que le dejó tomar gran parte en el gobierno, cediéndole la presidencia cada vez que se ausentaba. Este primer periodo de la administración federal fué en extremo agitado, porque los conservadores hacían continuos esfuerzos por conturbar el país y volver de nuevo al poder. Al

principio hubo en Puerto Cabello un movimiento insurreccional capitaneado por el general Cordero, que al fin tuvo que evacuar la plaza y refugiarse en Angostura. Poco después (septiembre de 1864) se declaró independiente el Estado de la Guayana; el gobierno de Caracas bloqueó entonces las bocas del Orinoco y por último se celebró un tratado que puso fin a la insurrección separatista, favorecida, según se dijo, por el ministro británico. A principios de junio de 1865 se alzó en armas en Maracaibo el general Pulgar, contra quien marchó el presidente, logrando vencerle en una sangrienta campaña. De nuevo estallaron insurrecciones en 1867, figurando al frente de los sublevados el ex presidente Tadeo Monagas, que después de varios triunfos logró poner sitio a la capital en abril de 1868. En vano trató el general Falcón de hacer frente a la tormenta; sus tropas fueron derrotadas el 22 de junio en las cercanías de Caracas, se peleó tres días en las calles y por último, el 26 de junio, entró vencedor en la ciudad el general Monagas y asumió la dictadura, viéndose precisado Falcón a dejar el país. Los vencidos se concentraron en Puerto Cabello, donde fueron atacados por el dictador, a quien se rindieron a mediados de agosto. Pero Monagas, que era ya octogenario, no pudo gozar mucho tiempo de su victoria y murió el 18 de noviembre, haciéndose cargo del gobierno el general Venancio Pulgar.

Gobierno del general Pulgar. Sublevación y triunfo de Guzmán Blanco. Presidencias de Alcántara y Valera. Nueva insurrección y nuevo gobierno de Guzmán Blanco. Gobiernos de Rojas, Andueza y Crespo. Cuestión con Inglaterra. Muerte de Crespo. — Guzmán Blanco se hallaba en Europa durante estos acontecimientos y en 1867 regresó a Venezuela; pero sabiendo que se trataba de reducirle a prisión, se embarcó para la isla de Curazao y desde allí organizó un movimiento revolucionario. El 13 de febrero de 1870 desembarcó en Curamichate, acompañado de los generales Miguel Gil, Juan B. García y Lermit Laroche; de los coroneles Andrés Ibarra y Francisco Monserrate, y de su asistente Florentino Zárate. Pronto se le unieron muchos grupos de hombres del pueblo, casi todos sin armas; pero supo organizarlos y emprendió con ellos la marcha hacia Caracas. Durante el trayecto recibió importantes adhesiones y

recursos. El gobierno andaba muy escaso de simpatías y elementos; sin embargo se resistió decididamente en la capital y sólo se rindió después de tres días de sangriento combate (abril de 1870). Entonces dió comienzo la administración de Guzmán Blanco, el cual, sin descuidar, ni mucho menos, sus propios intereses, hizo mucho en favor del progreso y cultura del país. Estableció, en efecto, la primera enseñanza gratuita y obligatoria, hizo construir carreteras, ferrocarriles y telégrafos y se esforzó en fomentar la inmigración extranjera, siempre débil en los pueblos que viven entre continuas revoluciones, que privan de verdaderas garantías al trabajo y aun a la misma propiedad. Comprendiéndolo así, Guzmán Blanco procuró destruir en su patria esa calamidad de las revoluciones periódicas, a que él mismo había contribuído, y justo es convenir en que, a fuerza de energía, lo consiguió durante algunos años y pudo abrigarse la esperanza de que Venezuela entraría resueltamente en las vías del orden y la prosperidad. Desgraciadamente, en 1874 estalló una nueva insurrección, que dió el poder a los conservadores, subiendo a la presidencia el general Alcántara, a quien sucedió el general Valera. Guzmán Blanco, que había marchado a Europa, regresó a Venezuela a principios de 1879 y se puso al frente de un movimiento a que dió el título de « revolución reivindicadora » y que obtuvo el triunfo. Elegido en forma legal el 17 de marzo de 1880 y reelegido en igual fecha de 1882, cedió el puesto dos años después al general Crespo, y volvió a ejercerlo desde 1886 a 1888, en que subió a la presidencia el señor Rojas Paúl, quien, no obstante pertenecer a un país democrático y republicano, ostentaba el título de marqués de Rojas, negociado en la Cámara pontificia. En 1890, subió al poder el Dr. don Andueza Palacio, a quien sucedió, por el procedimiento de costumbre, el general Joaquín Crespo, al que la muerte de Guzmán Blanco, ocurrida en Europa, hizo árbitro de la situación militar en Venezuela. El general Crespo promovió en 1893 una reforma constitucional, en cuya virtud se extendió a cuatro años el mandato de los presidentes, siendo designado para el período de 1894-98. Durante este período surgió una grave cuestión entre Venezuela y la Gran Bretaña, que trataba de extender los límites de la Guayana por territorio venezolano, a fin de explotar por su cuenta unas minas de oro a las que se atribuía una riqueza muy grande. El

general Crespo, no queriendo fiar la defensa de los intereses de Venezuela a la amistad y protección de los Estados Unidos, hizo grandes preparativos militares y aseguró que podría equipar un ejército de 100 mil hombres prontos para entrar en combate; pero admitió, a fines de 1896, los buenos oficios del presidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, cuyo gobierno cambió con el gabinete inglés notas muy agrias, llegando a parecer inevitable la lucha entre ambas potencias. Al fin se pactó un arreglo, que aceptó el gobierno venezolano; pero mientras se solventaba esta grave cuestión exterior, que amenazaba la integridad del país, en el interior no cesaban las conspiraciones y motines. Asistiendo el general Crespo en el teatro de Caracas (enero de 1897) a la representación de una ópera, fué objeto de una tentativa de asesinato por un desconocido, que se arrojó sobre él armado con un cuchillo, pero que fué sujetado por el general y luego preso sin haber logrado su criminal propósito. Pocos meses después, la vida de Crespo se vió amenazada gravemente por una enfermedad del corazón. Estaba ya elegido para sucederle en la presidencia el general Andrade, cuando estalló una revolución capitaneada por el general Hernández, llamado *el Mocho*. Salió Crespo a combatirle y fué muerto en una batalla, que se libró cerca de *Aconcagua* (abril de 1898).

Sube al poder Cipriano de Castro. Larga guerra civil. Complicaciones con potencias europeas. Intervención de Inglaterra y Alemania. Actitud de los Estados Unidos. Arreglo del pago de las deudas. Destitución del general Castro. Presidencia del general Juan Vicente Gómez. Datos estadísticos. — Prosiguiendo la guerra civil, que estaba destinada a prolongarse durante cinco años todavía, se apoderó de la presidencia de la República don Cipriano de Castro, que no tardó en hacer sancionar su atrevido golpe de mano, haciéndose proclamar por un Congreso. En esta intrincada red de guerras civiles, llega fácilmente a perderse la noción de dónde esté la legalidad, pues es raro el vencedor que no se apresura a revestir su usurpación de formas constitucionales. Lo cierto es que, una vez en posesión del gobierno, el nuevo mandatario demostró gran energía de carácter, no sólo para hacer frente a la

guerra civil, promovida en su contra por el general Matos y otros varios caudillos, sino también para no abatirse ante las complicaciones con el extranjero, que hizo surgir, más que por otras razones, por su desenfado y arrogancia. Alegando que una gran Compañía norteamericana de asfaltos, establecida en Venezuela, prestaba auxilios pecuniarios a los rebeldes, la impuso enormes multas, casi equivalentes a la confiscación; la Compañía se negó al pago, y no tardó en surgir la intervención diplomática de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, Castro lesionó los intereses de otras Compañías extranjeras, pretendiendo que era un ultraje a la dignidad de Venezuela que individuos o Sociedades de afuera, establecidas en el país, trataran de poner en entredicho las decisiones de sus tribunales. Desde el punto de vista de los principios, Castro tenía la razón de su parte; pero tampoco carecían de ella las Compañías amenazadas de ruina al afirmar que unos tribunales nombrados por un presidente arbitrario, de quien eran dóciles instrumentos, no les daban la mejor garantía de justicia, tanto más cuanto que el presidente Castro, exasperado por estas dificultades, acababa de dictar contra los extranjeros disposiciones verdaderamente draconianas, amenazándoles con castigos severos, seguidos de la expulsión, si hacían, por escrito o de palabra, críticas contra las disposiciones judiciales o gubernativas del país. Alemania y la Gran Bretaña protestaron; Castro hizo caso omiso de tales reclamaciones y se dió buena maña, no sólo para interesar en su favor a los pueblos americanos, presentando el asunto como cuestión de dignidad continental, sino también para colocar en un conflicto a los Estados Unidos, provocando una intervención europea en Venezuela a fin de poner a prueba la eficacia de la doctrina de Monroe. Sucedió, en efecto, que Inglaterra y Alemania enviaron buques de guerra a las aguas venezolanas, y aun sostuvieron algunas escaramuzas con fuerzas de este país, efectuando un desembarco cerca de la Guayra (septiembre de 1902). Entonces los Estados Unidos, dejando a un lado por lo pronto la cuestión de sus créditos, mediaron oficiosamente en el conflicto, pero no en sentido hostil a las potencias interventoras, lo que hubiese promovido la guerra, sino más bien como fiadores de la solvencia del gobierno de Venezuela, al que, por otra parte, no se escaseaban las censuras; pues el presidente Róosevelt hizo recalcar en sus mensajes que los Estados Uni-

dos, si bien mantenían enérgicamente el principio de que ninguna nación europea pudiese hacer adquisiciones territoriales en América, en cambio estaban dispuestos a no alentar la insolvencia de las naciones americanas malas pagadoras, ni a servir de pantalla a combinaciones que, disfrazadas de susceptibilidad nacional, ocultasen realmente un fraude de acreedores. Estas declaraciones del presidente Róosevelt, inspiradas a la vez en la prudencia y en la equidad, desconcertaron los planes de Castro, que se había lisonjeado con la idea de enredar en una lucha formidable a los Estados Unidos y a varias potencias de Europa. No tuvo, pues, más remedio que suspender sus procedimientos ejecutorios contra las Compañías extranjeras amenazadas y prometer a la vez que reanudaría el pago de la Deuda exterior, que había interrumpido fundándose en los gastos extraordinarios que necesitaba hacer para sofocar la guerra civil. Pero no admitiendo las potencias interventoras como garantía las promesas del presidente Castro, se convino en que los Estados Unidos suplirían las deficiencias del gobierno venezolano, en el caso de que éste no pudiera cumplir sus compromisos, reservándose, en caso tal, todos los medios necesarios para reintegrarse. Vino, pues, a resolverse este conflicto de un modo completamente distinto a lo que Castro se proponía; pues las naciones europeas, sin reconocer la doctrina de Monroe, se manifestaron, sin embargo, muy conformes con que los Estados Unidos viniesen a servir de garantía a los contratos celebrados con otros países americanos, lo que sometía a éstos a una especie de inspección de la gran República del Norte; situación poco halagüeña, pero que era único medio de evitar intervenciones de Europa,

De todos modos este incidente tuvo ingrata repercusión en casi todas las naciones americanas; en algunas, como la Argentina, se votó una ley de excepción que permitía desterrar del país a los extranjeros sin formación de causa, y además se quiso afirmar como principio de derecho internacional público la ilegitimidad del cobro compulsivo de las deudas entre naciones. Hubo, en suma, una especie de reanimación de los antiguos recelos contra Europa; mas, aunque trataran de disimularlo unos y se ofuscaran otros, lo cierto es que el peligro de absorción no estaba ya en Europa, sino en las tendencias imperialistas de los Estados Unidos.

Arreglado ya el modo como el gobierno venezolano había de ir pagando sus deudas y después de haber adquirido cierta aureola popular el presidente Castro en su país y fuera de él por su actitud a la vez arrogante y astuta, tuvo la satisfacción de terminar la guerra civil y fué reelecto para un nuevo período presidencial. A poco sobrevino la discordia entre los Estados Unidos y Colombia, con motivo del proyectado canal de Panamá. La sublevacion del Estado de este nombre y su rápida constitución en república independiente, patrocinada por los Estados Unidos, hizo decaer las esperanzas ilusorias de los muchos que veían en esa poderosa nación un auxiliar desinteresado de los pueblos de América. Las potencias europeas se apresuraron a reconocer la nueva república, demostrando así que no veían inconveniente alguno en que los Estados Unidos tuviesen, como vulgarmente se dice, las manos libres en el nuevo continente. Entendieron, con esto, demostrar a los pueblos americanos que Europa no se proponía intervenir en sus asuntos políticos y sí sólo exigir el pago de las deudas contraídas; pretensión enteramente razonable, a la que los Estados Unidos nada tenían que oponer. En más, las principales potencias europeas, para evitar complicaciones enojosas, habrían visto con satisfacción que los Estados Unidos se declarasen garantes de las deudas legitimamente comprobadas de otras repúblicas, cobrándose luego de ellas en la forma que juzgasen más oportuna; pero los Estados Unidos no se atrevieron a cargar con tan grave compromiso, más que por nada temiendo que semejante papel, halagüeño sin duda para sus aspiraciones de protectorado continental, les granjeara la animadversión de los demás pueblos de América, que se sentirían así rebajados en su dignidad nacional.

A fines de 1908 el presidente Castro emprendió un viaje a Europa, por motivos de salud, y entonces el vicepresidente, general Juan Vicente Gómez, aprovechó la ocasión para destituirle del mando y ponerse al frente de Venezuela; siendo confirmado en su cargo por el Congreso hasta 1915, y reelegido hasta 1922 después de un breve interinato del Dr. V. Márquez Bustillos.

Los propósitos de Guzmán Blanco respecto al fomento de la inmigración no han podido realizarse, y el número de europeos que van a establecerse a esa república es en extremo reducido.

La población puede calcularse en 2.750.000 habitantes, muchos de ellos de raza indígena. La extensión del país es de 943 mil kilómetros cuadrados, lo que da un promedio de tres habitantes por kilómetro. La industria y el comercio tienen aún escaso desarrollo; la importación anual se calcula en 10 millones de pesos oro y la exportación en 15 millones, de los que las cuatro quintas partes corresponden al café y el resto a cacao, algodón, oro y pieles. Apenas hay mil kilómetros de ferrocarriles en explotación, pero los grandes ríos sirven de vías fluviales.

En cuanto a la forma de gobierno, sigue siendo la república federal; el presidente, según la última reforma (1904), dura en sus funciones seis años y en la actualidad hay 13 estados, un distrito federal, que es Caracas (80 mil habitantes), 5 territorios y 2 colonias. Esta división territorial ha venido alterándose con mucha frecuencia, y por desgracia nada permite afirmar aún que Venezuela haya llegado a la estabilidad política, que es condición indispensable para el progreso y la prosperidad de los pueblos.

XXXII.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.

Cuarta presidencia del general Mosquera. Sus discordancias con el clero y con el Congreso. Agitación de los partidos. Decretos de desamortización. Guerra civil y prisión de Mosquera. — Se apodera del gobierno el general Acosta. Elección del conservador don Santos Gutiérrez. Le sucede el general Salgar. Exposición de productos colombianos. Presidencias de Murillo y Pérez. Terrible erupción volcánica en 18 de mayo de 1875. — Presidencia de Parra. Triunfa de una extensa sublevación y deja el gobierno. Elección del general Trujillo. Gobierno clerical de Núñez. Domina la insurrección liberal y restablece el sistema unitario. Postración del espíritu público. — Prosigue la reacción unitaria y clerical. Presidencia del Dr. Caro. Los federales acuden a las armas y son vencidos. Elección del Dr. San Clemente. Es destituído por el vicepresidente Marroquín. Guerra civil de cuatro años, ganada por los unitarios. Cuestión del canal de Panamá. Diferencias con los Estados Unidos. Formación de la República del Istmo o de Panamá. Los Estados Unidos apoyan resueltamente al nuevo Estado y prohiben a Colombia que lo combata. — Gobierno del general Reyes. Últimas presidencias. Predominio del militarismo y del clericalismo. Factores étnicos desfavorables. Indicaciones estadísticas.

Cuarta presidencia del general Mosquera. Sus discordancias con el clero y con el Congreso. Agitación de los partidos. Decretos de desamortización. Guerra civil y prisión de Mosquera. — Terminada la administración de don Manuel Murillo, le sucedió por algunos días el señor José Rojas Garrido, hasta que el 20 de mayo de 1866 tomó posesión de la presidencia, por cuarta vez, el general Mosquera. Este gobernante siguió persiguiendo al clero, que oponía dificultades a su gestión, y desterró a los obispos de Pasto y Santa Marta. Expidió un decreto sobre orden público, que se juzgó atentatorio a las prerrogativas de los Estados. Además, el Congreso desautorizó un empréstito de siete millones y medio de pesos contratado por el presidente en Londres para obras públicas, y otro de un millón para fusiles y para tres barcos armados en guerra. Esta discordancia entre el Congreso y el presidente trajo una gran perturbación; los elementos liberales apoyaban calurosamente a Mosquera, acha-

cando las dificultades con que luchaba a la animadversión del clero, y hubo en Bogotá manifestaciones populares en que, a la vez que se vitoreaba al presidente, se daban mueras al arzobispo y al cabildo metropolitano.

Otro partido, llamado radical, combatía por su parte al presidente, llamándole *tirano* y pidiendo su muerte, en forma no muy velada, en los periódicos *Alarma* y *El Mensajero*.

Mosquera no se dejó abatir por esos obstáculos; declaró bienes de manos muertas muchos templos e hizo derribar por los soldados el altar mayor de Santo Domingo para convertir esta iglesia en parlamento. Como el Congreso declaraba nulos sus actos, le pasó una nota en que manifestaba que quedaban rotas las relaciones entre los poderes ejecutivo y legislativo y apelaría al pueblo por medio del sufragio. A su vez, el Congreso declaró rebelde al presidente y, no acatando el decreto de disolución, siguió celebrando sesiones. Los Estados de Panamá y Magdalena se habían sublevado y el gobierno envió tropas para reducirlos; pero de este modo quedó sin fuerzas en la capital, y aprovechando esta circunstancia el general Santos Acosta, acompañado de algunos oficiales y hombres del pueblo, entró en el palacio presidencial en las altas horas de la noche del 23 de mayo de 1867 y puso preso al general Mosquera, que pocos días después fué expulsado del país y conducido a Lima (*).

Se apodera del gobierno el general Acosta. Elección del conservador don Santos Gutiérrez. Le sucede el general Salgar. Exposición de productos colombianos. Presidencias de Murillo y Pérez. Terrible erupción volcánica en 18 de mayo de 1875. — Dueño del gobierno, por ese golpe de mano, el general Santos Acosta fué declarado por el Congreso benemérito de la patria y encargado de dirigir las nuevas elecciones, que dieron el triunfo al candidato conservador D. Santos Gutiérrez (1º de abril de 1868). Éste

(*) El gobierno peruano recibió al general Mosquera con mucha distinción, recordando que había sido uno de los más bravos campeones de la independencia. Mosquera logró volver a Colombia después de tres años de destierro y se le nombró gobernador del Estado de Cauca y miembro del Congreso nacional. Murió en Coconuco el 7 de octubre de 1878, a los ochenta años de edad, pues había nacido el 20 de septiembre de 1798 en Popayán. Había sido uno de los más fieles amigos de Bolívar y mostrado hondas convicciones liberales y reformistas.

intervino con fuerzas nacionales en el Estado de Cundinamarca para cambiar el gobernador, y por ello fué acusado ante el Congreso y ante la Corte Suprema. El Congreso no admitió la acusación; pero la Corte de Justicia declaró que el presidente había infringido el código fundamental. Verificadas nuevas elecciones al terminar el período de los dos años, resultó elegido el general Eustorgio Salgar, que tomó posesión del cargo el 1° de abril de 1870.

El nuevo mandatario abrió una exposición de productos nacionales, contrató en Europa profesores para la fundación de escuelas normales, continuó las obras del Capitolio, casi suspendidas desde veinticinco años atrás, y costeó los estudios para el ferrocarril del Norte.

En 1° de abril de 1872 subió por segunda vez a la presidencia el Sr. D. Manuel Murillo, liberal templado, que logró evitar una guerra con Venezuela por cuestión de límites e introdujo algunas reformas en la enseñanza. Sucedióle en el plazo reglamentario el Sr. Santiago Pérez, quien influyó de tal modo en los preparativos de la elección de su sucesor, que logró dividir el partido liberal en dos fracciones, dirigida una por el candidato presidencial don Aquileo Parra y la otra por don Rafael Núñez. Los partidarios de éste, viéndose perseguidos y destituídos de sus empleos, pusiéronse al habla con los conservadores, preparándose a la revolución.

El 18 de mayo de 1875 fué un día de luto para Colombia; pues las poblaciones de San José de Cúcuta, el Rosario y San Cristóbal desaparecieron reducidas a cenizas por un volcán cercano, siendo grande el número de víctimas.

Presidencia de Parra. Triunfa de una extensa sublevación y deja el gobierno. Elección del general Trujillo. Gobierno clerical de Núñez. Domina la insurrección liberal y restablece el sistema unitario. Postración del espíritu público. — En 1° de abril de 1876 tomó posesión de la presidencia el señor Aquileo Parra, impuesto casi por el gobierno anterior. Casi inmediatamente se rebelaron varios Estados, dando comienzo una guerra civil que duró ocho meses y fué muy sangrienta. Al fin quedaron vencidos los insurrectos, pero el presidente Sr. Parra estaba tan desconceptuado que, apenas terminada la guerra, entregó el

poder al primer designado, general Sergio Camargo, que siguió manteniendo un régimen de fuerza hasta la elección del nuevo mandatario, que fué el general don Julián Trujillo, significado como partidario de la candidatura Núñez. Resultó, pues, que los vencidos en el campo de batalla eran los vencedores en la contienda electoral, lo que hacía más doloroso el estéril sacrificio de la guerra civil.

El general Trujillo favoreció por cuantos medios pudo el triunfo de D. Rafael Núñez, que, elegido por los votos de los conservadores y de la fracción liberal llamada independiente, tomó posesión de la presidencia el 1° de abril de 1880. Desterró de los empleos públicos a los liberales genuinos, denominados radicales, y como hallara resistencias a su política en varios Estados, meditó la reforma constitucional, aunque no se atrevió por entonces a implantarla. Le sucedió don Francisco Zaldúa, que habiendo entrado a gobernar en abril de 1882, falleció en diciembre del mismo año; sucediéndole el designado o suplente don José Eusebio Otálora hasta la terminación del periodo.

En 1884 fué de nuevo elegido presidente el Dr. Rafael Núñez, que estaba ausente del país, por lo que le suplió durante cuatro meses el primer designado, general Ezequiel Hurtado. Apenas llegado el Dr. Núñez, se alzó contra él en varios Estados el partido radical, que veía en el nuevo gobernante el más fiel instrumento del retroceso institucional y del clericalismo. La rebelión se mostraba imponente, pero fué vencida en los sangrientos combates de *Honda, Sonso, Santa Bárbara, Cogotes, Cartagena* y *Humareda.*

Con la fuerza moral y material que le daba su triunfo, creyó el Dr. Núñez que había llegado el momento de dar en tierra con todos los progresos institucionales realizados desde 1860. Trataba de reanimar la influencia del clero, y a la vez la del gobierno de Bogotá, y expidió un decreto por el que, prescindiendo de la representación nacional, convocaba un Consejo al que debían concurrir dos representantes de cada Estado. Este Consejo, formado por hechuras del gobierno, dictó las bases de una reforma constitucional, que derogaba el régimen federativo y los principios liberales implantados desde 1863. Antes de disolverse el Consejo nombró, por sí y ante sí, presidente de la República al mismo Dr. Núñez, y vicepresidente al general

Eliseo Payán, quienes hicieron confirmar su arbitrario nombramiento por la mayoría de los consejos municipales. Por último, sin intervención alguna de diputados o senadores, se decretó con fecha 6 de agosto de 1886 una Constitución en que se declaraba abolida la soberanía de los Estados, convirtiéndolos en departamentos, se volvía al régimen unitario y se prolongaba el mandato presidencial hasta seis años.

Consumada esta reacción sin ejemplo, el presidente Núñez se retiró a descansar a Cartagena, dejando el gobierno al Sr. D. José Campo Serrano, que sancionó la Carta fundamental y otras medidas del Consejo. Luego se encargó del gobierno el general Payán, que no ocultaba su disconformidad con el golpe de Estado, ni sus tendencias liberales, lo que hizo temer a los elementos retrógrados un cambio de situación. Entonces el Dr. Rafael Núñez se apresuró a tomar posesión del mando (febrero de 1888), y habiendo reunido el Consejo, declaró esta junta destituído de la vicepresidencia al general Payán. La Carta o Constitución no daba medios hábiles para tan grave medida; pero los conservadores no se detenían ante esos escrúpulos, y por otra parte el país había caído en tal postración que se dejaba despojar de sus libertades y garantías sin oponer a esos actos más que débiles protestas, reprimidas por encarcelamientos y persecuciones. El 20 de julio un Congreso, reunido con arreglo a las prescripciones de la Carta, nombró vicepresidente al Sr. Carlos Holguín, que se encargó del gobierno por haberse ausentado nuevamente el titular para Cartagena. El Sr. Holguín se hizo digno de la confianza de los conservadores y clericales por sus alardes reaccionarios, e irritó la opinión pública de tal modo que pareció inminente una nueva guerra civil. Fué, sin embargo, reelegido en 1890 por otros dos años, porque los conservadores habían destituído a todos los jefes y oficiales sospechosos de liberalismo y tenían a su disposición el ejército y el clero.

Prosigue la reacción unitaria y clerical. Presidencia del Dr. Caro. Los federales acuden a las armas y son vencidos. Elección del Dr. San Clemente. Es destituído por el vicepresidente Marroquín. Guerra civil de cuatro años, ganada por los unitarios. — La lucha electoral para elegir presidente desde 1892 a 1898 fué muy

empeñada; pues aunque los liberales estaban retraídos, se acentuaba la división entre los conservadores; unos querían elegir al general Marceliano Vélez y otros al Dr. Miguel Caro, cuñado del presidente Núñez. Éste, después de haber fluctuado entre ambos candidatos, se decidió por el segundo, si bien le redujo a la categoría de vicepresidente, poniéndose él, una vez más, en el primer puesto. La intervención oficial decidió el triunfo de esta combinación.

El presidente Núñez, muy celoso de su magistratura, pero poco afecto a ejercerla personalmente, tardó poco en ausentarse, dejando a su cuñado al frente del gobierno. Murió en Cartagena, en septiembre de 1894, y con esto el doctor Miguel Caro ascendió a presidente efectivo.

En el mes de enero de 1895, el partido liberal se lanzó a la guerra en los departamentos de Cundinamarca y Santander. El partido gobernante, que había tomado el nombre de *nacionalista,* recibió el decidido apoyo de los conservadores; y el general don Rafael Reyes consiguió sofocar en poco tiempo la rebelión, después del sangriento combate de *Enciso.* Después de alcanzado este triunfo contra los liberales, el presidente Caro se separó del mando en uso de licencia y le reemplazó el designado, general Quintero Calderón, quien llamó al gobierno a los conservadores. El presidente Caro se apresuró entonces a reasumir el ejercicio del poder y deshizo el ministerio formado por el suplente, formando una situación exclusivamente nacionalista. Al aproximarse las elecciones de 1898, los conservadores presentaron la candidatura del general Reyes; los liberales la del Dr. Miguel Samper, y el gobierno la de los doctores Manuel San Clemente para la presidencia y don José M. Marroquín para la vicepresidencia; siendo estos dos últimos candidatos los que obtuvieron el triunfo.

El doctor San Clemente era octogenario y carecía de energías físicas y morales para ejercer su elevado puesto; de modo que, por lo pronto, se encargó de la presidencia al señor Marroquín. Éste era también hombre de avanzada edad, pues pasaba de los setenta años, pero mostró en el ejercicio del poder los bríos de un joven. Empezó dando intervención en el gobierno a los conservadores, y esto promovió gran disgusto entre los nacionalistas, quienes llamaron al doctor San Clemente para que tomara posesión del mando.

El 3 de noviembre de 1898, se presentó en Bogotá el Dr. San Clemente, pero las Cámaras legislativas, influidas por el vicepresidente en ejercicio, no quisieron reunirse en Congreso para dar posesión al titular. Entonces, en medio de una violenta agitación de los ánimos, los partidarios del presidente legítimo Dr. San Clemente le indujeron a que prestase en su casa habitación el juramento constitucional, como lo hizo en presencia de la Corte suprema de justicia. Bajo estos alarmantes auspicios comenzaba la nueva administración.

El ejército parecía inclinado a favorecer a San Clemente, pero la oposición del Congreso afligió al presidente en tales términos, que abandonó la capital y se retiró sucesivamente a la vecinas poblaciones de Anapoima, Tena y Villeta. Al fin el vicepresidente Marroquín, rebelándose contra el presidente, se hizo cargo del poder e hizo frente a una guerra civil de las más sangrientas y tenaces que habían afligido a Colombia y en que tomaron parte de un lado los liberales, los radicales y no pocos nacionalistas; y de otro los conservadores y los nacionalistas que estaban al lado del vicepresidente Marroquín. Cerca de cuatro años duró esta guerra, desde octubre de 1899 hasta junio de 1903, y en ella, aparte del gran número de víctimas que hubo, quedó poco menos que aniquilada la riqueza del país.

Cuestión del canal de Panamá. Diferencias con los Estados Unidos. Formación de la República del Istmo o de Panamá. Los Estados Unidos apoyan resueltamente al nuevo Estado y prohiben a Colombia que lo combata. — El vicepresidente Marroquín podía lisonjearse de haber obtenido la victoria contra los que pensaban restablecer el sistema federal; pero bien pronto se tocaron los inconvenientes del predominio de los centralizadores. Con frecuencia el unitarismo, a pesar de su nombre, es un fermento de discordia y desunión. Apenas habían transcurrido cuatro meses desde la pacificación de Colombia, cuando las diferencias con el gobierno de los Estados Unidos, acerca de las condiciones y precio en que debía cederse a este país una faja de tierra en cada orilla del proyectado canal de Panamá, dieron lugar a una desmenbración del territorio colombiano. El día 3 de noviembre de 1903 se sublevó el departamento de Panamá, proclamándose independiente bajo el nombre de República del Istmo.

El gobierno colombiano, aunque falto de recursos a consecuencia de la última guerra civil, se apresuró a levantar un ejército para someter a la provincia rebelde. Entonces se dió un espectáculo verdaderamente desconsolador : los Estados Unidos prohibieron a Colombia que hiciese la menor tentativa para combatir a los sublevados, amenazando con intervenir militarmente en favor de éstos al menor amago de ataque. Pocas veces se había visto una negación más rotunda del derecho de una nación al mantenimiento de su integridad. Los colombianos protestaron contra tamaño atropello y el pueblo quería, a pesar de todo, acudir a las armas, aun con la seguridad de ser aplastado por la enorme fuerza de los Estados Unidos; mas el ejemplo de la reciente guerra de esta nación con España demostraba que Colombia debía temerlo todo, incluso la anexión forzosa de gran parte de su territorio a los Estados Unidos, y entonces, prevaleciendo los dictados de la prudencia, dolorosísima en tales circunstancias, no hubo más remedio que cruzarse de brazos ante la sublevación de Panamá y enviar a Wáshington como negociador al general don Rafael Reyes, que acababa de ser elegido presidente de Colombia y a quien faltaban pocas semanas para tomar posesión de su cargo. Bien pronto se convenció el general Reyes de que los Estados Unidos no cedían un ápice en su violenta política, y todo se redujo desde entonces a deslindar las fronteras del nuevo Estado soberano y a tasar la indemnización que Panamá debía pagar a Colombia, por la parte que tocaba en la deuda nacional al citado departamento. De este modo, se llevó a efecto la amputación de Colombia, sin que llegase a derramarse una gota de sangre.

Desde luego los Estados Unidos reconocieron la nueva república y ésta quedó a su merced y les concedió cuanto fué pedido para llevar a efecto la obra del canal. Aunque no sea muy agradable hacerlo constar, es lo cierto que la República del Istmo fué reconocida casi inmediatamente no sólo por las potencias europeas, sino también por las repúblicas americanas. Colombia no tuvo en su desgracia el apoyo material, ni siquiera moral, de nadie. Los pueblos que más interesados debían estar en que no se afirmaran sin protesta ciertos precedentes en extremo peligrosos, no se atrevieron a ponerse frente a los Estados Unidos y guardaron silencio.

Colombia expiaba harto duramente sus guerras civiles y so-

bre todo la temeraria reacción que abolió el régimen federativo sustituyéndolo por el unitario. De todos modos, la separación de Panamá, por la forma en que hubo de realizarse, constituye uno de los más graves atentados de que hay ejemplo contra el derecho internacional.

Gobierno del general Reyes. Últimas presidencias. Predominio del militarismo y del clericalismo. Factores étnicos desfavorables. Indicaciones estadísticas. — Desde 1904 ha ejercido la presidencia de Colombia el general Reyes. No tuvo que luchar con guerras civiles, lo que se debe quizá a la postración en que había caído el país después de los últimos acontecimientos que dejamos reseñados. Pero, viendo nublado el horizonte político, presentó su dimisión el 28 de julio de 1909, sucediéndole D. Ramón González Valencia. Para el período de 1910 a 1915 fué elegido el Dr. D. Carlos Restrepo; pero en 7 de agosto de 1914 le sucedió el Dr. J. Vicente Concha. En cuanto al porvenir de la nación colombiana, es difícil emitir pronósticos satisfactorios; porque siguen predominando aún los factores negativos que dificultan la prosperidad de los pueblos; el militarismo y el clericalismo conservan demasiada influencia; las condiciones naturales del país son espléndidas, pero se saca de ellas muy escaso partido y, por fin, el factor étnico es muy desfavorable, porque en la cifra de la población prepondera el elemento mestizo, hay muchos indígenas puros y existen tribus salvajes en gran número, así como negros y mulatos.

La extensión superficial de Colombia es de 1.206.000 kilómetros cuadrados y la población se aproxima a cuatro millones de habitantes. Las vías de comunicación son pocas y están en el mayor abandono; hay unos 700 kilómetros de vía férrea, de modo que el tráfico interior se hace, casi en su totalidad, por los ríos Magdalena, Cauca, Atrato y Meta, que son navegables. El comercio exterior es relativamente escaso; el de importación se calcula en 12 millones de pesos oro y el de exportación (café, minerales, cacao, marfil vegetal, madera, caucho y ganados) en 19 millones. La crisis monetaria, efecto de las guerras civiles y de la mala administración, ha hecho que el peso nacional colombiano valga únicamente un centavo en oro. El remedio a tantos males no podrá encontrarse sino en una copiosa inmigración de razas superiores, emprendedoras y laboriosas;

mas por hoy faltan garantías y los escasos inmigrantes se desaniman ante la hostilidad latente y el recelo con que se les mira en este como en otros países retardatarios. La capital es Santa Fe de Bogotá, con 120 mil habitantes, siendo ciudades de relativa importancia Medellín, Ibagüé, Antioquía, Popayán, Socorro, Tunja, Bucamaranga y los puertos de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta sobre el mar Caribe y Buenaventura sobre el Pacífico.

XXXIII.

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

Triunfo del partido clerical. Reforma de la constitución. Presidencia de Carrión. — Carrión se hace sospechoso a los clericales y deja el gobierno. Breve presidencia de Espinosa. Dictadura de García Moreno. Gobierna despóticamente y muere asesinado. — Presidencia de Borrero, liberal templado. Sublevación del general Veintemilla. Asume la dictadura y persigue a los clericales. Nueva guerra civil. Los liberales se afirman en el poder. — Tres gobiernos simultáneos. Presidencias posteriores de Caamaño, Flores Gijón y Cordero. — Presidencia progresista del general Alfaro. Reforma constitucional. Insurrecciones clericales. Rápida sucesión de presidentes. Cuestión de fronteras con el Perú y Colombia. Datos estadísticos.

Triunfo del partido clerical. Reforma de la constitución. Guerra civil. Presidencia de Carrión. — Con la elección del general García Moreno para la presidencia de la República, se inauguró en la nación ecuatoriana un periodo de retroceso político y de preponderancia absorbente del partido clerical. La constitución se reformó en sentido restrictivo; la instrucción pública fué confiada a los jesuítas, a los hermanos de las escuelas cristianas y a las hermanas del Sagrado Corazón; se celebró un concordato tan favorable a los intereses de la iglesia como perjudicial a los derechos del Estado, de modo que los poderes públicos hacían cuanto estaba de su parte para que la república del Ecuador se asemejase a las misiones paraguayas del siglo XVIII, situación poco airosa, facilitada por la gran masa de población indígena. Los liberales acudieron a las armas, favorecidos por el gobierno colombiano, y esto trajo una guerra entre ambas naciones. Las tropas ecuatorianas fueron derrotadas en Tulcán y después en Cuaspud. El general Mosquera, presidente de Colombia, proporcionó recursos de toda especie a los generales Maldonado y Urbina, sublevados contra el gobierno clerical de García Moreno. Éste mandó contra los insurrectos al anciano general Flores, gobernador de Guayaquil, que aun aspiraba a ocupar de nuevo la

presidencia del Ecuador. Logró vencer a los liberales en varios encuentros; pero murió por aquellos días de una enfermedad causada por las fatigas de la campaña (mayo de 1864). Prosiguió la guerra civil, pero al fin consiguió dominarla García Moreno, que implantó un régimen de terror, mostrándose en extremo cruel y duro con los vencidos. Las elecciones de 1865 dieron la presidencia al candidato del gobierno don Jerónimo Carrión, que siguió la misma política clerical de García Moreno y estuvo sometido a su influencia. Los partidos se unieron momentáneamente en una aspiración nacional al siguiente año, con motivo de haberse declarada la guerra entre España y el Perú. Desde luego Chile y Bolivia se pusieron de parte de esta república y el Ecuador imitó su ejemplo; pero aunque se temía una demostración de la escuadra española contra el puerto de Guayaquil, después del ataque al Callao, y se habían hecho preparativos de defensa, el gobierno español, cuya escuadra había quedado bastante quebrantada, suspendió las hostilidades que no tenían verdadera razón de ser y de las que no podía esperar resultado alguno, como no fuese irritar los ánimos de las naciones sudamericanas con una serie de agresiones impolíticas. La guerra entre España y el Ecuador fué, pues, puramente nominal y terminó por un tratado que se negoció en 1871, y comprendió también a Venezuela y Colombia, que también habían interrumpido las relaciones diplomáticas con su antigua metrópoli.

Carrión se hace sospechoso a los clericales y deja el gobierno. Breve presidencia de Espinosa. Dictadura de García Moreno. Gobierna despóticamente y muere asesinado. — Habiendo mostrado el presidente Carrión algunas tendencias a liberalizar la política del gobierno, resistiéndose a las exigencias crecientes del elemento eclesiástico, se puso en pugna con el Congreso y no tardó en comprender que en torno suyo se hacía el vacío. Sintiéndose, por otra parte, sin resolución para entenderse con el partido liberal, cuyos principios le asustaban, renunció la presidencia en 1868 y le sucedió don Javier Espinosa, también conservador. El nuevo presidente intentó hacer una política conciliadora; pero los conservadores, temiendo una revolución liberal, se apresuraron a evitarla sublevándose a su vez (16 de enero de 1869), y entonces el señor

Espinosa abdicó su cargo, que ocupó, con el carácter de dictador, el general García Moreno. Una convención nacional, reunida en Quito, eligió presidente a este caudillo del partido clerical y votó una nueva constitución, que borraba todo vestigio democrático de las instituciones del país, ampliaba las facultades del poder ejecutivo y elevaba a principio de gobierno la intolerancia religiosa. Desde entonces, García Moreno gobernó como un verdadero déspota; ahogó en sangre las rebeliones y las previno con persecuciones crueles y arbitrarias, persistiendo en su régimen terrorista y favoreciendo la delación y el espionaje. En mayo de 1875 fué reelegido presidente por otro periodo de seis años, pero el 6 de agosto murió asesinado.

Presidencia de Borrero, liberal templado. Sublevación del general Veintemilla. Asume la dictadura y persigue a los clericales. Nueva guerra civil. Los liberales se afirman en el poder. Tres gobiernos simultáneos. Presidencias posteriores de Caamaño, Flores Gijón y Cordero. — El terror que había infundido García Moreno con sus crueldades y persecuciones fué causa que su muerte fuera considerada sólo como acontecimiento político, que produjo consternación en los conservadores y clericalistas, a la vez que satisfacción a los liberales. Verificadas elecciones, alcanzó la presidencia don Antonio Borrero, que profesaba un liberalismo templado. La timidez con que entraba en la senda de las reformas le hizo impopular, y el 8 de septiembre de 1876 se alzó contra el gobierno en Guayaquil el general don Ignacio Veintemilla, que derrotó a las tropas mandadas para combatirle, en Galte y la Loma de los Molinos, después de lo cual entró vencedor en Quito y asumió la dictadura. Uniéronse a Veintemilla los elementos liberales más exaltados y empezó entonces una serie de represalias violentas contra los conservadores más sindicados de complicidad en las crueldades de García Moreno. Muchos clericales fueron perseguidos y presos, y algunos murieron asesinados. Este desencadenamiento de los odios concitados durante quince años de tiranía dió lugar a una nueva guerra civil, en que los clericales llevaron la peor parte. A principios de 1878 el dictador Veintemilla convocó en Ambato una Convención nacional, que dió una nueva constitución al Ecuador y sancionó todos los actos del gobierno provisional, eligiendo

a Veintemilla presidente de la República, con facultades extraordinarias. El nuevo gobierno, formado por hombres de ilustración y patriotismo, llevó a cabo importantes innovaciones financieras que aumentaron las rentas públicas y trató de sacar la enseñanza de manos de las corporaciones religiosas. aunque no lo consiguió sino parcialmente, por falta de profesores. En marzo de 1882, ante la inminencia de otra guerra civil, el general Veintemilla asumió de nuevo la dictadura, con el título de jefe supremo. Alzáronse a la vez contra él los conservadores y los liberales, que constituyeron por separado sus juntas; de modo que durante más de un año hubo en el Ecuador tres gobiernos enemigos : uno en Quito, otro en Esmeraldas y el tercero en Guayaquil, con lo que llegaron al colmo la anarquía y el desconcierto. Por fin (julio de 1883), Veintemilla renunció el poder y entonces se pusieron de acuerdo los tres gobiernos provisionales y convocaron una Convención nacional, que se reunió en Quito en el mes de octubre y dió una nueva constitución al país, eligiendo presidente a don José Mª Plácido Caamaño. Éste gobernó con tranquilidad hasta principios de 1887, en que volvió a encenderse la guerra por una serie de partidas llamadas de *montoneros* y la guarnición de Ambato, que proclamó presidente al coronel Larrea. Después de un año de agitaciones quedó vencida la insurrección; se reformó una vez más la constitución ecuatoriana y en 30 de mayo de 1888 se eligió presidente a don Antonio Flores Gijón, jurisconsulto de mérito, que se había dado a conocer por sus ideas liberales y se hallaba en España cuando fué designado para la primera magistratura de su país. Los elementos clericales hiciéronle gran oposición pero consiguió gobernar sin grandes disturbios, hasta que en 1° de julio de 1892 dejó la presidencia, siendo nombrado ministro plenipotenciario en Francia y España. Le sucedió don Luis Cordero, que dirigió los destinos del país hasta igual fecha de 1896, en medio de una relativa tranquilidad.

Presidencia progresista del general Alfaro. Reforma constitucional. Insurrecciones clericales. Rápida sucesión de presidentes. Cuestión de fronteras con el Perú y Colombia. Datos estadísticos — El general don Eloy Alfaro, elegido para el nuevo período presidencial, tardó poco

en granjearse la animadversión de los clericales por sus tendencias progresistas. A poco de tomar posesión del gobierno hubo de combatir ya una sublevación ultramontana, alentada por los obispos. En septiembre del mismo año convocó una asamblea constituyente para modificar la ley fundamental, estableciéndose que el Congreso nacional se reuniera cada dos años, que el Senado constase de 30 mienbros o sea dos por provincia, y la Cámara de diputados de un miembro por cada 35.000 habitantes. El derecho electoral sería ejercido por todo habitante de 21 años de edad en adelante, casado a viudo, y que supiera leer y escribir. El presidente y vicepresidente de la República serían elegidos por voto directo de la nación y durarían en sus funciones cuatro años.

El Congreso se reunió en enero de 1898 y hubo en ambas Cámaras enconadas discusiones entre los radicales o partidarios del presidente y los clericales, que procuraban siempre recobrar la influencia perdida. Para ello se sublevaron a mediados de 1898 y fueron vencidos, dándose por el gobierno a poco un decreto de amnistía, que sólo exceptuaba a los obispos Masía y Schumacher, constantes promotores de rebeliones. Volvió a estallar de nuevo un movimiento capitaneado por el general Plutarco Bowen, que había sido condenado a muerte y a quien se había conmutado esta pena por la de destierro; pero faltándole el auxilio del gobierno del Perú, con el que contaba, fracasó en su empeño. Un año después, nueva insurrección clerical, dirigida por el general Rivadeneira, que se hizo dueño de las provincias de Imbabura y Carchi y de las ciudades de Ibarra y Tulcán. Al fin, logró imponerse el presidente Alfaro, cuyo período presidencial terminó en 1901, pero que siguió cuatro años más al frente del poder en medio de una serie de sangrientos motines que debilitaron extraordinariamente a la nación ecuatoriana.

Después de haber ocupado el mando los conservadores, representados por el doctor Tovar y el general Plaza, volvió al gobierno don Elías Alfaro, reproduciéndose la guerra civil hasta que en 1910 hubo de salir del país el jefe liberal volviendo al poder los conservadores. En agosto de 1911 ocupaba el poder el Dr. Emilio Estrada, contra el cual volvió a sublevarse el general Alfaro. En enero de 1912 los insurrectos trataron de posesionarse de Guayaquil, pero fueron derrotados, siendo

hechos prisioneros sus principales jefes, el ex presidente Elías Alfaro, dos hermanos de éste, el general Montes y otros. El general Montes fué descuartizado por las turbas en Guayaquil, y trasladados a Quito, el día 27 de enero, los demás generales prisioneros fueron igualmente asesinados en la cárcel, por un grupo de malhechores. El general Leonidas Plaza, jefe militar que ejercía de hecho la dictadura y aspiraba a la presidencia, miró esos crímenes atroces como acto de justicia popular, se rodeó de una atmósfera de terror, hizo nombrar presidente provisorio al Sr. Andrade, uno de sus instrumentos, y desterró al encargado del poder ejecutivo Sr. Freete Zaldumbide y al doctor Carlos Tovar, que se presentaban candidatos, haciéndose así dueño de la situación y quedando sin opositores.

Hízose entonces elegir presidente y se sostuvo en el gobierno hasta 1916, en que le sucedió el Dr. Alfredo Baquerizo.

Los hechos narrados no permiten vislumbrar sino muy dolorosas perspectivas para el porvenir político de esa desdichada república, a la que han sumido en la postración. Esta postración ha sido causa de que, primero el Brasil, y después las repúblicas de Colombia y el Perú, con pretexto de rectificación de fronteras, exijan al Ecuador territorios que reducen su extensión superficial a 307 mil kilómetros cuadrados, en vez de los 630 mil a que se considera con derecho.

La población de este país se calcula en 1.350.000 habitantes, predominando los elementos indígenas; el número de indios salvajes se aproxima a 200.000. La inmigración es casi nula, pues el elemento extranjero apenas representa el 1 por 100 de la población. El comercio de importación se calcula en 5.500.000 pesos oro y el de exportación (cacao, marfil vegetal, quina, café, caucho, pieles y sombreros de Jipi Japa) en 9 millones. Hasta 1909 había poco más de 200 kilómetros de ferrocarriles en explotación; pero el gobierno del general Alfaro contrató con una empresa norteamericana una nueva red de ferrocarriles desde Guayaquil a Quito y que, con varios ramales, comprenderá 700 kilómetros. Existen minas de metales preciosos, que están casi todos en poder de sociedades norteamericanas. Esto indica que desde el punto de vista material se preparan para la república del Ecuador mejores tiempos que los actuales, siquiera sea esto debido a la influencia extranjera. En cuanto a la cuestión de límites del Ecuador con

las repúblicas de Colombia y del Perú, el litigio es tan interesante que de su resolución depende que la extensión superficial del país exceda de 600 mil kilómetros cuadrados o quede reducida a la mitad de aquella cifra. En todo caso, siempre conservaría el Ecuador toda la parte del litoral, que es la realmente próspera y la que sirve de base al desarrollo de su comercio.

La capital es *Quito,* con 80 mil habitantes, situada casi sobre la línea ecuatorial, pero sobre una meseta de tres mil metros de altitud, lo que le asegura un clima benigno. Le disputa la supremacía *Guayaquil*, con más de 50 mil habitantes y situado a corta distancia del mar; no pocos de los disturbios que han desgarrado la nación son debidos a la rivalidad entre ambas ciudades.

XXXIV.

REPÚBLICA DEL PERÚ.

Breve presidencia del mariscal San Román. Elección del general Pezet; conflicto con España. Insurrección y dictadura del coronel Prado. Guerra entre España y Chile. Suicidio del almirante Pareja. — La escuadra española bombardea a Valparaíso y se dirige contra el Callao. Combate del 2 de mayo de 1866. Suspensión de las hostilidades. — Presidencia del general Prado. Le derriba el coronel Balta. Fomento de las obras públicas. Insurrección de Gutiérrez. Hace asesinar a Balta y es asesinado a su vez. Presidencias de Pardo y de Prado. Dificultades financieras. Conflicto y guerra con Chile. Triunfo de este país : tratado de Ancón. — Situación en que quedó el Perú. Guerras civiles. Presidencias de Cáceres y Morales. Dictadura de Cáceres. Insurrección y triunfo de Piérola. Progresos materiales. Últimos gobiernos. Datos estadísticos.

Breve presidencia del mariscal San Román. Elección del general Pezet : conflicto con España. Insurrección y dictadura del coronel Prado. Guerra entre España y Chile. Suicidio del almirante Pareja. — El general Miguel San Román, elegido presidente del Perú en 1862, era uno de los guerreros de la independencia, en cuyas campañas había figurado a las órdenes de San Martín, Las Heras, Tristán y Santa Cruz. Asistió con el grado de capitán a las batallas de Junín y Ayacucho y tomó parte en el sitio del Callao. Más adelante (1839) sirvió en la guerra contra Bolivia, mandando una de las divisiones del ejército peruano. Senador desde 1845, fué luego nombrado presidente del Consejo de Estado o sea vicepresidente constitucional de la República. Ministro de la guerra en 1855 y presidente del Consejo de ministros en 1858, ocupó interinamente en tal calidad la presidencia de la República. Era hombre de tendencias liberales y espíritu templado y progresivo, por lo que su elección despertó una expectativa benévola. Desgraciadamente, murió cuando aun no llevaba un año al frente de la primera magistratura (3 de abril de 1863).

Le sucedió el general Juan Antonio Pezet, también guerrero

de la independencia y que ocupaba el cargo de vicepresidente de la República. En su tiempo surgió un conflicto con España, por haber sido atropellados varios colonos españoles en Talambo, sin que las autoridades procurasen impedirlo ni castigasen a los agresores. El gobierno español pidió reparaciones que fueron negadas, y entonces envió con algunos buques al general Pinzón para que se apoderase de las islas Chinchas, famosas por sus depósitos de guano, de que se hacía un gran comercio. En los primeros días de enero de 1865 llegó la escuadra española al Callao, y el 27 del mismo mes se firmó un tratado por el cual España devolvía las islas Chinchas al Perú, debiendo el gobierno de esta república pagar una indemnización de tres millones de pesos fuertes. Este tratado pareció humillante, y habiéndose puesto al frente de una insurrección a la vez militar y popular el coronel Mariano Ignacio Prado, derribó al presidente Pezet, asumió la dictadura y se negó a reconocer el tratado Vivanco-Pareja. Pocos días antes, un grupo de tripulantes de los buques españoles que paseaban por el Callao fueron agredidos por la multitud, resultando algunos heridos y siendo muerto el cabo de mar Esteban Pradera. El general español Pareja, peruano de nacimiento, formuló enérgicas reclamaciones, a las que atendió el gobierno peruano, castigando a los culpables y señalando una indemnización de 6 mil pesos en favor de la familia del cabo Pradera. Como durante estas diferencias con el Perú la república de Chile se había negado a facilitar carbón a los buques españoles, se pidieron explicaciones a su gobierno y se le exigió una satisfacción. El vicealmirante Pareja desautorizó un convenio pactado entre el ministro español en Chile Sr. Tavira y el gobierno chileno, y entonces éste declaró la guerra a España (24 de julio de 1865). Ya entonces ejercía Prado la dictadura en el Perú y se había pactado una alianza entre varias repúblicas del Pacífico contra la antigua metrópoli. Provisto el general Pareja de las credenciales de su plenipotencia en la república de Chile, abandonó las aguas del Callao el 7 de septiembre con su escuadra, compuesta de la fragata *Villa de Madrid,* donde tenía arbolada su insignia, la *Blanca, Berenguela, Resolución* y la corbeta *Vencedora,* dejando en el Callao la fragata acorazada *Numancia* y el vapor *Marqués de la Victoria,* a las órdenes del brigadier don Casto Méndez Núñez. El 18 llegó Pareja frente a Valpa-

raíso y habiendo sido rechazadas sus intimaciones, decretó el bloqueo de las costas de Chile, precisamente cuando este país celebraba el aniversario de su independencia. Hiciéronse varias presas y se molestó el tráfico; pero habiendo sabido Pareja que el 26 de noviembre había sido apresada por el buque chileno *Esmeralda* la corbeta *Covadonga*, recibió tan penosa impresión, que a bordo de la fragata *Villa de Madrid* puso fin a sus días con un tiro de revólver, dejando encargado que no sepultaran su cadáver en aguas de Chile, como así se hizo.

La escuadra española bombardea a Valparaiso y se dirige contra el Callao. Combate del 2 de mayo do 1866. Suspensión de las hostilidades. — El 12 de diciembre, le reemplazó en el mando el brigadier Méndez Núñez. Éste comenzó por reunir las unidades navales de que disponía y que estaban diseminadas en centenares de leguas, apresó cuantas embarcaciones enemigas pudo y derrotó en el canal de la isla de Abtao a las fuerzas navales, muy escasas entonces, de Chile y el Perú. El 31 de marzo de 1866, bombardeó Méndez Núñez a Valparaiso, que carecía de fortalezas, y como si pensara en rebatir las criticas de los que censuraban esta agresión contra una plaza mal defendida, anunció que se disponia a atacar a el Callao, plaza que tenía buenas fortificaciones, entre ellas una gran torre blindada. En efecto, el 2 de mayo, se verificó ese bombardeo con no escasas pérdidas de una y otra parte, pues los buques españoles sufrieron graves averías y a su vez los peruanos tuvieron no pocas bajas, debidas principalmente a la destrucción de su torre blindada por un proyectil, que incendió el depósito de municiones y causó la muerte de muchos de los defensores. A la caída de la tarde cesó el bombardeo y ambas partes se atribuyeron la victoria. Los españoles alegaban que habían apagado los fuegos del Callao hasta el punto de no ser hostilizados sino por tres cañones cuando se retiraron los buques; y, a su vez, los peruanos se fundaban en que los últimos disparos fueron suyos, pues cuando los buques españoles ya no disparaban, aun siguió haciéndolo una batería de tierra, como proclamando la victoria y el dominio del sitio de la batalla. Además, la escuadra española no repitió el bombardeo al día siguiente, como hubiera debido hacerlo si se sintiera con fuerzas para proseguir el com-

bate. La verdad es que éste no fué decisivo desde ningún punto de vista. España, sin escuadra suficiente y sin tropas de desembarque, no podía perseguir otro fin que el de causar daño, y si alguno hizo a Chile y al Perú, mayor se le produjo a sí misma por el resentimiento que despertó en esos países con su política janctanciosa, no apoyada en fuerza suficiente.

Después del combate del Callao quedaron de hecho suspendidas las hostilidades, aunque la tregua no se estipuló oficialmente hasta 1871, siguiendo en 1876 el tratado de paz.

Presidencia del general Prado. Le derriba el coronel Balta. Fomento de las obras públicas. Insurrección de Gutiérrez. Hace asesinar a Balta y es asesinado a su vez. Presidencias de Pardo y de Prado. Dificultades financieras. Conflicto y guerra con Chile. Triunfo de este país : tratado de Ancón. — En 1867, el general Prado, que hasta entonces había ejercido la dictadura, fué elegido presidente constitucional de la República, pero se sostuvo muy pocos meses en ese puesto, porque en el mes de enero de 1868, el coronel José Balta le arrojó del poder, siendo a su vez elegido presidente a principios de agosto del mismo año. El coronel Balta tuvo, durante algunos años, la suerte de no encontrar opositores y esto le permitió dar bastante impulso a las obras públicas : en su tiempo se decretaron varias concesiones de ferrocarriles, se construyeron el palacio de la exposición y el puente Balta, se fundó el pueblo de Ancón y se comenzaron los trabajos de la dársena del Callao. Ya estaba próximo el coronel Balta a terminar su período presidencial, cuando el 25 de julio de 1872 fué apresado por el coronel Gutiérrez, ministro de la guerra, quien le hizo asesinar en el cuartel en que le retenía prisionero. Gutiérrez se proclamó dictador, pero tardó poco en morir también asesinado y entonces se hizo cargo de la presidencia el doctor don Manuel Pardo, que había desempeñado la cartera de Hacienda seis años antes distinguiéndose por su inteligencia y probidad. Terminado su plazo legal en 1876, fué elegido para sucederle el general Mariano Ignacio Prado, que había ejercido la dictadura desde 1865 a 1867. El nuevo presidente tuvo que reprimir (1877) una sublevación acaudillada por don Nicolás de Piérola, que había sido ministro de Hacienda en la administración del coronel Balta y

era jefe del partido conservador. Más tarde hubo de luchar el gobierno de Prado con muy graves dificultades financieras, debidas principalmente a la mala administración. Se habían contratado algunos empréstitos ruinosos a los que no se podía hacer frente, y entonces, para evitar la bancarrota, acudió al arbitrio de expropiar las minas de salitre de Tarapacá, que estaban arrendadas en su mayor parte por empresas chilenas. A esta expropiación, hecha con menosprecio de solemnes contratos, siguió inmediatamente la alianza con Bolivia, que a su vez estableció un crecido impuesto sobre la exportación del salitre, con menoscabo de los intereses chilenos. En el fondo, no se trataba solamente de un arbitrio financiero de dudosa moralidad, sino que había el propósito de buscar querella a Chile, que, por su parte, tenía prevista esa eventualidad desde hacía mucho tiempo. A don Mariano Prado le había salido bien hasta entonces la táctica de inflamar las pasiones populares contra el extranjero, para ganar el poder o conservarlo; pero este recurso de política florentina es delicado en extremo. Los pueblos se dejan entusiasmar fácilmente cuando se les habla de guerra y toda oposición queda, por lo pronto, acallada o suprimida : pero el jefe que ha embarcado a su nación en la peligrosa aventura, o ha de obtener rápidas y decisivas victorias o queda, ante la opinión de sus mismos parciales, cubierto de infamia y de ignominia, no habiendo execración o castigo que parezcan bastante duros para él. Tal fué el lote deparado por el destino al presidente Prado. La guerra emprendida en 1879 por el Perú y Bolivia contra Chile, y de que trataremos por extenso al hacer la historia de este último país, fué una serie de tremendos desastres para aquellas dos naciones. Cuando el Perú sufrió las primeras derrotas, el presidente Prado tuvo que huir de su país, cubierto del oprobio que acompaña a los vencidos cuando se puede achacar la catástrofe a su imprevisión. Le reemplazó el vicepresidente La Puerta, que cayó a poco, cediendo el poder al jefe de los conservadores Nicolás Piérola, que se proclamó dictador y anunció que seguiría la guerra contra Chile hasta obtener el triunfo. Con esto, el país se puso de su parte; pero la marcha de los sucesos distó de justificar tan bellas esperanzas; los chilenos, después de reducir a Bolivia a la indefensión, ocuparon, mediante reñidos combates, los principales puertos del Perú; la misma ciudad

de Lima cayó en su poder; Piérola huyó a Francia; su sucesor García Calderón, que trataba de seguir la guerra a todo trance, fué hecho prisionero por los chilenos, y mientras éstos ocupaban la capital, reinaba en los pueblos del interior la anarquía y el desconcierto. Al fin, un Congreso reunido en Cajamarca el 28 de enero de 1883 nombró presidente de la república al general Miguel Iglesias, que había sido ministro de la guerra en la dictadura de Piérola y tomado activa parte en la campaña. Iglesias ajustó con Chile el tratado de paz de Ancón (20 de octubre de 1883), por el cual el Perú cedió a Chile perpetua e incondicionalmente el territorio de Tarapacá, conviniéndose en que Tacna y Arica continuasen en poder del vencedor durante diez años, al cabo de los cuales sus mismos habitantes decidirían en votación popular a cuál de las dos naciones habían de pertenecer definitivamente, debiendo la que se quedara con Tacna y Arica dar a la otra, en cambio, diez millones de pesos oro.

Situación en que quedó el Perú. Guerras civiles. Presidencias de Cáceres y Morales. Dictadura de Cáceres. Insurrección y triunfo de Piérola. Progresos materiales. Últimos gobiernos. Datos estadísticos. — Tan angustiosa había llegado a ser la situación del Perú, que este tratado, con ser tan desfavorable y representar una desmembración del país, fué mirado por los elementos productores como un respiro, como una tregua que permitiría emprender la vida normal, después de la serie de desventuras que durante cuatro años se habían desencadenado sobre la nación. No sólo la hacienda estaba hundida, sino que gran número de fortunas particulares fueron arrastradas en la vorágine y se vió a familias, antes opulentas, reducidas a la mayor estrechez. Pero la tremenda crisis económica, si redujo a la miseria a muchas casas grandes, permitió elevarse a hombres industriales y trabajadores, de modo que, en resumen, al cabo de algunos años, el Perú había logrado un gran avance en la senda de su regeneración material.

Al tratado de paz siguió inmediatamente la guerra civil promovida por los descontentos que, no habiendo podido evitar las desgracias de la patria, y aun nada exentos de responsabilidad en las mismas, encontraban socorrido y cómodo el procedi-

miento de achacarlas siempre al último gobierno. Figuró al frente de la rebelión el general Andrés Avelino Cáceres, que logró entrar vencedor en Lima a fines de 1885. Por lo pronto quedó encargado de la presidencia del poder ejecutivo don Antonio Arenas, pero verificadas elecciones, con la libertad acostumbrada en los casos en que acaba de triunfar un caudillo, se eligió presidente, en mayo de 1886, al general Cáceres. Éste gobernó sin incidentes notables hasta el 10 de agosto de 1890, en que fué sustituído por el general Remigio Morales Bermúdez, a quien había otorgado su protección y que siguió dócilmente sus inspiraciones. El general Morales murió el 1° de abril de 1894, cuando se acercaba el término de su periodo presidencial. Entonces Cáceres, que disponía del ejército, se proclamó dictador, no obstante la oposición del Congreso y de la opinión pública, y a poco, forzando la máquina electoral, se hizo designar de nuevo para la presidencia. Bien pronto se alzó contra este gobierno don Nicolás de Piérola que, al frente de cuerpos de tropa y de muchedumbres armadas, atacó la ciudad de Lima el 17 de marzo de 1895. Tres días duró la lucha en las calles, empleándose en ella fusiles, cañones y ametralladoras, que produjeron la muerte de más de dos mil personas, ajenas en gran parte a la lucha. Mayor habría sido aún el estrago sin la intervención del nuncio pontificio y de otros representantes extranjeros, que obtuvieron al fin la suspensión de las hostilidades. El presidente Cáceres salió de Lima y se refugió a bordo del buque chileno *Presidente Pinto*, retirándose luego a Panamá. Formóse una junta de gobierno, bajo la presidencia del banquero don Manuel Candamo, que ejerció el mando provisional hasta que en el mes de septiembre se eligió a don Nicolás Piérola. Éste, después de sofocar una insurrección a mediados de 1896, gobernó en paz hasta septiembre de 1899, en que se eligió presidente al ingeniero Romaña. Durante el gobierno de Piérola, se dió bastante impulso al ferrocarril transandino a la Oroya.

En 1902 se celebró con Bolivia un tratado acerca de la cuestión de límites, designándose como árbitro al presidente de la República Argentina. La cuestión pendiente con Chile, respecto de las provincias de Tacna y Arica, se aplazaba continuamente por falta de confianza en la legalidad de las elecciones plebiscitarias y con otros pretextos. En 1903 subió a la presidencia

don Manuel Candamo, que murió al año siguiente, siendo designado para sustituirle, durante el período de 1904 a 1908, el Dr. D. José Pardo y Barreda, durante cuya presidencia se procuró dar impulso al progreso pacífico del país. En el período de 1908 a 1912 gobernó D. Augusto R. de Leguía, no sin tener que hacer frente a disturbios y motines promovidos por Piérola. En su tiempo se pactó el tratado de límites con el Brasil, pero llegaron a gran tirantez las relaciones con Bolivia y Chile.

Actualmente se halla al frente del gobierno el Dr. D. José Pardo y Barreda, quien en su anterior administración dió impulso al progreso de su patria.

Lo superficie actual del Perú se calcula en 1.760.000 kilómetros cuadrados; pero hay pendientes cuestiones de límites con el Ecuador y el Brasil, que pueden alterar en sentido desfavorable este dato. En cuanto a la población, calculada en poco más de 3 millones de habitantes por el censo de 1876, se ha hecho subir en 1896 a 4.559.000 habitantes, lo que parece algo exagerado, pues en esos veinte años, sobre recibir el Perú inmigración muy escasa, tuvo grandes pérdidas en la guerra con Chile; su territorio disminuyó en 72 mil kilómetros cuadrados, que formaban una de las zonas más pobladas, y además sufrió mucho en las guerras civiles. Creemos, pues, que esa cifra debe quedar sometida a caución, como no se admita que los censos anteriores habían sido hechos de cualquier modo, sin exactitud, ni siquiera aproximación. De la población actual se calcula que el 62 por 100 corresponde a la raza india; el 23 a la mestiza; el 4 a las razas negra y asiática, pues se ha llevado al país gran número de chinos para trabajar en los ingenios de azúcar, y sólo el 11 por 100 a la blanca, lo que explica muchas irregularidades de la historia contemporánea del Perú, y es para su porvenir un presagio muy desfavorable.

El terreno es estéril hacia el litoral del Pacífico; hacia el Este hay selvas inmensas y el clima es cálido y húmedo; sólo en la región central se dan bien los cultivos de cereales, uvas, caña y otras plantas de las zones tropicales y templadas. El principal cultivo es el de la caña de azúcar, habiéndose establecido gran número de ingenios y ascendiendo la exportación de ese producto a unos 5 millones de pesos oro en cada año. También es grande la producción de la papa (originaria del país), el maíz, la chirimoya y el plátano. La ganadería está en regu-

lar estado de desarrollo. La propiedad está mal repartida; hay hacendados que tienen 80 y 100 leguas de tierra; lo que hace en extremo mísera la condición de los trabajadores del campo, casi todos indios. Desde la época de la conquista española empezó la explotación sistemática de las minas de plata; hoy se trabaja en cerca de cuatro mil yacimientos argentíferos o de antimonio, plomo, cobre, nitrato de sodio, bórax y petróleo. En la islas Chinchas había grandes depósitos de guano, formados durante muchos siglos por bandadas de aves y que constituía un excelente abono, pero desde hace más de treinta años se han agotado esos depósitos. En cambio, se han descubierto en el valle de Ancache minas de carbón, que podrán ser una fuente de riqueza. En cuanto a las industrias manufactureras, carecen aún de importancia.

El comercio se hace casi todo por mar, ascendiendo la exportación a 22 millones de pesos oro y la importación a 20 ó 21 millones. Las comunicaciones con el interior son muy deficientes; en general los senderos son angostos y difícilmente transitables; las cargas suelen ir a lomo de mula o de llama; en cuanto a los ríos, no son apropiados para los transportes, sino en la región llana. Hay unos 2.000 kilómetros de ferrocarriles en explotación; los principales son el *del Callao a Lima*, prolongado a través de la cordillera hasta Oroya, con ramales a Pasco y Jauja; el *Transandino*, que pasa par Arequipa y se bifurca en Juliaca, yendo un ramal por el sur a Puno, sobre el lago Titicaca, y otro por el norte hasta Santa Rosa, que será continuado hasta el Cuzco y se unirá con el ramal de Oroya a Jauja. El tercer transandino va desde Pascamayo por la cuenca del Yequetepeque hasta Cajamarca, desde donde se proyecta llevarle hasta un puerto del Amazonas. En cuanto a las líneas telegráficas, tienen cerca de 6 mil kilómetros de extensión.

Al terminarse la obra del canal de Panamá, el Perú ha quedado muy beneficiado, porque se acorta mucho la duración de sus comunicaciones con los mercados europeos.

XXXV.

REPÚBLICA DE BOLIVIA.

Gobierno del general Achá. Es depuesto por Melgarejo. Éste da muerte por su propia mano al general Belzú. Desfavorables tratados de límites. Mal gobierno de Melgarejo. Es al fin derribado del poder y más tarde asesinado. — Dictadura del general Morales. Es muerto por su sobrino político. Presidencia del doctor Frías. Dictadura del general Daza. Alianza con el Perú y guerra desastrosa con Chile. Presidencia del general Campero. Nueva constitución : tregua con Chile. — Gobiernos de Pacheco y de Arce. Tratado de límites con la Argentina. Tratado con Chile. Tratados de límites con el Brasil. Empresas del aventurero Gálvez en la región del Acre. Límites con el Paraguay. Presidencia de Baptista. Gobierno de Fernández Alonso. Es derribado por el coronel Pando. Cesión del Acre al Brasil. Últimos presidencias. Decadencia de Bolivia.

Gobierno del general Achá. Es despuesto por Melgarejo. Éste da muerte por su propia mano al general Belzú. Desfavorables tratados de límites. Mal gobierno de Melgarejo. Es al fin derribado del poder y más tarde asesinado. — El general José María de Achá, elegido presidente provisorio de Bolivia al votarse la constitución de 1861 y confirmado en su cargo al año siguiente, logró sostenerse trabajosamente en el poder a costa de continuas luchas con caudillos que de continuo se alzaban contra su gobierno. Al fin, en diciembre de 1864 fué derribado por el general Mariano Melgarejo, quien le aprisionó y se proclamó dictador, siendo a poco elegido presidente.

Era Mariano Melgarejo de humilde cuna; su infancia fué desgraciada y su educación descuidada e incompleta. Muy joven aún sentó plaza de soldado y habiéndose acreditado en la milicia por su actividad y valor, obtuvo rápidos ascensos. Figuró en muchas sublevaciones y en una de ellas estuvo a punto de ser pasado por las armas. Al asaltar el gobierno tenía 46 años y logró sostenerse otros seis, luchando contra ince-

santes sublevaciones y desplegando tal vigor con sus enemigos, que ganó fama de cruel. El ex presidente Belzú, apoyado por muchas fuerzas del ejército y del pueblo, logró entrar victorioso en La Paz (mayo de 1866) y asumió el poder; pero Melgarejo, con audacia increible, entró en el palacio de gobierno sin que la guardia le impidiera el paso o por respeto, o por creer que deseaba visitar al vencedor para rendirle homenaje; penetró en el despacho de Belzú, que estaba rodeado por varios jefes, le mató con su propia mano y recobró el poder, sin que nadie se atreviese a castigar un acto de tan inaudita y temeraria barbarie.

Melgarejo se unió al Perú contra España en la guerra de 1866, y ajustó en este año y en el siguiente con Chile y el Brasil tratados de limites que fueron desfavorables a los intereses de Bolivia, pues esta nación perdió importantes territorios y vió cerrados los caminos que por los ríos Madera y Paraguay hubiera podido tener para comunicarse con el océano Atlántico. Viajaba por las provincias en 1867 cuando se sublevó contra él la ciudad de La Paz, poniéndose al frente del movimiento los caudillos Argueda y Flores, quienes pretextaban querer vengar la muerte de Belzú. El movimiento fué secundado por las ciudades más importantes y todo parecía indicar que « el tirano Melgarejo », como le llamaban, estaba perdido. No perdió ánimo, sin embargo, ni por la defección de algunos de los suyos, ni por los contrastes que frecuentemente sufrió : a fuerza de tesón y constancia fué ganando terreno sobre sus enemigos, y por último logró entrar vencedor en La Paz y dominar la guerra civil. Las mismas muchedumbres que habían proferido contra él grito de muerte, le aclamaban con entusiasmo al verle victorioso, y Melgarejo llevó su desprecio a las conveniencias y a la opinión hasta el punto de hacerse llevar talegos llenos de pesos en plata y arrojarlos desde el balcón de la casa de gobierno a las frenéticas turbas, buscando popularidad por estos abominables medios. Por lo demás, no hay que decir que ante nada retrocedía para acrecentar su fortuna personal, que llegó a ser muy cuantiosa, no obstante la pobreza del país. Habiendo estallado nuevos disturbios, hizo votar a la Asamblea a fines de 1868 una reforma constitucional que facultaba al presidente para asumir todos los poderes públicos en caso de perturbación del orden. Esta eventualidad no se hizo esperar mu-

cho tiempo; una revolución que se inició a mediados de 1870, y que se extendió pronto a todo el país, derribó por último a Melgarejo. Vencido éste en las cercanías de La Paz el 15 de enero de 1871 por el general Morales, tuvo que buscar su salvación en la fuga, corriendo el peligro de ser asesinado por bandas de indios feroces, que le perseguían con afán. Al fin logró refugiarse en Chile, y desde allí se trasladó muy pronto al Perú, donde había hecho retirarse, con la mayor parte de sus riquezas, a una mujer a quien amaba con pasión. Un hermano de esta mujer, José Sánchez, a quien había hecho general, le tendió una celada en Lima y le asesinó en el mismo año, para alzarse con los bienes, que perdió muy pronto en Europa, como si acompañase una maldición a esa fortuna, tan mal adquirida por sus detentadores.

Dictadura del general Morales. Es muerto por su sobrino político. Presidencia del doctor Frías. Dictadura del general Daza. Alianza con el Perú y guerra desastrosa con Chile. — El general Morales, vencedor de Melgarejo, demostró en el ejercicio del poder que no valía más que su antecesor. La Asamblea de 1871 había reformado la constitución de 1868 sustituyéndola por otra más liberal, pero el nuevo dictador la disolvió violentamente en noviembre de 1872, dirigiéndola ultrajes en una especie de manifiesto en que buscaba especiosas razones a su arbitraria conducta. A tal punto llevó después su despotismo que concitó en contra suya las iras de la opinión y llegó a ser insoportable para los mismos que le rodeaban. Al fin su propio sobrino político el coronel Lafaye, no pudiendo soportar una de sus griterías, le dió muerte, disparándole los seis tiros de su revólver (enero de 1873). Se eligió entonces presidente provisional al que lo era de la Asamblea, doctor Tomás Frías; el cual, después de haber iniciado una política más liberal, cedió el puesto a don Adolfo Ballivián, hijo del ex presidente José, que había sido derribado por Belzú en 1847. El nuevo jefe del gobierno hubo de reprimir las tentativas de algunos competidores y murió a los pocos meses, a mediados de febrero de 1874. Se confió de nuevo el poder a don Tomás Frías, que hubo de sofocar una insurrección capitaneada por el doctor Corral. En 4 de mayo de 1876 se hizo dueño del poder supremo

el general Hilarión Daza, ministro de la guerra, que implantó un régimen dictatorial y recurrió a los más temerarios arbitrios para ir sorteando las dificultades financieras, sin conseguir otra cosa que agravarlas. Pactó alianza con el Perú en contra de Chile, provocando a este país a la guerra por las violentas medidas de que hablaremos en el capítulo siguiente. La gravedad del conflicto hizo que los partidos se unieran, de modo que Daza pudo afirmar su dictadura sin dificultad; pero habiendo sido desastroso para su país el resultado de la campaña, quedó el presidente en el mayor desprestigio. De su administración ha podido decirse que fué una orgía continua y un carnaval permanente; veía sólo en la primera magistratura el medio de saciar sus instintos de dominación y lucro y de dar rienda suelta a sus pasiones. Cuando recibió la noticia de la toma de Antofagasta por los chilenos, estaba preparando una mascarada, y para que esta diversión no se frustrase ocultó, hasta tres días después, la noticia de que el país estaba invadido. En la guerra se portó muy mal con sus aliados, retirándose en la batalla de Camarones sin combatir, por temor de que le quitaran la presidencia si se alejaba mucho de la capital y sufría algún contraste. Al fin su mismo ejército le exigió la renuncia y tuvo que abandonar el poder el 27 de diciembre de 1879, dejando un penoso recuerdo a los bolivianos.

Presidencia del general Campero. Nueva constitución; tregua con Chile. Gobiernos de Pacheco y de Arce. Tratado de límites con la Argentina. Tratado con Chile. — Después de un breve período de gobierno provisional que acordó la convocatoria de un congreso, se eligió presidente en 1880 al general Narciso Campero, que gobernó con moderación. Votóse nueva constitución y leyes orgánicas, quedó restablecida la tranquilidad interior y se firmó con el gobierno de Chile un pacto de tregua indefinida. En 1884 tomó posesión de la presidencia don Gregorio Pacheco, peruano de nacimiento y naturalizado en Bolivia, donde figuraba entre los más ricos hacendados. Desempeñó su puesto durante todo el período legal, esforzándose para reanimar el comercio y la industria, muy abatidos a consecuencia de la guerra. En 1888, le sucedió don Aniceto Arce, que inauguró la primera sección del ferrocarril de Ascolán a Antofagasta; pero administró mal los inte-

reses públicos, llamando más tarde la atención en París por sus alardes de opulencia. En su tiempo se celebró el tratado de límites con la República Argentina, conviniéndose en que la frontera siga el paralelo 22° sud desde la orilla derecha del Pilcomayo hasta el Bermejo de Tarija, continúa luego al S. O. por esta corriente para dirigirse al O. hacia la sierra de Victoria, y luego, remontando un poco al N. del paralelo 22°, contornea el extremo de la sierra de Santa Catalina y se reune con la orilla derecha del río de San Juan, remontándola hacia el sur para ir a parar a la frontera chilena.

Según el tratado con Chile de 1884, Bolivia tuvo que abandonar definitivamente a esa nación sus provincias marítimas, comprendidas entre la cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, o sea el territorio situado al sud del 23° paralelo hasta la antigua frontera chilena; además cedió temporalmente toda la parte septentrional del Atacama, desde el paralelo 23° hasta el río Loa, antigua frontera del Perú. Más adelante se negó Chile a devolver esta porción de territorio y en cambio, por negociaciones entabladas en 1895, ofreció a Bolivia, para que no quedara sin salida al océano, el pequeño puerto de Mejillones del Norte, situado entre Iquique y Pisagua, en la antigua provincia de Tarapacá, y una pequeña zona de territorio que le da acceso a este puerto; mas el Perú ha protestado contra ese arreglo hecho en su detrimento y que, por lo mismo, no ha podido ultimarse.

Tratados de límites con el Brasil. Empresas del aventurero Gálvez en la región del Acre. Límites con el Paraguay. Presidencia de Baptista. Gobierno de Fernández Alonso. Es derribado por el coronel Pando. Cesión del Acre al Brasil. Últimas presidencias. Decadencia de Bolivia. — Con el Brasil se hizo en 1875 un tratado de límites, desventajoso para Bolivia, en 1903 otro más desventajoso aún, en cuya virtud y mediante una escasa indemnización, pasó al Brasil casi todo el territorio del Acre, famoso por su gran riqueza en caucho y en que pocos años antes hubo conatos de establecer una república independiente, a la cabeza de la cual figuró algún tiempo un aventurero andaluz, llamado Gálvez, que, apoyado condicionalmente por el Brasil, organizó la administración y rechazó algunos ataques

de las fuerzas bolivianas. Más adelante, sin embargo, el gobierno de Bolivia empezó a entenderse con el del Brasil y entonces Gálvez tuvo que abandonar aquel país, casi independiente de hecho, y cuando más tarde quiso volver a él fué preso en Marañón por las autoridades brasileñas y hubo de renunciar a su propósito, muriendo poco después. Por último, la frontera entre Bolivia y el Paraguay quedó definitivamente fijada en 1894; forma una línea recta que parte de la orilla izquierda del Pilcomayo a los 22° de latitud sud para llegar a la orilla derecha del río Paraguay en Fuerte Olimpo, a los 21° latitud sud; en virtud de este convenio el Paraguay cede a Bolivia la libre navegación del río Paraguay y le proporciona así una salida al Atlántico por el río Paraná, cuya navegación es también libre.

A don Aniceto Arce sucedió en la presidencia de la república en 1892 don Mariano Baptista, que había sido presidente del Senado y ministro de negocios extranjeros. En un principio tuvo que luchar con la oposición enérgica de los elementos liberales, pero logró alcanzar tranquilamente el fin de su período administrativo en 1896. No cupo la misma suerte a su sucesor don Severo Fernández Alonso, contra quien se sublevó en 1898 el coronel Pando. Después de varios meses de asoladora guerra civil, en que las tribus de indios cometieron las mayores depredaciones, tuvo que abandonar el país el presidente de la República y ocupó la primera magistratura como dictador el ya general Pando, cuyos poderes fueron sancionados después por una asamblea constituyente. En su tiempo surgió una grave cuestión con el Brasil, que reclamaba el dominio de la región de las gomas en el Acre, fundándose en que la mayor parte de los colonos de aquel territorio eran brasileños y en que el gobierno de la Paz no podía administrar ese país, a causa de la gran distancia y de la dificultad de las comunicaciones. No habiendo medios hábiles de avenencia en las primeras notas diplomáticas que ambos gobiernos cambiaron, pareció inevitable la guerra; pues un cuerpo de ejército brasileño se situó en los confines del Acre, disponiéndose a ocuparlo militarmente, mientras el general Pando salía de la Paz con algunos millares de hombres. Después de una serie de marchas muy penosas se avistaron ambos ejércitos, y cuando se esperaba la ruptura de las hostilidades, el general Pando cambió inopinadamente de actitud y aceptó las proposiciones del

Brasil, a cuyo poder pasó casi todo el territorio del Acre a cambio de una moderada indemnización. Este desenlace del conflicto desprestigió mucho al general Pando que terminó, poco después, su período presidencial, siendo elegido para sucederle el coronel Montes. Éste prolongó más de un año su período presidencial, por haber muerto, antes de tomar posesión, el Dr. Guachalla, elegido para sucederle. A mediados de 1909 el gobierno argentino, nombrado árbitro en la cuestión de límites entre Bolivia y el Perú, publicó su fallo, favorable a este país. Al saberse la noticia en la Paz las turbas asaltaron la legación argentina, lo que estuvo a punto de motivar una guerra, que al fin se evitó con explicaciones diplomáticas. Poco después fué elegido presidente de Bolivia el Dr. Eleodoro Villazón (1909-1913) quien celebró con el Perú un nuevo tratado de compensaciones territoriales; y en la actualidad se halla al frente del gobierno el Dr. D. Ismael Montes.

Se ve por esta reseña que Bolivia ha sido, por lo común, poco feliz desde el punto de vista de sus gobiernos. Quizá el único de sus gobernantes afortunados ha sido el general Santa Cruz, que logró dar prestigio al país en el exterior; pero desde la ruina de la Confederación Perú-Boliviana estas dos naciones, sobre todo la última, fueron decayendo más y más, al paso que iba creciendo la importancia de Chile.

Hoy Bolivia tiene, aproximadamente, 1.200.000 kilómetros cuadrados y su población se calcula en 2.200.000 habitantes, pasando de 250.000 los indios salvajes. La raza blanca comprende apenas la tercera parte de la población. Las industrias extractivas, sobre todo la de las minas, son suceptibles de alcanzar mucho mayor desarrollo que el escaso que hoy presentan; pues Bolivia es el país minero por excelencia. Hay también valiosas maderas, buen café, azúcar, algodón, coca y otros productos ricos pero mal explotados, por falta de capitales y de comunicaciones. La capital es *La Paz,* con poco más de 60.000 habitantes. En cuanto al comercio, así de exportación como de importación, aun no pasa de 9 millones de pesos oro al año por cada uno de esos conceptos. Los ferrocarriles en explotación se reducen a unos cuantos cientos de kilómetros, que no resuelven sino en pequeñísima escala el problema de las comunicaciones.

Esta postración general del país, unida a sus insuperables

condiciones naturales y a la riqueza de sus producciones, permite, aunque a primera vista parezca paradógico, hacer un pronóstico favorable al porvenir de Bolivia. Sea por unos u otros medios, habrá de iniciarse forzosamente una reacción benéfica; porque el exceso del mal traerá el remedio.

XXXVI.

REPÚBLICA DE CHILE.

Gobierno de don José Joaquín Pérez. Progreso material del país. Guerra con España. Conquista de Araucania. Tentativa del aventurero Aurelio Tournés. — Presidencias de Errazuriz y de Pinto. Cuestiones con Bolivia. Intervención militar de Chile. — Comienza la guerra. Triunfo de los chilenos. El Perú interviene en la contienda. Después de algunas negociaciones, Chile declara la guerra al Perú. — Situación militar de ambos países al comenzar la guerra. Operaciones terrestres y marítimas. Captura del Huáscar. Combates de Dolores y Tarapacá. Toma de Arica. Negociaciones infructuosas de paz. Campaña contra Lima. Entrada de los chilenos en esta capital. — Ocupación del Perú. Resistencia en el interior. Nuevas victorias chilenas. Anarquía y desconcierto. Tratado de paz de 20 de octubre de 1883. Tregua indefinida con Bolivia. — Presidencias de Santa María y de Balmaceda. Progresos materiales de Chile. Lucha entre el presidente Balmaceda y el Congreso. Golpe de estado y guerra civil. Balmaceda es vencido y se suicida. Presidencia del almirante Montt. — Gobierno de Errázuriz. Cuestión de límites con la Argentina. Presidencia de Riesco. Se arregla, mediante arbitraje, la cuestión de límites. Gobierno de don Pedro Montt. Terremoto de Valparaíso. Elección del Dr. Ramón Barros Luco. El convenio « A. B. C. ». D. José Luis Sanfuentes, presidente actual. Indicaciones estadísticas.

Gobierno de don José Joaquín Suárez. Progreso material del país. Guerra con España. Conquista de Araucania. Tentativa del aventurero Aurelio Tournés. — La administración de don José Joaquín Pérez, inaugurada en 1861, representó en la vida interior de Chile la conciliación de los ánimos, merced a un prudente sistema de reformas que, sin herir los intereses de los conservadores, daba en cierta medida satisfacción a los deseos de los partidos avanzados. Se estableció, con carácter legal, la tolerancia religiosa, se dió gran impulso a la construcción de caminos y muchos hombres de capital se consagraron a empresas fructuosas, no sólo en el territorio chileno, sino también en las minas salitreras del Perú y Bolivia.

En 1865 la república de Chile intervino en favor de la del Perú en el conflicto surgido entre esta nación y su antigua metrópoli. El gobierno chileno se negó a suministrar carbón a los

buques españoles, y habiéndosele exigido explicaciones de ese acto de hostilidad, declaró la guerra a España el 24 de julio de 1865. Poco después se hizo pública la alianza de Chile, Bolivia, el Perú y el Ecuador, y entonces la escuadra española declaró el bloqueo de los puertos de Chile. Rotas las hostilidades por mar, hicieron al principio los españoles algunas presas de poca importancia; pero en cambio perdieron la corbeta *Covadonga,* que fué apresada por el buque chileno *Esmeralda.* De tal modo afectó este percance al jefe de la escuadra bloqueadora, almirante Pareja, que se suicidó. El nuevo jefe, brigadier Méndez Núñez, sostuvo un combate en el canal de la isla de Abtao contra las escuadras chilena y peruana (7 de febrero de 1866) y luego se dirigió a Valparaíso, bonbardeándolo el día 31 de marzo. Luego hizo rumbo al Callao, que también bombardeó el 2 de mayo, según queda referido en el lugar correspondiente.

Quedó después suspendida de hecho esta guerra, desde muchos puntos de vista impolítica y torpe por parte de la antigua metrópoli, que sembraba resentimientos en los países que fueron sus colonias, en vez de seguir con ellos una política de atracción y confraternidad. En 1871 se pactó una tregua que de hecho ya existía, y trece años después, en 1884, se firmó el tratado definitivo de paz.

El señor Pérez ejerció la presidencia durante diez años, hasta el de 1871, y uno de los actos más notables de su administración fué la conquista del país de Araucania, que conservaba su independencia, teniendo como límite septentrional el Bío-Bío. El coronel Saavedra, al frente de 800 hombres, se dirigió al sur y celebró con las principales tribus indias un tratado mediante el cual los jefes araucanos reconocían la soberanía de Chile, titulándose « capitanes de amigos » y permitiéndoles construir ocho fuertes en su territorio. Un aventurero francés, llamado Antonio Aurelio Tournés, habiéndose captado la simpatía de varios jefes araucanos, consiguió que éstos le proclamaran rey, con el nombre de Aurelio I. Comenzó a organizar la Araucania a la moderna, con todas las exterioridades de un gobierno regular; pero el gobierno chileno se opuso a que el ensayo siguiese adelante, y habiendo derrotado y hecho prisionero a Tournés, no quiso castigarle y se limitó a entregarle a la legación francesa. El Arauco no se sometió por completo a Chile hasta 1883.

Presidencias de Errázuriz y de Pinto. Cuestiones con Bolivia. Intervención militar de Chile. — A don José Joaquín Pérez le sucedió en la presidencia don Federico Errázuriz, que gobernó desde 1871 a 1876 y atendió mucho al desarrollo de las vías de comunicación y al fomento de la marina de guerra, en la previsión de un conflicto, más probable cada día, con la república del Perú, a la que se unió la de Bolivia por un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva (6 de febrero de 1873). El gobierno de Chile pactó sin embargo en 1874 con el de Bolivia un arreglo, por el cual esta nación se comprometía a no imponer nuevos derechos a las industrias establecidas por los chilenos en Atacama, durante un plazo de veinticinco años.

En 1876 fué elegido presidente de Chile don Aníbal Pinto, que no pudo seguir impulsando el desarrollo material del país, por haberse producido una crisis económica, que obligó al Congreso a reducir los gastos públicos desde 21 a 16 millones de pesos. En cambio se descubrieron al norte de Atacama grandes depósitos de nitrato de soda, que tomaron en breve mayor importancia que los explotados hasta entonces.

A principios de 1878 surgió entre los gobiernos chileno y argentino una serie de dificultades, motivadas por la cuestión de límites en la Patagonia. El gobierno de Bolivia aprovechó esta coyuntura para gravar con un impuesto la exportación del salitre, pero el representante chileno en La Paz protestó contra esa violación del tratado de 1874. Como por entonces se habían suavizado las asperezas entre Chile y la Argentina, el gobierno boliviano suspendió el cobro del impuesto. A fines del mismo año, sin embargo, exigió que la compañía chilena de Antofagasta pagase de una vez 90 mil pesos, como importe de los derechos que hubiera debido satisfacer desde la promulgación de la ley suspendida. Propuso el gobierno de Chile que se sometiera el asunto a un tribunal de arbitraje, según se prevenía en el tratado de 1874; pero, lejos de atender esta petición, el gobierno boliviano dió en 1° de febrero de 1879 un decreto por el cual declaraba rescindido el contrato con la Compañía chilena de salitres de Antofagasta y la ordenaba desalojar las concesiones mineras, desconociendo sus títulos de propiedad y declarando confiscados sus bienes e instalaciones, que importaban en edificios, máquinas, vía férrea y demás enseres de explota-

ción, sobre 6 millones de pesos. Quedaba, pues, la compañía, por un simple decreto, privada de todos sus bienes, del fruto de su capital y del producto de diez años de penosa labor. El prefecto de Antofagasta, cumpliendo las órdenes de La Paz, embargó los bienes de la compañía y mandó suspender la explotación, dejando en un solo día sin trabajo a más de dos mil obreros chilenos que estaban al servicio de la compañía, teniendo que salvarse el gerente, a quien quería prender, a bordo de un buque de su país. Extremando la violencia, el gobierno boliviano decretó que el 14 de febrero se vendieran en pública subasta todas las propiedades y enseres de la compañía. Entonces el gobierno de Chile ordenó a su representante en La Paz que saliera del país, e inmediatamente rompió las hostilidades desembarcando en Antofagasta un cuerpo de 500 hombres que saltó a tierra precisamente el día señalado para el remate y lo impidió, incautándose de todas las existencias.

Comienza la guerra. Triunfos de los chilenos. El Perú interviene en la contienda. Después de algunas negociaciones, Chile declara la guerra al Perú. — Las autoridades bolivianas de Antofagasta, Caracoles y Mejillones fueron depuestas y se retiraron a Calama, 16 leguas al norte del paralelo 23° que formaba la antigua frontera entre Chile y Bolivia. En todas las poblaciones de esta zona se extendieron actas con muchas firmas de vecinos chilenos y europeos que pedían la incorporación a Chile. En pocos días reunió el gobierno de esta nación más de 4.000 hombres en Antofagasta. El presidente de Bolivia, general Hilarión Daza, después de haber ocultado durante unos días la noticia de la invasión, para no turbar las fiestas de Carnaval, anunció la guerra a Chile y decretó la expulsión de sus súbditos (1° de marzo de 1879). Además procedió al embargo de las minas de plata de Huanchaca y las de cobre de Corocoro, pertenecientes a chilenos, y empezó a movilizar las tropas bolivianas, aunque con muchas dificultades, por la poca preparación y la escasez de recursos. En cambio los chilenos procedían con gran actividad; un recio combate les hizo dueños de Calama y el ejército boliviano tuvo que replegarse a Potosí (23 de marzo). Por aquellos días cuatro buques de la escuadra chilena, con tropas de desembarco, ocuparon sin resistencia los puertos bolivianos de

Cobija y Tocopilla, quedando así dueños los chilenos de todo el desierto de Atacama hasta la frontera del Perú. Con esto, los chilenos pudieron dar por terminada la guerra, pues una vez fortificados en aquel territorio podían rechazar sin trabajo los ataques que los bolivianos les llevaran, después de vencer las dificultades de la marcha por las montañas y los desiertos. En cuanto a penetrar en Bolivia, no entraba en el pensamiento de los chilenos, pues esa campaña habría sido tan peligrosa como inútil. Así las cosas, sobrevino la intervención del Perú, que ya tardaba demasiado para Bolivia, tan poco afortunada en la primera parte de la campaña.

La intervención peruana tomó, al principio, el carácter de una mediación oficiosa; pero esto no podía inducir a error a los chilenos, que conocían perfectamente la existencia de la alianza ofensiva y defensiva pactada entre Bolivia y el Perú. El enviado de este país, don José Antonio Lavalle, exigió en primer término que los chilenos evacuasen Antofagasta para que, apaciguados así los ánimos en Bolivia, pudiera este país aceptar la mediación. Como al mismo tiempo el gobierno peruano hacía preparativos bélicos y la prensa adoptaba un lenguaje amenazador, los chilenos pidieron explicaciones, insistiendo en que se contestara categóricamente si existía o no un tratado de alianza entre el Perú y Bolivia. Observó a esto el ministro peruano que no podía dilucidar este punto hasta la reunión del Congreso, que se verificaría a últimos de abril. Comprendiendo el gobierno de Chile que se trataba sólo de ganar tiempo para completar los preparativos belicosos, consideró rotas las negociaciones y, de acuerdo con las cámaras, declaró el 5 de abril la guerra al Perú. La declaración fué, puede decirse, simultánea, pues el gobierno peruano había decretado la guerra un día antes, sin esperar que se reuniera el parlamento. Por decretos de 15 y 17 de abril, acordó también la total expulsión de los chilenos en el plazo de ocho días, que en algunos puntos fué mucho menor. El número de expulsados se calculó en 40 mil, siendo muchos de ellos obreros vigorosos que conocían bien el territorio peruano y que se alistaron en las filas del ejército de su nación, a la que prestaron así un gran servicio. El gobierno de Chile no expulsó a los súbditos peruanos ni bolivianos.

Situación militar de ambos países al comenzar la guerra. Operaciones terrestres y marítimas. Captura del Huáscar. Combates de Dolores y Tarapacá. Toma de Arica. Negociaciones infructuosas de paz. Campaña contra Lima. Entrada de los chilenos en esta capital. — El ejército del Perú se componía, a principios de 1879, de 8.000 hombres, esto es, de 4.200 soldados y 3.870 oficiales, de ellos 26 generales, lo que muestra cuán defectuosa era la organización militar. La marina peruana se componía de cuatro buques acorazados: la fragata *Independencia,* de 18 cañones, y los monitores *Huáscar*, *Atahualpa* y *Manco Capac,* de dos grandes cañones cada uno; de las corbetas de madera *Unión* y *Pilcomayo*, de 13 cañones la primera y 6 la segunda, y de doce buques menores, uno de ellos acorazado.

El ejército de Chile, al comenzar la guerra, era inferior en número. Constaba el terrestre de 2.440 hombres, de los que 410 eran artilleros, 530 jinetes y el resto infantes, agrupados en cinco pequeños batallones de 300 plazas cada uno. La marina disponía de dos fragatas acorazadas, el *Blanco Encalada* y el *Almirante Cochrane,* de 12 cañones cada una; de dos corbetas de madera (la *O'Higgins* y la *Chacabuco*), de una cañonera de madera (la *Magallanes*) y de cuatro buques menores. Parecía más evidente la inferioridad de Chile teniendo en cuenta que Bolivia, aunque desprovista de marina, podía armar fuerzas considerables y hacerlas pasar, como sucedió en efecto, a las provincias peruanas de Tacna y Tarapacá, que iban a ser el teatro de la guerra. Además, el Perú y Bolivia reunían una población más que doble de la de Chile; pero, en cambio, este país estaba mucho mejor administrado.

Empezó Chile las hostilidades contra el Perú estableciendo el bloqueo de Iquique, y organizó activamente su ejército en Antofagasta bajo la dirección del general Arteaga, mientras los aliados se reunían y fortificaban en el sur del Perú. A la vez se emprendió la campaña marítima contra la escuadra peruana, cuyo principal buque era el monitor *Huáscar,* dirigido por el comandante Grau. El 21 de mayo, hubo en aguas de Iquique un combate naval favorable a los chilenos, en que rayó a gran altura Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda.* Después de varias evoluciones, la escuadra chilena dió un golpe decisivo a la peruana en el combate de *Angamos* en que logró capturar

el *Huáscar*. Dueños ya del mar los chilenos, imprimieron gran actividad a las operaciones por tierra; 10 mil hombres, al mando del general Escala, salieron de Antofagasta y desembarcaron en Pisagua el 2 de noviembre. El día 19 derrotaron a los peruanos en la batalla de *Dolores*, y ocho días después en el sangriento combate de *Tarapacá*, con lo que todo aquel territorio quedó definitivamente en poder de Chile. Al mismo tiempo, la escuadra vencedora recorría la costa peruana y establecía el bloqueo de Arica. En febrero de 1880, el ejército chileno salió de Pisagua y desembarcó en Ilo y Pacocha para realizar nueva campaña contra los aliados que se habían fortificado en Tacna y Arica. El general chileno Baquedano se apoderó de la fuerte posición de los Ángeles y emprendió su marcha al sur en dirección a Tacna, habiendo sustituído a Escala en el carácter de general en jefe. Después de una travesía penosa por desiertos y arenales, llegaron los chilenos cerca de las posiciones del enemigo y le derrotaron completamente en la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880). Inmediatamente dispuso Baquedano el avance de sus fuerzas sobre Arica, tomando por asalto todos sus fuertes en una serie de impetuosos ataques (7 de junio). Con esto quedó terminada la segunda campaña, que dió a Chile la posesión del territorio que se extiende al sur de Moquegua. Al mismo tiempo, la escuadra bloqueaba el Callao y los puertos vecinos. Una división de 2.600 hombres, al mando del capitán de navío Patricio Lynch, salió de Arica y recorrió las costas septentrionales del Perú, obteniendo nuevas ventajas para Chile. Hizo valiosas presas, desembarcó en varios puntos y recaudó contribuciones en los pueblos sin que las fuerzas peruanas le hicieron resistencia. Los aliados sufrían derrota tras derrota, lo que hizo creer en la proximidad de la paz. Habiendo ofrecido su mediación los Estados Unidos, las tres repúblicas en lucha nombraron plenipotenciarios que se reunieron en Arica y celebraron conferencias en los días 22, 25 y 27 de octubre, a bordo de un buque norteamericano; pero no hubo avenencia, porque los representantes del Perú y Bolivia se negaron a consentir en las cesiones de territorio que pedía Chile. Habiendo fracasado los negociaciones, emprendieron los chilenos una campaña contra Lima, donde los peruanos se habían fortificado, llegando a reunir no menos de 30 mil hombres. A su vez, el gobierno chileno había hecho grandes levas y

aumentó su ejército de Arica, destacando sucesivamente varios cuerpos, algunos de los cuales se situaron en las inmediaciones de Pisco y otras en Lurín, a 30 kilómetros al sur de Lima. El total de estas fuerzas era 26 mil hombres, con más 5.000 de guarnición en los puntos conquistados, mientras otras 10 mil completaban en Chile su instrucción militar, para estár prontos a entrar en campaña.

El ejército chileno, siempre a las órdenes del general Baquedano, se organizó en tres divisiones, mandada la primera por el capitán de navío Lynch, la segunda por el coronel Sotomayor y la tercera por el coronel Lagos. A principios de enero de 1881, emprendió una marcha combinada contra las tropas peruanas, bastante bien atrincheradas en extensas y formidables fortificaciones cerca de Lima. El 13 de enero, alcanzaron los chilenos completa victoria en *Chorrillos* y, dos días después, otra decisiva y muy sangrienta en *Miraflores*. El efecto de estos triunfos fué mayor de lo que hubiera podido esperarse; Lima y el Callao, que tenían aún grandes elementos de defensa, se rindieron y los chilenos tomaron posesión de la capital del Perú.

Ocupación del Perú. Resistencia en el interior. Nuevas victorias chilenas. Anarquía y desconcierto. Tratado de paz de 20 de octubre de 1883. Tregua indefinida con Bolivia. — Dando ya por terminada la gnerra con el feliz éxito de la breve campaña de Lima, el gobierno chileno redujo sus fuerzas terrestres y marítimas, y, dos meses después de las victorias de Chorrillos y Miraflores, se retiró el general Baquedano del teatro de la guerra y volvió a Santiago de Chile, donde fué recibido con vivísimo entusiasmo. Quedó como general en jefe de las fuerzas chilenas del Perú el general Lynch, que en muy poco tiempo fué ascendido a contraalmirante y vicealmirante y gobernó en Lima hasta que se firmó el tratado de paz. Los peruanos organizaban la resistencia en el interior y Lynch hubo de enviar columnas en diferentes direcciones para combatirlos. El coronel chileno Gorostiaga hizo una penosa expedición al norte, hasta el interior de la sierra, y obtuvo, el 10 de julio de 1883, una completa victoria en *Guamachuco*. Poco después se rindieron Arequipa, Puno y el Cuzco, quedando así en poder de los chilenos toda la costa del Perú y una gran parte del inte-

rior. En el resto del país reinaba la mayor anarquía; los caudillos peruanos, sin oponer resistencia formal al enemigo, se desconocían unos a otros y la nacionalidad parecía virtualmente disuelta. Todo era preferible a tan caótica situación y el mismo gobierno chileno creyó necesario dar facilidades a los peruanos para que, poniendo fin al desquiciamiento que les aniquilaba, formasen un gobierno regular con el que se pudiera llegar a un arreglo. Por fin, el 20 de octubre de 1883, se celebró el tratado de paz, por el que cedía el Perú a Chile perpetua e incondicionalmente el territorio de Tarapacá y se convino en que Tacna y Arica seguirían en poder de los vencedores durante diez años, al cabo de los cuales sus mismos habitantes decidirían en plebiscito a cual de las dos naciones habían de pertenecer definitivamente, debiendo indemnizar a la otra con diez millones de pesos oro, la que se quedara con Tacna y Arica.

En cuanto a Bolivia, desde la batalla de Tacna se había mantenido en situación ambigua, sin volver a enviar auxilio alguno al Perú en el curso posterior de la campaña. Cuando vió que su aliada trataba con Chile, entró también en negociaciones, estipulando, en abril de 1884, una tregua indefinida, durante la cual el litoral boliviano había de seguir sometido a Chile.

El buen éxito de la guerra contra Bolivia y el Perú, así como el deseo de hacer frente a las probables represalias, fué causa de que la nación chilena se aplicase con más empeño cada día a la mejora de sus instituciones militares, aspirando, como se dijo en otros países, a ser la Prusia de la América del Sud.

Presidencias de Santa María y de Balmaceda. Progresos materiales de Chile. Lucha entre el presidente Balmaceda y el Congreso. Golpe de Estado y guerra civil. Balmaceda es vencido y se suicida. Presidencia del almirante Montt. — A don Aníbal Pinto había sucedido en la presidencia de la república en 1881 don Domingo Santa María, durante cuya administración terminó la guerra en las condiciones que hemos indicado; se planteó la institución del registro y del matrimonio civiles y el régimen de cementerios públicos bajo un criterio de igualdad; se ratificó en 26 de octubre de 1881 un tratado de límites con la República Argentina, se restableció la paz con España por tratado de 21 de mayo de 1884 y prosperó notablemente la situación económica del país.

El 18 de septiembre de 1886 tomó posesión de la presidencia don José Manuel Balmaceda. Se hizo la conversión de la deuda exterior en condiciones ventajosas para el Estado, afirmándose el crédito financiero de la república; se dió gran impulso a la colonización y a la construcción de escuelas, se contractó con un sindicato norteamericano la construcción de 969 kilómetros de vías férreas por tres millones y medio de libras esterlinas, se dió principio a las obras de canalización del río Mapocho, que atraviesa la capital, y se llevaron a feliz término otras reformas económicas y sociales. Desgraciadamente, cuando se acercaba ya el fin de su administración, se declaró en abierta lucha con el Congreso nacional, que desde algún tiempo antes le hostilizaba, atribuyéndole tendencias federalistas. El antagonismo tardó poco en convertirse en encono, y Balmaceda dió un golpe de estado en 1° de enero de 1891, disolviendo las Cámaras y resolviéndose a gobernar sin presupuestos, lo que era contrario a la constitución. El Congreso se negó a disolverse, declaró depuesto al presidente Balmaceda y, divididos el ejército y la opinión pública entre el gobierno y el parlamento, estalló la guerra civil, que fué terrible, hasta el extremo de causar a Chile más pérdidas y sacrificios que la sostenida diez años antes con Bolivia y el Perú. La escuadra se sublevó en favor del Congreso; las tropas del gobierno fueron derrotadas cerca de Pozo Almonte, a 25 millas de Iquique, y en el mes de marzo toda la provincia de Tarapacá estaba en poder de los partidarios del Congreso. El presidente quiso resistir a todo trance; dió un decreto prohibiendo a los buques extranjeros, bajo pena de confiscación, visitar los puertos del norte de Caldera mientras esta zona siguiera en poder de los revolucionarios, y a poco suscribió un mensaje en que establecía la libertad de la prensa, sometiéndola al régimen común, y declaraba que las contribuciones debían ser permanentes y que debía suprimirse el Consejo de Estado, sustituyéndole con un tribunal encargado de resolver los conflictos entre los poderes públicos. A mediados de agosto, Balmaceda había conseguido reunir un ejército de 20 mil hombres; pero sus enemigos reclutaban también partidarios en todo el país y les instruían con gran acierto, bajo la dirección del jefe prusiano Korner, notable táctico y estratégico a quien se reconoció la categoría de general y que, desde esa época, ha sido el principal organizador del ejército

chileno. El 28 de agosto fueron vencidas las tropas de Balmaceda en una porfiada batalla, perdiendo más de tres mil muertos y heridos y cinco mil prisioneros. Los buques que aun permanecian fieles al presidente se pasaron a los congresales, y muy pronto las ciudades de Valparaiso y Santiago cayeron en su poder. El presidente Balmaceda, después de entregar el mando al general Baquedano, se refugió el 2 de septiembre en la legación argentina de Santiago, donde se suicidó al cabo de algunos dias. En su lugar fué elegido el almirante Jorge Montt, que habia sido jefe del gobierno provisional formado por los insurrectos. Al principio fué hostilizado por los elementos balmacedistas y hubo de reducir a prisión al general Velázquez y a otros jefes, pero no tardó en restablecerse la calma y entonces dió un decreto de amnistia. De todos modos los estragos causados por la guerra civil habían sido tan grandes que el pais tardó mucho en reponerse de ellos.

Gobierno de Errázuriz. Cuestión de límites con la Argentina. Presidencia de Riesco. Se arregla, mediante arbitraje, la cuestión de límites. Gobierno de don Pedro Montt. Terremoto de Valparaiso. Elección del Dr. Ramón Barros Luco. El convenio " A. B. C. ". D. José Luis Sanfuentes, presidente actual. Indicaciones estadísticas. — Terminada en medio de la mayor tranquilidad la administración de don Jorge Montt, fué elegido para sucederle, en 18 de septiembre de 1896, don Federico Errázuriz. La más grave preocupación de las ánimos en el primer periodo de su presidencia fué la cuestión de limites con la República Argentina; pues, aunque ya se habia pactado años antes que toda la costa de la Patagonia en el mar Pacífico correspondiese a Chile y toda la costa del Atlántico a la Argentina, quedando dividida la Tierra del Fuego entre ambas naciones, todavia faltaba determinar bien la frontera por el interior. Los argentinos sostenian que debia trazarse la linea por las altas cumbres de la cordillera de los Andes, mientras los chilenos querian que sirviese de límite la divisoria de las aguas, esto es, la zona indeterminada en que unos rios se inclinan hacia el Atlántico y otros hacia el Pacífico. Los territorios litigiosos tenian poco valor : en el fondo se trataba de la supremacía militar en la América del Sur, excepción hecha del Brasil, nación pacífica, pero cuya

población es doble de la chilena y argentina juntas. Así Chile como la Argentina adquirían buques de guerra y perfeccionaban en lo posible su ejército terrestre, haciendo para ello gastos de mucha consideración y soportando con trabajo todos los gravámenes de la paz armada; además, el lenguaje de algunos de sus periódicos iba siendo amenazador, y como siempre sucede, los elementos populares se inclinaban más cada vez a la guerra. Sin embargo, los hombres reflexivos e influyentes de una y otra nación la temían, comprendiendo que había de ser larga y sangrienta y que, arruinando completamente al vencido, dejaría en la mayor postración al que obtuviera el triunfo. Las probabilidades de éste parecían tan equilibradas que ninguno de los dos gobiernos osaba echar sobre sí la responsabilidad de la lucha. Así las cosas, el general Roca, presidente electo de la República Argentina y al que faltaban algunos meses para tomar posesión de su cargo, hizo un viaje a Chile, conferenció con el presidente Errázuriz y quedaron en tan buena armonía que por entonces se disipó el fantasma de la guerra, con gran satisfacción de las clases productivas y conservadoras de ambos países. El presidente Errázuriz no dejó de influir cuanto pudo en el mantenimiento de las buenas relaciones, pero, en el último período de su presidencia, cayó enfermo de tal gravedad que estuvo alejado de los negocios públicos. Después de una viva lucha electoral y de gran número de votaciones, en que ningún candidato obtenía la votación necesaria, resultó al fin designado para la presidencia don Germán Riesco, que tomó posesión de su cargo el 18 de septiembre de 1901.

Después de algunos meses de negociaciones con la República Argentina, para terminar de una vez el litigio sobre las fronteras, que a tan costosos preparativos bélicos daba margen en ambos países y tantas alarmas producía, se firmó en mayo de 1902 un arreglo según el cual se defería en absoluto la demarcación de límites al arbitraje del rey de la Gran Bretaña, que aceptó el cometido. Además, Chile y la Argentina se comprometieron a limitar el crecimiento de su marina de guerra, para poner término a una competencia que iba siendo ruinosa. No tardó el comisionado del rey de Inglaterra en trasladarse a la zona litigiosa de la cordillera para estudiar la cuestión sobre el terreno, y al fin dictó su fallo que, según lo que generalmente ocurre en materia de arbitrajes, fué un término medio entre las

pretensiones de ambos países : por él ganó la república de Chile 54 mil kilómetros cuadrados de territorios.

Aceptada sin resistencia esta solución, quedó ya definitivamente desvanecido el peligro de la guerra con la Argentina, y en cuanto a las relaciones con Bolivia y el Perú, se mantuvo el *statu quo*, sin llevarse a efecto el plebiscito, acaso por el convencimiento de que la nación que en él resultase perjudicada, le negaría validez.

En septiembre de 1906 sucedió al Sr. Riesco en el cargo de presidente de la república de Chile el candidato conservador don Pedro Montt. Un espantoso terremoto destruyó poco después la ciudad de Valparaíso, convirtiéndola en un montón de escombros y causando muchos millares de víctimas. Pasados los primeros momentos de estupor y castigados con mano firme los criminales que se entregaban al saqueo sobre las ruinas de la desgraciada ciudad, se trató por todos los medios de hacer frente a la catástrofe y comenzaron rápidamente los trabajos de reedificación, en condiciones de que fueran menos temibles los resultados de nuevas convulsiones geológicas. El secretario de Relaciones exteriores de los Estados Unidos, Mr. Elihu Roott, que recorría por entonces las repúblicas sudamericanas, visitó a Chile muy poco después de haberse verificado el terremoto de Valparaíso.

El presidente Montt tuvo que resignar el mando el 8 de julio de 1910 por estar enfermo y pasó a Europa, muriendo en Bremen el 16 de agosto. Le había sucedido interinamente D. Elías Fernández Albano, que falleció el 6 de septiembre, ocupando el cargo presidencial el ministro de Justicia Sr. Figueroa hasta llegar a las elecciones, en que obtuvo el triunfo el Dr. Ramón Barros Luco, para el período de 1911 a 1916.

Durante su administración se celebró el convenio a que se dió el nombre de « A.B.C. » — por las iniciales de Argentina, Brasil, Chile — cuyo principal objeto era formar un núcleo poderoso en América del Sur que, proclamando el principio del arbitraje para todas las cuestiones que pudieran surgir entre ellos, y el de la mutua ayuda en caso de agresión extranjera, sirviese, tanto para mantener la paz en el continente, como para poner a raya cualquier conato contra la integridad de las repúblicas ibero-americanas.

Sucedió al Dr. Barros Luco en la presidencia D. José Luis

Sanfuentes, que parece muy dispuesto a continuar la política progresista y de acercamiento que presidió la gestión de su antecesor.

La población de la república de Chile puede calcularse hoy en algo más de tres millones y quinientos mil habitantes, y su extensión superficial, con las últimas adquisiciones territoriales, viene a ser de 807 mil kilómetros cuadrados. Hay más de cinco mil kilómetros de ferrocarriles en explotación. La armada y el ejército de tierra son relativamente considerables e imponen al país grandes erogaciones. Chile tiene mucha costa que defender, pues la forma del territorio es la de una faja muy larga y estrecha que comprende la mayor del litoral del Pacífico en la América del Sud, desde los 18° 28′ lat. S. (Arica) hasta los 55° (cabo de Hornos). Las industrias agricolas y mineras están muy adelantadas. La inmigración, aunque ha aumentado en los últimos años, es todavía débil. La masa de la población es blanca, de procedencia española y de otras nacionalidades europeas, habiendo tomado gran desarrollo las empresas dirigidas por alemanes. Los elementos indígenas no llegan al 2 por 100 de la población total, y esto explica la gran superioridad que demostró Chile en su guerra contra Bolivia y el Perú y la poderosa energía de que da muestras en el desarrollo de su vida mercantil e industrial. La enseñanza pública está bastante adelantada. El comercio de importación se calcula en 65 millones de pesos y el de exportación en 75 millones, consistiendo la mayor parte de ésta en productos de minería (salitres, iodo, cobre y plata en barra, etc.). La capital, Santiago de Chile, pasa de 500 mil habitantes y, antes del último terremoto, Valparaíso tenía 160 mil, habiendo varias otras poblaciones de importancia.

Se ve, pues, que la nación chilena, encerrada en la estrecha faja comprendida entre los Andes y el mar, ha sabido, no obstante su poco favorable situación geográfica, elevarse a respetable altura entre los paises sudamericanos, a fuerza de trabajo, perseverancia y energía. Necesitada de expansión territorial, la ha conseguido por los puntos de menor resistencia, que eran las zonas situadas a lo largo de la costa del Pacífico, y su éxito demuestra, una vez más, la importancia de primer orden que tiene el factor *raza* en los destinos de los pueblos.

XXXVII.

REPÚBLICA ARGENTINA.

El general Mitre organiza su gobierno. Desarrollo de las comunicaciones y de la inmigración. Fijación de la deuda nacional. Chispazos revolucionarios, fomentados por los caudillos y apoyados por el gobierno. — Antecedentes de la guerra con el Paraguay. Intervención del Brasil en la República Oriental. Guerra entre el Brasil y el Paraguay. Ruptura entre este país y la Argentina. La triple alianza. — Confianza de Mitre en un triunfo rápido. Los paraguayos se apoderan de Corrientes. Reunión de los ejércitos aliados. Batalla de Yatay. — El emperador del Brasil pasa revista a las tropas aliadas en la Uruguayana. Rendición de esta plaza. El presidente del Paraguay declara traidores a los capitulados. Evacuación de la provincia de Corrientes. Lentitud de las operaciones. Combate de Estero Bellaco. Epidemia colérica. — Batallas de Yataití-Corá y el Sauce. Toma de Curuzú. Conferencia de López y Mitre en Yataití. Derrota de los aliados en Curupaití. Las operaciones quedan casi suspendidas durante año y medio. Toma de Curupaití. Mitre deja el mando del ejército. — Cuestión presidencial en la Argentina. Triunfo de la candidatura Sarmiento. Antecedentes de este insigne político. Gobierno que forma. Su actitud respecto de la guerra con el Paraguay. Derrotas que sufre López. Hace internar tras su ejército a la población inerme. Horrible mortandad y atroces fusilamientos. Toma de La Asunción. Muerte de López. Se firma la paz. — Turbulencias interiores en la Argentina. Asesinato del general Urquiza. Rebelión de López Jordán. El cólera en Buenos Aires. Nueva invasión de López Jordán : es vencido. Impulso que recibió la instrucción pública : primer censo de población. — Agitación política por las elecciones presidenciales. Triunfo del Dr. Avellaneda. Sublevación del general Mitre. Es derrotado en La Verde y se entrega. Fin de la insurrección. El presidente indulta a los vencidos. Nueva invasión y fracaso de López Jordán. — Fomento material del país. La conquista del desierto. Campaña del general Roca. Ventajas que reportó de ella la nación. — Lucha presidencial. Guerra civil : sangrientos combates en Buenos Aires. Triunfo del general Roca. Federalización de la capital. Desarrollo de la riqueza pública. — Presidencia de Juárez Celman. Abusos del crédito y de la especulación. La crisis del progreso. Alza del oro. Revolución de julio de 1890. Renuncia del presidente. — Presidencia complementaria de Pellegrini. Va renaciendo la confianza. Elección del Dr. Luis Sáenz Peña. Ministerio radical. Dificultades que surgen. El presidente renuncia y sube al poder el Dr. Evaristo Uriburu. Nuevo censo de población. — Segunda presidencia del general Roca. Temores de guerra con Chile, esfuerzo para conjurar ese peligro. Reformas y progresos materiales. Se someten al arbitraje las diferencias con Chile. Elección del Dr. Quintana. Tentativa revolucionaria del 4 de febrero de 1905. Es sofocada enérgicamente. Se decreta el estado de sitio. Muerte del general Mitre. — Por fallecimiento del Dr. Quintana,

ocupa la presidencia de la república el vicepresidente, Dr. José Figueroa Alcorta. Decreto de amnistía. El nuevo gobierno lucha contra la influencia de Roca y dirige intervenciones contra varias provincias. Oposición entre el Congreso y el presidente, que al fin logra dominar la situación. Sube a la presidencia el Dr. Roque Sáenz Peña. El voto obligatorio. Habiendo fallecido el Dr. Sáenz Peña, le sustituye el vicepresidente Dr. Victorino de la Plaza. Elección del Dr. Hipólito Irigoyen. Progresos y estado actual del país.

El general Mitre organiza su gobierno. Desarrollo de las comunicaciones y de la inmigración. Fijación de la deuda nacional. Chispazos revolucionarios, fomentados por los caudillos y apagados por el gobierno. — Organizada ya definitivamente la nación bajo la presidencia del general Mitre el 12 de octubre de 1862, se formó el ministerio, confiándose la cartera del Interior al Dr. Guillermo Rawson, la de Relaciones Exteriores al doctor Rufino de Elizalde, la de Hacienda al doctor Dalmacio Vélez Sársfield, la de Justicia, Culto e Instrucción Pública al doctor Eduardo Costa, y la de Guerra y Marina al general Gelly y Obes. Todos ellos eran hombres distinguidos por su ilustración, competencia y dotes de carácter; de modo que el general Mitre demostró mucho acierto en rodearse de tales colaboradores, para intentar la consolidación y arraigo de las nuevas instituciones políticas.

Para estrechar los lazos entre las diversas provincias de la nación se fomentó en lo posible el desarrollo de las comunicaciones terrestres y fluviales, se organizó bien el servicio de correos, mensajerías y telégrafos, se hizo el deslinde de fronteras interprovinciales y se atrajo la inmigración europea. En cuanto a las relaciones exteriores, siendo aún prematura la demarcación de límites con las naciones colindantes, se sostuvo con ellas buena amistad y se celebraron tratados comerciales. Fué, en este concepto, de gran importancia el arreglo pactado en 21 de septiembre de 1863 con España, que reconoció explícita y solemnemente la independencia de la República Argentina.

Con el mejor espíritu de equidad y armonía se llevó a efecto la fijación de la Deuda nacional, incorporándose a la misma, sin dificultades ni regateos, los empréstitos contraídos por el gobierno de la Confederación, mientras había permanecido separada la provincia de Buenos Aires. Organizóse también la ad-

ministración de Justicia federal y la enseñanza pública en todos sus grados, se erigió en arzobispado la sede episcopal de Buenos Aires y, en lo que lo permitía la escasez de recursos, se introdujeron mejoras en la organización del ejército y de la marina. No tardó en manifestarse la oposición de varios caudillos hacia el nuevo sistema de gobierno. En las provincias de San Luis, Rioja, Tucumán, Catamarca, Salta, San Juan y Córdoba, se alzaron partidas o montoneras, capitaneadas por jefes audaces, que sin obedecer a poder alguno imponían contribuciones, saqueaban fincas y poblados, y tenían aterrorizados a los habitantes. El más temible de esos caudillos fué Ángel Vicente Peñalosa, llamado *el Chacho*, que había peleado contra Rosas, prestando a los unitarios no escasos servicios, por lo que después de 1852 se le reconoció el empleo de general, y en 1861 desempeñó el cargo de comisionado nacional en La Rioja. No pareciéndole bien la organización constitucional del país, que privaba de su antigua preponderancia a los caciques provinciales, hizo una serie de correrías por Tucumán y La Rioja, quedando unas veces vencido y otras vencedor, hasta que el gobierno central tuvo que enviar en su persecución a los generales Arredondo, Rivas, Sandes, y Paunero, jefes orientales incorporados al ejército argentino. Sandes derrotó en *Lomas Blancas* (Rioja) a las montoneras de *el Chacho*, que se dirigió a Córdoba y allí, en unión del caudillo Luengo, derribó al gobernador y constituyó una situación revolucionaria. Atacados ambos rebeldes en *Las Playas*, cerca de la capital, por el general Paunero, fueron vencidos, y entonces Peñalosa se replegó a la provincia de San Luis, donde sufrió otros descalabros, pasando luego a San Juan y La Rioja. Encontrábase en *Olla*, poblado de esta última provincia, con su familia y diez soldados de su escolta, cuando fué asesinado por fuerzas nacionales al mando de los comandantes Irrazábal y Vera, a quienes había recibido confiadamente, en calidad de amigos. La cabeza de Peñalosa, clavada en una pica, fué expuesta en la plaza del pueblo, y su esposa, conducida a la cárcel de San Juan, sufrió malos tratos y la remacharon grillos; procedimientos de barbarie inexcusables en autoridades de la nación.

Hubo también chispazos revolucionarios más o menos duraderos en Mendoza, Catamarca y Corrientes. Los indios, aprovechando este desconcierto, dirigían malones contra muchas

estancias y aldeas, y aun contra poblaciones situadas cerca de Buenos Aires, cometiendo actos de ferocidad. Al fin el gobierno central, auxiliado por los de varias provincias, logró imponerse, aunque no siempre por medios dignos de su cultura, y los aspirantes a perpetuar el régimen del caudillaje tuvieron que reconocer, mal de su grado, que iban pasando ya sus buenos tiempos.

Antecedentes de la guerra con el Paraguay. Intervención del Brasil en la República Oriental. Guerra entre el Brasil y el Paraguay. Ruptura entre este país y la Argentina. La triple alianza. — Conseguida, después de grandes esfuerzos, la tranquilidad interior, sobrevino un conflicto internacional extremadamente grave, motivado por la discordia, latente desde varios años antes, entre el Paraguay y el Brasil.

El Paraguay se había organizado militarmente desde los tiempos de don Carlos Antonio López, y perfeccionó mucho esa organización bajo la presidencia del hijo de éste, el mariscal Antonio Solano López. Éste, consciente de su fuerza y exagerándola mentalmente, por creer demasiado en la debilidad de los países circunvecinos, había adoptado en las relaciones internacionales una política de arrogancia, que no sólo hería la susceptibilidad de los gobiernos, sino que les hacía la impresión de una constante amenaza. La Argentina venía sufriendo con mal disimulada impaciencia las incursiones que a cada paso realizaban fuerzas paraguayas en el Chaco argentino, la boca del Bermejo y la provincia de Corrientes, sin que las reclamaciones formuladas contra estas demasías fuesen atendidas en forma correcta. Iguales extralimitaciones se observaban en la navegación del río Paraná, que los vapores paraguayos recorrían sin cuidarse de observar los reglamentos aduaneros. Esto creaba una situación de tirantez, que explica la actitud en que hubo de colocarse el gobierno argentino cuando se produjo la ruptura entre el Brasil y el Paraguay.

El pretexto de esta ruptura fué la intervención del Brasil en la República Oriental, con objeto de auxiliar al general Venancio Flores, que aspiraba a derribar la situación dominante en su país, y lo consiguió merced a tan poderoso apoyo. El gobierno argentino también favoreció, aunque no tan abierta-

mente, al general Flores, y con este motivo los orientales apresaron el vapor argentino *Salto*, que conducía armamentos, y en represalias el gobierno argentino se apoderó del vapor oriental de guerra *General Artigas*, con lo que se interrumpieron las relaciones oficiales entre ambos países, hasta que el triunfo del general Flores las hizo más estrechas y cordiales que nunca.

El gobierno del Paraguay, al ver que los brasileños se disponían a invadir la República Oriental, con el pretexto de cobrar unas indemnizaciones debidas a súbditos del imperio, propuso su mediación para arreglar el conflicto; pero ni el Brasil, ni el general Flores, sublevado contra el gobierno uruguayo, quisieron aceptarla. Entonces, el presidente del Paraguay declaró que no toleraría que los brasileños atentasen contra la independencia de la República Oriental, y desde aquel momento se tuvo ya por inminente la guerra. En noviembre de 1864 navegaba en aguas del Paraguay el vapor brasileño *Marqués de Olinda*, con destino a Matto Grosso, llevando a bordo el gobernador de esta provincia y a varios funcionarios militares y civiles. Solano López hizo capturar el buque y tomó prisioneros a sus tripulantes, incluso al gobernador, a la vez que encargaba al general Barrios que invadiese la provincia de Matto Grosso que, en efecto, fué ocupada sin resistencia. De este modo comenzó la guerrra, sin previa declaración.

A principios de 1865, el gobierno paraguayo pidió permiso al argentino para atravesar con sus tropas la provincia de Corrientes, apoyando esta petición en el hecho de que en 1855 la escuadra brasileña, viniendo en son de amenaza contra el Paraguay, había atravesado sin inconveniente las aguas argentinas. Hasta entonces no había para el gobierno de este país compromiso serio y podía decidirse o por favorecer al Paraguay o por apoyar al Brasil. Ambas tendencias eran defendibles y contaban con partidarios de gran significación. Los que se inclinaban en favor del Paraguay recordaban la guerra de 1826 y la separación de la Banda Oriental; decían que el verdadero enemigo era el Brasil, que había llegado la ocasión única de asestar un golpe definitivo a esa nación enorme, que, abarcando casi la mitad de la América del Sud, aun trataba de extenderse más, amenazando la independencia de todos los pueblos, y añadían que, si se dejaba perder ese momento especialmente favorable, no tardarían en sobrevenir dolorosas consecuencias. A

su vez, los partidarios del acuerdo con el Brasil afirmaban que esta nación profesaba una sincera amistad a la Argentina y que entre ambas no cabía la posibilidad de conflictos futuros sobre cuestiones territoriales; mientras que en cambio el Paraguay, por sus armamentos, su propensión invasora, claramente manifestada en los últimos años, y sus ensueños de engrandecimiento, representaba un peligro temible y de carácter inmediato para la integridad de la República Argentina, a la que no dejaría de arrebatar territorios en la primera ocasión favorable.

El general Mitre profesaba este criterio y con él sus compañeros de administración, mientras defendían el opuesto el doctor Alberdi, don Juan Carlos Gómez y otros publicistas distinguidos. En suma, el gobierno argentino no sólo negó el permiso que el presidente Solano López solicitaba, sino que le pidió explicaciones sobre la aglomeración de tropas paraguayas en las fronteras. Entonces López declaró la guerra a la República Argentina (5 de marzo) y poco después sus tropas se apoderaron, después de una reñida lucha, de los vapores argentinos *25 de Mayo* y *Gualeguay*, fondeados en Corrientes.

Poco después (1° de mayo) los plenipotenciarios del Brasil, la Argentina y el Uruguay firmaron un tratado de alianza contra el Paraguay, comprometiéndose a concurrir a la guerra por todos los medios disponibles, por tierra o por los ríos. La dirección de las fuerzas aliados y el mando en jefe se confiaron al presidente de la República Argentina, general Mitre. Para disipar los recelos de las demás naciones americanas, se hizo constar que no se trataba de repartir el territorio del Paraguay, sino de derribar su gobierno personal y opresor. En apoyo de esta declaración se determinaba de antemano los límites que después de la guerra tendría el Paraguay con el Brasil y con la República argentina.

Confianza de Mitre en un triunfo rápido. Los paraguayos se apoderan de Corrientes. Reunión de los ejércitos aliados. Batalla de Yatay. — El general Mitre se mostró, al comenzar la guerra, muy confiado en un éxito favorable y rápido. En una proclama dirigida al pueblo decía : « En 24 horas al cuartel, en 15 días a Corrientes, en 3 meses a La Asunción. » Más adelante, en una discusión mantenida con el Dr. Juan Carlos Gómez, declaró que sus afirmaciones

habian sido hechas con el propósito de animar al pueblo, pues él ya comprendia que la guerra, dentro de un cálculo normal, no habia de durar menos de dos años, plazo que se prolongó mucho merced a la extremada resistencia que desplegó el Paraguay, pues esta nación confundió resueltamente su causa con la del presidente Solano López.

El 14 de abril, el general paraguayo Robles desembarcó en la ciudad de Corrientes con tres mil hombres y se apoderó de ella, nombrando un triunvirato que gobernase la provincia en representación del Paraguay.

Mientras tanto Mitre organizaba el ejército argentino con dificultades más graves de lo que habia supuesto, pues los ocho o diez mil guardias nacionales que tenía Urquiza en Entre Rios no se incorporaron sino en muy reducido número y varios contingentes de las provincias siguieron igual conducta. Necesitó, pues, mucha perseverancia para ir formando un contingente respetable y hasta el 24 de abril no pudo salir de Buenos Aires el primer batallón. El 1° de mayo votó el Congreso un empréstito de 12 millones de pesos fuertes para los primeros gastos de la guerra. Mitre delegó, en el mes de junio, la presidencia de la República en el vicepresidente don Marcos Paz y se dirigió a Concordia (Entre Ríos), punto señalado para la reunión de los ejércitos de la triple alianza. No tardó en incorporársele el general Flores, presidente de la República Oriental, con un ejército de más de 6.000 hombres y fueron llegando también contingentes de fuerzas brasileñas al mando del general Osorio. En cuanto a la escuadra del Brasil, no entró en operaciones hasta más de un año después.

Soportó el primer choque con los paraguayos el presidente del Uruguay, Venancio Flores, nombrado jefe de la vanguardia. A mediados de julio, empezó a remontar la margen derecha del río Uruguay en busca del enemigo y, el 17 de agosto, llegó a Yatay, donde estaban fortificados los paraguayos al mando del coronel Duarte. El combate fué encarnizadísimo, pues los sitiados se negaron a aceptar cuartel, aun después de tomadas por asalto sus posiciones; más de 1.000 fueron muertos o heridos y 1.500, incluso Duarte, cayeron prisioneros.

El emperador del Brasil pasa revista a las tropas aliadas en la Uruguayana. Rendición de esta plaza.

El presidente del Paraguay declara traidores a los capitulados. Evacuación de la provincia de Corrientes. Lentitud de las operaciones. Combate de Estero Bellaco. Epidemia colérica. — El general Mitre salió de Concordia el 25 de agosto, atravesó el río y se dirigió a la Uruguayana, a donde llegó también el 5 de septiembre el emperador del Brasil, para revistar las tropas. Defendía ese punto el jefe paraguayo Estigarribia, con ocho mil hombres. Los aliados tenían 30 mil con 42 cañones rayados, y antes de asaltar la plaza, en que ya habían tenido lugar varios encuentros parciales, le intimaron la rendición, que al fin hubo de aceptar para no perder hasta el último de sus soldados. El presidente López declaró entonces traidores a la patria a Estigarribia y a los que habían capitulado bajo sus órdenes, después de lo cual ordenó la evacuación de la provincia de Corrientes, tomó el mando en jefe de sus tropas, que se elevaban a unos 30 mil hombres, y las concentró en el Paso de la Patria, donde permaneció cinco meses.

Los aliados reconcentraron sus fuerzas al otro lado del Paraná, sin llevar a efecto durante los primeros meses de 1866 otra operación notable que la demolición del fuerte Itapirú. Al fin, a mediados de abril, empezaron a pasar el Paraná los brasileños, siguiéndoles los argentinos y orientales; el paso del río duró doce días, y las fuerzas aliadas se aproximaban a 50 mil hombres, que ocuparon el *Paso de la Patria*, desalojado por López.

El 2 de mayo, una división paraguaya atacó, en *Estero Bellaco,* a la vanguardia, formada por los orientales y les desordenó ; pero lograron rehacerse y se generalizó el combate, que fué muy sangriento y no tuvo resultado decisivo. El día 24, los paraguayos acometieron por todas partes a las fuerzas aliadas, pero fueron rechazados, dejando en el campo seis mil muertos y siete mil heridos. Prisioneros no hubo sino 350, heridos también, porque los paraguayos luchaban hasta morir y los mismos heridos preferían ser muertos a rendirse. Las pérdidas de los aliados fueron 8.000 hombres entre muertos y heridos. Del ejército de López quedaron unos diez mil hombres dispersos, que fueron concentrándose en torno de su caudillo para formar la base de nuevas columnas.

Los aliados se redujeron a la inacción después de su triunfo de 24 de mayo y, en vez de avanzar, dedicaron el tiempo a

atrincherarse, no sin tener que rechazar algunas acometidas de los paraguayos. Verdad es que esa inacción se explica en parte por la epidemia colérica que se cebó en ambos campos, causando en ellos multitud de víctimas.

Batallas de Yataiti-Corá y el Sauce. Toma de Curuzú. Conferencia de López y Mitre en Yataiti. Derrota de los aliados en Curupaiti. Las operaciones quedan casi suspendidas durante año y medio. Toma de Curupaiti. Mitre deja el mando del ejército. — A mediados de julio (días 11 y 18) se peleó en *Yataiti-Corá* y en el *Sauce*. Esta última batalla fué muy reñida y en ella perdieron los paraguayos 2.500 hombres y los aliados cerca de cuatro mil. Del 1 al 3 de septiembre, se verificó el bombardeo de *Curuzú* que, al fin, cayó en poder de los brasileños, teniendo que replegarse los paraguayos sobre *Curupaiti*, que fortificaron con rapidez, montando varias baterías.

El presidente Solano López manifestó entonces deseos de celebrar con el general Mitre una conferencia, que se celebró en *Yataiti-Corá* el 12 de septiembre y duró cinco horas seguidas. Agotó López todos los recursos de su dialéctica para tratar de persuadir a Mitre de que los intereses de la República Argentina eran opuestos en aquella emergencia a los del Brasil; después propuso suspender las operaciones y someter al arbitraje las cuestiones pendientes, en el bien entendido de que él siempre continuaría dirigiendo los destinos del Paraguay. Como era de esperarse, no hubo avenencia.

El día 22, con algún retraso, debido a la imperfecta cooperación de la escuadra brasileña, que operaba con muy poca actividad y como de mala gana, dieron los aliados el asalto a las fortificaciones de Curupaiti; pero después de muchas horas de encarnizado combate, fueron rechazados en toda la línea con pérdida de más de 9.000 hombres. Los paraguayos, hábilmente cubiertos contra el fuego del enemigo, tuvieron sólo 54 bajas, lo que hizo mayor el desastre de los aliados. Éstos, por otra parte, no conservaban entre sí la mejor armonía; el generalato en jefe de Mitre, propuesto por el mismo gobierno del Brasil, disgustaba, sin embargo, a los generales brasileños, que discutían y comentaban sus planes de campaña y cumplían las órdenes a regañadientes. En suma, gracias a la buena voluntad, que

a veces rayó en abnegación, del general Mitre y a la leal cooperación del gobierno brasileño que, aun a riesgo de disgustar a sus propios generales, seguía teniéndolos en posición secundaria, pudo seguir vigente el tratado de 1° de mayo de 1865, cuya ruptura hubiera podido dar a la guerra un sesgo muy distinto.

Después de la batalla de Curupaití, tan desgraciada para los aliados, permanecieron éstos casi año y medio sin emprender operaciones de importancia. El cólera diezmaba a los soldados y causaba estragos terribles en la población del país invadido.

Regresó Mitre a Buenos Aires en febrero de 1867, dejando el mando del ejército, con carácter interino, al general brasileño marqués de Caxías, con el que había tenido no pocos rozamientos. El nuevo jefe, en vez de acelerar las operaciones, procedió con extremada vacilación y lentitud, limitándose a escaramuzas en que se vertía mucha sangre, pero que no modificaban la situación. De nuevo volvió Mitre a dirigir la campaña a fines de julio ; entonces consiguió forzar las posiciones de Curupaití y dominó gran parte de la campaña mediante varias expediciones al interior. Se dieron batallas favorables a los aliados en Tayí, Tatayiba y Guardia Tayi ; pero en cambio los paraguayos se apoderaron del fuerte de Tuyutí e incendiaron el campamento aliado.

Habiendo muerto el 2 de enero de 1868 el vicepresidente de la República Argentina don Marcos Paz, tuvo que regresar el general Mitre a Buenos Aires y ya no volvió a tomar parte en la guerra contra el Paraguay. Quedó, pues, al mando del ejército aliado y ya con carácter definitivo, el marqués de Caxías, que si antes había hecho lo posible por retardar las operaciones con su resistencia pasiva, mostró ahora extraordinaria actividad. El 18 de febrero forzó el paso de Humaitá y la escuadra llegó a la vista de La Asunción. López se replegó con su gente hacia *Ita-Ivaté* y *Pikiciri*, en donde se atrincheró, mientras los aliados cercaban a *Humaitá*, que se resistió más de cuatro meses, siendo al fin evacuada por sus defensores (25 de julio de 1868). Los paraguayos se internaron en el Chaco, marchando contra ellos un ejército brasileño fuerte de más de 30 mil hombres.

Cuestión presidencial en la Argentina. Triunfo de la candidatura Sarmiento. Antecedentes de este in-

signe político. Gobierno que forma. Su actitud respecto de la guerra con el Paraguay. Derrotas que sufre López. Hace internar tras su ejército a la población inerme. Horrible mortandad y atroces fusilamientos. Toma de La Asunción. Muerte de López. Se firma la paz. — Mientras tanto se agitaba en la República Argentina el problema presidencial. Deseaba el general Mitre que le sustituyera en la presidencia don Rufino de Elizalde, y también presentaban su candidatura el general Urquiza y el Dr. Adolfo Alsina, hijo del ex gobernador de Buenos Aires, don Valentín. Había dirigido Mitre, desde el Paraguay (*Tuyucué*), en noviembre de 1867, una carta al Dr. don José María Gutiérrez, en que manifestaba su opinión sobre cada uno de los candidatos y su firme propósito, que cumplió, de no hacer pesar la influencia oficial en favor de ninguno de ellos, y a esta carta, que fué publicada y recibió el nombre de *testamento político*, contestaron con más o menos vehemencia el Dr. Alsina y otros personajes. A última hora surgió la candidatura de D. Domingo Faustino Sarmiento, que a la sazón era ministro plenipotenciario ante los Estados Unidos y que, por consiguiente, no podía trabajar personalmente por su triunfo. Lo obtuvo, sin embargo, tan halagüeño como lo podía desear un hombre público, pues nada es más grato, para los que sirven a su patria en lejanas tierras, como persuadirse de que son recordados con profunda estimación por sus compatriotas. El cargo de vicepresidente lo obtuvo el Dr. Adolfo Alsina.

El nuevo presidente, nacido en San Juan en 1811, en el seno de modesta familia, presentaba cierta semejanza moral con el gran norteamericano Benjamín Franklin. Como él, puede decirse que se había formado solo, en cuanto a hombre de vasta instrucción y profunda cultura. No tenía títulos académicos, pero había ejercido el magisterio desde muy joven y nadie estaba más convencido que él de los inmensos beneficios que un país puede reportar del desarrollo de la enseñanza. Ésta fué su preocupación fundamental, y constante. Dotado de un carácter enérgico, tenaz e impetuoso y de un estilo literario gallardo y robusto, dejaba en sus producciones la huella del león, la marca de una fuerza viril y poderosa. Hizo mucha oposición al gobierno de Rosas y al funesto régimen del caudillaje; emigró a Chile donde ejerció el periodismo, trabajó por el fomento

de la instrucción pública, y al fin, habiéndose creado tantos rivales como admiradores, pues en sus polémicas se mostraba duro e implacable, fué mandado a Europa y Norte América con una comisión científica del gobierno. En Chile publicó su famoso libro *Facundo o civilización y barbarie,* en que, a la vez que la biografía de Quiroga, llamado « el tigre de los llanos », trazaba de mano maestra la oposición entre el espíritu culto y progresivo de Buenos Aires y el rudo y estrecho de los habitantes de la campaña, anunciando que ésta acabaría por ser vencida. También dió a luz varias obras pedagógicas. Derrocada en Caseros la tiranía de Rosas, volvió Sarmiento a la Argentina y como otros provincianos se afilió en el partido de Buenos Aires, siendo diputado y ministro y distinguiéndose siempre en primera línea por su talento y su decisión. Durante la presidencia de Mitre fué gobernador de San Juan, donde creó escuelas modelo, y después ejerció cargos diplomáticos, representando a su patria en varias repúblicas, entre ellas la de los Estados Unidos. Había sido gran amigo de Mitre y colaborador en su gobierno de Buenos Aires, pero en los últimos años les separaban no escasas diferencias de criterio político, por lo que muchos consideraban los cargos diplomáticos conferidos a Sarmiento como expresión del propósito de tenerle a distancia. Su elección, por esta y otras razones, no fué del agrado de su antecesor; sin embargo éste, fiel a su principio de respetar escrupulosamente la libertad electoral, nada hizo para oponerse a las combinaciones que dieron el triunfo a esa candidatura.

Tomó Sarmiento posesión de la presidencia el 12 de octubre de 1868, conferenció con Urquiza para atraerle a su causa, consiguiendo sin dificultad su benevolencia y apoyo, y organizó su ministerio, entregando la cartera del Interior a don Dalmacio Vélez Sársfield, la de Relaciones Exteriores a don Mariano Varela, la de Hacienda a don José Gorostiaga, la de Justicia, Culto e Instrucción Pública a don Nicolás Avellaneda, y la de Guerra y Marina al coronel don Martín Gainza.

La guerra del Paraguay era ya una especie de enfermedad crónica, y Sarmiento, ya por convencimiento personal, ya por marcar su discrepancia con la administración anterior, manifestaba deseos de que la República Argentina saliera de una vez de aquel callejón sin salida, creyendo que se habían hecho sacrificios excesivos e inoficiosos en obsequio al Brasil. Pero

la guerra tocaba a su término; López, completamente derrotado en *Iba-Ibaté* y en *Cumbariti,* se internó por el Chaco hacia Cerro León, después de haber cedido el terreno palmo a palmo en heroicas defensas, en que se distinguió mucho el coronel Caballero. En su retirada, Solano López, que parecía haber perdido la cabeza a impulsos de la desesperación, llevó tras sí a masas de habitantes inermes, hasta mujeres y niños, haciendo morir de fatiga a infinidad de personas, hizo fusilar gran número de individuos, nacionales o extranjeros, por sospechosos de conspiración; ordenó matar por la misma causa a su propio hermano Benigno, al obispo Palacios, al coronel Alén y a otros hombres distinguidos, y parecía desear que su pueblo entero desapareciera con él. Los aliados marcharon a La Asunción, que fué ocupada por los brasileños (5 de enero de 1869); el marqués de Caxias mandó cantar un *Te Deum* por el restablecimiento de la paz y regresó al Brasil; pero López se sostenía aún con algunas fuerzas en la cordillera, y al fin, atacado en Cerro Corá (margen del Aquidabam) el 1º de marzo de 1870 por el general brasileño Cámara, murió de una lanzada que le dirigió un soldado, atravesándole los pulmones, y fué ultimado a tiros y cuchilladas. Su hijo fué también muerto a lanzadas y sepultado cerca de la fosa de su temerario e infeliz padre. Así terminó la guerra del Paraguay, que dejó casi despoblado a este país, sin que de ello reportasen beneficio alguno la República Argentina ni la Oriental, pues el Brasil se apresuró a firmar la paz con la junta establecida en La Asunción, asegurándose importantes ventajas, y luego dejó que sus aliados pactaran separadamente con la nación vencida. La política del presidente Sarmiento respecto del Paraguay quedó resumida en la frase : « La victoria no da derechos », frase muy generosa sin duda, pero que hizo preguntarse a muchos si valía la pena de haber contribuído a destruir un país sólo para hacerle cambiar sus gobernantes.

Turbulencias interiores en la Argentina. Asesinato del general Urquiza. Rebelión de López Jordán. El cólera en Buenos Aires. Nueva invasión de López Jordán : es vencido. Impulso que recibió la instrucción pública; primer censo de población. — Pronto sucesos interiores de extrema gravedad hicieron que se fuese olvidando

esa guerra, empezada con ardor y terminada con remordimiento. El general don Justo José de Urquiza, que había contribuído en primer término a organizar la nacionalidad y que seguía ejerciendo en la provincia de Entre Ríos influencia preponderante, fué asaltado en su quinta de San José por una partida de hombres armados a los que trató de resistir y que la asesinaron bárbaramente en presencia de su esposa e hijas, el 11 de abril de 1870. Al mismo tiempo varios de los hijos de Urquiza, que se hallaban en diversos puntos de la provincia, sufrieron igual suerte, a la vez que estallaba una revolución, que puso al frente del gobierno de Entre Ríos al general López Jordán. Éste asumió la responsabilidad de aquellos crímenes, aunque él personalmente no los había ordenado, y se declaró en pugna con el gobierno nacional, negándole derecho a intervenir en la provincia. El presidente de la República reclutó fuerzas en Buenos Aires y en varias provincias y las puso al mando del general Arredondo. El 20 de mayo las tropas nacionales ocuparon la ciudad de Concepción del Uruguay, mientras el general Conesa derrotaba en las Puntas de Sauce a López Jordán. Éste, sin embargo, logró rehacerse y volvió a tomar la ciudad del Uruguay (12 de julio), apoderándose a los dos días de Gualeguaychú, que a poco fué recobrada por las fuerzas nacionales. Los rebeldes fueron derrotados en el *Diamante*, *Villa Urquiza* y la costa del *Tala*, en batallas muy sangrientas, siendo decisiva la de *Santa Rosa* (12 de octubre), en la que el general Rivas, con cuatro mil soldados, desbarató fuerzas más que dobles mandadas por el mismo López Jordán, que tuvo que huir precipitadamente. Aun siguió algunos meses la guerra en ambas márgenes del Paraná y el Uruguay, pero al fin López Jordán, que no había podido reponerse de su última derrota, hubo de pasar a la provincia de Corrientes, cuyo gobernador, el coronel Santiago Baibiene, acabó de destrozarle en la batalla de *Ñaembé* (26 de enero de 1871), auxiliado por fuerzas nacionales al mando del teniente coronel Julio Roca, que se apoderó a la bayoneta de la artillería enemiga. López Jordán se refugió en la provincia brasileña de Río Grande, desde la que preparó activamente une nueva invasión.

A fines del mismo año 1871 hizo grandes estragos en Buenos Aires el cólera morbo, llegándose al extremo de que los tribunales y casi todas las autoridades abandonaran la capital. El

presidente había declarado que no se movería de Buenos Aires, pero al fin quebrantó su promesa. Se llegó a tal abandono que muchos enfermos morían sin asistencia médica y los cadáveres quedaban insepultos por muchos días. Los malhechores, envalentonados por la falta de vigilancia, se atrevían a todo. Poco a poco fueron creándose comisiones de vecinos honrados, que mostraron mucho celo y abnegación; pero la vida normal de la ciudad no fué restableciéndose hasta abril de 1872, en que desapareció el terrible flagelo, después de haber causado muchos millares de víctimas. Entonces se proyectó un trazado completo de obras de salubridad que no pudo realizarse hasta después de transcurridos muchos años y que mejoró notablemente las condiciones higiénicas de Buenos Aires.

Sarmiento, a pesar de sus opiniones liberales, se veía precisado a declarar frecuentemente el estado de sitio y a limitar la libertad de la prensa, y aun se le acusó de que adoptaba esas medidas restrictivas bajo cualquier pretexto. Sin embargo, la situación del país era realmente grave; pues a las agitaciones de los partidos que aspiraban a la sucesión presidencial se unían los disturbios provinciales y sobre todo la conspiración insistente de los elementos de López Jordán.

Éste invadió de nuevo la provincia de Entre Ríos el 1° de mayo de 1873 y se apoderó rápidamente de las poblaciones principales, a excepción de Concordia, Paraná y Uruguay. La sublevación presentaba ahora caracteres más graves que la anterior, pero Sarmiento puso su energía al nivel de las circunstancias, organizó fuerzas nacionales en número suficiente y él mismo se trasladó al litoral para intervenir de cerca en las operaciones. La ciudad de Paraná rechazó briosamente un ataque de los rebeldes, y después de sangrientos encuentros en las *Tunas*, el *Arroyo de Lucas*, *La Paz*, el *Espinillo*, *Gualeguaychú*, *Juntas de Atencio* y *Talita*, se dió el 9 de diciembre una batalla decisiva en *Don Gonzalo*. Al frente de las fuerzas nacionales estaba el coronel Gaínza, ministro de la guerra, secundado por los coroneles Ayada, Viejobueno, Racedo, Freire y Levalle. López Jordán, completamente derrotado, huyó a la República Oriental y la sublevación quedó vencida.

Durante el período presidencial de Sarmiento se dió gran impulso a la educación primaria y se crearon las escuelas normales. Empezaron a construirse el ferrocarril de Córdoba a

Tucumán y el de Concordia a Mercedes; se terminó el del Río Cuarto y se establecieron las líneas telegráficas entre casi todas las poblaciones importantes. El país empezó a recibir inmigración relativamente cuantiosa de Italia, España y Francia, y tomaron incremento el comercio y las rentas públicas, subiendo respectivamente a 105 millones y a 18 millones de pesos fuertes. En 1869 se había hecho el primer censo de población de la República, que arrojó una cifra inferior a dos millones de habitantes.

Agitación política por las elecciones presidenciales. Triunfo del doctor Avellaneda. Sublevación del general Mitre. Es derrotado en La Verde y se entrega. Fin de la insurrección. El presidente indulta a los vencidos. Nueva invasión y fracaso de López Jordán. — A principios de 1874 empezó a tomar serias proporciones la lucha entre los partidos ante la proximidad de las elecciones de presidente. Aspiraban a este cargo el general Mitre, el doctor Nicolás Avellaneda, el doctor Adolfo Alsina y el doctor Manuel Quintana, ex presidente de la Cámara de diputados y que representaba las aspiraciones del elemento joven. No tardaron en quedar estas candidaturas reducidas a dos : la del doctor Avellaneda, a quien dió los votos de sus amigos don Alfonso Alsina, y la del general Mitre, combatida eficazmente por Sarmiento. Obtuvo el triunfo el doctor don Nicolás Avellaneda. Nacido en Tucumán el 1° de octubre de 1836, llegaba a la presidencia a los 38 años de edad, habiéndose ya distinguido como hábil jurisconsulto, orador de arrebatadora elocuencia, escritor de exquisita forma literaria y hombre de gobierno dotado de gran templanza y tacto, para resolver sin violencia los más difíciles problemas de la administración.

El partido nacionalista, dirigido por el general Mitre, no pudo ver con paciencia la derrota de su candidato; protestó contra la intervención oficial en las elecciones, achacando el resultado de éstas a un conjunto de fraudes, y pocos días antes de que tomara posesión el presidente electo, se alzaron en armas. El 24 de septiembre se sublevó el general don Ignacio Rivas, que mandaba las fuerzas del sur de la provincia de Buenos Aires. Al siguiente día el general Arredondo, que había marchado a la provincia de San Luis para restablecer, según decía, su

salud quebrantada, se puso de acuerdo con varios jefes de las fuerzas nacionales acantonadas en Mercedes y mandadas por el general Ivanowsky e hizo prender a éste, que opuso resistencia al atropello y fué muerto en el acto. Puesto Arredondo al frente de las tropas, se dirigió a Córdoba y entró en esa ciudad sin hallar resistencia. Tanto allí como en San Luis a donde llegó en breve, remontó su ejército y marchó sobre Mendoza. El gobierno de esta provincia había organizado fuerzas, bajo la dirección del coronel Catalán, quien salió al encuentro del general Arredondo en Santa Rosa. El resultado del combate fué altamente ventajoso para el jefe sublevado, que derrotó a las tropas nacionales y mendocinas, quedando muerto en el campo el coronel Catalán.

El general Mitre había desembarcado el 24 de octubre en Tuyú, al sur de la provincia de Buenos Aires, después de haberse procurado algunos pertrechos de guerra, aunque insuficientes, en la Colonia y Montevideo. Consiguió unirse a Rivas, Machado, Murga y otros jefes alzados en armas, pero las fuerzas con que se contaba eran muy inferiores a las del gobierno, que había movilizado activamente la guardia nacional y reunido todos los contingentes provinciales disponibles. Trató Mitre de incorporarse con Arredondo y al efecto hizo rápidas marchas llegando hasta el pueblo de 25 de Mayo, activamente perseguido por los coroneles Luis María Campos y Julio A. Roca. El 26 de noviembre le cortó el paso en *La Verde* el comandante Arias con fuerzas inferiores, pero muy bien parapetadas, con las que rechazó varios ataques de los revolucionarios, causándoles gran número de muertos y heridos. Mitre se pronunció entonces en retirada hacia la capital, perseguido por el vencedor, y como viese a sus tropas extenuadas de fatiga y sin municiones, optó por rendirse y entregó su espada al comandante Arias, firmando en Junín (2 de diciembre) una capitulación en la que estipuló condiciones favorables para sus compañeros de armas y ninguna para sí propio.

Quedaba todavía en armas el general Arredondo, pero el coronel Roca le batió en los días 6 y 7 de diciembre, en el mismo campo de *Santa Rosa* en que aquél había obtenido poco antes un señalado triunfo, y Arredondo se entregó prisionero. La revolución estaba vencida.

El presidente Avellaneda, tanto por magnanimidad como por

buena política, indultó a los generales vencidos y, comprendiendo que la insurrección era un eco de las antiguas divergencias entre Buenos Aires y las provincias, cambió la denominación de autonomista con que había subido al poder, por la de autonomista-nacional, dando así origen a un partido que recibió adhesiones numerosas y llegó a ser el más fuerte de la república.

En 1876, el tenaz caudillo Ricardo López Jordán volvió a invadir con algunas fuerzas la provincia de Entre Ríos, pero esta vez obtuvo escasísimo resultado. Las fuerzas irregulares que acaudillaba fueron puestas en dispersión por el coronel Ayala en el combate de *Alcaracito* (7 de diciembre), y López Jordán pasó a Corrientes donde se entregó, siendo conducido a las cárceles del Rosario. Puesto al fin en libertad murió años después en Buenos Aires, asesinado por un individuo que satisfizo así antiguos rencores.

Fomento material del país. La conquista del desierto. Campaña del general Roca : ventajas que reportó de ella la nación. — La presidencia de Avellaneda siguió las huellas de la de su antecesor Sarmiento en punto a mejoras materiales e intelectuales. Creóse gran número de escuelas de primera enseñanza y normales, dióse a los colegios nacionales gran impulso, aumentaron los ferrocarriles, se reorganizó el servicio postal, las rentas públicas subieron a 21 millones de pesos fuertes y progresaron el comercio y la industria. El promedio anual de la inmigración en este período fué de 45 mil personas, creándose importantes colonias agrícolas en Santa Fe y Entre Ríos. La prosperidad de la nación argentina era cada vez más notable.

Otro de los grandes títulos de este gobierno a la gratitud del país fué la conquista del desierto, emprendida con ardor y perseverancia por el ministro de la guerra, doctor Adolfo Alsina. Los indios sometidos se alzaron al tener noticia de estos intentos y formaron una fuerza de cuatro a cinco mil hombres. La guerra empezó en 1876, formándose tres divisiones a cuyo frente se puso el mismo Alsina, logrando la ocupación de Carhué que daba una excelente base de operaciones. Desgraciadamente, enfermó de gravedad y hubo de volver a Buenos Aires a fines de 1877, muriendo poco después. Era hombre de

gran energía y actividad y, según todas las probabilidades, habría sucedido al Dr. Avellaneda en la presidencia de la república.

Sucedióle como ministro de la guerra don Julio Argentino Roca, que había sido hecho general en el mismo campo de batalla en que venció a Arredondo, logrando después rápido encumbramiento y una gran influencia política. Mientras los coroneles Winter, Villegas y Levalle proseguían la campaña, el general Roca ideó un vasto plan para asegurar la conquista definitiva del desierto, y habiendo sido convertido ese plan en ley, el ministro se puso en marcha a mediados de abril de 1879. Hizo ocupar militarmente Luan Lauquén y, después de una marcha dificultosa de cuarenta días, llegó a Río Negro y, el 25 de mayo, enarboló la bandera nacional en esas apartadas regiones.

Merced a esta bien dirigida expedición, que ha recibido el nombre de « conquista del desierto », el general Roca extendió el dominio efectivo de su patria en más de 20 mil leguas cuadradas de territorios, en que antes vagaban sólo tribus indígenas y que en adelante quedaban abiertos a la civilización. Se sometieron al gobierno argentino catorce mil indios y se libró del cautiverio a 480 cristianos. Además, esta oportuna ocupación de dilatadas regiones sirvió de preliminar a la fijación de la frontera con Chile, que pocos años antes había empezado a manifestar pretensiones al dominio de gran parte de la Patagonia. La expedición del general Roca fué continuada dos años después por su orden, bajo la dirección del general Villegas, quien, partiendo del lago Nahuel-Huapí, recorrió hacia el sur 125 leguas, apoderándose de la Patagonia austral y dando por terminada su excursión conquistadora en 5 de mayo de 1883.

Lucha presidencial. Guerra civil : sangrientos combates en Buenos Aires. Triunfo del general Roca : Federalización de la capital. Desarrollo de la riqueza pública. — Al terminar el gobierno de Avellaneda se disputaban la presidencia dos candidatos : el gobernador de Buenos Aires, don Carlos Tejedor, al que apoyaban las provincias de Buenos Aires y Corrientes, y el general don Julio A. Roca, que tenía grandes elementos en las demás provincias y contaba con el decidido apoyo del gobierno nacional.

Dando por segura su derrota en las elecciones, se alzaron en

armas los partidarios de Tejedor el 3 de junio de 1880 y el presidente Avellaneda tuvo que abandonar la capital y establecerse en Belgrano, declarando rebelde al gobernador de Buenos Aires. Los partidarios de Tejedor se hicieron fuertes en la ciudad, mientras el gobierno nacional concentraba tropas en el campamento de la Chacarita.

El coronel Racedo, gubernista, atacó y derrotó en Olivera, partido de Mercedes, al coronel Arias, que se refugió en Buenos Aires. La escuadra, fiel al presidente, bloqueó el puerto, mientras las tropas de línea formalizaban el sitio. El 20 de junio, el coronel Levalle, gubernista, sostuvo en Barracas un sangriento combate contra las fuerzas porteñas dirigidas por Campos; y al siguiente día la lucha se entabló principalmente en el Puente Alsina, entre los coroneles Racedo y Arias, y en los Corrales, capitaneando aquí las fuerzas del gobierno el Dr. Pellegrini, ministro de la guerra, y las de la provincia el coronel Hilario Lagos. En todos estos combates obtuvieron ventaja los gubernistas, pero como los defensores de la capital contaban todavía con fuertes elementos y era muy considerable la efusión de sangre, ofreció su mediación el cuerpo diplomático extranjero y obtuvo, el día 23, un armisticio, que sirvió de base a las negociaciones de paz. Entabladas éstas, presentó su renuncia el 1° de julio don Carlos Tejedor y asumió el mando el doctor don José M. Moreno, que prestó acatamiento a los poderes nacionales. Una ley del Congreso, sancionada el 11 de agosto, declaró disuelta la legislatura de Buenos Aires y poco después se procedió a la federalización del municipio de dicha ciudad, que dejó de ser capital de la provincia de su nombre para convertirse en capital de la República Argentina y en residencia definitiva de los poderes nacionales.

En virtud de esta ley (20 de septiembre de 1880), los establecimientos y edificios públicos de Buenos Aires pasaron a la nación, exceptuándose el Banco de la Provincia, el Hipotecario y el Monte Pío, que siguieron perteneciendo a la provincia, de igual modo que los ferrocarriles y telégrafos que partían del municipio federalizado. La nación tomó a su cargo la deuda provincial. De este modo desapareció una de las principales causas de rivalidad entre los porteños y el resto de los argentinos y el gobierno nacional adquirió prestigio y fuerza.

La administración del general Julio A. Roca (1880-86) coincidió con un gran desarrollo de la riqueza pública y de la corriente inmigratoria, habiendo llegado al país durante este período más de 400 mil inmigrantes, muchos de los cuales se fijaron en la capital y en la campaña, contribuyendo mucho al progreso de la agricultura y del comercio. Esta afluencia de nuevos pobladores valorizó los terrenos y dió margen a especulaciones en gran escala, que a la vez que movilizaban los capitales e imprimían febril agitación a los negocios, dieron origen a lo que más tarde se llamó « la crisis del progreso ». Fundáronse por doquiera bancos, instituciones de crédito y empresas de colonización, se aumentó notablemente la red de ferrocarriles y la población de la república se calculaba, en 1885, en algo más de tres millones de habitantes.

En suma, la nación entraba resueltamente en las vías de la prosperidad material y el engrandecimiento pacífico; sus campos, antes incultos o dedicados principalmente a la ganadería, empezaban a dar grandes cosechas de trigo, maíz, lino y azúcar; pero siendo relativamente escasas las existencias metálicas para hacer frente a las erogaciones exigidas por las nuevas empresas, se inició el sistema de las emisiones de papel moneda en gran escala, y aunque al principio fueron bien recibidas, era fácil prever que los poderes públicos llegarían a traspasar los límites de la prudencia, en su afán de procurarse recursos. En este tiempo se fundó la ciudad de *La Plata,* destinada a residencia del gobierno provincial de Buenos Aires.

Presidencia de Juárez Celman. Abusos del crédito y de la especulación. La crisis del progreso. Alza del oro. Revolución de Julio de 1890. Renuncia del presidente. — Terminado el período del general Roca, fué elegido presidente, con el apoyo oficial, el ex gobernador de Córdoba don Miguel Juárez Celman, que tomó posesión el 12 de octubre de 1886. Para el cargo de vicepresidente se designó a don Carlos Pellegrini, que había formado parte del gobierno en las administraciones anteriores y se distinguía por su carácter enérgico y avasallador.

La administración de Juárez Celman fué tan fastuosa como imprevisora, lo que obedeció en gran parte a la ilusión de que no dejarían de afluir al país recursos capaces de hacer frente a

todas las exigencias. La inmigración había tomado un desarrollo tan considerable que, en 1889, llegaron a la República Argentina cerca de 300 mil personas, cifra que triplicaba la de los años más favorecidos y que, siendo excesiva en relación a la capacidad de trabajo del país, indicaba, sin embargo, la enorme influencia que sus progresos materiales ejercían sobre los pueblos de Europa.

Los primeros años del gobierno de Juárez Celman fueron prósperos; en obras públicas se invirtieron grandes capitales, el comercio y la industria adquirían más importancia cada vez y los negocios tomaban un vuelo asombroso. Las necesidades de metálico se suplían por emisiones de papel moneda, que se admitía en el mercado con escaso descuento sobre el oro; pero como no se podía seguir indefinidamente por esta senda de rosas, llegó un momento en que el crédito se resintió, faltaron garantías para reanimarlo y el pánico financiero y bursátil fué tan lejos como la antigua confianza. En poco tiempo cien pesos oro, que antes valían 140 ó menos en papel, triplicaron su valor; de modo que gran número de negociantes que operaban a crédito no pudieron hacer frente a sus obligaciones y menudearon las quiebras. Se vió entonces caer de golpe en la miseria a hombres que días antes tenían grandes fortunas, y un malestar profundo y general sucedió a las risueñas perspectivas de los años anteriores.

Como sucede siempre en estos casos, alzóse un clamoreo general contra el gobierno, a quien se acusaba de haber dilapidado la fortuna pública. Sin embargo, los hombres que dirigían la situación, más habían pecado de ligereza que de inmoralidad, y era injusto achacarles la bancarrota, originada principalmente por los abusos del crédito y las demasías de la especulación.

El movimiento revolucionario, que de mucho tiempo atrás venía preparándose, estalló en Buenos Aires el 26 de julio de 1890, y fué acaudillado por el partido llamado radical y auxiliado por los cívico-nacionales que seguían las inspiraciones del general Mitre, el cual, sin embargo, no tuvo intervención directa en los sucesos. La ciudad de Buenos Aires quedó, por lo pronto, en poder de los revolucionarios, y éstos proclamaron presidente de la República al Dr. Leandro N. Alén. Pero el gobierno legal se rehizo pronto; pues aunque tenía en su con-

tra a la escuadra y parte de las tropas de línea, las fuerzas que le seguían lucharon con los sublevados en las calles y acabaron por vencerles, no sin que se derramara mucha sangre. El día 30 estaba ya dominado el movimiento.

Sin embargo de su victoria material, el presidente Juárez Celman se vió abandonado por los mismos que le habían auxiliado en la lucha contra los radicales y hubo de renunciar su cargo en los primeros días de agosto.

Presidencia complementaria de Pellegrini. Va renaciendo la confianza. Elección del Dr. Luis Sáenz Peña. Ministerio radical. Dificultades que surgen. El presidente renuncia y sube al poder el Dr. Evaristo Uriburu. Nuevo censo de población. — Subió entonces a la presidencia el vicepresidente don Carlos Pellegrini, que obtuvo el apoyo del general Roca, a quien nombró ministro del Interior y luego de la Guerra. Durante los primeros meses de la administración Pellegrini, la crisis financiera llegó a su colmo : el oro se cotizaba a cerca de 500; las gentes afluían a los bancos para retirar sus depósitos y casi todos esos establecimientos tuvieron que suspender sus pagos. La tranquilidad fué renaciendo al fin y los negocios entraron de nuevo en sus condiciones normales; pero el golpe había sido tan violento que la República sufrió durante muchos años sus consecuencias, figurando entre ellas un formidable aumento en la deuda nacional y el descenso de la inmigración.

Terminada en 1892 la interinatura del Dr. Pellegrini, contábase como segura la elección del general Mitre, que, al regresar pocos meses antes de un viaje a Europa, había sido recibido en Buenos Aires con una ovación sin ejemplo; pero a última hora el general renunció a figurar en candidatura, lo que produjo verdadera consternación en sus partidarios. Tal vez lo avanzado de su edad y el convencimiento de que tendría que luchar con graves dificultades para sostenerse en el poder, le impusieron esa renuncia. Entonces se eligió presidente al Dr. Luis Sáenz Peña, ya septuagenario y hombre muy respetable por sus antecedentes, pero al que faltaba capital político. El nuevo presidente, para granjearse popularidad, confió los principales ministerios a hombres significados en el radicalismo, como los doctores Aristóbulo del Valle, Lucio V. López

y Demaría; pero este gobierno quiso exigir responsabilidades a hombres de las anteriores administraciones por su irregular gestión financiera y se puso en pugna con el Congreso, viéndose precisado a dejar el poder. Con este motivo hubo disturbios en Santa Fe y otras provincias; el presidente confió entonces los ministerios a hombres de significación muy templada, entre los que descollaba el Dr. Manuel Quintana, antiguo candidato a la presidencia. El Congreso siguió poniendo obstáculos a la gestión del Dr. Sáenz Peña, y aunque los ministros le aconsejaban que disolviese las Cámaras e hiciese nueva apelación a la voluntad del país, no se atrevió a dar ese golpe de Estado y prefirió renunciar su puesto, como lo hizo a mediados de 1895.

Quedó al frente del poder ejecutivo el vicepresidente don Evaristo Uriburu, que llegó sin dificultades al término del período presidencial. En este tiempo el país empezó a reponerse de la tremenda crisis de 1890 y aumentó de nuevo la corriente inmigratoria. El segundo censo general de población, realizado en 1895, comprobó que la República Argentina tenía ya cuatro millones de habitantes, correspondiendo más de 650 mil a la ciudad de Buenos Aires. La situación financiera mejoraba también de un modo notable; el oro, que se había llegado a cotizar a 490 en la época del Dr. Pellegrini, bajó hasta 280 y volvieron a reanimarse los negocios.

Segunda presidencia del general Roca. Temores de guerra con Chile; esfuerzos para conjurar ese peligro. Reformas y progresos materiales. Se someten al arbitraje las diferencias con Chile. — En 1898 la Convención eligió presidente de la República al general Julio A. Roca, que apenas tuvo oposición. Ya electo, pero antes de llegar el plazo de tomar posesión de la primera magistratura, hizo un viaje al Brasil, la República Oriental y Chile para afirmar las buenas relaciones internacionales. Su breve estancia en Chile, donde conferenció con el presidente Errázuriz, disipó los temores de guerra motivados por la cuestión de límites.

Al hacerse cargo del gobierno separó el ministerio de Marina del de Guerra y creó otro especial, el de Agricultura. El oro había llegado a bajar casi hasta 200, y para evitar sus bruscas oscilaciones, que sólo favorecían a los especuladores, se dictó

una ley que fijaba el valor de la moneda en 44 centavos oro por cada peso en papel. Hiciéronse también reformas interesantes en la enseñanza pública y en la organización militar, sustituyendo el servicio voluntario por el obligatorio, se aumentó la marina de guerra, y en suma, la administración pública fué mejorada en muchos de sus ramos. Nuevos temores de guerra con Chile hicieron necesario invertir grandes sumas en buques y armamentos, pero al fin (mayo de 1902) se resolvió el conflicto pacifica y definitivamente mediante el arbitraje del rey de Inglaterra.

En suma, la segunda presidencia del general Roca fué para la Argentina de gran progreso material. Las tierras, que habian sufrido desde la época de la crisis una notable depresión, volvieron a valorizarse paulatinamente, pero con gran firmeza; la población aumentó en más de un millón de habitantes y la paz interior y exterior consolidó el crédito del país.

Elección del Dr. Quintana. Tentativa revolucionaria de 4 de Febrero de 1905. Es sofocada enérgicamente. Se decreta el estado de sitio. Muerte del general Mitre. — Al acercase el término del segundo período presidencial del general Roca se presentaron varias candidaturas, entre ellas las de los doctores Pellegrini, Avellaneda (hermano del ex presidente) y Quintana. Pero el doctor Pellegrini se había distanciado políticamente del gobierno, por querer extremar su espíritu de tutela sobre el mismo en los asuntos financieros, y no contó con el apoyo oficial. Quedó reducida la lucha a los doctores Avellaneda y Quintana, y este último obtuvo por gran mayoría el triunfo.

El Dr. D. Manuel Quintana, nacido en 1835, había actuado en la política desde muy joven, siendo en diversas ocasiones diputado nacional y ministro. En 1873 fué candidato a la presidencia y más tarde tuvo la cartera del Interior en la administración de Sáenz Peña. Tenia gran fama como orador y abogado, y figuraba entre los políticos más respetables y distinguidos del país.

El 12 de octubre de 1904 tomó posesión de la primera magistratura, a la vez que se hacia cargo de la vicepresidencia de la República el Dr. D. José Figueroa Alcorta, ex gobernador de Córdoba.

La política del nuevo presidente, elegido bajo los auspicios de un acuerdo entre el partido autonomista nacional y el cívico nacional o mitrista, que había tomado recientemente el nombre de republicano, fué de conciliación entre estas fracciones, con predominio de la primera, que disponía de casi todos los gobiernos provinciales. En su primer mensaje prometió el doctor Quintana grandes reformas en todos los ramos de la administración, llegando a decir que en las relaciones entre el capital y el trabajo procuraría realizar el programa mínimo del socialismo, declaración que no dejó de causar extrañeza, porque los antecedentes del jefe del poder ejecutivo distaban de ser tan avanzados.

El 4 de febrero de 1905 estalló un movimiento revolucionario, a la vez popular y militar, en la capital de la República, en la provincia de Buenos Aires y en las ciudades de Córdoba y Mendoza. En la capital fué dominada en pocas horas la insurrección, gracias a la energía del ministro de la Guerra, general Godoy, que se presentó en el arsenal cuando iban a sublevarse las fuerzas que lo custodiaban, logrando volverlas a la obediencia. Las tropas sublevadas se dirigieron al sur de la provincia de Buenos Aires, donde se las unieron hombres civiles distinguidos, afiliados al partido radical, que era el que había organizado el movimiento. Parte de las tropas sublevadas volvieron a ponerse al lado del gobierno, influídas por un sargento que hizo fusilar a los hombres civiles, que excitaban a los soldados a no desertar de la causa revolucionaria. En Córdoba los sublevados se hicieron dueños de la ciudad y se apoderaron de la persona del vicepresidente, que se encontraba allí veraneando con su familia. El Dr. Quintana mostró gran energía; organizó fuerzas con la mayor actividad, y en pocos días logró dominar la sublevación, cuyos jefes pasaron la frontera, mientras los de la provincia de Buenos Aires se entregaron a sus perseguidores.

En previsión de nuevas insurrecciones, el gobierno decretó el estado de sitio y mantuvo esta situación durante varios meses, lo que le permitió dominar fácilmente las huelgas que a cada paso promovían las sociedades de obreros. Además, desde fines de 1902 se había aprobado una ley, llamada « de residencia », en virtud de la cual el gobierno, por vía administrativa y sin admitir recurso judicial ninguno, podía expulsar del país en el término de tres días a cualquier extranjero que tratara de

organizar huelgas o de alterar en cualquier otra forma el orden público.

El 19 de enero de 1906, después de una larga enfermedad, falleció el teniente general don Bartolomé Mitre, que tan insigne actuación había tenido, desde más de medio siglo antes, en la política de su país. Además de estadista eminente, fué el general Mitre un escritor correcto y erudito y un historiador concienzudo, imparcial y muy documentado. Su muerte, acaecida a los 84 años de edad, fué un verdadero duelo nacional para la República Argentina, y en todas las naciones de América y Europa se hizo justicia a los grandes méritos de ese hombre ilustre.

Por fallecimiento del Dr. Quintana ocupa la presidencia de la República el vicepresidente, Dr. José Figueroa Alcorta. Decreto de amnistía. El nuevo gobierno lucha contra la influencia de Roca y dirige intervenciones contra varias provincias. Oposición entre el Congreso y el presidente, que al fin logra dominar la situación. — No habian transcurrido aún dos meses desde esta desgracia cuando murió también el Dr. D. Manuel Quintana, presidente de la República, y que por sus condiciones políticas y personales era generalmente respetado. Le sustituyó en la primera magistratura el vicepresidente don José Figueroa Alcorta, quien debía ejercer las funciones presidenciales hasta el 12 de octubre de 1910.

En los primeros meses de su gobierno, el Dr. Figueroa Alcorta dió participación en el ministerio a las diversas fracciones políticas y decretó una amnistía para los militares sublevados en 1905; pero no tardó en mostrarse favorable a las miras de una coalición formada por los republicanos, los autonomistas y otras fracciones aisladas en contra del partido autonomista nacional, que predominaba desde treinta años antes en el gobierno. Dió principio entonces lo que se llamó revolución de arriba abajo, esto es, una serie de intervenciones en las provincias para sustituir los gobernadores y legislaturas afectas a la política del general Roca por otros que se amoldasen a las tendencias de la nueva situación. En los incidentes y peripecias a que daba lugar esta serie de intervenciones, vieron comprometidos sus intereses políticos varios de los grupos que for-

maban la coalición y se fueron separando sucesivamente del Dr. Figueroa Alcorta, que al fin quedó aislado, sin más apoyo, en sus planes de nueva orientación institucional, que el poco eficaz y entusiasta que le prestaban los autonomistas. El jefe de éstos, Dr. Carlos Pellegrini, hubiera podido auxiliar poderosamente la acción presidencial, porque gozaba de gran influencia y prestigio, por su talento y energía de carácter; pero murió a mediados de 1906, antes de cumplir los sesenta años, y entre los hombres de su agrupación no hubo uno que se impusiera a los demás con autoridad suficiente para unificar las voluntades.

En suma, el vicepresidente en ejercicio fué viendo cada día más dificultada su acción por la oposición latente del Congreso, que demoraba dar su sanción a los nombramientos del poder ejecutivo y que, a fines de enero de 1908, tenía aún sin discutir los presupuestos generales del Estado, por lo que el presidente suspendió por decreto las sesiones y hubo de prorrogar los presupuestos del anterior ejercicio. Este antagonismo entre el parlamento y el poder ejecutivo creó una situación violenta que habría determinado probablemente la guerra civil, a no hallarse tan divididas las fracciones que hostilizaban al presidente.

En las nuevas elecciones, precedidas de intervenciones y cambios de gobernadores en varias provincias, obtuvo el Sr. Figueroa Alcorta la mayoría parlamentaria que necesitaba para seguir gobernando. En los últimos meses de su gobierno se celebraron con gran brillantez las fiestas del centenario de la independencia argentina, a que concurrieron el presidente de Chile, Sr. Montt, y la infanta de España doña María Isabel, además de distinguidas representaciones de las repúblicas americanas y de las naciones europeas.

Sube a la presidencia el Dr. Roque Sáenz Peña. El voto obligatorio. Habiendo fallecido el Dr. Sáenz Peña, le sustituye el vicepresidente Dr. Victorino de la Plaza. Elección del Dr. Hipólito Irigoyen. Progresos y estado actual del país. — En las elecciones para el período presidencial de 1910 a 1916, obtuvo el triunfo por gran mayoría el Dr. Roque Sáenz Peña, siendo designado vicepresidente el Dr. D. Victorino de la Plaza. Los primeros actos de la nueva presidencia consistieron en consolidar las relaciones

amistosas, más o menos comprometidas antes, con el Brasil, Bolivia y el Uruguay, tendiéndose en la política interior a dar sinceridad al sufragio, por medio de leyes que hacían obligatorio el voto y ofrecían garantías a los electores. Al mismo tiempo se quiso reforzar el prestigio exterior del cargo presidencial con la adopción de un protocolo parecido al de algunas cortes europeas. Respecto de la administración manifestó el nuevo gobierno tendencias ordenadas y moralizadores.

La ley electoral del Dr. Roque Sáenz Peña, una vez llevada a la práctica, produjo una revolución radical en las costumbres políticas del país, por su acertadísima disposición de hacer el voto obligatorio y secreto. El pueblo, que anteriormente se mantenía alejado de las urnas, tuvo que acudir a ellas; pero al mismo tiempo vió garantizada su absoluta libertad por el secreto del sufragio. Los arreos de peones y obreros se hicieron imposibles; y las compras de votos dejaron de ser un negocio conveniente para los partidos y los candidatos adinerados.

El Dr. Roque Sáenz Peña tuvo la satisfacción de ver que bajo su gobierno triunfaron en las urnas agrupaciones que jamás hubieran esperado sacar la menor ventaja, y que todos los antiguos poderosos partidos, incluso el gubernista, salían completamente derrotados. Era la primera vez que se producía este caso de evidente sinceridad y libertad electoral en la Argentina.

Falleció el Dr. Sáenz Peña el 9 de agosto de 1914 y le sucedió el vicepresidente Dr. Victorino de la Plaza, quien, si bien es cierto que administró con honradez, no dejó la menor huella de su paso por el gobierno.

En las elecciones presidenciales de 1916, obtuvo el triunfo el partido radical que llevó a la presidencia al D. Hipólito Irigoyen, quien tomó posesión el 12 de octubre de dicho año.

Sus primeros actos le presentan como animado a hacer grandes economías y procurar el mejoramiento de la condición de las clases menesterosas. La República espera mucho de él.

Es indudable que la República Argentina ha dado en pocos años un avance prodigioso en cultura, población y riqueza, y figura dignamente entre los pueblos más progresivos de América.

Su población, que en 1869 apenas llegaba a dos millones de habitantes, se ha casi cuadruplicado en cuarenta años, y todo indica que seguirá creciendo en la misma satisfactoria propor-

ción. Tiene hoy la nación más de 25 mil kilómetros de ferrocarriles; la cifra de su movimiento comercial de exportación e importación equilibra a la de las demás naciones americanas reunidas — prescindiendo, claro está, de los Estados Unidos; — es el país de inmigración por excelencia; posee más de 120 millones de cabezas de ganado lanar y 27 de ganado bovino; es ya una de las primeras naciones productoras de trigo, lino, maíz y azúcar; y de ella se ha podido decir con razón que era el único país que daba a sus inmigrantes más de lo que les prometía.

El porvenir depara hermosos destinos a la República Argentina, con su territorio de tres millones de kilómetros cuadrados, aptos para el cultivo en casi toda su extensión; su clima templado, en que se producen con abundancia los cereales, legumbres y frutos más adecuados a las necesidades del hombre; sus ricos yacimientos de minerales, sus grandes bosques de excelentes maderas, sus hermosos ríos navegables, sus vastas colonias agrícolas y sus populosos centros de vida, entre los que descuella la gran ciudad de Buenos Aires, con más de un millón doscientos mil habitantes, cifra que la pone a la cabeza de todas las ciudades del hemisferio meridional del mundo y que tiende a crecer incesantemente.

Uno de los secretos de la prosperidad de la República Argentina ha sido la preferencia que ha dado a la política de paz y trabajo sobre la de aventuras guerreras, estableciendo como regla el arbitraje para la resolución de sus conflictos exteriores. Esta acertada marcha le ha permitido multiplicar su población y su riqueza en pocos años, y hoy el principal problema que ha de resolver este país es el de su política interior, entregada a grupos sin verdaderos ideales, que no serán sustituídos por partidos fuertes y prestigiosos hasta que se logre la incorporación de los elementos extranjeros a la ciudadanía; con lo que terminará el indeferentismo general que se observa en lo concerniente a la vida pública y que forma contraste lamentable con el desarrollo espléndido de las iniciativas privadas en la prosecución de la riqueza personal.

XXXVIII.

REPÚBLICA DEL URUGUAY.

Carácter internacional que tomó la guerra civil de 1863. Actitud del Brasil y de la Argentina. El presidente del Paraguay interpone su mediación. Funestas consecuencias de este paso. — Se generaliza la insurrección. Asume el poder el presidente del Senado. Intervención armada del Brasil en el Uruguay. Los paraguayos apresan un buque brasileño. Alianza entre el gobierno del Brasil y el general Flores. Sitio y toma de Paisandú. Triunfo de los revolucionarios. — Triple alianza contra el Paraguay. Valeroso comportamiento de los orientales en esta guerra. El general Flores, después de abandonar el gobierno, muere asesinado. Presidencia del general Batlle. Nueva guerra civil. — Presidencia de Gomensoro. Se hace la paz. Elección de Ellauri. Es derribado por un motín militar. Gobierno arbitrario de don Pedro Varela. Sublevación tricolor. Es vencida por el coronel La Torre, que ejerce la dictadura. Elegido presidente, renuncia a poco su cargo. — Gobierno interino del Dr. Vidal. Presidencia del general Santos. Desconcierto administrativo. Nueva insurrección : encuentro en el Quebracho. Nueva interinatura del Dr. Vidal. Vuelve al poder el general Santos. Es gravemente herido y renuncia, muriendo a poco. — Presidencia del general Tajes. Grandes especulaciones. Gobierno del Dr. Herrera y Obes. Le sucede como presidente don Juan Idiarte Borda. Guerra civil. El presidente muere asesinado. — Gobierno de don Juan Cuestas. Pacta la paz con los blancos y domina una insurrección militar en la capital. Hace una buena administración. — Presidencia de don José Batlle. Agitación en los partidos. División institucional. Nueva guerra civil. Muerte del principal caudillo de la insurrección, Aparicio Saravia. Se hace la paz, restableciéndose la unidad del poder. — Gobierno del Dr. Williman. Nueva guerra civil. Segunda presidencia de Batlle. Sube al gobierno el Dr. Feliciano Viera. Situación actual de la república del Uruguay.

Carácter internacional que tomó la insurrección de 1863. Actitud del Brasil y de la Argentina. El presidente del Paraguay interpone su mediación. Funestas consecuencias de este paso. — El movimiento revolucionario capitaneado por el general Venancio Flores, en 1863, fué considerado al principio como una de tantas insurrecciones de las que, después de asolar al país durante algunos meses, terminan por consunción, no sin haber producido derramamiento de sangre y mermado la riqueza pública. Durante los primeros meses, el movimiento careció de verdadera importancia y el presidente Bernado P. Berro pudo creer que lo reprimiría sin

dificultad con las tropas adictas a la situación; pero no tardó en tomar aquella guerra civil proyecciones internacionales.

En efecto, el gobierno de la República Argentina, en cuyo territorio se habia organizado la llamada « cruzada libertadora », no respetaba sino en apariencia las leyes de la neutralidad, favorecía los desembarcos de municiones para las fuerzas de Flores y hasta se dijo que le proporcionaba armas de los depósitos del Estado. Al mismo tiempo el Brasil empezó a hostilizar al gobierno oriental con el pretexto de perjuicios sufridos por sus súbditos y de reclamaciones sobre territorios fronterizos, de modo que la situación del presidente Berro empezó a ser difícil. Así las cosas, tomó la arriesgada decisión de ponerse al habla con el gobierno del Paraguay, cuyo presidente, don Francisco Solano López, estaba precisamente realizando grandes preparativos militares contra el imperio brasileño. López aceptó con satisfacción el papel de mediador o mejor dicho de interventor que el gobierno oriental le ofrecía, y véase cómo una discordia civil entre los dos partidos uruguayos asumió en poco tiempo las proporciones de un conflicto internacional.

Dirigióse, ante todo, Solano López al gobierno de la República Argentina, haciéndole notar la inconveniencia de la protección que dispensaba a los insurrectos orientales, y además le pidió explicaciones sobre la fortificación de la isla de Martín García, que amenazaba la libertad de navegación fluvial; pero el gobierno del general Mitre, en nota de 2 de octubre de 1863, concebida en términos muy amistosos, negó que fuese cierto el apoyo que se decía prestaba a las fuerzas de Flores, atribuyendo lo sucedido a la dificultad de vigilar una frontera tan extensa, y rehuyó explicaciones sobre la fortificación de la isla de Martín García.

En cuanto al Brasil, rechazó la mediación que López ofrecia para el arreglo equitativo de sus reclamaciones al Uruguay, dejando entrever que si este país no las solventaba en los términos exigidos, se vería en la dolorosa extremidad de emplear la fuerza.

Si el presidente del Paraguay hubiese aprovechado las facilidades que entonces se le presentaban para hacer alianza con la República Oriental, se habría colocado en situación muy favorable para afrontar la guerra; pero dejó pasar aquella excelente oportunidad, limitándose a decir que la actitud del Brasil ponía

en peligro la independencia del Uruguay y el equilibrio sudamericano y que el Paraguay estaba resuelto a mantener este principio.

Se generaliza la insurrección. Asume el poder el presidente del Senado. Intervención armada del Brasil en el Uruguay. Los paraguayos apresan un buque brasileño. Alianza del gobierno del Brasil y el general Flores. Sitio y toma de Paysandú. Triunfo de los revolucionarios. — Con estas complicaciones la insurrección de los colorados fué generalizándose en los departamentos y no fué posible verificar las elecciones presidenciales. Sin embargo, don Bernardo Berro no quiso retener el gobierno después de vencido su plazo legal, y el 1° de marzo de 1864 entregó el poder al presidente del Senado, don Atanasio Aguirre, que gobernó con carácter interino hasta el 15 de febrero de 1865.

El ministro plenipotenciario del Brasil, señor Saraiva, envió al gobierno de Montevideo un *ultimátum*, contra el que protestaron, no sólo las autoridades del país amenazado, sino también el presidente del Paraguay. Bien pronto se rompieron las hostilidades; una escuadra brasileña bloqueó los puertos del Salto y Paysandú, desde mediados de agosto de 1864, y poco después los paraguayos apresaron al paquete brasileño *Marqués de Olinda,* en que viajaba el gobernador de Matto-Grosso, que fué conducido preso a La Asunción.

Para evitar la posible alianza entre el Paraguay y la República Oriental, el gobierno brasileño se apresuró a tratar con el general Venancio Flores, ofreciéndole todo su apoyo por mar y tierra en la insurrección que capitaneaba, siempre que, una vez conseguido el triunfo, hiciese Flores causa común con el Brasil en la guerra contra el Paraguay. Aceptó decididamente y sin reservas el caudillo de los colorados esa proposición que aseguraba su triunfo con ayuda del extranjero, y desde entonces los invasores y los sublevados marcharon de completo acuerdo. La plaza de Paysandú, defendida por el coronel gubernista Leandro Gómez, no pudo ser tomada sino cuando estaba reducida a un montón de escombros, y los brasileños cometieron la crueldad de fusilar a su valeroso defensor.

El gobierno de Montevideo carecía ya de medios de resistencia; don Atanasio Aguirre delegó sus atribuciones en el presi-

dente del Senado, don Tomás Villalba, y éste hizo la paz con el jefe de la revolución, general Venancio Flores, que entró vencedor en la capital el 27 de febrero de 1865, tomando el título de gobernador, con el que dirigió los destinos del país por tres años.

Triple alianza contra el Paraguay. Valeroso comportamiento de los orientales en esta guerra. El general Flores, después de abandonar el gobierno, muere asesinado. Presidencia del general Batlle. Nueva guerra civil. — Cumpliendo sus compromisos con el Brasil, firmó el general Flores con esa nación y la Argentina el tratado de alianza contra el Paraguay. En esa guerra las tropas orientales, capitaneadas por el mismo general Flores, mostraron extraordinario valor y constancia; ellas iniciaron la lucha y figuraron dignamente a la vanguardia de los aliados. Durante la ausencia del general Flores, ejerció la dirección del poder ejecutivo el ministro de gobierno, don Francisco Antonino Vidal.

El general Flores, a quien el emperador del Brasil había conferido la orden del Cruceiro, que daba categoría de príncipe, hizo renuncia del poder el 15 de febrero de 1868, y cuatro dias después murió bárbaramente asesinado en las calles de Montevideo, por individuos del partido blanco, contra el que se había sublevado algunos años antes.

Después de un interinato de quince días en que ejerció el mando el presidente del Senado don Pedro Varela, se nombró, el 1° de marzo, presidente constitucional de la República al general don Lorenzo Batlle, que se había distinguido mucho en la defensa de Montevideo contra las fuerzas sitiadoras de Oribe y tomado parte en expediciones arriesgadas. Durante su gobierno dió pruebas de moderación y tolerancia; pero hubo de hacer frente a dificultades de gran entidad, entre ellas una crisis bancaria cuyos efectos fueron desastrosos para muchas familias, y la sublevación de los blancos, capitaneados por el general Timoteo Aparicio. Esta guerra dió comienzo en 1870 y fué muy sangrienta y empeñada; los blancos, después de una serie de vicisitudes, llegaron hasta las inmediaciones de Montevideo, pero al fin sufrieron dos sangrientas derrotas, primero en el *Sauce* y luego en *Manantiales*. Cuando el general Batlle terminó el periodo legal de su presidencia (1° de marzo de 1872),

la guerra civil aun no estaba extinguida, de modo que no fué posible hacer las elecciones y hubo de entregar el mando al presidente de la Asamblea, don Tomás Gomensoro. Durante el gobierno de Batlle se estableció el ferrocarril del Este y el telégrafo oriental, se creó un nuevo pueblo llamado Carmen y se firmó un tratado de amistad y comercio con España.

Presidencia de Gomensoro. Se hace la paz. Elección de Ellauri. Es derribado por un motín militar. Gobierno arbitrario de D. Pedro Varela. Sublevación tricolor. Es vencida por el coronel Latorre, que ejerce la dictadura. Elegido presidente, renuncia a poco su cargo. — El nuevo presidente, señor Gomensoro, hizo la paz con los insurrectos en abril de 1872, acto que se celebró con grandes festejos en toda la república. Después se verificaron las elecciones y se constituyó la asamblea, que nombró presidente constitucional de la república a don José E. Ellauri el 1° de marzo de 1873.

La presidencia de Ellauri fué breve y borrascosa. El 10 de enero de 1875, con motivo de verificarse en Montevideo las elecciones de alcalde, estalló una refriega entre blancos y colorados, muchos electores fueron muertos y hubo más de 50 heridos. No pudo el gobierno reprimir con la energía necesaria ese sangriento motín, ni castigar a sus autores, y quedó muy quebrantado su prestigio entre los militares. En la noche del 15 de enero, las tropas, capitaneadas por el coronel don Lorenzo Latorre, salieron de los cuarteles, formaron en la plaza Matriz y declararon depuesto del mando al presidente Ellauri, quien, falto de elementos, no tuvo más remedio que ceder. Aquel movimiento, conocido bajo el nombre de « el motín militar », llevó a la presidencia a don Pedro Varela, que, apoyado por el coronel Latorre, ejerció la dictadura. Bajo pretexto de conspiración, desterró del país a quince de los hombres políticos más significados, embarcándolos para la Habana en la barca *Puig*, buque de vela de tan malas condiciones que varias veces estuvieron a punto de perecer en la dilatada y penosa travesía. No quisieron recibirles en la Habana las autoridades españolas, por el estado de insurrección en que se encontraba la isla, y entonces se dirigieron a los Estados Unidos, donde lograron desembarcar. Casi todos se apresuraron a regresar à Buenos Aires ó el Brasil,

y allí promovieron una revolución que se llamó *tricolor*, por figurar en ella unidos contra el gobierno los blancos, los colorados disidentes y los llamados constitucionales o principistas, que trataban de conciliar las antiguas agrupaciones y sustituirlas por otras. El coronel Latorre, ministro de la guerra, salió a combatir a los sublevados y los venció, haciéndoles refugiarse en el Brasil. Poco después (10 de marzo de 1876), el mismo Latorre depuso a Varela y se erigió en dictador, gobernando al país con tal carácter hasta el 1° de marzo de 1879, en que fué elegido presidente constitucional.

Latorre gobernó despóticamente, pero con moralidad en lo relativo al manejo de los caudales públicos. Pagó religiosamente los gastos y deudas del Estado; limpió la campiña de malhechores, por medio del terror, dando así a los estancieros la seguridad de que antes carecían; construyó los edificios de los cuarteles de la guarnición y el gran manicomio de Montevideo, así como la plaza de la Independencia de esta ciudad, empezó la Escuela de Artes y Oficios y protegió la instrucción pública. Al año de haber sido elegido presidente (13 de marzo de 1880), renunció este cargo, a consecuencia de los trabajos que hacían para arrojarle del poder los mismos jefes militares que le habían ayudado y sostenido hasta entonces.

Gobierno interino del Dr. Vidal. Presidencia del general Santos. Desconcierto administrativo. Nueva insurrección : encuentro en el Quebracho. Nueva interinatura del Dr. Vidal. Vuelve al poder el general Santos. Es gravemente herido y renuncia, muriendo a poco. — Le sucedió el Dr. Francisco Antonino Vidal, quien, a su vez, hizo renuncia del puesto el 1° de marzo de 1882, siendo elegido con esa fecha el general Máximo Santos. Su administración fué en un principio tranquila y ordenada, pero ese período de prosperidad fué pasajero, pues tratándose de una situación enteramente militar y basada, más que en la opinión del país, en la adhesión personal de los jefes de cuerpo, la fiscalización de los intereses públicos no podía ser muy severa. La industria, el comercio y el crédito decayeron de un modo lamentable, hubo gran emigración a la Argentina y al Brasil, y por último, millares de estudiantes y de jóvenes distinguidos, pertenecientes a los partidos colorado, blanco y constitucional, se

organizaron militarmente en la Argentina y pasaron al Uruguay en son de guerra. El ejército gubernista salió al encuentro de los sublevados y los derrotó por completo en los campos del *Quebracho*, departamento de Paysandú, haciendo prisioneros a la mayor parte de ellos. El general Santos se mostró clemente con los vencidos, y al cabo de algún tiempo, viendo que la situación del país empeoraba, se decidió a llamar al gobierno a los Dres. José Pedro Ramírez, Juan Carlos Blanco y Aureliano Rodríguez Larreta, que figuraban en los partidos blanco y constitucional o de conciliación.

Santos terminó su período presidencial el 1º de marzo de 1886 y se eligió para sucederle al Dr. Vidal, que le estaba completamente sometido. Renunció el señor Vidal el día 24 de mayo, cuando no hacía aún tres meses que había tomado posesión, y como el general Santos se había hecho elegir presidente del Senado, cargo que equivale a la vicepresidencia de la República, se apoderó nuevamente del gobierno. Poco tiempo después atentó contra su vida un oficial, disparándole a las puertas del teatro un pistoletazo que le destrozó el rostro. El autor del atentado se suicidó, y el general Santos quedó tan mal herido, que hizo renuncia del poder (19 de noviembre de 1886) y se embarcó para Europa con la esperanza de obtener allí alivio a sus sufrimientos. Entonces la Asamblea eligió presidente, por el tiempo complementario del Dr. Vidal, al general don Máximo Tajes, que de igual modo que sus antecesores figuraba en el partido colorado. Al año siguiente regresó el general Santos de Europa, gravemente enfermo, pero se le prohibió desembarcar en el Uruguay, viéndose precisado a seguir viaje hasta Buenos Aires, donde murió a los pocos meses. Era hombre de buenas prendas personales, valiente y en ocasiones magnánimo; pero su administración, sobre todo desde el punto de vista financiero, fué calamitosa para la República Oriental.

Presidencia del general Tajes. Grandes especulaciones. Gobierno del Dr. Herrera y Obes. Le sucede como presidente don Juan Idiarte Borda. Guerra civil. El presidente muere asesinado. — En la época presidencial de don Máximo Tajes, volvieron a tomar vuelo los negocios, creándose empresas que desenvolvieron el crédito y algunas de las cuales fueron bastardeadas y sacadas de quicio

por los abusos de la especulación. El fenómeno que, bajo el nombre de « crisis del progreso », multiplicaba o hinchaba las transacciones en Buenos Aires, tuvo en esta época su repercusión en Montevideo, presentando, aunque en escala más reducida, síntomas análogos. El 1° de marzo de 1890, fué elegido presidente constitucional el doctor Julio Herrera y Obes, quien, no obstante su filiación colorada, dió participación en el poder a los blancos y confió ministerios a políticos que habían combatido su candidatura presidencial. Procedió con rectitud en la administración de los intereses públicos e hizo cuanto pudo por aminorar los daños de la crisis económica, que le habían legado sus antecesores.

Terminado el período del señor Herrera, el 1° de marzo de 1894 surgió una división tan marcada en la Asamblea Legislativa, que las diversas fracciones no se podían poner de acuerdo para elegir presidente, por lo que hubo de desempeñar interinamente este cargo el presidente del Senado, señor Duncan Stewart. Pasaron tres semanas de confusión, intrigas y cabildeos y al fin, bajo la influencia del señor Herrera, obtuvo mayoría de votos don Juan Idiarte Borda, a quien la pasión política, no sólo de los blancos, sino de muchos de sus correligionarios, negó toda clase de condiciones para el elevado puesto que ocupaba. El señor Idiarte Borda no era hombre de estudio, pero había dado prueba de mucha competencia en la gestión de los negocios públicos, ocupando desde su juventud cargos de confianza en el departamento de Soriano, en que había nacido hacia 1840. Como diputado nacional y senador, combatió con decisión los errores administrativos de los gobiernos de Santos y Tajes; pero su elección para la presidencia le atrajo muchas antipatías, de modo que luchó con grandes dificultades para gobernar. Se temía que lo preparase todo para la reelección de Herrera y ésta era la causa principal de los enconados ataques de que se le hacía objeto. Al fin, en marzo de 1897, se alzó en armas contra su gobierno el partido blanco, acaudillando la insurrección el famoso guerrillero Aparicio Saravia y el comandante don Diego Lamas, oriental de nacimiento, pero afiliado en el ejército argentino. La revolución se extendió con rapidez por los departamentos y las tropas gubernistas sufrieron graves derrotas en Tres Árboles, Arbolito y otros puntos. Idiarte Borda procedió con extraordinaria actividad a organizar el

ejército y en menos de tres meses puso sobre las armas veinticinco mil hombres; pero estos esfuerzos no daban resultado, pues la insurrección seguía en pie, y ya por sincero deseo de que terminase la sangrienta lucha, ya por miras políticas, se exigía al presidente que pactase la paz con los sublevados. Éstos pedían cierto número de departamentos, aparte de otras concesiones a que se negó el presidente, por creerlas incompatibles con la dignidad del gobierno y con la unidad institucional del país. Cada día más exaltadas las pasiones y cundiendo el rumor de que el verdadero responsable de la guerra civil era el señor Idiarte Borda, fué éste en poco tiempo objeto de dos tentativas de asesinato; de la primera salió ileso, y en la segunda, realizada el 25 de agosto de 1897, cuando se celebraba el aniversario de la independencia nacional, sufrió un disparo de revólver en el pecho, cuando salía de la iglesia principal, y murió a los pocos instantes. El matador, que era un joven afiliado al mismo partido gobernante, declaró que había quitado la vida al presidente porque de otro modo era imposible llegar a la paz. Se afectó creerle alucinado y se le impuso por toda pena algunos años de prisión.

Gobierno de don Juan Cuestas. Pacta la paz con los blancos y domina una insurrección militar en la capital. Hace una buena administración. — Subió entonces al gobierno el presidente del Senado, don Juan Lindolfo Cuestas, que se apresuró a tratar con los insurrectos accediendo a muchas de sus peticiones, con lo que logró restablecer la paz. Poco después (10 de febrero de 1898) disolvió las cámaras, en que tenía fuerte oposición, y se declaró presidente provisional, con facultades dictatoriales. Esto promovió una insurrección militar que estalló a principios de julio en Montevideo y que fué dominada, por haberse puesto al lado del gobierno no pocos de los jefes comprometidos. Con este triunfo se afirmó la dictadura de Cuestas, quien, el 15 de febrero de 1899, entregó el poder al presidente del Senado, don José Batlle y Ordóñez, y volvió a recobrarlo el 1° de marzo con el carácter de presidente constitucional de la República. La administración del señor Cuestas se caracterizó por lo escrupulosa honradez en el manejo de los intereses públicos y por el comienzo de las obras del puerto de Montevideo, obra de inmenso interés nacio-

nal, retrasada hasta entonces por las guerras civiles y por el desbarajuste de la hacienda. El 1° de marzo de 1903 terminó el señor Cuestas su período administrativo y se eligió para sucederle a don José Batlle y Ordóñez, hijo del general don Lorenzo Batlle, que había ejercido el mismo cargo desde 1868 a 1872.

Presidencia de don José Batlle. Agitación en los partidos. División institucional. Nueva guerra civil. Muerte del principal caudillo de la insurrección, Aparicio Saravia. Se hace la paz, restableciéndose la unidad del poder. — La elección de don José Battle contrarió grandemente al partido blanco, que temió verse privado de las ventajas obtenidas en el tratado de paz de 1897. Casi inmediatamente se alzó en armas Aparicio Saravia, con algunos miles de partidarios; pero el directorio nacionalista o blanco, tranquilizado por las promesas del presidente Batlle, logró que los sublevados depusieran las armas a los pocos días.

No duró mucho tiempo la tranquilidad. El partido blanco se había dividido en dos fracciones : una que apoyaba la situación presidencial, y tenía en ella participación; y otra intransigente, que exigía el mantenimiento de las condiciones pactadas seis años antes. Battle se mostraba dispuesto a observarlas, pero distribuía las jefaturas de los departamentos entre nacionalistas transigentes e intransigentes, prefiriendo a los primeros, cuya exclusión era reclamada por los segundos. Pasaron algunos meses entre mutuos recelos y recriminaciones; los blancos intransigentes se armaban y el gobierno, por su parte, creaba nuevos batallones de línea : hubiérase dicho que se trataba de dos naciones que se preparaban a la guerra. Lo cierto era que desde la paz de 1897 la unidad institucional estaba seriamente comprometida, si no rota, y el gobierno de Montevideo no era obedecido más que en una parte del Uruguay, gobernando de hecho en la restante el directorio blanco y el caudillo Aparicio Saravia. Habiendo manifestado el presidente la intención de enviar fuerzas de línea al departamento de Rivera, opúsose a ello el partido blanco, y al comenzar el año 1904 surgió de nuevo la guerra civil, sin que esta vez se hicieran ya negociaciones para evitarla, pues a tal extremo habían llegado las cosas que todo era preferible a la continuación del dualismo en el poder público.

Los primeros encuentros fueron desventajosos para las tropas del gobierno, mandadas por el general Muñiz, quo pertenecía a la fracción transigente del partido blanco. También sufrieron derrotas las fuerzas del gobierno en algunos departamentos del sud; mas poco a poco fueron cambiando las circunstancias, y a pesar de las atrevidas correrías de los blancos, cuyo jefe Aparicio Saravia mostraba gran valor y actividad, empezaron éstos a llevar la peor parte en la contienda, porque sus recursos en dinero y hombres distaban de igualar a los del gobierno. Cerca de diez meses iba ya durando la guerra contándose por millares los muertos y heridos en ambos campos, cuando el caudillo blanco Aparicio Saravia, que era el alma de la insurreccion, fué gravemente herido en la batalla de Masoller, sostenida contra los generales gubernistas Vázquez y Galarza, muriendo a los pocos días. Eligieron los blancos como jefe militar al ex notario Basilio Muñoz, que se había distinguido mucho en esta y las anteriores campañas, y que, juzgando inútil proseguir la guerra, trató con el gobierno, pactando una paz sin condiciones. De este modo quedó restablecida la normalidad institucional, aunque la guerra más bien podía considerarse aplazada que terminada; pues la causa fundamental del descontento es el hecho de que, dividido el país en dos bandos inconciliables, gobierne uno solo de ellos desde 1865, esto es, hace más de cincuenta años, en vez de turnar en el poder por medios pacíficos.

Libre ya de la absorbente preocupación de la guerra civil, pudo consagrarse el gobierno a ordenar la hacienda y la administración. La gran vitalidad del país fué causa de que en poco tiempo se remediaran los daños materiales de la última insurrección; las obras del puerto de Montevideo recibieron gran impulso y renacieron en la campaña las industrias agrícolas y ganaderas.

Gobierno del Dr. Williman. Nueva guerra civil. Segunda presidencia de Batlle. Sube al gobierno el Dr. Feliciano Viera. Situación actual de la República del Uruguay. — El 1° de marzo de 1907, terminada la administración de don José Batlle y Ordóñez, fué nombrado presidente constitucional el Dr. D. Alberto Williman.

El nuevo jefe del poder ejecutivo era muy afecto a su ante-

cesor y siguió en un todo su política. Teníase por seguro que haría lo posible por devolverle la presidencia que de él había recibido y para impedirlo hicieron grandes esfuerzos, así los blancos o nacionalistas, como los muchos colorados, llamados independientes, que estaban en disidencia con el Sr. Batlle, sobre todo los elementos que aun seguían al antiguo presidente D. Julio Herrera y Obes. No hizo el presidente Williman caso alguno de las insinuaciones y amenazas de estos partidos; siguió preparando elementos para la reelección de su antecesor, a la vez que en las relaciones internacionales buscaba el apoyo del Brasil; y por último, en el mes de octubre de 1910 hubo de hacer frente a una insurrección del partido blanco, favorecida indirectamente por otros elementos y que después de haberse iniciado con bastante fuerza se extinguió en pocas semanas, sin que los sublevados lograran lo que se proponían; pues al verificarse poco después las elecciones presidenciales, alcanzó el triunfo D. José Battle y Ordóñez, para el período de 1911 a 1915.

Inició el Sr. Batlle su segunda presidencia con la manifestación de tendencias de socialismo por el Estado, ya por convicción propia, ya con el plausible deseo de atraerse los elementos populares. Restableció las buenas relaciones con la República Argentina y prosiguió su obra reparadora de la administración y la hacienda.

En las postrimerías de su gobierno el señor Batlle y Ordóñez tuvo que hacer frente a la oposición, no sólo de los nacionalistas sino de la mayor parte de los colorados que se habían propuesto hacerle renunciar antes de finalizar el período de su mandato. Esto dificultó mucho su labor; pero tuvo la inmensa satisfacción de dar cima a la obra magna del puerto de Montevideo. Esto sólo bastaría para que el presidente Batlle fuese considerado como uno de los gobernantes más merecedores de la gratitud de sus compatriotas.

Actualmente dirige los destinos de esta república el Dr. Feliciano Viera, hombre inteligente et probo y que ha tenido la suerte de subir al gobierno en plena paz y tranquilidad, si bien ha debido luchar con los inconvenientes de la crisis producida por la guerra europea.

La República Oriental del Uruguay, después de las desmembraciones de que, so pretexto de la demarcación de fronteras, ha sido objeto por parte del Brasil, ha quedado reducida a la

extensión superficial de 180 mil kilómetros cuadrados, que se triplicaría por lo menos con los territorios de Santa Catalina y Río Grande del Sur, que en otros tiempos estaban comprendidos en su jurisdicción. Pero si el área de este país es pequeña, su posición geográfica es sumamente ventajosa; lo que, unido a la gran fertilidad de su suelo, le asegura un porvenir de prosperidad material realmente envidiable. Circunscrita la República en las dos terceras partes de su contorno por el océano Atlántico y los ríos de la Plata y Uruguay, está en excelentes condiciones para ser centro de un activo comercio fluvial y marítimo. Su clima, templado y sano, es favorable para el desarrollo de la inmigración y el progreso de la agricultura; la tierra es muy fértil y produce en abundancia pastos, cereales, frutas y maderas de construcción; la ganadería es muy próspera y hay en explotación minas de oro, cobre, mármoles y piedra de construcción; también abundan las ágatas, ónices, ópalos y calcedonias. El comercio de importación se calcula en cerca de 30 millones de pesos oro, y el de exportación se aproxima a 40 millones, de los que más de las tres cuartas partes son de productos animales y de reses vivas. En cuanto a vías de comunicación, prescindiendo de las fluviales, que son de gran importancia, hay más de 2.000 kilómetros de ferrocarriles en explotación y una vasta red telegráfica. La población pasa de un millón de habitantes y sería mucho mayor si la inmigración no se hubiera restringido en los últimos años por la frecuencia de las guerras civiles. En cuanto a la instrucción pública, está muy difundida.

El gobierno es republicano unitario con tres poderes : legislativo, ejecutivo y judicial; ejercido el primero por la cámara de senadores y la de diputados; el segundo por un presidente elegido por cuatro años, asistido por ministros y por funcionarios de menor categoría; y el tercero por un tribunal supremo de justicia, jueces letrados, jueces de paz y tenientes de alcalde. Se divide el territorio en 19 departamentos, administrados por jefes políticos. La capital es Montevideo, bella ciudad con cerca de 300 mil habitantes y un hermoso puerto natural en la desembocadura del Plata. Entre las ciudades principales figuran Paysandú, el Salto, Independencia, Colonia, Maldonado, San José y otras.

Cuando la estéril fiebre partidista y revolucionaria ceda el

paso a las tendencias favorables al desenvolvimiento de la riqueza, el Uruguay llegará a un grado de esplendor de que es prenda segura el que ha conseguido ya, no obstante sus convulsiones políticas.

XXXIX.

REPÚBLICA DEL PARAGUAY.

Situación del Paraguay cuando se hizo cargo de la presidencia Solano López. Ruptura con el Brasil. Ocupación de la provincia de Matto Grosso. — López declara la guerra a la Argentina. Ocupación de Corrientes. Tratado de alianza entre el Brasil, el Uruguay y la Argentina. — Empiezan las operaciones. Encuentros navales. López declara traidor a Robles y le hace fusilar. Flores vence y hace prisionero al jefe paraguayo Duarte. El general Estigarribia se rinde a los aliados en la Uruguayana. Evacuación de Corrientes. El Paraguay abandona la ofensiva. — Suspension de la campaña durante cinco meses. Evacuación del Paso de la Patria. Salidas sangrientas. Retirada a Paso Pucú. Reorganización de las fuerzas paraguayas. — Ataque de Yataití-Corá. Los aliados son rechazados de Potrero Sauce. Conferencia de Yataití-Corá. Gran victoria de los paraguayos en Curupaití. — Epidemia de cólera. Es evacuada la provincia de Matto Grosso. La escuadra brasileña fuerza el paso de Curupaití. Acciones de Tayí y de Tatayibá. — Sorpresa del campamento aliado de Tuyucué. Triste situación del Paraguay a fines de 1867. El general Mitre deja el mando del ejército aliado. Ataque temerario a unos acorazados brasileños. — Los brasileños son rechazados de Humaitá. Abandono de esta posición. El ejército paraguayo se atrinchera en Angostura y Piquisirí. Reñidos encuentros en Itororó y Avay. Nueva retirada de los paraguayos. — Crueldades de Solano López. Hace fusilar a su hermano, a otros individuos de su familia, a varios jefes y a un obispo. Trata aún de reorganizar sus fuerzas. Últimos esfuerzos. Muerte de Solano López. Terminación de la guerra. — Proclamación de un Triunvirato. Se ajusta la paz, por separado, con las tres naciones victoriosas. Nueva constitución. Gobiernos que se han venido sucediendo en el Paraguay hasta nuestros días. — Situación actual del Paraguay. Producciones, industria, población, forma de gobierno : perspectiva para el porvenir.

Situación del Paraguay cuando se hizo cargo de la presidencia Solano López. Ruptura con el Brasil. Ocupación de la provincia de Matto Grosso. — El general don Francisco Solano López, elegido el 16 de octubre de 1862 presidente del Paraguay, por el período legal de diez años, asumía el poder en momentos críticos. El Brasil, sintiéndose amenazado, tomaba a su vez una actitud amenazadora; la actitud de la República Argentina, disgustada también por los armamentos del Paraguay, era dudosa, pero podia convertirse de un momento a otro en hostil. Para sortear estas dificultades in-

ternacionales o disiparlas si era posible, habría necesitado el Paraguay tener a su frente un político sagaz y previsor; pero Solano López, aunque ilustrado, valiente y capaz de grandes arranques, tenía más arrogancia y altanería que prudencia; de modo que en vez de orillar el conflicto lo precipitó y agravó desde los primeros meses de su gobierno.

La República Oriental se agitaba entre los estragos de la guerra civil promovida por la llamada « cruzada libertadora » que acaudillaba el general Flores. Sin que se pudiese acusar al gobierno argentino de fomentar directamente la insurrección de los colorados, era indudable que no se oponía a los continuos envíos de armas y a la organización de expediciones preparadas en la margen derecha de los ríos de la Plata y Uruguay. A la vez, el Brasil formulaba perentorias reclamaciones contra el gobierno oriental, cuando todos los recursos con que éste contaba eran pocos para hacer frente a la guerra civil.

El presidente del Paraguay se constituyó entonces en defensor del gobierno oriental y dirigió a la Argentina y al Brasil notas con observaciones más o menos mesuradas, pero que parecieron mortificantes. Ofreció luego su mediación en el conflicto entre el Brasil y la República Oriental, pero ese ofrecimiento fué rechazado.

Colocado ya Solano López en esta difícil situación y nada dispuesto a quedar bajo el deprimente influjo de un desaire, el mejor camino que podía seguir era pactar una alianza defensiva y ofensiva con el Uruguay, cuyo gobierno habría aceptado entonces efusivamente esa solución. En tal caso el ejército paraguayo habría penetrado en la República Oriental para combatir a las fuerzas del general Flores y en el caso de que las hubiera derrotado, la situación tomaba un sesgo satisfactorio, porque, en adelante, los gobiernos paraguayo y oriental habrían podido sostener con ventaja la guerra contra el Brasil, sobre todo si la República Argentina permanecía neutral, lo que no era improbable. Pero Solano López se limitó al papel de protector del gobierno uruguayo, sin pactar alianza con éste, y entonces el Brasil, con clara percepción de su conveniencia, invadió la República Oriental para derribar al gobierno que en ella le era adverso y dar el poder al general Flores, en quien tendría un aliado. Este golpe de habilidad del Brasil dejó al Paraguay en una posición desairada y lastimosa; pues en breve los mismos

uruguayos hicieron armas contra la nación que, por defenderles contra los invasores, afrontaba una peligrosa guerra.

El 12 de noviembre de 1864 quedaron rotas las relaciones diplomáticas entre el Paraguay y el Brasil y fué apresado por el cañonero *Tacuarí* el paquete brasileño *Marqués de Olinda*, siendo transportados a La Asunción e incomunicados sus pasajeros, entre los que se hallaba el gobernador de Matto Grosso. La guerra estaba declarada de hecho y el pueblo paraguayo secundó esa actitud de su jefe con un entusiasmo que no decayó un momento, ni aun en medio de los mayores desastres.

Inmediatamente preparó López una expedición contra las poblaciones brasileñas situadas al norte del Paraguay. El 14 de diciembre de 1864 salieron de La Asunción cinco vapores, tres goletas y dos chatas, conduciendo dos baterías de campaña y tres mil hombres al mando del coronel D. Vicente Barrios, cuñado del presidente. Poco antes había salido de Villa Concepción otra fuerza de 3.500 soldados, de caballería en su mayor parte, mandada por el coronel Resquin. Puesto Barrios al frente de todo este ejército, se apoderó del fuerte de Coimbra e invadió la provincia de Matto Grosso, desalojando de ella a las tropas brasileñas y apoderándose de una inmensa cantidad de armamentos y pertrechos de guerra.

López declara la guerra a la Argentina. Ocupación de Corrientes. Tratado entre el Brasil, el Uruguay y la Argentina. — El 14 de enero de 1865 se dirigió López al gobierno argentino, solicitando se permitiese a los ejércitos paraguayos el tránsito por la provincia de Corrientes a las del Brasil. Se fundaba el pedido, aparte de otras razones, en que la República Argentina había hecho diez años antes igual concesión al Brasil, cuando la escuadra brasileña mandada por Oliveira amagó un ataque al Paraguay. No sólo negó el gobierno argentino el permiso que se le pedía, sino que extendió su negativa al territorio de Misiones y reclamó explicaciones urgentes sobre la aglomeración de fuerzas paraguayas cerca de sus fronteras (9 de febrero).

En vista de la actitud del gobierno argentino, convocó López un Congreso extraordinario, que se reunió el 5 de marzo y que, después de larga deliberación, sancionó el día 18 una ley aprobando la conducta de López con respecto al Brasil y declarando

la guerra a la República Argentina, por su alianza con el imperio. Esta declaración fué comunicada el 29 de marzo.

El 13 de abril, cinco vapores paraguayos apresaron en el puerto de Corrientes a los argentinos *Gualeguay* y *25 de Mayo*, y el 14, el general Robles, a la cabeza de tres mil hombres, entró en la ciudad sin hallar resistencia. El presidente López nombró para gobernar la provincia un triunvirato formado por los correntinos Teodoro Gauna, Víctor Silvero y Sinforoso Cáceres, favorables al Paraguay. Mientras tanto, el gobierno del Uruguay estaba ya en manos del general Flores, dispuesto a servir los intereses del imperio y, el 1° de mayo de 1865, se firmó en Buenos Aires un tratado entre el Brasil, la República Argentina y el Uruguay, que se comprometieron a hacer guerra al Paraguay hasta derribar a López, hacer pagar a la nación los gastos de la campaña y las indemnizaciones, demoler todos sus fuertes, privarle de sus elementos militares y obligarle a celebrar tratados de límites en que perdía gran parte de su territorio. Estas cláusulas se mantuvieron ocultas mucho tiempo, pero el gobierno inglés publicó el tratado y su divulgación dió margen a protestas en varias naciones sudamericanas, sobre todo en Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador y Chile.

Empiezan las operaciones. Encuentros navales. López declara traidor a Robles y le hace fusilar. Flores vence y hace prisionero al jefe paraguayo Duarte. El general Estigarribia se rinde a los aliados en la Uruguayana. Evacuación de Corrientes. El Paraguay abandona la ofensiva. — López tuvo que distribuir sus fuerzas para hacer frente a la vez a los tres aliados. El 25 de mayo la ciudad de Corrientes fué atacada por ocho buques brasileños y dos argentinos, con 4.000 hombres de desembarco, y se trabó un encarnizado combate al fin del cual los paraguayos se retiraron a una milla de Corrientes, volviendo a ocuparla al siguiente día. El 11 de junio, ocho buques paraguayos de madera, mandados por el capitán Meza, atacaron a la escuadra aliada, en condiciones muy desventajosas; de modo que, después de haberse apoderado de algunos navíos enemigos, tuvieron que abandonarlos; perdiendo cuatro vapores, en cambio de uno brasileño.

No habiendo sido afortunado el general Robles en el desa-

rrolo del plan de invasión que se le había encomendado, fué destituído, llevado a Humaitá y fusilado como traidor, acto de severidad injusta y cruel, que no fué el único en esta guerra; pues López, como la Convención francesa, ponía a sus generales en el dilema de la victoria o la muerte. Quedó al frente de las fuerzas de ocupación de Corrientes el coronel Resquín.

Mientras tanto el teniente coronel Estigarribia marchaba por el río Uruguay con 12 mil hombres para atacar la provincia brasileña de Río Grande, defendida con un ejército de 30 mil por el general Canabarro y el barón de Yacuy. Con muy poca resistencia del enemigo llegó Estigarribia hasta la Uruguayana, donde acampó con 8.000 hombres, dejando a su segundo, el mayor Duarte, en Yatai con 2.500 hombres.

Aprovecharon los aliados este fraccionamiento de las fuerzas paraguayas y, el 17 de agosto, el general Venancio Flores atacó a Duarte y aniquiló su división, después de un sangriento combate. Duarte, que se resistió hasta el último momento, esperando que llegara en su auxilio Estigarribia, cayó prisionero cuando ya habían sido muertos casi todos sus soldados.

No tardó Estigarribia en verse cercado en sus posiciones de la Uruguayana por un ejército de 30 mil hombres. Resistió mientras pudo sostenerse a las intimaciones de rendición; pero al fin, acosado por el hambre y viendo que era imposible intentar con éxito una salida, entregó su espada al ministro de la guerra del Brasil y se rindió con toda la guarnición a sus órdenes.

Esto era un golpe terrible para la causa del Paraguay. El jefe vencido fué declarado traidor a la patria y no sólo quedó malogrado el plan de invasión a Río Grande, sino también el de las provincias argentinas, pues López, para concentrar sus fuerzas, ordenó la evacuación de Corrientes, se dirigió al Paso de la Patria y tomó personalmente el mando del ejército en 25 de noviembre. La guerra cambiaba ya radicalmente de aspecto para el Paraguay, obligado en adelante a renunciar a su táctica invasora para limitarse a la defensiva.

Suspensión de la campaña durante cinco meses. Evacuación del Paso de la Patria. Salidas sangrientas. Retirada a Paso-Pucú. Reorganización de las fuerzas paraguayas. — Permaneció López cerca de cinco meses en

sus posiciones sin ser atacado, hasta que a mediados de abril de 1866 los aliados, en número de 20 mil hombres, pasaron el rio Paraná sin hallar resistencia y el día 18 ocuparon a Itapirú, que había sido abandonado por los paraguayos. Dos días después evacuaron éstos el Paso de la Patria, que no ofrecía buenas condiciones para la resistencia, por estar dominada por los fuegos de la escuadra, y se establecieron en las posiciones de Estero Bellaco.

Pronto se rompieron las hostilidades. El 2 de mayo destacó López de su ejército una división de cinco mil hombres, poniéndola a las órdenes del teniente coronel Díaz, que atacó a la vanguardia del enemigo, mandada por el general Flores, y la causó más de 1.600 bajas. Antes de que la división paraguaya pudiese completar su triunfo, cayeron sobre ella grandes fuerzas de los aliados que la obligaron a retirarse, con pérdida de la mitad de su efectivo. Esta salida fué, pues, desfavorable; porque aun cuando los aliados sufrieron en ella muchas bajas, las podían reparar harto más fácilmente que el ejército paraguayo. Éste constaba a la sazón de 25 mil hombres, armados con fusiles de chispa y con pocos cañones, mientras los aliados tenían más de 40 mil soldados con fusiles de repetición y 150 piezas de artillería.

Sin embargo de su inferioridad numérica, dispuso López otra salida para desalojar al enemigo de sus posiciones, y el 24 de mayo casi todo el ejército paraguayo, dividido en tres cuerpos al mando de Barrios, Resquín y Díaz, cayó sobre las fuerzas aliadas. La batalla fué terrible y durante algunas horas pudo creerse que se decidiría en favor de los paraguayos, mas al caer la tarde tuvieron éstos que retirarse en derrota, dejando en el campo 6.000 muertos y 350 prisioneros gravemente heridos y enviando 7.000 heridos a los hospitales. Las pérdidas de los aliados no bajaron de 8.000 hombres.

Este desastre dejó casi destruído el ejército de López, quien se retiró con el resto de sus fuerzas a Paso-Pucú. Los aliados, en vez de perseguirle, se limitaron a sostenerse en sus posiciones, y esa incomprensible inacción permitió a López reorganizar sus tropas, lo que hizo con tan pasmosa actividad que un mes después de su derrota ya contaba con 20 mil hombres, aunque en gran parte eran ancianos y niños. En cuanto a los aliados, se reforzaban de día en día con elementos más eficaces.

Ataque de Yataití-Corá. Los aliados son rechazados de Potrero-Sauce. Conferencia en Yataití-Corá. Gran victoria de los paraguayos en Curupaití. — El 11 de julio dirigió López un ataque contra las fuerzas argentinas, acampadas en Yataití-Corá, siendo indeciso el resultado del combate y perdiendo cada ejército unos 500 hombres. Cinco días después, los brasileños conquistaron una trinchera paraguaya en Punta-Ñaró, después de una sangrienta lucha. Por fin, el día 18 atacaron los aliados las posiciones de Potrero Sauce o Boquerón, siendo rechazados con gran número de bajas.

Después de una nueva suspensión de las operaciones, catorce mil brasileños tomaron el 3 de septiembre las baterías de Curuzú, después de haberlas defendido valerosamente dos mil paraguayos, casi todos los cuales quedaron muertos o heridos.

La guerra causaba ya entonces tan grandes perjuicios al Paraguay, que Solano López, convencido de la imposibilidad de obtener el triunfo, se esforzó en obtener una paz que dejase a salvo el decoro y la integridad de su país. Al efecto pidió al general Mitre una conferencia, que se celebró el 12 de septiembre en Yataití-Corá; pero no fué posible llegar a un acuerdo.

El 22 de septiembre, 18 mil aliados, mandados por el general Mitre, asaltaron las trincheras de Curupaití, defendidas por 5.000 paraguayos, mientras la escuadra bombardeaba furiosamente las posiciones y 4.000 soldados de caballería, al mando de Flores, atacaban por retaguardia. El triunfo de los paraguayos fué esta vez completo, pues sólo perdieron entre muertos y heridos 54 hombres, mientras los aliados tuvieron que retirarse dejando en el campo de batalla 9.000 hombres entre muertos y heridos, de los que la mitad quedaron en poder de los paraguayos, con varios millares de fusiles y muchos trofeos. Esta tremenda derrota obligó a los aliados a permanecer en la inacción durante varios meses, mientras recibían refuerzos, de modo que López tuvo tiempo para reorganizar sus fatigadas tropas, en las que figuraban ya, no sólo ancianos y niños, sino hasta mujeres; porque el pueblo paraguayo, dominado por una sombría y tenaz exaltación, estaba resuelto a morir, ya que no podía vencer, y sin desconocer las deficiencias de Solano López, le seguía resueltamente, viendo en él la personificación de la causa nacional.

Epidemia de cólera. Es evacuada la provincia de Matto Grosso. La escuadra brasileña fuerza el paso de Curupaití. Acciones de Tayí y de Tatayibá. — Desde los primeros meses de 1867 vino a caer una nueva desgracia sobre el Paraguay, pues se declaró una epidemia de cólera morbo asiático, que produjo, no sólo en las fuerzas acampadas, sino en todo el país, una espantosa mortandad. López, cada día más falto de hombres y recursos, dió instrucciones para la evacuación de la provincia de Matto Grosso, que empezó a efectuarse en el mes de mayo. Entonces penetró en aquella provincia, al frente de 5.000 hombres, el general brasileño Camisao, quien alentado por la retirada de los invasores penetró en seguimiento de ellos en territorio paraguayo. Esta correría le fué en extremo funesta, pues perseguido sin descanso por el comandante Urbieta, que le derrotó en los combates de Apamí, Machorra, Mboteteó y Potrero de Nioae, tuvo que repasar la frontera con sólo un puñado de hombres.

Mientras tanto los aliados seguían recibiendo nuevos contingentes de sus respectivos países y, en julio de 1867, reunían ya un ejército de 50 mil hombres. El general brasileño Porto Alegre quedó en Tuyutí con 13 mil hombres y el resto del ejército acampó en Tuyucué. El 15 de agosto la escuadra brasileña forzó el paso de Curupaití, no sin sufrir graves daños por los disparos de la batería. El 24 de septiembre, dos batallones paraguayos de infantería y un regimiento de caballería sorprendieron un importante convoy, venciendo a cinco batallones y tres regimientos de los aliados y haciéndoles 600 muertos, sin tener ellos más que 20 y 68 heridos. El 3 de octubre, el mayor paraguayo Caballero, que estaba en Tayí con mil hombres, se vió atacado por fuerzas superiores y las derrotó causándoles más de 500 bajas. El día 22 cayó el mismo jefe en una emboscada que le prepararon 5.000 hombres en Tatayibá; pero logró retirarse en buen orden y luchando cuerpo a cuerpo hasta ponerse bajo la protección de los fuegos de Humaitá, de donde se retiró el enemigo. Estas dos acciones valieron a Caballero el ascenso a coronel y a los soldados una medalla honorífica. El 28 de octubre el general brasileño Mena Barreto se apoderó, al frente de cinco mil hombres, de una trinchera que defendía el potrero Obella y que guardaban 300 paraguayos. La mitad de éstos quedaron muertos o heridos, causando 370 bajas al ene-

migo, el cual siguió haciendo fuego sobre la posición, sin percatarse hasta después de largo rato de que ya la habían desalojado sus defensores.

Sorpresa del campamento aliado de Tuyucué. Triste situación del Paraguay a fines de 1867. El general Mitre deja el mando del ejército aliado. Ataque temerario a unos acorazados brasileños. — El 3 de noviembre dispuso López que un cuerpo de 8.000 hombres, mandados por el general Barrios y los coroneles Jiménez y Caballero, atacara el campamento aliado de Tuyucué, no para hacerse dueño de esta posición, sino para tomar cañones al enemigo. Tan arriesgada operación se llevó a cabo con buen éxito; los paraguayos cayeron al amanecer sobre el enemigo, incendiaron el campamento, volaron los polvorines y rechazaron a las fuerzas contra ellos enviadas. Después de una encarnizada lucha en que perdieron mil hombres, causando doble número de bajas a los aliados, se retiraron en perfecto orden, llevándose catorce piezas de artillería, ochenta mulas con muchos carros de provisiones, la correspondencia del general en jefe y doscientos cincuenta prisioneros. Por esta acción se decretó otra medalla.

Así terminó el año 1867, tercero de aquella guerra que asolaba al Paraguay, a la vez que causaba a los aliados gravísimos perjuicios. La peste, las enfermedades y el abandono de los trabajos agrícolas determinaba una mortalidad aterradora, de modo que, a pesar del extraordinario valor desplegado por los paraguayos en los combates, su situación se hacía cada vez más penosa.

El 14 de enero de 1868 hubo de regresar el general Mitre a Buenos Aires, por haber muerto el vicepresidente de la República Argentina, coronel Paz, que en ausencia de aquél desempeñaba la primera magistratura. Cedió el mando en jefe al general brasileño marqués de Caxías, con el que no había marchado en buena armonía, y ya no volvió al teatro de la guerra. Los aliados tenían a la sazón cincuenta mil hombres y López unos quince mil.

La escuadra brasileña pasó por Humaitá el 19 de febrero, y entonces López hizo abandonar La Asunción y trasladó el gobierno a Luque. Ese mismo día los brasileños tomaron el reducto La Cierva, defendido por seiscientos paraguayos que

se retiraron faltos de municiones, después de haber causado mil doscientas bajas al enemigo.

El 1° de marzo, destacó López veinticuatro canoas, tripuladas cada una por doce hombres armados con sable a fin de apoderarse de cuatro acorazados brasileños situados más abajo de Humaitá. Mandaba la expedición el capitán Genes y en poco estuvo que no consiguiera, en parte al menos, su temerario propósito; pues los paraguayos lograron saltar a bordo del *Herval* y del *Barros* y dominaron a las tripulaciones; pero fueron aniquilados por los fuegos de los otros dos buques. De los doscientos setenta expedicionarios quedaron muertos doscientos, subiendo las bajas de los brasileños a cien hombres, entre los que se contaba el jefe de la división naval. La tentativa se repitió el 9 de julio contra los acorazados *Barroso* y *Río Grande* estacionados en Tayí : el *Río Grande* llegó a ser abordado con muerte de su capitán y de gran parte de su tripulación; pero el *Barroso* logró reconquistar el buque asaltado.

Los brasileños son rechazados de Humaitá. Abandono de esta posición. El ejército paraguayo se atrinchera en Angostura y Piquisirí. Reñidos encuentros en Ytororó y Avay. Nueva retirada de los paraguayos. — Los paraguayos habían abandonado ya en esta época sus antiguas líneas, incluso Curupaití, atrincherándose en Humaitá, cuya guarnición constaba de tres mil hombres, insuficientes para defender las líneas de trincheras. Los aliados tenían cercada la plaza, y el 15 de julio, el general brasileño Osorio la atacó al frente de doce mil hombres, pero fué rechazado con cerca de tres mil bajas, siendo muy escasas las de los sitiados. Tres días después, en Acaguazá o Çerro-Corá, fueron hechos prisioneros los jefes argentinos Campos y Martínez de Hoz, que habían asaltado ese reducto.

Comprendiendo López la imposibilidad de mantener la posición de Humaitá, la hizo evacuar por la mitad de la guarnición en las noches de 23 y 24 de julio, con tal sigilo que los sitiadores no se enteraron de ello hasta el siguiente día. Entonces tomaron posesión de los puestos abandonados; pero la escasa guarnición que había quedado en la fortaleza siguió resistiéndose diez días, hasta que el 5 de agosto capituló con el general Rivas, estipulándose que los oficiales conservarían sus espadas.

Se rindieron mil trescientos hombres; doscientos habían muerto de hambre y muchos de los restantes llevaban cuatro días sin comer. Aquella misma noche huyeron trescientos de los capitulados y, pasando a nado el río, se incorporaron a su ejército.

Ya no contaba López sino con diez mil combatientes, que le era imposible remontar, porque la población masculina del Paraguay se extinguía con rapidez, víctima de las enfermedades y de la falta de alimento. Con ellos se atrincheró en Angostura y Piquisirí, esperando el ataque del enemigo. El 5 de diciembre, el ejército brasileño, fuerte de treinta y dos mil hombres, desembarcó en San Antonio. El general paraguayo Caballero, con cinco mil hombres, se adelantó para defender el paso del arroyo Itororó. El puente fué tomado y recuperado tres veces; pero al fin el general Caballero tuvo que retirarse para no ser envuelto y perdió mil doscientos hombres, causando al enemigo más del doble de bajas. El 11 presentó de nuevo batalla al enemigo en el arroyo de Avay, conteniéndole durante cuatro horas de lucha desesperada en que su pequeño ejército quedó aniquilado, teniendo el brasileño cerca de cuatro mil muertos y heridos. Caballero fué preso por unos soldados, pero no habiendo sido reconocido, logró reincorporarse a López con varios jefes y algunos centenares de soldados, que lograron fugarse. El 21 de diciembre, los aliados acometieron las posiciones de Itá-Ibaté y de Piquisirí, siendo rechazados y volviendo a la carga hasta que el día 27, después de siete días de combate, quedó casi aniquilado el contingente paraguayo, salvándose a duras penas del exterminio Solano López, que se dirigió a Cerro León con los generales Caballero y Resquín y un puñado de valientes, reducidos casi a la condición de espectros. Las bajas de los asaltantes de Ita Ibaté y Piquisirí se habían contado por millares.

Crueldades de Solano López. Hace fusilar a su hermano, a otros individuos de su familia, a varios jefes y a un obispo. Trata aún de reorganizar sus fuerzas. Últimos esfuerzos. Muerte de Solano López. Terminación de la guerra. — López, que había llegado a una especie de frenesí provocado por su carácter altanero y sus incesantes infortunios, veía conspiradores por todas partes, y el 25 de diciembre, antes de retirarse, había hecho fusilar como traido-

res a su propio hermano don Benigno López, a su cuñado, al valeroso general Barrios, al obispo Palacios, al coronel Alén y a otros hombres distinguidos. Para satisfacer sus venganzas había instituído tribunales que le obedecían ciegamente.

El único punto fortificado que aun tenían los paraguayos en su poder era Angostura, cuya escasa guarnición capituló después de sufrir un largo asedio. López, que se hallaba en Cerro León, trató aún de remontar su ejército; estableció en Caacupé una fundición, donde logró construir algunos cañones y prosiguió la resistencia a todo trance. Los aliados tomaron y destruyeron el 17 de mayo de 1869 a Ibicuí, echaron a pique las embarcaciones que aun tenían los paraguayos y aceleraron las operaciones. El conde de Eu, nuevo general en jefe, ocupó el 25 de mayo a Pirayú y Tacuaral y después las villas de Rosario, Concepción y San Pedro. El general Caballero alcanzó en el mes de junio una notable victoria sobre los aliados en Ibitimí, y otra logró el coronel Romero en el Tebicuarí (Paso de la Jara), pero éstas eran las últimas llamaradas de una luz próxima a extinguirse. El conde Eu tomó el 12 de agosto la plaza de Piribebuy, con pérdida de quinientos hombres, entre ellos el general Menna Barreto, y López hubo de abandonar la cordillera para dirigirse más al norte.

Siguiéronle los aliados y aunque el general Caballero, que custodiaba los bagajes, hizo aún frente con ventaja a los enemigos en los campos de Barrero Grande (16 de agosto), fué cercado y vencido a poco en la margen del Piribebuy. Desde entonces la retirada de los paraguayos fué una serie de desastres; pero aun resistieron otros seis meses en medio de privaciones indescriptibles. Por fin, el 1° de marzo de 1870, Solano López, que estaba con cuatrocientos setenta hombres en Cerro-Corá, fué sorprendido por el grueso del ejército aliado, que le dió muerte en unión de su hijo, del vicepresidente Sánchez, el ministro de la guerra general Caminos y otros jefes que se negaron a rendirse.

Así terminó esta guerra, sostenida por los paraguayos con una bravura sin límites, que les granjeó el respeto de sus mismos enemigos. Sus victorias y sus derrotas les honraron igualmente. No cedían el campo ni a fuerzas superiores, mientras tenían cartuchos; era muy difícil hacerlos prisioneros, pues se hacían matar sin rendirse; los heridos que caían en poder del

enemigo huían en cuanto recobraban sus fuerzas y otros desgarraban sus vendajes para no sobrevivir a la captura. En cuanto a López, prescindiendo de sus arrebatos y crueldades injustificables, estuvo siempre a la altura de la situación, dirigió la guerra no sólo con habilidad sino con extraordinario valor; había jurado morir por la patria y supo cumplir su juramento, después de cinco años de una lucha en que no recibió del exterior recurso alguno y en que hizo frente a fuerzas muchas veces superiores.

El pueblo paraguayo dió todos sus hijos para defender la patria y se calcula que murieron doscientos mil en la guerra y más de cuatrocientos mil por las epidemias y el hambre; de suerte que perecieron más de los dos tercios de la población.

Proclamación de un triunvirato. Se ajusta la paz, por separado, con las tres naciones victoriosas. Nueva constitución. Gobiernos que se han venido sucediendo en el Paraguay hasta nuestros días. — Después de la muerte de López, volvieron al país gran número de proscriptos; los aliados procuraron concentrar en La Asunción gran parte de la población dispersa, y el 22 de julio de 1870, los electores que pudieron encontrarse presentes nombraron un triunvirato, que fué proclamado y aceptado por el pueblo el 15 de agosto. Este gobierno provisional firmó el tratado de paz con el Brasil, reconociendo todas las pretensiones del imperio, y después trató por separado con la República Argentina y el Uruguay, que se mostraron dispuestos a no agravar la situación del vencido.

El 24 de noviembre de 1870, la Asamblea nacional votó la nueva constitución, que restringía mucho las atribuciones del presidente, reduciendo a la vez el plazo de su gobierno. Fué elegido presidente constitucional don Cirilo Antonio Rivarola, que renunció al año siguiente, siendo sustituído por don Salvador Jovellanos, que gobernó hasta 1874. Siguieron después don Juan Bautista Gill (hasta 1877), don Higinio Uriarte (hasta 1878), don Cándido Barreiro (hasta 1880), el general don Bernardino Caballero (hasta 1886), don Patricio Escobar (hasta 1890), don Juan C. González (hasta 1884), el general don Juan Bautista Egusquiza (hasta 1898) y don Emilio Aceval, que no pudo terminar su período administrativo por haber estallado

contra él una insurrección capitaneada por el coronel Ezcurra, que se hizo dueño del poder, viendo luego confirmada su autoridad por el congreso. Su administración fué poco satisfactoria; la crisis financiera siguió en aumento y se acusó a los gobernantes de buscar medios ilegítimos aprovechando las angustias del país y la especulación sobre la moneda, cuyo desequilibrio había llegado a ser tan grande que cada peso en oro valía más de diez en moneda nacional. Pero, prescindiendo del fundamento real que pudieran tener esas acusaciones, que rara vez dejan de formular los partidos de opinión contra los que mandan, es lo cierto que habiéndose interrumpido la sucesión pacífica de los presidentes, empezaba a desarrollarse la afición a los golpes de fuerza. En 1904 estalló una insurrección militar contra Ezcurra; los sublevados, a cuyo frente estaba el general Ferreira, lograron hacerse dueños de la marina y pusieron sitio a La Asunción, dándose el espectáculo curioso de una guerra civil que se prolongaba durante varios meses sin dar lugar apenas a derramamiento de sangre; puez en vez de encuentros se apelaba a negociaciones. Al cabo cedió el coronel Ezcurra y, merced a un convenio casi amistoso, abandonó el poder, quedando autorizado para seguir residiendo en el Paraguay. Entonces se nombró presidente de la República al señor Gauna, que se había distinguido como hombre de negocios y que no gobernó sino algunos meses, durante los cuales no consiguió normalizar la situación financiera, ni tampoco hacerse agradable a los que le habían elevado al poder. No tardó en abandonarlo y fué sustituído en 1905 con carácter provisional por el Dr. D. Cecilio Báez. Más tarde se eligió para el período de 1906 a 1910 al general Ferreira, que, a su vez, fué derribado por otra revolución en junio de 1908, encargándose del poder ejecutivo el vicepresidente Dr. Emiliano González Navero. Siguió una serie de convulsiones políticas hasta que ocupó la presidencia el Dr. Gondra, quien a principios de 1911 se vió suplantado por su ministro de la Guerra, coronel Albino Jara. Pronto hubo éste de luchar contra una insurreción a cuyo jefe civil, Dr. Riquelme, hizo fusilar. Al fin cayó del poder por un motín militar en La Asunción y le sucedió D. Liberato Rojas, quien después de varios meses de guerra civil fué, a su vez, derribado por otro motín en la capital, subiendo entonces a la presidencia el Dr. Peña, que sólo pudo hacer frente a la revo-

lución algunas semanas. Ocupó después la presidencia el Dr. Emiliano González Navero, que se sostuvo en ella muy poco tiempo, teniendo que dejar el puesto a D. Eduardo Schaerer. Por caso excepcionalísimo pudo éste alcanzar hasta el término de su período legal y entregar pacíficamente el gobierno al Dr. Manuel Franco, quien parece muy dispuesto a aprovechar en beneficio de su país esa tregua que le ofrece el agotamiento de las pasiones políticas.

Situación actual del Paraguay. Producciones, industria, población, forma de gobierno; perspectivas para el porvenir. — El Paraguay, después de la última fijación de límites, consecuencia de la guerra de 1865 a 1870, ha quedado reducido a 253.100 kilómetros cuadrados de extensión superficial. El clima es tropical y el suelo muy fértil, no sólo por la abundancia de las lluvias, sino por los muchos ríos que circundan y bañan su territorio, siendo los principales el Paraná, Paraguay y Pilcomayo, y figurando entre los secundarios el Acaray, Morday, Apa, Aquidabán, Aguaray y Tebicuarí. De norte a sur corre una cadena de montañas con los nombres de sierra de San José, Amambay y Villa Rica de la que se desprende la sierra de Maracayú, que al llegar al Paraná forma la hermosa catarata del Guayra. Hacia el oeste hay grandes esteros o bañados.

Las principales producciones son las del reino vegetal y consisten en ricas maderas, resinas, gomas, plantas tintóreas, textiles y medicinales, tabaco, cereales, azúcar, naranjas y sobre todo yerba mate, que es el principal artículo de exportación.

La fauna indígena está constituída por tapires, jabalíes, ciervos, armadillos, pumas, gatos monteses, zorros, comadrejas, varias especies de monos y aves de rico plumaje. La ganadería comprende sobre doscientas cincuenta mil vacas, doscientos veinte mil caballos, treinta mil mulas y asnos y unas doscientas mil cabezas de ganado ovino. En cuanto a minerales hay algún oro, cobre, hierro, mercurio y sobre tobo cuarzo, ágata, ónix, basalto y granito.

Poco desarrollada está aún la industria, reducida a destilerías, saladeros, ingenios, molinos a vapor y fábricas de algunos productos de primera necesidad. En cuanto al comercio, el de

importación se calcula en 3.500.000 pesos oro y el de exportación en 4.500.000. Las principales vías de comunicación son los ríos Paraná y Paraguay, no habiendo sino algunos centenares de kilómetros de ferrocarriles.

En cuanto a la población, los datos son inciertos por la imperfección de la estadística. Antes de la guerra con la triple alianza se la calculaba en 1.300.000 habitantes, y se dice que después quedó reducida a 350.000; pero en uno y otro dato hay exageración evidente. La cifra que hoy se conceptúa más probable es la de 650.000 habitantes, casi todos de raza guaraní, más o menos mezclada con la blanca; hay más de 100.000 indios puros y el número de los extranjeros no pasa de 20.000, aunque en los últimos tiempos ha ido aumentando algo la inmigración. El idioma oficial es el castellano, pero está muy generalizado el guaraní, por el gran predominio de esta raza.

La forma de gobierno es la república representativa unitaria con tres poderes : el legislativo, formado por una cámara de senadores y otra de diputados; el ejecutivo, representado por un presidente que dura cuatro años y por cinco ministros; y el judicial, constituído por la Corte suprema de justicia y tribunales inferiores.

La capital es La Asunción, con cerca de 60.000 habitantes; y las poblaciones más notables Concepción, San Pedro, Villa del Pilar, Humaitá, Itapuá, San Estanislao, Paraguarí, Villa Rica y Caazapú. Hay 24 distritos, que se dividen en partidos.

El porvenir del Paraguay, en que hoy ha disminuído grandemente la raza blanca, depende principalmente de la inmigración que reciba. Hoy es demasiado escasa y por ello el incremento de la población es vegetativo, y aunque se hacen esfuerzos para generalizar la instrucción y animar las industrias y el comercio, quedan neutralizados en gran parte por la apatía de los indígenas. Todo esto cambiará en sentido muy favorable cuando se incorporen nuevos elementos al país, en número suficiente para sacar partido de sus excelentes condiciones naturales.

XL.

EL BRASIL.

Preparativos para la guerra con el Paraguay. Gestiones cerca del Uruguay y de la Argentina. El Brasil apoya la insurrección del general Flores. Bloqueo de puertos orientales. — El Paraguay ofrece su mediación que es rechazada. Inminencia de la guerra. Incidente del vapor *Marqués de Olinda.* — Rendición de la villa de Salto. Bombardeo y toma de Paisandú. Ruptura de las hostilidades con el Paraguay. Rendición de Montevideo. Triple alianza contra el Paraguay. — Primeras operaciones de los aliados. El emperador don Pedro parte al teatro de la guerra. Capitulación de la Uruguayana. El emperador regresa a Río Janeiro. Batallas de Estero Bellaco y Tuyutí. — Campaña de Matto Grosso. Toma de Curuzú. Los aliados sufren un gran descalabro en Curupaití. El marqués de Caxías toma el mando de las fuerzas brasileñas. Evacuación de Matto Grosso por los paraguayos. — Triunfos de las armas brasileñas. El marqués de Caxías es nombrado general en jefe de los aliados por renuncia de Mitre. Toma de Humaitá. Ataque contra las posiciones de Angostura y Piquisirí. Toma de La Asunción. El conde de Eu toma el mando del ejército. — Campaña de la Sierra. Últimos encuentros con los paraguayos. Sorpresa del campamento paraguayo en Çerro-Corá : muerte de Solano López. Conclusión de la guerra. — Viaje del emperador a Europa. Regencia de la condesa de Eu. Ley sobre libertad de los hijos de esclavos. Conflicto religioso : los obispos de Pará y Pernambuco son conducidos a la cárcel. Implantación del sistema métrico decimal. Disturbios que promovió. Rebeliones de fanáticos. Nuevo viaje del emperador. — Reformas en la educación y la industria. El problema de la esclavitud. Antecedentes y carácter de este problema en el Brasil. Es aprobada y promulgada la ley de abolición total en 13 de mayo de 1888. — Regreso del emperador. Agitación de los ánimos. Ministerio democrático de Ouropreto. Revolución de 15 de noviembre de 1889. Queda proclamada la República. Destierro de don Pedro de Braganza. — Reunión de la Asamblea constituyente. Se aprueba y promulga la Constitución Federal de los Estados Unidos del Brasil. Sus principales disposiciones. — Es elegido presidente de la República el general Deodoro de Fonseca. Antagonismo entre el presidente y el parlamento. Sublevación de la escuadra. Renuncia del presidente. Asume el mando el general Floriano Peixoto. Convulsiones civiles. Nueva rebelión de la escuadra. Insurrección de Río Grande. Energía del gobierno. — El Sr. Prudente de Moraes es elegido presidente del Brasil. División entre los sublevados. Voladura del acorazado *Aquidaban.* El contralmirante sublevado Custodio de Mello entrega sus buques a las autoridades argentinas. Pacificación de Río Grande. — Insurrección del fanático Antonio Conselheiro. Es dominada después de grandes luchas. Atentado contra el presidente. Se elige para este

cargo al Dr. Campos Salles : su buena administración. Le sucede el Dr. Rodríguez Alves : su política de engrandecimiento militar. Elección del Dr. Penna. Últimos gobiernos. Situación actual del Brasil.

Preparativos para la guerra con el Paraguay. Gestiones cerca del Uruguay y de la Argentina. El Brasil apoya la insurrección del general Flores. Bloqueo de puertos orientales. — Se indicó, en el lugar correspondiente, que al mediar el año 1863 el peligro más grave que amenazaba al Brasil era la actitud del Paraguay, que hacía formidables aprestos militares, sobre todo desde el advenimiento de su nuevo presidente Francisco Solano López. No se descuidó el gobierno del Brasil e hizo gestiones para granjearse la cooperación de la Argentina y el Uruguay. Pero el presidente de esta última República, Sr. Berro, fundándose en la protección que recibían los sublevados contra su autoridad por parte del Brasil y de la Argentina, se había distanciado moralmente de las cancillerías de estos países, enviándoles continuas notas con reclamaciones y quejas, y en cambio cultivaba la amistad del Paraguay hasta el extremo de haber pedido a Solano López que influyese para hacer cesar el apoyo que los insurrectos del partido colorado recibían de aquellas naciones. Esta actitud modificó sustancialmente la situación; temióse una alianza entre el Paraguay y el Uruguay, lo que habría creado graves complicaciones, y el gobierno brasileño se esforzó en disipar este peligro.

El mejor medio de lograrlo era apoyar decididamente la sublevación que en el Uruguay capitaneaba el general Flores. Había que buscar un pretexto para ello y se encontró fácilmente en los perjuicios que la guerra civil uruguaya ocasionaba a los súbditos brasileños. Después de algunas notas en que se formulaban, en tono calculadamente enérgico, reclamaciones perentorias, se mandó como enviado extraordinario a Montevideo al señor José Antonio Saraiva, para que obtuviese del gobierno oriental, no sólo satisfacciones explícitas, sino una fuerte indemnización (24 de abril de 1864). Ya entonces había dejado la presidencia del Uruguay el Sr. Berro, sucediéndole con carácter interino el presidente del senado, señor Aguirre. Éste, fortalecido por el apoyo del Paraguay, rechazó de pleno las reclamaciones del enviado Saraiva, el cual manifestó que

daba por fracasadas sus gestiones pacíficas y que sería investido de los poderes competentes para hacer respetar los derechos del Brasil el almirante barón de Tamandaré (10 de agosto). Aquel mismo día una división naval brasileña, al mando del general Pereira Pinto, remontó el río Uruguay, hizo encallar al vapor *Villa del Salto,* que trataba de oponerse a su paso, y bloqueó los puertos de Salto y Paysandú.

El Paraguay ofrece su mediación, que es rechazada. Inminencia de la guérra. Incidente del vapor « Marqués de Olinda ». — El presidente de la República del Paraguay ofreció entonces su mediación para resolver pacíficamente el conflicto, pero siendo recusada su intervención por el gobierno brasileño, envió una enérgica comunicación a la cancillería de este país declarando que consideraría la ocupación del Estado Oriental como un atentado contra el equilibrio político de la América del Sud. A la respuesta del ministro brasileño, que manifestaba ser únicamente motivada la intervención para la necesidad de defender los intereses de sus conciudadanos, respondió inmediatamente Solano López con otra nota haciendo constar su protesta y declarando que estaba resuelto a no permitir lo que consideraba un atentado contra la independencia de la República Oriental (3 de septiembre de 1864).

La guerra era inminente, y esto produjo gran alarma entre los hombres de negocios y tuvo por consecuencia una crisis económica, viéndose obligados a suspender sus pagos muchos establecimientos bancarios particulares.

El 15 de octubre se celebró el matrimonio de la princesa imperial del Brasil con el príncipe Luis Felipe Gastón de Orleáns, conde de Eu.

El 11 de noviembre del mismo año tuvo lugar el rompimiento definitivo con la República del Paraguay, por haber sido detenido en la Asunción el vapor *Marqués de Olinda* y encarcelados sus pasajeros, entre los que figuraba el coronel don Federico Carneiro de Campos, gobernador de Matto Grosso.

Rendición de la villa del Salto. Bombardeo y toma de Paysandú. Ruptura de las hostilidades con el Paraguay. Rendición de Montevideo. Triple alianza contra

el Paraguay. — Mientras tanto proseguían con gran actividad las operaciones militares contra la República Oriental o, más propiamente, contra su gobierno. La villa del Salto, cercada por mar por la escuadra al mando de Pinto y por tierra por el general Flores, se rindió el 22 de noviembre. Pocos días después se puso cerco a Paysandú, defendida heroicamente por el coronel Leandro Gómez y que no cayó en poder de los aliados, después de un furioso bombardeo, hasta el 2 de enero de 1865.

Con el Paraguay se habían roto los hostilidades el 15 de diciembre, en que cinco vapores paraguayos salieron de La Asunción para atacar el fuerte de Coimbra, que cayó en poder de los asaltantes el 28 de diciembre.

El 7 de enero de 1865 dió el emperador un decreto para la creación de voluntarios de la Patria, y por otro decreto fecha 21 se llamó a la guardia nacional para la defensa del imperio. Las fronteras habían sido, en efecto, invadidas, no sólo por los paraguayos, sino también por los caudillos orientales Basilio Muñoz y Timoteo Aparicio, que hicieron incursiones por Río Grande, siendo al fin rechazados por el coronel Vargas.

A fines de enero, aunque no se hubiese aun suscrito, estaba ya acordada la alianza entre el Brasil y la República Argentina, y por ello el gobierno de este país negó al del Paraguay la autorización que solicitaba para que pudieran transitar por la provincia de Corrientes las fuerzas destinadas a la invasión de Río Grande del Sud.

El 20 de febrero se rindió a las armas brasileñas la ciudad de Montevideo, de que se hizo entrega al general Venancio Flores, jefe militar del partido colorado. Con esto el gobierno del Brasil, además de quitarse la preocupación de una guerra larga y encarnizada con la República Oriental, logró convertir a este país de enemigo en eficaz auxiliar, merced a una hábil maniobra diplomática basada en el odio mortal que se profesaban los partidos blanco y colorado, en que se había dividido la opinión de los orientales.

Los paraguayos tomaron a Corumbá el 3 de marzo, y poco después rompieron las hostilidades con la Argentina, apoderándose de algunos buques surtos en Corrientes y de esta misma ciudad. A consecuencia de esto se celebró contra el Paraguay, entre el Brasil, la República Oriental y la Argentina, el tratado que se llamó de la Triple Alianza, firmado el 1° de mayo de 1865

por los señores Francisco Octaviano de Almeida Rosa y los generales Flores y Mitre.

Primeras operaciones de los aliados. El emperador don Pedro parte al teatro de la guerra. Capitulación de la Uruguayana. El emperador regresa a Río Janeiro. Batallas de Estero Bellaco y Tuyutí. — El 25 de mayo el general Wenceslao Paunero, de acuerdo con la escuadra brasileña mandada por el comandante Barroso, consiguió recobrar la ciudad de Corrientes, que los paraguayos ocuparon después de nuevo. El 10 de junio se presentaron los paraguayos cerca de San Borja, y al día siguiente atacaron con algunos vapores y cañoneras a la escuadra brasileña del Paraná, mandada por Barroso, que obtuvo el triunfo después de un reñido combate.

El 12 de junio cayó San Borja en poder de los paraguayos, capitaneados por el teniente coronel Estigarribia, que, después de saquear la población, marchó para Itaquí y Uruguayana. El 13 forzaron los navíos brasileños el Paso de Cuevas, y el 18 el de Mercedes, con muerte del capitán Bonifacio Joaquín de Santa Anna, comandante de la corbeta *Beberibe*.

En los días 17 al 19 de julio, se apoderaron los paraguayos de las plazas de Itaquí y Uruguayana, tomando muchas provisiones de boca y guerra.

El 17 de agosto un cuerpo de ejército paraguayo, al mando del mayor Duarte, fué derrotado en Itahí por el general Flores, al frente de una fuerza de 9.000 hombres, formada por orientales, brasileños y argentinos. El mayor Duarte murió en la batalla.

El emperador del Brasil, don Pedro II, partió para el teatro de la guerra, y el 11 de septiembre llegó frente a Uruguayana, donde estaban reunidos los generales Flores y Mitre. Acompañaban al emperador sus yernos el conde de Eu y el duque de Saxe y el ministro de la guerra. El 18 de septiembre, cuando ya estaba dispuesto todo para el asalto, capituló la Uruguayana, siendo hechos prisioneros los 6.000 paraguayos que formaban la guarnición. El emperador regresó a Río Janeiro el 9 de noviembre.

Habiendo invadido los paraguayos la provincia de Matto Grosso, se envió al socorro de ésta con una división al coronel

Manuel Pedro Drago, quien acampó en la sierra de Maracajú para observar los movimientos del enemigo. Pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que se emprendieran con vigor las operaciones.

El 5 de abril de 1866 tomó la escuadra brasileña una isla próxima a Itapirú, y a los pocos días se hicieron dueños de esta plaza. El general Osorio, que había dirigido esta operación, la completó trasladando sus fuerzas a la margen derecha del Paraná el día 15 de abril (*pasaje del Paso de la Patria*).

El 2 de mayo las fuerzas aliadas, que ocupaban las posiciones próximas al *Estero Bellaco*, fueron sorprendidas por 6.000 paraguayos. El general Flores, envuelto por las fuerzas enemigas, fué poderosamente auxiliado por el brasileño Osorio, y al fin se consiguió rechazar el ataque. Por estos servicios, el general Osorio fué nombrado, por el emperador, barón de Herval.

Poco después, el 21 de mayo, se dió la batalla de *Tuyuti*, en que hubo por una y otra parte gran número de bajas, calculándose en 5.000 las sufridas por los paraguayos, que habían asaltado el campamento de las fuerzas aliadas.

Campaña de Matto Grosso. Toma de Curuzú. Los aliados sufren un gran descalabro en Curupaití. El marqués de Caxias toma el mando de las fuerzas brasileñas. Evacuación de Matto Grosso por los paraguayos. — Después de largos meses de marcha, durante la cual no obtuvo ventaja alguna sobre el enemigo, fué relevado de su cargo el coronel Drago, jefe de la expedición enviada a Matto Grosso. Le sucedió el brigadier Fonseca Galván, que murió a poco de la epidemía; siendo nombrado en su lugar el coronel don José Joaquín de Carvallo, que llegó hasta Miranda a mediados de septiembre de 1866.

El general Polidoro de Fonseca, nombrado comandante general del 1° y 2° cuerpos de ejército, se apoderó el 3 de septiembre de *Curuzú*. La escuadra perdió en ese día el acorazado *Rio de Janeiro*, cuyo comandante Mariz y Barros murió en el combate.

Después del resultado negativo de la conferencia celebrada en *Yatahiti Corá* (12 de septiembre) entre los presidentes López y Mitre, se dió el día 22 el asalto a las trincheras de *Curupaiti*, siendo rechazados todos los ataques de los aliados, que perdie-

ron cerca de 9.000 hombres, viéndose obligados a retirarse. Las operaciones militares quedaron, en virtud de este descalabro, suspendidas por diez meses.

El 28 de noviembre se confió el mando del ejército brasileño al marqués de Caxías, quien se dedicó a organizar sus tropas mientras recibía nuevos contingentes que le permitieran reanudar las operaciones. A principios de marzo de 1867 hizo el presidente del Paraguay nuevas proposiciones de paz por intermedio de Mr. Washburn, ministro de los Estados Unidos; pero el marqués de Caxías le respondió que no abriría negociación alguna sino después de haber resignado López sus poderes y salido del Paraguay.

Habiendo evacuado la provincia de Matto Grosso las fuerzas paraguayas, marchó contra ellas el coronel Carlos Moraes Camisón, que llegó a penetrar en territorio enemigo; pero no tardó en ver sus fuerzas diezmadas, no sólo por los ataques de los guerrilleros, sino principalmente por el hambre, la sed y el cólera, a que él mismo sucumbió. El resto de las fuerzas que habían estado bajo su dirección volvió de nuevo a Matto Grosso, al mando del mayor José Tomás Gonzalves (3 de junio).

Triunfos de las armas brasileñas. El marqués de Caxías es nombrado general en jefe de los aliados por renuncia de Mitre. Toma de Humaitá. Ataque contra las posiciones de Angostura y Piquisirí. Toma de La Asunción. El conde de Eu toma el mando del ejército. — A mediados de julio el marqués de Caxías ordenó una marcha de flanco contra las fuerzas paraguayas. El 30 de julio fué tomada la posición de *Tuyucué*, y quince días después la escuadra, mandada por el vicealmirante Joaquín José Ignacio, franqueó el paso de *Curupaiti*. El 3 de octubre fueron derrotados los paraguayos en *Villa del Villar* por el general Andrade Neves, que obtuvo por este hecho de armas el título de barón del Triunfo. Poco después el general Menna Barreto dominó las posiciones de *Potrero Oveja* y de *Tayi* (27 de octubre) y el vizconde de Porto Alegre derrotó en *Tuyuti* a una fuerza paraguaya. El 5 de diciembre un cuerpo de ejército brasileño atravesó el río Paraguay, desembarcando en San Antonio. Al concluir el año 1867, los paraguayos estaban casi privados de

medios de defensa y se sostenían principalmente merced a la lentitud de las operaciones de sus enemigos.

Habiendo dejado con carácter definitivo el general Mitre la dirección de los ejércitos aliados a mediados de enero de 1868, el marqués de Caxías asumió el mando en jefe y tomó la ofensiva con mucho más vigor que hasta entonces. El 19 de febrero la escuadra brasileña forzó el paso de *Humaitá*, mientras el general Andrade Neves tomaba por asalto, después de un reñido combate, las trincheras de *Establecimiento*. Los buques *Bahia, Barroso* y *Rio Grande*, mandados por Carvallo, promovido a jefe de división y agraciado con el título de barón del Pasaje, llegaron a la vista de La Asunción.

El general Osorio estrechó el cerco de Humaitá desde fines de marzo y dispuso algunos ataques parciales contra puestos avanzados sin obtener éxito favorable; mas al fin se rindió la plaza el 25 de julio, capitulando el coronel Martínez con 1.300 oficiales y soldados, que fueron hechos prisioneros.

A fines de año se dirigió un vigoroso ataque combinado contra las posiciones de Angostura y Piquisirí. El 6 de diciembre se dió la sangrienta batalla del puente de *Itororó*, en que los paraguayos fueron batidos después de haber luchado con su acostumbrada bizarría; el 11 obtuvieron los brasileños otra victoria en *Avahi*, quedando gravemente herido el general Osorio; y por fin, en los días 27 y 30 de diciembre vencieron de nuevo las fuerzas aliadas en los combates de *Lomas Valentinas* y *Angostura*. El camino de La Asunción quedaba libre y el marqués de Caxías hizo su triunfal entrada en esa ciudad el 5 de enero de 1869. Poco después, pretextando el mal estado de su salud, pero en realidad mostrándose hábil cortesano, confió el mando del ejército al general Souza y volvió a Río Janeiro, donde el emperador le otorgó el título de duque. La guerra podía considerarse concluída, pero la oportuna renuncia del duque de Caxías dejaba esa gloria al yerno del emperador, conde de Eu, que fué nombrado general en jefe con fecha 22 de marzo y asumió el mando en La Asunción el 16 de abril.

Campaña de la sierra. Últimos encuentros con los paraguayos. Sorpresa del campamento paraguayo en Cerro-Corá : muerte de Solano López. Conclusión de la guerra. — Casi todos los puntos habitados del Paraguay

estaban ya guarnecidos por los brasileños; el presidente López, con el resto de sus tropas, vagaba por las sierras y se trataba sólo de dar caza a aquellos desgraciados, que ya no sostenían la guerra sino para buscar una muerte gloriosa. El 30 de mayo los derrotó en *Jejuy* el general Correa de Cámara, después vizconde de Pelotas, pero en el mes siguiente aun obtuvieron los paraguayos las victorias de *Ibitimi* y *Tebicuari*, que ne pudieron mejorar su situación, porque las bajas que sufrían eran irreemplazables. El 12 de agosto el conde de Eu y el general Osorio tomaron a *Peribebuy*, muriendo en la refriega el brigadier Menna Barreto. Cuatro días después alcanzaron otro notable triunfo en *Campo Grande* o *Nunguasú*, causando a los paraguayos más de dos mil bajas. El 19 de septiembre consiguieron otra importante ventaja en *Caraguatai*. Se comisionó al general Correa de Cámara para que diese fin de las escasas fuerzas que llevaba Solano López y le batió en *Naranjai* el 19 de octubre, pero los dispersos se reorganizaron algunas leguas más allá. Grandes fueron las dificultades con que hubo de luchar el general Cámara para cumplir su cometido, pues los paraguayos, muy pocos ya en número, conocían perfectamente aquellos parajes y esquivaban fácilmente la persecución; de modo que hubo que hacer marchas y contramarchas incesantes bajo un sol de fuego para no perder su rastro, marcado a largos trechos por los cadáveres que iban dejando el hambre, la fatiga y las pequeñas escaramuzas de algunas guerrillas. Por fin, el 1° de marzo de 1870, después de cinco meses de incesante persecución, el general Cámara logró sorprender en *Cerro-Corá*, a la orilla del Aquidaban, el campamento paraguayo reducido a 470 hombres y lo rodeó. Solano López, que estaba herido, se negó a rendirse y fué muerto a lanzadas, de igual modo que su hijo, el vicepresidente Sánchez, el ministro de la guerra Caminos y otros jefes más. De este modo terminó aquella tenacísima campaña, que había durado más de cinco años y que dejó casi despoblado al Paraguay.

El conde de Eu regresó a Río Janeiro el 29 de abril y el 7 de mayo se firmó el tratado de paz en la ciudad de Buenos Aires, canjeándose los capitulaciones con el Brasil el 20 de junio. Naturalmente, le fué imposible al Paraguay satisfacer las indemnizaciones de guerra, y hoy se calcula su monto en cerca de 1.500 millones de pesos oro, cantidad que no podrá ser

satisfecha jamás. Así el Uruguay como la República Argentina habrían renunciado hace mucho tiempo a la cuota que les corresponde, si el Brasil hubiera consentido en hacer dejación de su derecho; pero, aunque sin exigencias, lo mantiene como recurso de coacción diplomática.

Viaje del emperador a Europa. Regencia de la condesa de Eu. Ley sobre libertad de los hijos de esclavos. Conflicto religioso : los obispos de Pará y Pernambuco son conducidos a la cárcel. — Un año después de conseguida la paz (mayo de 1871), emprendieron un viaje a Europa el emperador D. Pedro II y su esposa, recorriendo las principales naciones. El emperador, que viajaba de incógnito para evitar la incesante serie de ceremonias palaciegas y oficiales, visitó muchas fábricas y talleres, mostró generosidad con los artistas y otorgó condecoraciones a muchos hombres de letras. En París, donde permaneció dos meses, asistió a los establecimientos científicos y de enseñanza, a las sesiones de la Sociedad de Geografía, de que era socio correspondiente, y a las de la Academia de Ciencias, dejando en todas partes impresión grata, por su respetabilidad y su vasta cultura. Después de atrevesar España y Portugal, se embarcó para el Brasil en 13 de marzo de 1872.

Durante su ausencia gobernó como regente la condesa de Eu, teniendo como primer ministro al vizconde de Río Branco. Fué notable este período de regencia por haberse votado y sancionado en él la ley llamada *de 28 de septiembre*, que declaró en lo sucesivo libres a los hijos de esclavos. De este modo se empezaba a preparar la resolución del tremendo problema de la esclavitud de los negros.

En 13 de julio de 1872 se celebró un acuerdo entre los gobiernos imperial y argentino acerca de la situación de ambos países con respecto al Paraguay. En estas negociaciones representó como plenipotenciario a la República Argentina el general Mitre.

Durante el año 1873 preocupó mucho los ánimos un conflicto surgido entre la iglesia y las logias masónicas. El obispo de Pará, don Antonio de Macedo Costa, había prohibido durante el viaje del emperador la lectura de un diario de su diócesis que abogaba por la masonería. Se creyó ver en esta actitud

un ataque al emperador, que figuraba ostensiblemente en esa orden, pero como el obispo podía alegar en su abono las disposiciones dictadas en este punto por el pontífice, y además no extremó por lo pronto sus censuras, se fué conllevando la situación durante varios meses. Sin embargo, el 14 de marzo de 1873, otro prelado, fray Vital de Oliveira, obispo de Pernambuco, de acuerdo con su compañero, publicó una pastoral en que prohibía, bajo severas penas canónicas, a las iglesias y hermandades católicas, que admitieran en su seno a los afiliados a la masonería. Esto dió lugar a escenas violentas y faltó poco para que el orden público se alterase en Recife. Bien sea por el desacato que estas medidas episcopales envolvían contra el emperador, o bien porque se creyera que la actitud de los prelados respondía a manejos políticos, es lo cierto que el procurador de la corona se creyó en el caso de acusar como facciosos y perturbadores ante al supremo tribunal de justicia a los obispos de Pará y Pernambuco y que ambos fueron reducidos a prisión el 7 de noviembre. Pocos meses después se les condenó a cuatro años de trabajos forzados, pena que fué conmutada por la de prisión simple. Llevaban ya cerca de dos años en la cárcel, cuando el poder moderador les amnistió, por decreto de 17 de septiembre de 1875.

Implantación del sistema métrico decimal : disturbios que promovió. Rebeliones de fanáticos. Nuevo viaje del emperador. — Desde 1° de enero de 1874 se había implantado en todo el imperio del Brasil el sistema métrico decimal y establecídose comunicaciones telegráficas entre las principales ciudades de la costa. El 22 de junio se inauguró un cable submarino entre el Brasil y Europa, y poco después otro especial con la República Argentina. Pero estas innovaciones no se llevaron a cabo sin la oposición y protesta de ciertos elementos; así los patrones del sistema métrico y los archivos de las cámaras municipales fueron destruídos por turbas sediciosas denominadas *Quebrakilos* en las provincias de Parahiba, Pernambuco, Alagoas y Río Grande del Norte. En San Pedro del Sur estalló también una rebelión de fanáticos, capitaneados por Juan Maurer y que cometieron grandes atrocidades hasta que fueron aniquilados por las fuerzas enviadas en su persecución. Suponiéndose que en estas agitaciones habían tenido mucha

parte los jesuítas, se decretó su expulsión de las provincias del imperio el 21 de diciembre de 1874.

En octubre de 1875 el emperador resolvió emprender, en compañía de su esposa, un nuevo viaje a los Estados Unidos y de allí a Europa y Asia, quedando mientras tanto como regente del Brasil la princesa Dª Isabel, condesa de Eu. Durante su ausencia, que se prolongó hasta junio de 1877, sufrieron mucho los campos del Brasil a consecuencia de las devastaciones causadas por la langosta y de una horrorosa sequía que flageló las provincias del norte. Esto trajo como consecuencia una crisis económica y el emperador cedió el 5 por 100 de su dotación hasta mediados de 1881, para aliviar las cargas del Estado.

En octubre de 1879 murió el general Osorio, marqués de Herval, que tanto se había distinguido en la guerra del Paraguay. Poco después (mayo de 1880) bajó a la tumba el duque de Caxías, don Luis Alves de Lima y Silva, que tantos servicios había prestado al imperio; y a fines de octubre falleció el vizconde de Río Branco, jefe del partido liberal y a quien había hostilizado mucho el clero por sus tendencias reformistas.

En 15 de mayo de 1882 se firmó un tratado entre el Brasil y Bolivia, por el cual se otorgaba a esta república el tránsito por el territorio brasileño, así como la navegación por las aguas del río Madeira.

Reformas en la educación y la industria. El problema de la esclavitud. Antecedentes y carácter de este problema en el Brasil. Es aprobada y promulgada la ley de abolición total en 13 de mayo de 1888. — En los años siguientes se realizaron interesantes reformas cuyas ideas había ido tomando el emperador en sus viajes por el extranjero. Merced a ellas se implantaron en el Brasil instituciones educativas e industriales que elevaron mucho la cultura del país. En 1883 se inauguró una línea del ferrocarril argentino-brasileño, haciéndose la conjunción de los dos ramales en el punto llamado Pueblo de los Libres, en Río Grande del Sud. Las obras públicas recibieron en este período gran impulso; además, el emperador costeaba la educación de multitud de jóvenes pobres y personalmente intervenía en muchos detalles de la administración, para lo cual todos los días madrugaba y concurría a las escuelas, arsenales, hospitales, etc.,

velando por el buen servicio y dándoles el impulso que necesitaban.

Consolidada la paz interior, el más grave de los problemas era la abolición de la esclavitud. Hacia ya tiempo que el Brasil iba siendo en este punto una excepción entre los pueblos civilizados, y aunque los intereses de los grandes propietarios de explotaciones agrícolas se oponían a la reforma, era cada vez mayor el clamoreo que por todas partes surgía contra la existencia de esa abominable institución.

La importación de esclavos negros había sido suprimida en 1850, por más que aun siguieron efectuándose desembarcos clandestinos, y en 1866 se había presentado un primer proyecto de emancipación, que hubo de aplazarse con motivo de la guerra del Paraguay. En ese año, sin embargo, los conventos de benedictinos dieron libertad a los 1.600 esclavos que poseían, y este ejemplo fué seguido poco después por los hospitales y otras corporaciones benéficas. Además las provincias del Norte y del Sur se desembarazaban rápidamente de sus esclavos negros, enviándolos a los cafetales, de modo que la institución no existía en toda su fuerza más que en los distritos del centro. Por la ley de libertad del vientre dictada en 28 de septiembre de 1871, en tiempo del ministerio Río Branco, se declaraba libres a todos los niños nacidos en el Brasil, se facilitaba las manumisiones y se creaba un fondo especial destinado a librar cada año cierto número de esclavos; al mismo tiempo se decretaba la libertad de todos los del Estado, de la corona y de las herencias no realizadas. En 1883 quedó extinguida la esclavitud en la provincia de Ceará y el 10 de julio de 1884 fueron declarados libres todos los esclavos de la provincia de Amazonas. El 18 de septiembre, en conmemoración de la toma de la Uruguayana, fueron declarados libres los esclavos en ese municipio y en los de Borja, Viamao y Concepción de Arroyo. Pocos días después (16 de octubre) se declaró, en presencia del presidente de la provincia, del obispo y de los altos funcionarios, la liberación de cinco mil esclavos del municipio de Pelotas, en Río Grande del Sur. Por fin, en 1885, se adoptó una nueva ley que emancipaba a todos los esclavos que tuvieran sesenta años; pero a condición de que, para recobrar su libertad, habían de trabajar aún tres años en beneficio de sus amos. En 1887 se calculaba que el número de esclavos era próximamente 750.000,

contra 1.800.000 que había veinte años antes, y los propietarios redoblaban sus esfuerzos para seguir demorando la definitiva resolución del problema. La tensión de los ánimos llegó a ser tal que se temió la guerra civil que, fomentada con aquel pretexto, habría sido vergonzosa para los esclavistas y aun para toda la nación. El emperador don Pedro comprendió que había llegado el momento de tomar una medida radical y, siguiendo su costumbre de encomendar estas grandes reformas a la regencia personificada en su hija doña Isabel, la dejó encargada del gobierno del país y se embarcó de nuevo para Europa (30 de junio de 1887). Entonces el gobierno se decidió a presentar al Parlamento el proyecto de ley de abolición total e inmediata de la esclavitud, que en medio de una violenta agitación de los ánimos, fué aprobada en la Cámara popular por 84 votos contra 9 y en el Senado por 43 contra 6. La ley quedó promulgada el 13 de mayo de 1888 y merced a ella el Brasil se vió libre de una mancha que afeaba su civilización; pues en esa época ya no había esclavos en el territorio ni en los dominios de ningún pueblo culto.

Regreso del emperador. Agitación de los ánimos. Ministerio democrático de Ouropreto. Revolución de 15 de Noviembre de 1889. Queda proclamada la República. Destierro de D. Pedro de Braganza. — El emperador regresó de su viaje a Europa el 22 de agosto, a los tres meses de realizada esa trascendental reforma, y encontró profundamente divididas las opiniones de sus súbditos. Los esclavistas, irritados contra el imperio, porque no se hacía solidario de sus bastardos intereses, se habían pasado a la oposición, y don Pedro II, que, personalmente, deseó siempre la abolición de la esclavitud, pudo convencerse de que ese gran acto humanitario, si de una parte le granjeaba simpatías, de otro concitaba en su contra una coalición de implacables despechos.

Era, por otra parte, muy poderosa la corriente de las ideas republicanas, y si la respetabilidad de que en el concepto público gozaba el emperador había contribuido en gran modo a templar la vehemencia de la propaganda, no había impedido sus progresos, fomentados por el ejemplo del resto de las naciones americanas y sobre todo de los Estados Unidos, con los que tanta semejanza presenta el Brasil por la enorme extensión

de su territorio. Además, la diversidad de aspiraciones, tendencias y condiciones geográficas entre las provincias del norte centro y sur, parecían destinar al Brasil a la organización federativa.

Se respetaba generalmente a don Pedro II por la tradición tan larga como honrosa de su gobierno; se reconocía que era un soberano ilustrado, lleno de excelentes deseos y que no había perdonado medio para engrandecer al Brasil desde el punto de vista político y desde el no menos interesante de la cultura material y moral; pero en cambio, la influencia y política del conde de Eu, a cuyas manos había de pasar pronto el poder, levantaban grandes resistencias en la opinión. Y si antes de la abolición de la esclavitud había tenido la familia imperial el interesado apoyo de los grandes propietarios territoriales, ese apoyo le faltó desde la promulgación de la ley de 13 de mayo.

En esta situación cualquier incidente bastaba para determinar un cambio, y éste se produjo inopinadamente cuando menos se podía esperar. El 8 de junio de 1889 había formado el emperador un ministerio de tendencia liberal avanzada, presidido por el vizconde de Ouropreto, y que trató de llevar a la práctica un programa de reformas, pero los revolucionarios hallaron en este cambio de política nuevas facilidades, y habiendo ganado la adhesión del mariscal de palacio Deodoro de Fonseca, dieron el golpe el 15 de noviembre del mismo año 1889, sublevando la guarnición de Río Janeiro al grito de ¡viva la República! Inmediatamente se estableció un gobierno provisional bajo la jefatura del general Fonseca, figurando como ministro de la Guerra el teniente coronel Benjamín Constant; de Marina, el jefe de escuadra Eduardo Wandelkolk; del Interior, Arístides de Silveira Lobo; de Relaciones Exteriores, Quintín Bocayuva; de Hacienda, el Dr. Ruy Barboza; de Justicia, el Dr. Manuel Ferraz de Campos Salles, y de Agricultura, Comercio y Obras Públicas, el Dr. Demetrio Ribeiro.

Apenas constituído, sin que nadie hiciera en su contra el menor conato de resistencia, este gobierno provisional proclamó como forma de gobierno la República y envió un mensaje al ex emperador dándole cuenta de que había sido destituído y ordenándole que saliera del país con toda su familia en el perentorio término de veinticuatro horas. En efecto, el día 17

de noviembre se embarcó don Pedro II con toda su familia para Europea, a bordo del vapor *Alagoas*. Pocos días después de haber llegado a Lisboa, murió la ex imperatriz doña Teresa María Cristina. Don Pedro pasó a Italia y luego a París, donde murió el 5 de diciembre de 1891.

Reunión de la Asamblea Constituyente. Se aprueba y promulga la Constitución Federal de los Estados Unidos del Brasil. Sus principales disposiciones. — El cambio de forma de gobierno se había efectuado sin que se derramara una gota de sangre; las provincias se adhirieron sucesivamente a la República y ésta quedó planteada de hecho hasta que el 15 de septiembre de 1890 se convocó la Asamblea Constituyente, que celebró su primera sesión dos meses después, al cumplirse el aniversario de la revolución. Mientras se discutía el proyecto constitucional, hubo divergencias en el seno del gobierno y el general Fonseca nombró otros ministros. El 24 de febrero de 1891, quedó promulgada la Constitución. En virtud de ella el Brasil forma una confederación de estados; cada uno de éstos es soberano en todo lo que no esté limitado por las competencias del poder federal; tiene sus dos Cámaras, su presidente y su poder judicial, pudiendo darse leyes especiales. Dos Estados limítrofes están facultados para celebrar entre sí convenios particulares sin carácter político, pero les está prohibido hacer la guerra contra otros Estados, rechazar la moneda o el papel moneda establecidos por la Unión y desconocer los actos legislativos, administrativos y judiciales adoptados por los demás Estados. El gobierno federal tiene en sus atribuciones todo lo referente a relaciones internacionales, ejército, marina, aduanas, correos, telégrafos y moneda. Sin embargo, los Estados particulares pueden también establecer derechos suplementarios de aduana sobre los objetos de consumo extranjeros introducidos en su territorio.

El poder legislativo de la Confederación lo ejerce el Congreso Nacional, compuesto del Senado y de la Cámara de diputados. El Congreso debe reunirse cada año el 3 de mayo; su legislatura dura regularmente cuatro meses, pero puede prorrogarse en caso de necesidad. La Cámara de diputados se compone de doscientos cinco miembros, elegidos por tres años por sufragio universal directo, en la proporción de un diputado por setenta

mil habitantes a lo sumo; a esta Cámara corresponde la iniciativa en cuestión de impuestos. El Senado se compone de sesenta y tres individuos, elegidos por nueve años por sufragio universal directo ý renovelables por terceras partes cada tres años. Está presidido de derecho por el presidente de la República. El poder ejecutivo está ejercido por un presidente, elegido por cuatro años por sufragio universal directo entre los ciudadanos nacidos en el Brasil y que tengan por lo menos treinta y cinco años de edad; no es inmediatamente reeligible. La elección de nuevo presidente se verifica en 1° de marzo del año en que deben expirar los poderes de su predecesor. El presidente nombra los ministros, escogidos fuera del Congreso y responsables ante él solo; tiene el mando supremo de los ejércitos de mar y tierra y hasta cierto punto facultad de hacer la guerra y ajustar la paz. Nombra juntamente con el Congreso los individuos del Supremo Tribunal Federal y los representantes del Brasil en el extranjero.

Es elegido presidente de la República el general Deodoro de Fonseca. Antagonismo entre el presidente y el parlamento. Sublevación de la escuadra. Renuncia del presidente. Asume el mando el general Floriano Peixoto. Convulsiones civiles. Nueva rebelión de la escuadra. Insurrección de Río Grande. Energía del gobierno. — El general Deodoro de Fonseca fué elegido, el 25 de febrero, presidente constitucional de la República, y vicepresidente el general Floriano Peixoto. No tardó en surgir antagonismo entre las Cámaras y el presidente, el cual disolvió el 3 de noviembre el Congreso Nacional y suspendió las garantías constitucionales. Esto dió margen a una revolución iniciada el 23 de noviembre por la escuadra que dirigía el contralmirante Custodio José de Mello. La gravedad del movimiento impuso la renuncia del presidente Deodoro de Fonseca y asumió el gobierno el mariscal Floriano Peixoto. Pocos días después se tuvo noticia del fallecimiento del ex emperador don Pedro II, que había dado muestras de gran resignación en su desgracia y que repetidas veces manifestó desear sólo la dicha y tranquilidad de su país. Heredaba sus derechos la ex princesa doña Isabel, a la cual, como a su esposo el conde de Eu, se atribuyó gran intervención en las convulsiones civiles que sufrió el Brasil en los

años siguientes y sobre todo en la insurrección de la escuadra mandada por Custodio José de Mello.

En los días 18 y 19 de enero de 1892, hubo conatos de sublevación en las fortalezas de Santa Cruz y Lage, en Río Janeiro, pero el presidente Peixoto logró sofocarlas. Poco después (31 de marzo), trece generales de mar y tierra dieron un manifiesto en que pedían la elección de nuevo presidente antes del plazo fijado para el primer período. El gobierno averiguó que este manifiesto respondía a una sedición de origen orleanista y redujo a prisión o desterró a varios generales y a gran número de personajes militares o civiles. El mariscal Fonseca murió el 23 de agosto de 1892.

Poco después (4 de febrero de 1893), estalló en Río Grande del Sud una revolución de tendencia separatista, que el gobierno se aprestó a combatir con energía y decisión. Vino a complicar la marcha de los acontecimientos la nueva rebelión de la escuadra, en cuyo mando se había mantenido imprevisoramente al contralmirante Custodio José de Mello (6 de septiembre de 1893). La fortaleza de Villegañón, donde se hallaba acuartelado el cuerpo de marineros nacionales, se adhirió al movimiento y en Santa Catalina se estableció un gobierno provisional revolucionario. El contralmirante Saldaña de Gama se puso al frente de varios buques sublevados, tomando como base de operaciones los puertos del sur, y casi al mismo tiempo la provincia de Río Grande fué invadida por una expedición organizada en la República Oriental y en que figuraban los guerrilleros Gumersindo y Aparicio Saravia. La situación, al concluir el año 1893, era, pues, muy crítica y sean cuales fueren las censuras a que por otras causas se hiciese acreedor Peixoto, es lo cierto que en esta ocasión dió muestras de gran serenidad y energía. Custodio de Mello tomó a Paranaguá y a Coritiba, a mediados de enero de 1894, y después, en unión de Saldaña de Gama, atacó a Nichteroy, capital del estado de Río Janeiro, sin conseguir tomarla.

El Dr. Prudente de Moraes es elegido presidente del Brasil. División entre los sublevados. Voladura del acorazado *Aquidaban.* El contralmirante sublevado Custodio de Mello entrega sus buques a las autoridades argentinas. Pacificación de Río Grande. — Desde

entonces empezó a flaquear el movimiento insurreccional que tan imponentes proporciones había tomado. El contralmirante Saldaña, disgustado con Custodio de Mello, abandonó los buques de que disponía y que amenazaban el puerto de Río Janeiro y se refugió, con sus oficiales, en las corbetas portuguesas *Mindello* y *Alfonso de Albuquerque* (13 de marzo). Pocos días antes se habían verificado las elecciones presidenciales, siendo elegido presidente del Brasil el doctor D. Prudente José de Moraes Barros y vicepresidente el doctor D. Manuel de Victorino Pereira, que debían tomar posesión el 15 de noviembre.

La insurrección quedaba reducida a la provincia de Río Grande del Sud y a varios buques mandados por Custodio de Mello. Entre los rebeldes había imperialistas, separatistas y republicanos adversos al gobierno de Peixoto, y estos últimos, que eran muchos, depusieron las armas al persuadirse de que aquel general ya no seguiría en el mando sino algunos meses. Pero al contralmirante Mello se mostraba decidido a persistir en su actitud, y desde el 6 al 11 de abril dirigió una serie de ataques a la ciudad de Río Grande, en que llegó a efectuar desembarco, sin poder hacerse dueño de ella. La escuadra del gobierno se presentó entonces a la altura de Desterro e intimó la rendición a los sublevados, que rechazaron la intimación disponiéndose a la lucha. Ésta fué encarnizada y tuvo como resultado la voladura del acorazado insurrecto *Aquidaban,* con lo que terminó la insurrección en Santa Catalina (16 de abril de 1894). El contralmirante Mello creyó entonces inútil proseguir la lucha e hizo rumbo para Buenos Aires, donde se presentó con los buques *República*, *Meteoro*, *Yori*, *Urano* y *Esperanza,* que entregó a las autoridades argentinas, las cuales, a su vez, los transfirieron al gobierno del Brasil. Aun siguió la campaña en Río Grande, pero el resto del país quedaba pacificado cuando el general Peixoto hizo entrega del poder al Dr. Moraes el 15 de noviembre.

El nuevo gobierno combatió enérgicamente la insurrección del sud, y habiendo sido derrotado y muerto en Campo Osorio el contralmirante rebelde Saldaña de Gama, como lo había sido también meses antes el caudillo Gumersindo Saravia en Cavony, se llegó a un acuerdo con los sublevados que seguían en armas, obteniéndose la pacificación en 23 de agosto de 1895. Dos meses antes había fallecido el ex presidente Peixoto, a

quien se acusaba de hacer manejos para dificultar la marcha de la nueva administracion.

Insurrección del fanático Conselheiro. Es dominada después de grandes luchas. Atentado contra el presidente. Se elige para este cargo al Dr. Campos Salles : su buena administración. Le sucede el Dr. Rodríguez Alves : su política de engrandecimiento militar. Elección del Dr. Penna. Últimos gobiernos. Situación actual del Brasil. — Con el restablecimiento de la tranquilidad pública, empezaron a reanimarse la industria y el comercio, y fué posible hacer frente a los gastos extraordinarios originados por la revolución y que ascendían a cerca de 80 mil contos de reis, determinando un gran déficit. Se arreglaron satisfactoriamente las diferencias surgidas con Portugal desde un año antes y con Inglaterra, que había ocupado la isla de Trinidad en el mes de enero de 1895 y la devolvió en agosto de 1896, reconociendo el derecho del Brasil. Después de esto hubo que hacer esfuerzos considerables para sofocar un movimiento *sui géneris* que había comenzado años antes en Canudos, bajo la dirección de una especie de ermitaño llamado Antonio Conselheiro, que, presentándose como inspirado por Dios, logró reunir una muchedumbre de fanáticos y mandó en una extensa comarca, desentendiéndose de las leyes del país. En diferentes épocas se enviaron contra él dos expediciones militares que no tuvieron éxito; en marzo de 1897 fué exterminada por las turbas de Conselheiro una tercera expedición, capitaneada por el coronel Moreira César, y entonces se comprendió que aquel movimiento, aparentemente religioso, podía servir de núcleo a una insurrección orleanista y se aprestó un fuerte cuerpo de ejército para combatirlo. Esta vez la expedición tuvo éxito completo; los fanáticos sufrieron una derrota definitiva. Conselheiro murió después de haberse batido con un valor admirable y la residencia de Canudos fué completamente arrasada (5 de octubre de 1897).

El 5 de noviembre se realizó un atentado contra el presidente de la República, que por casualidad quedó ileso. Murió el mariscal Bittencourt, ex ministro de la guerra, y fueron además heridos por la explosión algunos personajes que acompañaban al primer magistrado de la nación.

El 1° de marzo de 1898 se verificaron las elecciones presidenciales, obteniendo el triunfo el Dr. Manuel Ferraz de Campos Salles, y siendo designado para la vicepresidencia el Dr. D. Francisco de Azis Rosa y Silva. La transmisión del mando se verificó el 15 de noviembre.

El Dr. Campos Salles hizo una buena administración, que dejó excelentes recuerdos. Habiendo tomado parte activa en el destronamiento del emperador, desempeñó la cartera de Justicia en el gobierno provisional e hizo una radical reforma en la organización de los tribunales. Más tarde fué senador y presidente del Estado de San Paulo, y durante la guerra civil combatió a los insurrectos al frente de un batallón de voluntarios que él mismo organizó. En 1895 hizo un viaje de estudio por Europa. Al subir a la presidencia de la República formuló su programa financiero, que comprendia el aumento de los ingresos, la diminución de los gastos, la rebaja del déficit y la mayor limitación posible en la circulación del papel moneda, para contener el alza del oro. Considerando funesto el prohibicionismo mercantil, introdujo en las tarifas aduaneras reformas liberales que dieron nueva vida al comercio. Había recibido en 1898 la visita del presidente de la República Argentina, general Roca, y la devolvió a fines del año siguiente, realizando un viaje a Buenos Aires, en donde fué objeto de las mayores distinciones. Su política internacional fué de atracción y concordia. Fué elegido para sucederle el doctor D. F. P. Rodríguez Alves, en cuya época (1902-1906) el Brasil, mediante un acuerdo con Bolivia, se anexionó el territorio gomero del Acre, donde habían ocurrido años antes varios disturbios, llegando a crearse un pequeño Estado independiente, que tuvo una vida muy fugaz. La administración de Rodríguez Alves propendió al aumento del poderío naval y militar del Brasil, lo que inspiró recelos a las naciones más próximas y especialmente a la República Argentina. Esta política de engrandecimiento militar obedeció al propósito de secundar las miras del presidente de los Estados Unidos, Teodoro Róosevelt, que trataba de establecer una especie de intervención sobre la conducta de las repúblicas latinoamericanas y se puso de acuerdo con el Brasil para conferirle, en principio, el papel de guardián de las naciones del Sud. Esta política requería, como es natural, grandes elementos bélicos, porque hería gravemente la susceptibilidad de otras repúblicas,

especialmente de la Argentina y Chile, de modo que se redujo a una mera intención.

Terminada la administración de Rodríguez Alves, se hizo cargo de la presidencia de la República el Dr. Alfonso Penna, elegido hasta el 15 de noviembre de 1910; pero habiendo fallecido a mediados de 1909, le sucedió el vicepresidente D. Nilo Peçanha. Verificadas las elecciones para el período de 1910 a 1914 obtuvo el triunfo el mariscal Hermes de Fonseca, que continuó la política de atracción de Campos Salles, y al terminar su mandato, entregó el gobierno al Dr. Wenceslao Braz Pereira Gómez, que es quien actualmente rige los destinos de esta gran república.

El Brasil abarca próximamente la mitad de la América del Sud (8.500.000 kilómetros cuadrados para 18 millones) y está en contacto con todos los Estados sudamericanos, menos con Chile. Tiene 6.200 kilómetros de litoral marítimo y, estando surcado por innumerables cursos de agua, su fertilidad es asombrosa. Sus producciones vegetales son ricas y variadísimas : el café, caña de azúcar, arroz, algodón, tabaco, vainilla, cereales, plantas textiles, legumbres, vid, mate, tapioca, batata, se cultivan con enorme rendimiento; especialmente el café se recolecta en cantidad suficiente para surtir a todos los mercados del mundo. El ganado vacuno y ovino es aun relativamente escaso, ascendiendo a unos 25 millones de cabezas : las regiones tropicales, que abarcan la mayor parte del país, se prestan mal a su desarrollo, al que sólo son propicias las provincias del sud. En cuanto a minerales, la riqueza es extraordinaria, habiendo en explotación muchas minas de diamantes y otras piedras preciosas, oro, plata y hierro. En cuanto al comercio, el de importación se calcula en 130 millones de pesos oro y el de exportación en 200 millones, de los que corresponde al café la mitad. Hay 20.000 kilómetros de ferrocarriles, 24.000 de líneas telegráficas, y una red navegable de 50.000 kilómetros, formada por el Amazonas y sus afluentes. La población total del Brasil se aproxima a 18 millones de habitantes; de ellos, 5 millones son de raza blanca, 2 millones de negros, descendientes de los antiguos esclavos, y el resto se compone de raza indígena, mestizos y mulatos. El factor étnico es, pues, muy poco favorable; pero se irá modificando por la afluencia de inmigrantes europeos, que no bajan de 100.000 por año. La instrucción

pública está muy atendida por el gobierno, aunque aun es muy grande el número de analfabetos, por lo que la mayoría de los Estados han declarado obligatoria la primera enseñanza.

La capital es *Río Janeiro,* con 800 mil babitantes y un espléndido puerto. Entre las ciudades principales figuran : *Bahía,* con 300 mil habitantes; *Pernambuco* o *Recife*, con 140 mil; *San Pablo*, con 285 mil; *Belén,* con 100 mil; *Porto Alegre*, con 90 mil; *Nichtheroy, Manaos, Santos, Ceará, Maceio, Parahiba, Pelotas, San Luis, Curitiba, Petrópolis, Cuyabá* y *Santa Catalina.*

El Brasil, tanto por sus condiciones naturales como por la mesura y discreción de que han dado muestras sus gobiernos, es uno de los países llamados a más envidiable porvenir.

ÍNDICE

Págs.

IV.

INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

V.

HAITÍ Y SANTO DOMINGO.

VI.

MÉJICO HASTA 1825.

VII.

LA REVOLUCIÓN EN LA AMÉRICA CENTRAL.

Págs.

VIII.

VENEZUELA — COLOMBIA. — ECUADOR.

IX.

LA REVOLUCIÓN DEL VIRREINATO DEL PLATA. LA INDEPENDENCIA.

X.

CHILE HASTA 1822.

XI.

EL PERÚ HASTA LA RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.

XII.

EL BRASIL.

XIII.

MÉJICO HASTA 1867.

XIV.

REPÚBLICAS CENTROAMERICANAS.

XV.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.

XVI.

VENEZUELA.

XVII.

NUEVA GRANADA.

XVIII.

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

XIX.

REPÚBLICAS DEL PERÚ Y BOLIVIA.

XX.

REPÚBLICA DE CHILE.

XXI.

REPÚBLICA ARGENTINA.

XXII.

REPÚBLICA DEL URUGUAY.

XXIII.

LA REPÚBLICA ARGENTINA HASTA 1862.

XXIV.

EL URUGUAY HASTA 1863.

XXV.

REPÚBLICA DEL PARAGUAY.

XXVI.

EL IMPERIO DEL BRASIL HASTA 1863.

XXVII.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA.

XXVIII.

LAS ANTILLAS.

XXIX.

MÉJICO.

XXXII.

REPÚBLICA DE COLOMBIA.

Págs.

XXXIII.

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

XXXIV.

REPÚBLICA DEL PERÚ.

Págs.

XXXV.

REPÚBLICA DE BOLIVIA.

XXXVI.

REPÚBLICA DE CHILE.

XXXVII.

REPÚBLICA ARGENTINA.

XXXVIII.

REPÚBLICA DEL URUGUAY.

XXXIX.

REPÚBLICA DEL PARAGUAY.

XL.

EL BRASIL.



2361

11/8. 24 4 9.-



